

Primer libro serie *Los Ivanov*



Cuarenta semanas

MELANIA BERNAL COBARRO



Nova Casa Editorial



lectuepubgratis.com

Publicado por:

NovaCasaEditorial |

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, Melania Bernal Cobarro

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Sílvia Vallespín y Noelia Navarro

Portada

Mireya Murillo Menéndez

Maquetación

Natalia Sánchez Visosa

Revisión

Nathalia Tórtora

Primera edición en libro electrónico: Abril 2020

ISBN: 978-84-17142-41-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Melania Bernal Cobarro

***Cuarenta
semanas***



Nova Casa Editorial

[SEMANA 1](#)

[SEMANA 2](#)

[SEMANA 3](#)

[SEMANA 4](#)

[SEMANA 5](#)

[SEMANA 6](#)

[SEMANA 7](#)

[SEMANA 8](#)

[SEMANA 9](#)

[SEMANA 10](#)

[SEMANA 11](#)

[SEMANA 12](#)

[SEMANA 13](#)

[SEMANA 14](#)

[SEMANA 15](#)

[SEMANA 16](#)

[SEMANA 17](#)

[SEMANA 18](#)

[SEMANA 19](#)

[SEMANA 20](#)

[SEMANA 21](#)

[SEMANA 22](#)

[SEMANA 23](#)

[SEMANA 24](#)

[SEMANA 25](#)

[SEMANA 26](#)

[SEMANA 27](#)

[SEMANA 28](#)

[SEMANA 29](#)

SEMANA 30

SEMANA 31

SEMANA 32

SEMANA 33

SEMANA 34

SEMANA 35

SEMANA 36

SEMANA 37

SEMANA 38

SEMANA 39

SEMANA 40

EPÍLOGO

ESPECIAL I

ESPECIAL II

ESPECIAL III

Para aquellos que creyeron en mí.

Nota de la autora

Permíteme darte la bienvenida a la segunda edición de *Cuarenta semanas*.

Yo tenía apenas dieciséis años la primera vez que me senté frente al ordenador para escribir el borrador de esta historia. Por ese entonces, mi único objetivo era plasmar por escrito la idea de una chica que queda embarazada por accidente y que, a partir de ese momento, debe afrontar un mundo repleto de problemas, de responsabilidades y de peligros que nunca creyó que debería soportar. Y no me refiero solo al hecho de convertirse en madre — no te preocupes, no haré ningún *spoiler*—.

Jamás imaginé que esta novela llegaría a las manos de aquellas personas que han estado conmigo desde el inicio, pendientes de mis actualizaciones, animándome y apoyándome a cada paso del camino. A ellos les agradezco por ser partícipes de mi historia. Y es también por ellos que decidí hacer algo especial para esta segunda edición.

Cuarenta semanas continúa siendo la misma historia, pero tiene muchos detalles diferentes y algunas escenas nuevas, además de una narración mejorada y de sorpresitas que muchos no esperarán leer (no le cuentes a nadie que al final de esta novela he agregado tres capítulos extras completamente nuevos, ¡guárdame el secreto!).

Mi yo del presente, esa escritora de veintiún años cuya cabeza solo piensa en transformar ideas en novelas, ha querido editar esta historia, manteniendo la esencia que mi yo del pasado le dio en su momento. Te cuento, ya que estamos, que he decidido tomarme ciertas licencias en cuanto a aspectos de las ciudades mencionadas a lo largo de la novela y sus características varias; lo he hecho así a efectos de la trama.

Sin más, espero que disfrutes de la lectura y que puedas olvidarte de los problemas mundanales para sumergirte en la historia de Catherine.

«El mayor error del ser humano es intentar sacarse
de la cabeza aquello que no sale del corazón».

MARIO BENEDETTI

SEMANA 1



Catherine

Miré el *test*.

El *test* me miró a mí.

Bueno, no lo hizo realmente, pero lo sentí de aquella forma. Las caritas sonrientes me contemplaban como si fueran a romper la minúscula pantalla para abalanzarse sobre mí en cualquier momento. Apoyé la espalda sobre los fríos azulejos de la pared del cuarto de baño y dejé que mi cuerpo resbalase hasta que mi trasero impactó contra el suelo húmedo. No estaba así por la suciedad, sino porque había tomado una ducha hacía menos de diez minutos. El aparato de plástico cayó sobre mi regazo, seguido de mis manos, que se asemejaban a las de un muerto debido a mi entumecimiento.

—Esto no puede estar pasándome —musité con un hilo de voz.

Sin pensarlo, descansé la palma de mi mano sobre mi vientre plano.

Una nueva vida crecía en mi interior y no podía hacer nada para evitarlo. Bueno, en realidad sí estaba en mis manos el poder para ponerle fin. La idea de presentarme en una clínica para eliminar mi equivocación se antojaba, al mismo tiempo, como mi solución y como mi tormento, pero era una opción más descabellada que la

situación en sí. Habría deseado que la oscuridad me engullera durante los nueve meses siguientes. Tal vez incluso por más tiempo. ¿Cómo continuaría en la universidad con una barriga que aumentaría de volumen semana tras semana? Me había costado forjar las escasas amistades que tenía... ¿Qué iban a pensar sobre mí?

—Catherine —me llamó Alexia desde el otro lado de la puerta.

No pude responderle debido al estado de shock en el que me hallaba. Lo único en lo que pensaba era en que estaba embarazada. Yo, embarazada con apenas diecisiete años. ¿Cómo saldría adelante? Ahuequé mis manos y escondí el rostro entre ellas. Pensé que, quizá, me encontraba todavía en mi cama, en medio de una pesadilla que pronto acabaría.

Pero no era así, la voz de Alexia llegó a mí con el peso de la realidad casi al instante.

—¿Qué pone? ¡Catherine! —exclamó ella mientras golpeaba la madera.

Retiré los mechones cobrizos que cubrían mi frente y los deslicé por detrás de mis orejas. No encontraba mi voz para contestarle ni tampoco suficiente fuerza de voluntad como para incorporarme. Todavía recordaba cómo este desastre se había producido:

Había sido exactamente siete días atrás, en la noche de la fiesta de compromiso del célebre Dimitri Ivanov, actual heredero de la industria Ivanov's House of Cars.

Su padre le había cedido una importante cifra de capital para que él festejara por todo lo alto sus días finales como un joven imprudente y libertino porque, a pesar de que Dimitri estaba a punto de cumplir los veintisiete años, seguía comportándose como cualquier

adolescente. Supongo que a nadie le gustaría recibir la inmensa responsabilidad de dirigir una empresa sin gozar de tiempo para sus quehaceres personales. E incluso si ese puesto iba a proporcionarle más riquezas, Dimitri desechaba la idea de decir adiós a sus fiestas semanales.

Esa noche yo trabajaba para él a petición de mi otra amiga, Svetlana.

Había accedido solo por la cuantiosa cifra de dinero que ofrecían por participar como camarera; precisaba de ella para pagar el primer año de mis clases.

La universidad a la que yo asistía —Universidad de Columbia, Nueva York— estaba dividida en dos cuatrimestres. El primero de ellos ya había concluido, por fortuna, con las cinco asignaturas aprobadas. No podía asegurar lo mismo sobre el que estaba a punto de iniciar.

Gracias a mis calificaciones del instituto y a los esfuerzos invertidos entre las páginas de los libros de texto, había conseguido adelantar un curso. Y, según el rector de la universidad, no podían dejar pasar la oportunidad de contar con una alumna cuyo expediente fuese tan sobresaliente como el mío.

Sostuve la cabeza entre ambas manos en silencio. Sin responderle a Alexia, rememoré la noche en la que cometí el error.

—Me estoy arrepintiendo de haber aceptado —refunfuñé al mismo tiempo que aplicaba más brillo dorado sobre la piel desnuda de mis brazos.

—Asistes a una fiesta por año, Catherine —respondió Alexia, mi mejor amiga.

A ella la conocía desde los dos últimos cursos del instituto y, con el paso de los años, había demostrado ser alguien excepcional. Pese

a no cursar los mismos estudios universitarios, compartíamos en esos momentos el dormitorio de la residencia. ¡Otro pago que sumar a mi lista!

—Corrección: estuve en la celebración de tu último cumpleaños — dije.

—Y lo pasaste estupendo.

Puse los ojos en blanco ante su no tan errónea contestación.

Terminé de restregar el maquillaje por mi cuerpo y cerré el frasco de purpurina. No me agradó en lo más mínimo el uniforme seleccionado por el anfitrión, pero mi opinión era inválida porque me pagaban por lucirlo. Me puse en pie para alcanzar las puertas del armario donde guardaban las perchas repletas de chaquetas. Estaban etiquetadas porque éramos demasiadas chicas y no todas compartíamos talla. Busqué la mía con aire distraído mientras anudaba los dedos en la trenza de espiga que Alexia me había realizado.

Me repetía una y otra vez el motivo por el que había aceptado el trabajo, como si ello fuese capaz de aportarme el coraje y el valor que yo tanto necesitaba.

El gobierno otorgaba becas anuales a los estudiantes con calificaciones sobresalientes —como yo—, pero no cubrían el pago del curso íntegro. Como mis padres no se podían permitir la inversión de más capital en mí desde que mi hermano se mudó a California City para encontrar un puesto de trabajo, yo me he visto obligada a buscar pequeñas ocupaciones temporales en tiendas para compensar el precio excesivo de la matrícula.

Por fortuna, mis padres pensaban que me encontraba en casa de Alexia esa noche y no sospechaban cuál era mi verdadera ubicación.

Me puse la chaqueta, la remangué a la altura de los codos para mostrar el brillo que con tanto ahínco me había aplicado y eché un vistazo a la cabellera rubia de Alexia. Ella seguía ensimismada con el pintalabios, buscaba el ángulo que le permitiera deslizar la barra escarlata por la parte superior.

—Chicas, es vuestro momento —anunció el coordinador.

Asomé la cabeza por las cortinas que separaban el salón de festejos de la sala trasera. Al otro lado distinguí hombres. Muchos hombres. Incluso me atrevería a afirmar que ninguno había llevado consigo la compañía de una pareja.

Svetlana nos había ofrecido el trabajo como ayuda económica, pero también porque nos encomendó una tarea de vital importancia: vigilar a su prometido y evitar que él llevase a cabo acciones de las cuales se lamentaría al amanecer.

—Ya vamos —respondió Alexia.

Conforme salíamos, nos entregaban una bandeja con copas de Martini y de otras bebidas que ofreceríamos a los invitados. Sobre la que me correspondía a mí diferencié una repugnante mezcla de alcohol, en especial de vodka, ron y bourbon.

Sin lugar a dudas, una copa de esos tragos era suficiente para emborrachar a alguien.

El salón había sido decorado por una compañía especializada en despedidas de soltero, así que no me sorprendió ver a una mujer en ropa interior contonear las caderas sobre el escenario; frente a ella se situaba un numeroso grupo de individuos. Pasé de largo, haciéndome camino con muchas disculpas y procurando no perder el equilibrio a causa de los tacones. Globos azulados pululaban de una dirección a otra, lo que significaba un riesgo para las bebidas de mi bandeja, que podrían ser desparramadas sobre uno de los

invitados ante el más mínimo error. Las luces de colores se desplazaban a través de un sistema minuciosamente instalado que recorría el techo para perseguir al protagonista de mis pesadillas: Dimitri Ivanov.

El chico, de cabello rubio como caramelo y ojos avellana, encajaba con el prototipo de hombre que revolucionaba las hormonas de cualquier ser humano, hombre o mujer. La mandíbula cuadrada, los labios gruesos y la nariz perfectamente alineada con el resto de sus rasgos sumaban incluso más puntos a su favor.

Yo lo había conocido durante mi estancia en el campamento de verano al que asistí en calidad de alumna dos años antes; el instituto había ofrecido las plazas sin costos adicionales y nadie las rechazó. Por el contrario, Dimitri había participado como el flamante monitor que salvaba a las jóvenes de falsos calambres y ahogamientos. Nunca supe qué lo había impulsado a trabajar allí cuando disponía de la industria de su padre en la palma de su mano.

No volví a ver a Dimitri tras ese increíble mes en el campamento. Inicé la universidad, me centré en mis estudios y me olvidé de su existencia.

Hasta esa noche.

Cuando me detuve por un instante para observar a la multitud, Alexia se situó a mi derecha y me propinó un despistado pero recio empujón. Tuve que aplastar la otra mano bajo la bandeja para que no cayera sobre su uniforme. La fulminé con la mirada para hacerle saber que había estado a punto de costarme una posible expulsión, a lo que la escuché decir:

—La fiesta no está nada mal.

—Si tú lo dices. —Icé el mentón—. Centrémonos en hacer todo bien y a las doce podremos regresar a casa. No veo la hora de que termine. Nunca me ha agradado este ambiente.

—¿En serio vas a seguir ese horario? ¡Vamos! Fue establecido para dar buen ejemplo a la comunidad. La auténtica fiesta comenzará tras la medianoche y será hasta el amanecer.

—Me da igual. Haré lo que vea conveniente para mí.

Alexia se estaba acostumbrada a mi malhumor, detalle que agradecí en esos momentos.

Ella desapareció entre la multitud en dirección al primer grupo de invitados con bocas sedientas de alcohol. Yo imité sus acciones. Tomé una bocanada de aire, aclaré mi garganta y compuse mi mejor sonrisa antes de avanzar.

En cuestión de minutos me vi obligada a regresar al pequeño bar situado detrás del escenario para rellenar las copas. Tras ello, pude retornar a la pista de baile, donde pronto divisé a Alexia entablar conversación con un desconocido. La mezcla de focos de luces y de estaturas entre los invitados me dificultaba la tarea de identificar al forastero, cuya amplia espalda enfundada en una sudadera de los Wild Lions de América destacaba sobre la vestimenta del resto.

El número de relaciones amorosas mantenidas durante mi adolescencia había sido prácticamente nulo. Aún me avergonzaba del lamentoso beso que un chico del último curso me dio bajo el anillo de la canasta del pabellón de educación física. Detestaba la idea de iniciar un romance en la universidad pues, gracias a las desastrosas experiencias de Alexia, era consciente de los suspensos que llegarían por las distracciones.

De hecho, fue por culpa de mi ensimismamiento que me distraje.

Cuando hice el amago de recuperar mis paseos por la pista para repartir las bebidas, un cuerpo que caminaba en dirección contraria a la mía impactó contra la bandeja repleta de copas. Ahogué una exclamación tras percibir la frialdad de los líquidos sobre mi antebrazo. No sé de dónde extraje el equilibrio para impedir que las copas restantes no se precipitasen también. Por fortuna, no ensucié mi uniforme, solo noté el alcohol desparramado en la parte superior de mi brazo.

—Lo lamento —me disculpé—. He perdido la noción del...

Centré mis ojos azules en el rostro asombrado de Dimitri, cuya amplia mano se detuvo a mitad de camino entre la bandeja ladeada y su cuerpo. Probablemente pretendía ofrecerme su ayuda en el caso de que las bebidas, ante el choque, no hubieran sido las únicas que acabaran desparramadas por los suelos.

—Catherine Miller —me llamó—. Has cambiado desde la última vez.

—Para bien o para mal, todos pasamos por la fase de pubertad.

—Has crecido dos palmos, como mínimo —continuó con su estudio. No se percató de mis ansias por escabullirme a la parte trasera del local—. Nunca hubiera apostado que te encontraría en un lugar como este. —Bajó la vista hacia mi vestimenta—. Por lo que aprecio, parece ser que te he contratado. Aunque, si te soy sincero, no recuerdo que tu nombre figurase entre el papeleo. Y créeme, no lo hubiera olvidado.

—Svetlana quiso que participase en una misión encubierta —respondí, me estaba poniendo histérica—, la cual te incluye. —Traté de identificar a mi amiga, necesitaba huir—. Creo que te haces una idea de cuál es mi cometido.

—Por supuesto. —Estalló en carcajadas.

Sus dientes blanqueados y alineados quedaron a la vista cuando la constante risa escapó de su garganta. Algunas arrugas se formaron en las comisuras de su boca, aunque, en lugar de envejecerlo o afearlo, favorecieron a su aspecto. Muchas mujeres coincidían en lo siguiente: algunos hombres parecían estar hechos de vino. Cuanto más tiempo transcurría, mayor atractivo ganaban.

Y Dimitri era uno de esos.

—No te preocupes. Soy un hombre comprometido con el amor. Sé dónde están mis límites, Catherine. —Relajó la tensión en sus hombros, que decayeron unos centímetros, pero mantuvo la sonrisa ladeada y pícara.

—Me alegro de escuchar eso. Si me disculpas...

Ubiqué la bandeja sobre la mesa más próxima y me distancié. Mantuve las manos apretadas en mis costados y la vista puesta en los zapatos que se paseaban de un lado a otro. No supe identificar si mi nerviosismo acarreó la caída de las bebidas o la intervención de Dimitri. Independientemente de la causa, precisaba de unos minutos en un área tranquila para sosegar me.

Pronto localicé mi rincón idóneo en los vestuarios; me encerré en uno de ellos en compañía de agua y de unos paños que humedecí para restregarlos sobre el alcohol pegajoso de mi brazo. Entre todos los presentes en el lugar, tenía que ser yo quien se topara con él. Las probabilidades eran infinitas, teniendo en cuenta el número de invitados y, como si el destino me odiase, optó por ponerlo en mi camino.

Intenté recomponerme lo más veloz posible. No podía permitir que un fantasma del pasado me desmoronase.

Las horas transcurrieron más rápido de lo supuesto, pero la noche no cumplió con mis expectativas originales.

Pasadas las dos de la mañana, nuestro turno había acabado y éramos libres de hacer lo que nos viniese en gana. Y, como no podía desembarazarme del tonto incidente, lo comenté con Alexia, quien insistió en que probase una copa. Al principio rechacé su ofrecimiento y aparté el vaso de vodka que ella intentaba poner en mis manos. Sin embargo, y pese a la voz de mi conciencia que me repetía lo mal que terminaría la noche, lo acepté e ingerí un primer vaso al que pronto le siguió otro. Y otro. Y puede que otro más.

Levanté el chupito de la barra de madera. La superficie estaba tan sucia que mis brazos quedaban adheridos a ella, pero ese detalle pareció no incomodar al coro de individuos formado a mi alrededor: su ocupación era la de animarme para que ingiriera el número catorce.

Había consumido tanto que mis labios estaban adormecidos.

Largué una risotada y acompañé al resto de las exclamaciones mientras alzaba las manos en el aire para celebrar algo sin sentido.

—¡Caramba! ¡Menudo aguante! —Alexia palmeó mi hombro—. Catherine, me enorgullece que tu hígado y tu estómago sean capaces de continuar trabajando pese a todo lo que tu cuerpo contiene, pero deberías parar ya.

—Fu-fuiste tú qui-quien me-me animó. —Quise articular las sílabas de una sentada, sin embargo, me trabé en cada una de ellas—. Me si-siento es-estu-estupendamente. ¡Puedo co-comerme el mundo!

—A este ritmo terminarás en el hospital, Catherine. Lo digo en serio.

Mi amiga cernió los dedos en torno a mi antebrazo y me obligó a soltar el chupito. Un calambre me recorrió la extremidad y, aunque no dolió tanto, exageré a causa de mi inmensa borrachera. Debido

al tembleque en mis piernas, a la altura de los tacones y a mi estropeada visión —más borrosa que otra cosa— tardamos casi catorce minutos en atravesar el pasillo formado por los entristecidos espectadores. Alexia se cercioró de que nadie nos seguía, cerró la puerta tras nosotras y me forzó a tomar asiento sobre una de las sillas.

—¿Có-cómo es po-posible que yo esté bo-borracha pe-pero tú no?
—La señalé, o eso pretendí.

Había más de dos copias de Alexia frente a mí.

—He sido más sensata. —Me acercó un vaso de agua a la boca. Bebí los sorbos que mi cuerpo me permitía sin vomitarlo y limpié las gotas que resbalaron por mi mentón.

—Llamaré a un taxi para que nos lleve a la residencia. Tus padres te encerrarían de por vida si apareces así por casa —añadió ella.

—¿Qué? —negué rápidamente—. No, ni ha-hablar.

—Eres incapaz de pronunciar una sola frase sin tartamudear.

—Mentira.

Mi actitud infantil la sacó de quicio, o eso supuse cuando me percaté de que arqueaba las cejas y ponía los ojos en blanco. Ya había consumido alcohol con anterioridad, en reuniones familiares y en fiestas de cumpleaños, pero solo esa noche perdí el control de mis actos.

Alexia buscó en su teléfono los célebres *Remedios de la abuela* — así se llamaba la página web— para reducir la borrachera en cinco minutos o menos. El método que estaba a nuestro alcance era el del agua. Con el alcohol, el cuerpo se deshidrata y una buena manera de espabilarme era consumiendo varias botellas. Quise tomarlas, pero tenía el estómago tan cargado y dolorido que necesité detenerme.

Pasados tres cuartos de hora, me calmé lo suficiente como para poder hablar y comportarme como un ser humano. De hecho, la borrachera había disminuido considerablemente y me consideraba capaz de pensar y de actuar como de costumbre. Me negué a que Alexia me acompañase porque supe que se estaba divirtiendo y que cuidar de mí no encajaba en sus planes. Yo había sido la que se había excedido, no ella. Mi amiga no tenía la responsabilidad de vigilarme; yo ya era adulta y sabía lo que me convenía y lo que no.

Cuando abandoné la fiesta con la idea de regresar a la residencia, el aire gélido que asolaba las calles de Manhattan me ayudó a suavizar los escasos mareos que quedaban, los cuales remitían poco a poco gracias a los trucos caseros. La brisa de febrero era lo suficientemente helada para asesinar a cualquiera... O no, quizás he exagerado un poquito.

—Llámame en cuanto llegues a la residencia. Dúchate, quítate el hedor a alcohol y duerme —ordenó mi mejor amiga mientras acomodaba el cuello de mi chaqueta—. Me parece mala idea que vayas sola. Todavía no eres del todo consciente de...

—Alexandrina, estaré bien.

—No me llames así. —Ella sonrió pese a sus palabras.

Alcé una mano para llamar al primer taxi que circulase por las solitarias calles neoyorquinas; quería demostrar que, si era capaz de buscar mi propio vehículo, también lo sería para llegar sana y salva al dormitorio.

En ocasiones, mi amistad con Alexia se asemejaba a un parentesco de madre e hija. Solía ser yo quien la ayudaba a disminuir sus vómitos o a aferrarle el cabello luego de las fiestas a las que tanto adoraba asistir. Una sonrisa se dibujó en mi cara por

un recuerdo inesperado, pero puse los pies sobre la tierra cuando el taxi se detuvo en el bordillo.

Mi amiga me entregó dinero suficiente para el trayecto y aguardó a que yo abriese la puerta del vehículo para desaparecer otra vez en el interior del local.

El conductor —un hombre con bigote blanquecino y boina de cuero— abrió su ventanilla y me preguntó por la dirección a la que me dirigía. Todavía en la acera, abrí la boca para responderle, pero volví a cerrarla cuando sentí sobre mi hombro una mano mucho más cálida y suave al tacto que la puerta que yo sostenía.

—Yo te llevaré a la residencia. Mi conciencia no me permitirá dormir sabiendo que he arruinado parte de tu noche después de nuestro choque. —Dimitri se hizo a un lado y extrajo varios billetes de su bolsillo, ofreciéndoselos al conductor—. Gracias por sus servicios, pero no los necesitaremos.

—Ojalá hubiera más americanos como usted. —Me pareció oír a modo de respuesta.

—En realidad soy ruso, pero no hay de qué.

Enderecé la espalda, cerré la puerta del taxi y me abracé a mí misma. Sin decir nada, seguí los movimientos de Dimitri, desde los más inocentes —como sus intentos por extraer las llaves del bolsillo de su pantalón sin arrojar la cartera ni el teléfono— hasta los que realizaba sin darse cuenta —como, por ejemplo, fruncir los labios por la dificultad o la aparición de una pequeña y gruesa vena en su frente—. Había olvidado que su acento no correspondía al característico inglés. Su familia, «los Ivanov de Manhattan» —como muchos les decían— procedían de Rusia. Si mi memoria no fallaba, creía recordar que causaron un gran revuelo cuando abrieron sus

industrias en el país porque sus ventas machacaron por completo a las fábricas americanas.

—Seguro que estás más borracho que yo —afirmé.

—Lo cierto es que he bebido relativamente poco, si lo comparamos a lo que estoy acostumbrado. —Hizo que la llave plateada girase en su dedo índice y señaló el Mercedes rojo aparcado en el callejón—. Estoy genial. Yo no he roto el récord de chupitos esta noche.

Me sonrojé y me deslicé en el interior del coche. El cuero blanquecino se deslizó bajo las palmas de mis manos como si perteneciera al pelaje de algún animal exótico; el distinguido y moderno chisme de radio brillaba sin necesidad de que un foco incidiera en él mientras que el espacio que separaba el asiento del salpicadero era tan amplio que podría estirarme y dormir plácidamente. El medallón en forma de espejo que pendía del retrovisor se agitó un poco cuando Dimitri abrió la puerta para ocupar el lado del conductor. El objeto de estructura ovalada giró sobre su propio eje, ahí distinguí la fotografía de una mujer rubia pegada a un lado. Tuve que aferrarme la mano para no tocarlo. Habría sido de mala educación si lo avasallaba a preguntas cuando ni siquiera estaba segura de si me mantendría en pie hasta alcanzar la residencia.

—Estás huyendo de tu propia fiesta —comenté una vez que el coche se adentró por las avenidas—. ¿Te parece insuficiente el número de strippers a medio desnudar que había en el salón? —inquirí—. Se supone que deberías gozar de tu última noche como soltero.

—No es la última. —Centró la mirada en mí por algunos instantes—. Fechamos la boda para dentro de cuatro o cinco fines de semana a partir de hoy. Mi padre se está encargando del papeleo

que me corresponde en las industrias, por lo que no encuentro dónde invertir mi tiempo más que en celebraciones. —Se encogió de hombros—. Lo cierto es que no debería descuidar mi puesto en la universidad. Rara vez contratan a profesores tan jóvenes como yo.

—Lo peor es que hablas en serio —mascullé.

Dimitri ensanchó su encantadora sonrisa y deslizó una mano hacia el freno de mano, que quedaba a unos centímetros de mi muslo. Observé las calles pasar y me perdí en mis propias reflexiones hasta que intercepté el inmenso complejo de residencias a una manzana de mi posición. Los prados verdosos, las farolas de bombilla cálida y el relajante sonido de las fuentes conformaron una imagen que, sin lugar a dudas, podría confundirse con la de una postal.

Aparqué en el primer estacionamiento que halló vacío y apagó el motor.

—Dale las gracias a Svetlana de mi parte —anuncié.

Abrí la puerta y me precipité al suelo tan pronto como puse un pie en la acera. Me había olvidado del incómodo calzado que continuaba comprimiendo mis dedos, por lo que mis tobillos se torcieron de mala forma y acabé con las rodillas aplastadas y magulladas sobre algunas piedrecitas. Gracias al impulso de mis manos impedí que me diese de bruces en el suelo.

Dimitri se apeó entre sonoras carcajadas y se aproximó.

—Vamos, Cathy. Ponte de pie. —Extendió las manos hacia mí.

—¿Cómo me has llamado?

Me negué a aceptar su ayuda.

—Ya me has oído.

—Lo sé, pero la última vez que te dirigiste a mí de esa manera fue en el campamento, y el motivo era que no conocías mi nombre.

—Presumes de buena memoria para estar borracha.

—Lo estaba hace una hora —me defendí.

Dimitri mantuvo su brazo estirado hacia mí y esperó a que mi actitud de niña malcriada desapareciera.

Sacudí mis manos antes de posarlas sobre las suyas para me impulsara hasta quedar a escasos centímetros de él. Las plumas de mi trenza estaban pilladas en las chapas que adornaban la chaqueta y me generaban molestos tirones de pelo.

—Estúpido atuendo —farfullé—. Has elegido lo más expuesto que encontraste.

Traté de deshacerme del recogido con mis temblorosos dedos, pero me detuve a mitad del proceso, y no porque yo quisiera hacerlo: Dimitri había retirado mis manos para quitar las plumas. Estudié su rostro durante los minutos que permanecimos en silencio y expulsé el aire que retenía con mi característica lentitud. Gracias a la cercanía, pude percatarme de detalles que en la fiesta no hubiera atisbado: él mantenía la mandíbula tensa y el ceño fruncido, y si la vena de su frente era insuficiente, distinguí otra al lado derecho, en la sien. Sus ojos, oscurecidos por la penumbra, pasearon por mi cara, pues notaba mi vista puesta en él y le picaba la curiosidad. Cuando la última pluma cayó al suelo, comenzó a desenredar la trenza. Los cabellos cobrizos y rizados se asentaron sobre mis hombros. Allí me recordé qué acciones debía llevar a cabo si deseaba tomar una bocanada de aire.

—Ha sido nuestra peor idea —susurró.

—¿El qué? —Fruncí el ceño, sin comprender la situación.

—Lo que vamos a hacer, Cathy.

Dimitri pasó un dedo por mi labio inferior para preparar el terreno que sus labios besarían a continuación. Plasmó su boca contra la mía con tanta timidez y delicadeza que, en un principio, me costó creer que fuera él quien me besaba. E incluso llegué a pellizcarme el muslo para comprobar si era realidad. Él se arrimó a mi figura y deslizó las manos por mis pómulos. Sostuvo mi rostro e intensificó el beso.

Abrí la boca para despedir un discreto suspiro de placer, acto aprovechado por él para invadirme con su lengua. Las alarmas de advertencia sonaron en mi cabeza, pues mi mente exigía que me detuviera mientras mi cuerpo suplicaba por otro roce más. Nos distanciamos momentáneamente y nos contemplamos. Supe que no era lo correcto, que estaba mal. Y, a juzgar por la manera en la que él me devolvía la mirada, Dimitri opinaba lo mismo. Sin embargo, no retrocedí para que no volviera a besarme ni él comunicó que regresaría a su vehículo. En lugar de los actos morales correctos, anudé los brazos en torno a su cuello mientras él deslizaba los suyos bajo mi trasero, y me alzaba del suelo. Rodeé su cintura con mis piernas y, apretada a él como un koala, lo insté a que caminase al interior de la residencia.

Percibí el gotelé de la pared contra mis omóplatos cuando Dimitri me apoyó contra el muro para extraer las llaves de mis bolsillos. Supe que tenía experiencia en esto porque no apartaba la lengua de mi cuello mientras atinaba la llave en la cerradura del pomo. Recé para que ningún estudiante saliese de los dormitorios y nos encontrase *in fraganti* en mitad del pasillo pues, de lo contrario, nos convertiríamos en la novedosa comidilla del campus universitario.

Pronto estuvimos resguardados en la seguridad de la habitación. Dimitri me puso en el suelo y aplastó su frente contra la mía. Su

respiración era agitada, tanto o incluso más que la mía, y no dejaba de mirarme, como si esperase mi rechazo. De nuevo, mi conciencia repitió que este comportamiento era inadecuado, más bien, impropio de mí. Pero lo deseaba. Maldición, quería hacerlo más que nada en el mundo, especialmente con esa persona que ya había entrado en mi corazón en una ocasión. Machaqué los consejos que esa vocecilla trataba de darme, unos que posteriormente deseé tener de regreso, y me apresuré a desabotonarle la camisa. Imaginé el tipo de calidez que sus pectorales poseerían, la suavidad de la musculatura en su vientre y el roce de mi piel desnuda contra la suya.

Y Dimitri lo hizo realidad.

Los latidos de mi corazón me privaban de la respiración y él se percató de mi nerviosismo. Desnuda a merced de su cuerpo, que escalaba sobre el mío, me recordé que había llegado hasta aquí porque ambos lo quisimos. Su rostro quedó a mi altura de nuevo y escuché el ruido del condón que se acababa de colocar. Yo era virgen hasta la médula en este sentido, nunca había estado desnuda en presencia de otra persona. Y, para mi agradable sorpresa, el hecho de que Dimitri besase mis senos, humedeciera mi cuerpo y acariciase la zona prohibida, no me avergonzó ni me provocó deseos de huir.

El dolor fue estremecedor e insoportable al comienzo. Mis uñas se hincaron en sus brazos y Dimitri tuvo que silenciar mis pequeños jadeos con algunos besos. Se comportaba de manera cariñosa y comprensiva: detenía el avance cuando yo lo pedía, me susurraba al oído que las molestias cesarían y me guio para que yo fuese tan partícipe como él en los actos.

Entonces, se produjo el error que me llevó hasta el cuarto de baño la semana siguiente, con un test de embarazo en mis manos.

Desconozco qué tuvo la culpa: pudo haber sido por la fogosidad de los movimientos —teníamos prisa ante el temor de ser descubiertos—, que el condón estuviera mal puesto desde el principio —a oscuras en mi dormitorio, con la única luz procedente del exterior, no se veía demasiado— o que se rompiera instantes previos a que Dimitri terminase. No importa qué haya sido.

Las consecuencias fueron el problema.

Me obligué a abandonar el baño para evitar que mi mente terminara de revivir la escena. Acalorada, con las mejillas ardiendo como si un hierro al rojo vivo las presionara, regresé a la habitación donde Alexia esperaba a oír mis buenas o malas noticias.

—Catherine —reprochó y puso las manos en sus caderas.

—Estoy embarazada —confirmé.

Mis ojos se anegaron en lágrimas, rompí en llanto mientras Alexia me estrechaba entre sus brazos y emitía pequeños gritos de alegría. O eso supuse. Al principio, no estábamos seguras de si era demasiado pronto para que el *test* de embarazo reconociese la hormona que debía dar positiva o negativa, pero al leer las instrucciones descubrimos que la prueba era efectiva a partir del sexto día de la supuesta fecundación.

—¿Qué voy a hacer ahora, Alexia? —pregunté.

—Seré tía. —Sus ojos resplandecieron por la emoción.

—Déjate de tonterías, por favor —supliqué, con las manos apoyadas en sus hombros—. Necesito de tu ayuda. ¿Cómo terminaré el curso? ¿Cómo les diré a mis padres que han dejado

embarazada a su hija? Peor aún, ¿qué demonios voy a contarle al padre del bebé?

—Un momento. —Ella hizo una pausa—. ¿De quién se trata?

Tragué saliva y me mordí el labio inferior antes de pronunciarlo:

—Dimitri.

SEMANA 2



Catherine

Centré la vista en las grietas presentes en el techo, a unos metros de mí. Había despertado hacía quince minutos, indiferente a los mundanales problemas. Conforme me espabilaba, también lo hacían los planes que me había impuesto para el día.

Si iba a continuar con el embarazo, no lo haría sola o, al menos, no lo haría sin la compañía del otro responsable. Eché un rápido vistazo al reloj situado a la izquierda de la cama y distinguí un nueve seguido de un veintidós. Hinqué los codos en el colchón para incorporarme algunos centímetros y descubrí que la cama de Alexia estaba vacía, aunque deshecha. Si no había ordenado su lado de la habitación se debía a que, de hacerlo, llegaría tarde a clases, porque de lo contrario hubiese aplanado hasta la más minúscula arruga. Yo tenía el día libre gracias a que mi profesor debía asistir a una reunión de departamento. Nos había comunicado la noche anterior que se cancelaban las clases y, en ese instante, me decidí por buscar a Dimitri en su facultad.

Me quité las sábanas de encima y me encerré en el cuarto de baño, llevé conmigo las prendas más cálidas que tenía en el armario. Es cierto que la complexión de mi cuerpo continuaba

intacta y sin alteraciones, sin embargo, tras desnudarme y examinar mi reflejo en el espejo, mi mente me recordó que pronto mi vientre se curvaría hasta convertirme en una ballena con piernas. Traté de alejar esas ideas, porque ni siquiera estaba segura de si continuaría y protegería al feto, y me duché con prisa.

Veinte minutos más tarde, caminaba en dirección al exterior con una barrita de proteínas en el bolsillo trasero de mi pantalón. Tenía el estómago cerrado por culpa de los nervios, así que intentaría desayunar tras hablar con el protagonista de mis pesadillas. Subí la cremallera de mi chaqueta de cuero hasta que el frío metal rozó mi barbilla y empujé las puertas de cristal que permanecían entreabiertas la mayor parte del día. Los estudiantes abandonaban la residencia continuamente, muchos se saltaban algunas clases ya que preferían estar con sus ligues en la comodidad de sus habitaciones o aprovechaban la luz solar para adelantar trabajos en la biblioteca.

Dimitri impartía clases de finanzas y economía en la facultad de Números, la cual se ubicaba a cinco minutos de mi posición. No tendría problemas para dar con él. Además de empresario y de hombre supuestamente comprometido con el amor, empleaba parte de su tiempo en enseñar. Y, por más que me esforzara en odiarlo, hacerlo me resulta una tarea bastante complicada. Ascendí los escalones de mármol que dirigían a esa facultad y caminé hacia el mostrador donde se encontraba la señora Bernard, una mujer de cincuenta y un años y cabello teñido de castaño que se encargaba del papeleo.

—Buenos días, Catherine —dijo al reconocermelo. Reubicó sus gafas, las cuales resbalaban por el puente de su nariz, y mostró una

encantadora sonrisa de dentadura inmaculada—. ¿Qué te trae por esta facultad? Rara vez te veo pasar por la zona.

Yo cursaba Historia en el extremo sur del campus.

—Estoy buscando al profesor Ivanov. ¿Continúa aquí?

—Sí, en el aula 305. ¿Ha ocurrido algo?

Me encogí de hombros.

—No, tan solo olvidé entregarle el regalo por su boda. Ya me conoce, no puedo evitar adelantarme a los acontecimientos. —Una risotada histérica escapó de mi garganta. Por fortuna no levanté sus sospechas.

La señora Bernard regresó a sus quehaceres mientras yo me adentraba en los enrevesados pasillos. Desde la entrada y hacia las distintas escaleras encontrabas tantas bifurcaciones que resultaba imposible volver a un mismo punto en dos ocasiones diferentes. Empleé el ascensor para subir a la planta número tres y miré las placas doradas en las que figuraba el número que distinguía las clases, hasta localizar la número 305. A través del pequeño ventanal que adornaba la puerta de madera pude verlo: sentado sobre una esquina del escritorio, en el centro exacto de la plataforma de madera, con una corbata azulada y chaqueta, Dimitri explicaba lo que se reflejaba en el panel electrónico a sus espaldas. Creo que se trataba de la célebre Pirámide de Maslow y de algunos números raros.

Por algunos instantes, en vez de centrarme en mi importante misión, me debatí entre dos tonterías: no supe si Dimitri era más irresistible con ese uniforme o sin ropa. Tomé una profunda bocanada de aire, abrí y cerré los dedos para espantar al entumecimiento causado por mi leve ansiedad y me preparé mentalmente para lo que estaba a punto de suceder.

—¿Profesor? —pregunté tras golpear la puerta—. ¿Puede salir un momento, por favor?

Las miradas de los estudiantes se posaron en mí.

Dimitri agrupó los folios que tenía entre manos, palideció como si acabase de atisbar a un fantasma. Divisé cómo su rostro se crispaba el tiempo suficiente para reconocer que no se esperaba mi visita; al menos, no después de lo ocurrido. Los alumnos cuchichearon, arrimándose unos a otros para constatar si alguno me conocía. Dimitri se excusó para salir y evitó rozarme cuando pasó por mi lado y cerró la puerta.

—¿Qué haces aquí? —murmuró con voz alterada.

—¿Creías que iba a volatilizarme en el aire?

No logré distinguir si estaba asustado por reencontrarse con una de sus amantes —yo no me consideraba así de todas formas — o porque se arrepentía de haber engañado a su prometida. Una vertiginosa sensación ascendió por mi columna cuando estudié el problema desde mi perspectiva: Svetlana era su futura esposa, sí, pero también era mi amiga. Aunque desconocía si todavía entrábamos en ese término.

—Lo cierto es que yo también deseaba hablar contigo sobre eso. Ya sabes a qué me refiero. Dios, ni siquiera puedo pronunciarlo en voz alta. No existen palabras para describir lo mal que me siento — admitió.

Aquello se asemejó a una patada en el estómago.

—No te preocupes por Svetlana, no le contaré nada —añadió—. Lo que pasó será un secreto entre nosotros, ¿de acuerdo? Maldita sea, de verdad que lo siento. Había bebido mucho, no me molesté en pensar dos veces antes de abalanzarme sobre ti.

—Vaya, esto no está siendo nada incómodo —ironicé.

—Debes perdonarme, Catherine, pero tengo que continuar con mis clases o ellos incitarán los nuevos rumores. Sé que esto sonará egoísta, pero si apreciamos a Svetlana, será mejor que no te presentes en la boda. Invéntate algo lo suficientemente grave que justifique tu ausencia. Yo... lo siento... —Hizo un alto para apoyar una mano en el picaporte, sujetándolo hasta que sus nudillos se tornaron blancos—. Adiós.

Quise protestar. La sangre me hervía en las venas, los colores ascendieron a mis pómulos hasta tal extremo en el que mi visión se nubló. Clavé las uñas en las palmas de mis manos para no arañarle el rostro a Dimitri, reprimí mis impulsos. No era justo. Él había sido quien me besó en primer lugar y, sí, sabía que yo no lo había querido detenerlo. Sin embargo, eso no respaldaba su comportamiento conmigo. Quedaba vetada de una boda, de la que llevaba deseando participar desde que anunciaron su compromiso, porque Dimitri no se consideraba lo suficientemente osado para compartir un espacio de cientos de metros conmigo.

A pesar de mis deseos, mantuve la boca cerrada y asentí una sola vez.

Si antes no había hallado razones para detestarlo, en esos momentos contaba con tantas que podría haber escrito un libro con ellas. Él me miró de nuevo, mostrándome unos ojos anegados en ese molesto líquido transparente que también amenazaba con abordarme. No suscitó ninguna emoción agradable en mí, sino todo lo opuesto: hubiera pateado su entrepierna para ocasionarle más dolor, de ser posible.

—Ha sido muy amable conocer tu opinión —murmuré en cuanto cerró la puerta.

Abandoné el edificio con rapidez y me estremecí cuando una suave brisa de aire removió mi cabello. No saludé a la señora Bernard a mi paso; no me detuve a pronunciar un simple «adiós» por la inquietud de estallar en llanto. Si abría la boca, aunque fuese para respirar, el campus entero me escucharía.

Tomé asiento en uno de los bancos y me hundí en la chaqueta.

—Estamos solos, pequeño —apoyé una mano sobre mi estómago.

Sentí envidia de los estudiantes que recorrían el césped con escasas preocupaciones. Algunos, cabizbajos y somnolientos, trataban de coordinar el movimiento de sus pies para no tropezarse con el bordillo de la acera; otros, espabilados y felices para tratarse de un lunes por la mañana, tecleaban en las pantallas de sus teléfonos con bobas sonrisas dibujadas en sus caras. Dos semanas atrás, yo había sido como ellos.

Me abrumaba lo rápido e inesperado que había sido el cambio producido desde la fiesta de despedida de soltero hasta ese día de mierda.

Reconocí a Alexia en la distancia. Había recogido su cabello dorado en una coleta holgada, algunos mechones rebeldes cubrían su frente y sus ojos. En sus brazos cargaba una pila de libros en los que identifiqué títulos de novelas clásicas como *El retrato de Dorian Gray* o *Cien años de soledad*. Cuando ella miró en mi dirección, alcé la mano y la sacudí en el aire. Precisaba de su ayuda después del balde de decepción que había caído sobre mis hombros. Al igual que miles de individuos en esa ciudad y en el resto del planeta, yo detestaba llorar en presencia de otros. Pero me encontraba tan angustiada y tan nerviosa que no me importaba revelar esa faceta ante Alexia.

Ella tomó asiento a mi derecha y se despidió de sus compañeros, que se apresuraban a distanciarse de la facultad de Letras. Mi mejor amiga cursaba Filología Inglesa, los únicos trabajos que sus profesores exigían eran la lectura de los libros que descansaban sobre el banco y que formaban una pequeña barrera entre nuestros cuerpos.

—¿Qué tal ha ido con Mr. Cañón? —Movié las cejas.

—¿De verdad te apetece saberlo?

—Por supuesto —aseguró ella.

—No le he dicho nada porque se ha negado a escucharme.

Aparté la mirada y anudé las manos sobre mi regazo.

—Dimitri es un estúpido —sentenció. La escuché removerse, y sentí que apoyaba las manos sobre mis hombros, pellizcándolos para llamar mi atención—. Los hombres en general son unos idiotas después de mantener relaciones. ¿Por qué crees que ha actuado de esa manera? ¿Piensas que se percató de que el condón se rompió y por eso procura evitarte?

—No lo sé. Pero, teniendo en cuenta mi actual situación, y tras los nueve meses de embarazo, no tendré más opciones que dar al bebé en adopción. La otra alternativa es abortar, aunque... —Miré al cielo y parpadeé para alejar las inoportunas lágrimas—, no me atrevo a pasar por ese proceso. No tengo un hogar propio. Soy menor de edad y trabajo en mis horas libres para poder pagar mis estudios. Traer un bebé al mundo y cuidar de él, sin un padre que lo guíe ni una... no puedo hacerlo.

—No permitiré que cometas semejante estupidez. —Alexia me obligó a girarme, y ambas quedamos cara a cara—. Catherine, te conozco lo suficiente para saber que no volverás a conciliar el sueño si das a ese bebé en adopción. Ahora mismo estás ofuscada en la

parte negativa, pero ¿qué hay de tus familiares? Cuando se lo cuentas, sin lugar a dudas te apoyarán. Te dije que también me tienes a mí. Trabajaré horas extras si es necesario, pero no perderás a ese bebé porque un imbécil te haya ignorado.

—Estoy muy agobiada —sollocé.

Oculté la cara contra su pecho, aplastándome contra ella. Noté caricias en mi cabello y en el centro de mi espalda. Alexia buscaba calmarme usando trucos que aprendió en las primeras clases de yoga a las que asistió. Extrañamente, ese pensamiento me hizo querer reír. Sequé las lágrimas con la manga de mi chaqueta y enderecé la espalda poco después. No deseaba convertirme en el centro de atención.

—Oh. Ahí está —murmuró a la vez que señalaba a los aparcamientos.

Dimitri acababa de salir de la facultad.

—Tengo que irme. —Me levanté apresuradamente.

—No puedes huir de aquí en adelante, Catherine. —Alexia se cruzó de brazos y dio golpecitos contra el suelo—. En algún momento, y más vale pronto que tarde, tendrás que confesar la verdad, aunque él se niegue a aceptarla.

—Hablamos luego —sentencié.

Procuré evadir la visión del Mercedes rojo y de su conductor. Abandoné el complejo de la universidad por las calles menos concurridas, sorteando a los transeúntes que caminaban en dirección contraria a la mía. Llegué a la estación del subterráneo en pocos minutos y esperé a que el transporte correspondiente arribase para subirme a él. Mis padres vivían en West End Avenue, en un bloque de fachada de ladrillos pardos de varios pisos de altura.

Hacía varios días que no hablaba con ellos, necesitaba comunicarles que iban a ser abuelos.

La palabra sonó igual o incluso más extraña que si la hubiera pronunciado en voz alta.

Para matar el tiempo en el transporte, eché mi cabello por encima del hombro derecho y comencé a trenzarlo. Hubiera ido a pie, pero el cielo se estaba encapotando de nubarrones, lo cual significaba que, tarde o temprano, comenzaría a diluviar o a nevar. Esperaba que no fuera ni lo primero ni lo segundo, pues el transporte público estaba siempre mucho más concurrido cuando hay mal clima.

Transcurridos alrededor de quince minutos bajo tierra, volví a las bonitas calles. El edificio en el que pasé mi infancia y gran parte de mi adolescencia se alzó ante mis ojos y los retortijones se acentuaron en la boca de mi estómago. Si lo que Alexia había comentado se hacía realidad, dentro de unos meses podría traer a este bebé a mi hogar, donde crecería tal y como lo hice yo.

—¿Hola? —dije en cuanto abrí la puerta—. ¿Mamá? ¿Papá?

Me faltaba el aliento. A pesar de que mi casa estaba en la segunda planta, las escaleras en forma de caracol parecían ser infinitas. Oí voces provenientes de la cocina y, acto seguido, mi madre cruzó el pasillo con ambos brazos abiertos. Mis ansias por estallar en llanto regresaron al notar el cariño de su abrazo, pero me vi en la obligación de contenerlas. Esboqué una tímida sonrisa al distanciarnos y permití que ella me arrastrase hacia el salón, el cual estaba unido a la cocina.

Mis padres, Sylvia y Dante, tenían la misma edad. Se habían conocido hacía casi tres décadas durante un viaje de estudios a Honolulu, y desde ese entonces no habían podido dejar de pensar el uno en el otro. Es una bonita y verdadera historia de amor.

No soy hija única; Patrick tenía en ese entonces alrededor de veintisiete años y había compartido promoción con Dimitri. De hecho, fueron grandes amigos durante su adolescencia, pero el lazo se arruinó tras la marcha de mi hermano a California y por los compromisos de Dimitri hacia la empresa de su padre.

—Deberías visitarnos más a menudo. —Mi padre dobló el periódico sobre la mesa y prestó atención a la manera en la que yo paseaba en torno a esta mientras observaba la deliciosa comida—. Te damos el permiso para independizarte y te olvidas de que tus padres continúan viviendo al final de la avenida.

—Exagerado —me burlé.

—Vamos, desembucha: ¿qué te trae por aquí? —contestó él—. No digas que te has gastado la paga mensual porque creo recordar las normas...

—No, papá. No es nada de eso. —Jugueteé con un terrón de azúcar que se había caído del bol en el que mamá los conservaba. Estaba cubierto de migajas del pan que papá acababa de cortar—. Tengo que hablar con vosotros. Es un asunto de extrema importancia.

Intercambiaron una mirada preocupada y pronto se acomodaron en el sillón de la sala. Papá borró todo atisbo de diversión y mamá dejó caer el paño húmedo con el que limpiaba. La siguiente escena se asemejó a la de una película que había visto algunos meses atrás. La única diferencia era que esto sucedía de verdad y no frente a una cámara en donde los actores interpretaban sus papeles.

Mis latidos se dispararon de nuevo, tuve que aferrar el bordillo de mi camiseta para controlar la ansiedad y el pánico. Temblaba tanto que mis rodillas no soportaban el peso de mi cuerpo. Resignada, me

vi en la obligación de sentarme frente a ellos, en la silla que mi padre había ocupado hacía un minuto.

«Dios mío, voy a desmayarme».

—¿Ocurre algo? —Mi madre clavó la vista en mí.

—Sí. —Humedecí mis labios—, y como no quiero alargar la espera, iré directo al grano. —Tomé una profunda bocanada de aire y dije—: Estoy embarazada de alrededor de dos semanas.

De acuerdo. Ya había liberado al monstruo.

Cerré los ojos y me preparé para los gritos e insultos procedentes de ambos en partes iguales. En mi época de instituto no experimenté ningún caso de embarazo indeseado con mi grupo de amigas o compañeras de clase, aunque sí eran evidentes las intensas campañas emprendidas por los directores y psicólogos relacionados con anticonceptivos. Supuse que mis padres reaccionarían de la peor forma posible porque creían haberme educado lo suficientemente bien como para protegerme en ese aspecto. Sin embargo, ocurrió lo que jamás habría imaginado: estallaron en carcajadas.

Parpadeé otra vez y los fulminé con la mirada, incrédula.

—¿Qué demonios os pasa? —bramé.

—Ha sido una broma muy bien elaborada, cariño. —Mi padre cambió de postura para extraer un pañuelo de su bolsillo. Enjuagó las lágrimas generadas por la intensidad de la risa y descansó una mano en la rodilla de mamá—. Somos conscientes de las novatadas que se realizan en la universidad. Patrick nos puso a prueba en su época, fingiendo que había... que había prendido fuego la casa. No ha colado, Catherine.

—¿Pensáis que estoy bromeando? —Mis ojos se abrieron como platos.

Froté mi cara en un intento desesperado por no gritar.

—Nunca me mofaría de algo tan serio como un embarazo. ¿Cómo podéis pensar eso de mí? Hablo en serio. He pasado unas semanas horribles en las que me debatí entre ir directo a una clínica de maternidad para abortar o confesarlo como estoy haciendo ahora. Lo último que necesito es que os riais de mí. Ya he tenido suficiente tortura con mis propios pensamientos —admití.

La faceta gélida que adoptaron mis padres se convertiría, con toda seguridad, en una imagen que ocuparía tanto mis recuerdos más importantes como mis pesadillas. Tenían una extraña mezcla de decepción, tristeza, ira y miedo hacia lo desconocido que se hizo palpable en sus facciones, que se contrajeron al igual que las de un boxeador tras recibir un fuerte impacto. Me lamenté al instante de haberlo confesado.

—Explícate ahora mismo. —La voz autoritaria y gélida de mamá me erizó los vellos de la nuca y de mis extremidades—. ¿Cómo ha sido posible? ¿En qué estabas pensando para tener relaciones sin protección, Catherine Marie Miller?

—Asumo la culpabilidad de los hechos, mamá, pero en mi defensa diré que sí me cuidé. De una forma u otra, el anticonceptivo no funcionó como debería. Se rompió, se cayó o... no lo sé. Tampoco recuerdo la noche con demasiada claridad. Había bebido bastante y... me dejé llevar, no pensé en las consecuencias.

—¡Por el amor de Dios! —Mi padre golpeó con el puño la mesita de café. Las diminutas figuras de porcelana que mamá colocaba junto con las tazas se tambalearon, algunas cayeron hasta fragmentarse—. ¿Dónde está el bastardo que se aprovechó de tu estado? Porque pienso rebanarlo en pedazos.

—Nadie tomó ventaja de mi condición. Yo decidí hacerlo —detallé.

Él hizo el amago de reprochar, pero me adelanté.

—Averigüé mi estado hace casi dos semanas. Según el *test*, así de avanzada está mi gestación. Estoy muy asustada porque os prometo que esto no entraba en mis planes universitarios. Esta misma mañana he intentado hablar con... el padre, pero no ha querido... escucharme.

—¡Y el muy hijo de puta te abandona! —chilló él.

Jamás había presenciado a mi padre tan molesto e irritado como en ese preciso instante.

La tez de su rostro pasó por diferentes colores, de rojo a morado y de violeta a azul. Mi madre tuvo que sostenerle por las manos, tan tensadas que los nudillos se tornaron blanquecinos.

Yo me limité a hundirme en la silla y a desear pulverizarme.

—En teoría, no me puede abandonar porque no sabe nada. Todavía. Pero tengo intenciones de desvelárselo —balbuceé.

—¿Cómo se llama? ¿Quién es? —Mamá apretó el puente de su nariz.

—Dimitri. Es... es el prometido de Svetlana.

Sus expresiones horrorizadas no precisaron de más explicaciones. No podía sentirme más abochornada.

—¿Lo sabe ella? —Mamá me miró de nuevo, al cabo de unos segundos.

—No.

—¿Se lo dirás?

—No —repetí—. De momento, el secreto se mantiene entre Alexia y vosotros dos. No pienso abandonar los estudios, si es lo que más os preocupa. Trabajaré donde sea para conseguir el dinero necesario. Y os doy mi palabra de que no os molestaré. Me arrepiento de lo que hice por muchos motivos, pero ha llegado la

hora de hacerme cargo de mis actos. No puedo ni quiero depender de vuestro sustento para siempre.

Si he sido lo suficientemente adulta para mantener relaciones sin pensar en las consecuencias, entonces, también tenía que ser madura para responsabilizarme del bebé. Me hubiera gustado expresar aquella reflexión, pero me vi incapaz porque mi madre se levantó y se encerró en el cuarto de baño. La incomodidad que predominaba al inicio de la charla comenzaba a disiparse y, por fortuna, papá no acentuó la discusión. Nos quedamos silenciosos, incluso si nuestros pensamientos nos suplicaban que manifestásemos algo, lo que fuera.

Permanecí en casa hasta después de la comida. La barrita ya estaba chafada en el bolsillo, el chocolate se había derretido porque lo había aplastado accidentalmente con mi trasero. Mamá tampoco comió en exceso; masticó con suma lentitud y con la mirada perdida en algún punto de la mesa. Me sorprendió cómo se habían intercambiado los papeles: siempre imaginé que sería Sylvia la que me comprendería ante estos problemas mientras Dan intentaría echarme a patadas de casa.

Como temía, la tempestad se desató en el exterior antes de marcharme. No llevaba el paraguas, supuse que cogería un resfriado por el tiempo que estaría bajo la lluvia hasta alcanzar el metro. Entonces, para mi sorpresa, mamá tomó las llaves del coche y se ofreció llevarme a la universidad. No se lo impedí.

—Buscaba la oportunidad para hablar contigo a solas —dijo mientras conducía. Me enderecé en el asiento y asentí—. Una parte de mí se niega a aceptar que mi niña vaya a convertirse en madre en esta edad tan temprana. Pero nunca has sido una chica irresponsable o problemática, por lo que te creo cuando has

mencionado que usasteis protección. —Giró el volante—. Sin embargo, y aunque me cueste decirlo, no puedo aceptar este embarazo sin una reprimenda. Tu padre y yo te apoyaremos en todo lo que podamos. Olvídate de buscar una profesión, al menos durante los primeros meses. Es en ese periodo de tiempo cuando el bebé te necesitará más.

—Mamá...

—He conocido a madres adolescentes que han terminado sus estudios, sí, pero comprende que estás obligada a retrasarlos tanto tiempo como la criatura lo necesite. Tener un hijo no es una tarea sencilla, como se dibujan en esas novelas rosas que tanto te gustan.

—Hizo una pausa, se concentró en atravesar el cruce de calles repleto de semáforos en rojo y añadió—: Demuéstrame que eres capaz de hacerle frente. Yo sé que podrás, pero primero has de convencerte a ti misma.

Detuvo el coche con los intermitentes encendidos frente a la residencia. No pudo aparcar porque no había sitio. Aparentemente, gran parte de los estudiantes se habían puesto de acuerdo para no salir mientras llovía. Me giré hacia ella antes de abandonar el vehículo y la abracé con ímpetu. Mamá correspondió al gesto con la misma intensidad y frotó mi espalda, como Alexia había hecho en la mañana. Supe que la conversación no estaba finalizada, pero me sentí muchísimo más aliviada al oír sus palabras. No me impuso ningún castigo porque las renunciadas a la libertad, a los estudios, a los amigos y a las fiestas —a todo lo que me gusta hacer— eran condena suficiente.

Me despedí de ella en la distancia y me refugié en mi dormitorio cuando el coche desapareció en otra de las esquinas. Alexia no

había regresado, por lo que disponía de largas horas para aburrirme o para adelantar tareas.

—Año nuevo. Vida nueva —comenté mientras arrancaba el viejo calendario del 2018 que todavía pendía de la puerta del baño—. Yo lo he tomado literalmente.

Me senté sobre la cama y emití un suspiro. Lo único en lo que pude concentrarme en lo que restó de la tarde fue en los sonidos que las gotas de lluvia generaban al golpear la ventana, recordándome a unos nudillos que pretendían entrar a la habitación y arrebatarme el resquicio tan mínimo de paz que conservaba.

SEMANA 3



Catherine

¡Mierda! Iba a llegar tarde, muy tarde.

Cepillé mis dientes con una mano mientras preparaba la carpeta con los documentos y bolígrafos con la otra. Introduje los libros de esquinas arrugadas en mi mochila y entré en el cuarto de baño para enjuagar mi boca. Me calcé los zapatos de charol que conjuntaban con la falda —en lo que llevamos de año, era la primera vez que me la ponía— y deslicé los brazos por la chaqueta oscura. Eran las nueve de un miércoles que comenzaba bastante mal. Debido a las primeras náuseas —que decidían manifestarse antes de dormir o al levantarme—, y por trasnochar con Alexia, había dormido más de la cuenta. El despertador sonó, por supuesto que lo hizo, pero me hallaba tan sumida en mi sueño que no lo escuché.

—Por fin aparece, señorita Miller —dijo el profesor en cuanto abrí la puerta del aula—. ¿No le parece suficientemente motivadora mi clase?

—Lo siento, anoche dormí mal —mentí en parte—. No volverá a pasar.

—Continuemos con la lectura de la página 230 —añadió.

Tomé asiento detrás de una chica cuyo cabello parecía rosáceo y abrí el libro por la página indicada. Mi estómago rugió al igual que un león, recordándome la ausencia de desayuno. Durante los últimos días Alexia se había comportado como mi niñera: me traía comida en los momentos más inesperados y evitaba que llenase el dormitorio de vómito. No había visto a Dimitri desde el lunes de la anterior semana, cuando lo visité en su facultad, y dentro de medio mes se celebraría su boda. Tenía los días contados para confesarle mi estado.

La clase se terminó más rápido de lo esperado, así que me deslicé entre el tumulto de gente que se apresuraba a abandonar el aula. Mi horario era holgado ese día, solo tuve que guardar mis materiales en la taquilla e intercambiarlos por los de la próxima clase. Estaba hambrienta, famélica, pero sabía que si comía algo terminaría echándolo horas o minutos más tarde.

Al final, opté por sacar de la máquina expendedora una chocolatina con trozos de almendra que devoré sin masticarla bien. Limpié las comisuras de mis labios, arrojé esos envoltorios pringosos a la basura y asistí a la próxima hora: Arqueología.

¿Dónde estás? Me aburro mortalmente.

El mensaje de Alexia iluminó la pantalla de mi móvil, el cual escondí en mi regazo para que el profesor no se percatase de que lo estaba usando. Teclé tan rápido como mis dedos me permitían, sacrificando ciertas letras por el camino para no demorarme. De seguro ella estaba de regreso en la residencia y olvidó que nuestros horarios eran diferentes casi todos los días de la semana.

Mi móvil falleció poco después, aunque no pude decir lo mismo de mis mareos.

Las paredes de la clase daban vueltas a mi alrededor y la voz del profesor parecía distorsionada. Me percaté de que sudaba; mi espalda estaba impregnada de una capa húmeda que incrementaba con cada nueva náusea. Un eructo casi escapó de mi boca, señal de que no podría retener el vómito por más tiempo. Recogí mis pertenencias y, haciendo caso omiso a la expresión del profesor, abandoné la clase.

Fijé la mirada en el suelo y no me di cuenta contra quién impactó mi brazo mientras caminaba hacia los baños de mujeres. Conseguí llegar tras un costoso recorrido y me encerré en uno de los aseos vacíos.

Me arrodillé frente a él y expulsé lo poco que contenía mi estómago.

—Deja descansar a tu madre —susurré para mi vientre—. Por favor.

Tiré de la cadena y regresé al área de lavabos.

Ahugué una exclamación y tropecé con mis propios zapatos cuando vi quién estaba frente a mí. Tuve que aferrarme a la puerta del baño contiguo para no terminar tendida sobre un suelo húmedo de procedencia desconocida.

—¿Te encuentras bien? —Dimitri tensó la mandíbula.

—Sí. Perfectamente. Gracias por mostrar preocupación por mí.

Lo aparté de mi camino y abrí el grifo. Llené mi boca con agua y eliminé el asqueroso sabor adherido a mi paladar y lengua; luego, formé una copa con las palmas de mis manos para refrescar mi rostro.

Al terminar, me encontré con su apagada mirada a través del espejo. En esos instantes tenía la oportunidad para confesarle la verdad, sin embargo, no consideraba buena idea contarle que sería padre en los cuartos de baño de una universidad, donde cualquiera podría entrar sin previo aviso.

Me sentí tan mareada que prácticamente tomé asiento sobre el mármol que conformaba el lavabo, atrayendo del todo su atención.

—Me gustaría que te marchases. Estás en el baño de mujeres — exigí.

—Estás disgustada, lo entiendo. —Frotó la barba sin afeitarse desde hacía días—. Te buscaba. Venía a disculparme por mi estúpido comportamiento, pero he comprobado que has adoptado la misma actitud que yo.

—¿Pensabas que estaría llorando desconsoladamente en mi dormitorio porque un tío me desvirgó y luego intentó fingir que no existo? —Arqueé una ceja, imitando el egocentrismo suyo—. Pues creo que se confunde de persona, profesor Ivanov.

—Tú invitación a la boda sigue en pie. No hablaba en serio — prosiguió pese a mi tono hosco e irónico—. Lo siento, de verdad. Fui un imbécil contigo. Entré en pánico cuando te vi aparecer en la puerta de clase.

—Disculpas insuficientes aceptadas. ¿Podrías marcharte ahora?

Me sostuvo la mirada durante algunos instantes. Estaba segura de que, en este preciso momento, Dimitri analizaba mis facciones cansadas. Las ojeras habían crecido como manchas púrpuras bajo mis párpados, mi piel palidecía con cada náusea que sacudía mi cuerpo. Me encontraba demasiado débil como para iniciar una nueva polémica. Lo único que requería era de una cama blanda y algo frío que aliviase mi malestar corporal.

Olvidándome de mis problemas, decidí estudiar su rostro: él también se mostraba cansado, no pude evitar cuestionarme la causa.

Dimitri Ivanov tenía la vida perfecta: un padre adinerado que le proporcionaba aquello que él deseaba; organizaba celebraciones en lugares tan costosos que, para acceder a ellos, yo debería vender un riñón. Además, estaba a punto de casarse con una chica que lo complacería en todos los sentidos. Aun así, a pesar de los pensamientos negativos que se filtraban en mi mente, mi corazón se revolucionó ante su presencia, pues recordaba la calidez de sus manos rozando mi piel mientras me quitaba la ropa y sus labios buscando los míos para asfixiar los gemidos que nos delatarían.

Tensé la mandíbula y apoyé ambos pies en el suelo. Esperé a que él saliera del baño de una maldita vez. Revivir la escena de sexo desenfrenado era tortura suficiente, no necesitaba añadir más recuerdos para aumentar la culpabilidad.

Al fin y al cabo, me había acostado con el prometido de mi amiga.

—Deberías ir a un médico —comentó al fin—. Lo digo en serio, tienes un aspecto horrible. ¿Ha pasado algo? Solo intento ser amable. Si te molesto, te dejaré a solas, me marcharé en este mismo instante.

¿Por qué hacía eso? ¿Quería volverme loca? Moví el cuello hacia los lados cuando una nueva oleada de náuseas me inundó y no tuve más remedio que adoptar una pose fría y arisca. Pensaba, más bien ansiaba, confesárselo en ese mismo instante, compartir la latosa carga que soportaba. Pero al ver el arrepentimiento en su mirada, y al oír las voces femeninas que resonaban en el pasillo, me acobardé.

—Es un resfriado. —Me encogí de hombros—. Y sí, por favor. Vete.

Él asintió y se ausentó con la misma presteza con la que había aparecido. La impotencia llegó a mí tras unos instantes, me aferré al bordillo del lavabo para no echarme a llorar como una niña de cuatro años. Asumiría mi responsabilidad y la culpa de los hechos. Le confesaría mi estado. Lo haría.

Tarde o temprano tendría que hacerlo.

Traté de convencerme de esa idea antes de abandonar la universidad. La mochila pesaba tanto que la transporté en mis brazos en lugar de cargarla en mi espalda, como de costumbre, y me apresuré a adentrarme en la residencia.

Una vez más me topé con la soledad del dormitorio. Alexia brillaba por su ausencia. Me hubiera gustado encontrarla en su cama, con la música retumbando en las ventanas y cantando como si estuviese convencida de que ganaría un concurso musical. Arrojé mis pertenencias sobre el escritorio que compartíamos, distinguiendo folios repletos de garabatos sobre bandas de música o uniformes de las últimas pasarelas de modelos. Mientras recogía el pijama y el desorden que había creado al levantarme, me percaté de lo que había entre la almohada que empleaba para dormir.

Fruncí el ceño y regresé sobre mis pasos.

Había cerrado el dormitorio con llave al salir. Nunca lo olvidaba puesto que a algunos compañeros les parecía placentero invadir las habitaciones de los demás para ensuciarlas o desvalijarlas. Entonces, ¿cómo habían depositado esa tarjeta sobre mi cama? Me apresuré a tomar el sobre de color *beige* y textura arrugada. Rasqué con las uñas la pegatina dorada que lo mantenía cerrado y la abrí para descubrir una nota cuya caligrafía reconocí de inmediato:

Querida Catherine.

Con motivo de la celebración de mi compromiso, me complace invitarte a mi fiesta de despedida de soltera. Tendrá lugar el próximo sábado por la noche, en la dirección que especifico al terminar la redacción de esta carta. He preparado un pase similar a este para Alexia. ¡Házselo llegar, por favor! Espero que ambas podáis asistir, pues no me imagino esa noche sin la compañía de mis dos mejores amigas. ¡No lleguéis tarde!

*Con todo su cariño,
Svetlana*

Deslicé la carta de nuevo en su interior. Mis movimientos se asemejaron a los de un robot oxidado: pequeños y torpes. Tomé asiento en la silla del escritorio y moví las uñas sobre la madera de roble, reflexionando en el significado de sus palabras y en las mentiras que emanarían de mi boca esa noche. Necesitaba una excusa para ausentarme. Una buena excusa.

Rememoré la dirección y caí en la cuenta de que se trataba de la casa de Dimitri en las afueras de Manhattan. Probablemente Svetlana nos invitaría a tomar un baño en la piscina olímpica que pronto sería de su propiedad o nos ofrecería bebidas cargadas de alcohol que yo rechazaría. ¿Qué haría si Dimitri se encontraba en la casa? Pese a ser una fiesta para chicas, nada le impedía al dueño de la mansión estar presente en un despacho. Él no era tonto: me había visto vomitar y casi desfallecer después de nuestro encuentro. Lo averiguaría e iría en mi búsqueda.

Aunque, pensándolo bien...

Recuperé el control del repentino ataque de ansiedad y preparé los mensajes de texto. Uno lo envié a Svetlana para confirmar mi asistencia. Si no era erróneo, me encontraba en la tercera semana

de mi embarazo, es decir, que estaba a punto de superar el primer mes de gestación. Mi complexión delgada no sufría de alteraciones todavía y los bañadores no mostrarían más que unos pocos pliegues naturales, esos que todas las mujeres y hombres poseen. Redacté el segundo texto, aunque no llegué a enviarlo. La cabeza rubia de Alexandrina se adentró al dormitorio con varias bolsas de plástico en sus antebrazos. No necesité echarles un vistazo para saber que se trataba de comida.

—Iremos a la fiesta —afirmó con la boca llena de comida.

—¿Qué otra opción nos queda? —Apoyé la planta de los pies en la silla. Usé el impulso del escritorio para aproximarme a su cama y abracé las piernas contra mi pecho—. Si me quedo encerrada, sospechará algo. Dimitri también sospechará. No puedo arriesgarme a que Svetlana averigüe lo que su prometido y quien se supone que era su amiga llevaron a cabo a causa de unas copas.

—Un momento, ¿estás asustada de contárselo a él o es Svetlana la que más temor despierta en ti? Porque sus personalidades son dispares.

«Ambos me aterran», quise responder.

Sin embargo, fingí desconocer la respuesta. La ira de Svetlana se desataría sobre mí al igual que un huracán y, si eso no era demasiado destructivo, podría sobrevivir al mismo. Pero Dimitri era una historia diferente y enrevesada. Sus lazos en Manhattan se limitaban a Svetlana y a la empresa familiar, o de eso tenía constancia. En cuanto uno de ellos llegase a su fin, dispondría de libertad para marcharse a donde quisiera. Y eso incluía la alternativa de abandonarme si rechazaba al bebé.

Me trasladé a la cama de mi mejor amiga y cubrí mi cabeza con la manta que desprendía olor a frambuesas.

Quise avisarle de que tomaría una siesta para sentirme más descansada, pero me quedé dormida de inmediato, con la petición atrapada en mi garganta y con un remolino de pensamientos que protagonizarían mis próximas pesadillas.

SEMANA 4



Catherine

Conocía a Svetlana desde hacía aproximadamente un año. En mi antiguo instituto era costumbre que los alumnos de último nivel se presentasen en la universidad de sus sueños para conocer las instalaciones, los planes de estudio y a ciertos profesores. Ya que yo me había adelantado un curso, tuve que asistir sola en cuanto a mi promoción respecta. Alexia sí estaba terminando el secundario, por lo que subió a un autobús diferente al mío.

Cuando arribé al campus de Columbia e inspiré el aire fresco y juvenil que me rodeaba, tuve el presentimiento de que era la universidad idónea. De hecho, mis expectativas se incrementaron considerablemente tras conocer a la simpática alumna de cuarto grado que se presentó voluntaria para guiarme por las facultades.

Svetlana Rogers tenía veintidós años por aquel entonces. Estudiaba una modalidad de economía en la facultad de Dimitri, lo que los había llevado a conocerse.

Ella se presentó a mí de manera formal, aunque sonriente, y respondió a cada una de mis dudas, por muy irrelevantes que fueran. Nos tomamos un café en el restaurante del campus, al cual la invité por educación, e intercambiamos números de teléfono para

mi futuro traslado a la residencia. Si mal no recuerdo, gracias a ella Alexandrina y yo fuimos asignadas en la misma habitación.

Svetlana había anunciado su compromiso con Dimitri al acabar el grado. Celebró su graduación junto con sus compañeros de clase y se centró en la preparación de la boda. Puestos a ser sinceros, consideré su decisión precipitada. Apenas se conocían de hacía unos meses, ¿qué la había impulsado a aceptar un compromiso con tanta celeridad? No lo formulé en voz alta, por supuesto. Me alegré por ella y accedí a colaborar en los preparativos.

La música sonaba a dos manzanas de distancia, retumbaba entre casas abandonadas que nadie compraba porque su precio era excesivo. Los Ivanov vivían en el barrio más alejado del centro o, al menos, allí habían edificado una de sus residencias. Svetlana escogió esa casa en particular porque no habría vecino que se quejase ante el elevado volumen de la música. Supuse que, debido a la importancia de la boda, organizaría una fiesta similar a la de Dimitri. Sin embargo, y para mi sorpresa, se trataba de una modesta reunión de veinte compañeras de clase para pasar la noche en compañía mientras nos maquillábamos y veíamos películas, al estilo de las famosas series. Me alegré de que el alcohol no fuese el tema principal y de que los bailes quedasen relegados a un segundo plano.

Eso sí, no me asombró que Svetlana nos pidiese llevar ropa de repuesto: el bañador que había comprado el día anterior era un arma de doble filo, es decir, la lycra era tan ajustada que se adhería a mi cuerpo como si fuese mi piel, pero, al mismo tiempo, tenía bordados unos volantes en las caderas y sobre el vientre que no mostrarían signos de embarazo. Tampoco es que presentase

alguno, no obstante, estaba paranoica con los vómitos y con mi apetito. Prefería estar atenta y cubrir mi terreno o metería la pata.

—Mis padres no querían prestarme el coche —comentó Alexia mientras nos apeábamos del vehículo—, creen que necesito más experiencia para conducirlo. ¡Venga ya! Me saqué el carnet tan pronto como cumplí los dieciocho años y no suspendí ninguno de los exámenes. No conduzco tan mal, ¿cierto?

Le di un codazo como respuesta y cargué la mochila sobre un hombro.

Lo cierto es que, muy al principio, me atemorizaba compartir coche con Alexia. Ella siempre bromeaba mientras aceleraba o pisaba el freno. Pero pronto comprobé, por fortuna, que no era una desquiciada al volante y tomé confianza.

Mientras avanzábamos por el sendero de piedra que dirigía hacia la entrada principal de la casa, miré a los alrededores y estudié los distintos coches aparcados, en la puerta del garaje y junto a la carretera. Necesitaba saber si Dimitri estaba allí o no, aunque no pude distinguir su Mercedes entre todos los vehículos presentes.

Ascendí los escalones con cuidado, pues Svetlana había decorado las macetas ubicadas a los laterales con pétalos y velas; un simple tropiezo de mis torpes andaduras me precipitaría sobre alguna llama. Golpeamos la puerta y esperamos a que alguien nos recibiera, siendo la propia anfitriona la que apareció enfundada en un vestido de tonalidades oscuras con transparencias en los costados y sobre el vientre.

—Bienvenidas. —Ensanchó la cálida sonrisa—. Os estaba esperando.

—Si pensabas que nos olvidaríamos del segundo evento más importante del año, entonces, estabas equivocada —dijo Alexia con

su tono humorístico e irónico. Estrechó la figura de Svetlana con un brazo y pasó al interior.

—No te quedes en la puerta, Catherine —insistió la homenajeadada.

—Estará pensando en cómo hacerte compañía en las altas esferas de la sociedad. Tanto ella como yo tenemos que aumentar nuestro rango —continuó mi amiga con malicia. Usaba las indirectas para subirme los ánimos, o eso pensé.

Quise echarme a reír, de verdad que lo intenté, pero lo único que salió de mi garganta fue un estremecedor sonido que se asemejó a mis uñas sobre una pizarra. Los nervios me habían dominado tan pronto como el rostro de Svetlana asomó en la entrada; me arrepentí de no haber abofeteado a Dimitri cuando me besó.

Mi amiga nos mostró el camino hacia el dormitorio que había asignado para las invitadas, a quienes, de momento, no había visto. Depositamos las mochilas sobre una de las camas vacías antes de que Svetlana se despidiera para darnos privacidad mientras nos alistábamos. Nos esperaba en los jardines de la piscina climatizada.

El área que mencionó era la más codiciada de la casa: habían rodeado la piscina con paneles de cristal que conservaban el calor, atrapando parte del jardín en el que distribuyeron mesas y un minibar. La música procedía del exterior, por lo que las otras amigas de Svetlana de seguro estarían bañándose. Me imaginé viviendo en un lugar como este y me caí de mi sueño tan pronto como Alexia me arrojó el bañador a la cara.

Usé el cuarto de baño primero. Ya que las náuseas aparecían ante distintos olores —desconocía qué tipo de cena habían preparado— consulté diversos blogs de embarazo sobre remedios naturales que calmasen el vómito. Encontré un zumo natural que, supuestamente, lo controlaba, y no dudé en conseguir la fruta que la receta

especificaba. Había depositado mis esperanzas en experiencias que otras embarazadas comentaban en portales online; esperé que no fuese un mero truco. De todas formas, mi madre estaba consultando los precios de la clínica más cercana a su casa. Queríamos cerciorarnos de que el feto se estuviese formando bien, pues no sería el primer caso en donde se experimentan complicaciones. Con mil ideas en la mente, me puse el bañador y cargué la ropa de vuelta a la estancia en donde Alexia también se había acicalado.

—Menuda rapidez —musité.

Ella estaba frente al espejo empotrado en la pared, trataba de atarse la parte superior del bikini color rosa chicle. Aparté sus manos, hice un lazo tan perfecto como el que decoraba su coleta y aproveché la cercanía al cristal para clavar la vista en mi cuerpo. Mi gesto no pasó desapercibido para ella, quien se apresuró a sostenerme del codo y a apartarme de un reflejo que no mostraba ningún tipo de cambio.

—No te obsesiones —pidió—. Estás bien.

—No. ¡No lo estoy! —Tomé asiento sobre la cama—. Me cuesta muchísimo mantener el secreto, Alexia. De hecho, desconozco durante cuánto tiempo se lo ocultaré a Svetlana. Ella ha hecho muchas cosas por nosotras, ¡por mí! Maldita sea. No me creo que he sido capaz de hacerle esto. ¡Yo! Va a casarse con el padre de mi bebé. Si le confieso a Dimitri que estoy esperando a su hijo, destrozaré el futuro de Svetlana.

Alexia extrajo un chicle mentolado de su bolso y lo echó a su boca.

—Me da igual lo culpable que te sientas. —Me señaló a la vez que arqueaba unas cejas tan rubias que pasaban por inexistentes—. Yo no te veo de esa manera. Svetlana conoció a Dimitri en la universidad hace más o menos un año. Pero tú estuviste en

contacto con él durante el campamento de hace dos. Vuestra historia comenzó hace mucho tiempo, pero... por... culpa... de... tu... testarudo... carácter... —pausa mientras masca.

—Sí. Lo sé. Gracias por recordármelo —bufé—, pero ¿qué querías que hiciese? Por ese entonces apenas tenía quince años. ¡Él era claramente mucho mayor que yo! ¡Y lo sigue siendo! Además, me irritaba su forma de ser.

Alexia transformó la expresión de acusación a una descarada. Comprobó que no hubiese nadie por el pasillo y cerró la puerta de nuevo. Se estaba haciendo tarde, las demás estarían esperándonos abajo. Svetlana podría aparecer en cualquier momento y pillarnos desprevenidas en medio de esta conversación.

—Podrás decir lo que quieras, Catherine, pero Dimitri se interesó por ti y no fue únicamente por una mera atracción sexual —emitió un pesado suspiro, como si hablar del tema fuera algo sumamente agotador—. ¿Quién sabe? El destino ha barajado las cartas y mira en qué situación os ha puesto. Quizá deberías prestarle más atención en esta ocasión. —Me aferró de las manos para arrastrarme fuera de la habitación.

Exhalé un profundo suspiro y la seguí.

S

—Creo que nos hemos confundido de casa. —Alexia gritó en mi oído.

Pese a que sus labios rozaron mi piel para que pudiera escucharla sobre la música, me costó entenderla. Svetlana había mentido de una manera bastante descarada. Más de sesenta personas se aglutinaban tanto en el interior de la piscina como sobre el césped.

Los vasos de plástico apestaban a alcohol, los cristales de la mansión vibraban por la intensidad de la melodía y chicos portaban bañadores ajustados con una pajarita dorada en el cuello invadieron nuestro campo de visión.

Cargaban las bandejas mientras se restregaban contra los traseros de los invitados, cosa que me pareció de lo más asquerosa. El *déjà vu* me transportó a la fiesta de Dimitri y meforcé a permanecer con ambos pies en este mundo o me perdería en mis propios recuerdos. Alexia enlazó su brazo al mío y me condujo al tumulto de personas, dispuesta a que yo también disfrutase del tiempo que pasaríamos aquí.

Buscamos a la anfitriona con la mirada. O eso intentamos al principio.

—No, gracias —rechacé la quinta copa—. No debería beber.

—Tanto Elena como yo escuchamos que batiste el récord de chupitos la otra semana. —Una joven de cabello violeta apretó el vaso de plástico contra mi pecho, provocando que mis manos viajaran hasta ese punto para aferrarlo—. Si estás preocupada por tu reputación, entonces, mira a tu alrededor, Catherine.

—He dicho que no. —Vacíé el vaso en el césped y lo arrojé a sus pies.

Cuando al fin nos deshicimos de los primeros borrachos, Alexia encontró a Svetlana en la piscina. Había tomado asiento sobre los hombros de una de sus compañeras, la cual mantenía los dedos hincados en los muslos de nuestra amiga para que esta no se precipitase. Svetlana trataba de empujar a otra chica a la piscina a la vez que procuraba conservar el equilibrio.

Metí los pies en el agua y me despedí temporalmente de Alexia, ella iba a por algo de beber y regresaría pronto.

—¡Juega con nosotras! ¡El agua está estupenda! —gritó Svetlana unos minutos más tarde, ya dentro de la piscina, y sacó un pie del agua para salpicarme—. Atrévete a saltar por el trampolín y diviértete un poco, Catherine. No estás cometiendo ningún pecado —añadió.

Decliné educadamente la invitación. Si tan solo supiera lo que ocultaba, me arrastraría a la piscina para ahogarme.

Esperé con ansias a que anunciaran lo que servirían para la cena. Y, una vez que todos desaparecieron tras las puertas de madera reforzada, pude respirar con más sosiego. Alexia se acercó a mí antes de seguir al resto, invitándome a cenar algo, pero insistí en que disfrutase de la noche sin mí. No tenía ánimos para ese tipo de ambientes, no era mi estilo y nunca lo sería. E inevitablemente, me cuestioné mi extraña personalidad y mis gustos. Lo habitual a mi edad era adorar las borracheras, las jaquecas matutinas y buscar una pareja por noche. Pero a mí me parecía denigrante y estúpido.

Luego de un rato en soledad, mordisqueé mis labios y me puse de pie para alcanzar las mesas.

Sin el alboroto de los adolescentes lanzando pelotas de plástico, gritando y correteando de un lado para otro, el lugar se presentaba como una escena idílica: las flores humedecidas por el vapor de la piscina desprendían un aroma exquisito y la luna se reflejaba en el agua cuando las nubes lo permitían. Tomé asiento en una tumbona de tela y estiré las piernas. Poco a poco fui tendiéndome hasta que mi cabeza quedó suspendida en el aire, al igual que mis pies. El balanceo de la hamaca me recordó al de un barco cuando el oleaje estaba en calma. Y este último me hizo pensar en las diversas sensaciones que se experimentaban en pleno océano: mareo, angustia, náuseas.

Hinqué los codos en la tumbona y me levanté con celeridad.

—Creo que voy a expulsar el estómago —dije de repente en voz alta.

Apreté los dientes y me oculté entre los arbustos más alejados a la casa. Mantuve mi cabello sujeto con una mano mientras me agachaba para eliminar el zumo, el cual ascendía por mi garganta y me quemaba. Usé el árbol de mi izquierda para sostenerme y tanteé la mesa para buscar una servilleta. Odié a la persona que recomendó esa receta y su eficacia, aunque, en verdad, no tenía la culpa de que no funcionase conmigo. Me abaniqué con la mano e intenté que los mareos no incitasen a mi nerviosismo. Ya estaba sudando, eso no era bueno.

Algunas embarazadas no padecían molestias hasta completar el primer trimestre. Otras las notaban en el último. Y luego estaba ese reducido grupo de chicas como yo que, ante cualquier cambio producido en su organismo, creían que fallecerían. Además de quedarme en estado con diecisiete años, pertenecía a la categoría más dolorosa.

Ya más calmada, observé lo que me rodeaba y localicé un teléfono sobre una de las mesas. No supe a quién le pertenecía, el mío estaba en mi mochila, en el dormitorio, y no me apetecía que Svetlana siguiese con sus tontas invitaciones. Pero necesitaba ponerme en contacto con Alexia lo antes posible, así que marqué su número y pegué el teléfono a mi oído. Recé para que lo llevase encima o para que alguien lo escuchase sonar y lo llevara hasta su dueña.

Tras dos intentos fallidos, la voz aguda, aunque distorsionada, de Alexia apareció tras la otra línea.

—¿Quién es? —preguntó ella.

Mierda. Había llamado demasiado tarde.

—Catherine —respondí al instante. Seguí unos ejercicios de respiración y aparté el pelo de mi nuca. El vapor condensado entre las cristaleras intensificaba mi malestar en lugar de reducirlo—. No me encuentro demasiado bien. He pensado que podría llamar a un taxi, pero no he traído dinero conmigo. Préstame algún billete y te lo devolveré en cuanto mis padres me entreguen mi paga. No me considero capaz de aguantar toda la noche en este ambiente. Hay demasiado ruido y malos olores.

—¿No te entiendo! —exclamó.

—¿Recuerdas ese supuesto remedio que he tomado? —Deambulé cerca del bordillo de la piscina—. ¡No ha funcionado! Estoy peor que otros días, este lugar me mantiene en tensión y no es bueno para mí. Tendré que comentarle al doctor que este embarazo será de riesgo —bufé—. Si ves a Svetlana, dile que lo lamento, pero me marcho ahora mismo.

Alexia gritó para que pudiera escucharla; tuve que alejar el móvil de mi oído para no quedarme sorda. Los dedos de mis pies se aferraron al bordillo, la humedad se transmitió a mi piel y me ayudó a calmarme. Mientras tanto, Alexia elaboraba una lista de razones por las que debía quedarme en la fiesta. Fingí que le prestaba atención, pero no iba a hacerlo. Simplemente no podía permanecer allí por más tiempo.

—¿Has dicho embarazo?

Una tercera voz entró en escena. Reconocí el tono varonil y autoritario al instante. No necesité mirar sobre mi hombro para cerciorarme de su identidad. Dejé que el teléfono resbalase entre mis dedos. El aparato repiqueteó contra el suelo y cayó al interior del agua. No me preocupó que el dueño lo hubiese perdido. Lo

primero que hice fue cubrir mis labios para ahogar la exclamación. Enderecé la espalda y noté el equilibrio de mis piernas tambalearse. La piscina estaba a muy pocos centímetros de mí.

—Catherine, ¿estás embarazada? —Dimitri insistió.

Acto seguido, escuché sus zancadas aproximándose a mí.

Él posó los dedos en el centro de mi espalda, entró en contacto con la piel desnuda que había tocado y besado con libertad unas semanas atrás. Noté sus uñas acariciar mi carne para atraer mi atención, deteniéndose en el mismo bordillo en el que descansaban mis pies. Trasladó la mano derecha hacia mi mentón, torciéndolo con tanta lentitud que me pregunté si estaba padeciendo de alucinaciones. Me obligó a contemplarlo a los ojos, distinguiendo en ellos un pavor incalculable.

—Sí —asentí con rapidez—. Lo estoy.

Hablé como si no supiese más palabras, como si mi vocabulario hubiese colapsado en el momento de mayor necesidad.

Dimitri cambió de expresión. El miedo que predominaba en sus facciones se transformó. Ya no entreví culpabilidad o remordimiento. Allí donde sus pupilas deambulaban de una parte de mi cara a otra distinguí una pequeña chispa, un destello en sus motas, de un tono similar al caramelo más que al habitual avellana. Me aferró con más brío y deslizó la vista hacia mi vientre, que quedaba prácticamente presionado contra su cuerpo.

Yo cerré la boca.

—Por eso fuiste a verme la otra mañana —prosiguió con un hilo de voz, arrugando los dedos cuando faltaba poco para tocar la inexistente hinchazón de mi vientre—, por eso me expulsaste del baño de la facultad.

—Traté de explicártelo, pero...

—Entonces no fueron imaginaciones mías, el condón se rompió — dijo, provocando que agrandase los ojos por el asombro—. Lamento haberte ignorado durante estas semanas, pero me entró el pánico. Ni siquiera pensé en las consecuencias después de lo que pasó aquella noche.

—Lo sabías —musité—. Lo sabías y no quisiste escucharme.

—No. Catherine, no. —Volvió a sostenerme por los antebrazos. Advirtió mis ansias por salir corriendo—. No creí probable un embarazo. De hecho, es casi imposible que lo estés. Era la primera vez... —No terminó la frase, pues ambos éramos conscientes de lo que venía a continuación—. Voy a ser padre y me caso el fin de semana que viene.

—No puedes cancelar la boda.

Dimitri frunció el ceño y se distanció.

—Si lo haces —continué—, tendrías que confesarle a Svetlana los motivos. Ella está desviviéndose por esta boda, ha llegado a postergar su trabajo y los cursos relacionados con sus estudios. La destrozaríamos, Dimitri. Tan solo mira a tu alrededor, lo que ha preparado a raíz de una simple despedida de soltera.

—¿Quieres que siga adelante con esto? —Se mostró sorprendido.

—Te casas porque la quieres. —Me costó horrores pronunciarlo.

—Por supuesto. Sí —aclaró su garganta—. Pero, Catherine, me niego a darte la espalda en un momento como este. No voy a apartarte de mi vida. Este bebé es tanto tuyo como mío y no puedes pasar por esto tú sola. Ya te he hecho mucho daño como para seguir comportándome como un tonto.

Exhalé el aire que retenía en los pulmones. Dimitri acababa de pronunciar lo que me había perseguido en mis pesadillas: «No puedes pasar por esto tú sola». Había visto cientos de casos de

madres adolescentes, de chicas que sufrían el abandono de una relación tras descubrir el embarazo. Pero Dimitri había cumplido lo opuesto a lo esperado. Mis ojos se anegaron en lágrimas gracias al alivio. El angustioso nudo comenzó a deshacerse en mi pecho, permitiendo que mi respiración se relajase hasta casi pasar desapercibida.

Él esbozó una sonrisa ladina, una que curvó su boca hacia la comisura derecha. Y me abrazó.

Sus brazos me envolvieron como en esa particular noche, aunque no con el mismo significado o propósito. Yo no pude rodearle la espalda, mis manos habían quedado atrapadas sobre mi vientre. Me hubiera gustado llorar. Tenía la primera lágrima a punto de ser derramada, pero me contuve. Percibí su respiración contra mi cuello y la inquietud fue tal que lo empujé hasta casi precipitarlo al interior de la piscina.

Me dispuse a irme, abrumada.

—¿Adónde vas? —escuché su voz aproximándose.

—A la residencia. No me encuentro demasiado bien.

—Pero no puedes irte. —Me aferró por el codo, aunque sus dedos se deslizaron por mi repentino movimiento—. Tenemos que hablar.

—¿Acerca de qué? Estoy embarazada, sí. Y tú eres el padre. Continuarás con la boda y esto permanecerá en secreto. No hay nada de lo que hablar.

—Catherine, ¿te estás escuchando?

Lo cierto era que no. Estaba confusa y molesta.

Probablemente se había percatado de que estaba a punto de echarme a llorar y quería consolarme para paliar mi tristeza.

—Svetlana puede presentarse de un momento a otro. No quiero que nos vea juntos; no podemos permitir que nos vea así. Me

marcharé a casa, descansaré y por la mañana estaré en condiciones de razonar. Además, ¿qué otra cosa te gustaría oír? No pienso abortar o dar al bebé en adopción. Seguiré adelante sea como sea, con o sin tu ayuda. —Evadí su mirada.

—Te acabo de decir que te ayudaré en todo lo que pueda —musitó.

—Bien, pues empieza por dejarme espacio. Me agobias.

Por fin lo perdí de vista.

Mientras me adentraba al salón en donde la fiesta continuaba sin interrupciones, noté la tensa mirada de Dimitri clavada en mi espalda. No hizo nada para detenerme, y me sentí agradecida por ello. Ascendí las escaleras de tres en tres, aferrándome a la barandilla metálica para usarla como impulso. Sorteé a la chica de cabello de colores que me había atosigado hacía un rato y entré a la habitación que nos habían asignado. Allí, recogí la ropa que continuaba tendida sobre la cama. Al final no me había metido en la piscina, por lo que me puse los pantalones sobre el bañador. Alexia había escondido el dinero prometido bajo mi mochila, creo que la llamé justo mientras se estaba cambiando. Telefoneé a una compañía de taxis y, en menos de una hora, pude adentrarme en la residencia de la universidad.

Encendí las luces a mi paso, tanto la del techo como la de la mesilla, y me quedé frente al escritorio durante unos instantes, pensativa.

Nada volvería a ser igual después de lo acontecido.

El móvil vibró en el interior de mi bolsillo, me apresuré a examinar de quién se trataba. El número no estaba grabado en la memoria del teléfono, aunque solo necesité leer el mensaje para adivinar su autor:

He pedido cita en mi clínica privada. La doctora podrá atenderte dentro de dos miércoles. Por favor, la próxima vez que nos veamos, procura no empujarme frente a un coche en marcha. Has estado a punto de zambullirme dentro de la piscina y no con las intenciones que yo tenía en mente. Sé que estás enfadada, pero me debo a mi empresa: necesita a un hombre con mi imagen impecable para prosperar.

Dimitri.

Apretujé el aparato entre mis dedos como si quisiera destruirlo.

—Pienso estrangularte mientras duermes, Alexia —mascullé.

La única persona en la fiesta —además de la organizadora— que poseía mi número era Alexia. Aprovechando que mi amiga no era del todo consciente de sus actos, Dimitri había sonsacado una manera para ponerse en contacto conmigo.

No le contesté. Silencié el móvil y lo escondí bajo varias almohadas para no ver el brillo de la pantalla. Luego, me coloqué mi pijama. Por la ventana noté que varios vehículos continuaban circulando por la carretera hasta perderse entre las diversas calles aledañas. Con las piernas apretadas contra mi pecho y el recuerdo de los brazos de Dimitri en torno a mí, pedí un deseo cruel y egoísta, uno del cual me lamentaría en cuanto fuese de día:

«Ojalá que la boda se cancele», pensé. Pero no por el bien de Svetlana o por el de Dimitri, tampoco por el mío. Lo deseé por el futuro del bebé que llevaba dentro.

SEMANA 5



Catherine

Envolví mi cuerpo con la toalla y saqué los pies fuera de la ducha. Caminé de puntillas, sorteando algunos charcos de agua, y limpié el vapor del espejo con la palma de mi mano. Hice un nudo con los extremos de la toalla en torno a mi pecho para que no cayera al suelo y sostuve el cepillo para desenredar mi cabello. Desde que había despertado, tenía los nervios a flor de piel. El motivo no era otro que el acontecimiento que tendría lugar en apenas unas horas. Una vez sin nidos de pájaros —nudos— en mi pelo, abandoné el cuarto de baño y me dispuse a deshacerme de la toalla.

—¡Dios mío! —exclamé y me detuve.

Aplasté las manos contra mis senos para no quedar expuesta. Alexia había abandonado la habitación tan temprano que ni siquiera me había deleitado con la lista de quejas matutinas. Tan solo dejó una nota informándome de que nos veríamos al mediodía. Estábamos a domingo, no supe qué la mantendría tan ocupada: las tiendas estaban cerradas y muchos de nuestros restaurantes favoritos también.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Quieres matarme de un susto? —grité.

Dimitri arqueó una ceja y entrelazó las manos sobre su regazo.

—No seas tan quejica. Has pasado más de treinta minutos en la ducha y, por unos instantes, he estado a esto de sacarte yo del baño. —Hizo un gesto con la mano; su dedo pulgar casi se unió al índice; tenía la vista clavada en la zona donde mantenía mis manos.

—¿Esperas mi agradecimiento?

Dimitri esbozó una pícara sonrisa y tomó el único peluche que decoraba mi cama, el que recibí como regalo por parte de mi abuela materna hace ya casi doce años. Movié las diminutas extremidades del oso, lo examinó desde cada ángulo posible y lo sentó sobre su regazo como si fuese una persona. Me vi en la obligación de apretar el puente de mi nariz y de tomar una bocanada de aire para evitar gritarle, pues eso alertaría a mis compañeros de que no estaba sola en mi dormitorio —si es que no lo habían visto ya cuando él entró—.

Cuando por fin se cansó de jugar con el oso, Dimitri señaló la toalla que mostraba más piel de la que debería, sus ojos seguían posados en el escote ubicado justo a la mitad de mis senos. Y, con más atrevimiento del esperado, tomó el pico izquierdo y tiró para que yo me aproximara.

—¿Qué te parece? —preguntó él, con los dedos en la nuca del peluche para izar su cabeza hacia mí—. Sí, a mí también me parece que está irresistible —se respondió a sí mismo, ocultándose tras el oso para simular que era animal quien decía lo último—. Lo cierto es que no me había percatado de ese detalle, amigo. —Dimitri habló al objeto—. La gota que acaba de resbalar por su cabello se está perdiendo por el escote, justo en medio de ese valle de...

—Aléjate de mí, pervertido —interrumpí su extraña conversación.

—Pero tenemos que hablar —sentenció él. Mantuvo la mirada inmóvil en el escote, aunque la desplazó sutilmente unos

centímetros más abajo—. De hecho, ayudaría que te cubrieras. No solo porque yo no podré concentrarme, sino porque enfermarás y perjudicarás al bebé.

—¡Oh! ¡Estás preocupado por el bienestar del niño! Te advierto que te encuentras en la residencia de la universidad, en mis dominios. Olvídate de ese rollo sobreprotector o te expulsaré. —Señalé a la puerta—. Y los ojos están en mi cara, profesor Ivanov, no en mi pecho. Enseñar tantos números le ha trastocado los conocimientos sobre anatomía.

—Lo sé. Me he dado cuenta —contestó, como si mis bromas no le afectasen. Soltó la esquina de la toalla que todavía sostenía y añadió—: Sin embargo, soy un hombre afortunado que tiene la oportunidad de admirar a una dama tan bonita en, bueno... —Aclaró su garganta para sofocar las carcajadas que procuraba contener—. En tan poca ropa, en realidad.

—Fantástico —resoplé.

Dimitri se olvidó por completo del peluche y se incorporó.

Cuando se deslizó por mi lado, rozó mi brazo desnudo a propósito. Fingió entretenerse con los libros y revistas amontonadas sobre mi escritorio. Mientras tanto, yo regresé al cuarto de baño con las prendas que me pondría para la boda. Aproveché los minutos de calma para pensar y para intentar ralentizar las aceleradas pulsaciones de mi corazón. Desconocía cómo entró, cuándo o por qué. Pero ahí estaba, volviéndome loca, como de costumbre. Aunque nunca lo admitiría en voz alta, su presencia me agradaba mucho más de lo que deseaba o debería. Presioné una mano contra mi acalorado rostro y, posteriormente, la hundí en el agua para refrescarme.

Observé las prendas que me colocaría. Me había decantado por un vestido en color crema con escote de barco. Las mangas eran de encaje y se ajustaban a mi piel al igual que una segunda capa. El corte del vestido se ubicaba por encima de mis caderas, de forma que mi vientre quedase en la misma zona donde la tela se hacía más densa. Puede que fuesen imaginaciones mías, o puede que realmente tuviese una diminuta hinchazón creciendo en la parte más baja de mi vientre, la más próxima a mi entrepierna. Como no deseaba destacar más que la novia, no me maquillé en exceso. De todos modos, estaría en la celebración solo por un par de horas. Cuando terminé, ordené los utensilios que había desperdigado por el cuarto de baño y eché la ropa sucia al cesto para la lavandería.

Cuando regresé al dormitorio, Dimitri estaba tumbado sobre mi cama, acompañado de un anticuado álbum de fotografías que yo había tomado prestado de la estantería de mis padres. Mi curiosidad despertó de inmediato, también el pavor de que estuviese viendo las imágenes familiares, pero lo dejé pasar y busqué mi calzado.

—¿Por qué te arreglas tanto? —quiso saber él.

—Porque estamos a domingo, Svetlana, tú... ¿la boda? —contesté.

Miré en todas direcciones en busca de la caja de zapatos, pero no la hallé. Como no quise perder más tiempo, abandoné la tarea y me detuve frente al espejo para colocarme los pendientes de perlas —falsas, claro; ojalá pudiera permitirme las auténticas—. También tomé ventaja de mi postura para recoger mi cabello en una semitrenza que quedaría enrollada en mi cabeza mientras el resto de pelo caería por la espalda. Al terminar, me emocioné del resultado que mis torpes manos habían conseguido y apliqué un

poquito más de pintalabios para impedir que se desvaneciera muy rápido. No tenía uno de los permanentes.

Finalmente, divisé la maldita caja de zapatos, sepultada por culpa de las prendas que Alexia no había doblado en su armario. Nos repartíamos las tareas de aseo, pero ella casi nunca cumplía. Coloqué el calzado frente a mí, alcé el pie izquierdo tras introducirlo en el tacón e hice equilibrio con el otro para abrochar la diminuta hebilla.

Mientras intentaba anudarlo, Dimitri dijo:

—No hay boda, Catherine. —Se levantó—. De eso quería hablarte.

—¿Que no hay qué?!

Mi tobillo derecho se tambaleó y me precipité hacia el suelo. La visión de mi cráneo golpeándose con la puntiaguda esquina del escritorio se deslizó por mi mente en segundos. Por fortuna, Dimitri actuó con celeridad y consiguió sostenerme a instantes de crearme una brecha en la frente. Deslizó un brazo por mi cintura y, con la mano libre, me sostuvo del codo.

—¿Podrías dejar de ser tan torpe, por favor? —musitó.

—No me des esa clase de noticia cuando no tengo ambos pies en el suelo —ironicé.

Me retorcí en el fuerte apretón de su abrazo y busqué el contacto visual. Necesitaba cerciorarme de que no era una broma pesada, de que aquel pensamiento que me había repetido en los últimos días no se había hecho realidad.

Dimitri mantuvo sus cálidas manos sobre mis caderas. Me apretó contra la camisa morada que tenía puesta, los primeros botones estaban desabrochados y dejaban a la vista la musculatura de su pecho. Puestos a ser sinceros, no me incomodó demasiado esa

cercanía. Después de lo que habíamos hecho, que él tocara mi cuerpo sobre la tela del vestido no significaba nada.

Noté que en sus ojos no había atisbo de diversión. No mentía.

—¿Cómo que no hay boda? —continué—, dime que no has hecho...

—No, así que hazme el favor de calmarte. —Sus ojos se desplazaron por mi rostro, escudriñándolo—. Los padres de Svetlana no han podido tomar el avión a causa del mal tiempo y ella se ha negado a celebrar la boda sin su presencia. Por lo tanto, se ha pospuesto, no cancelado. El secreto se mantiene entre nosotros, por el momento.

—Pareces feliz al respecto —fruncí el ceño.

Dimitri apartó la mirada.

—Bueno, dispongo de semanas o incluso de meses hasta que preparen de nuevo la zona que habíamos alquilado. Tampoco estoy listo para renunciar al joven que vive en mi interior. Tan pronto como firme el contrato de matrimonio, mis escasas horas libres desaparecerán puesto que me convertiré en el nuevo propietario de las Industrias Ivanov. Sabes que lo considero demasiada responsabilidad para mí.

Me depositó en el suelo después de unos minutos. Quedamos cara a cara y él apartó un mechón que había quedado adherido a mi frente. Lo deslizó tras mi oreja y plasmó una mano en la parte baja de mi espalda. Al comprobar que me negaba a tomar asiento, me empujó hasta que mi trasero chocó con el colchón. Me obligó a permanecer sentada mientras él recogía el tacón que continuaba dentro de la caja. Se arrodilló frente a mí y descansó mi pie descalzo sobre su muslo, mirándome en todo momento.

Me colocó el calzado y lo abrochó alrededor de mi tobillo. Esos pequeños pero dulces gestos ablandaban mi corazón y, a juzgar por el brillo de sus ojos, él lo hacía a propósito; consciente de que despertaría en mí sentimientos censurados.

—No me lo puedo creer. He madrugado más de lo habitual, he desayunado mientras me duchaba, ¡y todo mi esfuerzo ha sido en vano! Llevas en este dormitorio más de treinta minutos. ¡Media hora! ¡Y no has sido capaz de detenerme! —acusé y puse el pie en el suelo otra vez.

—Lo he intentado, Cath...

—Alexia se ha ido temprano porque Svetlana habrá contactado con ella —ignoré, otra vez, sus intentos por informarme—, eso explica su misteriosa nota y la prisa con la que ha abandonado la residencia. Adiós a un domingo que habría podido ser aprovechado para adelantar las prácticas que debo entregar esta semana —me lamenté.

—No estoy aquí solo para transmitirte las noticias, Catherine. —Dimitri me tendió las manos—. Escúchame: vamos a tener un bebé, y conozco demasiados amigos que han pasado por situaciones parecidas y han terminado en juzgados para establecer un horario de custodia compartida. Yo no quiero eso para nosotros ni para nuestro pequeño. Fuimos amigos en su tiempo y podemos continuar siéndolo a pesar de los hechos.

—Oh.

Su breve discurso me dejó sin palabras.

Había dado por supuesto que la palabra «amistad» estaría vetada entre nosotros, sin embargo, nunca me habría imaginado una relación desde ese punto de vista. Tenía razón. A mí también me desagradaba la idea de un futuro repleto de abogados, de las

características preguntas realizadas a los niños como: “¿A quién quieres más?”. Dimitri formaría parte de mi vida. Lo hacía desde el momento en el que nos encerramos en la habitación.

Esperó a que dijese algo, pero guardé silencio por algunos minutos más.

—De acuerdo —accedí—. Lo siento mucho, Dimitri.

—No tienes por qué disculparte.

Acaricié mis hombros desnudos y dejó caer las manos.

—Entiendo el motivo por el que siempre has procurado evadirme.

Quise reprochar, y me preparé para hacerlo, hasta que su silbido me silenció para poder continuar.

—No lo niegues. Te conozco, aunque no lo creas. Y, ya que ambos hemos postergado nuestros planes para hoy, y a modo de disculpa, te invito a comer —me ofreció él. Más bien, lo dio por sentado.

—Podrían vernos. Y las preguntas nos atosigarían tanto en la uni...

—No todos conocen los lugares que frecuento. —Introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y ensanchó la sonrisa.

—De acuerdo. Sorpréndame, profesor Ivanov. —Coloqué mi móvil y la cartera con algo de dinero en mi bolso. Él no lo pagaría por todo —. Pero ten en cuenta que no necesito más problemas en mi vida —agregué, imitando la traviesa mueca de sus labios.

S

Pensé que, después de la noticia de la cancelación, no podría sacar de mi cabeza ese asunto, que no habría nada capaz de distraerme. Estaba equivocada.

Creando que Dimitri me llevaría a un restaurante privado de ventanas opacas y luces oscuras, decidí aprovechar el vestido para

lucirlo ante los ojos de unos cuantos desconocidos. Pero, una vez más, él logró dejarme sin palabras.

Nos encontrábamos en un parque ubicado a las afueras de Brooklyn y, cuando digo las afueras, me refiero a las zonas más alejadas de los bullicios generados por el tráfico y los inmensos edificios. Conforme nos alejábamos, pensé que nos adentrábamos en otro mundo. Los colores verdes eran tan intensos y el aire que respiraba tan puro, que me costaba creer que seguía en Nueva York.

Lo primero que hice al bajarme del coche fue descalzarme y cargar con los tacones en una mano mientras avanzaba por el parque en busca de un sitio en el que sentarnos para montar el pícnic. Si pisaba el césped con esos zapatos era probable que en lugar de comer en ese idílico escenario lo hiciéramos en un hospital.

Luego de haber escogido el espacio y ya con el mantel sobre el suelo, me arrodillé para alcanzar una cereza de la cesta que Dimitri había llevado. Mordí la suave superficie hasta que solo quedaron el fino palo marrón y el centro. Lancé los restos sobre una de las varias servilletas que teníamos y cambié de posición. Me senté contra el árbol más próximo y extendí las piernas hasta rozar los pantalones de Dimitri, que se encontraba frente a mí.

Comimos el resto en silencio, parecía que ambos teníamos hambre.

—Si no lo hubiera visto, jamás lo habrías creído —se burló Dimitri cuando ya habíamos terminado—. Has devorado dos muslos de pollo pequeños, dos sándwiches, todas las cerezas, un trozo de tarta de chocolate e incluso bebiste muchos vasos de zumo. ¡Y eso en menos de media hora! Explícame hacia dónde se dirige esa comida, porque estoy seguro de que a tu estómago no va.

—El bebé —comenté mientras ingería otra cereza—, tengo que alimentarme por dos. Una mitad de la ración está destinada para él o ella, la otra me la quedo yo. Además, estaba muy hambrienta si tengo en cuenta lo poco que como últimamente.

Dimitri estalló en carcajadas, demostrando que no se tragaba mi penosa excusa.

Limpió lo que habíamos ensuciado. Introdujo las servilletas arrugadas, los platos cubiertos con un film de plástico transparente y los envoltorios en el interior de una cesta cercana. No me había dado explicaciones sobre cómo preparó la comida con esta rapidez. Presentía que lo había tenido todo listo desde antes de visitarme en la residencia.

Al regresar a mi lado, Dimitri se recostó contra el árbol más cercano, empleando los brazos como una almohada. Continuaba siendo el mismo chico al que había conocido dos años atrás. Sonreí por los recuerdos y aparté un mechón de mi frente.

El pícnic había sido una agradable sorpresa. Lo único que no terminó de convencerme fue la presencia de un guardaespaldas, quien permaneció en el coche, a varios metros de nuestra posición. Supuse que estaba aquí por la seguridad de Dimitri, aunque era obvio que yo no habría sido capaz de estrangularlo incluso si me sacaba de quicio.

—Cuéntame algo sobre ti que no sepa —me pidió.

En el parque estábamos nosotros y unas pocas parejas más. Pasaron desapercibidas para mí hasta que caí en la cuenta de la imagen que podríamos dar. Una molesta oleada de incomodidad ascendió para asentarse en las partes visibles de mi rostro. Después, me repetí las intenciones de Dimitri y me tranquilicé: los periodistas lo seguirían a todas partes tras la cancelación de la

boda. Nuevos rumores surgirían pronto y los entrevistadores se morirían por conseguir las palabras de Dimitri en exclusiva. Por fortuna, la noticia era todavía muy reciente y aquel lugar era poco frecuentado por gente de su clase, nos camuflaríamos con facilidad.

No volvió a ponerme una mano encima —a tocarme como había hecho esta mañana para evitar mi caída— durante todo el día. Cuando me dijo que quería amistad, iba en serio. No se lo agradecí con palabras, pero sí con actos: no lo expulsaría de mi vida, tal y como había decidido hacía unos días. Su participación, tanto en mi futuro como en el del bebé, estaba asegurada. De todas formas, e incluso si no lo deseaba, pronto la verdad saldría a la luz y, a partir de ese momento, no volveríamos a estar a salvo.

—Estos dos últimos años han sido amenos. Tranquilos —recalqué. Encogí los hombros y aferré el bordillo de mi vestido, estrujándolo con nerviosismo—, terminé un curso adelantado en el instituto porque siempre conseguía las notas máximas; no solo de mi clase, sino de la promoción. Me trasladaron a la universidad tras realizar un examen de acceso y allí conocí a Svetlana. Desde ese entonces, lo único que ha tenido lugar ha sido lo que nosotros hicimos hace exactamente unas...

No me interrumpió con palabras, pero su móvil comenzó a vibrar y, después de echar un vistazo al nombre que aparecía en la pantalla, se levantó tan pronto como le fue posible. Yo no había logrado ver el nombre en la pantalla.

La melodía se cortó cuando él estuvo lo suficientemente alejado como para que yo no pudiera oírlo. Me hubiera gustado que atendiera la llamada con mayor libertad, cerca de mí, pues habría demostrado un poco de confianza en nuestra amistad.

Entonces, un mensaje hizo que mi teléfono también vibrase dentro de mi bolso.

¿Dónde demonios te has metido? ¡PROBLEMAS!

Fruncí el ceño por el enigmático texto de Alexia y me incorporé para sacudir mi vestido. Me deshice de los pequeños trozos de hierba adheridos a la tela y busqué mis zapatos con la mirada. Juraría que los había colocado en la parte más alejada del mantel, para que no se ensuciasen con la comida, y para que las hormigas no se subieran.

—Tengo que marcharme —anunció Dimitri, siendo prudente, aunque autoritario. Mantuvo el móvil entre los dedos, sus nudillos blanquecinos me alertaron del ímpetu con el que lo sostenía—. Mi padre se pregunta dónde diantres estoy. He pedido un taxi para que te recoja. Los gastos van a mi cuenta. Y no me llesves la contraria, por favor.

¿Por qué hablaba como un robot?

—Está bien —coincidí, restándole importancia—. Aprovecharé ese viaje para hacer una visita a mis padres. Lo cierto es que no se tomaron bien cuando les hablé de mi embarazo. Albergo las esperanzas de que se adaptarán a la idea con el tiempo. Lo único que me han pedido, por el momento, es que los mantenga informados de cada novedad. Supongo que debo incluir nuestra pequeña quedada de hoy.

—¿Se lo has contado? —agrandó los ojos—, dime que no es cierto.

—Lo es. ¡Fue la misma mañana en la que me repudiaste, en la universidad! ¡Me sentía bastante agobiada! Además, son mis

padres. Nunca les he escondido secretos, ¡mucho menos un embarazo! Es algo que, simplemente, no se oculta durante mucho tiempo.

Apretó el puente de su nariz y resopló.

—Sí, tienes razón. Hablamos luego, ¿de acuerdo?

—Te he dicho que sí.

—El miércoles ingenia una buena excusa —me dijo—. Pasaré cerca de las nueve de la mañana por tu residencia. Estacionaré en los aparcamientos ubicados detrás de mi facultad, los que están reservados para el profesorado. Será más seguro para ambos. Espero que no te hayas olvidado de la cita médica en mi clínica.

—No. Me acuerdo perfectamente. —Lo insté a que se fuera—. Bobo.

Logré sonsacarle una atrevida mueca. Sus pies se torcieron en dirección al sendero de piedra, así como su tronco, pero mantuvo la cabeza ladeada hacia mí.

De repente, atrapó mi cabeza entre sus toscas pero cálidas manos y plasmó la suavidad de su boca contra mi frente. Paré de respirar por unos instantes; me congelé hasta que se alejó, en esta ocasión, sin mirar atrás. El guardaespaldas lo esperaba con el motor encendido. En apenas unos segundos, el Mercedes se alejaba por la solitaria carretera. La eficacia de la llamada de Dimitri —o de su dinero — causó que el taxi apareciese antes de que tuviera la oportunidad de abrocharme los tacones. El vehículo amarillo aparcó frente a mí y tomé asiento en la parte trasera, indicándole hacia dónde dirigirse. Durante el trayecto, entrelacé las manos sobre mi regazo e hice una pequeña recapitulación de lo ocurrido. Al terminar, sonreí.

Quizá no todo estaba tan perdido como había imaginado.

Maldita sea, Catherine. Te necesito en la residencia. Ya.

Ese nuevo mensaje provocó que mi estómago se encogiera. Alexia nunca me molestaba a través de mensajería o de llamadas. Para nosotras era más fácil comunicarnos mediante notas en el escritorio, ya que pasábamos la mayor parte del día encerradas en el cuarto. Esto indicaba que había ocurrido algo cuya gravedad superaba a nuestras costumbres.

Indiqué al conductor que cambiase de rumbo y fuese hacia la universidad. Me disculpé luego por mi repentina indecisión. Él asintió y dobló en una de las esquinas siguientes.

En el incómodo silencio, fruncí el ceño y clavé la vista en la tarjeta de identificación que acreditaba al hombre para cerciorarme de que realmente trabajaba en la compañía de taxis. Como me había sentado en los asientos traseros, no me había percatado de su juventud hasta ver la foto de su identificación. Anoté su nombre, Nathaniel Dickens, en mi cabeza. Se me ocurrió que podría volver a llamarlo cuando necesitase un taxi. Y no, no había ningún motivo oculto en mis pretensiones.

—Lamento la pérdida de tiempo. —Volví a disculparme cuando aparcamos frente a la residencia.

Habíamos recorrido casi dieciséis minutos en la primera dirección y media hora en la segunda, lo cual suponía un mayor costo para el bolsillo de Dimitri.

—Las disculpas no son necesarias. Creo que no me he roto nada de vital importancia al virar el volante —bromeó mientras apoyaba el codo en el asiento del copiloto—. Dicen que el trayecto ya ha sido pagado. Es libre para continuar con su camino, señorita.

Se quitó la gorra azulada e hizo una divertida reverencia.

Me eché a reír y también me despedí.

Una vez fuera del taxi, apresuré mis pasos. Me quité los tacones y empleé las escaleras, porque había distinguido una inmensa cola para el ascensor, y me adentré en el dormitorio con rapidez. Los tacones cayeron a mis pies cuando me encontré a Svetlana sollozando en el regazo de Alexia. Mi amiga clavó su intensa mirada azul en mí y negó con suavidad para que Svetlana no se percatase del movimiento.

—¿Catherine? —llamó con voz gangosa.

Tomó asiento en la cama y restregó las manchas de máscara de pestañas adheridas a sus mejillas y labios. Las lágrimas también empapaban la falda plisada de Alexia, aunque ella no parecía notarlo. Svetlana intentó sosegar su llanto mediante gestos —resoplar, mirar al techo y abanicarse la cara— hasta que terminó por extender las manos hacia mí; suplicándome a través de ese movimiento que me aproximase a ella.

—No sé si debería preguntar —admití en susurros.

—He pospuesto la boda a propósito, Catherine —confesó tras considerar que su tono de voz no temblaría ni tartamudearía—. Esta mañana he recibido correos del periódico más importante de Estados Unidos. Me han mandado una copia del artículo que se publicará mañana en todo el país. —Arrojó el folio impreso a mis manos, lo atrapé por las esquinas superiores—. Dimitri me está siendo infiel. Uno de los fotógrafos lo vio abandonar el club en compañía de una furcia desconocida. Y tomó la fotografía aquí mismo, ¡en esta universidad!

Me vi en la obligación de buscar la silla del escritorio. Necesitaba hallar un lugar que me brindase apoyo. Desplegué los diversos

folios, repletos de letras en negrita que resaltaban la noticia, y noté que el mundo se precipitaba sobre mis hombros al distinguir con claridad la fotografía que había mencionado mi amiga. En ella, Dimitri estaba aprisionándome contra la pared, con su boca sobre la mía. Gracias a que él tenía su brazo apoyado al lado de mi cabeza, mi rostro quedaba oculto al *flash* de la cámara. Sin embargo, era evidente que se trataba de la residencia, pues el logo aparecía impreso las cristaleras.

«Esto no puede ser real», pensé.

—¿Qué piensas hacer? —Aclaré mi garganta para ocultar el temblor.

—El padre de Dimitri me ha dicho que su hijo está de viaje de negocios hasta la semana que viene. Ese cabrón se ha marchado de la ciudad para evitarme. Pero si piensa que se librará de mí, las lleva claras. En cuanto lo hablemos, pienso encontrar a la maldita zorra y la estrangularé con mis propias manos —sentenció.

Mi vida pasaba, oficialmente, al estatus de «destrozada».

SEMANA 6



Catherine

Desperté antes de que sonase la alarma. Los rayos del sol se filtraron a través de las ranuras de la persiana y acariciaban las facciones de mi rostro adormecido. Me di la vuelta hasta tumbarme sobre mi costado derecho y clavé la vista en el calendario ubicado en el escritorio. Era miércoles y el reloj marcaba las ocho y treinta y cinco de la mañana. Alexia continuaba sumida en su sueño, sin inmutarse ante los movimientos que realicé tras los intentos de apartar las sábanas de mi cuerpo con los pies. Temí que se desvelara, pues ella desconocía la existencia de la cita con el médico. Repudié la idea de ocultárselo, no obstante, había recibido un recordatorio de Dimitri en el que suplicaba explícitamente que nadie debía descubrir los verdaderos motivos de su desaparición.

Cuando Svetlana estuvo en nuestro dormitorio la semana anterior, había comentado entre lágrimas que Dimitri se había marchado a un supuesto viaje de negocios. Puestos a ser sinceros, él seguía en Nueva York, ocultándose de los fotógrafos mientras el escándalo de la infidelidad continuaba vigente. Yo lidiaba con la ansiedad al leer titulares que me tachaban como la supuesta amante del ruso Ivanov.

Mientras me encerraba en el cuarto de baño, con el neceser y las prendas que llevaría en la consulta, rememoré la conversación que había mantenido con mi amiga en cuanto Svetlana se marchó. Alexia creyó conveniente que no volviera a hablar con la prometida de Dimitri a no ser que fuese estrictamente necesario.

Vomitó todo lo que ingerí durante el pícnic luego de eso. Fue más por los nervios que por las náuseas. Si permitía que la ansiedad me dominase por culpa de las noticias, los riesgos de dañar al bebé incrementarían.

Deslicé los dedos hacia mi vientre y presioné la diminuta hinchazón con mucho cuidado. Si mis cálculos no estaban mal encaminados, había superado ya un mes y una semana. Las consecuencias del paso del tiempo comenzaban a ser visibles. Al pensarlo, no pude reprimir la sonrisa que curvó mis labios: en mi interior crecía una nueva vida y todavía no me hacía a la idea.

Me quité el pijama tras ese momento de meditación, me di una ducha para espabilarme y, una vez que me consideré presentable, fui a la cafetería para desayunar.

Mastiqué la dona azucarada con suma cautela, vigilando mis náuseas y mareos. Vomitaba mucho tras las comidas, en especial después de las cenas y antes de dormir.

Cuando quise darme cuenta, el gran reloj ubicado en la pared de la derecha señaló que eran las nueve. Limpié los rastros de azúcar de mis labios, aferré el bolso en el que llevaba utensilios de emergencia —una botella de agua, el teléfono con la batería completa y un spray que Alexia fabricó con elementos de procedencia desconocida— y marché por el camino que llevaba a los aparcamientos.

Divisé a Dimitri en la distancia: portaba gafas de sol y una chaqueta de cuero negra. Tenía el trasero apoyado contra un vehículo que no

era el habitual Mercedes y, desde ese ángulo, aprecié su mandíbula cuadrada y tensa acompañada de sus labios sonrosados, aunque fruncidos.

Me detuve y suspiré.

Dimitri estaba jodidamente bueno e irresistible.

Logré recomponerme con rapidez y proseguí con la marcha hasta llegar a su lado. Acomodé el cabello tras mi oreja y eché un vistazo a los alrededores para asegurarme de que estábamos a solas. Luego, le di un suave pero juguetón puñetazo en su hombro; nada de besos o de abrazos de cortesía. Pronto me percaté de que hablaba por teléfono, movía los labios de una manera casi imperceptible, así esperé hasta que susurró un leve «adiós».

—Perdona. —Mordí mi labio inferior con brío—. No quería molestarte.

—No lo has hecho. —Él guardó su costoso móvil de última generación en el bolsillo de su chaqueta y centró su atención en mí—. Tan solo terminaba de arreglar unos asuntos. Ya estoy disponible para ti y solo para ti.

—Me halagas, Ivanov.

Él abrió la puerta del copiloto e indicó que subiera al coche.

Estuve obligada a apartarlo de un empujón porque el espacio entre su cuerpo y la entrada era tan diminuto que yo no cabía. Tomé asiento y él también cerró la puerta por mí; mientras tanto, aproveché para abrochar el cinturón.

Noté mis manos temblorosas por los nervios que iniciaban su despliegue en mi estómago. Ese día comprobaría de una vez si el bebé estaba desarrollándose como debía. Traté de abrir y cerrar la mano varias veces para tranquilizarme, no quería tener que dar explicaciones.

Dimitri se acomodó en el lado del conductor y arrojó las gafas de sol a mi regazo. Instintivamente, me las probé y me contemplé en el diminuto espejo ubicado frente a mí, viendo qué tal me quedaban.

Bastante bien, a decir verdad.

—Te las regalo —dijo cuando arrancó el motor—. Puedo comprarme otras.

—¿Qué? No, no hace falta.

—Lo digo en serio. Tendrás que acostumbrarte a mis regalos.

Su pícara sonrisa delató la falsa seriedad de sus ojos.

—No pienso aceptar ninguno de ellos —contraataqué. Coloqué las gafas en uno de los asientos traseros y me acomodé en el mío.

—Me da igual que tú no lo hagas. —Extendió una mano, volvió a tomarlas para ubicarlas en mi regazo e hizo un gesto hacia mi vientre—. Estoy seguro de que él o ella, los aceptará. Y en ese asunto no hay nada que puedas hacer.

Una vez más, me había dejado sin respuesta.

Sin embargo, me las apañé para contestar:

—Mientras el bebé esté en mi interior, haré lo que me plazca.

—Tu autoridad no puede doblegar a la mía. —Mantuvo una mano en el volante y maniobró para salir de los aparcamientos, concentrándose en no chocar accidentalmente con ninguno de los otros coches de aspecto lujoso.

Intentó centrar la mirada en la carretera, pero sus ojos iban y venían hacia mi posición, esperando a que dijera algo ante su tan elocuente respuesta.

—Seré yo quien cargue a este pequeño durante nueve meses. Nada más y nada menos que cuarenta semanas en las que sufriré los estragos de un embarazo: engordaré por el bienestar del bebé, mis caderas se ensancharán porque cuando dé a luz, tiene que salir

por el mismo lugar que entró. Yo pasaré los malos momentos y, mientras tanto, tú lo contemplarás desde fuera. Yo mando.

—Te olvidas de un pequeño pero importante detalle.

—¿Cuál? —Arqueeé una ceja.

—Yo participé en su creación. Yo soy su padre y, aunque no vaya a conocerlo o conocerla hasta dentro de unos meses, te ayudé cuando pene...

—¡Para, sí, ya sé qué vas a decir!

El rubor bermellón ascendió a mis pómulos y reprimí mis ansias de propinarle un puñetazo en la cara, principalmente porque era quien conducía y no deseaba provocar un accidente automovilístico.

La risa que asomó en sus comisuras hizo que unas pequeñas arrugas aparecieran en torno a sus ojos que, una vez más, aumentaron su atractivo. ¡Lo que había que aguantar! Dejé de mirarlo como si estuviera embobada y centré mi atención en cualquier otro elemento, ya fuera dentro del coche o fuera del mismo.

Las carreteras por las que circulábamos eran desconocidas para mí. En esa zona, las tiendas se mostraban demasiado bonitas y elegantes para que las prendas de sus escaparates fueran asequibles.

Dimitri torció a la derecha y continuó recto hasta entrar a la zona del parking. No supe si se debía a la hora temprana o a que estábamos a miércoles, pero apenas distinguí un par de coches además del nuestro. Más bien, del suyo.

Él se apeó del coche y aproveché para guardar las gafas en mi bolso, buscando evadir una nueva pero tonta discusión. Dimitri abrió mi puerta y me tendió una mano, la cual aparté de manera educada.

Estaba equivocado si pensaba que me manipularía a través de sus constantes cambios de humor.

Él cerró el puño en el aire y masculló algo que no comprendí. Luego, se ubicó a mi lado en cuanto se aseguró de que el coche estaba cerrado.

«Respira hondo, Catherine. No lo estrangules, estás en un hospital y no serviría de mucho».

—¿Nerviosa? —Su voz interrumpió mis pensamientos.

—No —mentí—. ¿Por qué iba a estarlo?

—Bueno... —dijo y frotó su barbilla—, vamos a ver al bebé por primera vez.

Ladeé el rostro para estudiarlo. A juzgar por sus torpes movimientos y por las sonrisas venideras, supe que Dimitri estaba inquieto. Apartó sus ojos de mí cuando se percató de la intensidad de mi mirada y apoyó una mano contra el vehículo en un intento por camuflar sus emociones.

—Tú sí estás bastante nervioso, y ansioso, de hecho —afirmé.

—¿Hay algún problema con eso, Catherine? ¿También lo juzgarás?

La faceta soberbia pero divertida dio paso a su auténtica personalidad, a ese hombre extraño que todavía no había tenido la oportunidad de conocer. Dimitri tensó los hombros y cuadró la mandíbula, analizándome sin ocultar el repentino odio que había despertado hacia mí.

Y no lo culpé.

De nuevo, no había medido mi tono hosco e irónico, casi insultante para cualquiera que lo oyera. Puestos a ser sinceros, había mentido acerca de mis emociones solo por temor a sentirme cómoda con Dimitri. Él era tan enigmático, tan complicado de comprender y de

tratar, que prefería mantener la distancia para no desarrollar otra clase de sentimientos hacia él.

Hice que el anillo de plata que había encontrado en el campamento girase en torno a mi dedo y busqué la forma adecuada para disculparme de manera sincera y definitiva. No me había tomado el asunto tan serio como debería; él no merecía pagar por mis inseguridades.

Dimitri relajó la postura tras percatarse del temblor que predominaba en mis rodillas. Por un momento, dudó en tocarme. Los puños siguieron cerrados sobre sus costados, y se echó atrás. Él también temía a mi rechazo, siempre apartaba sus intentos por acariciarme o por abrazarme. Una tremenda punzada de pena atravesó mi pecho. Dimitri intentaba ser amable, divertido e incluso comprensible conmigo. Él ansiaba eliminar mi culpa y mis remordimientos; buscaba la amistad que había mencionado la semana anterior, y lo único que yo aportaba era echarlo de mi vida a patadas.

—Lo siento —musité.

Acorté la distancia, rodeé su mano derecha con delicadeza y entrelacé nuestros dedos. Él no supo ocultar el atisbo de satisfacción que su orgullo le creó, pero no en un mal sentido, por lo que se limitó a encogerse de hombros y a devolverme el apretón.

—Te prometí que intentaría ser tu amiga. —Esbocé una tímida sonrisa y bajé la mirada hacia nuestras manos—. No te preocupes, intentaré no apartarte de nuestras vidas.

Al ver que no terminaba de confiar en mis palabras, añadí:

—Tranquilízate, Dimitri. Por supuesto que estoy ansiosa e histérica. Si antes lo he negado, ha sido para no darte la razón. ¡Veré la primera ecografía de nuestro pequeño! Sé que en verdad tendría

que estar muriéndome de preocupación por los rumores que se desatarán en la facultad, pero... —Exhalé un suspiro—. No lo estoy. Por muy extraño e inusual que sea, me siento feliz. Y espero... quiero, que tú también lo hagas.

—Gracias, Cathy.

Dimitri besó mi frente, mantuvo la boca presionada contra mi piel sudorosa durante unos largos y tortuosos segundos. Trasladó una mano hasta el centro de mi espalda y me apretó contra él. Luego, me impulsó a caminar hacia el interior del edificio, dejando los aparcamientos atrás.

En la clínica, tomamos asiento en la primera fila de sillas acolchadas de cuero azulado, yo crucé las piernas. Encontré revistas al alcance de mi mano, a la izquierda, pero no las tomé porque perdería la escasa calma conseguida. A pesar de la hora tan temprana —casi las diez menos cuarto—, conté a tres mujeres más en el mismo pasillo que nosotros. Una de ellas poseía una barriga de dimensiones tan inmensas que podría estallar de un momento a otro. Si cerraba las piernas, aplastaría parte del vientre. Aun así, lo acariciaba con sumo cariño.

Esboqué una tímida sonrisa ante ese gesto.

Dimitri jugó con su corbata y clavó la mirada en sus pantalones. Estaba perdido en sus pensamientos, sus expresiones me recordaron a las de un niño pequeño.

Al pensar en niños, me pregunté qué aspecto tendría el bebé. La vaga imagen de un niño parecido a Dimitri iluminó mi rostro. Enseguida, bajé de las nubes y procuré no volver a pensar en ello. Por muchos parecidos que ambos tuvieran, él era su padre y nada más. Solo eso.

Las mujeres fueron entrando a la consulta y abandonándola conforme avanzaban los minutos. Al parecer, varios doctores trabajaban al mismo tiempo, por lo que mi turno podría llegar en cualquier momento. Incapaz de permanecer en esa postura por más tiempo, me incorporé y caminé de un lado a otro. Tarareé la nueva melodía de mi cantante favorito en mi mente. Dimitri no se inmutó por mi nerviosismo.

—¿Señorita Miller? —La enfermera me llamó desde una de las salas.

Como si me hallara en clase, alcé la mano y asentí.

Comencé a preocuparme por el estado del empresario y profesor situado frente a mí. ¿Había entrado en un estado de shock? ¿Se desplomaría? ¿Padecería de algún ataque allí, ante mis ojos?

Me aproximé a su asiento, aferré su brazo derecho con ambas manos y tiré de él hasta pasar al interior de la consulta que la enfermera indicaba. Él siguió en silencio y con expresión de haber visto a un fantasma durante un par de minutos más.

La habitación era de tonos blanquecinos, siguiendo el patrón característico de los hospitales. El suelo era brillante, aunque resbaladizo, estaba compuesto por baldosas azuladas. En el centro exacto estaba el escritorio donde descansaban el ordenador y una pila de papeles con el símbolo de la clínica. Una mujer del mismo tamaño que Dimitri se ubicaba en la silla de enfrente. Tenía el cabello oscuro recogido en un recatado moño, sus gafas picudas le rozaban la punta de la nariz porque estaba mirando unos documentos. Al escuchar pasos, alzó la vista y nos dedicó una sonrisa que denotaba amabilidad.

Como pude, intenté formar algo que se asemejara a una sonrisa, pero lo único que logré fue crear algo parecido a una mueca de

angustia.

—Tú debes de ser Catherine —afirmó y dejó sus quehaceres. Se levantó para estrecharnos las manos, por encima del escritorio—. Soy la doctora Amanda Keller. Por favor, tomen asiento. No todos los días una chica tan joven se presenta en mi consulta.

—Siempre hay excepciones, ¿no? —Reí nerviosamente.

Hice lo que pidió, Dimitri acomodó su corbata antes de imitarme. Ella aferró un bolígrafo, ajustó las gafas y abrió la carpeta beige en la que pude distinguir mi nombre escrito en uno de los laterales. A juzgar por la escasez de las arrugas presentes en su rostro, supuse que no tendría más de cuarenta años.

—Comencemos entonces, señorita Miller. ¿Cuándo tuviste la menstruación por última vez? ¿Y cuánto se extendió su duración? —preguntó.

—Hace unas ocho semanas más o menos. Y duró unos... cinco días.

—¿Es la primera vez que se queda en estado?

—Sí. La primerísima —respondí.

—¿No ha padecido de abortos?

—No, por fortuna.

Miré a Dimitri de reojo. Continuaba tan pálido como las paredes.

—¿Ha experimentado náuseas, vómitos o desmayos? —Se interesó la mujer.

—Sí a las dos primeras. —Me estremecí al recordar la desastrosa escena de la piscina—. Nunca me he desmayado, espero no hacerlo. —La doctora puso por escrito mis palabras—. Me he percatado de que las náuseas son más frecuentes después de cenar. No sé si tendrá alguna relevancia —añadí.

A esas preguntas le siguieron muchas más, como, por ejemplo, si fumaba o si tenía malos hábitos con el alcohol. Pasé ese interrogatorio con éxito, o eso supuse ante la ausencia de quejas. Mientras ella terminaba de escribir, descansé una mano sobre el muslo de Dimitri y lo pellizqué para llamar su atención. Él reaccionó al instante y parpadeó, clavando la vista en la mano. Le hice un gesto con la cabeza hacia la doctora y aclaré mi garganta. No comprendí a qué venía su repentina tensión.

Esto era un hospital, nadie nos iba a matar.

—Debo suponer que él es el padre, ¿cierto? —prosiguió.

—Está en lo correcto.

—De acuerdo, te explicaré lo que haremos a continuación.

Nos pidió que la siguiéramos detrás de unas cortinas blancas. Encontré una camilla del mismo color rodeada por dos máquinas. Reconocí una de ellas, la que poseía una pantalla en la que se mostraba el estado del feto, cuyo nombre era ecógrafo. Me sulfuré al percatarme de que yo era como esas jóvenes de los programas televisivos: Embarazada a los diecisiete años.

Dimitri me alcanzó al poco tiempo y pegó la punta de sus zapatos a mis talones, pisándome los mocasines.

Maldita sea, ¿qué le sucedía a este hombre?

—La primera visita a ginecología supone comprobar el estado del feto mediante una ecografía vaginal. Se realiza para cerciorarnos de que el bebé no se esté desarrollando en las trompas de Falopio. Pero ya que él está aquí, —hizo un gesto hacia Dimitri—, haremos una pequeña excepción. Primero te haré una ecografía de útero y posteriormente tu novio abandonará la sala y repetiremos la otra ecografía. ¿Qué te parece?

—Por... por supuesto. Está bien.

—Túmbate en la camilla y desabróchate los pantalones.

Ella desapareció de nuevo de la consulta. Supuse que habría ido a buscar los materiales necesarios. Carraspeé intencionadamente para que Dimitri se diera la vuelta y, una vez que captó la indirecta, puso los ojos en blanco. A pesar de que ya me había visto desnuda una vez, esto era diferente, no quería que la situación se torciera aquí, en una consulta de hospital.

No obstante, él permaneció con la mirada puesta en mí.

—Catherine, no seas cría. —Me obligó a tumbarme y él mismo, con sus fuertes manos, alzó mi camiseta y quitó el botón de mis pantalones. El deseo que mostró su mirada me recordó al de esa noche; la situación le parecía divertida e incluso, excitante—. ¿Has visto cómo no era tan complicado, señorita Miller?

—No me trates así —mascullé—. Además, estás pálido.

—Estoy igual de atractivo que siempre —replicó, y presionó sus manos en mis hombros para recostarme por completo. Antes de distanciarse, pasó dos dedos por la pequeña curva de mi vientre y me dedicó una de sus sonrisas—. Ahora, compórtate. Si actúas con nerviosismo, delatarás nuestra tapadera de una pareja feliz y enamorada.

—¿Pareja? —repetí.

Dimitri no respondió, pues la doctora regresó con un bote de crema en sus manos. Esparció el gel transparente, frío y gelatinoso sobre la parte más baja de mi vientre y encendió la maquinaria situada a mi derecha. La pantalla permaneció en negro hasta que ella deslizó lo que parecía ser otra parte del aparato, mucho más pequeña, sobre la crema. Intenté recordar el nombre —lo había leído en uno de los muchos blogs que había consultado sobre embarazos—,

pero me despreocupé cuanto la imagen se hizo visible, mostrando unos tonos azules oscuros.

—¿Ves esto? —Señaló un redondel oscuro, parecido a una alubia—. Este es el feto. Lo que lo rodea, el área oscura, es la placenta —musitó algo para ella mientras examinaba mi estado—. Todo lo que se aprecia está correcto. Lo que oyes en el fondo es el latido —indicó—. De todas formas, te mandaré una analítica de sangre para ver qué alteraciones experimenta tu cuerpo. Las embarazadas tienden a descontrolarse muy a menudo.

—Ajá. —No pude elaborar otra respuesta.

Estaba embobada con lo poco que veía.

—Dependiendo de los resultados, tomarás vitaminas durante los próximos meses. Eso ayudará al crecimiento y al fortalecimiento del bebé.

—¿Podría llevarme una foto de la ecografía? —intervino Dimitri.

Captó mi atención tan pronto como esas palabras abandonaron su boca. La doctora asintió y me tendió una serie de paños para limpiar la crema mientras ella realizaba la impresión de la ecografía.

Dimitri me ayudó a limpiar el resto de crema con delicadeza, sin ejercer demasiada presión, como si temiera hacerme daño. Me senté en la cama mientras él encestaba las bolas de papel en la papelería más cercana. Luego, me subí los vaqueros, los abroché y coloqué mi camiseta en su posición correcta.

—Aquí tienes. —La doctora se la entregó—. Ahora, espere en el exterior, señor. La señorita Miller y yo continuaremos con la revisión —agregó.

Los minutos siguientes fueron demasiado molestos para describirlos. Me repetí que las pruebas eran necesarias para asegurarnos de que la criatura estaba bien y, al finalizar, la doctora

le pidió a Dimitri que regresase a la consulta. Me entregó una serie de papeles, entre los cuales identifiqué la cita para la analítica. Tendría que perder otro día de clases para atender al médico, sin embargo, no me importaba en exceso. Tras agradecerle a la mujer su amabilidad y atención, y tras acordar la próxima cita, abandonamos la consulta. Y, una vez en la seguridad del vehículo, Dimitri me pasó la ecografía.

—Ha sido precioso, Catherine —dijo él en mi lugar, señalando al círculo—. Sé que no tiene forma de nada, pero aun así lo es. Será el bebé más bonito del mundo y, ¿quieres saber la razón? —inquirió, y centré mis ojos en su rostro.

Esa ilusión que reflejaba el brillo de su mirada y la sonrisa encantadora con la que me hablaba hacían que mi pequeño y tonto corazón se derritiera todavía más.

Sacudí la cabeza antes de responder:

—No, sorpréndeme.

—Es obvio: yo soy el padre.

Y ahí se acabó el momento bonito. Tanto él como yo estallamos en carcajadas.

Sin más, puso el motor en marcha y regresó a la carretera a una velocidad que no estaba permitida. Aun así, no me quejé. Durante el camino, le di vueltas al hecho de que no contradijera a la doctora cuando ha mencionado que era mi novio. Lo cierto es que yo tampoco había intervenido, pero se debía a mi inquietud.

Al llegar a la residencia, Dimitri aparcó en un lugar diferente porque la zona de la mañana estaba concurrida por profesores que abandonaban la facultad.

Y, como de costumbre, nadie nos podía ver juntos.

Guardó la ecografía en el interior del bolsillo de su chaqueta y me miró, exagerando la pena al curvar las comisuras de su boca hacia abajo.

—No podré acompañarte a la analítica —desveló. Eso chafó la euforia con la que había abandonado la consulta—. Tengo asuntos que solucionar con mi padre, también con Svetlana. Hoy es el día en el que debo regresar de mi supuesto viaje de negocios. Me exigirán explicaciones que no podré dar con sinceridad.

—Lo sé —coincidí—, y no te preocupes. Sé llegar al hospital.

—Entonces te veré tan pronto como me sea posible.

Supuse que esa era su forma de decirme adiós.

Me encogí de hombros, restándole importancia, y abandoné el coche. Él lo puso en marcha con rapidez y yo observé cómo el vehículo desaparecía al doblar la esquina. Crucé los brazos sobre mi pecho y caí en la cuenta de que había perdido prácticamente todas las clases de esa mañana.

Ya tendría tiempo para recuperarlas. En estos momentos, un tema mucho más importante ocupaba el ciento por ciento de mi cabeza: Ser amigos no podría ser tan difícil, ¿no?

SEMANA 7



Catherine

Inspiré profundamente y retuve el aire en mis pulmones por unos instantes antes de liberarlo de forma lenta y sosegada. Realizaba esos ejercicios para impedir que mi ansiedad se agravara y derivara en mareos y llantos innecesarios. Me encontraba en la modesta sala de espera del hospital, junto a la enfermería. Acorde a mi papel, me correspondía el número dieciocho, pero, debido a mi embarazo, me habían adelantado hasta el trece; la persona que había delante de mí era la número doce. Si estaba tan inquieta era por mi pánico hacia las agujas, uno irremediable. Comenzó cuando tenía seis años a causa de una vacuna obligatoria que debían administrarme. Debido a que la señora tenía cara de mala leche y la habitación tenía una bombilla que parpadeaba, mi madre tuvo que aferrarme de brazos y piernas para evitar que le propinara una patada al enfermero que nos acompañaba. Al final, todo se resolvió de manera pacífica.

—Siguiente. —La enfermera situada tras un escritorio tachó lo que parecía ser mi nombre e indicó que me acercara hacia la montaña de papeles que reposaban a la derecha.

Entregué la documentación correspondiente al mismo tiempo que remangaba mi camisa. Era mi turno. Me tocaba superar mi terrible pánico a las agujas o me desmayaría ahí mismo, frente a todos.

En el interior de la pequeña sala, un joven de ojos grisáceos me sonrió con amabilidad y me pidió que tomara asiento. Extendí un brazo y no tardé en notar el sudor frío que resbalaba por mi nuca y que se formaba en la piel de mi frente.

—Mira para otro lado, tan solo será un pinchazo —dijo él al ver mi nerviosismo.

—Ya, claro. Un pinchazo. Sí, pequeño —me burlé.

Como había supuesto, me mareé mucho. No quise contemplar el tubo de sangre y, cuando me incorporé, mis piernas temblaban. Tras introducir mi sangre en una extraña máquina, el enfermero hizo el amago de levantarse para ayudarme a caminar y, aunque interiormente lo necesitara, fueron otro par de manos las que me aferraron por las caderas para impedir que me tambaleara y terminarse tumbada en el suelo.

—Te tengo, respira hondo. Se pasará, es un leve mareo. —Una voz familiar sonó cerca de mi oído, el agarre de sus dedos se hizo más intenso sobre mi piel.

El chico me ayudó a tomar asiento en una de las sillas acolchadas de la sala de espera y me ofreció un pequeño sobre de azúcar para regular mis niveles. Eso ayudaría a calmar el mareo, el cual también podría estar producido por la ausencia de desayuno. Pese a ello, no me apetecía tomar nada, así que rechacé la oferta con amabilidad.

Tras secar el sudor, pude estudiar el rostro de la persona que había impedido que quedase ridiculizada frente a los presentes, y lo reconocí al instante.

—Eres tú. —Lo señalé.

—Soy yo —respondió él, ensanchando la sonrisa.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Me seguías? —balbuceé.

Madrugar me volvía más tonta, si era posible.

—Me encontraba en la cola, detrás de ti. —Izó su papel blanquecino, idéntico al mío—. Número catorce. Me temo que ya he perdido mi turno, volveré a pedir cita para la próxima semana —dijo él entre risas. Eso le hizo parecer más guapo de lo que ya era—. Me llamo Nathaniel Dickens, Nate para los amigos, aunque no para la familia.

—Lo sé. Leí tu nombre en la identificación del taxi. —No pude apartar la vista de sus ojos. Poseía una tonalidad azul mezclada con trazos verde pistacho—. Yo soy Catherine, o Cat, como prefieras. Perdona lo de antes, no sé por qué he dicho esa tontería.

—No te preocupes, no esperabas encontrarme aquí. —Tomó asiento a mi derecha—. ¿Te encuentras mejor? Sigo pensando que un buen trozo de chocolate te ayudará y mejorará tu ánimo. Te invito a desayunar. Creo que hay una cafetería justo al torcer la esqui...

—Ya estoy mejor, ha sido por culpa de esa aguja —repliqué.

El chico me observó durante unos instantes más antes de esbozar otra arrebatadora sonrisa. Me sostuvo por las manos, me ayudó a incorporarme y se aseguró de que no me caería hacia los lados tras caminar hasta el exterior del edificio.

El temporal frío de la mañana me ayudó a relajarme. Me apoyé contra la barandilla de las escaleras para bajar por ellas y acomodé el cabello detrás de mis orejas, sin dejar de mirar al chico de reojo. La mandíbula cuadrada fue lo primero que llamó mi atención, y la causa no fue otra que el recuerdo de Dimitri. Él también la tensaba, apretaba los dientes. Ascendí por sus pómulos bien marcados hasta terminar en sus ojos. Su cabello era oscuro, aunque, gracias a los

rayos del sol, se creaban reflejos dorados similares al tono caramelo del señor Ivanov. Aclaré mi garganta cuando caí en la cuenta de que me había embobado al estudiarlo, e hice un gesto hacia la parada de autobuses. No me gustaría dinero en un taxi, desde esa distancia me arruinaría.

—Me temo que debo marcharme. La universidad me espera —dije.

Había aceptado la cita más temprana que pudieron ofrecerme. Como eran las ocho de la mañana y mis clases comenzaban a las nueve, tenía tiempo de sobra para tomar el autobús, pasar por la cafetería de la residencia para desayunar y prepararme para la primera lección del día; si mi memoria no me fallaba, era Historia Moderna.

—Yo te llevo —extrajo unas llaves que hizo girar en sus dedos—. Ahorrarás dinero y podrás disfrutar de un amigable viaje en mi compañía. ¿Qué hay mejor que eso? Además, soy taxista. La conducción está en mis venas, como la sangre.

—Ese leve narcisismo me hace recordar a otra persona —confesé y mordí mi labio inferior—. No quiero causar molestias. Ya has perdido el turno médico por mí. Seguro que tienes otros asuntos de los que ocuparte, como tu trabajo, por ejemplo.

—Para nada.

Señaló un vehículo de color azulado mal aparcado al final del estacionamiento. No reconocí el modelo pues era demasiado anticuado. En comparación con los coches que Dimitri conducía, este parecía haber sido extraído de un desguace. Sin embargo, no me importó. Viajar con Nathaniel no me suponía ninguna molestia. Es más, supuse que podría llegar a ser divertido. No tenía nada que perder.

Desistí de la idea de tomar el bus y acepté con amabilidad su invitación. Procuré no arañar nada cuando tomé asiento en el lado del copiloto y abroché el cinturón. Durante el trayecto, hablamos sobre nuestras respectivas vidas. Él me contó que trabajaba como taxista desde hacía dos años y medio, y que las zonas que solía frecuentar eran las afueras de Brooklyn, a menos de una hora de Manhattan. Tenía veinticinco años y vivía solo. Me pareció que quería darme a entender que estaba soltero. Aunque no comprendía por qué pensé en eso.

—Mis valores me impedían que te marchases sola y en este estado. Imagina que te desmayas en el autobús —comentó—. Además, la sede de mi trabajo está cerca de tu universidad, por lo que me pilla de paso —añadió.

Lo dijo para que no me sintiera culpable de perder su tiempo.

Antes de pasar por la residencia, nos detuvimos en una cafetería. Insistí hasta la saciedad para que él no me pagase el desayuno, pero terminé con un donut de chocolate frente a mí y una bebida energética en las manos.

Optamos por desayunar en la cafetería, al menos gané esa parte de la falsa discusión. Nate me deleitó con historias de pasajeros a los que había transportado.

Al terminar, regresamos a la carretera y, cuando divisé el edificio en la distancia y me preparé para despedirme, Nathaniel aparcó a unos metros y aferró una de las tarjetas en las que aparecía el número de la compañía.

—Estoy anotando mi teléfono. Si tienes dudas acerca de alguna asignatura, no dudes en llamarme. —Colocó la tarjeta en la palma de mi mano y la cerró mientras acariciaba mis dedos—. Soy bastante bueno con las materias relacionadas con los números. De

hecho, si tengo la oportunidad, me encantaría dedicarme a las matemáticas; en cuanto mi dinero ahorrado me lo permita. Aprovecharía para ayudarte y para verte de nuevo.

—Gra... gracias.

Me apeé del coche, cerré la puerta y dije adiós con la mano.

No aguardé a que se fuera. Me apresuré a avanzar hacia el interior de la residencia, cabizbaja y con las mejillas ardiendo. No supe de dónde procedía el comentario. Hice memoria, retrocedí sobre mis pasos y mis palabras; busqué algún indicio en el que le hubiese dado a entender que me interesaba.

No encontré ninguno.

Traté de desembarazarme de esos pensamientos y cogí mi mochila, ya preparada. Me extrañó no ver a Alexia en la habitación, su horario era similar al mío y todavía quedaban casi catorce minutos para las nueve.

Le resté importancia.

Ella tenía una vida fuera de los estudios y, pese a que nos comportábamos como si fuésemos hermanas, yo no tenía derecho a saber qué hacía ella durante cada minuto del día.

Me aseguré de que la habitación estuviera ordenada: las camas hechas, el escritorio sin restos de la cena de la noche anterior y la ventana cerrada con el seguro para evitar intromisiones. Luego, abandoné el edificio poblado de estudiantes que deambulaban de un lado a otro y me adentré en el agobiante mundo de las clases universitarias.

Dimitri

Coloqué las gafas de sol en el interior de su respectivo estuche y estudié mi reflejo.

Había envejecido en esas últimas semanas lo que no lo había hecho en diez años. Abrí el grifo para que el agua fría emanase y refresqué mi cara, masajeándola con cuidado. Acababa de regresar de mi supuesto viaje de negocios y debía hacer frente a la realidad, asunto que había pospuesto a lo largo de los días. Me había refugiado en una de las casas que mi familia había comprado en la costa sur tiempo atrás, ocultándome del foco de las cámaras y de las constantes llamadas telefónicas de mi prometida.

También intenté olvidarme de Catherine, pero no lo conseguí.

Deshice el nudo de mi corbata mientras salía del cuarto de baño. La arrojé sobre la cama y procedí a quitarme la chaqueta. Svetlana no tardaría mucho en presentarse y, con ella, este resquicio de paz y silencio desaparecería como si un torbellino hubiera arrasado la habitación. En lugar de culparla a ella, admití la realidad: yo había ocasionado el problema. Sin embargo, no estaba tan apenado como supuse. Al fin y al cabo, no puedes pretender estar herido por alguien a quien no quieres.

La puerta principal se abrió, escuché los tacones que ascendieron por las escaleras. Me arrepentí al instante de haberle proporcionado una copia de las llaves de la casa, eso suponía visitas inesperadas en cualquier día. Cuando se las entregué lo había considerado una buena idea, aunque, tras los últimos acontecimientos, prefería disponer de mayor privacidad. Aplasté las manos sobre el escritorio ubicado a un lado de mi dormitorio y analicé mis tatuajes, manchas de tinta que camuflaban antiguas y dolorosas cicatrices.

—¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Entretenido? —dijo ella tan pronto como entro en la habitación.

Svetlana cerró la puerta tras ella; se oyó el eco en la soledad de la casa. Mi casa.

No podía echarla, aunque eso es lo que me hubiera gustado hacer. Sabía que estaba siendo duro, algunos me llamarían mal novio. Pero había estado aplacado bajo la sombra de todos durante tanto tiempo que ya no sabía qué hacer. Por primera vez —y gracias a Catherine, por extraño que parezca— yo era responsable de tomar mis propias decisiones.

—¿Has encontrado satisfacción con otra mujer? Ya sabes, por si terminabas aburrido en alguna de esas conferencias —prosiguió, cruzándose de brazos.

El ceño fruncido incrementó ante mi ausencia de enfado.

—Svetlana, por favor. —Alcé la mirada—. No sucedió lo que tú crees.

—¡Basta de mentiras, Dimitri! —chilló, enrojecida por la furia—. ¿Crees que no he visto la maldita fotografía publicada en las revistas? ¿O en internet? ¿O en los periódicos? Me siento tan abochornada y dolida por tu infidelidad que me niego a creerte.

Apreté el puente de mi nariz mientras dejaba escapar el aire que contenía. ¿Qué podía decirle? Confesar que compartí más que un beso con Catherine no era una opción. Ni siquiera podía mencionar su nombre. Debía medir mis palabras para no desvelar el secreto. Tampoco deseaba perder el compromiso, no me estaba permitido cometer semejante locura. El mero hecho de reconocer que había terceras personas controlándome de esa forma incrementó las ansias por hundir los nudillos en la madera y ahuecarla. Me recordé que no precisaba de más cortes en las manos; que ya estaban lo suficientemente destrozadas por mis actividades del pasado, no tan olvidadas.

—Solo fue un beso. —Comencé con la mentira. No me sería muy complicado—. Iba borracho y confundí los hechos, ¿de acuerdo? Te prometo que no volverá a suceder.

—¿Cómo sé que no lo volverás a hacer?

—Una palabra, nueve letras: confianza. —Me burlé, distanciándome del escritorio para acercarme a ella—. Escúchame, Svetlana: soy consciente de que no estamos en nuestro mejor momento y no quiero que ese desafortunado beso destruya todo lo que hemos construido en el último año. Pese al aplazamiento de la boda y al incidente, continuamos juntos. Nos casaremos, como siempre has querido.

Me había acostumbrado a mentir tan pronto como entré en el mundo de las finanzas. La empresa de mi padre, encargada de la administración de una fábrica de coches, me obligó a abandonar mi adolescencia y mi infancia. No buscaba convertirme en el mismo Dimitri de hacía tres años: alcohólico, problemático y violento. Mi fama me había perseguido durante tanto tiempo que la prensa era incapaz de creer que realmente había logrado sentar la cabeza. Gracias —tal vez no debía denominarlo así— a mi padre, ese descontrol al que estaba sometido desapareció. Él tampoco se convencía de mi cambio, pero yo desconocía qué más hacer para que cambiara su imagen sobre mí.

—Dimitri. —Me percaté de que había comenzado a llorar en cuanto mi nombre emanó de su voz temblorosa—. No quiero perderte, no cuando nuestra boda se celebrará en unos meses; de ese día que será el mejor de nuestras vidas. Yo ansío formar una familia contigo, tener un futuro juntos. Esos eran nuestros sueños hace unos meses.

Cada una de sus palabras se clavaron en mi pecho como puñales. Nunca me había imaginado siendo padre. No tenía tiempo para esa

responsabilidad y desconocía cómo ese gran cambio emocional podría afectarme. Me conocía a mí mismo lo suficiente como para saber que podía llegar a ser frío y calculador, un bebé rompería mis esquemas.

Catherine ya había comenzado a hacerlo.

—Lo siento. —Acorté la distancia, reprimí mis impulsos y acaricié sus hombros desnudos. Lo estaban por el corte en forma de corazón de su vestido—. Sé que mis disculpas no son suficientes para borrar mis errores, pero es lo único que me queda por darte.

—De hecho... —Ella apartó la mirada, cohibida—. Hay algo más.

Fruncí el ceño, pero me atreví a caer en su juego y pregunté:

—¿De qué se trata? —Ladeé el rostro—. ¿Quieres un nuevo coche? ¿Un Lamborghini? Espera, algo mejor. Me pasaré por Chanel y te compraré uno de esos vestidos que tanto te gustan. Sé que te encantaría recibir uno de color rojo, son tus favoritos.

—No...

Svetlana acortó los escasos centímetros que distanciaban nuestros cuerpos y se alzó sobre la punta de los tacones. Clavó los dedos en mis brazos, sobre la camisa, con tanto ímpetu que me vi en la obligación de tomar asiento sobre la cama. Su boca se desplazó directamente hacia mi cuello y, cuando creyó que estaba distraído disfrutando de esa calidez, movió los dedos a los botones de mi camisa. Mi primer impulso fue apartarla, quitármela de encima, pero eso heriría sus sentimientos y sospecharía de mi rechazo. No obstante, no me consideraba capaz de soportar el tacto de sus labios sobre mi piel.

Algo había cambiado. No sentía el mismo deseo hacia sus glúteos o hacia la forma de sus pechos. No me atraían. Svetlana era tan experimentada que alcanzó la hebilla de mi cinturón; fue en ese

momento cuando la aferré por los brazos y la aparté, mirándola a los ojos con mi ceño fruncido y la confusión en mi rostro.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

—¿No me está permitido seducir a mi futuro marido? —Su respiración acortada hacía que su pecho se sacudiera con violencia.

Parecía alterada, y no de la forma en la que estaba acostumbrado a verla.

—¿Qué es lo que quieres? —Fui directo al grano, sin rodeos.

—Hacer el amor. —Esbozó una sonrisa que pretendió ser picarona.

A mí me provocó escalofríos. ¿Hacer el amor? Joder. Eso sonaba demasiado formal. Yo no lo denominaría de tal forma. Entretenimiento, placer temporal, pero no «hacer el amor». Algo no cuadraba, sus palabras y actos no eran típicos de ella. Terminé de alejarla y me levanté, acomodando tanto mi camisa como mis pantalones.

—He pensado en una solución para acallar los rumores. — Humedeció su labio inferior y se aproximó a mí en un intento desesperado de mantenerme a su lado—. Créeme, es lo mejor que podrá sucedernos. Además, tarde o temprano ocurrirá, ¿no? —Hizo otra pequeña pausa antes de descargar la bomba—: Tengamos un hijo.

Si hubiera tenido agua en mi boca, sin duda alguna la hubiera escupido. Mi rostro se crispó ante su propuesta, incapaz de ocultar el pavor y el asombro. ¿Otro bebé? No. Ni hablar. Ya tenía suficiente con el que estaba en camino. Negué rápidamente mientras caminaba alrededor de la habitación, alejándome de ella tanto como era posible.

¿Deseaba tener un hijo únicamente porque solucionaría el problema de la prensa?

No tenía sentido. ¿Había perdido la cabeza?

No precisaba de otra cosa más para estar más atado a ella. Abroché los botones de la camisa que ella había conseguido quitar y me puse la corbata. Abrí el armario para coger la primera chaqueta que encontré, la cargué en mi antebrazo y me dispuse a marcharme. No permanecería más tiempo en esa habitación, no hasta que sus ideas cambiaran.

—Dimitri, ¿adónde crees que vas? —Alzó la voz con incredulidad.

—Me marcho —anuncié—. El compromiso sigue intacto, no tienes que preocuparte de los rumores si realmente confías en mí. Ahora, necesito un tiempo a solas.

—¿Eso es todo? —insistió—. ¿No quieres formar una familia conmigo?

—No me tires de la lengua —musité.

Salí de la habitación, bajé las escaleras con la mayor rapidez posible y cerré de un portazo. Si tuviera vecinos, habrían alertado a la policía entre los gritos y los golpes que podían percibirse desde mi dormitorio y desde el pasillo. Svetlana estaría entretenida un rato destrozando mi mobiliario.

Entré al garaje, cogí el primer par de llaves que localicé y pulsé el botón central para descubrir cuál de los coches emitía las luces.

El Porsche se iluminó y me deslicé en su interior.

Había llegado el momento de regresar a mi lugar prohibido.

Catherine

Lancé la mochila a los pies de la cama y me tumbé en el colchón. Mascullé en voz baja las punzadas que predominaban en mis

tobillos por haber caminado en exceso y aplasté las manos en mi cintura; notándola inflamada.

—Me duelen las caderas —gruñí al mismo tiempo que me descalzaba. Con el talón de cada pie me deshice de ambos zapatos—. Los pies me arden. Si los meto en agua fría, la calentaré. Ayúdame con el dolor, Alexia. Haz algo para calmarlo.

—Pídele a Dimitri que te haga una sesión privada de masajes —sugirió.

Puse los ojos en blanco y abracé el peluche entre mis brazos. Busqué el lado más frío de la cama con la mejilla y centré la mirada en mi compañera. La observé fruncir el ceño mientras intentaba memorizar una página de lingüística, los exámenes se aproximaban y había que aprobarlos si no ansiábamos quedar encerradas en la habitación durante el verano. Aunque, si tenía en cuenta mi situación, este verano lo pasaría preparando la habitación para el bebé y atendiendo a las pruebas médicas.

—Hoy he conocido a alguien —rompí el silencio.

Esa frase fue suficiente para que Alexia abandonara la poca concentración que había conseguido en las últimas horas.

Se incorporó de un salto, tomó posición a mi derecha y me invitó a hablar con repetidos gestos de su cabeza. Insistió tanto que aplasté parte del peluche contra su boca.

—Su nombre es Nathaniel Dickens. Coincidí con él en uno de los taxis que me trajo hasta la residencia. Hoy lo he vuelto a ver en el hospital. Gracias a su intervención no me he desmayado en la enfermería. Después me ha invitado a desayunar y me ha traído a clases —resumí, procurando que el rubor no ascendiera a mi rostro.

—¿Cómo es? ¿Cuántos años tiene? ¿Sabes si tiene algún antecedente?

—¡Alexia! —exclamé ante su alocada sugerencia.

—¿Qué? Hay muchos especímenes ahí fuera.

Hice caso omiso a sus tonterías y describí al chico físicamente, explicando sus rasgos conforme yo lo recordaba. También me adentré en su personalidad, aunque apenas la conocía. Admití que, en un principio, me anonadó su atractivo. No podía mentir en eso. Cuando terminé de relatar mi mañana, Alexia se sentó con las piernas cruzadas y me apuntó con un bolígrafo; adoptado su pose de hermana sobreprotectora.

—No puedes enamorarte de él bajo ningún concepto.

—¿Quién ha mencionado la palabra «amor»? —resoplé—. Alexia, piensa con la cabeza y sé realista. ¿Quién iba a querer a una chica embarazada de otro hombre? Estamos en el siglo XXI, cierto, pero todavía hay mentalidades bastantes cerradas sobre ese tema.

—Dimitri se pondrá c-e-l-o-s-o —deletreó con una pequeña sonrisa.

—Por favor.

Me incorporé, dejando que Alexia aferrara el peluche por mí. Caminé de un lado a otro, percibiendo su mirada puesta en mí en todo momento a la espera de una respuesta.

Puse las manos en mis caderas y la fulminé con la mirada.

—Él se va a casar. Está enamorado de Svetlana. Lo nuestro fue un accidente, un bonito accidente quizá, pero no sucederá nada más entre nosotros —sentencié.

—Oh, Catherine —suspiró ella—. No sabes cuánto te espera.

SEMANA 8



Catherine

Estaba inquieta. Bastante nerviosa, añadiría yo. Jugué con mi anillo de plata mientras esperaba a que la puerta de mi dormitorio sonara. Desconocía el motivo, pero este anillo que había encontrado por casualidad me consolaba en los momentos donde la ansiedad amenazaba con aparecer. Muchos consideraban a las personas que tenían ese problema como histéricas y exageradas, sin pensar por un instante en que no todos afrontábamos una situación de igual forma. Mi ansiedad aparecía siempre que me tocaba hablar en voz alta durante las clases o en la época de exámenes. También en ese instante, en el que esperaba la llegada de mi «invitado». Transcurridos tres minutos y un segundo —llevaba la cuenta— los nudillos golpearon la puerta con suavidad. Me contemplé rápidamente en el espejo para asegurarme de que estaba presentable, y le di la bienvenida con mucha timidez.

—Gracias por presentarte —dije.

—Me ha alegrado ver tu nombre en la pantalla de mi móvil. —Nate cargaba varios libros bajo el antebrazo izquierdo, los sostenía con firmeza. No perdió la sonrisa cordial y coqueta en ningún momento —. ¿Es aquí donde vives?

—Sí. Comparto el apartamento con una amiga.

Cerré la puerta y arrimé las sillas al escritorio.

Tenía planeado ir de compras con Alexia por la tarde; recorreríamos la calle que yo había encontrado dos manzanas más allá de la clínica. Era sábado y queríamos aprovechar una de las últimas tardes de libertad. Además, la mayoría de la ropa que yo poseía era demasiado ajustada para portarla en la universidad mientras mi vientre aumentaba de volumen. Tenía que tomar prestadas sudaderas de deporte para tapar el no tan evidente embarazo.

Pero, antes de ello, había optado por estudiar el último tema de las asignaturas de cuantitativas —matemáticas y estadística— esa misma mañana. Para ello precisaba de la ayuda de Nate. Había conversado con él a lo largo de la semana por mensajes de texto, lo cual me había sonsacado alguna que otra sonrisa. Sin embargo, el rostro de Dimitri aparecía en mis pensamientos cada vez que leía su nombre.

Y es que no sabía nada sobre él desde hacía dos semanas. ¿Estaría bien? ¿Le molestaría recibir un mensaje mío como su supuesta amiga? Fue él quien dijo que contactaría conmigo cuando pudiera y, hasta el momento, no lo había hecho. Como la tonta que era, me preocupaba por su bienestar cuando, probablemente, él estaría ocupado entreteniendo a su prometida. Y no precisamente a través de videojuegos.

Nate esperó con paciencia a que yo dijera algo y, cuando regresé a la tierra y abandoné mis suposiciones y mis repentinos celos, suspiré.

—¿Por dónde comenzaremos? Tengo mucho por estudiar y los exámenes están a tan solo unas semanas. —Me lamenté,

descansando las manos en mis caderas.

—Estoy seguro de que los aprobarás. —Él tomó asiento y colocó los libros sobre el escritorio. Remangó la sudadera a la altura de los codos, dejando a la vista su tez bronceada, y palmeó el asiento de la derecha a modo de invitación—. Según has comentado, estás con técnicas... ¿cuantitativas? ¿O has entrado en el terreno de las cualitativas?

—Las primeras. Tengo la teoría estudiada, pero la práctica... Es horrenda.

El tiempo pareció volar. La manera que él tenía para explicar las cosas no se asemejaba en absoluto a las del profesor y me resultaba más sencilla. Al final de la sesión de estudios, había terminado yo sola, sin su ayuda, los ejercicios más complicados. Me di por satisfecha gracias a los constantes avances que ni siquiera yo había previsto para hoy.

Cuando miré el reloj, atisbé que eran pasadas las tres y media de la tarde.

Maldición, ¡Alexia! Ella estaría esperándome para comer. Nate besó mi mejilla antes de marcharse y aproveché nuestra cercanía para agradecerle —de nuevo— por emplear parte de su tiempo libre en ayudarme con los ejercicios. Acordamos vernos un día antes del primer examen. Puestos a ser sinceros, no podía esperar a verlo.

Como predije, Alexia me esperaba junto a su coche recién estrenado. Era un Camaro de color azul cielo, heredado de sus abuelos. Mejor eso que nada, ¿cierto?

Me reprochó el haber llegado tarde a nuestra pequeña cita y me apresuré a tomar asiento en el lado del copiloto. Había un restaurante de comida italiana al que nunca habíamos ido y que nos interesaba probar. Durante el trayecto, pensé en lo que tendría que

estudiar durante las próximas semanas, sin mencionar las visitas a la clínica, las constantes pruebas médicas a las que me sometía la doctora Keller y... Dimitri. Tenía que verlo.

No supe el porqué, pero lo necesitaba.

Alexia condujo con precaución, respetó cada señal de tráfico y se mostró cautelosa por primera vez. Me hizo recordar el examen que realicé al cumplir los diecisiete años: aprobé la parte teórica del carnet de conducir y, aunque era consciente de que a partir de los dieciséis tenía derecho a la parte práctica, quise esperar —y todavía pienso así— a cumplir dieciocho para completar la segunda parte. Eso me proporcionará autonomía respecto a mis padres y al transporte público. ¡Adiós a los autobuses y subterráneos!

Llegamos al restaurante y, mientras esperábamos la comida, dije:

—Esta mañana Nathaniel me ha ayudado con los estudios. —Lo pronuncié tan bajo que Alexia me hizo repetirlo—. Hemos acordado repetir la clase de repaso el día anterior al examen, pero no como si fuese una cita —agregué, jugando con el tenedor.

—Me veré obligada a desinfectar todo lo que haya tocado —gruñó.

—¿Por qué lo detestas de esa manera? Ni siquiera lo conoces.

El camarero depositó los platos en sus respectivos sitios y se distanció, en silencio. Fue en ese momento cuando Alexia perdió la paciencia y me apuntó con la cuchara.

Suerte que no se decantó por el cuchillo.

—¿Qué pasa con Dimitri, el padre del bebé? —Cambió drásticamente de tema—. ¿Sabes si le va todo bien? ¿Qué sucedió con él después de hablar con Svetlana? ¿Has indagado si continúa con vida? Llevas una semana, ¿o dos?, sin hablar con él.

Coloqué el tenedor sobre el plato y fruncí el ceño.

—¿Cómo sabes que habló con ella, Alexia?

—Pregúntale a él. —Se encogió de hombros—. No puedes imaginarte lo que he pasado esta semana. Svetlana me está acosando, literalmente. Está obsesionada con su plan de descubrir a la amante de su prometido. —Entrecerró los ojos cuando clavó la mirada en mí—. Estás descuidando tu papel de amiga con Dimitri. ¿No es eso en lo que quedasteis? ¿Una amistad súper fantástica distanciada del peligroso terreno del amor?

Alexandrina era mi mejor amiga, sí, no tenía problema alguno en admitirlo. Sin embargo, detestaba cuando su carácter soberbio y manipulador hacía acto de presencia. Esas pequeñas pullas entre nosotras terminarían en una pelea algún día, pero no quise montar el ansiado espectáculo en mitad de un restaurante, por lo que opté por tomar aire, calmarme y responder de la manera más pacífica que conocía.

—¿Qué quieres oír? ¿Mi pánico a sentir algo más que una simple amistad? Maldita sea, Alexia. Tú tampoco lo pones fácil. No se trata de un chico cualquiera al que pueda ignorar u olvidar cuando me plazca. Estoy e-m-b-a-r-a-z-a-d-a de su hijo —deletreé.

—Pero él te necesita —siseó—. Estoy segura de que habrá estado esperando tu llamada durante los últimos días. Cuando un tío dice que ya te llamará, lo hace por su orgullo. ¿Acaso no conoces la actitud de Dimitri? ¿A estas alturas sigues así? Él quería atraer tu atención, quería que tú dieras el paso. No siempre tiene que darlo él.

¿Ella lo estaba defendiendo? ¿Qué habían hecho con Alexia?

De acuerdo, tenía razón. En mi interior, yo era consciente de que lo estaba haciendo mal. No podía aparecer en su vida y luego abandonarlo cuando mi incertidumbre se manifestase. El problema estaba en su forma de hablarme, de mirarme; esos gestos cariñosos

y atentos que hacían que mi estúpido corazón se revolucionara. Y me asustaba. Mucho. Él era un hombre comprometido o, al menos, eso intentaba.

—Lo llamaré tan pronto como terminemos de comer —sentenció.

—Promételo.

—Lo juro. —La miré a los ojos—. Iré hasta su casa si es necesario.

Ella pareció conforme con mi propuesta, por lo que la comida continuó con su hilo apaciguado. Hablamos sobre profesores, sobre notas y sobre cosas relacionadas con la universidad. En esos momentos, era lo único que nos preocupaba. Al acabar, fuimos hacia la manzana donde estaba la clínica, al igual que la extensa calle de tiendas. Si era sincera, repudiaba ir de compras. Era extraño para el resto que una chica de mi edad pensase así, pero el ambiente de cientos de personas conglomeradas en un espacio diminuto mientras daban codazos para hacerse con una camiseta de estampado aburrido no era mi estilo.

Para mi sorpresa y suerte, sin embargo, las tiendas no estaban tan llenas como había supuesto. Adquirí varias prendas —elegidas por Alexia, que cargó mis brazos con ellas—, y pagué con la tarjeta de crédito que mis padres me prestaron para casos de extrema necesidad. Supuse que comprar ropa para el embarazo entraba en esa categoría.

Después de varias horas de incansables establecimientos de zapatos, me senté en un banco. Depositó las bolsas, que pesaban lo suyo, en el suelo y me despedí de Alexia. Ella había recibido una llamada de sus padres y tenía que marcharse. Mi amiga trabajaba en el establecimiento de su familia —una librería— y, al parecer, su hermano pequeño tenía asuntos pendientes en otro sitio y debía sustituirlo.

Aproveché esos momentos de tranquilidad para sacar mi teléfono y contemplar el nombre y número de Dimitri como si fuese a cobrar vida para hablarme. Dubitativa, paseé el dedo sobre la pantalla del móvil, sin llegar a pulsar el botón verde que me tentaba a llamarlo para oír su voz después de tantas semanas. ¿Realmente lo echaba de menos?

Sin ni siquiera percatarme, pulsé en el círculo y aproximé el móvil a mi oído.

—¿Catherine? —pronunció él a los dos segundos exactos.

Su voz cargada de asombro me hizo tomar aire.

—¿Ocurre algo? —preguntó a continuación.

—No exactamente. ¿Estás en casa? —Miré a ambos lados, asegurándome de que nadie prestaba atención a mi conversación —. Quiero verte.

Acababa de pronunciar esa frase en voz alta. No fue mi imaginación.

—Un momento, ¿estoy hablando con la misma Catherine Marie Miller que lleva dos semanas sin contactar conmigo? ¿Segura que dicha chica no ha sido abducida por una nave espacial o algo semejante? —se burló.

—Muy gracioso. Quieres que cuelgue, ¿cierto?

—Mejor mira detrás de ti.

Fruncí el ceño por la extraña propuesta y, antes de llevar a cabo su petición, un perfume inconfundible y unas manos suaves al tacto cubrieron mis ojos. Solté el teléfono al instante, que por fortuna cayó en mi regazo, y ahogué una exclamación tapándome la boca. Distinguí su risa tras de mí, él no tardó en retirarse para que pudiera girarme.

—Estás... aquí —musité.

—Lo sé. Estás asombrada, ansías besarme y complacerme de toda forma conocida. No hace falta que lo hagamos aquí, en mitad de esta concurrida calle. Mejor fuguémonos a casa. —Me guiñó un ojo e introdujo las manos en los bolsillos.

—¿De dónde has surgido? —Omití su tono de cachondeo—. Vaya. Lo cierto es que sí ha sido una sorpresa. ¿Me espiabas? —Achiqué los ojos.

—Alexia me ha llamado. —Se encogió de hombros y apartó mis piernas para tomar asiento a mi lado—. Sus palabras textuales han sido las siguientes: «mueve tu culo de millonario y busca a la idiota de Catherine». —Dimitri llegó a imitar su tono de voz, tornándola más aguda e irritada.

—¿Has hablado con Alexia? —Agrandé los ojos.

De acuerdo, la situación se tornaba cada vez más extraña. Que yo supiera, ellos dos nunca habían mantenido una cordial conversación, ni por teléfono ni cara a cara. Hasta que Dimitri regresó a mi vida ninguno se toleraba. ¿Qué me ocultaban?

—Sí, todos los días de esta última semana, de hecho —admitió él y regresó a su faceta natural de hombre serio—. Por favor, no te enfades con ella. Únicamente lo hice para saber más acerca de ti y del bebé.

—Has podido contactar conmigo directamente —sugerí, molesta.

Recogí las bolsas y las cargué en mis antebrazos para no tener que soportarlas en los dedos. Me dispuse a marcharme, consciente de que me comportaba de forma inmadura e infantil, cuando Dimitri me detuvo. Sus pasos, más amplios que los míos, consiguieron alcanzarme. Se colocó frente a mí para impedirme el paso. Inspiré y solté el aire en un intento por no alterarme demasiado.

—Estás mal de la cabeza si crees que te irás de la nada. —Sus manos se trasladaron hacia las bolsas, e hizo el amago de arrebatármelas.

—Estoy embarazada, no enferma. —Me negué a entregárselas—. Puedo andar con ellas hasta la residencia y no precipitarme al suelo ni ocasionar accidentes. Son simples cajas de zapatos en bolsas de plástico. Pesan un poco, nada más —mentí.

—Ya sabe que las excusas no son válidas conmigo, señorita Miller. Consiguió quitármelas. Las colgó en su antebrazo derecho mientras esperaba una respuesta de mi parte. Pero como yo continuaba ofuscada en el hecho de que había preferido hablar con mi mejor amiga —la cual ha mantenido en secreto las conversaciones— a contactar conmigo, me negué a esforzarme en elaborar una contestación.

—Me estás obligando a trabajar de niñero, ¿sabes? —agregó.

Deslizó el brazo libre por mi cintura y me arrastró en dirección al Mercedes, que estaba aparcado a menos de cincuenta metros de nuestra posición. Intenté clavar los talones en el suelo con el propósito de no dar ni un solo paso, pero lo único que conseguí fue tropezarme y, temiendo caerme y hacerme daño, desistí de la idea. No me había percatado de que su brazo me apretaba con brío, como si temiera que en cualquier momento fuera a esfumarme.

Él se detuvo frente al maletero, me liberó por unos instantes e introdujo las bolsas. En cuanto las colocó de tal forma que no pudieran volcarse ante los posibles baches que encontrásemos en la carretera, hizo que las llaves girasen alrededor de su dedo índice y se detuvo frente a mí.

—Vamos, profesor Egocéntrico. Me estoy helando —añadí al mismo tiempo en el que abría la puerta del coche y tomaba asiento

con pesadez.

La cerré de la misma forma que empleé para abrirla —con violencia— y crucé las piernas, mirando al frente. Estaba molesta con la situación. ¡Yo no ocultaba secretos a nadie! Bueno, en verdad sí lo hacía, pero ¡era por el bien y por la seguridad de todos! Confesar un embarazo que aparecería en la prensa del país y que destrozaría la vida de mi supuesta amiga no era una opción. De hecho, si lo analizaba desde esta perspectiva, estaba sacrificándome por los demás. Reprimía mis deseos y mis planes ya que estos arruinarían al resto.

Tan pronto como Dimitri se ubicó en el lado del conductor, dijo:

—¿Te he dicho que hoy estás preciosa, radiante? —No me miró a los ojos; fingió estar entretenido arrancando el coche—. Es decir, siempre lo estás, pero hoy tienes un extraño brillo en tu mirada.

Dudaba seriamente de que esas palabras fuesen suyas.

—Gracias, pero no solucionarás nada con cumplidos. —Aun así, me ruboricé.

—Lo decía en serio, no para complacerte. ¿Por quién me tomas?

—Por Dimitri Ivanov —respondí con un gesto divertido. Entonces, recordé el tema tan importante que teníamos pendiente y tensé la mandíbula—. Ha ocurrido algo, y tengo que hablarlo contigo. Creo que ya sabes por qué...

Clavó sus ojos en mí y asintió. Por supuesto que ya lo sabía. Aspiré aire profundamente y observé el paisaje emborronarse conforme nos alejábamos del centro de Manhattan. Su casa estaba situada en las afueras de la ciudad, y lo sabía por las veces que Svetlana lo ha mencionado. El silencio incómodo estuvo presente durante el trayecto. Nunca había estado ahí con anterioridad, cierto, pero ese no era el motivo de mi nerviosismo.

Intenté distraerme al imaginarme una casa blanca de varias plantas, con grandes paneles de cristal y una piscina de inmensas dimensiones en la entrada. Era el prototipo de los famosos con mucho dinero, pero me había equivocado por completo. La fachada estaba compuesta de madera y de piedra, un precioso porche adornaba la entrada. El sendero que conducía al edificio estaba flanqueado por plantas de verdosas tonalidades, proporcionándole al lugar un toque místico. La estructura de la casa me recordó a un castillo en miniatura, pero de ladrillo y de madera a partes iguales.

Dimitri aparcó en la puerta y me apeé del coche. El viento agitó mi cabello, por lo que lo acomodé tras mis hombros para que no me molestase, e intenté acercarme a la preciosa casa con el objetivo de estudiarla. Pero, una vez más, Dimitri me detuvo.

—¿Estás enfadada, en serio? —La calidez de sus manos traspasó la tela de la camiseta cuando las colocó sobre mi cintura—. Vamos, no tienes que estarlo. Ya te he dicho que preguntaba por vuestro bienestar, no para que reaccionaras de esta forma.

—No lo estoy. —Aparté la mirada.

Claramente lo estaba, ¿a quién quería engañar?

Dimitri dirigió una mano hacia mi barbilla y la torció hacia él, obligándome a soportar su mirada. Mostraba preocupación.

Maldición. Estábamos demasiado cerca. Notaba su aliento mentolado acariciar mis labios, rozándolos con su característica calidez. La punta de su nariz casi chocaba con la mía; me tentaba a avanzar esos centímetros para unir nuestras bocas. Pero, como era de esperar, me contuve.

Tragué saliva y busqué la postura más adecuada para que el aire circulase entre nosotros y arrastrase lejos esa tensión que un día estallaría en nuestra cara.

—Vale, sí. Puede que lo esté, pero, si querías preguntar algo, lo que fuera, ¿por qué no lo hablaste conmigo? Es más sencillo y te aseguro que mi fuente es mucho más fiable. —Mantuve los brazos entrelazados sobre mi pecho, incapaz de moverme.

—Me has evitado toda la semana. ¡No sé qué te pasa, me tienes loco!

—¡No estoy haciendo nada! —grité—. Tan solo... estaba ocupada, estudiando. Además, tengo a un buen amigo ayudándome con los estudios.

—¿Amigo? —Tensó la mandíbula—. ¿Qué amigo?

—Ya lo he dicho: un amigo.

Actué de manera orgullosa, tal y como él solía hacer conmigo. Y supe que le fastidiaba porque no le agradó recibir un poco de su propia medicina. Caí en la cuenta de que Alexia estaba en lo correcto: Dimitri se había puesto celoso, aunque ¿cuál era el motivo? Apuesto a que él también tenía sus amigas y que él no tenía derecho a molestarse. No estaba cometiendo ningún pecado si quería verme con otros chicos.

Yo estaba libre de compromisos sentimentales. Él no.

—¿Podemos pasar dentro, por favor? —insistí.

—Claro.

Posicionó una mano en mi espalda con suavidad y avanzamos juntos.

Una vez en el interior, me detuve para analizar el entorno. Desde la entrada se veía el salón, ubicado a mi izquierda, y la cocina, a mi derecha. Justo al frente se situaban las escaleras. El calor que emanaba de la chimenea me alcanzó y me hizo suspirar. Avancé hacia el salón y clavé la vista en los sofás de color rojo, que conjuntaban con el tono beige de las paredes y con el entarimado

de madera. Me recordaba a la típica casa que fotografiaban para las revistas de decoración.

Sin pedir permiso, y olvidándome de la supuesta educación que se debe tener en casas ajenas, me descalcé y arrugué los dedos de los pies cuando noté la alfombra de lana acariciándolos. Deposité los zapatos a un lado del sofá y me deshice de la chaqueta.

—Siéntete como en casa. Por supuesto, mi hogar es tuyo —dijo él al percatarse de mis actos tan confiados—. Si lo deseas, también podrías pasearte desnuda. No me molestaría en lo más mínimo. Acomódate mientras busco algo para comer.

—De hecho, no hace falta que...

—Déjame hacer, por una vez, algo que quiero, ¿de acuerdo?

Lo fulminé con la mirada, aunque accedí a lo que había pedido.

Me dejé caer en el sillón y acaricié la suave tela con la yema de los dedos, aproximando una de las mantas a mi rostro. Desprendía el perfume típico de Dimitri. Mi inquieta imaginación comenzó a pensar en las miles de cosas que podrían realizarse en este sofá y tuve que apartarme de la manta para calmar mi calor.

Él regresó al salón al cabo de unos minutos, con una bandeja entre sus manos que depositó sobre la mesilla de café. Allí pude distinguir galletas de caramelo, dos tazas de chocolate caliente y algo salado de figura extraña.

Alterné una mirada entre él y la comida. ¿Por qué tanta molestia?

—Gracias. —Tomé el chocolate caliente—. Ahora, vayamos al punto por el que estamos aquí. Hay tanto por hablar...

—¿Por dónde quieres que empiece? —Se acomodó frente a mí.

—Ponme al día con Svetlana, por favor.

—Hablé con ella sobre nuestra relación. El compromiso sigue intacto, es más, hemos acordado celebrar una fiesta de compromiso

como evento social para que el resto del país crea que aquella infidelidad no tuvo importancia, que apenas fue un desliz. —Torció sus labios en una mueca—. Ella me hizo una proposición un tanto... descabellada, que no dudé en rechazar, por supuesto.

—¿De qué se trataba?

Llevé la taza hacia mis labios para saborear el chocolate.

—Quiere tener un hijo.

Me atraganté con el líquido ardiente y comencé a toser. Dimitri me tendió una de las servilletas colocadas a la izquierda de la bandeja. Sequé el chocolate que había resbalado por mi mentón, empapando la camiseta, e intenté asimilar sus palabras. ¿Un bebé? ¿Svetlana embarazada? ¿De Dimitri? ¿Otra criatura más de la que preocuparse?

—No me he acostado con ella, si es lo que piensas —continuó él—, ni voy a hacerlo. He puesto la excusa de que deseo esperar hasta después de la boda para colmar sus ansias.

—No tiene sentido —murmuré.

—¿El qué?

—¿Por qué querría tener un bebé? Es decir, está hablando de crear una vida como si fuera lo más simple del mundo. No piensa en las consecuencias que acarreará.

Dimitri ladeó el rostro y entrelazó sus manos.

—Esa falta de tacto fue una de las razones por las que me negué —recalcó—. La cuestión es la siguiente: Svetlana sospecha que estoy teniendo encuentros con mi amante, cuando no es así. Me mantiene vigilado las veinticuatro horas del día. Está paranoica. Si queremos seguir viéndonos, deberemos tener más cuidado.

—Somos amigos. —Coloqué la taza sobre la mesilla, secando antes su alrededor puesto que temía manchar su mobiliario—. No

hay nada de malo en que nos vea juntos.

—Lo sé, pero ella sospecha incluso de su sombra y no quiero que esto salga a la luz. No todavía; no con lo que está en juego. Si tan solo supieras a qué me están sometiendo, Catherine. Entre mi padre y Svetlana voy a ingresarme en un psiquiátrico.

Al ver mi expresión confusa, Dimitri se trasladó a mi lado.

Se acomodó en el sofá mientras observaba las lenguas de fuego que se desplazaban como si se trataran de serpientes. Tensó la mandíbula y dudé entre apoyar mi mano sobre la suya o permanecer ahí, inmóvil. Me recordaba a un dios griego desde esta perspectiva. Al final, cedí ante mis deseos y aparqué mis miedos. Coloqué mi mano sobre la suya, que descansaba en su regazo, y esboqué una tímida sonrisa.

—Perdóname —pronunció al instante—. No quiero que pienses que me arrepiento de esto. —Titubeó antes de posicionar una mano sobre mi vientre, encima de la camiseta—. Creí que sería así en un principio, pero no lo estoy. Sé que el embarazo cambiará muchas cosas, no solo nuestras vidas. Joder, estoy tan confundido.

—¿A qué te refieres?

—El compromiso con Svetlana fue demasiado precipitado; desconozco si realmente es lo que quiero. Cathy, me gustaría hablar sobre tantas cosas contigo; contarte lo que esconde mi pasado, pero no puedo. No ahora mismo. Mi padre tampoco confía lo suficiente en mí, y la industria recaerá sobre mis hombros algún día. Maldita sea —resopló.

Cuando recostó la cabeza en el respaldo y apretó el puente de su nariz, comprendí que no estaba fingiendo o exagerando su agobio por un asunto que iba más allá de mi embarazo que, al parecer, no podía desvelar. Mi situación no era tan dramática como había

creído. Desgraciadamente, me consideraba en ese grupo de personas que exageraban cada inconveniente hasta transformarlo en un castillo de arena. No podía culpar a mi ansiedad por completo, pero supe que tendría que cambiar mi actitud, pues una vez más había engrandecido mis problemas pensando que el resto no los tendría.

—Tienes que conocer a mi madre —dijo, sobresaltándome—. Tan pronto como termines los exámenes cogeremos un vuelo e iremos a visitarla.

—¿Vuelo? ¿Ma... madre? —balbuceé—. ¿Dónde vive ella?

—En Houston. Mis padres están divorciados, no es una novedad.

Asentí, sin estar segura de cómo tomar aquello. Entonces, caí en la cuenta de la fotografía de la mujer que portaba en su coche, y pese a desconocer el aspecto de su madre, tuve la corazonada de que la llevaba siempre consigo.

—Ella está enferma —continuó—, quiero que te conozca lo antes posible. Cuando descubra que se convertirá en abuela... —La sonrisa que esbozó se asemejó a la de un niño cuando recibía regalos por el día de Navidad—. Estoy seguro de que le encantarás tanto como a mí, créeme.

—Por supuesto. —Mi corazón se ablandó más—. A cambio te pediré que te presentes formalmente ante mi familia como el padre del bebé.

—Te dije que lo haría, y yo jamás rompo una promesa.

—Será oficial cuando sellemos el pacto, querido.

Dimitri mordió su labio inferior y se aproximó más a mí. Mi primer instinto fue retroceder, sin embargo, tomó mi mano entre las suyas y depositó un suave y tierno beso en el dorso. Contuve la respiración,

mareándome levemente, y permití que mi cuerpo se perdiera en aquella placentera sensación de notar sus labios sobre mi piel.

—Trato hecho, señorita Miller —sentenció.

SEMANA 9



Catherine

«No puede ser. Tiene que estar bromeando», pensé.

Un nudo se había formado en mi garganta y otro en la boca del estómago, imposibilitando que continuase masticando el dulce de chocolate blanco que seguía en mis manos. Inicé una inquieta caminata por los alrededores de Central Park, percibía la mirada de Alexia quien, lejos de inmutarse, terminaba de devorar su quinta o sexta barrita energética. Jamás entendí cómo, después de todo lo que engullía, no engordaba ni un gramo.

Esa mañana, Central Park estaba misteriosamente tranquilo. La multitud no se aglutinaba frente al lago para alimentar a las aves que se posaban en las pacíficas aguas, las colas de las cafeterías no superaban los cuatro individuos y una cálida brisa ahuyentaba los temblores matutinos. Sin embargo, a pesar de ese idílico paisaje y lugar, sentía tal nerviosismo en mí que hasta el bebé parecía dar saltos.

No era posible, pero igualmente lo imaginé.

—Nof tienfes escafpatoria, Catherinfe —apenas entendí las palabras de mi amiga, que tenía la boca llena de comida.

—Mi hermano deseará matarme, y no solo a mí. ¡Buscará a Dimitri después! Lo someterá a una prolongada y dolorosa tortura de la que no podré salvarlo ni advertirlo. No termino de convencerme de que ya esté de vuelta —repetí.

—Patrick no desaparecerá por arte de magia.

—Ya lo sé, tonta. ¿Cómo le cuento que estoy embarazada?

—Si Dimitri no se desmayó cuando se enteró, él tampoco lo hará.

Puse las manos sobre mis caderas y la fulminé con la mirada.

—No es esa la reacción que temo ver, querida.

Ella abrió la boca para replicar, sin embargo, una bocina la interrumpió. Con rapidez, ambas centramos nuestra atención en el conocido vehículo que mi hermano había adquirido dos años atrás. Mi respiración dejó de funcionar. Lo primero que él hacía todos los años, tras su regreso de California, era ir en mi búsqueda. Mis padres habían tenido que desvelarle mi ubicación, pues yo había pasado la noche en casa ante la ausencia de las clases. No, no es que hubieran terminado. Simplemente era fin de semana.

Patrick estacionó en el primer hueco libre que localizó y, mientras acortaba los metros que nos distanciaban, lo estudié: parecía estar más alto, e incluso más ancho de pecho. Su cabello castaño, del mismo tono que el mío, se había esclarecido gracias a los rayos de sol, diferenciándose del color de sus ojos. No me percaté del momento en el que me rodeó con los brazos y me estrechó con fuerza contra él. ¿Había estado yendo a un súper gimnasio o yo me encontraba ante un doble? El color azulado de sus ojos se encontró con los míos, y esbozó la sonrisa que denotó lo feliz que se sentía de verme.

—¿Sorprendida? —Quiso saber, con ironía—. Caray, hermanita. Hace meses que no nos vemos, pero creo que has engordado un

poquito. Estás más rellena en los mofletes y en las caderas — comentó sin mucha sutileza, resaltando lo que era evidente.

—Ni que fuese una magdalena —reproché.

—Hola, Alexandrina —saludó luego, ignorando mi comentario. Ubicó un brazo sobre mis hombros para mantenerme a su lado y añadió—: ¿Ves? Tu amiga no ha cambiado. Aunque supongo que mi opinión os importa poco, ¿cierto?

—¿Qué tal has estado en California? —Me apresuré a cambiar de tema. Los nervios ya eran palpables en mí; mis manos temblaban—. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Y tanto —completó Alexia por mí.

Hice un gesto con la cabeza, sabiendo de antemano que mi hermano no dejaría pasar esa indirecta. Su sonrisa comenzó a tornarse un tanto confusa por la expresión indecisa que adopté. Sin pensarlo, señalé a los alrededores de Central Park. Sí, tenía que confesarle a mi hermano que iba a transformarse en tío con tan solo veintiséis años. No era tan temprano para él, pero sí para mí.

Alexia entendió mi preocupación y encontró la excusa para marcharse. Se despidió de Patrick con dos besos en las mejillas, alegando que estaba encantada de verlo —también pronunció que se veía más guapo—, y se alejó por uno de los caminos laterales del parque con su característico paso lento y descansado.

—Te comportas de una manera bastante rara e inusual. —Mi hermano frunció los brazos en su pecho—. Papá me ha comentado que debías hablar conmigo nada más aterrizar en Manhattan. Mamá se ha negado a entrar en detalles, por lo que no he perdido tiempo y he venido hasta aquí. De hecho, las maletas continúan sin deshacer, por lo que esperaba...

—Lo sé —interrumpí—. ¿Qué te parece si paseamos? Hace un día estupendo.

—Estás pálida. —apoyó una mano contra mi frente—. No tienes fiebre.

«Por supuesto que no, idiota», pensé.

Al igual que todos los hermanos existentes en este planeta, Patrick y yo manteníamos una relación de amor y odio. No me imaginaba una vida en la que él no existiera, pero cuando discutíamos a veces terminábamos por pegarnos. Pese a ello, al finalizar el día, siempre acabábamos riéndonos el uno del otro.

Para añadirle una pega, Patrick se comportaba de manera sobreprotectora cuando se trataba de mí. Yo era la pequeña, la más joven de la familia; solo teníamos un tío por parte de mamá y nunca habíamos entablado una auténtica conversación con él.

Argumentaba que debía protegerme contra aquellos chicos que buscarían aprovecharse de mí.

De tan solo imaginar su reacción al confesarle mi...

No podía siquiera analizar la frase en mi cabeza.

—Regresemos a casa —añadió al instante—. No tienes buena cara.

—Me encuentro perfectamente —mentí.

Las náuseas no habían desaparecido, aunque al despertar había tomado las vitaminas de cada mañana. Seguía sintiendo terribles mareos, pero afortunadamente nunca me desmayaba.

Al final, cedí ante su insistencia. Subí al coche y cerré la puerta con desgano. Una parte de mí deseaba imponerse sobre la voluntad de mi hermano, quería mostrarle que ya era una chica adulta capaz de manejar cualquier situación. La otra parte se negaba a que él perdiera mi imagen inocente.

«Demonios».

Patrick comenzó a conducir en dirección a casa. Pensé que, quizás, era alguna excusa para hablar en otro lugar, uno donde nuestros padres no estuvieran presentes para estudiar cada uno de mis movimientos. Sin embargo, me equivocaba.

Las calles que tan bien conocía aparecieron ante mí en un santiamén.

Era ahí o nunca.

—Estoy embarazada —dije atropelladamente y sin pausas.

Ni siquiera yo entendí mis palabras, pero el coche se detuvo en medio de la carretera.

Tuve que apoyar las manos en el salpicadero para no volcarme hacia delante y, gracias al cinturón de seguridad, no terminé de perder el equilibrio. La tez de Patrick mutó de beige a un color bermellón. Atisé sus nudillos tensándose en torno al volante, tornándose blanquecinos, y agradecí que no poseyera rayos láser en los ojos. Centró su vista en ese punto, en ese en concreto, y luego alzó la mirada hasta mis ojos.

Mierda, mierda, mierda.

—Mientras estabas fuera sucedió algo... Te juro que se trató de un accidente, ninguno de los dos esperaba que esto ocurriese, pero lo ha hecho, así que te pido que me apoyes y que no me juzgues porque eres mi hermano y se supone que los herma...

—¿Quién es el padre? —Tensó la mandíbula.

—¿Es eso lo único que te interesa?

Me hirió que esa fuera la única cosa que le preocupara.

—Por supuesto que no. ¡Mierda! —exclamó cuando un coche hizo sonar la bocina detrás de nosotros; nos pusimos en marcha de nuevo—. Sin duda alguna quien te haya hecho esto tiene que pagar

las consecuencias. Hace tiempo que me alejé de los problemas, pero ha llegado la hora de romper la racha.

—¡Eh!, nada de violencia —advertí—. También es culpa mía, y él se está haciendo cargo tanto de mí como del bebé. No tiene que pagar nada.

Patrick mantuvo la vista al frente, pero el enfado era evidente. Tan pronto como llegamos a casa, estacionó el coche sobre la pequeña parcela de césped, sin importar dejar las huellas del coche marcadas en la hierba, y echó los seguros para que no me pudiera bajar. Ya temía que esto ocurriría. Lo había previsto desde el segundo en el que él había llegado.

—A partir de ahora, me convertiré en tu canguro personal: realmente necesitas uno.

—¿Qué?

No pude contener las carcajadas; lo intenté, de veras que lo hice. No obstante, comencé a reír hasta que las lágrimas resbalaron por mis mejillas. ¿Quién se creía para darme órdenes? Era mi hermano, cierto, pero al igual que él tenía su vida y hacía quién sabe qué con sus conocidas, yo tenía la mía. Cometer errores formaba parte de mi aprendizaje y, definitivamente, aprendería una buena lección.

No iba a permitir que me controlara.

—El padre es Dimitri Ivanov —confesé con voz firme—. No me prohibirás permanecer en casa, ni tampoco dejaré de verlo si es lo que estás pensando. No soy una niña, pronto cumpliré los dieciocho años y seré oficialmente mayor de edad... en otro sentido.

—No. Mientes —musitó—. ¿Realmente es Ivanov? Ese imbécil no puede..., no después de todo lo que me hizo. Dime que no es cierto.

—Lo es. Los dos habíamos consumido una gran... cantidad de alcohol. Y, ¿qué esperabas escuchar? ¿Que tanto él como yo

quisimos hacerlo? —Supe que aquello empeoraría los hechos, pero me había estado controlando en las últimas semanas y necesitaba expulsar la rabia acumulada—. Pienso seguir con el embarazo, dar a luz y criar a este... niño o niña al lado de su padre. Tú no vas a reclamarme nada.

—Estás loca. —Frotó su rostro—. ¿Qué han dicho papá y mamá?

—Me dieron un sermón, pero cuento con su apoyo. Sé que no es fácil de digerir, que siendo una adolescente voy a convertirme en madre y más con el primer año de universidad en mis hombros, pero agradezco no estar...

Patrick acortó la breve distancia y me volvió a abrazar. No lo hizo como hacía unos minutos, en el parque. A pesar del espacio tan minúsculo en el interior del vehículo, logró rodearme con los brazos y estrecharme contra él. Percibí las lágrimas anegarse en mis ojos, por lo que procuré mantenerlas a raya. No quería comenzar a llorar frente a él, principalmente porque una vez iniciado el llanto no habría manera para detenerlo.

—Ahora, bájate del coche —dijo tan pronto como se separó.

—¿Cómo dices?

—Necesito despejarme la cabeza, hacerme a la idea de los cambios. Me has dado demasiada información para las dos escasas horas que llevo en Manhattan —sentenció, quitando los seguros—. Vete a casa, por favor, y nos veremos a la hora de cenar. No sé cuánto tiempo estaré fuera —admitió mientras arrancaba de nuevo el motor.

—Eres insufrible.

Cerré de un portazo y me desplazé por el sendero de baldosas hacia la entrada del edificio. No quería ir a mi hogar, porque ver a mis padres después de la discusión con Patrick solo me haría sentir

peor de lo que ya estaba. A pesar de todo, aguanté los reproches de mi madre, los consejos de mi padre, y me retiré a mi habitación, donde me distancié del mundanal ruido al sumirme dentro de uno de mis libros preferidos.

Dimitri

Era la primera vez en diez años que padecía de náuseas. Crujé mis nudillos tatuados, esos que ocultaban viejas cicatrices, y me adentré en la sede principal de la empresa. Varios empleados dejaron sus quehaceres para saludarme, gesto que no devolví. No tenía ánimos para simpatías. Tampoco es que a ellos yo les gustara, nos conocíamos demasiado bien. Lo único por lo que mi padre me necesitaba era por la imagen: un rostro juvenil y atractivo. Unas industrias cuya compañía se quedaba estancada en hombres mayores no atraía a ningún inversor. Me licencié en la carrera de Administración de Empresas y Economía... creo que hacía ya cinco o seis años. Apenas lo recordaba. Lo único que me concernía era que dentro de cuatro años cumpliría treinta y, por ese entonces, las responsabilidades del negocio familiar estarían sobre mi cabeza.

Resoplé. Mi yo del pasado no se hubiera alegrado de mi presente.

No llamé a la puerta antes de entrar, no disponía de tiempo para formalidades estúpidas. La cerré tras de mí y centré la vista en el rostro contraído de mi padre, quien encontraba tras su escritorio, con los dedos moviéndose sobre el teclado. Mi objetivo era comunicarle los últimos acontecimientos, es decir, el embarazo de Catherine. Bart tenía que darse cuenta de ello, del cambio que supondría en nuestras vidas. Además, tras todo lo que sabía de mí —demasiado, diría yo— ocultarle secretos sería de tontos.

Bartholomew Ivanov era un hombre calculador, sin escrúpulos, sin emociones. Gracias a mi madre biológica tuve un periodo al que considerar infancia, aunque se terminó tan pronto como ella se marchó de casa por culpa de mi padre y de sus infidelidades. Pese a ello, como el adolescente rebelde e iluso que era, preferí permanecer junto a él, creyendo que mis posibilidades de enriquecerme crecerían.

Me arrepentía de ello.

—¿Qué quieres? —preguntó sin apartar el rostro de la pantalla—. Debes pedir cita para una consulta. Algunos de nosotros tenemos que trabajar.

—Yo también me alegro de verte, papá —ironicé y tomé asiento en el sillón de cuero negro situado frente al escritorio—. Tengo que hablar contigo, y no podía esperar. Agradecería que me dieras unos minutos de tu valioso tiempo, necesito tu consejo.

A mi edad, habría sido normal gozar de un numeroso grupo de amigos con los que divertirme y cometer todo tipo de locuras. Pero yo no era de esos. Había crecido demasiado rápido, por lo tanto, las antiguas amistades se habían perdido. Supuse que, por una parte, era bueno, pues yo no encajaba con la clase de jóvenes caracterizados por las borracheras de fines de semana, con un humor pedante y de superioridad que trataban a sus respectivas parejas como a prostitutas. Literalmente.

Por otra parte, y pese a que nunca lo admitiría en voz alta, era solitario. Y echaba de menos tener un amigo al que contarle mis problemas.

Supuse que ese era mi precio por pagar.

—¿No puede esperar? ¿Se está muriendo alguien?

Tensé los puños sobre mi regazo mientras inspiraba profundamente. Tendría que estar acostumbrado a esa falta de tacto, no obstante, me era imposible aceptar a mi padre tal y como era; no después de los miles de cambios que había experimentado. Si mi descontrol comenzó, fue en parte por culpa suya. Aunque no debería involucrarme más en los asuntos del pasado, estos regresaban a mi memoria como un disco rayado.

—No —dije con voz autoritaria.

—Entonces, ¿de qué se trata? —Desconectó la pantalla del ordenador, para evitar que yo leyera aquello que tecleaba, y entrelazó las manos arrugadas y cubiertas de manchas sobre el escritorio—. Vamos, no tengo todo el día.

—Ha ocurrido algo que cambiará mi compromiso con Svetlana. —Humedecí los labios y apreté el puente de mi nariz. No entendía por qué me acobardaba de repente—. Se trata de una joven. Está... embarazada y el bebé... es mío. Y, antes de que digas algo, voy a hacerme responsable de ello, porque lo he hablado con la madre y está conforme con mi opinión.

La expresión de mi padre se crispó. Por primera vez, su rostro impassible mostró una emoción: enfado, rabia, ¿impotencia? Sabía lo que me esperaba, pero tenía la necesidad de comentar el tema con alguien que no fuera Catherine o... Catherine.

—Después de todo lo que ha pasado en esta familia, ¿sigues cometiendo los mismos errores? ¿Mis errores? —gritó, levantándose de su asiento para dar la vuelta al escritorio—. ¿Cómo se llama? ¿Dónde puedo encontrarla? Dimitri, convéncela para que aborte. No debes tener un hijo, no de otra mujer que no sea Svetlana. De tu prometida.

—No —me negué, incorporándome al mismo tiempo—, no quiere perderlo. Ella desea continuar con el embarazo, y yo no soy quién para prohibírselo. Fue culpa de ambos, aceptaré sus decisiones. Recuerda que la más perjudicada aquí es ella.

Bart alzó una mano como si fuera a abofetearme, pero se detuvo.

Desconocía qué me impactó más: que realmente sopesase la idea de golpearme, o el hecho de que hubiese hablado de mi medio hermano como uno de sus muchos errores. Cerró los ojos, calmó su respiración y apoyó las palmas de las manos sobre la superficie lisa del escritorio. No esperaba que su reacción fuera a ser tan violenta. Comprendo que un hijo fuera del matrimonio no fuera el ejemplo que debería seguir, pero... ¿En qué se diferenciaba su error del mío?

—No es necesario que te recuerde lo que está en juego, ¿cierto?

Y, de nuevo, esa amenaza constante reapareció.

Me agobié debido a los recuerdos que se deslizaron por mi mente tras pronunciar esas palabras. Tuve que sentarme o, de lo contrario, me habría caído de rodillas. Quise desembarazarme de las imágenes, traté de distraerme con los objetos de la estantería, del escritorio, de cualquier otra cosa que no fueran mis pensamientos. Si había alguna debilidad en mi vida, era justo la más grave y perjudicial, la que Bart usaba en mi contra.

Odiándome, repudiando la idea de que con una mera frase hubiese sometido mis ideas por imponerme sobre él, contesté con voz trémula y apagada:

—¿Qué deseas que haga por ti, padre? —Cerré las manos.

Ya que la opción del aborto quedó descartada —ni bajo sus amenazas yo sería capaz de forzar a Catherine a aquello—, Bart tomó unos minutos para meditar y sorprenderme con un plan que se me antojó como uno premeditado:

—No le cuentes a nadie que está embarazada. La prensa nos arruinaría, te calificarían de inexperto por el simple hecho de estar acostándote con mujeres que no entran en nuestro círculo —escupió—. Tu prometida tampoco puede saberlo. Eso la destrozaría. —Su mirada se perdió en la pared, pensando en un bienestar que no fuese el suyo.

—Es lo que llevo haciendo los últimos dos meses. Oculto el secreto a todos. Solo lo comento con la madre del bebé y... —Hice una pausa—. Solo quería escuchar un consejo de tu parte; algo que pudiera facilitarme las cosas, pero veo que no ha servido de nada. Me marchó en este mismo instante, estaré aquí por la mañana para la próxima reunión.

Quise ocultar mi decepción. Sacudí mi cabeza y me apresuré a caminar hacia la entrada. Había sido la conversación más larga que había mantenido con mi padre en los últimos meses; al menos, la más larga que no tuviera relación con sus asuntos económicos. Nuestra relación de parentesco nunca ha sido idónea.

—Gánate su confianza —agregó de improvisto—. Si surge algún problema, si ella descubre algo sobre nosotros y decide chantajearte con la empresa, no lo dudes, aprovéchate. Trátala bien, haz que te quiera. Se te dan bien esas cosas. Enamórala. Si ya la tuviste en tu cama una vez, no te costará hacer lo segundo. —Asintió con convicción.

No me atreví a mirarlo una segunda vez.

—Tu maravillosa idea es jugar con los sentimientos de una chica —dije de manera irónica, estupefacto—. No tengo nada más que escuchar aquí.

—Sí que tienes que escucharme porque sabes lo que te pasará si no cumples con todo lo que pido —comentó un segundo antes de

que apoyara la mano en el pomo de la puerta—. Me debes tu lealtad, Dimitri. Incluso tu vida, porque de no ser por mí...

—Cállate. Lo sé —sentencié—. No te decepcionaré, padre.

Me apresuré a abandonar la estancia. A pesar de encontrarme de espaldas a él, estaba ciento por ciento seguro de que había percibido el pánico y el miedo. Sí, podríamos adultos con una cabeza más o menos amueblada, pero todos tenemos nuestros secretos más oscuros, esos que ocultamos a ojos de nuestros conocidos.

Yo creé mis demonios, y tenía que doblegarme a ellos.

SEMANA 10



Catherine

Fruncí el ceño y presioné los labios hasta formar una fina línea. Habían transcurrido una semana y dos días desde la última vez que hablé con mi hermano, pero también con Dimitri. Ya era domingo. Tenía demasiadas ocupaciones con los exámenes, a las únicas personas que veía cada ciertos días, y por obligación, eran Alexia y Nate.

Nate se quitó las gafas al notar que yo había devorado mis uñas hasta el punto en el que quedaron destrozadas porque no conseguía memorizar la línea que tantas veces había repetido.

Al día siguiente tendría los dos primeros exámenes, seguidos de una semana repleta de agobios y de noches sin dormir. Si pudiera beber café, hubiera comprado varias máquinas para mí sola.

La asignatura de Prehistoria era complicada por los nombres extraños y por las miles de fechas. Y, a pesar de que Nate no estaba especializado en esa asignatura, había aceptado ayudarme en todo lo que estaba en sus manos. Yo no me había quejado, era una excusa para poder pasar más tiempo con él.

Descarté algunas páginas que me resultaron innecesarias y las guardé en el cajón.

—Voy a suspender —lamenté.

—No, Catherine —repitió él—, estoy seguro de que, si has sido capaz de aprobar las cinco primeras asignaturas, podrás con las siguientes.

La carrera contaba con diez materias a lo largo del curso.

—Estas son mucho más complicadas —recalqué.

—No seas tan quejica, *Cathy*.

Alcé la vista tan pronto como pronunció ese apodo. Solo una persona me llamaba de aquella forma, y me resultaba extraño oírlo de otros labios que no fuesen los suyos. Pero no dije nada.

—Tenemos hasta mañana por la mañana para terminar con la explicación. No dormirás si es necesario —finalizó él.

—Un momento, ¿quieres permanecer en esta habitación por más de veinticuatro horas? —chisté—. No permitiré que te quedes aquí cuando, de seguro, tienes otros asuntos más importantes que atender. Además, mira la hora. Ya son las ocho. Estoy hambrienta.

Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Mis asuntos pueden esperar. —Nate abrió otro libro.

—Escucha, no tienes mi edad. —Mentalmente corregí sus años. Según él, acababa de cumplir los veinticinco—. Eres un adulto con muchas responsabilidades. No voy a privarte de ellas. Da igual si es domingo, si es de noche o las excusas que existan. Alexia regresará en cualquier momento y me ayudará con las asignaturas restantes. No es la primera vez que lo hace, así que estaré en buenas manos.

—¿Me estás echando?

—No, no, no —repuse con rapidez—. Tan solo digo que, si tienes cosas por hacer, eres libre de irte. No tienes que quedarte aquí por obligación, no me molestaré.

Nate sacudió la cabeza una vez más y regresó a la explicación.

Un rato más tarde, él fue por dos tazas de café y dos hamburguesas, pero rechacé con amabilidad la comida. Estaba hambrienta, pero el leve malestar de estómago me impedía comer.

Una hora más tarde, eché la silla hacia atrás mientras cerraba los ojos. Mi cabeza no podía aguantar más la luz fluorescente de la lámpara y mis ojos parecían quemar.

Me excusé para ir al cuarto de baño. Cerré puerta con el pestillo y apoyé las manos en el mármol antes de refrescar mi cara y nuca con agua fría. Ese leve dolor de estómago se acrecentaba por segundos, eran unos leves retortijones. Sabía que, a pesar de no tener nada de comida en el estómago, terminaría vomitando por culpa de los nervios. Incapaz de aguantar, me arrodillé frente al aseo y eché lo poco que contenía. Me retorcí a causa del dolor y tomé asiento en el suelo. Esto no era normal, ¿o tal vez sí?

—¿Catherine? —Nate golpeó la puerta con suavidad—. ¿Estás bien?

—Sí... sí —musité.

Intentó girar el pomo de la puerta para pasar al interior, pero, al ver que estaba cerrada con pestillo, volvió a llamarme. Tiré de la cisterna y, cuando pude erguirme —al cabo de unos minutos—, me detuve frente al espejo. Mi aspecto había cambiado por completo: mi cara parecía mucho más pálida de lo habitual y un sudor frío y pegajoso empezaba a resbalar por mi frente y por mi nuca. El dolor no había disminuido pese al vómito. Mi preocupación incrementó considerablemente. ¿Acaso ocurría algo con el bebé? Acaricié mi vientre, como si aquello fuera a calmar el dolor, y busqué en los bolsillos de mi pantalón el teléfono. Necesitaba llamar a alguien cuanto antes y mi mente solo pensaba en un nombre: Dimitri. Noté que el móvil no estaba allí y recordé que lo había apagado y

encerrado en un cajón del escritorio para evitar la tentación de cogerlo mientras estudiaba.

«Maldición».

Tenía que regresar a la habitación. Con las manos temblorosas, conseguí quitar el pestillo; Nate se apartó cuando abrí la puerta de esa forma tan brusca.

—Estás temblando. —Apoyó una mano en mi hombro—. ¿Qué ocurre?

—No me encuentro bien —respondí mientras abría el cajón.

—¿Necesitas ir al médico? Yo te llevaré.

Hizo el amago de ponerse la chaqueta y recoger sus cosas, pero lo detuve. Nadie podía saber acerca de mi embarazo, mucho menos Nate. Me parecía un chico inteligente, atractivo y simpático, y no quería espantarlo cuando descubriera la gran noticia. Normalmente, los hombres huían al enterarse sobre ese tema en particular, y no deseaba perder su amistad. Al menos, no cuando estaba ganando su confianza.

—Iré yo, con Alexia —insistí y emití un suspiro al encontrar el móvil—. Te llamaré tan pronto como termine los exámenes, ¿de acuerdo?

—Pero...

No le permití finalizar la frase.

Lo ayudé a ordenar sus pertenencias y lo acompañé hasta la entrada. Me despedí de él con un pequeño beso en la mejilla y le repetí que nos volveríamos a ver pronto. Mientras se alejaba, echó algún que otro vistazo hacia mi posición.

Al perderlo de vista, cerré la puerta y marqué el número de Dimitri —que había memorizado— con rapidez. El timbre sonó al instante y esperé impaciente a escuchar su voz.

Cada segundo que transcurría era una tortura.

—Cathy, ¿cómo llevas los estudios? —Dimitri dijo al descolgar.

Vi innecesario ocultarle mi cita de estudios con Nathaniel, así que opté por informarle sobre mi vida cotidiana, algo que suelen hacer los amigos. Me propuse, sin omitir detalles, incluir a Dimitri en cada aspecto. Deseaba mantener mi palabra de que él y yo podíamos mantener una amistad.

—Necesito que vengas a la residencia ahora, por favor —supliqué.

—¿Ocurre algo? ¿Te han hecho algo? —Su voz se endureció al instante.

—No me encuentro bien. —Logré pronunciar.

No hizo falta entrar en detalles. Colgó y supe que en unos minutos estaría aquí. Regresé a la habitación. Con una mueca de dolor, me senté en el lateral de la cama. ¿Qué demonios me pasaba? Hacía unos minutos me encontraba perfectamente. Mordí mi labio inferior para distraerme de la molestia y enterré mi rostro entre las manos, sollozando. La idea de padecer de un aborto espontáneo me asustaba. Había leído tantos casos en los blogs que mis síntomas parecían encajar en todos ellos.

—Por favor, por favor. —Limpié las lágrimas de mis mejillas.

Pero el llanto continuó con su descontrolado rumbo.

—¿Catherine? —La voz jadeante de Dimitri se escuchó desde el pasillo.

A este ritmo alertaría a los demás estudiantes, pero poco me importó. En esos momentos lo único que necesitaba era ir a un hospital y comprobar que todo estaba bien. Abrió la puerta —que no estaba cerrada con llave— y se abrió paso al interior. Se aproximó a mí y me apartó las manos para contemplar mi rostro.

—¿Qué ha pasado con ese tal Nathaniel? Joder, Catherine, estás llorando. —Su respiración era agitada, supuse que era por las prisas

para venir aquí.

—Me duele mucho —respondí con un hilo de voz.

Su mirada bajó hasta mi vientre. Presionó una mano con delicadeza, la mantuvo allí durante segundos. No era necesario explicarle con detalles el origen de la molestia. Me ayudó a levantarme y deslizó un brazo por mi cintura. Al poner un pie en el suelo, sentí otro calambre que me hizo tensar la mandíbula para no gritar.

—No puedo, no puedo —repetí—. ¿Qué me está pasando?

—Cálmate, estoy aquí, contigo. —Dimitri buscó mi mirada—. Todo se pondrá bien, ¿de acuerdo? Catherine, centra la vista en mí. Mírame y no pienses en ninguna otra cosa —insistió al presenciar que yo parpadeaba con mayor frecuencia.

Quise hacerlo, de veras.

Pero, de repente, todo fue oscuridad.

S

Desperté tumbada en una camilla, con las manos entrelazadas sobre mi vientre. La luz blanquecina me cegó por unos instantes, obligándome a girar la cara hacia la derecha. Desconocía el motivo, pero veía como si estuviese bajo el agua de una piscina. En cuanto conseguí espabilarme lo suficiente para no caer dormida otra vez, tensé las manos sobre mi estómago e intenté incorporarme. Reconocí el aparato con el que hacen ecografías a un lado de la habitación, con la pantalla apagada. La ventana no mostraba el exterior puesto que las cortinas sumían el dormitorio en la penumbra.

Dimitri alzó la mirada al captar mi movimiento y evitó que arrancase de cuajo parte de las vías que me habían puesto en la mano izquierda.

—Tranquila. ¿Cómo te encuentras? —preguntó con suavidad.

Dejó un periódico sobre la mesilla situada al lado de la camilla. Tomó con delicadeza mi mano izquierda entre las suyas y esbozó una cálida y tranquilizada sonrisa que me anonadó.

—Creo que bien. —Notaba mi boca pastosa. Supuse que los dolores habían desaparecido porque me habrían administrado algún tipo de calmantes—. Un momento, ¿qué ha pasado con el bebé? ¿Qué hace esa máquina ahí? Dios mío, dime que no...

—El bebé está perfecto. —Me calmó él—. Avisaré al doctor, él te explicará mejor lo sucedido. Pero no vuelvas a darme estos sustos, por favor.

Asentí levemente e intenté cambiar de postura, sin embargo, fui incapaz de hacerlo: la vía intravenosa incrustada en mi piel me lo impedía. Acaricié mi vientre con cariño con la mano libre; mis ajetreados pensamientos empezaron a sosegarse mientras Dimitri no regresaba a la habitación. Era consciente de que algo había causado ese dolor, y necesitaba saber qué. Por un momento, había llegado a creer que lo perdería todo.

Un médico de barba cobriza y gafas grandes —el tamaño superaba al de su cabeza— pasó junto a Dimitri en el umbral. Esbozó una simpática sonrisa para que yo tomase confianza, pero no pude devolvérsela. Hingué los codos en el colchón y ascendí a lo más elevado de la camilla. Me incomodaba ser la única en la estancia que estaba tumbada.

—Los dolores no procedían del útero, señorita Miller —dijo el médico de repente y sin saludar mientras revisaba los papeles—. No

estaban relacionados con el bebé, ni siquiera los vómitos.

—¿Entonces...?

—Eres joven, y ahora que estás en época de exámenes, no te cuidas lo suficiente. Dígame, señorita Miller, ¿se ha alimentado correctamente? ¿Ha dormido las horas recomendadas? Acorde a la prescripción, la doctora Keller le ha aconsejado que tome vitaminas. ¿Las ha consumido hoy?

—No. —Me avergoncé, pero añadí al instante—. Hoy he olvidado tomarlas, y tampoco he comido adecuadamente. Pero es la primera vez que me...

La expresión de Dimitri fue suficiente para silenciarme. Al situarse detrás de la espalda del médico, este no pudo ver cómo cruzaba los brazos y agachaba el rostro. Supe que me regañaría tan pronto como me dejaran salir. Hasta prepararía algún discurso para deleitar a mis oídos. No habría ninguna forma de librarme de él.

—Escúchame, Catherine. —El doctor aclaró su garganta y se aproximó a mí, suavizando el semblante—. Debes cuidar tanto de ti misma como del bebé. No es solo tu vida la que está en juego, también la de él o ella. El ejercicio físico está totalmente prohibido y hay que mantener una buena alimentación y descansos. Puedo darte calmantes si es lo que necesitas, pero todo depende de ti. — Me quitó la vía y agradecí que ya no sintiera esa molesta aguja en mi piel—. Descansa en lo que queda de noche, cena algo suave y olvídate de los estudios, ¿de acuerdo?

—Pero mañana...

—Yo cuidaré de ella. —Dimitri intervino—. No se preocupe.

—Espero que así sea.

Me desperecé cuando, al fin, pude levantarme.

Percibí los músculos tan adormecidos que no sentía las zonas que pisaba. Pese a que la dolencia se había calmado, continuaba con una diminuta molestia. La idea de tumbarme en mi cómoda cama y dormir era tentadora. Parpadeé repetidas veces en un vano intento de ahuyentar la paz que los calmantes causaban —no quería quedarme dormida de pie—, y Dimitri acudió en mi ayuda nada más verme.

—Desde que te conocí, las probabilidades de que yo padezca un ataque al corazón han aumentado. ¿Lo sabías? —Deslizó un brazo por mi cintura.

—Puedo andar. —Lo empujé, pero no logré apartarlo ni un centímetro.

—Ya, claro, y yo puedo volar.

¿A quién pretendía engañar?

No podía dar ni un solo paso sin tambalearme. Bostecé y permití que Dimitri me arrastrara por los pasillos del hospital hacia el exterior. Fue en ese instante cuando me percaté de que me había traído al hospital privado; al mismo que visitamos para la primera ecografía. Me deslicé en el interior de su vehículo, que ocupaba dos plazas de los aparcamientos en lugar de una —supuse que había sido por la prisa— y Dimitri, en lugar de arrancar el motor, me estudió con los ojos achicados.

—¿Qué? —pregunté con cansancio.

—Te conozco lo suficiente para saber que, tan pronto como te deje en la residencia, volverás a meter tu cabeza entre los libros, lo que conllevará a otra visita aquí —explicó—. Así que, como sé que tampoco puedes suspender porque repetirías el curso, vas a tomar tus libros e iremos a mi casa, donde pasaremos la noche.

—¿Cómo dices? —Me encogí en el asiento, imitando a un animal asustado—. Dimitri, no voy a poner mi vida en riesgo por pasar unas cuantas horas estudiando. Esta vez no seré tan descuidada. Cenaré, tomaré una ducha, me pondré música relajante...

—No hay otras alternativas en esto —dijo como si fuera un asunto de vida o muerte. Aunque, si lo pensaba con frialdad, lo era—. No te preocupes, no dormirás conmigo, aunque es eso lo que realmente quieres.

Solté una carcajada y aparté un mechón de mi frente.

—Eso quisieras tú, Ivanov.

—Sí. Lo cierto es que sí —confirmó con una pícaro sonrisa.

S

Introduje en una mochila ropa para dormir y para la mañana siguiente, y dejé una nota avisando a Alexia de que pasaría la noche fuera. Era extraño no encontrarla en la habitación a esas horas, supuse que todavía continuaría en casa de sus padres. Tras eso, regresé al coche y Dimitri condujo rumbo a su hogar. Durante el camino, me confesó un pequeño plan: básicamente, podíamos desvelar el secreto una vez que él tuviera el poder de la empresa, lo cual tendría lugar tras la celebración de la boda.

No pedí explicaciones, pues su mirada seria y perdida ya daba señales de que no podría entrar en detalles. Él guardaba muchos secretos, y esperaba que algún día pudiera compartirlos conmigo.

Aparcó en el garaje y se aseguró de que las alarmas estuvieran activadas antes de cerrar las puertas con llave. Transportó mi mochila —efectivamente, creyó que ese tonto esfuerzo me causaría una neuropatía— y me escoltó al interior. Puse rumbo hacia el

salón, siendo esta la única estancia que conocía, pero él se adelantó a mis pasos y me sostuvo por el codo.

—Te enseñaré dónde dormirás.

Suspiré y asentí sin tener más remedio.

Ascendí por las escaleras con lentitud, sin presionarme, y me entretuve observando los cuadros que adornaban las paredes. La gran mayoría pertenecían a pintores famosos ya fallecidos, pero el que llamó mi atención, y confirmó mis sospechas, fue el que descansaba al terminar las escaleras. Distinguí fácilmente a Dimitri junto a una mujer rubia de bellas facciones. Sin lugar a dudas, se trataba de su madre. Me hubiera gustado preguntar qué pasó con ella tras el divorcio, y cuál era la enfermedad que padecía, pero no me parecía el mejor momento para expresar mis dudas.

Caminamos hasta el final del pasillo, él enumeró las estancias que dejábamos atrás. Alcanzamos la única puerta cerrada, a la derecha, y la abrió para dejarme paso.

—Vaya —murmuré maravillada.

El dormitorio contaba con una inmensa chimenea de color bruno frente a la cual noté una cama con cabezal de madera. Las sábanas eran beige, como el tono de las paredes, lo cual sumía a la habitación en una calidez y comodidad inexplicable. El entarimado de madera no crujió bajo mis pies, como esperé que hiciera, tras dejar atrás la alfombra de pelo que se extendía a lo largo del pasillo. Un escritorio con su respectiva silla acolchada de cuero y el ordenador acompañado de carpetas —y de otros documentos— estaban a la izquierda de la entrada. Identifiqué el balcón y una segunda puerta, cerrada también. Tuve la sensación de encontrarme en un hotel de lujo.

—¿Te gusta? —Dimitri apoyó el hombro contra el marco de la puerta—. Yo me encargué de la decoración de esta habitación y, bueno, de toda la casa.

—¿En serio? —Acaricié la suave madera del escritorio—. Creía que los hombres precisaban de una mano femenina en estos asuntos, sin ánimo de ofender.

—No generalices tan rápido. Yo no soy como los demás.

—De eso ya me he dado cuenta —susurré para mí.

Tomé asiento en la cama y deslicé la mano sobre la suave colcha. Dimitri encendió la chimenea para calentar la habitación, aunque no lo vi necesario. Lo cierto era que tenía de todo, menos frío. Abrí las puertas del balcón momentáneamente y observé el exterior: desde allí disponía de una panorámica de la ciudad. Los edificios iluminados, las calles solitarias, los colores verdosos que poseían los árboles y el escaso ruido del tráfico. Manhattan era mucho más bonita de noche y en la lejanía que a la luz del alba.

Regresé pronto al interior, cerré las puertas de cristal y cogí mi mochila.

—El cuarto de baño está aquí, por si quieres tomar una ducha. — Señaló la estancia cerrada y la entreabrió, permitiéndome mirar la decoración.

—Huelo a hospital, así que aceptaré tu oferta.

—Podría acompañarte.

Sin más dilaciones, comenzó a deshacerse de las primeras prendas, lanzándolas al suelo. Los botones de la camisa se desprendieron con una destreza casi sobrenatural, dando paso a esa musculatura que una vez disfruté pero que, desgraciadamente, no recordaba bien por la borrachera. Tuve que olvidar mi vergüenza y aferrarlo de las manos cuando el cinturón cayó a sus pies e hizo el

amago de desabrocharse los pantalones. ¡No estaba aquí para verlo desnudo! ¡Aunque sí me gustaría!

—¿Qué haces? ¡He venido aquí para dormir, no... no para...! —farfullé.

—Cálmate, fiera —siseó, sin eliminar la descarada sonrisa—. ¿No has visto que estás en mi dormitorio? —Señaló al sofá situado al lado contrario al escritorio—. Justo ahí suelo descansar después de las agotadoras reuniones de mi empresa.

—No pienso dormir contigo. Tú mismo dijiste que no sería así.

—¿Acaso tienes otra opción?

Medité una respuesta y cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro. La única contestación inteligente que se me ocurrió fue la siguiente:

—Dormiré en otro dormitorio. Estoy segura de que hay más.

—Te puedo asegurar que, por supuesto, esta casa cuenta con más estancias que podrían ser habitaciones. ¿El inconveniente? Están sin amueblar porque que vivo solo.

—Te detesto —gruñí.

Me encerré en el cuarto de baño con la mochila en mi mano. Eché el pestillo para evitar su intromisión. Distinguí las risas al otro lado de la puerta, sin ocultar la satisfacción que mi actitud causaba en él. Mi intención era la de enfadarlo, pero creé el efecto contrario. Extraje del interior las prendas necesarias y me apresuré a desnudarme y a pasar al interior de la ducha.

Me olvidé de mi enojo y de las molestias en cuanto noté el agua cálida deslizarse por mi cuerpo. Descansé la espalda contra los azulejos más próximos e, inevitablemente, me perdí en los pensamientos, dejando que los minutos transcurrieran sin hacer nada. Me arrepentí de haber actuado de forma tan irresponsable,

pues Dimitri se había preocupado por mí de una manera que no creí posible. Me bastó pensar en él para que se creara en mi mente la imagen de sus manos aferrándome por los brazos para besarme, y me vi en la obligación de detenerme. No podía pensar en eso.

Lo tenía *prohibido*.

Sequé mi cabello tras desenredarlo y me acomodé en el pijama. Era cierto que unos minutos atrás no tenía frío, pero ya no podía esperar a deslizarme bajo las sábanas. Mi corazón latió de manera desbocada cuando caí en la cuenta de que compartiría cama con Dimitri. Pero solo era eso: compartir una cama *para dormir*.

Al regresar a la otra estancia, me encontré con él sentado en el sofá, con una copa de vino entre sus manos y un plato de comida en la mesilla. No lo había tocado porque era para mí. En su regazo sostenía un periódico que no reconocí.

—¿Ocurre algo? —Cerré la puerta del cuarto de baño y me aproximé.

Descansé las manos sobre el respaldo del sofá y arqueé una ceja.

El olor que desprendía el plato me obligó a empezar a comer sin tomar asiento; me era suficiente con apoyar la cadera derecha contra el sillón.

—Los periodistas ya no saben qué publicar para destrozar mi vida, tanto la personal como la laboral —chistó entre dientes.

—No encontrarán nada que nosotros no queramos.

—Lo sé.

Arrojó el periódico sobre la mesilla y bebió el contenido de la copa de un único trago. Relamió sus labios —que quedaron brillantes por el líquido— y se puso de pie para observarme. La incomodidad se hizo palpable. Teniendo en cuenta que la última y única vez que había compartido cama con un hombre fue la noche en la que este

desastre sucedió... sería extraño estar tumbada junto a él sin que «nada más» sucediera. Y no era que quisiera incitar los mismos actos. La culpabilidad continuaba conmigo.

Una vez que saqué mi hambre, me introduje en la cama.

Las sábanas de pelo provocaron que un escalofrío recorriera mi cuerpo. Observé cómo Dimitri, sin camiseta, se acomodaba a mi lado.

—Suelo dormir desnudo —confesó—, pero ya que estás aquí, tendré la cortesía de ponerme pantalones. No siempre tengo la consideración.

—Vaya, ¿y a qué se debe el honor? —ironicé, apoyando la mejilla sobre la almohada.

—Es de mala educación dormir así al lado de una señorita.

—Claro —coincidí—, una señorita a la cual ya has visto desnuda.

—¿No esperarás un beso de buenas noches, cierto? —susurró mientras se acercaba.

Aplasté la otra almohada contra su cara y me giré. Escuché sus intentos por sofocar la risa con la sábana, pero no lo consiguió.

Traté de descansar, de cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Pero me era imposible. Aferré mi móvil y puse varias alarmas a partir de las seis y media de la mañana. Madrugaría, repasaría los temas y obligaría a Dimitri a que me llevase a la universidad. No podía llegar tarde y, además, quería fastidiarlo.

Abracé un cojín contra mi pecho y solté el aire que retenía.

Ya tendría la mañana siguiente para preocuparme por cosas realmente importantes.

SEMANA 11



Catherine

Bip. Bip. Bip.

Sobresaltada, parpadeé en la penumbra y tanteé la mesilla con el objetivo de encontrar mi teléfono y apagar la alarma. Mis párpados amenazaron con cerrarse de nuevo, pesaban demasiado para mantener los ojos abiertos. Dimitri se removió a mi lado, sin pronunciar nada o, si lo hizo, no me di cuenta. Al cabo de unos segundos, me vi obligada a sentarme y apagar el móvil si no quería arrojarlo contra la pared más cercana, la cual resultaba ser la del balcón. Dimitri murmuró algo que no logré comprender y cubrió su rostro con la sábana. Cuando no adoptaba la faceta escrupulosa y escalofriante resultaba ser un hombre ordinario, como todos.

—Son casi las siete —dije con voz pastosa—. Vamos, despierta.

Lo vi sacudir la cabeza bajo la sábana antes de darme la espalda. El impulso de cubrir su piel desnuda —aunque cargada de tatuajes — con besos me sacudió y tuve que alejarme para no hacerlo. Puestos a ser sinceros, nuestra amistad iba mejor de lo pensado, y no deseaba que aquello se fuera a la basura por unos tontos deseos que, seguramente, fueran por culpa del embarazo. Hormonas, adolescencia y antojos.

Muy mala combinación.

—Lo digo en serio. El primer examen comienza a las ocho, ¿entiendes? Quedan menos de dos horas. ¡Que te levantes! — Arrojé mi almohada a su cabeza.

A pesar de mis inútiles intentos, él continuó inmóvil, al igual que una estatua de mármol. Con pesadez, y exponiéndome al frío que reinaba fuera de las sábanas, me arrodillé en el colchón y le propiné pequeños y molestos golpes en su antebrazo. Evité que volviera a conciliar el sueño, fastidiándolo hasta que él ladeó el rostro hacia mí con el ceño fruncido y con los ojos más o menos entrecerrados, fulminándome.

Me crucé de brazos y aclaré mi garganta. Había sido idea suya que yo me quedase a dormir en su casa, así que tendría que lidiar con el estúpido horario de exámenes.

Dimitri descubrió su cuerpo para que el frío terminara de despejarle la cabeza y tomó asiento. Enterró los dedos en su cabello, peinando los rizos que quedaron peor de lo que ya estaban. El reproche pasó a estar reflejado en sus facciones malhumoradas, aunque no por ello perdió el atractivo tan tentador que poseía.

—Pensaba que estarías acostumbrado a despertar a esta hora a causa de las reuniones de tu empresa. Además, también impartes clases en la universidad. Estás forzado a madrugar cada día. —Me defendí—. Se nos hace tarde.

—El resto del mundo se adelanta, yo jamás llego tarde.

Me reí en voz baja y aplasté los pies descalzos en el suelo. Encogí y estiré los dedos por la frialdad del entarimado, acostumbrándome a la ausencia de la calentita sábana, y caminé hacia el cuarto de baño. Había olvidado recoger mis pertenencias la anterior noche, las cosas seguían desperdigadas por el suelo. Todo estaba seco, a

excepción de un pequeño charco en la ducha. Intentaría no resbalarme cuando la usara.

—¿Qué quieres desayunar? —Escuché que él decía desde la habitación.

—¿Qué? —Asomé la cabeza por la puerta—. Tengo que estudiar primero.

—No puedes ir con el estómago vacío, necesitas comer.

Se puso de pie, se desperezó y me regaló la oportunidad de estudiar con detenimiento cada uno de los tatuajes que surcaban su piel. Me deleité, sin fingir ni ocultar mis intenciones, y regresé a la realidad. Me obligué a ignorar su figura mientras recogía lo que había dejado en el baño con prisa; oí que él se marchaba de la habitación y aproveché esa soledad para regresar a la cama y sumergirme una vez más bajo las sábanas con el libro de Prehistoria entre las manos. Aunque hubiese podido utilizar el escritorio, las almohadas eran cómodas y no pude resistirme.

Ojeé las páginas que había señalado como importantes. Eran demasiadas para leerlas en menos de una hora, por lo que, tras treinta minutos de intensa lectura, desistí de la idea. De nada serviría repasar en esos momentos, así que dejé todo a un lado y me aseo.

Tras una refrescante ducha, me preparé mentalmente para lo que sucedería durante el examen. Los leves retortijones de estómago se presentaron sin que yo les hubiera invitado, y aplasté una mano en la zona para calmarme.

Me dije a mí misma que los nervios no me dominarían como el día anterior. Me controlaría, mantendría la calma y realizaría el primer examen del segundo cuatrimestre. Si conseguía aprobarlo a la

primera, entonces, en una semana iniciarían mis vacaciones de verano.

—¿A qué huele eso? —pregunté mientras apagaba la luz del baño.

Jugué con un mechón de pelo, todavía húmedo, y me aproximé a la bandeja colocada sobre el escritorio. Dimitri apartó la silla para mí. Sin embargo, preferí tomar asiento encima del escritorio y descansar la bandeja en mi regazo. Mi boca se hizo agua: había tortitas de caramelo recién cocinadas que desprendían un olor dulzón que me abrió el apetito. Dos huevos fritos acompañados de tostadas descansaban en un costado; el detalle final era un vaso de zumo. En definitiva, el desayuno perfecto para varias personas.

Sin pensarlo dos veces, corté un trozo de tortita con el cuchillo, lo pinché con el tenedor y lo llevé a mi boca; todo bajo la vigilancia del señor Ivanov, quien no apartaba la mirada de mis actos. Fruncí el ceño mientras saboreaba el caramelo adherido a mi paladar y emití un profundo suspiro debido a lo delicioso que estaba. Comprendí de inmediato que mi necesidad por comer esta clase de cosas derivaba de los cambios del embarazo.

—¿Por qué pones esa cara? ¿No te gusta? Un momento, ¿te encuentras mal otra vez? ¿O estás nerviosa por los exámenes? ¿Se trata del bebé? ¿Sientes que vas a desfallecer? —Dimitri se aproximó hasta quedar a escasos centímetros de mí y buscó la pequeña curva de mi vientre con su tórrida mano.

—No, no. Cálmate. —No lo hice retroceder. No me molestaba—. Sabe tan bien como aparenta, así que no. Estamos bien, Dimitri. Tranquilo.

Besé su mejilla con rapidez y esboqué una sonrisa encantadora.

—Me vas a volver loco. —Se quejó antes de alejarse.

Caminó en dirección al armario, supuse que iba a vestirse. Devoré la comida con rapidez y la mastiqué hasta que quedó triturada, pues de esa forma me sentaría mejor y disminuiría las posibilidades de sentir náuseas o ganas de vomitar.

Una vez que la bandeja quedó vacía, la deposité a mi derecha y regresé al suelo de un pequeño brinco.

—Eh... ¿te importa si dejo aquí el pijama? —Señalé a uno de los estantes vacíos—. No quiero llevar mucho peso ya que no tendré tiempo para entrar en la residencia antes del examen. —Lo miré por encima del hombro, señalando a mis prendas bien dobladas.

—Claro, no te preocupes.

Veinte minutos más tarde, ambos nos encontrábamos en el coche. Dimitri condujo por las calles desiertas y se detuvo a una manzana de la facultad. En estos momentos, el sitio estaría repleto de alumnos que, con toda seguridad y debido a los rumores que circulaban, alegarían que yo era la supuesta amante de Dimitri. Y, en parte, no hubieran estado equivocados. Aunque no compartiéramos besos o abrazos como una pareja, nuestro comportamiento denotaba que había cierta corriente entre nosotros; una conexión que cada vez era más y más evidente. Palpable — y no solo por el embarazo—.

—Ah, una última cosa. —dijo él, evitando que yo cerrase la puerta al sostenerla desde el interior—. Repasa bien la página setenta y ocho. He visto tu examen y sé que esa pregunta te dará bastantes puntos. Mucha suerte, preciosa.

Me guiñó un ojo, echó los seguros y pisó el acelerador.

Mis pómulos se ruborizaron y clavé las uñas en las palmas, reprimiendo mis ansias por echar a correr tras él. ¡Por supuesto que había visto mi examen! Él era profesor, uno de los directores en la

facultad. Nadie sospecharía si el gran Dimitri Ivanov era captado con las manos en la masa, es decir, ojeando los exámenes de otras carreras. ¿Y me lo decía recién en ese momento? Había visto cómo me preocupaba y me estresaba a causa de los apuntes y de la dificultad contenida para estudiarlos... ¡y no había sido capaz de ayudarme antes!

Por un segundo, deseé no estar embarazada. Dimitri se había detenido en el semáforo por lo que podría alcanzarlo si corría hacia allí. Pero apenas unos instantes más tarde, su vehículo desapareció por una de las muchas calles.

Cargué los libros hasta el interior de la Facultad de Letras. Cientos de alumnos se amontonaban en la entrada para localizar sus nombres en las listas. Los exámenes estaban clasificados por apellido para evitar la congestión de un aula mientras otras permanecían desiertas. Me hice paso a empujones y suspiré cuando me situé frente a los documentos. Leí los apellidos hasta que reconocí el mío: me había tocado en el aula número cuatro. Afortunadamente, los compañeros con los que estaría durante el examen no eran esos estudiantes cuya media era incluso superior a la mía. No tendría que preocuparme por las típicas comparaciones que los profesores realizaban entre los estudiantes, las cuales deberían de estar prohibidas.

Solo causaban competencia y rivalidad entre los estudiantes.

Alexia también estaría haciendo su examen. Tomé mi móvil y, aunque ella no pudiera leerlo hasta más tarde, le envié un mensaje deseándole buena suerte. Estaba ciento por ciento segura de que, tras terminar esta ajetreada semana, me atosigaría con sus típicas preguntas sobre cómo iba mi relación exclusiva de amistad. Intenté mantener mi atención puesta en lo que iba a suceder en unos

minutos. Me repetí que mis nervios estaban controlados. Entré al salón y me senté en el primer pupitre libre que encontré. Rasqué mi nuca y opté por no revisar más los apuntes, no sería de mucha ayuda. La clase se llenó de gente en pocos minutos y el profesor ordenó que guardásemos todo lo que no fuese bolígrafos, incluyendo los relojes. Algunos alumnos portaban los nuevos smartwatches y los usaban para almacenar imágenes de libros y otro tipo de anotaciones.

Mordí la tapadera de mi bolígrafo de la suerte —el que siempre empleaba en los exámenes, desde que había empezado la universidad— y unas hojas en blanco cayeron frente a mis ojos.

Comenzaban los decimosextos Juegos del Hambre.

S

—¡Catherine! ¡Catherine, Caaat! —Escuché la voz aguda de Alexia tras mi espalda—. Acabo de finalizar la primera ronda de la mañana, y creo que ha ido mejor de lo esperado. ¿Qué tal los tuyos? Vas a la residencia, ¿no? Oh, tenemos tanto de lo que hablar.

Su descarga de felicidad calmó por completo mis preocupaciones. Respondí con palabras similares a las suyas. Las dos pruebas de esa mañana —pese a todo lo ocurrido— marcharon como yo esperaba. Restaban otras tres asignaturas más en los próximos cuatro días.

Alexia enganchó su brazo al mío y me arrastró con zancadas amplias al interior del dormitorio. Procuré que la comida que llevaba en la bolsa no se precipitara al suelo durante el camino. Había decidido comer de una manera más saludable, aunque mis opciones quedaban limitadas pues detestaba la mayoría de la fruta y de la

verdura. Pero si el bebé precisaba de nutrientes que esos alimentos proporcionaban, haría todo lo que estuviera en mis manos para ofrecérselos.

—Me muero de hambre, ¿qué llevas ahí? —preguntó mi amiga.

Alexia cerró con semejante portazo que el ruido retumbó en el pasillo, alertando al resto de los estudiantes. Se deshizo de su mochila, la cual lanzó sobre su cama, y me quitó la bolsa para apoyarla sobre el escritorio y examinarla. Yo me limité a alzar las cejas. Este comportamiento no era típico de ella. Si bien era cierto que ella gozaba de una personalidad extrovertida y bromista — incluso en situaciones inoportunas— esto no era normal.

¿Qué diantres le ocurría?

—Parece que sí es cierto lo de tus exámenes —comenté.

—Los malditos exámenes no tienen nada que ver con esto, cielo.

Extrajo el merendero de ensalada de pasta y puso cara de repugnancia, como si hubiera visto una araña. La distanció con las manos y me miró de reojo. Definitivamente, algo estaba ocurriendo y Alexia se preparaba de manera dramática para confesármelo.

—Sé que hemos estado distanciadas estos días —comenzó a decir—, tú has estado desaparecida por los asuntos del bebé y de Dimitri, los exámenes también nos han influenciado... Hay tantas cosas que contarte, pero no sé por dónde empezar.

—¿Qué te parece si me pongo al día mientras como? —sugerí.

Tomé asiento en la silla de escritorio e imité la postura típica de los indios de películas, cruzando las piernas y acomodando mi jersey de tirantes. Destapé el merendero tras palparlo por fuera para comprobar que la comida, al menos la pasta, continuaba caliente y pinché varios trozos de ensalada para llevármelos a la boca.

—Estoy saliendo con alguien.

Tragué la comida sin terminar de masticarla y clavé la vista en su rostro.

¿Había dicho lo que creía haber escuchado? Aclaré mi garganta y tomé un rápido sorbo de agua para que la comida se deslizara con más facilidad. No sabía qué decir. No era la primera vez que Alexia empezaba una relación —de hecho, había perdido la cuenta del número de parejas que no me había presentado porque no le duraban más de unas semanas—, sin embargo, me sentí un poquito ofendida por descubrirlo tan tarde. Generalmente, yo acudía a ella tan pronto como tenía una noticia jugosa, de esas que nos mantenían despiertas hasta las tres de la mañana y que causaban que ignorásemos las clases que nos aguardaban al amanecer.

Comprendí que era inmaduro sentirme molesta, por lo que adopté una expresión amigable para demostrarle que me alegraba por ella.

—Eso ha sido inesperado —admití—, pero es una buena noticia. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—¡Sorpresa! Quiero que lo conozcas. —Se tumbó en la cama y movió las piernas hasta el agotamiento, demostrándome lo inquieta que había estado por confesármelo—. La semana que viene, en el restaurante italiano que visitamos la última vez, donde nos atendió ese camarero tan guapo. Yo me encargo de traerlo. Tú solo debes mover el trasero hasta la mesa y ser tan puntual como de costumbre.

—La semana que viene nos dan las vacaciones —afirmé.

—Así es. ¿Qué mejor manera de celebrar nuestra merecida libertad que presentándote a mi chico?

—Yo... Me temo que no va a ser posible.

Mi amiga tomó asiento en la cama y enderezó su columna como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Pinché uno de los muchos

lacitos de pasta que había esparcidos por el merendero y lo trasladé a mi boca con exagerada lentitud. Si mi memoria no me fallaba, Dimitri se pondría en contacto conmigo tan pronto como quedase libre de exámenes, para presentarme a su madre. Le di mi palabra, y no solo porque sintiera pena por la enfermedad que padecía esa mujer. Se trataba de la abuela de mi pequeño o pequeña. Ambas estábamos en nuestro derecho de darnos una oportunidad para conocernos.

Le expliqué a Alexia la situación, evadiendo en todo momento entrar en contacto visual. La alegría con la que ella había entrado al dormitorio se desvaneció conforme yo balbuceaba, y acabé por ubicar el tenedor de plástico de manera perpendicular sobre el merendero, para que no se cayera sobre la pasta.

Había perdido mi apetito.

—Tampoco es seguro que me vaya tan pronto —proseguí al cabo de unos segundos—. Primero necesito el consentimiento de mis padres. Aunque haya quebrantado una de sus normas más importantes, continúo siendo menor de edad y dependo de su permiso para abandonar Manhattan. Dimitri también pospondrá sus tareas de la industria, así que debo esperar a su confirmación para...

—No te imaginaba como una de «esas chicas» —me interrumpió con una pizca de mordacidad.

—¿Qué chicas?

—De las que se olvidan de sus amistades para atender los deseos de sus parejas.

—Alexia, creo que te equivocas.

—¿De verdad lo hago? Desde que Ivanov y tú acordasteis mantener esa... extraña amistad que ninguno de los dos sabe cómo manejar. —Hizo una pausa—. Y no me rebatas en esto, es evidente

que os resulta complicado estar en una habitación juntos, sin pensar en actos que sobrepasen ese término. Desde que tomaste esa decisión apenas hemos hablado. Aunque compartamos este dormitorio, y a veces nos reunamos en la cafetería para comer o cenar, estás... ausente, perdida —manifestó antes de ponerse en pie—. Este es el único favor que te he pedido. Solo quiero presentarte a un chico que es especial para mí, y al que conozco desde hace bastante tiempo.

—Y te he dicho que estaría encantada de hacerlo, de no ser por mi promesa.

Yo también me levanté. Me sentía incómoda en esa silla, mientras Alexia me fulminaba con la vista.

—No pienses que me importas menos, solo porque he pasado más tiempo con Dimitri que contigo. No puedo cambiar el hecho de que estoy embarazada y de que él sea el padre. Necesitamos conocernos, acostumbrarnos el uno al otro, por el bien de este bebé —expliqué, aunque comprendí que no serviría de nada. La expresión de Alexia continuaba igual de molesta y decepcionada—. Por favor, no armes un berrinche por esto. Disponemos de un extenso verano por delante para reunirnos de nuevo. El restaurante no cerrará y, en el caso de que lo haga por vacaciones, buscaremos otro que sea parecido.

—Esa no es la cuestión —replicó.

—Entonces, ¿qué he hecho o dicho para que...?

—Olvídalo.

Puso rumbo hacia el mismo escritorio en el que yo había colocado mi comida, y alargó una mano para alcanzar las llaves de su coche, las cuales se situaban a unos centímetros de mí.

—Este comportamiento no es propio de ti —susurré.

—Tú tampoco actúas con mucha normalidad.

—¿Qué otra cosa quieres que diga? Me parece absurdo que estemos discutiendo sobre este asunto.

—Así que, para ti, es absurdo que me enfade porque mi mejor amiga se niega a sacar una simple hora de su tiempo para dedicármela. Porque eso es lo único que he pedido: algo de tiempo en el que estar... juntas, en el que compartir mis cosas contigo. —Apretó las llaves entre sus dedos—. Dejé a medias todo lo que estaba haciendo cuando me llamaste, porque estabas preocupada por lo sucedido en la despedida de soltero. Trabajo más horas en la tienda de mis padres por si acaso precisas de dinero que Dimitri se niega a ofrecerte; aunque, si tenemos en cuenta de quién es hijo, dudo que no te ayude. En sí, he hecho muchas cosas por ti pero, desde que estás con él, es como si yo no existiera.

—Estás exagerando demasiado —me defendí. No obstante, no pude hacer nada para disipar el nudo que tenía en la garganta—. Ya te he dado las explicaciones que consideraba necesarias. Bajo mi punto de vista, no he hecho nada que pudiera ofenderte —proseguí y me adelanté a sus intenciones de abandonar el dormitorio.

Lo único que circulaba por mis pensamientos en esos instantes era evadir una discusión mayor. Alexia estaba determinada a conseguirla, lo apreciaba en sus ojos, en la rabia que había en ellos. Después de los sucesos del día anterior, no quería tomar el riesgo de enzarzarme en una pelea que no terminaría bien para ninguna de las dos.

Introduje mi comida en el interior de la bolsa de plástico y la cargué en mi antebrazo para tener las manos libres. Era la primera vez en meses —o en un año— que discutíamos así, por algo tan insignificante. Al igual que el resto de las amistades de este mundo,

teníamos nuestras diferencias de opiniones y alguna que otra riña. Lo consideraba normal, algo corriente entre dos personas que son amigas desde hace bastante tiempo. Pero ¿esas acusaciones? ¿Esa manera de incitarme para que discutiera con ella sobre algo que carecía de importancia? Tomé los libros que necesitaría para los próximos exámenes y los introduje en mi bolso de cuero, que pendía del perchero, al lado de mi cama.

Pasaría el resto de los días en casa de mis padres. Hasta que el ambiente se tranquilizase y pudiéramos hablar como dos personas comunes, me quedaría en mi antiguo dormitorio. Me acerqué a la puerta y cerní los dedos sobre el pomo, girándolo con lentitud. Supe que, si decía lo que tenía en mente, Alexia se enfadaría más o se preocuparía. De cualquier forma, necesitaba soltarlo antes de marcharme.

—Respecto a lo que has comentado, sobre que estoy perdida y que paso poco tiempo en la residencia, no lo hago por placer o porque quiera evitarte. —Abrí la puerta—. Ayer estuve en el hospital. Y Dimitri me aconsejó que pasara la noche con él, para mantenerme vigilada. Si tú también estuvieras por aquí, cosa que tampoco haces, lo hubieras descubierto con anterioridad —sentencié.

Me apresuré a cerrar la puerta y a recorrer los concurridos pasillos, en donde multitud de estudiantes entraban a sus dormitorios o bien los abandonaban para ir a las salas de estudio. Bajé las escaleras de dos en dos y atravesé los senderos de piedra que conducían hacia la parada de taxis.

No me apetecía regresar de inmediato a casa. Mamá se percataría de mi mal humor y me avasallaría a preguntas que no querría responder, principalmente porque ella desconocía mi visita al

hospital y gran parte de los actos que realizaba diariamente. Hurgué en mi bolso hasta encontrar mi teléfono y revisé mis contactos con el ceño fruncido, deteniéndome en dos nombres.

Asumí que Dimitri estaría ocupado en su trabajo, aunque no supiera en cuál de los dos. El horario de los profesores se encontraba colgado en la página web de la universidad, pero aún no había tenido la oportunidad de consultarlo. Le descarté con auténtica lástima. Me habría venido bien una buena dosis de sus ironías; estaba segura de que conseguiría despejar mi mente por unas horas. El segundo nombre pertenecía a Nathaniel. Mi dedo se desplazó sobre su contacto con lentitud y, tras unos minutos en los que medité —en vano— sobre qué estaría haciendo, me decanté por llamarlo.

Supuse que estaría disponible. Como casi siempre.

S

El helado de chocolate con nueces estaba delicioso, aunque tenía que darle varios mordiscos seguidos para que las gotitas no manchasen mis dedos. Después de haber pasado por mi casa — para dejar mis pertenencias— y de comer un poco más de la ensalada de pasta, me había reunido con él en Central Park. En un principio, rechacé su invitación de comprarme un helado en uno de los puestos más caros de la zona. Sin embargo, y ante sus constantes insistencias, accedí a uno menos costoso y nos adentramos por los senderos de un parque que se mostraba tranquilo. Paseamos en silencio, hasta que Nathaniel se percató de mi humor tan decaído y me animó para que le contara lo que me había sucedido.

No pude resistirme.

—Un momento, un momento —me pidió tan pronto como terminé de explicarle el problema—. ¿Ella no te acompañó al hospital? Cuando me fui de la residencia di por hecho que Alexia te llevaría. Y, ¿qué te dijeron los médicos? Me dejaste preocupado, no te llamé porque desconocía si te habías llevado el teléfono contigo. Además, esta mañana tenías los primeros exámenes y no quería importunarte.

—Aprecio tu preocupación —dije con honestidad. De hecho, fue lo único sincero que pude pronunciar, puesto que me negaba a desvelar la identidad de mi acompañante o los orígenes de la discusión—. Mi hermano, Patrick, tuvo la amabilidad de recogerme en la residencia para trasladarme al hospital. Alexia tenía el móvil inactivo porque se encontraba estudiando —hice una pausa—. El doctor que me atendió puso en el informe que mis síntomas se debían a la ausencia de alimentos y la falta de descanso. No había comido en todo el día y el... —me mordí el labio inferior. Había estado a punto de pronunciar la palabra «embarazo»—. Y el pensamiento sobre el examen derivó en un ataque de ansiedad. Pero estoy bien.

—Solo a ti se te ocurre encerrarte en una habitación sin comida ni agua.

—Tenía agua —repliqué, mirándolo de reojo—. Pero tienes razón. Actué mal.

—Y, ¿Alexia no te ha comentado nada después de confesarte su secreto? —se interesó.

—No lo sé, porque me he ido en cuanto se lo he dicho.

Terminé de comerme el helado y tiré el palo de madera en la papelera más próxima.

—He hecho mal en seguir ese impulso, ¿cierto? —musité, pero no le di tiempo a responder—. Ugh. Te prometo que lo último que esperaba tras finalizar el examen era discutir con ella. Ha sido tan... espontáneo. Después de su propuesta y de desvelarle que ya tenía un compromiso con otra persona, Alexia se ha transformado en alguien que daba miedo. Nunca había actuado así, al menos, no conmigo.

—¿Puedo saber qué tipo de compromiso es, para que no pueda cancelarse?

—Un viaje. Con mi hermano —dije lo primero que me vino a la cabeza—. Él vive en California y es muy posible que, una vez que regrese, no vuelva a Manhattan hasta pasado un año. Está buscando un nuevo trabajo y sé que, en cuanto lo encuentre, dispondrá de menos tiempo para su familia. Le prometí que nos iríamos en cuanto acabara los exámenes. ¡Pero a Alexia le ha dado igual! Incluso si le he propuesto reemplazar esa cita a otra semana, cuando regrese. —Me crucé de brazos, indignada.

Nathaniel asintió y se dio unos minutos para asimilar lo que le había contado.

—¿Qué harás ahora? —inquirió.

—¿Qué me aconsejas?

—Estáis en plena semana de exámenes, ¿cierto? Bien, yo me mantendría distanciado de Alexia hasta que ambas no tengáis más obligaciones. Es muy común que una persona se agobie y se enfade con el mundo en esta época, puesto que estáis sometidas a la presión de aprobar y de sacar buenas notas. Daros una semana de separación y verás cómo todo regresa a la normalidad la próxima vez que habléis.

—Ojalá fuese tan fácil —me lamenté.

—Aunque me has contado muy poco de ella, es evidente que tenéis una bonita amistad. —Se encogió de hombros, y aprecié que se acercaba más a mí—. Una discusión la tiene cualquiera. Lo solucionaréis antes de que te des cuenta —prometió mientras me tomaba de la mano con timidez.

En un principio, sentí la necesidad de sacudírmela de encima, con el temor de que entendiera el gesto como algo que no era. Pero Nathaniel no la sostenía con firmeza, ni entrelazaba nuestros dedos como hacían las parejas. Fue, más bien, un apretón cordial y amistoso para brindarme ánimos. Transcurrieron los siguientes minutos en silencio, hasta que optamos por tomar asiento en uno de los bancos situados delante de un estanque. Empezaba a sentir un ligero malestar en las piernas, producto de la extensa caminata.

No solo había tenido que recorrer medio Central Park para encontrarme con él, sino que también había andado otro buen tramo desde mi casa hasta ese punto sin utilizar un taxi. No deseaba llegar tarde.

—Me siento como una anciana —me quejé, al mismo tiempo en el que apoyaba las manos sobre mis muslos—. Me duele todo el cuerpo y estoy cansada. He tenido que levantarme a las seis de la mañana y hacer dos exámenes seguidos. ¿A quién diantres se le ocurrió la idea de poner las pruebas juntas?

—¿De qué es el examen de mañana?

—De pasado mañana —rectifiqué—. Se trata de uno de los tiempos geológicos de la Prehistoria. Creo que es el Cuaternario. A estas alturas no me acuerdo ni de mi nombre —bromeé.

—Se te nota más cansada, sí. —Él tomó la libertad para retirarme un mechón de pelo que me cubría parte de la mejilla; lo dirigió hacia mi oreja izquierda. Mantuvo la mano suavemente apoyada en esa

zona, contemplándome con sus bonitos ojos esmeralda que parecían atravesarme el alma.

Si no fuera porque yo era una desconfiada de la vida, y porque estábamos en un lugar público, me habría gustado confesarle el secreto del embarazo. Podría sonar como una locura, teniendo en cuenta todos los esfuerzos que Dimitri realizaba para mantenerlo oculto. No obstante, Nate se había ganado mi confianza de un modo que no consideraba posible. Tomé una bocanada de aire, consciente de que mis pensamientos no eran los correctos. Sería demasiado arriesgado —tanto para mí, como para él y para Dimitri— admitir que estoy esperando un bebé de un hombre comprometido y bien conocido a nivel nacional. Además, ¿quién me aseguraba que él no echaría a correr al descubrir la noticia?

Fruncí el ceño cuando Nate se aproximó más a mí. Percibí la calidez de su aliento cerca de mis labios y su respiración me privó de la mía. Un leve empujón por mi espalda y uniríamos nuestras bocas. Confusa por ese repentino gesto, me apresuré a descansar las manos a la altura de su pecho para apartarlo. Y, con el objetivo de no encontrarme con su mirada (o me moriría de vergüenza), intenté ladear el rostro hacia el sendero de piedra. Para bien o para mal, Nate descansó parte de la frente sobre la mía.

Dios mío. ¿De veras acababa de intentar besarme?

—Lo siento —susurré, sin moverme.

—No tienes por qué disculparte. He sido yo quien se ha lanzado de improviso.

—Pensaba que no... Bueno, que nosotros...

—Catherine, está bien. —Se separó con un ágil movimiento y recuperó la cordial sonrisa—. ¿Te gustaría volver a casa? Apuesto a que echarás en falta unas buenas horas de sueño.

Asentí al considerarme incapaz de articular una palabra sin balbucear.

Nate me tendió una mano y, tras aceptarla con mucha timidez, retomamos el camino de regreso. Mis pasos eran más lentos y pequeños que los suyos, lo cual me brindó la oportunidad de quedarme regazada. Mi corazón aún latía con brío, como si quisiera abrirse paso al exterior y buscar un refugio mejor. No daba crédito a lo que había sucedido. Peor aún: no me creía que yo lo hubiera rechazado. Nathaniel era un chico atractivo, y no solo en su aspecto físico. Derrochaba amabilidad y simpatía allí donde iba, y siempre lograba sacarme alguna que otra sonrisa. Entonces, ¿por qué lo había hecho?

La explicación llegó a mis pensamientos instantes posteriores a formular la pregunta: Dimitri.

En cuantos sus labios se habían aproximado a los míos, su rostro se había visto sustituido por las facciones varoniles del profesor Ivanov. Recordé la primera vez que nos besamos, la calidez que su boca transmitía cuando se posaba sobre la mía y la ternura que albergaban sus caricias cuando me sostuvo por el costado o por las caderas. No importaba que me repitiera que nosotros éramos amigos, que nunca sobrepasaríamos la barrera de la amistad. Dimitri continuaba firmemente asentado en mis pensamientos, se negaba a partir. Maldije mi mala suerte y deseé teletransportarme a mi habitación para no tener que despedirme de Nathaniel con esa vergüenza.

El embarazo acababa de comenzar, y yo ya estaba envuelta en todo tipo de líos.

«Maldito seas, profesor Ivanov. Sin ti, mi cabeza no se habría convertido en una jaula de grillos».

SEMANA 12



Catherine

El sudor resbalaba por mi nuca mientras escrutaba el sobre que yacía entre mis temblorosas manos. Tan solo diez minutos atrás estaba pensando en qué prendas me llevaría a casa primero y cuáles dejaría en la residencia hasta que regresara. No obstante, unos nudillos aporrearon la puerta del dormitorio e hicieron que tanto Alexia como yo abandonásemos nuestros quehaceres para atender la llamada. La señora Linda traía consigo los sobres de nuestras respectivas notas, y nos los entregó tras firmar en un listado para indicar que habíamos recibido los papeles. Aunque mi amiga y yo no nos dirigiésemos la palabra, olvidamos nuestras diferencias para centrarnos en eso.

Recordaba con claridad el día en el que esperábamos la carta de la universidad a la que deseábamos asistir. Puesto que me habían adelantado un curso, no tuvimos problema para solicitar plaza en la misma institución. Esta situación era más o menos parecida ya que, dependiendo de nuestra puntuación, pasaríamos de curso con asignaturas pendientes o preparadas para afrontar un nuevo año universitario. Alexia, al igual que yo, permanecía en silencio con el sobre de notas en su mano derecha. Ambas nos habíamos

esforzado muchísimo en estudiar y en presentar las prácticas en el periodo que exigían los profesores, por lo que esperábamos una buena calificación.

—¿Lista? —Alexia rascó el pegamento—. Tres, dos, uno...

A mí me costó un poquito más que a ella rasgar el sobre sin romper el papel que llevaba en su interior. Fui con más calma, consciente de que me entristecería mucho en el caso de obtener resultados que difirieran con mis pensamientos. Era un asco que nuestros cuerpos padecieran de esos bajones emocionales que nos obligaban a escondernos en el dormitorio, bajo varias capas de manta y con música triste que empeora el estado. Y por si eso no fuera suficiente, luego estaba la familia que intentaba animarte mediante palabras que, en realidad, no sentían por completo.

Me desembaracé de mis suposiciones, ubiqué el sobre encima del escritorio y extendí el folio delante de mis ojos:

Nombre: Miller, Catherine Marie.

Calificación total: A

Modo: Apta.

Solté un alarido al mismo tiempo que Alexia. Intercambiamos las cartas para descubrir nuestras respectivas notas y la abracé mientras reía. La A indicaba que mi media de asignaturas era excelente. Alexia también me devolvió el apretón con brío, aunque no con la misma intensidad de siempre. Descansé las manos en sus hombros y clavé mi mirada en la suya.

—Hemos aprobado, Alexia. ¡Primer año de universidad superado!

—Todavía no lo creo. Nos espera un verano alucinante —comentó—. Aunque pasemos la mayoría del tiempo separadas, prométeme que no te olvidarás de mí.

Puse los ojos en blanco.

—No lo haré, tonta. —Le di un jugueteón puñetazo en el antebrazo—. Piensa que todavía tenemos pendiente la comida en el restaurante italiano para conocer a tu misteriosa pareja. —Mis palabras aliviaron la preocupación de su rostro—. Tendría que llamar a Dimitri y también a Nathaniel, para comentarles esta noticia y...

—¿Qué ocurre?

—No sé si lo recuerdas, pero Dimitri me pidió que conociera a su madre. Le dije que sí, es evidente que no puedo negarme, pero desconozco si estoy preparada para hacerlo. Ni siquiera sé cómo se llama. Además, ¿qué imagen tendrá de mí cuando descubra mi edad y mi reciente embarazo? No quiero que piense que soy como esas chicas que tienen relaciones con el primer hombre que conocen —parloteé, ansiosa por comentarlo.

—Seguro que le caerás bien. ¡Darás a luz a su primer y único nieto! Dejé la carta doblada junto al sobre y saqué la maleta del armario. Era hora de evacuar la residencia hasta el próximo año. Aunque, pensándolo detenidamente, el año siguiente no estaría allí. Tampoco sabía con certeza si continuaría con los estudios a pesar de mis buenas notas. Como mamá me recordó esa misma tarde en el coche, los bebés recién nacidos requieren de muchísimas horas de atención. Mis amigos avanzarían mientras yo permanecería en casa cuidando de un niño.

Suspiré. Eché la ropa bien doblada en el interior de la maleta mientras notaba la mirada de Alexia clavándose en mi espalda como puñales.

Daba escalofríos.

—¿Qué? —pregunté con cansancio.

—No quiero iniciar las vacaciones sabiendo que estamos así. —Se encogió de hombros y se acercó a mí—. Quiero disculparme por mi estúpido comportamiento. Sé que las cosas no han sido sencillas últimamente y lo único que hago es reprochar atención.

—Lo haces con razón. —Devolví el gesto—. He descuidado nuestra amistad: entre los problemas que tiene Dimitri, las revisiones del bebé y las semanas que he estado estudiando con Nathaniel, no he podido contarte todo lo que me gustaría.

—Entonces, ¿a qué esperas? —Apartó las maletas para sentarse sobre la cama con las piernas cruzadas—. Todavía disponemos de tiempo para irnos. Nos han dado unas semanas de plazo, así que no tenemos prisa. Puedes hablar cuanto quieras —ofreció.

Arrastré la silla de escritorio hasta quedar frente a ella. Jugué con el dobladillo de la camiseta de tirantes y alterné la mirada entre ella y la montaña de camisetas que descansaba sobre mi cama, buscando una manera para hacer tiempo y comenzar con las explicaciones de la mejor forma posible.

—Dimitri tiene intenciones de proseguir con el compromiso, y en parte es mi culpa puesto que yo le he impedido que hable con Svetlana sobre el embarazo. Si te soy sincera, me arrepiento, porque me molesta que pase tiempo con ella sabiendo que va a ser padre. No quiero convertirme en la típica madre soltera que contempla cómo el chico que le gusta es feliz con otra —articulé de forma atropellada, ruborizándome.

—Al fin admites que te gusta. —Pareció aliviada.

—¿A quién no? —Me apresuré a corregir mis propias palabras.

Demasiado tarde. Alexia no iba a olvidarlo.

—Déjame explicártelo —aclaré mi garganta—. Ambas sabemos que se convirtió en mi amor de verano durante el campamento, y te

juro que creí que jamás lo volvería a ver. ¿Cómo mantener el contacto con un hombre como él si por ese entonces yo apenas tenía quince años? En la actualidad todo es diferente, ¿entiendes? Continúa siendo el mismo tío egocéntrico, aunque conmigo se comporta como un romántico empedernido; parece preocuparse realmente por mí y... me confunde demasiado.

—Vaya, estás realmente pillada por él. Me temo que eso no es lo único.

—Nate es un chico excelente. Sé que también es mayor que yo y no entiendo qué he hecho para estar atrapada entre dos hombres como ellos. No insinúo que esté colada por él. —Alcé las manos—. Me gustaría conocerlo más sin que esto lo haga correr despavorido en la dirección opuesta —termine y apoyé las manos sobre el vientre.

—No lo hará si se lo explicas. Yo no lo hice. Y, misteriosamente, Dimitri tampoco, lo cual me parece más extraño. Fue como si se alegrase del embarazo. —Frunció el ceño.

Pasé las manos por mi cabello, echándolo hacia atrás mientras bufaba.

—Necesito ordenar mi vida, pero también mis sentimientos. No voy a enamorarme de Dimitri, pero tampoco debo poner la distancia que necesitamos pues regresaríamos al punto de partida y... no, por favor. Él sigue siendo el padre del bebé.

Alexia me acunó en sus brazos y apoyé mi barbilla en su hombro.

—Todo se solucionará con el tiempo, Cathy.

Terminamos de recoger la habitación y arrastramos las maletas escaleras abajo. Mis padres nos esperaban en la puerta de la residencia, junto al vehículo estacionado en un lugar no permitido. Primero dejaríamos a Alexia en su casa para, posteriormente,

dirigirnos a la mía. Me resultaba extraño regresar a mi hogar después de que mis padres descubrieran el secreto, pues eso les daba a entender que había mantenido relaciones con un hombre. No sé, para mí era muy incómodo. Instintivamente presioné una mano en mi barriga, oculta bajo la camisa de tirantes. La curva era más pronunciada; de hecho, los pantalones que usaba el verano anterior ya no me servían. Si no fuera por las compras que había hecho con Alexia unas semanas atrás, no tendría nada con lo que vestirme.

Y tan solo estaba de doce semanas, es decir, de dos meses y medio.

Aguanté la respiración cuando lo vi: Patrick estaba de espaldas al coche, con el teléfono pegado al oído. Su rostro se iluminó cuando me vio aparecer y, antes de pronunciar algo, guardó el teléfono y me abrazó con fuerza; con ese típico abrazo que te dejaba sin aliento. Apoyé mis manos en su espalda y lo aparté, buscando su mirada.

—¿Ya no estás enfadado conmigo? —murmuré.

—Nunca lo he estado. —Removió mi pelo—. Solo era algo de decepción.

—¡Catherine! —Mi padre interrumpió lo que iba a pronunciar, abrazándome en cuanto tuvo la oportunidad. Le devolví el gesto torpemente y me distancié—. ¿Qué calificaciones has obtenido? Nos tienes intrigados. Vamos, sorpréndenos.

Sacudí la cabeza y saqué la carta del bolso.

Mis padres me felicitaron por el esfuerzo que, pese a todos los obstáculos, había tenido sus frutos.

Cuando nos subimos al coche, Alexia tomó asiento entre mi hermano y yo; aprovechando la cercanía para ojear la pantalla del móvil de él. Le propiné un codazo para que me mantuviera

informada pues, por lo general, Patrick no era partidario de los «aparatos electrónicos engañosos», como él los llamaba. Me sorprendía verlo tan apegado a él.

Descansé el brazo en el cristal del coche y me limité a contemplar el camino que tan bien conocía hasta el edificio de Alexia, situado a dos manzanas de mi casa.

—En cuanto sepas dónde pasarás las vacaciones, prométeme que me llamarás —pedí. Ella se iba todos los veranos con su familia a América del Sur.

—Lo haré. No dudes en mantenerme informada con las novedades.

—No te preocupes. No se te escapará ningún detalle. —Le guiñé un ojo.

Veinte minutos más tarde, me paseaba por mi antiguo dormitorio.

Mis padres me dejaron espacio para hacer de esa estancia una habitación, pues básicamente había cuatro muebles: la cama, el armario y el escritorio, acompañado de algunos estantes. Agradecí interiormente esos minutos de paz y tranquilidad. Lo último que necesitaba era unos padres atosigándome sobre mi seguridad y la del bebé. Quería recolectar mis ahorros para comprobar si podía alquilar algún piso tras cumplir los dieciocho años, lo cual sería más rápido de lo supuesto. Trasladé la ropa desde la maleta hasta el armario e hice la cama. También dejé los libros en los estantes e instalé el ordenador en la mesa de escritorio con todo el cableado.

Entonces procedí a romper mi hucha con forma de cerdo. Las monedas y billetes se esparcieron sobre la alfombra y me arrodillé para recogerlas y contarlas. Aquí no había más de cien dólares, lo cual no me ayudaba en nada. De repente, tuve una idea, por lo que no dudé en tomar mi móvil y marcar el número de Dimitri.

—Buenos días, Cathy. Justo pensaba en llamarte —dijo al descolgar.

—¿Y eso? —pregunté, su voz aceleró mis pulsaciones—. ¿Pasa algo?

—Bueno, en mi situación sí ocurre algo, pero en la tuya no es nada. ¿Te acuerdas del viaje? Bien, debemos posponerlo una semana más. Ha surgido un imprevisto y tengo que ocuparme de dicho problema antes de partir. —Sonaba extrañamente airado.

—¿De qué se trata?

—Nada que te incumba. ¿Podríamos vernos mañana?

Me molestó su tono autoritario. Yo no era un perro, simplemente no podía ordenarme qué hacer y cuándo cumplirlo. Dimitri estaba mal acostumbrado a que todo terminase tal y como él deseara, a que las personas se movieran en torno a sus planes; por fortuna, no tenía pensamientos de que me incluyera entre sus objetivos.

—¿Para qué? —contesté.

—¿Acaso necesito una excusa para poder quedar contigo?

—No. Por supuesto que no. Pero tengo que ocuparme de varios asuntos también.

No supe por qué respondí eso. Además de ser mentira, seguramente habrá sonado como una adolescente recelosa y molesta.

—Lo que quieras entonces.

Y colgó.

—«Lo que quieras, entonces» —imité su tono de voz de manera infantil.

Dejé caer el móvil sobre la cama y me crucé de brazos, enfurruñada.

El motivo por el que me había apresurado a telefonarle era para preguntarle si conocía algún puesto de trabajo que una embarazada pudiera desempeñar. Necesitaba el dinero más que nunca y, ya que mi vientre todavía no se había curvado como haría en unas semanas o meses, quería aprovecharlo. Miré de reojo al espejo. Vi mi ceño fruncido y los labios apretados, lo que derivó en la siguiente reflexión: él me acababa de confesar que tenía intenciones de posponer el viaje por un imprevisto que no había querido desvelarme.

Dimitri ocultaba algo —no estaba obligado a contármelo todo, claro—. Y yo estaba empeñada en averiguar qué. ¿El motivo? Una parte de mí no confiaba en que fuese un problema sencillo de resolver. Dimitri era un hombre de negocios. Tenía la cabeza bien amueblada, aunque muchos dirían lo contrario. No era tan ingenuo como pretendía mostrar al resto.

Tomé las llaves del salón y me apresuré a irme cuando Patrick apareció de la nada y me aferró del brazo.

—¿Adónde te marchas? Quería hablar contigo y discutir algunos puntos.

—Patrick, te dejaré algo en claro porque no estoy de humor para soportar tus berrinches. Este bebé es mi decisión. Estamos hablando de mi vida, y haré lo que crea conveniente con ella. Si deseas colaborar, eres más que bienvenido. Ten en cuenta que nunca me he involucrado en tus relaciones, por lo que te pido que hagas lo mismo conmigo.

—No me has dejado hablar. —Me liberó al instante—. Quería disculparme, admito que me comporté como un capullo. No me acostumbro a la idea de que me convertiré en tío siendo tú tan joven. Todavía tienes un increíble futuro por delante y ese bebé te

quitará todo por lo que has luchado hasta el presente. No continuarás con los estudios y, lo que es más importante: perderás tu juventud, la cual solo se tiene una vez.

—No tiene por qué ser así. Dimitri me está ayudando, así que no tienes de qué preocuparte. Como he dicho, lo tengo bajo control. — Intenté convencerlo de ello.

Patrick apretó la mandíbula en cuanto ese nombre salió por mi boca.

Al encontrarnos en mitad del pasillo, frente a la entrada, la conversación quedaba expuesta a los atentos oídos de nuestros padres. Aunque si estaban escuchando, ninguno quiso intervenir.

Patrick me miró con el mismo reproche que el mío. Si eso fuese una competición de miradas, habríamos quedado igualados. Cuando al fin él decidió romper el silencio, lo hizo con ese tono hosco que tanto me molestaba.

—De acuerdo. Si tanto te gusta, vete con él ahora mismo.

—Punto número uno: no me gusta Ivanov de esa forma. —Primera mentira expulsada—. Punto número dos: no es de tu incumbencia lo que haga con él. Y, punto número tres: es lo que estaba a punto de hacer hasta que has aparecido y me has interrumpido. —En eso, hice una pausa y fruncí el ceño—. Un momento, ¿para qué diantres quieres que vaya a visitarlo?

—Para que sigas convirtiéndote en su perro faldero.

Me dedicó una de sus sonrisas disgustadas, con solo un lado de las comisuras curvado. No pude elaborar una contestación, pues mi hermano desapareció al final del pasillo y cerró la puerta de su dormitorio —que estaba frente al mío— de un portazo. Probablemente permanecería allí durante las próximas horas, al

menos, hasta que cayera en la cuenta de que él no tenía razón en esas tontas acusaciones.

Eché un vistazo a la cocina para asegurarme de que mis padres no tenían más impedimentos que añadir y, cuando lo consideré conveniente, me fui.

S

Me detuve frente a la entrada de la mansión y golpeé la puerta repetidas veces. La camisa de tirantes se adhería a mi espalda y vientre a causa del sudor, marcando incluso más la pequeña elevación de mi estómago. Los rayos de sol incidían en mi cuerpo, pues no había objeto que los detuviera. Me hacía feliz saber que, por el momento, todo estaba yendo bien. Las revisiones con la doctora Keller no mostraban cambios negativos y, de hecho, habíamos suprimido el tratamiento de las vitaminas porque no las necesitaba. Esperaba que continuase así durante los meses restantes.

—Seas quien seas, márchate. ¡He dicho que no deseaba visitas!

Identifiqué los alaridos procedentes del interior y, a continuación, pasos que se aproximaban a la entrada.

Tras abrir la puerta y estudiarme de arriba abajo, Dimitri resopló.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió al instante.

—¡Sorpresa! —grité irónicamente—. Ya que estabas muy ocupado para charlar por teléfono, he decidido presentarme aquí en carne y hueso. Total, solo llevamos unas semanas sin vernos, pero luego te quejas de que me olvidé de ti. ¿Qué hay de mí?

—Te he sugerido de vernos mañana y lo has rechazado. —Me recordó él, recostándose contra el marco de la puerta—. En este

momento estoy muy liado.

—Dimitri, no pienso irme.

Al ver que mi expresión no reflejaba diversión, no encontró más opción que abrir la puerta por completo y dejarme pasar. Su brazo estaba extendido y la palma de su mano quedaba apoyada en el marco de la puerta, por lo que tuve que agacharme para pasar por debajo, pues él se negaba a apartarlo. Tan pronto como estuve en el interior, la sensación de frescor me invadió gracias al aire acondicionado general que funcionaba en toda la casa. Sin embargo, ese placer desapareció al instante.

Dimitri me aprisionó contra la pared y ladeó el rostro.

—¿Qué...?

—¿Qué necesitas de mí que no sea mi cuerpo contra el tuyo, Cathy? —preguntó él.

—¿Estás borracho?

La pestilencia a alcohol llegó a mi rostro cuando susurró tan próximo a mis labios. Tomando ventaja de la cercanía, analicé sus ojos cansados y la barba sin afeitar, la cual poblaba parte de su cuello. Su boca, que siempre tentaba a ser besada, estaba humedecida por el alcohol, lo que me hizo contener el aliento y apartarme tanto como la pared me permitía. Era la primera vez que atisbaba esta faceta tan insólita de Dimitri.

—Puede que haya bebido un poquito más de la cuenta. —Puso los ojos en blanco y retiró las manos de la pared, apartándose también al percatarse de lo incómoda que estaba—. Es necesario no estar cuerdo para continuar con mis planes.

—¿Acaso quieres asesinar a alguien?

Se rio por lo bajo, pero yo no le encontré la gracia a mi suposición. Deslizó un brazo por mis hombros y, tras cerrar la puerta, me

condujo hacia el salón. La sensación que la casa me proporcionaba difería de la primera vez que la visité. En esos momentos me sentía cómoda, e incluso me atrevería a decir que estaba más a gusto que en la propia residencia.

Nos acomodamos en el sofá, yo en el lado de la izquierda —que quedaba más próximo a una chimenea apagada— y él a mi derecha. Dimitri suspiró antes de echarse a reír.

—Verás, tengo la mala costumbre de caer en pasatiempos extraños —aclaró su garganta, se desabrochó los primeros botones de la camisa y se recostó en el respaldo—. Hace unos años, cuando mis padres se divorciaron y ciertos acontecimientos siguieron a la separación, decidí cometer un acto del cual me lamentaré el resto de mi vida.

—Me estás asustando.

—Sufrí un pequeño trauma, lo que derivó en visitas a un psicólogo. Tenía que controlar mis ataques de ira, por lo que me aconsejaron que practicara boxeo. Eso fue a mis quince años. Posteriormente, desarrollé un gusto por ese deporte, así que me volví profesional a los diecisiete. —Hizo una pausa—. Mañana por la noche volveré a pelear después de diez años. Es a nivel regional, contra aficionados, nada que deba preocuparte.

Abrí la boca por el asombro.

Balbuocé algo que no tuvo sentido y apoyé las manos en mi regazo. Era consciente de los problemas que había afrontado en su juventud, sin embargo, nunca hubiera supuesto que asistió a una terapia recomendada por un psicólogo, puesto que significaba que su problema con el control era desmesurado. Quizás estaba bromeando y quería emborracharse porque le apetecía. Aunque, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos...

Eso no era típico de él.

—Dimitri...

—Catherine —respondió con una pícaro sonrisa.

—¿Por qué vuelves al combate? —Instintivamente extendí mis manos para aferrar las suyas e intenté encontrarme con su mirada —. He escuchado en las noticias, en más ocasiones de las que me gustaría admitir, los terribles accidentes y muertes que suceden en una pelea. ¿Es una manera de descargar la rabia que sientes hacia tus padres o...?

Volvió a negar y se aproximó más a mí, si cabía la posibilidad. Entrelazó nuestros dedos y los acarició con suavidad, entreteniéndose en el anillo de plata, justo como yo hacía cuando me sentía nerviosa. Me vi obligada a retroceder unos centímetros pues su aliento a vodka de caramelo me asfixiaba y generaba nuevas náuseas.

—Ya sabes que mi padre tuvo un hijo fuera del matrimonio —dijo con pesadez, como si repetir la historia fuese un trabajo exhaustivo —. Tan pronto como se enteró de la enfermedad de mi madre, la abandonó. Pidió el divorcio, argumentando que no estaba en su obligación cuidar de ella si ya tenía una nueva amante e hijo en camino. Mi madre se marchó, pensando en ella más que en mí o en... otra persona. Mi padre también me abandonó, en cierto sentido. Después de todo lo que había sacrificado por ellos, por la empresa, me lo pagaban de esa manera. Así que... al acabar la terapia, que llevé en secreto, caí en la cuenta de que el boxeo sucio arruinaría la imagen impecable que tanto le había costado construir durante años. Y lo hice.

—¡Tú estás loco! —bramé.

—Calla —chistó—. Las competiciones iniciales fueron las más complicadas. Pasé de tener un entrenador personal que me indicaba cómo golpear, a torneos clandestinos en donde encontrabas a cualquier tipo de hombre. En las primeras semanas, llegué a fracturarme la mandíbula y todos los dedos de la mano derecha, de ahí a que los cubriera con tatuajes. Cuando dejé aquello, traté de ocultar las cicatrices y olvidar los eventos.

Trasladó la yema de mis dedos hacia sus nudillos.

Jamás me había detenido a pensar en el motivo por el que había decidido tatuarse. Siempre he escuchado testimonios que defendían los tatuajes como modo de recordar a una persona o un acontecimiento que te ha marcado, pero nunca como método de olvido. Efectivamente, sentí las cicatrices cubiertas bajo una capa de tinta negra. Después, Dimitri llevó mi mano hasta su propia mandíbula y dejó que fuera yo quien delineara otra cicatriz que surcaba desde la parte trasera de la oreja hasta la barbilla.

Eso hizo que me asustara todavía más.

—No entiendo por qué regresas si tanto daño te ha hecho en el pasado. ¡No debes hacerme esto! —Lo golpeé en el pecho, aun sabiendo que me haría más daño yo—. ¿Qué se supone que haré en el hipotético pero probable caso de que te suceda algo? Podrías... podrías terminar la noche en el hospital, o peor aún: ¡en el cementerio! En unos meses vas a convertirte en padre, ¡así que no puedes dejarme ahora, imbécil!

Dimitri se relajó al instante, como si la borrachera nunca hubiera estado presente.

La sonrisa socarrona con la que me miraba hacía unos instantes se desvaneció y sus gestos, bruscos e inestables, se vieron reemplazados por una espalda erguida y mandíbula tensa. Incluso

la forma en la que me contemplaba pasó a ser más cálida. Asombrada, diría yo. No esperaba en lo más mínimo que me preocupara tanto por él.

—Sé lo que hago. Solo será esa noche y prometo que no volveré a pelear jamás.

—¿Contra quién? ¿Cómo sabes si se trata de un boxeador profesional o un aficionado? Has dicho que son competencias clandestinas, por lo que no hay forma de indagar contra quién pelearás. Y sigo sin comprender por qué diantres has decidido aceptarlo si no planeas dedicarte a ello —manifesté exactamente lo que pasaba por mi mente.

—Me han comunicado que mi oponente ni siquiera ha peleado antes. Es alguien que tiene una cuenta pendiente tanto conmigo como con mi familia. *Él o ella* desea saldarla. ¿Quién soy yo para detenerlo? Además, prefiero enfrentarme al desconocido o desconocida, en un *ring* antes de que decida agredir a mi familia directamente.

—¿Podría ser tu medio hermano?

Fue raro pronunciar aquellas palabras en voz alta.

—No será Jacob. —dijo.

Bien, ese era el nombre del otro Ivanov. Por algo se empezaba, nunca lo había oído.

—Descubriré la identidad mañana por la noche, y te lo repito: no te preocupes.

—Allí estaré entonces.

No supe cuál de todas las emociones predominó respecto al resto cuando estudié su expresión. Las carcajadas retumbaron en las estancias de la planta baja e incluso tuve que apartarlo de un leve empujón. Golpeó su rodilla mientras lo hacía. Incluso así, tenía los

impulsos de desabrochar los botones restantes de su camisa. Limpió las lágrimas de sus pómulos para calmar la risa. La mueca atrevida que me dedicó incrementó los deseos recién mencionados.

«Maldición, Catherine. Concéntrate», me dije.

—¡No es gracioso! —Me puse de pie.

—Es más que peligroso que una chica testaruda y embarazada esté en una sala repleta de jóvenes borrachos con unas hormonas muy revolucionadas. Ni hablar. No irás.

—Sé cuidarme yo sola.

—No, no y, por si no te ha quedado claro, no. —Se levantó conmigo y colocó por primera vez ambas manos sobre mi vientre. Ya lo había acariciado con anterioridad sobre la tela, pero nunca se había atrevido a deslizar las manos bajo mi camisa para entrar en contacto directo. La calidez de sus palmas se plasmó en mi tez, estremeciéndome por las caricias lentas y delicadas que realizaba, como si temiera hacerme daño.

Tuve que recordarme que seguía molesta con él.

—Por él o por ella, no entrarás en esa sala. No puedo estar pendiente del oponente y de ti al mismo tiempo. Catherine, entiéndelo —pidió.

—Pero yo...

—No hay nada más de lo que hablar.

Curvé mis labios en una mueca y asentí levemente. De acuerdo, no iba a negarlo. Él tenía razón. Sin embargo, no pude reprimir el sentimiento de preocupación hacia él; un temor que nacía en la boca de mi estómago y que me advertía que podría perderlo... y eso que ni siquiera era mío. Mantuvo la presión en mi estómago mientras intentaba conectar conmigo a través de la mirada, la cual yo había apartado sutilmente.

—Entonces, me marchó a casa. —dije al cabo de unos segundos —, te dejaré para que te prepares para el combate o para que te... emborraches, lo que mejor te convenga.

—Te llamaré tan pronto como pueda, señorita Miller.

Plasmó sus labios en mi frente, besándome con ternura. Poco a poco, se estaba convirtiendo en nuestra señal de despedida cuando estábamos a solas. Después, me sonrió y me liberó definitivamente. Recogí las pocas cosas que había traído conmigo y giré el pomo para salir, lista para pedir un taxi.

Me detuve cuando la voz de Dimitri sonó desde el salón.

—Lo decía en serio, Catherine. No aparezcas por allí.

—No lo haré.

Cerré la puerta tras de mí y apoyé la cabeza contra esta. Permanecí inmóvil durante varios segundos. Cada minuto que pasaba junto a él complicaba más la situación. ¿Una pelea? ¿Qué sería después? ¿Por qué no podíamos desvelar todo y dejar que las cosas transcurrieran en su curso natural? Estábamos forzando a quienes vivían a nuestro alrededor a seguir nuestras mentiras.

Me alejé de la casa cuando conseguí calmarme y tomé mi teléfono, que continuaba apretujado en el bolsillo de mi pantalón. Primero llamé al taxi y, mientras lo esperaba, marqué otro número.

—¿Ya me echas de menos? —Alexia dijo desde la otra línea.

—¿Qué te parece ver una competición de boxeo mañana por la noche?

—Cuenta conmigo.

SEMANA 13



Catherine

Jugueteé con el anillo de plata, incapaz de disminuir mis desbocadas pulsaciones.

En cuanto Alexia me viera con mis flamantes gafas de sol —uno de los muchos regalos de Dimitri— pensaría que se me había caído un tornillo. Me consolé al saber que él me reconocería tan pronto como entrara en el local. Ascendí la cremallera de la chaqueta y me calcé unas zapatillas que mi madre adquirió hacía más de dos semanas y que estaban sin estrenar, por tanto, no me importaba ensuciarlas. Nunca había frecuentado ese tipo de clubes, así que desconocía con exactitud cómo vestirme.

Me arrepentí —en parte— de haber planeado eso, sin embargo, una parte de mí insistía en que lo hiciera. Dimitri se enfrentaría a un desconocido solo porque él o ella tenía una deuda que saldar con su familia (no quiso especificar si estaba relacionado con su temeroso padre, con su madre o con su medio hermano). ¿Y si lo hería con algún arma ilegal y, en lugar de abandonar el *ring* consciente, lo hacía en una camilla? ¿Qué haría yo en ese entonces? Interiormente reconocí que mi preocupación no se limitaba al futuro

del nuestro bebé. Acaricié mi pequeño vientre sobre la tela oscura de la chaqueta y suspiré.

Mi amiga me esperaba en la entrada de casa y mis padres se encontraban en el salón, junto a mi hermano. No necesité mentirles en exceso para hacerles creer que me marchaba a casa de Alexia. El verano fue ideado para cometer cualquier tipo de locura, después de todo. La diferencia entre mi estado y el resto de los adolescentes era que yo había hecho la peor de ellas.

Salí de casa empleando las escaleras que daban al jardín comunitario y alcancé la carretera en cuestión de segundos. Alexia estaba sentada en con las manos al volante, aunque con el rostro vuelto en mi dirección. Me abrió la puerta en cuanto me atisbó e hizo un gesto hacia mis prendas.

—Vaya, ahora actuamos como espías. Chaqueta negra, pantalones cortos negros, zapatillas negras. ¿Te has puesto así de sensual y oscura para que Dimitri no te reconozca? —Movié las cejas y ensanchó la sonrisa, reubicando las manos en el volante.

—Obviamente. Tan solo arranca —insté.

Rio en voz baja y puso rumbo hacia el local donde tendría lugar el dichoso combate. Mordisqueé mi labio inferior durante el trayecto hasta el extremo en el que casi eliminé el rastro de pintalabios rojo. Recé mentalmente para que Dimitri no estuviera borracho. Su tendencia a autodestruirse me preocupaba demasiado y me agobiaba no estar a su lado para impedirlo. Me acomodé las gafas de sol —que resbalaban por el puente de mi nariz— y estudié mi falso carnet por enésima vez. Mi cumpleaños se celebraría dentro de cinco semanas; todavía era menor de edad. Gracias a mi amiga lograría colarme.

Dios, ¿en qué momento mi vida se había torcido de esta manera?

—Ya estamos aquí —dijo tras aparcar—. ¿Nerviosa?

—Mucho. Dimitri me matará.

—Bah, no dejaré que te toque.

—No lo decía en el sentido literal de la palabra.

Puse los ojos en blanco, aunque ella no pudo verlos por el cristal oscuro de las gafas, y me apeé del vehículo. La ropa negra camuflaba un poco el embarazo. De hecho, me proporcionaba un aire más adulto, como los personajes de *Men in Black*. Me aferré al brazo de Alexia antes de que se adelantara y emití otro suspiro, inquieta.

—Seguiremos el plan al pie de la letra, no se permiten desvíos — repetí por enésima vez—. Primero entrarás tú, ya que eres mayor de edad y te dejarán pasar sin inconvenientes. Llámame por teléfono tan pronto como estés dentro, y busca alguna puerta trasera por la que pueda pasar yo. No quiero arriesgarme a terminar la noche en comisaría.

—Sí. Sé lo que hago.

—Cualquier entrada me vale —añadí—. Tan solo necesito asegurarme de que Dimitri esté bien. —Mi último comentario fue innecesario, lo pronuncié porque lo necesitaba.

Alexia me dedicó una mirada de reproche, pero no respondió.

Se distanció de la denominada *zona segura* (el aparcamiento) con sus típicas zancadas amplias y ligeras y sin mostrar su *carnet*; el hombre que se asemejaba a un armario de dos metros se apartó para dejarle paso. Ella hizo un gesto desde el pasillo iluminado por bombillas blancas para que la siguiera, pero me negué. Sería demasiado sencillo que el guarda nos permitiera la entrada a ambas sin cuestionarse qué hacíamos. Teníamos un plan y nos ceñiríamos a él para que las cosas no se torcieran. Mis padres se encolerizaron

conmigo al descubrir el embarazo y no quería imaginar sus reacciones si un policía los llamaba para comunicarles que su hija menor estaba presa en un calabozo por asistir a un combate de boxeo ilegal.

Repetí el plan para tranquilizarme: Alexia estudiaría el local y localizaría el lugar más adecuado para observar la pelea. Supuse que estaría abarrotado, que el espacio sería mínimo, y no me arriesgaría a ser golpeada por accidente. Mi móvil vibró en mi chaqueta y respondí al segundo tono.

—Qué seguridad tan buena, ¿no crees? —Se burló.

—¿Cómo está el ambiente dentro?

—No te recomiendo que entres. Lo digo en serio, Catherine. Si tengo que quedarme y proteger a ese tonto que tienes por no-novio, lo haré. Pero te aconsejo que no te metas aquí. Hay pestilencia a sudor, a alcohol y olores más desagradables. Joder. Me están entrando náuseas. ¿Por qué no habré echado mi perfume en el bolso? —Se lamentó.

Cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro.

—Sé que lo he dicho unas cien veces en los últimos cinco minutos... pero encuentra un hueco por el que pueda colarme y te prometo que no me inmiscuiré con esa gente. Me limitaré a observar el acontecimiento desde un lugar alejado —supliqué.

—Agradezco que no seas mi novia —ironizó—. No podría aguantarte.

Ninguna de las dos añadió nada más, pero continuamos con la llamada.

Si la conexión se cortaba dudaba mucho que se restableciera con la penosa red que había en esa zona. Debíamos seguir en contacto pasara lo que pasara. Teniendo en cuenta los hechos, la pelea era

ilegal. El local tan cutre, la escasa seguridad y la distanciada zona de los barrios más importantes de Manhattan indicaba que el dueño se había esmerado por intentar pasar desapercibido. Supuse que fue un golpe de suerte cuando encontramos la dirección del club en nuestras narices. Estábamos indagando en los grupos de redes sociales hasta que una ventana saltó al lado de la pantalla, anunciando la competición del año. Gracias a que nos habíamos creado un perfil falso masculino —supuestamente a las chicas no les interesaban estos eventos—, pudimos obtener la hora exacta en la que se produciría y la persona adecuada para conversar en caso de querer participar. De una forma u otra, mi interés por conocer más de cerca el pasado de Dimitri acrecentó. Lo cierto era que desconocía si era una señal positiva o negativa.

Escuché a Alexia gritar unas cuantas veces, no a mí por supuesto. De repente, el barullo se detuvo, y un prolongado silencio pasó a formar parte de nuestra conversación.

—¿Hola? —susurré.

—Dirígete a la derecha del club, esquiva al guarda, aunque sinceramente no creo que te diga nada, y fíjate en una ventana que acabo de abrir. Pero no en la planta de arriba, sino abajo. La pelea tendrá lugar en un sótano, así que tendrás que saltar. No hay más de tres metros de distancia, si te impulsas bien, no te harás daño al caer —explicó de manera detalla y su móvil emitió unos ruidos que me hicieron fruncir el ceño.

—De acuerdo, nos vemos en cinco minutos.

En ese momento colgué. Seguí el camino que Alexia mencionó y me deslicé entre varias rejas entreabiertas para alcanzar la fachada derecha del edificio. Lentamente, y debido a la oscuridad que reinaba en esa zona, me arrodillé con delicadeza y palpé las

ventanas hasta que encontré la que recién acababa de abrir. Distinguí los gritos de euforia que emanaban desde el interior, y me estremecí cuando mis piernas colgaron por la ventana, sin tocar el suelo. Quizás había más de tres metros de caída. Podría hacerme bastante daño si no ponía los pies de manera correcta.

—¿Alexia? —susurré a la oscuridad—. Voy a saltar, ayúdame.

Tan pronto como mencioné esas palabras, unas manos me aferraron por las piernas con suavidad. Sin embargo, ese tacto era demasiado áspero y tórrido como para tratarse de Alexia. Con el corazón latiéndome a mil por hora, me deslicé por completo y caí entre los brazos de un hombre. A pesar de no identificar ni una mísera luz en ese pasillo, reconocí ese rostro contraído y los ojos caramelo que relucían con enfado.

«Oh. Mierda. Maldita sea. No puede ser. ¡No!».

Cerré los ojos mientras Dimitri me cargaba hacia el corredor izquierdo, alumbrado por una única bombilla. Me depositó en el suelo, pero no apartó las manos de mí. Pude estudiar su rostro enfadado, la mandíbula tensa y la nariz hinchada.

Me escrutaba con una mezcla que pasaba del miedo a la rabia.

—Pretendes causarme un puto ataque al corazón, ¿cierto? —Me aferró por ambos brazos para mantenerme frente a él—. Te dejé claro que no deseaba verte aquí, que no debías entrar aquí por la mierda de seguridad. ¡Claro que no ibas a obedecerme, sin importar los riesgos!

—No soy tu mascota —exclamé.

—Lo sé. Lo siento por esa expresión, pero este lugar no es el adecuado para...

—Estaba preocupada por ti —interrumpí, tras propinarle un golpe en el pectoral derecho, ¿de qué me serviría ocultar lo evidente?—.

Quería asegurarme de que estuvieras bien. Planeaba marcharme en cuanto la pelea terminase. Nadie hubiera salido herido, pues tú no hubieras conocido de mi existencia y estarías centrado en tu oponente.

—Me encontré con Alexia al entrar. Me dijo que fuera a buscarte.
«¡Traidora!».

Mientras hablábamos por teléfono, ella estaba con Dimitri. ¿Cómo no había pensado en esa posibilidad? ¡Hasta los ruidos podrían haber sido causados por los intentos de Dimitri por arrebatarme el móvil de las manos! Descansé la cabeza contra la pared situada a mis espaldas y me encogí de hombros. No sabía qué decir, tampoco quería marcharme. Al menos, no sin presenciar contra quién pelearía y su resultado final.

—También ibas a saltar, por supuesto —añadió—. Gracias a que yo estaba ahí no te has partido los tobillos. Estás loca, Catherine. Ven conmigo.

Sin soltarme, me arrastró por los pasillos. Nos acercábamos cada vez más al tumulto de personas. Me alivió que no nos adentrásemos en el barullo, sino que abrió una puerta a la izquierda tras emplear unas llaves plateadas. Encendió las luces y dejó paso a una estancia no muy grande con escaso mobiliario anticuado: una mesa, dos sillones acolchados y una estantería con botellas de alcohol.

Algunas ya gastadas, otras con el precinto puesto.

—¿Qué es esto? —pregunté de mala gana.

—Aquí es donde suelo prepararme. Bueno, solía. Estarás segura mientras no regreso contigo. —Golpeó con los nudillos al gran ventanal que daba a la estancia del *ring*, sonsacándome de mis pensamientos—. Podrás verlo todo, pero nadie podrá verte a ti. Eso

es lo especial de este cristal. Por favor, no vayas más en mi búsqueda.

—No lo haré, no te preocupes —mascullé.

Caminé por los alrededores con lentitud, deslizando la yema de los dedos sobre la mesa de madera. Estaba limpia, impoluta. Apoyé mi trasero contra esta, incapaz de mirar a Dimitri pues él estaba observándome a mí, y no con reproche, sino con ternura. Lo escuché suspirar con resignación antes de colocar sus manos en mis brazos, ya sin tanta violencia como antes. Inició unas lentas caricias. Aunque yo llevase la chaqueta atada hasta el cuello, y la tela fuese gruesa, la simple cercanía me hizo estremecer.

—Deséame suerte. —Puso su cara de niño inocente.

Oh. Ni hablar.

—¿Para qué? No servirá de nada.

—Ya que estás aquí... —Buscó mi mirada—. Vamos, Cathy. No saldré a pelear ahí fuera de la misma forma teniendo en cuenta que tú estás aquí; seguramente asesinándome con la mente. Por favor, por favor, por favor. —Adoptó un tono más suplicante.

—No. —Me empeciné.

Crucé los brazos sobre mi pecho y lo desafié con la vista.

Sus ojos viajaban de un lado a otro, dubitativo. Su nombre resonó en el *ring*, por lo que, inevitablemente, torcí mi rostro hacia el ventanal. El oponente, cuyo rostro no distinguí por la distancia, subió a la plataforma de metal con aires de triunfador. Apreté la mandíbula y expulsé el aire que contenía, repentinamente mareada por mis pensamientos. Cuando volví a centrarme en Dimitri, decidida a disculparme por mi actitud, él colocó sus manos en mis caderas y presionó sus labios contra los míos.

«¡Maldición! ¡No!».

«Bueno, ¡sí!».

Mi boca se abrió para dejar paso a la suya, admitiendo con ese gesto lo mucho que había echado de menos la dulzura de sus labios. Poco a poco arrimé su cuerpo al mío, deslizando las manos por su amplia espalda y empujándolo hacia mí. Percibí los surcos de sudor formados en la camiseta por el vapor acumulado y anudé mis dedos con las diminutas ondulaciones de su pelo. Dimitri correspondió a mis provocadores gestos con un intenso apretón en mis nalgas, arrebatándome semejante jadeo que no supe cómo no lo distrajo. Al estar apoyada contra la mesa, no tuve más remedio que tomar asiento sobre ella, rompiendo el beso con pequeñas brechas para respirar.

No quería detenerme; no podía, aunque quisiera. ¿Qué contenían los besos para que fueran tan adictivos? De ellos no extraías algo vital —como, por ejemplo, cuando bebes agua después de hacer ejercicio para no deshidratarte—, sino que tu boca creaba una melodía que solo era entendida por alguien afín a ti. Pese a que mis dedos ya hubieran alcanzado los omóplatos de Dimitri y mis senos se aplastasen contra su sudorosa camiseta, necesitaba más de él.

No obstante, Dimitri tenía otros planes en su cabeza, por lo que movió los labios hasta mi cuello, cubriéndolo de saliva con cada beso que dejaba en mi piel. Luego, se separó bruscamente, con la respiración agitada, y me sonrió.

—Ya tengo toda la suerte que quería —susurró.

Sus manos abandonaron las curvas de mi cuerpo y salió apresurado por la puerta. Todavía consternada por lo que había sucedido, regresé al suelo y toqué mis labios, hinchados por la intensidad de los besos porque, sí: nuestro contacto no se había limitado a un casual beso, a un roce tímido que olvidaríamos.

Descansé las manos sobre el respaldo del sillón acolchado y entrecerré los ojos.

No debió besarme. Aunque yo sí que había deseado ese beso.

Echar de menos el cariño de una persona que jamás fue tuya es una de las sensaciones más dolorosas del mundo. Ese era el motivo por el que me negaba con tanta insistencia a encariñarme —o a enamorarme— de Dimitri.

Me aproximé al gran ventanal con la intención de observar lo que ocurría. A cada extremo del *ring* se encontraban los oponentes. Dimitri a un lado, recién llegado, acomodándose al clamor que lo rodeaba. Al otro... me vi en la obligación de aplastar las manos sobre el cristal, como si aquello fuese a ampliar la imagen al igual que la pantalla de un teléfono móvil.

Rocé el frío panel con la punta de la nariz, parpadeando continuamente para cerciorarme de que no alucinaba, que el beso no me había quitado las últimas neuronas cuerdas que me restaban en el cerebro. Simplemente no era posible lo que contemplaba.

—Catherine, Catherine. —Alexia resonó dentro de la estancia—. Por fin he dado contigo. Me he cruzado con Dimitri en la mitad del pasillo, él me ha dicho cómo encontrarte. Ni te imaginas qué ha pasado. Tampoco te creerás...

—¿Que el estúpido de mi hermano es quien se enfrentará a Dimitri?

Finalicé la frase por ella, al borde de un ataque de ansiedad.

—¿Cómo ha podido hacerme esto? Por supuesto, las llamadas. Las constantes llamadas telefónicas, su actitud desfasada y confiada con Dimitri... El hecho de que quisiera ponerme en su contra con... ¡Alexandrina! —chillé. Me entraron ganas de estirarme del pelo—. Desea hacerle daño por mi embarazo. Piensa que

pegándole unos cuantos puñetazos lo hará recapacitar, ¡sobre algo que no tiene retorno! Tengo que detenerlos.

—Ni hablar, no saldrás ahí fuera y menos aún te mezclarás con...

—¡Me ha mentido! —interrumpí, histérica—. Dimitri sabía lo de Patrick y, aun así, ha decidido continuar. ¿Por qué diantres todos se han acostumbrado a engañarme? Nadie me cuenta nada. ¡Dimitri es un luchador profesional! ¡Lo matará!

Alexia negó con rapidez.

—Te equivocas. Por lo poco que he visto, Dimitri estaba tan o incluso más sorprendido que tú al descubrir que el mismísimo Patrick Miller era su oponente. Aquí no pueden decir nombres, ¿no te das cuenta? Hay todo tipo de personas en ese espacio, y no estoy hablando de individuos agradables, de los que te regalan caramelos. Él no podía conocer la identidad de su oponente porque iba en contra de las reglas.

—Dios mío —jadeé—. Se van a matar. Dimitri lo va a matar —repetí.

—Te daría la razón. —Sentí su mano caer sobre mi hombro—. Pero, si de algo estoy segura, es que Dimitri no ganará esta pelea. Él sabe que estás aquí, Catherine. Piénsalo. No herirá a tu hermano de la forma que piensas por el simple hecho de que tú estás aquí, preocupada por los dos. Además, eres la madre de su hijo. Eso cuenta el doble.

Sí. Era la madre y la chica que acababa de besarlo. De nuevo.

Me dejé caer sobre el sillón, incapaz de continuar de pie por más tiempo. Me limité a presenciar la amplia panorámica que ofrecía el ventanal. Atisbé que la pelea ya había iniciado: los patrones se repetían con ambos. Patrick arrojaba puñetazos en el aire porque Dimitri los esquivaba con agilidad. Cuando este último adelantaba

un paso, mi hermano se escabullía hacia un lado para rehuirlo. Cuantos más minutos pasaban, la agresividad incrementada. Me obligué a desviar la mirada. El coro de gritos aumentaba conforme más golpes se propinaban. Al centrar la vista en Dimitri, lo encontré tendido en el suelo, con Patrick sobre él. Se centró en el rostro, pero también el costado, debilitándolo de tal forma que este no pudiera incorporarse para contratacar. Las motas de sangre habían teñido el *ring*, y por un instante, pensé que me desmayaría al verlo.

—No puedo ver esto. No sé si estoy más angustiada por el imbécil de mi hermano o por él. —Pasé las manos por mi rostro, apartando los mechones de pelo que cubrían mi frente, la cual se bañaba en una película de sudor frío—. Quedarme aquí, de brazos cruzados, va en contra de mis principios. El mediador no hace nada. Tengo que ir allí.

—Déjame a mí.

Salió de la habitación y atisbé su cabellera rubia abrirse paso a codazos entre los presentes, que comenzaron a quejarse. Sin embargo, ella avanzó hasta quedar situada frente a las cuerdas del ring. Yo también abandoné la sala, pero me abstuve de seguir su camino. La vi enzarzarse con Patrick, gritándole y tratando de aferrarlo por un codo hasta que consiguió apartarlo. Este cayó sobre su trasero, y limpió el rastro de sangre que había salpicado su rostro. Dimitri no se movía.

—¿Alexia? ¿Qué estás haciendo aquí? —Me pareció oír de su parte.

—¡Catherine también está conmigo! —chilló a modo de respuesta—. Vete a la mierda, Patrick. Estás jodiendo todo. No es de tu incumbencia, aunque ella sea tu hermana. Por primera vez deberías pensar con la cabeza y no con ese orgullo de mierda. ¿Acaso no

has pensado en el dolor que le provocarás a Catherine? —insinuó, enfurecida.

Su mirada se encontró con la mía y supe que se arrepintió en ese mismo instante.

El mediador expulsó a Alexia de la plataforma, la cual no dudó en oponer resistencia. Pero yo no permanecí ahí para averiguar el final. Consiguieron levantar a Dimitri del suelo entre tres hombres, taponando la herida de su nariz de la que emanaba un torrente de sangre. Lo llevaron a otra estancia; una que no divisé a tiempo por las cabezas que obstaculizaban mi campo de visión. Deseaba acompañarlo, asegurarme de que la sangre no era indicativa de una rotura grave, pues los golpes en el rostro nunca terminaban bien. Pese a mis deseos, lo perdí en la multitud y, desconociendo cómo localizar la salida desde ese punto, esperé a seguir a los que ya se estaban marchando. Entonces, lo escuché entre los murmullos. Me llamaba a voces.

—Perdóname —Patrick gritaba en la distancia. Se aproximó a mí apartando a empujones a quienes cortaban el camino—. Pero también debes comprenderme. ¡Se lo merecía! ¡Dimitri reapareció en tu vida, dejándote embarazada, y tú actúas como si estuvieras orgullosa de ello! No haces absolutamente nada para evitar que...

—No tengo ganas de escucharte.

Me detuve en ese momento exacto en el que sus pies alcanzaron mis talones. No lo pensé antes de propinarle un guantazo. El calambre que recorrió mi mano ascendió peligrosamente por mi brazo, haciendo que me retorciera levemente y curvase mis labios en una mueca. Conseguí recomponer mi faceta enfadada y escupí entre dientes:

—Que te den.

Alexia logró alcanzarme también. Se interpuso entre los dos, aún consciente de que Patrick jamás alzaría una mano en mi contra, muchos menos estando embarazada.

—Ya basta. Nos marchamos —Alexia clavó su vista en mí—. ¿Estás...?

—Solo quiero irme a casa. Por favor —supliqué.

—Eso es, escóndete de nuevo. Corre a los brazos de papá y mamá para que vuelvan a perdonarte y justificar tus errores —masculló él—. Encontraré una excusa para justificar las heridas. —Patrick hizo un gesto hacia los moretones de sus pómulos y brazos que, en comparación con lo poco que había visto en Dimitri, no se convertirían en una molestia.

No soportaba estar ahí. El aire comenzó a asfixiarme. Esa mezcla a sangre, sudor y alcohol que el cuerpo de mi hermano desprendía me provocó nuevas náuseas. Además, mi enfado sobrepasaba mis propios límites; enzarzarme en una discusión solo provocaría más problemas. Volví a buscar con la mirada el rastro de Dimitri, sin embargo, no lo encontré. Alexia deslizó su brazo por mis hombros y me impulsó a caminar hacia el exterior. Llegamos al coche en escasos minutos, haciendo caso omiso a las palabras amenazadoras del guarda de seguridad, y me deslicé en el asiento del copiloto, mirando al frente. Ninguna de las dos mencionó nada durante el trayecto a casa.

Después de lo ocurrido, deseaba encerrarme en mi propia habitación en lugar de quedarme en la de mi amiga.

Eran pasadas las dos de la mañana cuando llegué, mis padres deberían de estar durmiendo, siempre y cuando no hubieran descubierto mi pequeña trampa. Mis prendas desprendían ese hedor, no veía la hora de sumergirme en la bañera. Lidar con tantos

problemas en apenas unas semanas me suponía demasiada carga. Una parte de mí me pidió que me mudase lejos; lo suficiente para olvidarme de todo. Me despedí de mi amiga tan pronto como me bajé del coche y, sin hacer el menor ruido, deslicé las llaves en la puerta trasera del jardín para acceder a las escaleras. Las luces de la entrada estaban apagadas, al igual que las del salón. Me descalcé y cargué los zapatos en mis manos, procurando hacer el menor ruido posible. Eché un rápido vistazo a la habitación de mis padres: los dos dormían plácidamente, inalterables a los eventos de la noche.

Suspiré, aliviada, porque mi tapadera seguía intacta, y me encerré en el cuarto de baño. Una vez en el interior de la bañera, con el agua cálida rozando mi piel y mi barbilla sumergida, pude cerrar los ojos y echarme a llorar. Un hermano problemático, un hombre al que no podía tocar, y una amiga intentando descifrar la identidad de la supuesta amante. Todo recaía en mí y, en parte, en Dimitri. Nadie se detenía a pensar siquiera, por una fracción de segundo, en las responsabilidades que ya padecíamos.

Si seguía avanzando, con fuerzas, era únicamente por el bebé.

Un gran pero bonito error.

SEMANA 14



Dimitri

Humedecí la bola blanquecina de algodón en alcohol desinfectante y la apliqué sobre la cicatriz de mi nariz; hice una mueca por el dolor. Debería de estar acostumbrado a ello después de haber curado la herida tres veces al día en la última semana, sin embargo, cada pequeño roce sobre los puntos me provocaba un terrible escozor. Me había fracturado el tabique de la nariz, pero fui afortunado y no sufrí desplazamientos. Tanto los moretones de mis pómulos como los de los costados seguían estando visibles, aunque desaparecían con el transcurso de los días: lentos pero seguros.

Pensé en Catherine, quien no me dirigía la palabra.

Pensé en mi padre, enfurecido tras conocer el incidente.

Pensé en Svetlana... que estaba ahí. Literalmente, en mi casa.

No quería verla de nuevo, al menos, no después del percance en el club. Aún recordaba el impulso que se apoderó de mí cuando Catherine se acomodó frente a mí, con la delicadeza de sus movimientos y sus facciones tan bonitas e inocentes. Sus labios sonrosados... la manera en la que sus párpados pestañeaban mientras contemplaba la estancia... La besé porque quise, más que

eso: lo necesitaba. Esa chica despertaba sentimientos en mí que jamás había imaginado que poseía.

Y no sabía si me gustaba o si me inquietaba.

Mi prometida no se merecía pasar por esta mentira, pero mi padre jamás me permitiría anular el compromiso. Suspiré profundo y limpié mis manos con agua y jabón antes de bajar al salón. Svetlana paseaba de un lado a otro mientras se mordía los labios pintados de carmesí. He procurado evitarla, al menos, desde que supe de sus intenciones de quedar embarazada para acallar rumores. Sí que asistí a cenas familiares con ella y Bart, pero después de despedirnos la dejaba en la puerta de su casa y me iba.

—Estás horrible —musitó tras contemplar mi rostro.

—Nada que el tiempo no pueda curar. ¿Qué quieres, Svetlana? — Introduje las manos en los bolsillos de mi pantalón y alcé el mentón.

Supuse que su cambio de expresión derivó de mi actitud gélida y distante. Si tenía que ser sincero, no encontraba respuesta para explicar por qué me sentía de esa forma con ella. Podría echarle la culpa al hastío que me acompañaba desde que abandoné el club de lucha, en el interior de un vehículo que me trasladó al hospital más cercano —la herida de mi nariz no iba a tratarse sola—, sin embargo, supe que ese gesto era más propio de los cobardes que se negaban a lidiar con sus sentimientos, de quienes no admitían la verdad y se ocultaban detrás de meras excusas. Si echaba un vistazo a mi interior y dejaba atrás mis miedos, descubriría que, en realidad, nunca había querido a Svetlana del mismo modo en el que ella creía quererme a mí. Consideraba cruel confesar esos sentimientos después de tanto tiempo, pero estaban ahí, gritaban desde mi cabeza y suplicaban que los expulsara.

—¿Así es como me recibes? —balbuceó mientras dejaba caer los brazos a ambos lados de su costado.

—Hoy no es un buen día. De hecho, no es siquiera una buena semana.

—Pensaba que querrías hablar conmigo, después de nuestra última cita.

Me encogí de hombros.

—¿Ya no te importa solucionar nuestras diferencias? —continuó ella—. Comprendo que, desde que esa fotografía salió a la luz, has estado sometido a la presión de los medios de comunicación y a la de tu propia familia. No obstante, estaría mintiendo si dijera que no tengo esperanzas respecto a nosotros —admitió, aunque la expresión apenada y compungida apenas resistió unos segundos—. Se trata de ella, ¿cierto? La mujer con la que estuviste la noche de la fiesta. La misma cuya identidad desconozco, porque te niegas a...

—Ya tratamos este tema en su entonces, Svetlana —interrumpí.

—Pero no arreglamos nada. Solo logramos salir de una discusión para adentrarnos en otra —replicó y curvó sus labios en una mueca cargada de decepción—. ¿Sabes en qué pienso cada noche, cuando voy a dormir? ¿O el primer pensamiento que cruza por mi mente cuando despierto? Que no estás ahí. Que, probablemente, utilizas la excusa de tu trabajo en la industria para encontrarte con ella. Mientras que yo me encuentro sola, en casa, tú podrías estar divirtiéndote bajo las sábanas con esa desgraciada.

—No hay nadie. No empieces con la misma discusión, estoy harto de escucharla.

—¿Te crees que yo no? Merezco ser feliz, Dimitri.

—Y es evidente que yo no puedo ayudarte más en este aspecto —desvelé, dando lugar a que Svetlana perdiera la escasa confianza

que conservaba. Humedecí mis labios para ganar algo de tiempo antes de pronunciar—: Es hora de que lo nuestro acabe. El compromiso, la relación que yo he destrozado por... por una indiscreción que nunca pensé que cometería. Ya no tengo esperanza en nosotros.

Una desconocida sensación de alivio se apoderó de mí, reemplazando el pánico que la amenaza de mi padre suscitaba. Me negaba a vivir aplacado bajo su sombra el resto de mi vida, por un error que tuvo lugar hace casi una década. El compromiso era uno de los requisitos que mi padre me impuso para no desheredarme, entre muchos otros, como conseguir un trabajo estable alejado de la industria familiar, o no protagonizar los mismos escándalos de mi adolescencia. Fue él quien escogió a Svetlana, como la candidata ideal para mí. Se ocupó de mover los hilos necesarios para conocernos, y me presionó para que me prometiera con ella. Jamás entendería el porqué. Pese a ello, ya no me parecía importante que mi puesto en la industria corriera peligro. Tenía un trabajo estable en la universidad y un hijo en camino con una madre más que maravillosa. No necesitaba a mi padre ni nada de lo que me ofrecía.

—Haré como si esa estupidez no hubiera salido por tu boca — musitó.

—No es ninguna estupidez. Tan solo he dicho algo que ambos necesitamos.

—No puedes abandonarme ahora, Dimitri. Piénsalo detenidamente: tenemos planeado un futuro juntos, como pareja. Aunque todavía no se haya fechado la boda, las invitaciones que se enviaron tiempo atrás continúan en pie; hay un vestido de novia aguardando en el vestidor de casa y... —Se le formó un nudo en la garganta, lo supe por cómo tragaba saliva y se acercaba a mí—. Estoy dispuesta a

olvidar los problemas. La infidelidad... nuestro distanciamiento... Lo haré porque no quiero perderte.

—Svetlana, detente. —Posé las manos sobre sus hombros—. No somos felices.

—Yo lo soy contigo.

—¿Lo eres ahora? —Clavé mi mirada en sus ojos—. Te he hecho mucho daño, no lo mereces. Te has comportado conmigo de un modo que cualquier hombre envidaría, pero, para mí, no es suficiente. No te quiero, Svetlana. No puedo contraer matrimonio con una persona a la que no amo e, indudablemente, no engañaré a mi compañera solo porque tengamos planes en común de por medio. Esto es lo mejor para nosotros, especialmente para ti, porque no tendrás que soportarme por más tiempo. Lo siento. Siento mucho haber cometido la infidelidad y haberte causado este dolor —dije, forzándome a no apartar la mirada hacia cualquier punto que no fueran sus ojos llorosos—. Encontrarás a alguien que sí te merezca. Soy un imbécil por naturaleza. Conmigo nunca encontrarás la felicidad que buscas.

Svetlana no parpadeaba. Y si no fuera porque sentía su aliento acariciándome el mentón, habría jurado que tampoco respiraba. El silencio se prolongó durante unos minutos que se hicieron eternos y, cuando se dignó a dar muestras de vida, una rabia desmedida invadió su expresión y su tono de voz.

—¿Son esos los auténticos motivos por los que quieres romper conmigo? —insinuó.

—¿Te parecen insuficientes? Acabo de decir que no...

—Que no me quieres, sí —me cortó—. Y ahora añadirás que podemos mantener una bonita amistad. Pues, déjame decirte que no te creo. Si has sido capaz de quererme durante más de un año,

¿qué te ha hecho cambiar de opinión ahora? ¿Por qué no antes? Hemos tenido multitud de problemas con anterioridad, pero nunca has pedido romper la relación. Ni siquiera cuando descubrí que habías sido infiel. —Sacudió sus hombros para apartar mis manos y me apuntó en el pecho con un dedo—. ¿Qué me estás ocultando, Dimitri? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Supe que, si permanecía por más tiempo en esa habitación, acabaría gritándole y obligándola a irse de mi casa. No quería despedazar más la escasa amistad que nos quedaba, por lo que decidí ignorar sus acertadas acusaciones para adoptar una pose indiferente. No iba a mencionar nada respecto al embarazo.

—Creo que deberías irte. Mandaré a alguien a que recoja mis pertenencias de tu vivienda, si es que he olvidado alguna allí. O, si lo prefieres, también puedes quemarlas, cortarlas con unas tijeras o lo que te apetezca. Puede que hasta sea terapéutico —ironicé, aunque no tenía ni una pizca de ánimos por hacerlo—. Quédate el anillo. Es tuyo. Sacarás bastante dinero si decides venderlo. Yo me ocuparé de realizar las llamadas pertinentes para cancelar las invitaciones.

Me dispuse a abandonar la estancia y regresar a mi dormitorio, donde intentaría recuperar la compostura, cuando Svetlana arrojó algún objeto al suelo. Supe que era mi preciada lámpara de cristal por los fragmentos que alcanzaron mis zapatos, por el vidrio azulado que me costó dos mil dólares. El espectáculo había comenzado, por lo que cerré las manos e hiqué las uñas en las palmas. Me dije que debía mantener la calma. Svetlana intentaba provocarme, ansiaba enfadarme para que confesara lo que ella necesitaba escuchar. Acomodé el cuello de mi camisa y tomé una bocanada de aire antes de encararla.

Como había supuesto, la lámpara que había adquirido un par de meses atrás había desaparecido de la mesa de café. Una parte de mí se sintió aliviada, ya que había escogido el jarrón barato y no el que un agente me había comprado desde un mercado japonés. Svetlana había perdido su semblante afligido, reemplazándolo por una sonrisa de satisfacción que me puso el vello como escarpías. Se secó la única lágrima que había escapado de su control, se cruzó de brazos y pronunció con firmeza:

—He hablado con tu querido padre. En un principio, él se mostraba reticente a la hora de contarme la verdad. Sin embargo, y después de unos cuantos Martini que aflojaron su terquedad, me contó todo lo que tú no te atreves a mencionar. Y apuesto a que tampoco te agrada pensar mucho sobre ese tema. Supongo que es complicado mirarse en un espejo después de lo que hiciste.

Mi rostro palideció y tuve que buscar apoyo en el mueble que había detrás de mí.

Svetlana mentía. Estaba seguro de que Bart nunca divulgaría un secreto de ese calibre, en especial uno que estuvo a punto de costarnos nuestras vidas. Me prometió que no lo haría mientras yo cumpliera con sus exigencias, algo de lo que me había ocupado por casi diez años. Pero no pude evitar pensar que en los últimos tres meses lo había desobedecido en más de una ocasión. Recordé las amenazas que me dedicó esa tarde, en su despacho, y la manera tan cruel con la que me habló. Comprendí que ella no estaba mintiendo. Y su sonrisa se ensanchó al comprobar que había caído en su trampa.

—¿Qué te dijo exactamente? —me interesé, apretando la mandíbula.

—Nuestra relación siempre fue una farsa para ti, ¿cierto? Tu padre te propuso un trato que no podías rechazar y no dudaste en aceptarlo, sin pensar en los sentimientos de la mujer que saldría perjudicada.

—Así es.

—Me pediste matrimonio porque, de ese modo, harías creer a Bart que habías sentado la cabeza, que ya no eras el chico malcriado que se escabullía de su mansión para emborracharse y buscar peleas con hombres que doblaban su edad. Asumiste tu papel correspondiente en la empresa, conseguiste trabajo en la universidad para aparentar una faceta más madura y responsable... E incluso adquiriste esta casa para nada. Era simple teatro, cumplías un papel que, afortunadamente para mí, te ha quedado grande.

—No sé a dónde pretendes llegar, pero no me gusta tu tono.

—Tan solo te muestro que no voy a renunciar a ti.

—Lo estás haciendo más difícil de lo que ya es, Svetlana —mascullé.

—Sé por qué motivo aceptaste con tantas ansias el trato —admitió entre susurros.

Su forma de hablar era idéntica a la de mi padre. Y me repugnaba. Toda la pena que había sentido por ella en las últimas semanas se desvaneció de un plumazo, sustituyéndose por la misma ira que padecía cuando me reunía con Bartholomew en su despacho para que él me enumerara las exigencias que esperaba que yo cumpliera. No comprendía el motivo por el que mi prometida insistía tanto en continuar conmigo. Me había acostado con otra mujer, le había dicho a la cara que no la he querido en ningún momento, y

ahora recurría a esto. ¿Para qué? ¿Con qué propósito? ¿Qué quería de mí?

—Los secretos del pasado siempre regresan, Dimitri. Intentas ocultarlos o aplastarlos con buenos actos, pero siguen ahí, aguardando a que alguien se atreva a estirar del peligroso, pero excitante, hilo de los recuerdos. —Ladeó el rostro a la izquierda y un mechón de pelo cobrizo resbaló por su mejilla—. Sé qué ocurrió y tengo pruebas que lo demuestran. Sería una lástima si decido hacerlas públicas.

—Has... perdido... la... cabeza —dije de manera pausada.

—¿Qué pasó en tu última pelea, Dimitri?

Mi rostro se crispó al recordar ese funesto acontecimiento:

Sucedió una fría noche de diciembre, hacía ya diez años. Conducía sin respetar las normas de tráfico ni los límites de alcohol en la sangre. Tenía la cabeza nublada, aunque ofuscada en un único asunto: mi padre había anunciado que dejaría de pagar la hospitalización de mi madre en un centro especializado para enfermos de leucemia. Usó la excusa de que no podía cuidar de una mujer con la cual ya no estaba casado. Había rehecho su vida amorosa, su actual esposa veía con malos ojos que la prensa continuase manipulando los titulares para incitar nuevos rumores. Creyó conveniente cortar de raíz cualquier hilo que lo uniese a mi madre, lo que derivó en el empeoramiento de su enfermedad pues, como era de esperar, ella no estaba en condiciones para trabajar.

Yo traté de ayudarla por cualquier medio que me fuera posible. Sin embargo, mi padre interrumpía cada proceso que iniciaba. No comprendía que yo tenía más derecho que nadie para sostenerla económicamente. El dinero nunca había sido la preocupación de la familia Ivanov, pues ganábamos lo suficiente para costear lo que

nos viniese en gana. Pero Bart cancelaba mis cuentas bancarias, impedía mis viajes en avión, me aisló mediante amenazas.

Esa noche en particular, yo había recibido una llamada telefónica del hospital en la que me comunicaron que no sería necesario que mi madre recibiera tratamientos porque el cáncer se había extendido a otros órganos. Podrían ralentizar el avance, pero ya no se curaría.

Primero fui tras él. Lo busqué en las oficinas, en sus casas, destrocé todo lo que encontraba a mi paso. Estaba dispuesto a matarlo porque él había contribuido al futuro fallecimiento de mi madre. Sus guardias amenazaron con alertar a la policía, pensando que un loco o un ladrón trataba de herirlo, por lo que puse rumbo hacia el club de lucha.

Adquirí y bebí cuatro botellas mientras conducía, sin preocuparme por posibles accidentes; de hecho, esa noche descubrí que mi tolerancia al alcohol era superior a la estimada. Antes de llegar, llamé a mi entrenador, el que mi psicóloga contrató para controlar mis ataques de ira.

—Dimitri, no es buena idea —había mascullado él cuando me vio llegar un rato más tarde—. Deja que te lleve a casa, a la mía, donde podremos hablar tranquilamente. Por tu tono de voz, asumo que estás borracho.

Mientras cubría mis nudillos con la venda, contesté:

—Necesito golpear algo o terminaré convirtiendo el cráneo de mi padre en un trozo de carne picada —había respondido yo, ignorando sus intentos por ayudarme.

Pasé por su lado y choqué mi hombro contra el suyo. Él no tenía la culpa del egoísmo de Bart, pero en esos momentos no podía pensar con claridad. La furia me cegaba. Tensé la mandíbula conforme avanzaba entre la hilera de espectadores que estaban amontonados

alrededor del ring y salté al interior de este. Había llamado a las personas correspondientes para que organizaran un enfrentamiento rápido, no me importaba el oponente. No di mis datos verdaderos, era un riesgo que no estaba dispuesto a tomar, así que hice mi aparición con el rostro oculto bajo una máscara. Era de cuero, negra y con tres orificios: en mis ojos y en la boca, para no asfixiarme.

Mi oponente se mostraba igual o más tenso que yo. Desplazaba los brazos hacia delante y atrás mientras giraba el cuello a ambos lados. Era un oponente fuerte y resistente, justo lo que más necesitaba. En cuanto el árbitro dio la señal, me lancé sobre él. Asestó diversos puñetazos en mi costado para arrastrarme contra las cuerdas, pero no logró moverme. La conversación telefónica se repetía en mi cabeza, una y otra vez, pese a mis grandes esfuerzos para concentrarme en el combate.

Estaba siendo débil.

No podía ser débil.

Lo tenía prohibido.

El rostro de mamá apareció ante mí.

Ella se estaba muriendo y yo no podía hacer nada para impedirlo. Yo había crecido bajo sus buenos consejos y, en lugar de convertirme en un hombre fuerte, me había hecho vulnerable. Tenía que dejar de actuar con el corazón y pensar con la cabeza, bien fría y dura.

Tomé ese patrón de comportamiento desde ese instante y hasta la actualidad.

Lancé a mi oponente al suelo y me subí sobre él. Golpe tras golpe, destrocé su rostro mientras, en un intento desesperado, él gritaba para librarse de mí. Sentí los dedos del árbitro aferrándose a mis hombros con ímpetu, sin embargo, lo noté como si fuera el simple

viento provocado por los movimientos de mis brazos. No descansé. No frené. No hasta que otros hombres subieron al *ring* y me tiraron al suelo.

Y el motivo no fue otro que el oponente.

Había dejado de gritar, pero también de respirar.

Svetlana esperó pacientemente a que terminara de revivir los hechos. Después del incidente, dejé de pelear. Me percaté de que era mi padre quien incitaba mis demonios, quien los controlaba en la distancia. Me centré en recuperar mi vida de la forma más calculadora e insensible que conocía: pelear por mí, besar sin sentir, sexo sin amor.

Hasta ese momento.

—Tu padre dedicó miles de dólares para ocultarlo —dijo ella—. En cierto sentido, fue sencillo gracias a las máscaras que exhibíais, como si se tratase de un espectáculo de circo. Borró cualquier pista que te ligara al crimen; sobornó a los presentes que te vieron por los alrededores para que, durante el juicio, no te mencionaran. Te amenazó con meterte en prisión si no cumplías con sus expectativas, y has cumplido a la perfección.

—No puedes comprar mi amor, si es eso lo que pretendes. Nunca he estado enamorado ni sé cómo estarlo. Así que no vayas por ese camino, porque no conseguirás nada.

—Dimitri, ¿realmente piensas que usaré la información para enamorarte? Cielo, puedo retenerte tanto tiempo como me plazca. Y, si intentas quitarme de tu camino, entonces, lo sucedido en esa pelea se conocerá internet y las revistas del país recibirán un chivatazo anónimo en unos minutos. ¿Cuánto tardarían en detenerte?

—No te atreverás.

—Pruébame.

Tensé la mandíbula, a pesar del dolor de los moretones, y aferré una de las sillas para arrojarla contra la pared más próxima. Presencí cómo la madera de una de las patas se partía en varios fragmentos. Luego, me acerqué a Svetlana, incapaz de controlar mis impulsos. La tomé por ambos brazos con tanto brío que la presión en mis propios nudillos me hizo jadear. El miedo era palpable en el ambiente y en los temblores de Svetlana.

—¿Qué quieres a cambio? ¿Dinero? —dije.

—A ti. —A pesar de la situación, se las apañó para dejar salir su voz mordaz, impregnada de su retorcida seducción—. Quiero recuperar lo que poseíamos. Es fácil: haz lo que yo pida y me olvidaré de todo lo que sé.

La liberé y asentí firmemente. Mi padre invirtió demasiado esfuerzo en comprar los silencios. De la otra manera, hubiera terminado en prisión por cometer un asesinato y participar en peleas ilegales. Mi padre perdería los inversores de la empresa, pues nadie querría trabajar junto al padre de un asesino. La industria cerraría y mi familia terminaría en la calle, en la ruina. Y lo más importante: el cáncer de mi madre había tardado diez años en asesinarla. Si hoy en día continuaba respirando era por el dinero que le pasaba directamente desde mi trabajo en la universidad. Tenía que asegurarme por todos los medios de que nadie más —mi padre lo desconocía— averiguara la verdad.

Con una sonrisa triunfante, Svetlana recogió sus pertenencias y acomodó el bolso en su hombro. Deslizó un dedo por mi camisa, sobre mis pectorales, antes de alejarse en dirección a la puerta. No me moví. Solo observé cómo se marchaba de mi hogar.

—Se me he olvidaba una última cosa —agregó, descansando los pies en el umbral del exterior—. No vuelvas a ver ni a mantener ningún tipo de contacto con ella.

—Por supuesto.

Cerró la puerta. Una extraña paz invadió la casa y con ella permití que mi cuerpo mostrara los signos de agotamiento y congoja. Caminé con zancadas amplias hacia mi habitación para buscar mi teléfono. Tenía que hablar con ella, necesitaba escuchar su voz. Marqué su número —después de tantas veces que había dudado en llamarla, lo había memorizado—, y esperé a que respondiera con demasiada ansiedad.

—¿Diga? —Su voz confusa sonó en la otra línea.

—Catherine —contesté con un suspiro de alivio.

Catherine

—Oh. Eres tú —respondí con asombro—. No me esperaba tu llamada.

—Necesitaba hablar contigo. —Sonó desesperado, su voz temblaba como si estuviera llorando—. Fuguémonos. ¿Recuerdas el viaje que te prometí? Quiero hacerlo ahora, no puedo esperar más. Esta ciudad me está absorbiendo, necesito marcharme ya.

Me pregunté si Dimitri podía leer mis pensamientos a distancia, porque desde la pelea en el club no habíamos vuelto a dirigirnos la palabra y temía que estuviera enfadado o decepcionado conmigo por mi actitud distante. Lo último que buscaba era agravar más lo que teníamos entre nosotros. Además, ¿nos habíamos besado después de esclarecer que nuestra relación era amistad! Todavía

recordaba el tacto y el sabor de su boca en la mía. No había sido capaz de borrar la imagen de mi memoria, ni podré nunca.

—En dos días sale un vuelo. Podemos tomarlo, hacer la visita a mi madre. Ella estará encantada de tenernos en casa durante el tiempo que haga falta. No supondremos una molestia para ella; todo lo opuesto —prosiguió al no encontrar respuesta.

Dejé la taza de chocolate sobre la mesa mientras mi madre me preguntaba con quién estaba hablando. Le hice un gesto con la mano antes de abandonar la cocina y me encerré en el dormitorio. No podía olvidar que vivía bajo el techo de mis padres, por lo que mis salidas dependían de su permiso. Aunque, si lo pensaba mejor, no podían negarme una salida con el padre del bebé. Incluso podría buscar excusas convincentes...

Demonios, sí. Moría por pasar unas semanas alejada de Manhattan junto a Dimitri. Podía fingir ante todos que no me gustaba, pero interiormente no hacía falta ocultarlo.

—¿Cuándo saldría el avión, a qué hora exactamente? Tengo que preparar el dinero y la maleta. ¿Dónde has dicho que vive tu madre? Espera, no me suena el destino. ¿Hará más frío, tal vez más calor? Aquí hace calor, pero las temperaturas varían según el...

—Ella vive en Houston, aunque pasa los veranos en una casa situada frente a la costa, en Seabrook. Se tarda unas cuatro horas de vuelo. Llena la maleta de bikinis y de ropa ligera. Ya entiendes lo que quiero decir.

—No pienso acostarme contigo de nuevo. —¿Había dicho eso en voz alta? —. Es decir... —Humedecí mi labio inferior—. No puedes volver a besarme.

—No lo haré, te doy mi palabra. Me dejé llevar por la emoción del momento —agregó apresuradamente—. Pasaré a recogerte

alrededor de las dos y media.

—¿De la tarde? —fruncí el ceño.

—De la mañana, tonta. —Incluso si su risa se contagió a la mía, tuve el mal presentimiento de que este apresurado viaje se debía a algo que él no deseaba admitir. Lo notaba en mi pecho, como un nudo en el estómago—. No te preocupes por el presupuesto, tanto el viaje como la estancia, y el resto de los gastos van por mi cuenta.

—¡Te dije que no aceptaría nada tuyo!

No permitiría que él cargase con los pagos. Los billetes tan apresurados a veces resultaban más caros que los que se adquirirían con antelación. Tampoco era correcto que la madre de Dimitri comprara comida para mí, además de darme alojamiento. Estábamos de visita, lo correcto era comprar nuestro alimento e invitar a su madre. Tan pronto como finalizase la llamada, tomaría mis ahorros y los introduciría en la maleta.

—Lo siento. No obedezco tus órdenes, mi querida Cathy.

Colgó tan pronto como su risa se apagó.

Me tumbé en la esquina de la cama, sosteniendo el teléfono entre mis manos como si fuera un peso muerto, y extendí las piernas. Me marchaba de Manhattan... con el hombre que me llevaba loca... y embarazada de catorce semanas. No le contaría nada a mi hermano, tampoco le dirigía la palabra. No quería hacerlo después de su maldito comportamiento. Su excusa fue que «había tenido un pequeño accidente con la moto», pero que se encontraba bien. Interiormente estaba muy preocupada, pero no le daría el placer de mostrárselo. Apoyé mi cabeza contra la pared y miré a un punto fijo.

Mis vacaciones no podían comenzar de mejor forma.

SEMANA 15



Catherine

Arrastré las maletas al exterior de casa.

Tuve que sacarlas de una en una, pues la puerta no era lo suficiente ancha para que cupiesen ambas. Traslataba la de mayor tamaño usando las ruedas, mientras que cargaba la pequeña en la mano derecha. Deposité ambas en el suelo de tal forma que pude tomar asiento sobre la de tonos granates y cremalleras plateadas. Inevitablemente, otro bostezo escapó de mis labios. Había perdido la cuenta de las veces que había bostezado desde que oí el despertador.

Dimitri me había mandado un fax con la información simplificada. Permaneceríamos en Seabrook por dos semanas y media, ya que a la próxima era mi desdichado cumpleaños y él no deseaba que, a causa de mi ausencia por el viaje, no pudiera festejarlo con mis compañeros de la universidad. De todas formas, no habría momento más acertado que esa fiesta para dar a conocer que estaba embarazada, para desvelar el secreto que con tanto ahínco había procurado mantener oculto.

Resoplé. Me estaba ahogando en mi propio sudor. A pesar de que las temperaturas no fuesen tan elevadas como en ciertos países de

Europa y en otros continentes, una densa capa de sudor se formaba en mi frente y otra en mi nuca, en el nacimiento del cabello. Si mi teléfono funcionaba correctamente, significaba que estábamos a casi treinta y dos grados a las dos de la mañana. Nunca llegaré a entender a las personas que adoran el verano. Sí, soy consciente de que el periodo de vacaciones es uno ansiado a partes iguales por trabajadores y por estudiantes. Pero ¿qué hay de atractivo en despertar en un charco de sudor o en tomar tres duchas al día? Ese insoportable calor incrementaba mi mal humor, y lo detestaba. Indudablemente prefería el invierno, con sus suaves mantas y tórridos abrazos.

Un Mercedes escarlata dobló la esquina al principio de la calle y se detuvo en la entrada, a unos metros de mí. No apagó el motor, este continuó rugiendo mientras el millonario abandonaba el asiento del piloto. Acababa de realizar su entrada triunfal.

Abaniqué mi rostro con la hoja de papel que había arrancado de una libreta antes de salir de mi dormitorio y deseé por enésima vez que una tormenta cubriese el cielo estrellado para desatar sobre la población una lluvia refrescante.

—Gracias a Dios —musité.

Dimitri se aproximó a mí mientras se colocaba las gafas de sol sobre el cabello.

Incluso sin una pizca de luz, él las usaba para presumir. Portaba una camiseta de tirantes que mostraba la musculatura de sus pectorales y parte de sus hombros, cubiertos por tatuajes. Ensanchó una sonrisa ya de por sí bastante encantadora y, en cuanto estuvo a centímetros de mí, me estrechó entre sus brazos. Sorprendida por el inesperado abrazo, me apresuré a rodear su cintura con la intención de no perder el equilibrio. Tuve que alzarme en puntillas para

alcanzar su hombro, donde mi barbilla descansó. Percibí su cálida respiración acariciar parte de mi mejilla y cabello, erizó la piel de mi cuello cuando sus labios lo rozaron y, en lugar de apartarlo, permití que los segundos avanzaran, en silencio. Después de que él aflojase el agarre, pude separarme unos centímetros y admiré su expresión cariñosa. Fue en ese particular momento cuando él intentó acercar sus labios a los míos y yo rehuí el contacto de la forma más rápida pero sensible que conocía, apoyando mi frente contra la suya y negando con la cabeza.

—¿Qué no has entendido de lo que hablamos? —susurré.

—Últimamente me dejo llevar mucho por mis emociones. —Izó las manos en el aire y se distanció, con una mueca burlona que, además de sonsacarme otra sonrisa, ocultó la decepción de mi rechazo.

De verdad había esperado besarme de nuevo.

—Podría matarte. —Apoyé las manos en mis caderas—. Pero no lo haré aquí, delante de mi casa, donde mis padres duermen. O donde papá puede estar apuntándote con su rifle de caza favorito. Solo te advierto de los riesgos a los que te expones, señor Ivanov.

—Cierto. Será mejor que subamos al coche.

Puse los ojos en blanco e hice lo que pidió.

Dimitri se encargó de las maletas antes de acomodarse en el asiento del piloto. Se lo veía extrañamente alegre. Recogí mi cabello en una coleta que mantendría mi nuca despejada e intenté sosegar las aceleradas pulsaciones de mi corazón. No mentiré: adoraba sus besos. Incluso me atrevería a afirmar que los adoraba demasiado. Toqué mi propio labio inferior, el recuerdo de nuestro último beso apareció en mi mente y sonreí como la tonta enamoradiza que era.

Por fortuna, logré recomponerme antes de que él se percatase de mi raro comportamiento, y entrelacé las manos en mi regazo.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté tras armarme de valor.

Mantuvo la vista puesta en la carretera y se encogió de hombros.

—Me apetecía abrazarte y besarte de nuevo. ¿Qué problema hay?

—Sabes que hay uno bastante importante. —Jugué con mi anillo.

—Me da igual lo que piensen ciertas personas, Catherine.

Resoplé por segunda vez y descansé las manos en mi vientre. Lo acaricié con suavidad mientras avanzábamos por la carretera. El aeropuerto quedaba a menos de treinta minutos de donde yo vivía así que, tan pronto como llegamos, le envié un mensaje de texto a mamá para que supiera que continuaba bien. Supuse que lo leería cuando amaneciera, si es que había conseguido conciliar el sueño. A mi padre no le agradó saber que me marchaba con Dimitri a solas, sin ninguna compañía femenina. Sin embargo, ¿qué más podía pasar entre nosotros? ¡Estoy embarazada de él! Me apeé del coche y disfruté de la brisa fría que circulaba por las proximidades del aeropuerto. Coloqué detrás de mis orejas los mechones que habían escapado de la coleta y acomodé mi camisa de tirantes, adherida a mi espalda mediante un pequeño charco de sudor.

Al llegar, Dimitri extrajo del vehículo las maletas, tanto las suyas como mías —había cinco en total— y, cuando hice el amago de ayudarlo, se limitó a sacudir la cabeza.

—Llevan ruedas. —Le recordé, aferrando una con cada mano.

Tiré de las maletas hacia el interior. La imagen que aparentábamos me recordaba a la de una pareja de recién casados, con las pequeñas discusiones y sonrisas tontas. Me gustaba mucho, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Paseé la mirada vagamente

por los alrededores y me detuve al encontrar nuestra terminal a unos metros.

—Iré a por los billetes. Quédate aquí —pidió él antes de alejarse.

—Tranquilo, no me escaparé.

Tomé asiento en una de las muchas sillas incómodas y apoyé los pies sobre una de las maletas. Mi vientre había incrementado unos centímetros en las últimas semanas, me preguntaba cuándo sería capaz de conocer el sexo del bebé. Puestos a ser sinceros, me encantaría averiguarlo el día del parto, sería una grata sorpresa. Pero tampoco estaría mal conocerlo con anterioridad para adquirir el mobiliario y todo lo necesario.

Esa mañana me sentía extraña. Bueno, todo me parecía chocante después de la llamada de Dimitri. Su rostro aún conservaba el rastro de las heridas, con un pequeño parche *beige* en su nariz que ocultaba la cicatriz y los moretones en los pómulos y la frente. Deseé que la pelea nunca hubiese sucedido, todavía no he podido olvidar el sonido de los puñetazos.

—Tu padre es muy testarudo —hablé a mi vientre nada más atisbar a Dimitri regresando a mi posición—. Cuando llegue el momento de conocerlo, querrás volver a mi barriga enseguida. Ya lo verás. —Le cercioré al pequeño o pequeña.

—No lo creo —respondió él, sacudiendo los billetes—. Ya son nuestros.

—Como te estaba diciendo —continué, haciendo caso omiso a la expresión de incredulidad de Dimitri—, recordarás estos... alocados e inusuales momentos tan bien como yo. O eso espero, no puedes ser partidario, o partidaria, de tu padre.

El acolchado de la silla de mi izquierda se hundió después de que Dimitri tomase asiento, y aprovechó para pasar un brazo por mis

hombros, atrayéndome hacia él.

—Debes sentarte lejos. Muy lejos. —Me fui apartando—. Lejísimos.

—Ya puedes parar, Cathy. —Sus dedos se deslizaron por mi cabello.

—¿Qué diantres te ocurre? —No pude evitar preguntárselo—. Nunca te has comportado conmigo de esta forma. Actúas demasiado atento, cariñoso, y juguetón. E incluso sonríes cada pocos segundos. Me encantaría saber si has ganado la lotería — bromeé.

—No tiene nada que ver con dinero. Voy a ver a mi madre después de mucho tiempo. Y, bueno... —Inundó su pecho de aire para añadir —: Estoy contigo.

Alcé el rostro en busca de su mirada. Parecía un tanto avergonzado, su cara se había enrojecido levemente, nada que ver con el Dimitri de expresión severa y ceño fruncido que conocía. Exhalé, con pesadumbre, un profundo suspiro. Su desesperado beso en el club, su comportamiento sobreprotector incluso con las maletas, cómo su voz sonó de inestable el día que me llamó... Tuve la corazonada de que ocurría algo que yo no sabía.

—Svetlana no conoce a mi madre. Ni va a hacerlo —masculló.

—Estará presente el día de la boda. —Oculté el dolor en mi tono de voz.

—No lo sé. Puede que no sea capaz de viajar.

Apartó la mirada y la centró en el gran reloj del aeropuerto. Los billetes mostraban una fecha de despegue, la cual sería en veinte minutos, y la voz robótica lo anunció por megafonía un minuto más tarde. Dimitri continuaba pensativo y no se percató de que me había incorporado para aferrar el mango de una maleta. Mi corazonada ganó credibilidad, albergaba la esperanza de que confiase en mí

para contármelo. Era consciente de que algo sucedía y lo hacía mantenerse alejado de este mundo.

Jamás había tratado con un hombre tan reservado como él.

Me acuclillé frente a Dimitri con delicadeza y apoyé mis manos sobre sus rodillas. Ante ese contacto, regresó de sus pensamientos, y meforcé a esbozar una sonrisa cuando realmente ansiaba hablar sobre sus preocupaciones, sobre los secretos que retenía para sí. Tendría que esperar a estar en el avión o en cualquier otro lugar más adecuado o, como mínimo, más privado.

Una terminal de avión no era el lugar más romántico para hablarlo.

—¿Vamos? —Hice un gesto con la cabeza—. ¿O te has echado atrás?

—¿Yo? Jamás.

Entrelazó sus dedos con los míos y caminamos a través del pasillo hasta la zona de equipaje. Embarcamos las maletas, pagamos la tasa correspondiente por el peso extra y, acto seguido, nos dirigimos a la terminal, donde el avión correspondiente nos esperaba.

Dimitri me ayudó a subir por las empinadas escalerillas y, cuando creí que podría sentarme, continuó caminando hasta atravesar las cortinas de color bermellón. Pasamos a primera clase, ¿qué esperaba de alguien que disponía de todos los lujos en la palma de su mano?

Me dejó el sitio junto a la ventana, y me acomodé en los maravillosos sillones acolchados en terciopelo. Aunque apenas cargase peso en mi vientre, mi dolor de espalda y nuca no cesaba, y de tan solo imaginar el volumen de mi vientre al alcanzar el séptimo u octavo mes de embarazo... Suponía que no sería capaz de andar sin tambalearme.

Apoyé la cabeza en el respaldo y liberé la sudorosa palma de mi mano de los dedos de Dimitri.

—¿Nerviosa? —preguntó cerca de mi oído.

—No mucho, ¿tú?

Se encogió de hombros y miró al frente. Tras varios minutos, una mujer vestida de uniforme avisó de que debíamos abrochar nuestros cinturones y apagar todos los aparatos electrónicos, incluyendo los móviles. Las turbulencias me pusieron la piel de gallina y aceleraron mis pulsaciones. No había tomado un avión con anterioridad y, pese a que me habían explicado la sensación, no era lo mismo escucharlo que vivirlo.

No supe cuánto tiempo transcurrió hasta que las turbulencias cesaron.

En primera clase volábamos muy pocas personas, lo cual me hizo sentir más cómoda: la fama de Dimitri lo perseguía por el mundo y lo último que necesitábamos era un nuevo rumor sobre nuestra supuesta relación, más o menos inexistente.

Él cayó dormido con su cabeza apoyada en mi asiento, a un centímetro de mi hombro, y me deleité con su perfume al tenerlo tan cerca. A causa de estos gestos pensaba que Dimitri me buscaba, como esos felinos que se enredan entre tus piernas mientras te suplican que los acaricies o les des de comer. Entrecerré los ojos por mis tontos pensamientos e intenté conciliar el sueño, puesto que restaban unas cuantas horas hasta llegar a Houston. Sin embargo, no fui capaz de quedar dormida y la razón fue esa novedosa sensación que se producía en mi vientre. No, estaba muy lejos de ser una molestia o una punzada.

Era como si... algo estuviera empujando contra...

¡Oh, Dios mío! ¡El bebé se estaba moviendo!

—Dimitri —llamé con voz agitada—. Despierta, ¡vamos!

Lo sacudí por el hombro continuamente, ansiosa de que él también sintiera las patadas tan pequeñas que notaba en la parte inferior de mi vientre. No estaba fascinada por la prontitud de su aparición (en realidad, las patadas eran perceptibles en estas semanas, aunque solían confundirse con gases), sino por el momento que el pequeño o pequeña había escogido para manifestarlas. Sobresaltado, Dimitri emitió un jadeo y agrandó los ojos. Trató de incorporarse, pero no pudo hacerlo por el cinturón de seguridad aplastado contra su estómago. Molesto y adormecido, me miró.

—¿Por qué gritas? ¿Qué demonios sucede? ¿Estás bien?

—¡Se ha movido! —exclamé con emoción—. Mira, aún sigue.

Dimitri no comprendió mis palabras hasta que lo sostuve de una mano y la deslicé por debajo de mi camisa. El cálido pero suave tacto de su mano contra mi piel me estremeció. Estaba segura de que Dimitri sentía esos movimientos a pesar de su adormecimiento. Poco a poco fue arqueando las cejas hasta que la admiración se reflejó en su cara. Presionó la otra mano contra mi vientre y las movió por esa zona, acariciándola. Humedecí mi labio inferior a la espera de escuchar algo procedente de sus labios que no fuera un halago directo a sí mismo a través del bebé. Aunque si tenía que ser sincera, esos cumplidos me hacían reír porque no los pronunciaba con mala intención.

—Esto es... Vaya —musitó—. Su primera vez en un avión.

Escruté su rostro con el ceño fruncido.

—Haré como si no lo hubiera escuchado —respondí al final.

—¿No te das cuenta de lo espectacular que es, Catherine? Esa vida es posible gracias a nosotros —prosiguió, ignorándome cuando mis palabras no lo convencieron.

—Sí, lo hago.

Dimitri aproximó su rostro a mi vientre y lo oí susurrar algo, aunque no logré comprender las palabras. Sonreí, pero también quise echarme a llorar. Esa escena dio pie a una serie de imágenes sobre un futuro de ensueño, uno que no se cumpliría. Nunca sería para él algo más que la madre del bebé, y no me conformaría con ser su, ¿amante? Dios, ¿en qué estaba pensando? Aclaré mi garganta y aproveché que sus manos no estaban puestas sobre mi piel para aflojar el cinturón, que había comenzado a ejercer presión. Crucé las piernas en el asiento y Dimitri ubicó sus dedos bajo mi mentón, deslizando mi rostro hacia el suyo. De nuevo, percibí la calidez de su aliento rozar mis labios, tentándome a besarlos, a ignorar mis pensamientos. Maldición, ¿acaso no escuchaba lo que decía?

—Ah, no en esta ocasión —musité, ocultando su boca con la mano—. Perdóname, pero me siento demasiado culpable por el embarazo. No quiero aumentarla con más besos.

Separó su rostro de mi mano unos centímetros.

—Me alivia saber que no quieres besarme por respeto a Svetlana. —Hizo una pequeña pausa de suspense, y admitió—: He supuesto que era porque me detestabas.

—¿Qué motivos tengo para hacerlo?

—Si supieras cómo soy en realidad, lo harías. —Cuadró los hombros y enderezó la espalda—. Sé que soy lo opuesto a todo lo que querrías tener, o lo que has soñado.

¿Por qué estaba diciendo eso?

Dejé caer mi mano sobre la suya, atrayendo su atención.

—Te equivocas. En estos momentos, eres todo lo que deseo.

Esbozó una pequeña sonrisa, una que jamás me había permitido ver. No mostraba sarcasmo ni satisfacción por haber pisado mi

orgullo. Su mirada me estudió más allá, profundizándose. Aferró mi mano con fuerza, me dolieron los dedos ante ese agarre. ¿Había dicho algo erróneo? Finalmente, parpadeó y reclinó el asiento para echarlo hacia atrás. Una vez que esa rara tensión desapareció del ambiente, tomé mi móvil, lo encendí y revisé mis contactos. Debería de estar muerta de sueño, no obstante, parecía que mi resistencia había aumentado tan pronto como Dimitri apareció en mi puerta. Había elaborado una lista con todos los posibles nombres para el bebé, para ambos sexos. Terminé tachándolos todos pues, a pesar de que ya tenía una vaga idea de cómo se iba a llamar, quería consultarlo con Dimitri.

Al fin de cuentas, él también tenía voz y voto en el asunto.

No recordaba en qué momento el sueño había ganado la batalla, pero cuando volví a abrir los ojos, la luz del sol penetraba a través de las ventanillas circulares. Me despecé, estiré los brazos por encima de mi cabeza y golpeé accidentalmente algo con el dorso de la mano. Con rapidez, me giré en el asiento, preparada para admitir la culpa, cuando me percaté de que había aplastado el rostro de Dimitri, ya despierto y con una expresión que denotaba su poco entusiasmo.

—Ups —lamenté.

—Iba a despertarte de una forma sutil, pero me arrepiento de haber sido tan amable —bromeó, apartando mi brazo con delicadeza—. Acabamos de aterrizar. Te he desabrochado el cinturón mientras dormías. Eh, mira. —Deslizó un dedo por mis labios—. Se te ha caído la baba. Deberías estar soñando conmigo.

—Entonces hubiera sido una pesadilla —contraataqué.

Me puse en pie y agradecí mentalmente que pudiera mover las piernas. Después de tantas horas de viaje, lo necesitaba. Abandoné

el avión con cuidado de no perder el equilibrio. La torpeza y yo éramos almas gemelas, típico de mí y de muchas otras personas. Dimitri deslizó un brazo por mi cintura, atrayéndome hacia él. Esta vez no me opuse. Caminamos al interior del aeropuerto y esperamos pacientemente a que el equipaje arribara por la cinta. Luego, Dimitri consiguió alcanzar uno de los taxis libres y subió las maletas con la ayuda del conductor. Eso me recordó a la noche de la despedida de soltero.

Si pudiera regresar a ese día...

El paisaje allí era muy distinto al de Manhattan. Árboles, prados y más árboles. Donde yo vivía, lo único de naturaleza presente en la ciudad era Central Park. El taxi se desvió por otra carretera a la principal y pasamos los próximos treinta minutos hablando por teléfono. Mis padres me enviaron una larga lista de cosas que no podía hacer —y que probablemente haría—. Alexia insistió en recibir una serie de fotos de cada una de las cosas que hiciera y/o viera. Dimitri parecía mucho más tenso a la hora de hablar con esa misteriosa persona. Llegó a alejarse de mí para evitar que lo escuchara.

El olor salado del mar inundó el interior del vehículo. La playa quedaba a menos de treinta metros de la carretera. Mientras tanto, una fila de casas se disponía frente a la primera línea de arena. El coche se detuvo al dar la esquina y bajamos de él. Acabábamos de llegar y ya adoraba este lugar. Dimitri entregó varios billetes al conductor, con propina asegurada, y sacó las maletas. De repente, una mujer de cabello rubio y ojos castaños apareció desde la casa de fachada blanquecina; se sostuvo de la barandilla y acomodó los zapatos que amenazaban con desprenderse. No supe si fue a causa de su pelo corto —que redondeaba un poquito su rostro— o tal vez

por la faceta asustada cuando centró la vista en las heridas de Dimitri. Este último, nada más presenciar su voz, olvidó las maletas y se aproximó a ella con celeridad.

—¡Dimitri! ¡Por el amor de Dios! —gritó—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Mamá, estoy bien.

Abrazó a su madre con mucha delicadeza, como si en cualquier momento pudiera romperla. Besó su mejilla con el mismo cuidado. Ella palmeó su brazo con una sonrisa que iluminó su rostro, la cual le hizo rejuvenecer unos instantes. No debería tener más de cincuenta años. Al menos, las escasas arrugas de su rostro decían lo contrario. Su atención se centró en mí y carraspeé, un tanto incómoda por interrumpir su reencuentro.

—Esta es Cathy, o sea, Catherine Marie Miller. —Dimitri aclaró su garganta. ¡Sus mejillas estaban enrojeciendo!—. Ella es mi madre, Mary Serphine.

—Es un placer, Mary —dije con nerviosismo—. Me llamo como usted.

Mary tomó mis manos entre las suyas y me regaló una cálida sonrisa. Me ruboricé sin motivo y humedecí mis labios, reseca por la brisa.

—Por primera vez ha efectuado una sabia elección —susurró más para mí que para él, pese a que Dimitri se encontraba a menos de un metro—. Aunque nunca llegué a conocer a la otra, lo que me contaste sobre ella no me agradó. ¿Cómo se llamaba, hijo?

—Svetlana. Y no es lo que piensas.

—Me lo esperaba. —Puso los ojos en blanco, restándole importancia—. ¿Cómo te encuentras, cariño? Estarás cansada después de un viaje tan largo, y más en tu estado.

Balbuocé algo sin sentido. ¿Cuándo ha descubierto que estaba embarazada?

—Seré mayor y un poco enferma, pero no estoy ciega —confesó.

Instintivamente descansé las manos en mi barriga y aferré la camisa de tirantes —pegado a mi piel debido a la humedad del mar—. Dimitri se aproximó a mi posición, suspirando. Tuve que alzar la cabeza para poder mirarlo a los ojos. ¿Por qué era tan alto?

—Nos encontramos perfectamente —respondí después de mi ensimismamiento—. Ni aún conocemos el sexo del bebé, aunque espero hacerlo pronto. Tenemos muchos preparativos: la habitación, los muebles, ropa, los accesorios de bebé, los pañales...

—¿De cuántos meses estás? —Mary colocó una mano en mi espalda.

—Tres meses y medio, rozando los cuatro —confirmé.

Me invitó a pasar al interior, a instalarme como si estuviera en mi propia casa. Me adelanté y subí las escaleras mientras estudiaba los alrededores. El ruido de las olas chocar con la orilla podía presenciarse desde mi posición. Apoyé las manos en la barandilla blanquecina y sonreí tan pronto como divisé a Dimitri. Él intentaba cargar con todas las maletas y Mary, igual de testaruda que yo, insistía en cogerlas ella.

Pensé en la frase que Dimitri dijo durante el vuelo. Él me gustaba. Demasiado. Quizás algo más que la simple palabra gustar sería la adecuada. Me daba pánico pensarlo, no podía pronunciarlo ni en mis pensamientos. Sin embargo, no pude evitar tener la sensación de que, por fin, había encontrado un hogar en el que descansar.

SEMANA 16



Catherine

Desperté rodeada de sábanas de coralina aromatizadas con jazmín. Lo primero que hice fue recordarle a mi cerebro dónde estaba; me repetí que no se trataba de mi dormitorio en Manhattan. Pese a que mis deseos fueron otros, Dimitri durmió en una habitación separada a la mía. Ayer —domingo, nuestra llegada a Houston—, fue un día muy interesante. Mary me desveló el problema que su enfermedad suponía: padecía de un cáncer terminal que llevaba diez años matándola. Si había resistido hasta ese momento se debía a los medicamentos experimentales que inducían a los pacientes que se presentaban voluntarios, desesperados por hallar una solución. Pero estos ya no hacían efecto y sus órganos se deterioraban a una velocidad escalofriante. En cuanto las palabras emanaron de sus labios, y admitió que había dejado de asistir a los tratamientos porque resultaban innecesarios, creí que me echaría a llorar frente a ella.

Era posible que no continuase viva para el nacimiento de su nieto o nieta.

Tras una abundante comida saludable —la dieta de Mary era casi idéntica a la que yo había adoptado— me mostró la casa mientras

Dimitri ocupaba su viejo dormitorio. Primero, deshice la maleta y guardé la ropa en los armarios que ella había preparado para mí. La planta de arriba estaba deshabitada, pues Mary era incapaz de ascender las escaleras con mucha frecuencia. Le suponía mucho esfuerzo, por tanto, amuebló una estancia en la planta inferior para ella. En pocas palabras, el día de previo había transcurrido de manera rápida y agradable. Después de instalarme, paseamos por la playa y disfruté con las anécdotas que Mary contaba acerca de ella y de la infancia de Dimitri; deleitándome con sus gamberradas y decepciones amorosas.

Ese repentino cambio de aires alejado de los crueles comentarios de mi hermano y de la presión de los medios hizo desaparecer el estrés acumulado en las últimas semanas.

Aparté las sábanas y me incorporé. Caminé con los pies descalzos hacia el armario, busqué mi bikini color rosa chicle y un vestido blanco de tirantes. Lo coloqué todo sobre la cama para quitarme el pijama; me vestí con la parte inferior del mismo... e intenté abrochar los cordones. No tuve problema para la zona del cuello, sin embargo, mis dedos eran incapaces de elaborar el lazo en la espalda. Mordí mis labios para no expulsar un insulto y, dubitativa, abandoné la estancia para detenerme frente a la otra puerta.

¿Estaría Dimitri despierto?

No lo había escuchado salir de su habitación. Tampoco es que lo vigilase, pero su dormitorio estaba contiguo al mío y me había despertado hacía ya una hora. No había escuchado ningún ruido. Giré el picaporte y caminé de puntillas hacia el interior. Aferré los hilos del bikini con una mano y golpeé la puerta —a pesar de estar ya dentro— con el fin de llamar su atención. Al no obtener respuesta, opté por cerrarla con delicadeza. La persiana bajada y

las cortinas echadas impedían que los rayos solares penetraran en la habitación. Una figura bocabajo descansaba sobre las sábanas, junto a un portátil con la pantalla apagada y varios folios amontonados a su alrededor.

—¿Dimitri? —musité.

Encendí la lámpara situada sobre la mesilla y estudié su rostro dormido. Respiraba con una calma que consiguió sosegar mis nervios. Recorrí su cuerpo con la vista, contemplando los tatuajes que cubrían sus omóplatos. La tentación de acariciarlos fue tan grande que tuve que soltar los hilos del bikini para entrelazar mis propias manos. Maldición. Aparté el portátil, amontonándolo junto a los folios, y lo deposité sobre el escritorio. Lo único que comprendí de esos papeles fue los números de contabilidad. Siempre odié los temas relacionados con economía, así que no le di mucha importancia.

De todas formas, no era de mi incumbencia.

—Dimitri... ¡Despierta! —dije en un tono más alto.

Sobresaltado por mi presencia, tomó asiento en la cama de repente. Me di las gracias por haber apartado el portátil pues, con toda seguridad, hubiera terminado en el suelo tras aquel brusco movimiento. También lo hubieran hecho sus papeles de contabilidad.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz pastosa—. Te dije que...

—Sí. Lo hiciste. —Me apresuré a posicionar el bikini en su lugar, sosteniendo los hilos—. Son las diez de la mañana, no te preocupes. La playa no se va a marchar. ¿Qué es todo esto? — Señalé a los papeles con la mano libre.

—Trabajo. —Frotó su rostro—. Mi padre me llamó anoche. Me necesitaba para solucionar un problema con una de las cuentas

bancarias. Nada de lo que debas preocuparte.

—¿A qué hora te dormiste? —Me aproximé a él—. Menudas ojeras.

Cuando consiguió despejarse y centró la mirada en mí, agrandó los ojos y apartó las sábanas de su cuerpo con celeridad, como si, de repente, estuvieran en llamas. Suspiré con pesadez ante su actitud exagerada. Supe lo que iba a decir, así que me preparé mentalmente para una posible lista de cumplidos que rechazaría con amabilidad.

—¿Quieres provocarme un infarto? —Puso las manos en mis caderas.

El tacto de sus cálidas palmas sobre mi piel me hizo estremecer. Sin embargo, no opuse resistencia a que me arrastrara hacia su cuerpo. Me sentó sobre su regazo, como si fuera una niña y, antes de ser capaz de abrir la boca, apartó mis manos y ató el bikini con un nudo perfecto, sin apretarme, pero tampoco se quedó holgado. Ya no tendría que pasearme medio desnuda por los pasillos de la casa. Aparté el cabello de mis hombros y busqué su mirada, encontrándola en segundos. Se veía bastante cansado y agobiado.

—Tengo hambre. —Le golpeé el hombro desnudo, juguetona—. Ponte el bañador y bajemos a la playa. Llevo casi dos años sin visitarla, ¿recuerdas?

Dimitri ladeó el rostro, asintiendo, y suspiró.

Acarició mi estómago con la yema de los dedos, deleitándose con esos pequeños y breves movimientos que tanto él como yo podíamos presenciar. La sensación era similar a un pez nadando en mi vientre. En ocasiones, lo notaba con más intensidad. En otras, lo confundía con la sensación de estar hambrienta. Quise sacar el tema de conversación que quedó pendiente en el aeropuerto... Sin

embargo, desconocía cómo dar pie exactamente, así que decidí posponerlo para otra ocasión.

Él apoyó su frente contra mi hombro y acaricié su cabello. Sí, eso era típico de parejas, pero también de amigos íntimos, de esos que se llamaban a las tres de la mañana y se contaban todo, ¿no?

—¿Qué te ocurre? —susurré—. Estás raro desde ayer.

—Nada, no tiene importancia. —Presionó sus labios contra mi cuello para besarlo y olfateó mi aroma—. ¿Qué te parece si me preparo e iniciamos con nuestras minivacaciones?

—Estoy de acuerdo con eso.

Le devolví el cariñoso gesto, besándole la frente, y me incorporé de un salto.

Salí apresurada de la habitación, pues precisaba del vestido y, además, la tentación de encerrarme en esa estancia con Dimitri era muy peligrosa.

Ya en mi cuarto, aferré una de mis bolsas de playa e introduje un par de toallas, crema solar y las mismas gafas de sol que me había obsequiado él. Me deslicé por las escaleras con la bolsa entre mis brazos y distinguí la voz de Mary en el salón. Al parecer conversaba con alguien por teléfono. Cuando me vio al final de las escaleras, me saludó con la mano y correspondí con una sonrisa. Ya en la cocina, dejé la bolsa en la encimera y estudié mi alrededor: no quería gastarme dinero en los típicos locales esparcidos por la costa. Tendían a alzar el precio aprovechando que los visitantes eran extranjeros y no conocían los alrededores.

Preparé algo para comer: sándwiches, patatillas y alimentos variados. Lo coloqué todo minuciosamente en el interior de la bolsa mientras mordisqueaba una manzana. Vida sana, comida sana o, al menos, eso dicen.

—¿Qué es todo eso? —Dimitri apareció de la nada.

Me distraje de mis tareas para recorrer su pecho desnudo con la mirada. Aclaré mi garganta a modo de queja: él había demostrado que, a veces, le molestaba que me paseara con pocas prendas en la playa. Su bañador marcaba su masculinidad al completo. Por supuesto, no pensaba cambiarme de prendas, ni de bikini, solo porque él tuviera pensamientos contrarios a los míos. A mí tampoco me agradaba la idea de que las demás mujeres perdieran los ojos en lo que su bañador mostraba.

Me obligué a centrar la vista en otro lado y cerré la bolsa, acalorada.

—Llevo provisiones —respondí—. Últimamente me alimento por dos personas, así que necesito esto, y más. Ya que no duermes como es debido, al menos come bien.

—Me da igual. Solo veo lo preciosa que estás hoy. —Asintió con convicción—. Ese vestido te hace un cuerpo escultural. —Me devoró con su mirada traviesa.

Qué desvergonzado.

—Espera, ¿no era por la pubertad?

Esas palabras fueron las que Dimitri dijo la noche de la fiesta de despedida. Él también recordó el momento, por lo que esbozó su sonrisa más arrogante. Se acercó a mí con pasos lentos y amenazantes que se asemejaban al contoneo de un animal salvaje.

—Digamos que tus glúteos se marcan más con la *lycra* del bikini.

Achiqué los ojos, sin inmutarme por su cercanía. Lo único que se interponía entre nosotros era la isla de mármol. Él extendió una mano para agarrar la bolsa, aprovechando mi distracción para rodear la encimera. Me apresó contra esta y sus manos se

deslizaron a mi trasero, azotándolo. Ahogué un grito y golpeé su hombro, fulminándolo.

—Tienes prohibido tocar esa zona de mi cuerpo, profesor Ivanov.
—Apunté con un cuchillo de plástico hacia él—. Así que más te vale mantener tus zarpas alejadas de mi escultural figura de embarazada antes de que decida cortártelas en pedazos.

—¿Debería asustarme? —susurró con voz juguetona.

—Nunca sabes lo que podría desaparecer mientras duermes.

Apoyé las manos en sus brazos con la intención de apartarlo.

Esbocé una sonrisa idéntica a la suya y, divirtiéndome con nuestro juego, olvidé la persona que carraspeaba a nuestras espaldas. Dimitri se alejó al instante y pasó los dedos por los rizos de su cabello para peinarlo. Los colores ascendieron a mis mejillas y descansé una mano sobre la encimera. Tenía unas tremendas ganas de reír, pero, al mismo tiempo, de esconderme. No deseaba causarle una mala impresión a su madre, aunque me había esperado lo peor tras descubrir el embarazo. Mary reaccionó con amabilidad y comprensión. No me acusó ni me expulsó de su casa.

—¿Día de playa, chicos? —Actuó como si no hubiera presenciado nada—. Yo saldré a hacer unas compras. ¿Os parece bien? ¿Me necesitáis para algo más?

—Disfruta de tu día, mamá. —Dimitri aclaró su voz—. Nos veremos para comer, ¿no?

—Mi pequeño todavía me echa de menos. —Mary acompañó la frase palmeando la mejilla de su hijo con gesto divertido.

Dimitri puso los ojos en blanco, sin embargo, se echó a reír. Aferró la bolsa que había preparado e hizo un gesto con la cabeza a la puerta que daba al exterior. Me despedí de Mary tras un suave apretón de manos y seguí a Dimitri con pasos pequeños pero

rápidos. La playa quedaba justo enfrente, solo tenías que abrir las puertas traseras.

Atravesamos el jardín exterior hasta alcanzar la arena. La sentí caliente debido a la gran cantidad de luz solar que recibía a diario, no obstante, no tardé en percibir la humedad del mar cuando me aproximé a la orilla. Me deleité con las cosquillas que sentía en los dedos cuando las frías olas rompían suavemente contra estos.

Si por mí fuera, permanecería aquí para siempre. Divisé a más personas en la misma zona. Se habían apresurado a buscar un lugar para instalarse antes de que el resto llegase. Dimitri colocó la sombrilla en la arena tras cavar un agujero. Extendió la toalla bajo esta, invitándome a que me acomodase. Entonces, sacudió las manos en sus pantalones y señaló a la casa de nuevo.

—Iré a por mis cosas. Tardaré menos de cinco minutos, no te muevas.

—Tranquilo, no me escaparé —chisté.

Había dicho lo mismo en el aeropuerto.

Él desapareció tras el umbral de la casa y cerró la puerta al entrar. Mientras tanto, yo acomodé la otra toalla, esta vez más al sol. Me disponía a quitarme el vestido para aplicar la crema solar cuando las voces provenientes de dos chicos llamaron mi atención. Se aproximaron a mi posición con zancadas amplias, sonrisas alegres y cuerpos esculturales. Ambos me recordaron a Dimitri por el mero hecho de la arrogancia que derrochaban.

—Buenos días, guapa —dijo uno de ellos, alzando las gafas de sol para que pudiera contemplar unos preciosos ojos azules—. ¿Necesitas ayuda con algo?

—Te hemos visto aquí sola, un poco perdida —añadió el otro—. Me llamo Drake, y él es mi compañero, Shane. Vivimos al lado, al pasar

la costa.

Les estudié de arriba abajo y entrelacé los brazos en mi vientre, respondiendo:

—Yo soy Catherine. Estáis en lo correcto, vengo de Manhattan.

—Vaya, una chica de la gran ciudad. —Drake le dio un codazo al otro chico, hablando a través de señales que yo no entendía—. ¿Te gustaría venir con nosotros? Esta playa es aburrida, nosotros conocemos los mejores lugares en donde celebrar las fiestas. No te puedes imaginar la de cosas que se pueden hacer en los salones independientes.

—No, gracias. Estoy aquí con...

—Conmigo. —La cuarta voz entró en escena. Dimitri dejó caer sobre la arena una bolsa de plástico azul y me apartó, ocultándose tras su espalda ancha—. Ella está aquí conmigo. Fuera, ahora —ordenó.

Los chicos intercambiaron una mirada, pero no se mostraron incomodados. Ni siquiera temieron la actitud violenta que Dimitri comenzaba a adoptar. Intenté reprimir mi sonrisa, pero ¿era producto de mi imaginación o se estaba poniendo celoso? No había ningún motivo para estarlo. Esos chicos se acercaron a mí con la intención de invitarme a donde sea que estaban insinuando, y yo no pensaba aceptar su ofrecimiento.

—Espera, ¿quién eres tú? ¿Su hermano? —Shane, el de cabello oscuro, humedeció sus labios—. Somos buena compañía para ella. No te pongas a la defensiva. Puedes preguntar a quien quieras, nos conocen a lo largo de la costa —incitó.

—A las únicas personas que tendré que preguntarle será a los médicos después de que os parta la cara. Dejadla en paz antes de que pierda la paciencia —susurró, tocando con el dedo el pecho

desnudo de uno de ellos—. He derribado a tíos el doble de grandes que vosotros dos juntos. ¿Queréis que lo vuelva a poner en práctica?

Me vi obligada a intervenir por el rumbo que los acontecimientos habían tomado. Aferré el brazo de Dimitri con cariño y apoyé mi cabeza contra su espalda en un vano intento de tranquilizarlo. Sentía su rápida respiración mover su pecho, arriba y abajo. Los chicos optaron por marcharse, sin despedirse, mirándolo con resentimiento. Entonces, Dimitri me encaró, con una ceja arqueada y la mandíbula tensa. Sus manos me sujetaron por las caderas, sobre el vestido, señal para demostrarles que estaba con él.

—No has debido hacer eso —reproché.

—Catherine, no seas tan inocente. —Acarició mi mejilla y se apartó tras perderles de vista—. Por desgracia, yo he empleado ese truco cientos de veces. Intentaban llevarte al bar más próximo, emborracharte, y luego llevar a cabo lo que ambos pensamos.

—Oh.

No le respondí. No sabía cómo hacerlo.

Todos eran conscientes de la sociedad tan desastrosa que existía en nuestro mundo, de las intenciones ocultas e individuos que se aprovechaban de los más débiles. En mi defensa diría que esperaba otro tipo de encuentro con esos chicos. Yo también albergaba una imagen idealizada de la universidad y de sus estudiantes: al contrario de lo que se mostraban en las películas o series (alumnos tumbados en el césped mientras escuchan música, celebraciones en la piscina o en la playa, prácticas divertidísimas en laboratorios); la universidad era un espacio repleto de competitividad y de profesores que adoraban atosigar a sus alumnos con decenas de prácticas y exámenes en la misma semana. Esas chicas simpáticas

que te ofrecían entradas gratis para fiestas de hermandades o chicos que te invitaban por las mañanas a la cafetería para empezar bien el día...

De acuerdo, lo sé, no estaba insinuando que no existieran, pero no son tal y como lo imaginamos en nuestra mente. Al ver mi repentina actitud cohibida, Dimitri hizo todos los honores y me quitó el vestido con una delicadeza impropia de él. Lo introdujo en el interior de la bolsa de playa y señaló a la crema. Puse los ojos en blanco, permitiendo que la aplicara tanto en mi espalda como en mi vientre, y una vez que la tensión desapareció del ambiente, me zambullí con delicadeza en las cálidas aguas.

S

—Estoy agotada —dije mientras anudaba la toalla alrededor de mi cabello húmedo.

Impedí que las gotas mojaran el entarimado de madera. El vapor del cuarto de baño escapó hasta el dormitorio en donde Dimitri intentaba organizar los papeles y teclear al mismo tiempo. Se veía más que adorable con el ceño fruncido. Frotó su barbilla y me dedicó una mirada mientras hacía un gesto hacia la cama, desocupada.

—Túmbate y, en cuanto termine, te haré un masaje —sugirió.

—Vaya, no he tenido que suplicar —respondí con tono irónico.

Desenredé y sequé mi pelo para recogerlo en una trenza. Llevaba puesto un vestido rosa que usaba como pijama. Era la mejor prenda para dormir ya que la humedad podía llegar a ser asfixiante al estar tan próximos a la playa.

Tomé asiento en el bordillo de la cama y me tumbé. Acaricié mi vientre de nuevo, debatiéndome entre sacar el tema de conversación u ocultar mis ansias por hablar. Dimitri parecía agobiado con lo que fuera que tenía entre manos.

—¿Dónde lo quieres exactamente? —Su voz sonó próxima a mí.

—La espalda. El dolor me está desesperando.

—Siéntate entonces.

Me incorporé y crucé las piernas. Aparté la trenza y dejé que cayera sobre mi pecho. El colchón se hundió cuando Dimitri se colocó detrás de mí y acarició mis hombros desnudos con la yema de los dedos al mismo tiempo en el que deshacía el nudo del vestido atado en mi espalda. Nunca admitiría que adoraba sentir sus manos sobre mi piel. Presionó las partes que notó más tensas y agaché la cabeza con los ojos cerrados.

—Cathy... ¿Podría hablar contigo? —Su voz terminó con la paz.

Bien. Me había hecho el favor de empezar él.

—Por supuesto —murmuré, un tanto atontada—. ¿Qué te preocupa?

—En el aeropuerto, ayer... —Sus manos bajaron hasta la parte más baja, rozando mi ropa interior—. Tenías razón. Mi comportamiento era extraño y se debe a varias razones que no debería contarte, pero que quiero confesar porque este secreto me está matando. —Hizo una pausa—. Svetlana ha adelantado la fecha de la boda. En el taxi, cuando la llamé para informarle de dónde estaba, obviamente no te mencioné, me lo comunicó.

La piel de mi nuca se crispó al escuchar esas palabras. Agradecí que no pudiera ver mi rostro apenado desde su posición.

—No será dentro de mucho, dentro de unas pocas semanas, quizá. Pero sucederá antes de que el embarazo llegue al último trimestre

y...

—Antes de firmar los papeles de la empresa —añadí.

—Exacto.

Los siguientes minutos transcurrieron en silencio, aunque sus manos no se detuvieron. Solo cuando me harté de pensar y de no hablar, le pedí que atase los hilos del vestido, cambiando de postura para que iniciara nuevas caricias en las piernas. Él correspondió con una atrevida sonrisa, moviéndose sobre el colchón hasta alcanzar la curva de mi rodilla. Aprovechando que estaba frente a mí, me armé de valor y dije:

—¿Qué pretendes decirme con esto? Asistiré a la boda para no levantar sospechas si es lo que deseas, pero Svetlana merece saber que serás padre. No continuaré ocultando el embarazo, ya tengo suficiente con ignorar sus llamadas y poner tontas excusas para aplazar sus visitas. —Mi intención no era reprochárselo, pero no pude evitarlo.

Si guardaba el secreto, no lo hacía solo para protegerme de los escándalos, sino también para impedir que Dimitri se sumergiera en un problema del que no podría escapar.

—Tengo que asegurarme de que los papeles sean míos, Catherine. De lo contrario, mi padre me quitará lo poco que tengo. —Ascendió los dedos hacia mis muslos, posándolos en la cara interna, y se detuvo—. ¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

Buscó mi mirada. Yo la aparté. Quise decirle que no se casara, que podíamos fugarnos lejos de todo y de todos para comenzar aquello que siempre hemos querido. Pero fueron otras palabras las que consiguieron emanar de mis temblorosos labios:

—Sí. Tu padre dejará su legado en tu poder y te casarás con una mujer maravillosa. —Aclaré mi garganta cuando mi voz flaqueó—.

Podrás formar una nueva familia.

—Tiene gracia, ¿no crees? Ya voy a tener una.

—No es lo mismo. Nuestro bebé fue por accidente, no por amor. — Me arrepentí automáticamente de haber dicho esas palabras, así que me apresuré a arreglar el desastre—. Es decir, no lo planeamos; surgió de la nada. ¿Qué puedo decirte? Amo a esta pequeña cosa revoltosa. No podría imaginar qué pasaría conmigo si algo le sucediera.

—Catherine... hay algo que yo... tengo que decirte.

Detuvo el masaje al instante. Se incorporó y se alejó de mí tanto como le fue posible. Deambuló alrededor del dormitorio con gesto preocupado, cargado de nerviosismo. Solo lo había visto de esa manera en una ocasión: cuando fuimos a la consulta de hospital para la primera ecografía. Aunque, ahora que lo estudiaba con mayor detenimiento... se mostraba incluso más inquieto. Ya no solo predominaban los nervios, sino también el temor. Pero ¿a qué? Me senté en el borde de la cama y lo invité a hablar.

—Yo no quiero casarme. —Esas cuatro palabras me hicieron sonreír interiormente, aun siendo consciente de que no era la reacción adecuada—. Estoy forzado, obligado, es un maldito castigo. El compromiso te aleja de lo que más quieres, siempre y cuando no estés ligado a la persona que amas. Claramente, ese no es mi caso. —Mis latidos se aceleraron, incluso temía haberme sonrojado—. Svetlana no es como crees, Catherine.

—¿A qué te refieres? —Eso no lo estaba esperando—. La conozco desde hace apenas unos meses, cierto, pero se ha comportado conmigo al igual que una hermana.

Tensó la mandíbula.

—¿Tu hermana te obligaría a hacer algo en contra de tu voluntad?

Esta conversación se estaba tornando un tanto chocante, así que me incorporé y seguí sus pasos hasta que lo tuve a escasos centímetros.

—Si no quieres contraer matrimonio, habla con ella. —Encogí los hombros—. Le dolerá que, después de todo el tiempo que lleváis juntos no logréis dar ese paso, pero tampoco te intentará asesinar mientras duermes, como yo he insinuado esta mañana.

Quise hacerlo reír, pero causé el efecto contrario.

—Dimitri, ¿qué es lo que ocultas? —Alcé las manos en el aire—. Creo que tenemos la suficiente confianza para tratar estos temas, ¿no crees? —Ladeé la cabeza.

—Ella sabe a la perfección que no la quiero, ni siquiera me gusta o me atrae. —Torció sus labios hasta formar una mueca—. Es más, lo único que siento hacia ella es repugnancia y arrepentimiento de no haberme dado cuenta de cómo es en realidad.

—Esto no me gusta —señalé—. No hables así de ella.

—¡Me amenazó con meterme a la cárcel si no la obedecía! —Su grito retumbó en las paredes de la habitación, retrocedí sin darme cuenta—. ¿Por qué piensas que no soy lo suficiente bueno para ti? ¡Es un milagro que te agrade mi compañía!

—Espera, ¿cómo dices? ¿La cárcel? ¿Qué relación tiene con la boda?

Pasó las manos por su cabeza y resopló. No podía mostrar que estaba asustada, aunque claramente sentía pánico hacia Dimitri en ese momento. Opté por la vía más complicada, porque en eso consistía la vida: en partir a lo arriesgado y seguir hacia delante. Acorté la distancia y coloqué las manos en su cuello, acariciándolo. Relajó la respiración al primer contacto, pero mantuvo el cuerpo rígido, demasiado tenso.

—Maté a una persona, Catherine. —No titubeé en ninguna de las palabras—. Fue un accidente, ni siquiera me di cuenta de lo que había hecho hasta que mi padre me golpeó horas más tarde. Me hizo volver a la realidad al instante y, junto con sus amenazas, me obligó a sentar la cabeza. Por eso empecé a trabajar y estoy a punto de casarme.

No retiré las manos, pero mi cuerpo amenazó con alejarse.

—Sucedió hace muchos, muchos años. Mi madre había empeorado debido a la falta de tratamientos que mi padre le negó. Traté de ayudarla, pero ese hijo de puta descubría mis procedimientos antes de efectuarlos. La noche en la que me llamaron del hospital para comunicarme que el cáncer se estaba extendiendo a través de la sangre y que había alcanzado otros órganos... No pensé más que en asesinar a mi padre. Así que me decanté por la opción más cuerda y menos delictiva: partir hacia el club de lucha. Sí, ese mismo en donde permití que tu hermano me partiera la cara.

Continué en silencio.

—La rabia y el alcohol eran lo único que circulaba por mis venas esa noche, así que atacé a mi oponente con el fin de descargarlo todo. El resultado fue que maté a golpes a un hombre. Desde ese entonces no probé el alcohol, cerré el club por mi propia cuenta y juré que enterraría a mi antiguo yo. Mi padre consiguió hacerles creer que fue un simple accidente, una caída; una mera rotura de nuca. Borró mi nombre. Resultó una tarea complicada pese a que, por ese entonces, estábamos obligados a preservar nuestra identidad bajo una máscara. Recuerda, las peleas eran y siguen siendo ilegales.

Dimitri alzó sus manos y apartó las mías de su cuello para entrelazar nuestros dedos. Besó mis nudillos, trató de calmar el tembleque que predominaba mis extremidades. Noté la calidez que irradiaba su cuerpo cuando rozaba el mío, pero no fui capaz de responderle. Me había quedado de piedra, no encontraba palabras.

—Uno de los requisitos de mi padre para completar la fachada de hombre renovado y responsable era el matrimonio. Conocí a Svetlana gracias a mi trabajo en la universidad y no me costó camelarla. En unas pocas semanas la tenía rendida a mis pies, en los dos sentidos —masculló—. Por favor, Catherine, di algo. Me estás acojonando.

—Yo...

Me sentía muy confusa. A pesar del cúmulo de emociones que se arremolinaba en mi pecho, tenía algo claro: Dimitri no era como insinuaba. Había elaborado una fachada para ocultar el dolor que había padecido durante esos malditos años. Había sido un chico no solo abandonado por su padre, sino también maltratado. No contó con la ayuda de nadie, hizo su propio camino. Los periódicos y los medios de comunicación lo categorizaban de ser un hombre de negocios calculador, frío y codicioso.

Sí, así era cómo actuaba cuando estaba en el interior de su refugio. Pero lo único que él necesitaba saber era que ya no estaba solo.

Me tenía a mí.

Y al pequeño o pequeña que pateaba mi vientre.

Su mirada me reprochaba una respuesta y distinguí el miedo reflejado en ellos: miedo a que decidiera hacer las maletas y regresar a Manhattan, miedo a que cortara los lazos que nos unían. Así que, en lugar de pensar en exceso, como estaba haciendo hasta el momento, llevé a cabo lo que sentía. Liberé mis manos de su

agarre y deslicé los brazos por su cintura. Me amoldé a su figura y apoyé la barbilla en su hombro, cerrando los ojos. No tardó en rodear mi pequeño cuerpo con sus fuertes brazos, aprisionándome como si no me quisiera dejar escapar. Escondió su rostro en mi cabello y, al respirar sobre mi cuello, me provocó unos estremecimientos a lo largo de la columna.

—¿Qué significa esto? —susurró cerca de mi oído.

—No pienso llamarte asesino por el crimen. —Acaricié su espalda con lentitud—. Tampoco te considero un borracho ni nada de lo que tú mismo te llamas. —Me aparté unos centímetros para mirarlo a los ojos—. Y no deberías dejar que Svetlana te maneje de esta forma, no tiene ningún derecho a hacerlo. Eres libre de elegir lo que más quieras. —Acaricié las heridas de su rostro con la mayor suavidad posible—. Quiero decirte que no estás solo, ya no más. Has dejado a ese hombre atrás, era una... fase y la has superado. Me tienes a mí, y a tu hijo, tu madre. Tus amigos. Nos tienes a todos nosotros y necesitabas que alguien te lo demostrara.

—Catherine —musitó con voz ronca.

Sus labios atacaron los míos con la misma ferocidad de la otra noche. No intenté apartarme, ni siquiera se me ocurrió hacerlo. Anudé los dedos con su pelo y tiré de su cuerpo hacia el mío hasta que no quedó ni un centímetro de separación. Mordí sus labios, incitándolo, provocándolo. Un gemido escapó de mi garganta cuando sus manos se deslizaron bajo el vestido y aferraron mi trasero, arrastrándome para que mi espalda chocara con la pared. Me sostuvo por la pierna derecha, con la cual rodeé su cadera. Percibí su erección presionada contra los vaqueros. Él no tenía intención de frenar y, puestos a ser sinceros, yo tampoco lo

deseaba. No obstante, y usando cada acopio de valor, trasladé las manos hasta sus pectorales y lo empujé, rompiendo el beso.

—Será mejor que me marche... a mi habitación —hablé entrecortadamente—. No es buena idea que permanezca aquí durante más... tiempo. Digamos que no sería adecuado... terminar desnudos, uno sobre el otro —agregué, aclarando mi postura.

—Yo no tengo problema con eso. —Su mirada se centró en mi boca.

—Estamos en la casa de tu madre —repliqué—. Es probable que nos haya escuchado discutir y quién sabe qué más. Por favor, no lo hagas más difícil.

—Duerme conmigo —sujetó mi pierna con firmeza contra su cadera—. Prometo que no haré nada que tú no quieras mientras tanto.

—¿Puedo fiarme de su palabra, profesor Ivanov?

—Siempre.

SEMANA 17



Catherine

Desconocía si era por mi mala suerte o porque los astros se alineaban en mi contra, pero había despertado acompañada de una tormenta veraniega repleta de truenos y de rayos que nos imposibilitaría abandonar la casa a lo largo de la mañana, y probablemente también durante el resto del día. Los nubarrones oscuros no parecían con ánimos de marcharse.

Yo continuaba en la cama, tumbada sobre mi costado derecho y con el rostro girado hacia la ventana de cortinas abiertas. Estaba tan oscuro que parecían las tres de la madrugada en lugar de las nueve. Mi mal humor no se debía a que me encerraría en casa durante más de veinticuatro horas —en realidad me encantaba la idea—. Dimitri había reservado mesa en un restaurante donde cocinaban el mejor marisco de la zona y, puestos a ser sinceros, empezaba a tener antojos que exigían ser saciados. Los rumores tendían a confirmar que, si no se cumplía dicho antojo, el bebé nacería con un rasgo facial similar a este. Aunque no terminase de creerlo, no quería tomar el riesgo de que el niño o la niña naciera como una langosta.

La sosegada respiración de Dimitri acariciaba mi nuca mientras yo me deleitaba con el sonido que la lluvia emitía al impactar en la

ventana. Desde que conversamos esa noche sobre lo ocurrido en su pasado, adoptamos la costumbre de dormir en la misma cama. No, no nos habíamos acostado por segunda vez. Nuestra situación ya era muy complicada, no la empeoraríamos involucrando sexo. Pero eso no significaba que no pudiéramos abrazarnos o besarnos ocasionalmente.

Me di la vuelta y quedé cara a cara con Dimitri. No solo me contemplaba con la misma intensidad que yo a él, sino que había fingido estar dormido para averiguar qué diantres llevo a cabo cuando él sigue soñando.

De todas las facetas que poseía Dimitri, mi favorita era justo la que tenía delante. Al despertar, estaba completamente despeinado, somnoliento e, incluso, un poquito atontado. Pero se mostraba tierno, sonriente y amable. Me hundí en la almohada de plumas y me ruboricé al sentir el tacto de sus dedos escalando por mi muslo, realizando cosquillas en círculos. No supe qué lo provocaba, pero su influencia en mí era tal que mis latidos se aceleraban y me privaban del aliento. Estar enamorada era parecido a encontrarte en el lecho de muerte, lo cual explicaría muchos comportamientos de las parejas tan empalagosas. Puede que uno no pudiera vivir sin el otro por mucho tiempo.

—La lluvia nos ha fastidiado los planes —articuló con voz ronca, medio dormido.

—Sí. Yo también esperaba ir a ese restaurante.

—No te preocupes. Seguro que encontramos una alternativa. —Se acercó solo para rodear mi cintura con un brazo, atrayéndome hacia él. El frío de la habitación se desvaneció en cuanto me adherí a sus pectorales como una lapa, anudando los brazos tras su espalda—.

Maldita seas, Catherine. Tienes la nariz congelada. —Lo escuché mascullar.

—Anoche se nos olvidó encender la calefacción.

—Estamos en verano, ¿quién demonios la usa?

—Desde hace dos días la temperatura cayó en picado —recordé con una sonrisa. Había aplastado a propósito el rostro contra su pecho, sabiendo que estaba helada. Desconocía cuándo empecé a hacerlo, pero de noche me destapaba y amanecía con las sábanas a mis pies—. Aunque, si tanto te molesta, puedo apartarme y acurrucarme con...

—Ni hablar —intensificó el abrazo—, te quedas aquí, conmigo.

No pensaba reprochárselo.

Nuestras vacaciones en Seabrook estaban yendo como la seda: sin discusiones, estrés o preocupaciones por lo que nos aguardaba en Manhattan. Ya habían transcurrido nueve días desde que nos instalamos en esta adorable casa, y no ansiaba pensar en los pocos días restantes para regresar a nuestros respectivos hogares. Tenía una cita en la clínica privada y, aunque me tentaba descubrir el sexo del bebé, reprimiría mis ansias un poquito más.

Mis pestañas acariciaron la tez morena de Dimitri, noté que temblaba al sentirlas. Él dormía sin camiseta, alegaba que por comodidad. Su piel continuaba tan cálida como si portase uno de esos jerséis de lana que te regalaban por Navidad.

Al principio, me incomodaba mucho verlo con tan poca ropa, pues me recordaba a la desastrosa noche en la que concebimos al bebé. Nunca me había detenido a pensar con frialdad en cómo actuamos esa madrugada, cuando despertamos con las sábanas arrugadas en el suelo y nuestros cuerpos separados por más de un metro de distancia. Y desnudos. Lo último que yo recordaba era caer rendida

en la cama, mi cuerpo estaba exhausto tanto por los «ejercicios» practicados con Dimitri como por esos estragos que el alcohol dejaba luego de consumirlo. Ninguno pensó en el condón, ni siquiera nos preocupamos por organizar el dormitorio en caso de que Alexia volviera antes de lo previsto. Dimitri se había despertado antes que yo, lo supe porque escuché lo que hacía al vestirse y el ruido de la puerta al abrirse y posteriormente cerrarse. Fue... frío, e inapropiado por parte de ambos, pues él no se dignó a despertarme ni yo me atreví a decir nada al percatarme de que se marchaba. Imaginé las miles de parejas que habría por el mundo en la misma situación que nosotros, y me angustió pensar en ese tipo de relación.

Si alguien me hubiera dicho que Dimitri y yo acabaríamos como estábamos en esos momentos...

—Últimamente estás muy pensativa —comentó él sobre mi cuero cabelludo, tomando el mechón enredado que descansaba sobre la cama para alisarlo con los dedos—; si te apetece hablar de algo, ya sabes que mi puerta estará siempre abierta para ti —repitió.

—Solo recuerdo cosas del pasado. —Le resté importancia—. Estoy bien.

—¿Segura? —se alejó unos centímetros y me miró a los ojos.

—Te he dicho que sí, bobo —centré la vista en su boca, tan cercana a la mía.

Creo que leyó mis pensamientos porque, al instante, me tomó del mentón para que sus labios se posaran sobre los míos. Le di acceso a mis besos, pero también a la curva de mi cadera y a las de mi trasero. Me gustaba cómo me hacía sentir tras acariciarme, pues era como si me necesitara, como si en verdad le gustara estar conmigo. Pese a mi edad, no había tenido una relación más allá de

las imaginarias —con personajes televisivos— y temía no encontrar una persona con la que me sintiese tan... libre y segura. Las carcajadas salieron de mí en cuanto me tumbó encima de él y apretó los puntos más sensibles de mis costados, sonsacándome más risa que derivó en lágrimas que se derramaron por mis mejillas. ¡Qué diferente era Dimitri cuando se alejaba de la empresa y de la ciudad!

Aunque, pensándolo bien, ¿no lo éramos todos cuando soltábamos nuestros miedos?

—Tengo hambre. —Me quejé, todavía sentada sobre la parte baja de su vientre—. Aborrezco muchísimo estar siempre hambrienta. No termino de comerme un plato y ya quiero más. ¿Por qué no inventan algo para frenar las ansias de comida durante el embarazo? Pero lo peor no es eso —me apresuré a añadir cuando atisbé sus intenciones de incorporarse para prepararme el desayuno—, sino el tipo de comida que me apetece. ¡Quiero langostinos! ¡Y son las nueve y diez de la mañana! —exclamé, muy fastidiada.

—Si te apetecen langostinos, entonces te traeré langostinos.

—¿El padre de mi hijo es Aquaman? ¿Tendremos un niño mitad pez?

—Has descubierto mi auténtica profesión. —Tornó su voz a una más ronca y plasmó la amplitud de su mano derecha en mi vientre, sorteando la camiseta del pijama—. A partir de ahora dedicarás tu vida a salvaguardar mi secreto —prosiguió con mucha seriedad.

—Tráeme los langostinos y puede que considere tu propuesta.

Continuamos riendo otro poco más y, después de un tierno beso, me levanté y entré al cuarto de baño. Las duchas matutinas eran mis favoritas, pues alejaban el sueño y lo reemplazaban por una sensación de comodidad y de felicidad que rara vez disfrutaba. Era

increíble cómo un lugar o una persona podían cambiar tu realidad por unos días. Me enfundé en un *jersey* azul de cuello en pico que acompañé con unos pantalones cortos que contrarrestarían el posible calor que sentiría.

Al llegar a la puerta de la cocina encontré a Dimitri registrando los alimentos de la nevera. Extraía lo congelado en busca de mariscos. Me enterneció que se tomase esas molestias por mí, y estuve a punto de interrumpirlo cuando Mary apareció tras de mí.

Me hizo un gesto para que la siguiera al salón, ubicado al final del pasillo. Allí, me aconsejó que no hablara, lo cual me hizo fruncir el ceño. ¿Qué iba a contarme que no podía saber Dimitri? Cerró la puerta una vez que pasé al interior y caminó hacia el armario.

—Te prometo que esto será rápido —me pareció oír de su parte.

—¿Ocurre algo? —Me interesé y me acerqué a ella.

—Más o menos. —Cargó en la mano derecha un papel alargado y usó la mesa de cristal para apoyarse. Empezó a rellenar datos con un bolígrafo, y no fue hasta que identifiqué las cifras de dinero cuando exhalé un sonoro suspiro—. Espero que estés suspirando por la grata sorpresa que te provoca ver un cheque —bromeó con una divertida sonrisa.

—Mary... no es necesario —descansé una mano en su antebrazo.

—Para mí sí lo es. —Arrancó el cheque y lo extendió hacia mí—. Catherine, a ti no puedo mentirte porque sé que soportarás la verdad: me estoy muriendo. Sí, sé que lo estoy haciendo desde hace años, pero ahora es más real que nunca. Los médicos estiman que no sobreviviré más de cinco meses. Tal vez cuatro. O tres. No sé el tiempo que me resta y quiero que aceptes este dinero para ayudarte con el bebé —explicó con dulzura.

—Es una cantidad exorbitante, Mary —musité y apreté la mandíbula.

—Son mis ahorros de los últimos años. ¿De qué me servirán una vez que me haya ido, cielo? Solo descansaré en paz siendo consciente de que mi nieto o nieta tiene un futuro asegurado, un dinero que le ayudará a costear los estudios, el seguro médico, la comida y su ropa. Independientemente de si Dimitri también lo aporta, quiero que tú guardes esto para él o para ella. —Cerró mis dedos alrededor del cheque—. Cómprale regalos por su cumpleaños como si fuesen míos. No te olvides de Navidad. También cuando sea excelente con las notas escolares.

Escuchar el futuro tan evidente en el que ella no estaría para acompañar al bebé me hizo desviar la mirada para evitar derramar más lágrimas. Costaba aceptarlo, mi mente continuaba insistiendo en que encontraríamos otra alternativa, pero la realidad era esa.

—Si Dimitri me escuchara decir esto, estoy segura de que rompería el cheque y también los que me quedan. Por eso lo he hablado contigo, a solas —insistió, sonriendo con esa amabilidad y tranquilidad que una persona alberga cuando ha vivido... en paz.

—Está bien. Pero me sigue pareciendo mucho dinero.

—No te preocupes, no apareceré como un fantasma para acosarte si veo que inviertes algún que otro billete en tus caprichos. —Su intención era hacerme reír, y lo consiguió—. Hoy os volveré a dejar a solas. Tengo una cita con mi abogado. Estamos preparando el testamento, y no pensaba que las propiedades en España continuasen siendo más. Si te sirve de consuelo, nunca adquieras casas en lugares donde no visitarás a menudo. Luego se convierten en una carga —dijo más para sí misma que para mí.

Doblé el cheque por la mitad y lo introduje en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Solo tras asegurarme de que no me derrumbaría en presencia de Dimitri, me adentré en la cocina y me encontré con el delicioso aroma que desprendían las gambas al asarse. Asombrada, crucé el espacio que me distanciaba de él y eché un vistazo a la sartén.

—Me mimas demasiado —reproché con la boca hecha agua.

—Es lo mínimo que puedo hacer. No soy yo quien tiene un bebé creciendo dentro del útero. —Me rodeó los hombros con un brazo y me mantuvo cerca de él—. Sé que te gustan más cuando están crujientes. Le añadiría salsa de picante, pero la tienes prohibida.

—¿Cómo sabes que las prefiero crujientes? ¿Te lo ha dicho Alexia?

—No. —La comisura izquierda se torció más que la derecha. Ese gesto indicaba que no iba a adivinar sus siguientes palabras—: La segunda noche, en el campamento, acudió a petición de mi padre uno de sus chefs favoritos. Ya que deseaba dar la imagen generosa que inició al pagar las cuotas de los alumnos, también costó la cena de cada individuo que había en el campamento. —Usó las pinzas de metal para girar las gambas—. Detestaste el marisco porque estaba blandito. Recuerdo cómo lo escupiste a la servilleta y te serviste un plato de pasta precocinada porque no deseabas morir de hambre.

Mi mandíbula se desencajó, lo contemplé con mucha admiración. ¿Cómo no había olvidado esos detalles? Había pasado más de un año, suficiente para distraerse con datos de mayor relevancia. ¿Significaba que Dimitri se interesó en mí desde el campamento? ¿Que lo ocurrido la noche de la despedida de soltero no fue solo obra del destino? Alexia me dijo en una ocasión que nos habíamos

reunido por un motivo. Yo no creía en leyendas de esas que dicen que nuestras vidas están predeterminadas desde que nacemos, y que no importa lo que hagas porque estabas condenado. Pero lo nuestro...

Dimitri me miró por el rabillo del ojo y me captó observándolo con intriga.

—La señorita Miller comienza a cambiar su opinión sobre mí — bromeó.

—En realidad, la he mejorado.

Una vez que ese momento de sorpresa llegó a su fin, nos sentamos para desayunar y, aunque Dimitri se decantó por unas tostadas, le ofrecí gambas por educación (esperaba que dijera que no, las quería todas en mi estómago). Mary se despidió y la escuchamos arrancar el motor de su vehículo y desaparecer por el camino de tierra. Supuse que el mal tiempo no le preocupaba, que estaba acostumbrada a los truenos y a la lluvia torrencial.

No había investigado sobre ello —lo haría de regreso a Manhattan—, pero ese tipo de temporal me calmaba. El sonido que emitían las gotitas al impactar en la casa, el viento y el color que dominaba en el exterior me transmitía una sensación que no sabía describir.

En cuanto ordenamos la cocina y saciamos el hambre, nos acomodamos en los amplios sillones situados en el salón. Encendimos la televisión, aunque en realidad no había mucho que ver a esas horas de la mañana. Antes resultaba incómodo compartir una misma estancia en silencio, solíamos buscar un tema de conversación o un juego con el que entretenernos. Pero ya era distinto. Extendí las piernas encima del regazo de Dimitri y viré el rostro hacia la pantalla de que ocupaba la pared. Estaría bien mirar

películas de miedo con las luces apagadas y de noche, sin olvidar el volumen elevado.

Me olvidé de mis planes en cuanto descubrí que estaban emitiendo *Dirty Dancing*. La trama de la película consistía en un profesor de baile que coincidía con una adolescente en un hotel y con la que se establecía una conexión a través de la música y del baile. Dimitri prefería otro tipo de películas (como las de James Bond o *Expediente Warren*), pero accedió a dejar ese canal si, posteriormente, yo aceptaba ver una película de su elección. Sentí cómo tamborileaba los dedos en mis gemelos a lo largo de la proyección, siguiendo los ritmos de las canciones. Aquello despertó una idea alocada en mi cabeza.

—Dimitri —llamé, él me miró al instante—, ¿qué te parece si nos animamos un poquito?

—Tengo miedo de preguntar qué disparate ha pasado por tu mente.

—Ven, sígueme. —Me incorporé y le extendí las manos—. Vamos, no seas tímido.

Cuando él se levantó, pausé la película para no perdernos la próxima canción. Dimitri acomodó su camiseta y me siguió hasta el espacio ubicado entre los sillones y la televisión, apartando la mesita de café. Él adivinó mis intenciones antes de que pudiera informarle lo que estábamos a punto de hacer.

—Yo no sé bailar, no soy como Johnny Castle —advirtió.

—Eso me da igual. —Me arrimé a él—. Siempre quise hacer esto.

—¿Qué te lo ha impedido? Bailar al ritmo de una película no es un delito.

—No encontraba al acompañante adecuado, al que siguiera mis locuras. —Intenté que mis palabras no sonasen demasiado cursis o

empalagosas—. Pero veo que no te apetece en lo más mínimo, así que podemos olvidarnos de la idea y seguir viendo la película.

—No me manipularás como esta mañana, Cathy. —Antes de percatarme, Dimitri estaba aferrándose de la cintura y me inclinaba hacia atrás con mucho cuidado—. Me halaga que me consideres como tu pareja idónea para el baile. Espero serlo para otras cosas.

Deslizó la palma de la mano a lo largo de mi columna y, cuando llegó a los omóplatos, volvió a erguirme y a apresarme contra su cuerpo. Emití una risa nerviosa, una que no supe aplacar de ninguna forma. Santo Dios, ¿cómo era posible que me excitara tanto?

Él indicó que siguiera sus pasos, bien hacia la derecha o hacia la izquierda, y me hizo girar entre sus brazos para que mi espalda se adhiriera a su camiseta. Cruzó mis brazos y los suyos en mi pecho, recordándome a cómo se movían los profesionales los concursos de la televisión para sorprender al jurado; me incitó a mover la cintura al mismo ritmo que la suya, tambaleándonos de un lado a otro con sensualidad.

—Me sorprendes, Catherine —ronroneó sobre mi oído—, ¿qué otros talentos ocultas?

—Tengo la habilidad de memorizar la mitad de un libro en un solo día —confesé.

—Ahora entiendo cómo adelantaste un curso en el instituto. —Me hizo girar de nuevo para que quedáramos cara a cara. Dimitri sonreía con esa picardía que enloquecía a las jóvenes de la universidad—. También bailas mejor de lo que esperaba. Dos puntos para Gryffindor.

—Un momento, ¿te gusta Harry Potter? —Anudé los brazos en su cuello.

—He crecido leyendo los libros y viendo sus películas. Pero no se lo cuentes a nadie, o pensarán que me he vuelto más... blando — suplicó con un puchero.

Correspondí con un leve asentimiento y descansé mi cabeza con la suya, cerrando los ojos. ¿Qué tenían de mágicos esos momentos? El cosquilleo presente en mi estómago, la sensación de que el mundo giraba a nuestro alrededor en lugar de al contrario... Si estar enamorada equivalía a sentirse como la reina de un mundo pequeño y feliz, entonces esperaba encontrar una corona sobre la almohada de mi habitación. De lo contrario, albergaba la esperanza de permanecer entre los brazos de Dimitri y de que la realidad se olvidara de nosotros durante unos minutos más.

SEMANA 18



Catherine

Observé las prendas que todavía estaban en las perchas como si fueran a hablarme. Distinguí mi *jersey* favorito de color lavanda a la izquierda, balanceándose por la cálida corriente de aire que penetraba por la ventana entreabierta del dormitorio. La maleta continuaba encima de la cama, completamente vacía y con una boca invisible que instaba a que la llenase de pantalones y de otro tipo de ropa. Aunque no quisiera prepararme, supe que estaba obligada a hacerlo, pues los billetes de avión señalaban que los vuelos partirían en dos horas. En efecto, había llegado el indeseado y desafortunado día de regresar a Manhattan. Mis padres insistieron en esperarme en el aeropuerto, pero les había convencido de que permaneciesen en casa; que no me entretendría de camino y que me verían llamar a la puerta en menos de lo que creían. Era cruel de mi parte —o, al menos, así lo notaba yo— mentirles con tanto descaro o sentir que no deseaba verlos del mismo modo que hubiera hecho hace un año, después de regresar del campamento. Me apetecía más estar con Dimitri encerrados en la casa de su madre, perdidos del mundo que no nos causaba más que problemas, discusiones y separaciones por mucho tiempo.

Él no estaba conmigo en esos momentos, sino que se encontraba en el dormitorio contiguo. Hablaba por teléfono y organizaba citas empresariales. Habíamos pasado la noche al completo mirándonos como si estuviéramos a punto de partir a una esquina distinta del mundo. En cierto sentido, así era: Dimitri recuperaría su puesto en la universidad (era verano, sí, pero los rectores contaban con los profesores para organizar los nuevos calendarios, los días libres, las asignaturas que impartirán, a qué curso les dará clase y demás) y también se sumiría en los quehaceres que conllevaba la celebración de una boda. El compromiso no se había cancelado pese a mis insistencias mentales en pedirle que rompiera con Svetlana. No me atrevía a actuar con tanto egoísmo, a suplicarle que tomara no solo el riesgo de sufrir nuevas amenazas por parte de alguien que ya no consideraba una amiga, sino también el de la publicación de lo acontecido hacía diez años.

¿Se reabría el caso? ¿Lo meterían a prisión? ¿Cerrarían la industria y todo lo que su familia había construido? No podía hacer más que sonreír y pretender que, en realidad, el compromiso no suponía una auténtica molestia para mí, que lo soportaría.

Me quedaba el consuelo de saber que Dimitri no quería a Svetlana en ningún sentido, que la detestaba y que buscaba maneras de liberarse de la boda antes de que se produjera la célebre fiesta. Me resultaba complicado aceptar la rapidez con la que toda una vida puede cambiar. Intenté desembarazarme de mis pensamientos más negativos y me concentré en tomar una a una mis prendas, doblándolas sobre la cama para introducirlas con cuidado dentro de la maleta. En breve, Mary aparecería en mi dormitorio para echarme una mano con la ropa que había lavado contra mi voluntad —no hizo caso a nada de lo que yo decía, era igual de testaruda que su

hijo— y seguramente me preguntaría dónde había guardado el cheque que me entregó unos días atrás. Estaba a buen recaudo, oculto entre la ropa interior limpia de la maleta. Supuse que nadie hurgaría en esas prendas.

—Si necesitas un par de manos extras, puedes contar con las mías. —La voz de Mary se manifestó en el interior de la habitación y me sobresaltó—. Lo siento, no pretendía husmear. Te traigo el bikini que usaste ayer y el pañuelo que te gustó.

—Pero el pañuelo es tuyo. Estoy segura de que lo usarás en más ocasiones.

—No. Ahora es para ti. —Aproveché que estaba tras mi espalda para acomodarlo sobre mis hombros, teniendo especial cuidado con los mechones de mi cabello—. Por lo visto, estás más atrasada que Dimitri en cuanto a las maletas. Habla conmigo, cielo.

—Tengo el mismo problema de siempre. No hay ninguna novedad —musité.

Mary retiró mis manos de la camiseta que intentaba doblar para acariciarlas.

Maldije que las hormonas del embarazo me volvieran tan sensible. ¡Antes tenía una voluntad de hierro! Incluso los compañeros de clase me comparaban con la mismísima Cersei de *Juego de tronos* al no llorar en las películas donde fallecían los actores principales. Sin embargo, en cuanto Mary me miró a los ojos, sentí cómo los míos se anegaban en lágrimas. El problema era Dimitri y la bonita relación que habíamos creado en las dos últimas semanas. No me engañaría como había estado haciendo hasta ese momento: me estaba enamorando de Dimitri hasta las trancas. ¡Añoraba su presencia incluso cuando él se situaba en la estancia contigua! Mary era consciente de que no podíamos hacer público lo que sea que

tuviéramos, incluyendo mi embarazo. Pero con ella no era necesario ocultar lo que pasaba, los secretos eran inexistentes.

La primera lágrima encontró su camino al exterior y atravesó la delgada película transparente ubicada en mis ojos. La noté resbalar por mi mejilla, incitando a las otras a que siguieran su camino. Mary emitió un suspiro y detesté escucharlo porque estaba segura de que me veía como a una simple adolescente dolorida por el rechazo de un chico. Esperé pacientemente a que me sosegara lo suficiente para articular palabras sin balbucear y cerró la puerta para que Dimitri no me escuchara llorar. Se lo agradecería más tarde.

—Vamos, siéntate —pidió y apartó la maleta para hacer un hueco en la cama.

—Gracias, pero prefiero estar de pie. Me ayuda a calmarme —confesé.

—De acuerdo. —Aplanó el vestido de estampado floral y ladeó el rostro—. Sé que estás angustiada por ese futuro tan incierto que te espera al otro lado de la puerta. Me dijiste que tu hermano sigue sin hablarte, que Dimitri tiene una prometida esperándolo y que dudabas sobre tus propios sentimientos. Permíteme decir algo que aliviará tu ansiedad.

Asentí y me mordí el labio inferior, el cual temblaba en exceso.

—Me he perdido parte de la infancia y de juventud de Dimitri. No estoy culpando a mi enfermedad, sino a las decisiones que tomé basadas en el rencor que le tenía a Bart. No pensaba en ese niño que estaba perdiendo a sus padres, sino en lo mucho que odiaba a mi exmarido por darme la espalda en el momento que más necesitaba. —Unió las manos sobre su regazo—. Sin embargo, he visto a muchas novias de Dimitri, chicas que traía a la casa de

Manhattan y de las cuales se olvidaba a los pocos días. Tú no eres el caso.

—Eso no lo sabes —balbuceé.

—Nunca lo he visto mirar a una mujer del mismo modo que te admira a ti. Hay amor, cariño y protección en sus ojos y en sus actos cuando está contigo. Sonará mal de mi parte, y no pretendo dar las ideas equivocadas, pero Dimitri me quiere más que a nadie, y nunca me ha presentado a una chica. Ni siquiera a esa zorra que lo chantajea —detalló.

—¡Mary! —reproché, pero una sonrisa ilusionada empezaba a dibujarse en mi cara.

—Tan solo digo lo que veo. Dimitri no siente lástima por ti en el sentido que temes, y la responsabilidad del bebé no la considera una carga, sino algo que adora. Me ha preguntado hasta la saciedad qué tipo de dormitorio podría comprarle al niño o niña —desveló, y mi preocupación empezó a desvanecerse—. No llores más, termina de prepararte y piensa que, aunque parezca que estás a final del camino, siempre puedes sorprenderte con bifurcaciones que antes no veías. —Se levantó y empezó a ayudarme.

Cerramos la maleta con relativa facilidad. La coloqué en el suelo y me cercioré de que las cremalleras no se abrirían por accidente. La tomé del asa y la cargué al pasillo, consciente de que Dimitri se ocuparía de bajarlas a la primera planta. Yo no me atrevía a hacerlo: entre lo patosa que era y la mala suerte que me rondaba, me precipitaría por los escalones hasta fracturarme una pierna. O algo mucho peor.

Como si lo llamara con la mente, Dimitri salió de su habitación con un gesto que denotaba rabia y decepción. Me miró como si quisiera pedirme disculpas por algo de lo que no era responsable y acarició

mi mejilla antes de ocuparse de las maletas. Su amplia espalda enfundada en una camisa azul desapareció tras descender las escaleras, pero su voz hizo acto de presencia al conversar con Mary.

«Tú puedes hacer esto», me animé. «No es la primera vez que afrontas tus miedos».

La puerta de la entrada se encontraba abierta cuando me reencontré con los habitantes de la casa; discutían sobre quién debería ayudar a quién a trasladar las maletas al taxi, aparcado a unos metros. Supe que Dimitri ganaría sin problemas, pero igualmente intervine a su favor. Mary estaba más pálida que de costumbre, no debería realizar esfuerzos innecesarios. Sin más, seguí a Dimitri hasta el vehículo amarillento —el conductor parecía aburrido en el asiento del piloto— y lo contemplé con desesperanza.

—No me quiero ir —me quejé—. Por favor, no me obligues a volver.

—¿Crees que a mí me apetece hacerlo?

Su mirada me recordó a la conversación que mantuvimos unos días atrás.

—Sé que no, pero apenas hemos disfrutado de nuestro tiempo. Dos semanas y un par de días no son suficientes para mí. ¿Por qué no ampliamos nuestras vacaciones, cancelamos los billetes de avión y regresamos a Manhattan cuando termine el verano? Prometo que no resultará una molestia —parloteé, intentando que cambiara de opinión.

—Tenemos que regresar a nuestra vida real, Catherine. —Cerró la puerta del maletero y se apoyó en el coche—. Svetlana ha vuelto a comunicarse conmigo. Me necesita para acordar el lugar de la boda. Mi padre quiere que vea su última inversión porque quiere mi apoyo

en esto. Y tú tienes que disfrutar del verano y celebrar un cumpleaños.

—No me lo recuerdes.

Dimitri se despidió de su madre. La abrazó con la misma ternura que el primer día en el que llegamos. La expresión de Mary mostraba más añoranza y tristeza que felicidad, consciente de que esta podía ser la última vez que nos viese. Acarició con los pulgares el rastro casi extinto de las heridas de Dimitri, delineándolas, y posteriormente se separó de él para abrazarme a mí. Nuestro abrazo no fue tan prolongado, pero transmitió tranquilidad y esperanza cuando palmeó levemente mi espalda.

Dimitri mantenía la puerta del taxi abierta para mí; me deslicé en el asiento trasero de la derecha. Mucho antes de que pudiera cerrarla, los delgados dedos de Mary se interpusieron y dijo:

—Tengo algo para darte. Dame un momento —pidió.

Regresó con pasos apresurados hacia los escalones, donde había colocado su bolso, y se presentó ante mí poco después portando lo que parecía ser un sobre cerrado. Jugueteeó con él entre las manos, como si le diera vergüenza y, por unos instantes, temí que se tratara de la otra cantidad de dinero que le prometió a Dimitri (no era mi intención escuchar la conversación. Yo regresaba de la playa y los encontré hablando en el salón).

—Ábrela cuando quede poco para dar a luz. Me comentaste que te gustaría averiguar el sexo del bebé ese día, ¿cierto? Pues, por favor, no la leas hasta que el bebé esté entre tus brazos. —Aplastó la carta en mi mano, notándola rugosa al tacto—. Prométemelo.

—Sí. Prometido. Mantendré mi curiosidad a raya hasta el nacimiento.

—Muchas gracias, Catherine. Tened un buen viaje —añadió para ambos.

Dimitri se acomodó a mi izquierda y, tan pronto como cerramos las puertas, el conductor puso rumbo hacia el aeropuerto. En los primeros diez minutos no entablamos la conversación que tanto ansiábamos, principalmente porque yo miraba a través de la ventana cómo la figura de Mary se empequeñecía en la distancia. La fachada de la casa también sufrió el mismo problema, encogiéndose hasta desaparecer. Percibía la punzada de dolor en mi pecho, teniendo el presentimiento de que nunca volveríamos.

Mi acompañante me sonsacó de mis pensamientos cuando me tomó de la mano y la atrajo hacia su cuerpo, reposándola en su regazo. Me contemplaba fijo, y no necesitó hablar para que yo adivinase lo que quería decirme. Daba igual cuánto evitara la conversación: tarde o temprano hubiera llegado, con mayor o menor intensidad.

—¿Qué? —pregunté con cansancio.

Aproveché para entrelazar mis dedos con los suyos.

—No sé cómo decírtelo sin que suene ofensivo, pero en Manhattan no actuaremos de esta forma. No porque yo no lo desee, sino porque lo tenemos prohibido. —Desvió la mirada hacia un hilo que había quedado adherido a sus pantalones—. Me pregunto qué pasará a partir de ahora. ¿Cómo haremos para pretender que este viaje no ha sucedido?

—Podríamos establecer unas condiciones, si te parece bien.

—¿Condiciones?

Recuperé la atención de inmediato.

La idea acababa de cruzar mis pensamientos y no estaba segura de cómo manejarla, pero podía funcionar si nos esforzábamos.

Dimitri se arrimó tanto como el cinturón de seguridad le permitía. Además, las palabras que pronunciásemos quedaban expuestas a los oídos del conductor, quien parecía interesado en nuestra conversación. Procuré hablar en susurros, por si acaso.

—Estás comprometido y se supone que el padre de este niño es alguien desconocido. Si acordamos unas condiciones, ninguno tendrá más problemas de aquí en adelante. Yo te desvelaré lo que he pensado y espero que hagas lo mismo conmigo —ofrecí, y Dimitri asintió. Recé para que no se enfadara por mi idea—: No puedes besarme o tocarme, ni siquiera mirarme como lo has hecho en las últimas dos semanas —musité.

Dimitri titubeó, pero no llegó a pronunciar nada. Creí que iba a oponer resistencia a mi primera exigencia, no obstante, me sorprendió su aparente calma. Intenté resistirme a la idea que me venía a la mente, la que me repetía que había perdido mi oportunidad de recuperar a Dimitri en cuanto nos montamos en el vehículo. Apoyé la cabeza sobre el respaldo y nuestras manos se separaron, permitiéndome jugar con mi anillo. El ambiente se petrificó entre los dos, aunque ninguno se atrevió a poner distancia.

Y no supe por qué.

—Eso conlleva que no me visites la casa, porque los periodistas que acampan frente a la tuya descubrirían nuestro secreto —continué. No me atreví a mirarlo—. Tampoco puedo trasladarme yo, porque Svetlana acudirá a tu hogar en más ocasiones para la preparación de la boda, y no puede encontrarme a solas contigo —balbuceé.

—Estoy de acuerdo con tus condiciones... Me pides que dejemos de ser amigos.

—¿Lo hemos sido alguna vez?

Clavé las uñas en las palmas de mis manos y mordí mi labio inferior. El trayecto hacia el aeropuerto transcurrió en silencio, y creo que fue a causa de mi pregunta. No me arrepentía de formularla, pero me hubiera gustado obtener una contestación.

Al llegar, Dimitri trasladó las maletas al interior con la ayuda del taxista, el cual resultó ser más amable de lo previsto. Caminé en silencio y también aguardé callada al vuelo, que se adelantó por unos minutos. Lo agradecí mucho: la tensión entre Dimitri y yo podía palpase como una sólida pared de piedra. Eché el sillón del avión hacia atrás y contemplé cómo Dimitri ocultaba su rostro con un gorro.

No mencionó ninguna de sus condiciones hasta que pisamos Manhattan.

Frente a mi edificio, se produjo lo que consideré la despedida más ardua de mi existencia, superando con creces a la primera vez que Patrick se marchó a California (estuve llorando durante una semana entera porque lo echaba de menos). Me pregunté por qué estaba tan preocupada por decirle adiós. Pese a las condiciones establecidas, vivíamos en la misma ciudad, frecuentábamos la misma universidad y, en breve, mi embarazo se haría conocido. Svetlana lo descubriría y podríamos continuar nuestra amistad sin levantar sospechas. No tenía que ser un adiós definitivo, ¿cierto?

—Nos veremos en tu cumpleaños. —Su voz causó que mi corazón enloqueciera—. Dentro de dos semanas. Espero que seas capaz de resistir esa larga temporada sin mí.

Bien, al menos su humor egocéntrico continuaba intacto.

—Me las apañaré —reí con nerviosismo.

—Si necesitas algo, lo que sea, sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé. —Lo miré a los ojos—. No lo dudes.

Entrelacé mis manos y me balanceé suavemente. Cada ápice de mi ser me suplicaba que anudase mis brazos en torno a su cuello para evitar que él se marchara lejos de mí. Pero, una vez más, la razón se impuso sobre mis deseos y pensamientos. Él, dubitativo, acortó la distancia para presionar sus labios en mi frente. Noté cómo suspiraba con pesadumbre, la caricia de sus pulgares en mis mejillas, la tentación que supuso cuando besó mi labio inferior con una ternura y dulzura que reavivó mis lágrimas. Sin explicaciones o sin ningún otro gesto, deshizo el camino hacia su vehículo.

«No te vayas», quise implorar. Pero las palabras quedaron atascadas en mi garganta. El motor rugió en mitad de la noche y, como si se tratara un fantasma, desapareció.

S

Dolorosa y triste rutina. Era jueves, dos días después de la despedida.

En el desayuno, y mientras preparaba mi comida —tortitas con sirope de caramelo—, mis padres volvieron a atosigarme con preguntas relacionadas con las vacaciones. Mi hermano se atrevió a añadir el toque pícaro al asunto, intentando suavizar el ambiente. Su labio estaba casi curado, aunque no me hubiera importado que sufriera un poco más esas molestias. Mastiqué la tortita con lentitud, pues mi mente estaba demasiado ocupada pensando en cómo se encontraría Dimitri. ¿Habría visto a Svetlana? ¿Habría hablado con su padre sobre las amenazas? ¿Conocería la fecha de transición de la empresa? Llevaba dos días sin verlo, sin saber nada de él. Parecía toda una eternidad para mí.

Ni siquiera tenía el coraje para enviarle un maldito mensaje de texto.

—Entonces, ¿te apuntas? —preguntó Patrick.

—¿Qué? —respondí con un tono demasiado hosco.

No le había dirigido la palabra en las últimas semanas. No quise hablar con él cuando telefoneé a mis padres para contarles cómo marchaba el viaje. Patrick no se merecía mi perdón, pues no había hecho nada para conseguirlo. Ni siquiera me pidió disculpas.

—Han preparado una feria en Central Park y te preguntaba si te apetece ir más tarde. Hace meses... no, ¿qué estoy diciendo? Han pasado años desde la última vez que visitamos una de ellas. Sé que ambos somos adultos, pero no veo inconvenientes en pasar tiempo entre hermanos, más cuando llevamos sin vernos por más de dos semanas —agregó.

—Si eso hará que pueda terminar mis tortitas en paz, me apunto.

Me impresionó aquella propuesta. Tal y como Alexia había previsto —el día anterior comí con ella para informarle de cada detalle relacionado con las vacaciones... sorteando la parte en la que Dimitri confesaba el asesinato y las amenazas, por supuesto—, mi hermano estaba desesperado por hablar conmigo. Sin más, terminé de cortar la tortita en pequeños trozos y los introduje en mi boca con la misma lentitud que todas mis acciones.

Pasé el resto del día en mi cuarto. Intenté contactar a Nathaniel, pero su teléfono parecía desconectado. Me sentía fatal conmigo misma, pues lo había ignorado desde esa ocasión en la que estuvo a punto de besarme. En realidad, no tendría que haber desaparecido de su vida como había hecho. Yo apreciaba la amistad que tenía con él y no deseaba echarla a perder por unos sentimientos inciertos.

Me levanté de la cama, agotada después de un último intento. Las llamadas se desviaban a un contestador de voz y mis intentos por hablarle se perdían en un chat en el que nunca entraba. Mi preocupación por él se avivó, y me lamenté de no haberle preguntado por su dirección cuando tuve la oportunidad.

De repente, oí que mi hermano me llamaba. Abandoné mi mundo de reflexiones y lamentaciones para atender los reclamos de Patrick que llegaban a voces desde el pasillo, recordándome la visita a la feria.

—¡Un momento! —respondí.

Acomodé mi vestido de tirantes de estampado de lunares, el cual se ceñía a mi figura y mostraba mi gestación de casi cuatro meses. Tomé un bolso en el que introduje mi móvil y un botellín de agua —necesitaba hidratarme cada pocos minutos, las temperaturas eran elevadas y me pasaba el día sudando; además, era saludable— y salí del dormitorio. Patrick esbozó una sonrisa y me arrastró por la muñeca para despedirnos de nuestros padres.

No tuvimos otra opción que subir al coche para llegar a tiempo. Conforme nos adentrábamos en Central Park, distinguimos unas inmensas tiendas de colores desde las cuales se apreciaban mujeres que leían el futuro, puestos que vendían algodones de azúcar o helados e, incluso, vi una de esas máquinas donde podías conseguir peluches.

—¿A qué viene esto? —pregunté después de unos tortuosos minutos de silencio.

—Creo que no necesito una excusa para hablar con mi hermana.

Resoplé. Me crucé de brazos y acomodé el bolso a la derecha.

—Sé que estás preocupado por algo, Patrick.

—Tú y Dimitri. Sobre todo, tú —recalcó.

—¿Qué diantres sucede ahora con él? Oh, espera, no me lo digas. Quieres darle otra lección por «haber abusado de mí». ¿Cómo será esta vez? ¿Lo pillarás de imprevisto en un callejón oscuro para apuñalarlo? No, mejor aún: preséntate en la puerta de su casa y, cuando te reciba, dale otro puñetazo. Así romperás su nariz de nuevo —sugerí.

No me molesté en ocultar la mordacidad en mi tono de voz, pero me arrepentí instantes posteriores. Su expresión se endureció, perdió la ilusión de estar conmigo en la feria. La última vez que acudimos juntos fue por mi décimo cumpleaños, y Patrick me había comprado un algodón de azúcar tan grande que superaba el tamaño de mi cabeza, incluido el cuello.

Hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones, caminamos despacio entre la multitud que se desplazaba con más celeridad hacia los puestos. Los farolillos comenzaron a iluminar el paseo de piedra en cuanto los rayos de sol se disiparon e, incapaz de soportar por más tiempo nuestro comportamiento, me desvié a la barandilla que daba al lago. Pronto ocurrirían los fuegos artificiales, no quería perderlos.

—Venga, escúpelos ya. —Le propiné un codazo—. Aborrezco que estemos así.

—Yo también —admitió—. Sin embargo, he de admitir que, tras la larga temporada que llevo fuera, esperaba encontrar las cosas intactas y no un nuevo miembro en la familia.

—Será tu sobrino, o sobrina.

—Y le querré tanto como a ti. —Deslizó un brazo sobre mis hombros—. Si me lo permites, quiero pedirte perdón por haber cometido semejante estupidez. No lo pensé. Actué siguiendo mis impulsos. —Aclaró su garganta, incómodo al aplastar su orgullo—. Y

ahora, en lugar de desviarnos del tema principal... quiero hablar de ti.

—Adelante —accedí.

Rascó su nuca con una mano y frotó su barbilla con la otra. El hecho de que pudiera coordinar ambos movimientos me causó mucha gracia. La última vez que mi hermano se había mostrado así de nervioso fue cuando se declaró a su anterior pareja. No terminó bien.

—¿Cómo te sientes respecto a ese bebé? —Su primera pregunta me sorprendió.

—Al principio, me asusté mucho y pensé en abortar. La idea hubiera sido acertada de no ser porque no me atrevía a hacerlo —confesé, contemplando a los cisnes pasearse de un extremo del lago a otro—. Pero ahora siento algo inexplicable por él o ella. No conozco su rostro, ni siquiera sé su género, pero no imagino un mundo en el que no exista. Es... raro, y créeme cuando te lo digo. Sabes que siempre he detestado a los niños. Son llorones, no hacen más que comer y algunos se orinan encima. Pero sé que este bebé es distinto. ¡No te rías! —reprendí cuando me percaté de sus esfuerzos para contener las carcajadas.

—Tranquila. —Levantó las manos—. Ahora viene lo que yo considero peor. ¿Qué hay de Dimitri? Has pasado de odiarlo por su forma de ser a prácticamente idolatrarlo. ¿Te has percatado de ello? Cuando hablas de él, o en cuanto lo menciono, tu rostro brilla como si... —Buscó las palabras adecuadas, sin éxito—. Suena como una idiotez, lo sé.

Apreté la mandíbula, desconociendo cómo responderle sin insultarlo en el camino.

Mis sentimientos respecto a Dimitri eran confusos pero claros al mismo tiempo y no hubiera tenido ningún inconveniente en pretender que manteníamos una mera amistad de no ser por las palabras que pronuncié con Mary en la despedida. Ni siquiera ella había sido tan directa como Patrick para formularlo en voz alta. Supuse que se trataba de esa conexión entre hermanos, la habilidad para sonsacarle al otro lo que nunca admitiría.

—Él ya tiene a otra mujer en su vida —susurré.

—No me engañarás con eso. Si realmente estuviera enamorado de Svetlana, no hubiera hecho «lo que ambos sabemos» contigo. Vamos, Cat. Has dicho que serías sincera.

—Desearía no quererlo algunas veces. —Mi voz temblorosa delató mis verdaderas intenciones de mantener el secreto—. ¿Comprendes la situación en la que me encuentro? ¡Estoy enamorada de un hombre que no solo está comprometido, sino que es casi diez años mayor que yo! Eso... eso es una... ¡locura! — Varias personas nos miraron antes de proseguir con su camino—. Sí, ¡sí, Patrick! Me moría por liberar esto, por dejarlo salir, aunque eso suponga hacerlo más real de lo que ya es, pero necesito decirlo. Lo quiero, no puedo decir que lo amo, pero ha pasado de gustarme y volverme loca hasta el punto de que no soy capaz de estar un día sin él. Me estoy enamorando de Dimitri y no puedo detenerlo.

Percibía mis mejillas ruborizadas, mis dedos se paralizaron sobre la barandilla durante unos segundos debido a la presión que ejercía al tener los puños. Patrick no se enfadó, como había supuesto. Tan solo sonrió, aceptando lo que yo sentía.

—Y pienso que él no siente lo mismo. Es más, creo que... algunas veces siento como si esto... —Trasladé una mano hacia mi vientre—. Fuera algo que estuviera buscando. ¡Y no son imaginaciones

mías! ¿Cómo podré conquistar a un hombre que, probablemente, me ve como a una adolescente inmadura? Me siento perdida y confusa.

—Creo que deberías respirar. Cálmate, Cat —pidió él.

—No puedo —reproché—. Lo peor ha comenzado ahora, cuando no puedo verlo, aproximarme a su casa o realizar una inocente llamada telefónica por culpa de... Dios mío, detesto a mi amiga. Ella no tiene la culpa de esto y, ahora mismo, te prometo que...

No acabé la frase: se estaba riendo a carcajada limpia.

—¡No tiene gracia, Patrick! —bufé.

—Sí que la tiene: estás enamorada, y te molesta estarlo. Eres increíble.

En eso tenía algo de razón. Me irritaba querer a otra persona, por muy extraño que sonase, porque estar enamorada suponía perder el hilo normal de tu vida y dárselo a esos pensamientos repetitivos y cansinos, a ese individuo en particular. Perdía un trocito de mí el cual quedaba relleno al instante por la pieza que él me daba.

—Puedes conseguir todo aquello que te propongas, incluso conquistar su ennegrecido corazón. —Movié los dedos por la barandilla, pensativo—. No es el mejor consejo que puedo darte, pero tengo que hacerlo: lucha por él. Si es lo que realmente deseas, entonces, hazlo.

Hagamos una pausa: ¿qué había dicho Patrick Miller? ¿Insinuaba que debía arriesgarme para conquistar a Dimitri? Eso no era propio de él. Me esperaba una reprimenda para que me alejara de él, consejos de hermano mayor protector preocupado por mi bienestar...

Sin embargo, en cuanto supo que no le contestaría con palabras, que me limitaría a contemplarlo como si acabase de crecerle una

segunda cabeza, ubicó una mano en mi espalda y me encaminó hacia los puestos poblados de gente. Si él supiera lo que Svetlana ocultaba, me hubiera llevado hasta la casa de Dimitri para tratar el problema.

Tendría que arriesgarme. No me quedaban más opciones que hacerlo.

—¿Qué te parece si te invito a un helado de chocolate con caramelo? —formuló con el entusiasmo propio de un niño que acababa de recibir un regalo—. Sé que es tu favorito.

—Gracias, Patrick. —Apoyé mi mano en su antebrazo.

—Rezaré para que el bebé no se parezca a ti. —Se burló en el tono exacto para que pudiera escucharlo a pesar de su proximidad al puesto.

Resignada, aunque menos molesta que al principio, lo seguí y me coloqué a su derecha; brindándole mi compañía.

Mientras él ordenaba el helado, estudié sus facciones sonrientes y su postura relajada. No terminaba de creer que mi hermano tuviera una parte tierna en el corazón. No lo estaba llamando mala persona —porque no lo era—, pero me asombró gratamente que su apoyo fuese tan honesto, sin intenciones ocultas ni nuevos planes para vengarse.

Al parecer, es cierto que todos los días se aprende algo nuevo.

SEMANA 19



Catherine

Utilicé el taburete de madera rosa —pintado por mí a los seis años — para alcanzar las carpetas que guardaba en el último estante, procurando no caerme. No hubiera recurrido a dicho estante de no ser porque los anteriores estaban saturados tanto de novelas como de manuales para la universidad. Los había clasificado por nombre del autor, pero también por género. Una vez intenté ordenarlos por colores, pero no era capaz de crear una escala bonita sin que se interpusieran otros tonos que adornaban los lomos. Los volúmenes de Arqueología, Edad Moderna y otras asignaturas los ubiqué al lado del escritorio: en caso de necesitarlos no tendría que subirme a un peligroso taburete que cojeaba levemente de una pata. Tomé las dos carpetas de plástico que descansaban sobre una pila de mis antiguos dibujos y regresé al suelo firme, acomodando mis pantalones cortos que amenazaban con resbalarse por mis muslos. Mi memoria fallaba de vez en cuando, y no recordaba si ese día tenía la cita médica en la clínica privada. Me acomodé a los pies de mi cama y abrí el cofre de los tesoros.

Dentro de la carpeta identifiqué los papeles que la doctora me había dado conforme pasaban las consultas: los resultados de

analíticas, ecografías, recetas... Una sonrisa boba se dibujó en mi rostro en cuanto tomé la primera ecografía entre mis manos y la comparé con la última que me había realizado. Todavía me parecía surrealista, mi mente no aceptaba que ese bebé estuviera creciendo dentro de mí. Encontré el papel de la cita y, efectivamente, descubrí que no solo era ese día, sino que también iba a llegar tarde. Tendría que llamar un taxi, preparar el dinero, avisar a mis padres de que estaría la mañana fuera y... mis pensamientos se detuvieron en cuanto se toparon con Dimitri.

Había pasado una semana y media desde la última vez que conversé con él. Se trataba de la amarga charla que mantuvimos en el coche; no habíamos ni hablado por teléfono en ningún momento. Desconocía si él estaba bien, si habría desvelado algo de nuestra escapada a su padre o cosas similares. En más de una ocasión sentí el impulso de acudir a su vivienda, pero mis deseos se reprimieron en cuanto me repetí el peligro que supondría si Svetlana estaba presente. Mi miedo tendría que desaparecer durante este día, pues quería que Dimitri me acompañara a la cita médica.

Primero me cambié de ropa. Llevaba la típica indumentaria de estar por casa, con pantalones que tenían agujeros y camisetas tres tallas más grandes que la normal. Eran cómodas y frescas. Me decanté por una falda plisada de color caqui que me cubriría hasta las rodillas y la acompañé con una blusa de tirantes que marcaría mi vientre. No tardé más de diez minutos en asearme y salí de mi dormitorio para buscar el móvil.

Hacía media hora me encontraba en el salón, echando una partida con mi hermano a un juego llamado *The Last of Us*. No era muy propensa a los videojuegos, pero la trama de ese en particular llamó mucho mi atención: en pocas palabras, un virus se había expandido

por el mundo, convirtiendo a la población en zombis. Lo interesante era que el protagonista no solo tenía que sobrevivir en dicho mundo, sino también proteger a la niña que albergaba la cura en su sangre. Patrick lo había jugado con anterioridad, motivo por el que me convenció para que le diera una oportunidad.

Al parecer, me había dejado el teléfono cargando en la mesilla del salón y, cuando fui a tomarlo, encontré a mi padre ocupando mi sitio, aunque jugando a otro título distinto. Era algo de fútbol, lo cual no me interesaba en lo más mínimo. Pasé a propósito delante de ellos, ocultando parte de la televisión y recibiendo a cambio protestas para que me apartara.

—De acuerdo, tranquilidad —me defendí, elevando las manos con el móvil—. Me voy. Si mamá regresa y pregunta por mí, decirle que tengo cita con la doctora. —Esperé a que uno de ellos asintiera—. Nunca entenderé cómo os gusta este juego —añadí en susurros.

Mientras caminaba por el pasillo, tomé mi bolso, las llaves y el monedero, y me detuve en la entrada para teclear lo siguiente: «Desconozco si continúas con vida, pero, si lo estás, agradecería que mostraras tu egocéntrica cara en la clínica. Tenemos cita a las diez y media y son prácticamente las diez. No llegues tarde». Pulsé en enviar e inmediatamente me puse en contacto con la agencia de taxis. Una parte de mí albergó la esperanza de que Nathaniel viniera a recogerme porque había marcado el número de su tarjeta, pero no fue su voz la que me deleitó al otro lado de la línea, sino la de un desconocido. Estaba más preocupada por él que de costumbre, pero me parecía insólito que desapareciera de la faz de la tierra con semejante facilidad.

El vehículo amarillo apareció frente a mi edificio en menos de siete minutos y le indiqué al conductor la dirección.

Los viajes me relajaban mucho: apreciar los edificios pequeños convertirse en rascacielos, a los transeúntes paseando a sus mascotas o simplemente caminando. Intenté distraerme con ello, pero mi mente regresaba a mis mismas preocupaciones, como si fuese masoquista y me gustase estar agobiada. Puestos a hablar de inquietudes y agobios, la semana que siguiente era mi cumpleaños y no necesitaba preguntarle a Alexia qué planes teníamos para saber que me obligaría a acompañarla a quién sabe dónde. Detestaba los cumpleaños. Sí, te daban regalos, te trataban especial durante un día, podías hacer lo que te diese la gana, pero, pensándolo desde un punto más frío y deprimente, en realidad celebrábamos que envejecíamos. Apreté el puente de mi nariz y erguí los hombros.

«Se acabaron las penas y los lamentos», me dije. Todavía restaban ocho días para mi cumpleaños y tenía otros asuntos de los que preocuparme.

Pagué la tasa correspondiente y me apeé del taxi al llegar. Con pasos apresurados, ascendí las escaleras y me adentré en la clínica, aproximándome al mostrador. La chica —más bien, la administrativa que se ocupaba de la recepción— estaba ocupada con un paciente, así que esperé a que fuera mi turno. Temía que llegara noviembre, pues si mis cálculos no eran erróneos —ni tampoco los de la doctora— durante ese mes daría a luz. Me convertiría en madre con apenas dieciocho años. ¿En qué momento había pasado de ser una adolescente con problemas de la adolescencia a eso? Aunque, pensándolo mejor, mis padres tuvieron a Patrick a una edad temprana, extrañamente similar a la mía. Parecía genética o alguna despiadada broma del destino.

—Le avisaremos cuando sea su turno —anunció la chica tras introducir mi nombre en el ordenador y comprobar los papeles de la citación—, tome asiento mientras tanto.

Recuperé mis papeles y arrastré las sandalias hacia los asientos. Estaban vacíos. Acomodé la falda para que no se viera más de lo debido y acaricié la tela de la silla con la yema de los dedos, pensando en él por enésima vez. La primera vez que estuvimos aquí, Dimitri sufrió algo parecido a un ataque de ansiedad. Me parecía que eso había ocurrido hacía años cuando, en realidad, tan solo unos pocos meses habían transcurrido. ¡Y vaya meses! Besos, discusiones, agonías y romances secretos. Bueno, quizá lo último no había ocurrido como lo he expresado, pero sí lo consideraba una extraña variante del romance tradicional. Compartí mi cama con Dimitri durante dos semanas, nos besamos y nos tomamos de la mano en más ocasiones de las que podría recordar o admitir.

Jugué a uno de esos estúpidos, aunque adictivos, juegos para móvil con tal de entretenerme mientras esperaba mi turno. Mi atención en la pantalla no duró mucho. Identifiqué una voz proveniente del mostrador, una que era masculina y familiar. El móvil resbaló de mis dedos y se precipitó contra el suelo de madera oscura, repiqueteando antes de terminar bocabajo.

Oh, oh.

Él estaba allí.

La herida de su nariz había sanado por completo. Sus ojos caramelo parecían brillar y su sonrisa se ensanchó en cuanto se encontró con mi mirada. Empecé a temblar, pero ¿qué me hacía estar tan nerviosa? Es decir, no era como si lo acabase de conocer. Puede que mi intranquilidad fuese producto de mi reciente revelación de sentimientos. No podía mirarlo de la misma forma, no

tras convencerme de que, efectivamente, estaba perdidamente enamorada de él.

—El egocéntrico ha llegado, Cathy. —Su mano, más rápida y ágil que la mía, cogió mi móvil. Me lo entregó tras tomar asiento, a mi lado.

Se había afeitado y cambiado la tradicional camisa blanca y vaqueros azules por un elegante traje de chaqueta y corbata. Con ese calor no comprendía cómo era capaz de llevar eso. Supuse que tendría algún asunto de la empresa entre manos. O peor. Decidí reservar ese tema de conversación para una vez que terminásemos con la consulta, si es que él permanecía conmigo. Puede que mi mensaje de texto sobre la cita médica hubiera interrumpido una reunión de la industria y que por ello no tuvo tiempo de cambiarse.

—Pensaba que te habían aducido los ovnis. —Me crucé de brazos.

—Sí. En vez de tener la piel verde y viscosa, el extraterrestre la tenía morena y se llama Svetlana —bufó.

—¿Has estado con ella toda la semana? —Aclaré mi garganta. No era lo que esperaba.

—Sí, aunque por obligación. —Ajustó su corbata—. Perdona por ignorarte, no he encontrado tiempo libre para llamarte. Lo siento muchísimo. Ni siquiera estoy cómodo en mi propia casa, parece un maldito espectáculo de circo —masculló, claramente fastidiado.

—¿Qué ha sucedido?

—¿De verdad quieres saberlo? —chistó—. Ya tengo fecha para la nueva fiesta de compromiso, y pasados dos días de dicha fiesta se celebrará la boda. Todo perfectamente organizado. Svetlana me aterroriza en ese sentido... y en muchos otros que ya conoces.

—No es una gran novedad —coincidió.

—Esa ha sido mi última semana, preciosa. Organización de una boda, de fiestas de compromisos, con la empresa, charlas interminables de conducta por parte de un padre al que le importo una mierda. —Deslizó un brazo por mis hombros y me atrajo hacia él.

Presionó los labios sobre mi frente y aprovechó nuestra proximidad para apoyar la barbilla en mi cabeza, manteniéndome cerca de él. De inmediato, le devolví el gesto. No lo besé en la mejilla ni en los labios (aunque quisiera hacerlo), sino que escondí el rostro en su cuello; hundí mi nariz y mi boca en la camisa que transmitía el calor que desprendía su piel. Su aroma terminó por embriagarme, como si hubiera tomado varios chupitos y me sintiera muy cómoda y tranquila. Mis emociones terminarían por eliminar las últimas neuronas cuerdas que me restaban. Lo había echado mucho de menos.

—¿Qué tal ha sido la tuya? —Se interesó, acomodándose de tal manera que yo pudiera abrazarlo sin necesidad de retorcer mi cuerpo sobre la silla, y sentí el desliz de sus manos por mi espalda hasta posarse en mi cintura—. Me he percatado de que tu vientre ha aumentado un poquito de tamaño. Me gusta, te hace ver más sexy —ronroneó.

—Por supuesto. Tener un balón en miniatura que te impide hacer las tareas cotidianas es algo fantástico —exageré. Todavía no había alcanzado los centímetros que me harían depender de otra persona las veinticuatro horas del día—. Ha sido una semana aburrida. Por cierto, Alexia está determinada en celebrar mi cumpleaños y me gustaría verte allí. ¿Qué mejor ocasión para conocer a mis padres que en ese día tan... especial? Alcanzaré la mayoría de edad, lo que creamos dejará de ser, ¿ilegal? —insinué con el ceño fruncido.

Dudaba seriamente que el embarazo se considerara así, él no me había forzado.

—Me temo que ese día estaré muy ocupado —lo escuché decir.

Me separé de su cuerpo como si hubiera recibido una descarga eléctrica y encontré una sonrisa burlona que indicaba que estaba bromeando. Le propiné un puñetazo en el hombro izquierdo con la intención de que le doliera, pero solo se echó a reír por mi reacción tan infantil. Realmente deseaba que acudiera a mi fiesta de cumpleaños, independientemente de si llevaba un regalo o no (el materialismo no va conmigo). Mis padres me habían atosigado continuamente: «¿Cuándo conoceremos al padre del bebé, cariño?» «¿Estás evitando ese encuentro porque te avergüenzas de nosotros?» «Tus padres tienen... ¿cómo se dice ahora? Un espíritu juvenil».

Esas fueron las últimas palabras que mi padre me comentó ayer por la noche. Yo respondí con la misma contestación de siempre: «Ya conocéis a Dimitri por su amistad con Patrick y vendrá cuando pueda».

La doctora Keller pasó por delante de nosotros y abrió la puerta de su consulta. Dos o tres minutos más tarde, la enfermera situada en la recepción me avisó de que me estaba esperando. Nos incorporamos al mismo tiempo; Dimitri entrelazó nuestros dedos. Por el amor de Dios. Me sentía como si mi amor platónico hubiera decidido ignorar sus tareas para prestarme toda su atención. A mí y a nadie más. ¡Solo a mí! La sensación fue tan tonta que me sonrojé. Cuando se trataba de amor, me convertía en un manojito de nervios que temía hablar por si metía la pata con alguna de sus tonterías.

—Buenos días, señorita Miller —saludó ella con una sonrisa, de pie junto a la máquina de las ecografías—. ¿Cómo has estado desde la

última vez que nos vimos?

—Bastante bien. Las náuseas están remitiendo y puedo cenar sin vomitar.

—Eso siempre es una buena señal —apuntó a la camilla y me pidió que me preparase.

Me recosté en el acolchado de cuero negro y descansé la cabeza en la almohada, sin desabrocharme los pantalones ni alzarme la camiseta. Supe que Dimitri quería hacer el honor, al igual que la primera vez que estuvimos aquí. Él procedió a acomodarme para la ecografía y tomó asiento en el taburete situado al lado de mi camilla. Esta era la cuarta vez que acudía a la consulta médica. Dimitri solo me acompañó a la primera porque en las dos siguientes no había que hacer más que analíticas o meras inspecciones. La doctora esparció esa gélida crema gelatinosa en mi vientre y encendió la máquina. Al cabo de unos minutos, la pantalla oscura comenzó a mostrar imágenes procedentes de mí.

Ahí estaba nuestro bebé. Continuaba siendo diminuto, no más grande que mi puño, pero los cambios eran perceptibles: había desarrollado las extremidades, la cabeza y, en sí, todo lo que alguien como yo podía identificar en una ecografía básica. Mis ojos se anegaron en lágrimas, conmovida, y presté atención a las palabras de la doctora:

—Todo está siguiendo su curso, Catherine. No hay alteraciones en su estructura ósea, el bebé crece sano. Escucha esto. —No sé qué tocó en la máquina, pero el sonido de unos latidos rápidos y fuertes inundó la consulta—. Los resultados de la analítica tampoco muestran nada fuera de lo habitual. Igualmente, te aconsejo que sigas comiendo sano y que no abuses de la sal. La tensión en las embarazadas tiende a ascender muy rápido. —Asentí, sin apartar la

mirada de la pantalla—. Ah... puedo ver con claridad el sexo del bebé.

Al mismo tiempo que un «no» escapaba de mis labios, Dimitri pronunciaba un alto «sí». La doctora, divertida por nuestra actitud, se incorporó y dijo:

—¿Quieren hablarlo en privado?

— Lo agradecería —admití.

Retiró la máquina y me dio unos pañuelos para limpiar el rastro de la crema transparente. Aguardé a que abandonara la consulta hacia el despacho situado a la izquierda para restregar el pañuelo por la curvatura de mi vientre y acomodé mis prendas.

—Hace unos días estabas deseando conocer el sexo —susurró Dimitri—, sería estupendo averiguarlo en este instante, descubrir si estamos esperando un Dimitri Junior o una sabelotodo como tú. Piensa que tenemos que amueblar un dormitorio, adquirir prendas y los utensilios que requieren los bebés. No es que yo sea un experto, pero...

—Tu madre me entregó una cosa que debía abrir antes de conocerlo, y lo he olvidado en casa porque no lo consideraba necesario para hoy. Vamos a esperar a que la doctora me cite de nuevo para saberlo. Tan solo será otro par de semanas. Por favor —supliqué, ladeando el rostro y transformando mi expresión en una apenada pero implorante.

—En ocasiones como estas te detesto —pronunció con ironía—. Pero está bien.

—Gracias, gracias, gracias. Eres un cielo. —Apremié, previendo sus intenciones.

Había colocado las manos a ambos lados de mi cuerpo, en la camilla, atrapándome.

Gracias a que continuaba sentada, podría alcanzar su boca sin necesidad de estirarme ni ponerme en puntillas. Él inclinó más su rostro, casi notaba sus labios posándose sobre los míos. Sí, maldita sea. Lo que más había echado de menos de él, además de sus comentarios sarcásticos y su actitud caballerosa, eran los besos al despertar o antes de dormir. Cuando creí que saciaría mi deseo de sentirlo después de la interminable semana, su boca se trasladó a la punta de mi nariz, donde dejó un beso pequeño.

—Tendremos que esperar a la próxima consulta para compartir otro de nuestros apasionados besos, *mon amour* —pronunció con un perfecto acento francés.

Me obligué a recomponerme, fastidiada, cuando la doctora entró a la sala. Dimitri consiguió ocultar la excitación, escondiendo las manos en el interior de sus bolsillos. Yo, en cambio, continué con las mejillas encendidas y una respiración extrañamente agitada. Le expliqué a la doctora la situación —la cual comprendió— y, como había previsto, me citó para dentro de unas semanas.

Tras despedirnos de ella, salimos de la clínica por las puertas traseras, que derivaban en los aparcamientos. Dimitri trató de pasar desapercibido, rascando su frente o ladeando el rostro en la dirección opuesta a las personas que estacionaban sus vehículos. Y, una vez en el interior del Mercedes, con las ventanas tintadas de color negro, se quitó las gafas y la chaqueta para sentirse menos agobiado.

—Tengo una reunión esta tarde —desveló, aunque yo no hubiera preguntado—. ¿Quién sabe? Quizás el regalo de boda de mi padre sean los malditos papeles de la empresa. Una vez con ella en mi poder, seré capaz de reprimir las amenazas de Svetlana. No tendría nada para arrebatarme porque ya poseería el control de lo que más

me importa. Además, la palabra dinero significaría mucho para mí en ese caso.

—El dinero es mucho más importante que cualquier otra cosa, ¿cierto?

—No, pero compraré el silencio de Svetlana cuando sea necesario. De acuerdo, eso no podía discutírselo.

En los primeros tramos de nuestro trayecto creí que me llevaba a casa. Reconocí las calles que el taxi había tomado para traerme a la clínica, pero posteriormente tomó un desvío por una carretera secundaria extensa y cubierta por árboles. Mi corazón se alteró ante la expectativa de una nueva escapada, otro viaje secreto a alguna zona del país. Pero mis ilusiones se disiparon en cuanto atisbé nuestro nuevo destino: un parque en el que el sol no incidía porque las copas de los árboles estaban tan unidas que constituían un techo compuesto de ramas. Parecía un paisaje extraído de una postal de viaje.

No tuvimos ningún inconveniente para encontrar aparcamiento, principalmente porque éramos los únicos presentes en el lugar. Estacionó enfrente de la entrada y admiré a través de la ventanilla la forja que se ondulaba de un extremo a otro hasta formar una extraña puerta... no, un pórtico que daba paso al parque. Bajamos del coche y Dimitri volvió a tenderme una mano, ofrecimiento que no dudé en aceptar.

—¿Dónde estamos? —coloqué un mechón de pelo tras mi oreja.

—Lejos —Se encogió de hombros—. Ya no puedo pasear por el centro sin tener a malditos periodistas persiguiéndome. Este lugar es idóneo si queremos pasar algún tiempo juntos. Lo encontré por casualidad en un anuncio de mi empresa, en los tablones. Está

abandonado porque no hay niños a los alrededores que puedan visitarlo —explicó.

Había escuchado hablar de este parque antes, en el instituto. Lo construyeron con el auge inmobiliario, acompañado de unos supuestos rascacielos que se convertirían en el centro económico nuevo de Nueva York. El parque se construyó con éxito, pero los planes se detuvieron por falta de inversores. Si supe tanto de este tema se debía a una antigua compañera que alardeaba sobre su futura nueva vivienda, hablando incluso con los profesores sobre ella. El parque contaba con los típicos columpios, los toboganes de plástico y un área para realizar barbacoas. Dimitri tiró de mí hasta alcanzar la sombra que proyectaba uno de los árboles y, despreocupándose por el césped, se sentó pegado al tronco. Imité sus acciones y extendí las piernas y suspiré.

—Un suspiro melancólico —murmuró él de repente—, ¿en qué estás pensando?

—En el presente, en el futuro. —Busqué su mirada—. En todo lo sucedido estas últimas semanas. Lo que hemos conseguido desaparecerá en cuestión de unos pocos días, después de que se celebre tu fiesta de compromiso. Me angustia demasiado.

—¿Tenemos? —frunció el ceño—. No deberías hablar en plural.

—No podemos negar la verdad —resoplé—. Nos hemos convertido en una especie de amantes, sin la parte que incluye el sexo. Nos encontramos a escondidas, nos besamos cuando no deberíamos e, incluso, nos fugamos juntos durante dos semanas. Esto no es una simple amistad y no podemos continuar así mientras haya otros sentimientos.

—¿Otros sentimientos? Espera, Catherine. ¿De qué hablas?

Hinqué los codos en el césped y me alcé lo necesario para contemplarlo.

Creí que había comenzado a bromear, que me estaba tomando el pelo. Después de nuestros besos, abrazos, caricias y de sus palabras... ¿Dudaba de sus propios sentimientos? Sentí el aire aglutinándose en mi pecho y aclaré mi garganta, repentinamente incómoda. En realidad, no era incomodidad, sino mi ansiedad, que regresaba al igual que un rayo para recordarme que, si confesaba lo que sentía por él, la situación no mejoraría. Todo lo contrario: Dimitri pondría más distancia entre nosotros, para demostrar que no había sentimientos entre ambos. Lo vi balbucear, buscando palabras que ayudaran a restar tensión al ambiente, pero aparté la mirada y humedecí mis labios.

—No es nada, olvídalo —dije al fin.

Dimitri no aceptó mi respuesta y, temiendo que le rehuyera de nuevo, se incorporó y me obligó a ponerme de pie, junto a él. Quise culparme por haber abierto la boca, pero interiormente supe que estaba hablando de un tema verídico, porque hemos actuado como una pareja. Deseé que mi hermano o que Nathaniel estuvieran conmigo, puesto que ellos hubieran impedido que cometiese la locura de intentar confesar que me estaba enamorando de él. No, ¿qué estaba diciendo? ¡Ya estaba muy enamorada!

—Catherine, mírame —exigió—. ¿De qué sentimientos estás hablando?

—De ningunos.

—No estoy de humor para soportar berrinches. ¿Insinúas que tú...? —Su boca se abrió del asombro y se distanció un paso—, ¿Tú sientes algo por mí que trasciende lo amistoso? ¿He dado pie a unos sentimientos erróneos? —La calidez en su mirada se apagó.

De acuerdo, ¿emociones? ¿Qué es eso? ¿Se comen?, porque aparentemente el hombre que tenía delante desconocía de su existencia. Cada una de sus palabras resquebrajaron mis ilusiones, las ideas que había formado durante nuestra estancia en Seabrook. Dimitri nunca había sentido nada por mí, mucho menos en esos momentos. ¿Cómo podía ser tan ingenua? Creer firmemente que alguien como él estaba enamorándose de alguien como yo era absurdo. Los besos compartidos no significaron nada...

No pude mirarlo de nuevo a la cara, no después de su falta de tacto. Dimitri había actuado de manera interesada. Bien. A partir de ese instante también adoptaría su actitud. Lo aparté de un empujón, reprimiendo mis ansias por echarme a llorar como una tonta a la que acababan de partirle el corazón, y caminé hacia la carretera. Tan solo esperaba tener cobertura en el teléfono.

—Catherine, ¡espera! —Me sostuvo del antebrazo, pero me sacudí de su agarre.

—Déjame en paz.

—Pero ¿qué demonios te ocurre? ¿He dicho algo que no debería?

—¡Sí, eso ha sido exactamente lo que ha pasado!

«He sido otro de tus muchos juguetes», quise decir.

—Me marcho —continué—. La invitación a mi cumpleaños queda anulada. No asistiré a tu asquerosa boda tampoco. Y, ¿sabes qué? Disfruta del resto de tu vida en compañía de tú dichosa prometida. Los dos estáis hechos el uno para el otro. Jamás hubiera caído tan bajo como para pronunciar esto, pero ahora lo veo más claro que nunca.

—No, no, a mí no me vengas con estas. —Ubicó las manos en mis hombros para retenerme—. Catherine, por favor, dime que no es lo que estoy pensando.

Las palabras mostraban preocupación, pero el nuevo brillo en sus ojos...

—No lo pienso repetir —musité—, no vuelvas a dirigirme la palabra.

Me aproximé al arcén y telefoneé nuevamente al taxi que pertenecía a Nathaniel. La línea continuaba derivando al mismo hombre de hacía una hora, así que le di la dirección en la que estaba y aguardé impacientemente a que llegase.

Lo hizo al cabo de quince minutos interminables en los que Dimitri permaneció inmóvil a unos metros de mi posición.

«Tonta, tonta, tonta».

¡Lo más grave del asunto estaba en que había sido yo la que siempre lo buscaba, él nunca se molestó en hacerlo! Seguramente sentía pena hacia mí. Era una adolescente a la que había dejado embarazada. Solo eso. Quizás, el temor acumulado por haberme destrozado la vida era el único motivo que lo había impulsado a tratarme así. Froté mi rostro y suspiré.

Tan pronto como estuve en casa, me encerré en el dormitorio de Patrick. No me apetecía estar en mi habitación, en el sitio en el que mi madre aparecería de vez en cuando para preguntarme cómo había ido la cita médica.

Encontré a Patrick en la silla de escritorio, con algunos papeles esparcidos por la superficie y un subrayador con el que resaltaba números. Tenía las orejas cubiertas por los auriculares que le regalé por su pasado cumpleaños. Cerré la puerta con violencia a propósito para llamar su atención, pero ocasioné lo contrario: aumentó el volumen de la música desde su móvil, sin percatarse de que el portazo se había producido dentro de la habitación y no en el pasillo.

Limpié una lágrima con mi mano y palmeé su rostro. Sobresaltado, dejó caer el móvil y golpeó la madera del escritorio con tanta fuerza que creí que la pantalla se había hecho añicos. En cuanto se percató de mi estado, se retiró los cascos y me obligó a tomar asiento a los pies de su cama, creyendo que me desmayaría ahí mismo.

—¿Qué te ha pasado? —Alternó la mirada entre mi rostro y el vientre, relacionando mi visita al médico con mi repentino llanto—. ¿Estáis bien?

—Más o menos —titubeé.

—Sé más clara: ¿qué ha dicho la doctora respecto al bebé?

—No tiene nada que ver con la consulta médica.

Patrick no necesitó indagar más: los sollozos que expulsé a continuación le dieron a entender que el culpable de mi malestar era Dimitri. Mi hermano se sentó a mi lado y pasó un brazo por mi espalda, arrastrándome hacia su cuerpo. Me permitió usar su camiseta como pañuelo para mis lágrimas —por muy repugnante que sonara— y acarició el cabello que se había desprendido de mi coleta, otorgándome tiempo para sosegarme.

—Si quieres que estrangule a Dimitri por ti, lo haré encantado —ofreció.

—No estoy de humor para bromas. —Mi expresión me recordó a la que él había dicho.

—Te sería de ayuda si me cuentas qué ha hecho ese imbécil —repitió.

—De una forma u otra, le he desvelado que siento algo por él. Dimitri ha desechado mis sentimientos como si no merecieran la pena. —Contuve las nuevas lágrimas—. Ya no sé qué hacer, Patrick. He alejado a un chico que podría haberse convertido en

algo más que un amigo porque tenía estas tontas esperanzas con Dimitri.

—¿Qué chico? —No hablaba en serio. ¿O sí?

—Un amigo que me ha ayudado a aprobar los exámenes. La cuestión es que me siento estúpida porque he caído en su juego. — Al humedecerme los labios, sentí el sabor salado de mis lágrimas—. Le he dicho que se olvidara de mí. Le he puesto fin a lo que sea que teníamos y Dimitri no se ha molestado en detenerme. —Lo miré a los ojos.

Mi hermano estaba más entristecido por mí que con deseos de visitar a Dimitri para fracturarle algo más que una nariz. Al menos, no tendría que preocuparme por eso.

—Lamento entretenerte con mis estupideces —musité.

—No son estupideces. Han herido tus sentimientos, eso es importante para mí.

—¿De verdad no vas a decirme «te lo dije»?

—Te mentiría si digo que no me lo he planteado —confesó y puse los ojos en blanco—, pero comprendo que estés dolida. Yo también lo estaría si la chica que me gusta decide mandarme a la mierda después de lo que hemos vivido juntos. No digo que tenga pareja.

—Se apresuró a rectificar—. Pero es de humanos estar tristes. No te avergüences.

—De repente eres demasiado comprensible. Das miedo. —Le propiné un juguetón puñetazo en el brazo y suspiré por enésima vez—. No sé qué haré a partir de ahora. Dimitri formaba parte de mis planes de futuro.

—Tampoco te apresures a eliminarlo del todo: sigue siendo el padre y desconocemos si dentro de su cabeza hay alguna neurona

que lo haga rectificar. —Se incorporó y hurgó en el interior del primer cajón de su escritorio, regresando con algo entre sus manos.

Me tendió un sobre repleto de fotografías de una vivienda de aspecto acogedor. Pasé una a una, observando el amplio salón con chimenea, la cocina-comedor que se extendía hasta las escaleras y dos habitaciones amuebladas con camas de matrimonio.

—¿Qué es esto? —pregunté mientras tomaba la siguiente fotografía.

—La casa que he adquirido en California.

—¿Con qué dinero? ¿Te has prostituido y no me lo has dicho?

—¿Quién se está haciendo la graciosa ahora? —Me quitó las imágenes de las manos—. Yo no puedo solucionar los problemas de Dimitri, pero sí que está en mis manos la capacidad para ayudarte, por lo que te propongo lo siguiente: si te ves incapaz de recuperar el hilo de tu vida antes de que termine el verano, te doy la oportunidad de marcharte conmigo una temporada a California. Viviré a solas en esta casa, podrás permanecer el tiempo que consideres necesario. No serás ninguna molestia —esclareció.

No encontraba voz para expresarme. Me había quedado anonadada.

—He trabajado mientras estudiaba, pero también destiné parte del dinero que papá y mamá me han dado para costearme esta vivienda. Estaría encantado de ayudarte con el pequeño en mis horas libres. Tú has estado ahí cuando no me lo merecía, y te he correspondido con insultos y acusaciones que no eran, ni por asomo, ciertas. Las pronunciaba porque estaba molesto conmigo, contigo y con todos. Te pido disculpas. Eres mi hermana, y ningún hecho ni persona va a cambiarlo —terminó la frase en susurros.

La imagen se presentó en mi cabeza como un sueño: marcharme fuera de Manhattan e instalarme en otro estado me daría la oportunidad para crecer por mí misma. Distanciarme de esta ciudad, con un nuevo futuro junto a mi hijo... El mundo de Dimitri, con sus peligros, amenazas, mentiras, romance y excitación, también se mantendría fuera. Svetlana conseguiría lo que siempre quiso, Dimitri obtendría la empresa y, si mis suposiciones resultaban ser ciertas, ella le daría otra descendencia en el futuro. Todos conseguirían sus sueños, excepto yo. Sin embargo, en todo plan hay daños colaterales.

—Me... me encantaría, Patrick —aclaré mi garganta.

—Esta será tu última alternativa, ¿vale? Primero arregla los problemas.

—Lo haré, te lo prometo. ¿Crees que papá me dará el consentimiento?

—Si se da el caso, de eso me encargaré yo.

—Muchas gracias por todo —murmuré.

Lo volví a estrechar con ímpetu. Mi hermano correspondió al abrazo y permitió que tensara los brazos en torno a su cuerpo hasta el punto en el que casi lo dejé sin aliento. Mi pequeño mundo de posibilidades acababa de extenderse otro poquito más. Esperé a tranquilizarme lo suficiente para abandonar su dormitorio, mis ojos quedaron muy rojos por el llanto.

Cerré la puerta de mi habitación para que mis padres no me molestasen. La cama me recibió con los brazos abiertos, invitándome a sumirme en sus frías sábanas. Fue en ese entonces cuando me percaté de que, para el final del verano, quedaba menos. De hecho, restaba mucho menos de lo esperado.

SEMANA 20



Catherine

Apenas empezaba a parpadear cuando mi teléfono comenzó a sonar y a vibrar a partes iguales. Busqué a tientas el móvil sobre la mesilla y descolgué sin echar un vistazo a la persona que me llamaba a las nueve de la mañana. Sabía de quién se trataba.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó Alexia al otro lado de la línea.

Me removí con las sábanas adheridas a mi cuerpo y trasladé una mano a mi sudorosa frente en cuanto inició su cántico anual. No la entonaba con la misma felicidad que mi familia, sino con un tono mordaz al ser consciente de cuánto me molestaba. Ojeé rápidamente el calendario que pendía de un corcho situado encima de mi escritorio, asegurándome de que estábamos a 29 de junio de 2019. Era esa fecha, lo que suponía que estábamos en el dichoso día en el que abandonaríamos mi minoría de edad para convertirme en la mujer adulta que la sociedad esperaba. Muchos adolescentes daban por sentado que al cumplir los dieciocho años obtendrían una especie de extraño contrato por el que sus padres les concedían libertad para hacer lo que quisieran.

Tendrían que emitir un programa en televisión en el que desmintieran ese bulo. Cumplir esa edad no suponía más que

añadir un simple número a tu vida. No aparecerían los billetes de avión para irme a cualquier parte del mundo por arte de magia ni me encontraría casualmente las llaves de mi apartamento de ensueño escondidas bajo la almohada.

Por si un caso, introduje la mano en la parte fría del cojín y me decepcioné. Tendría que afrontar el día con una sonrisa y pretender que me alegraba de envejecer.

Alexia se quedó sin aliento tras acabar la canción, pero no por ello se detuvo. Cantó la melodía desde el principio, arrebatándome una sincera risotada. Intenté ahuyentar el sueño que amenazaba con apoderarse de mí y tomé asiento frente a mi mesilla. La voz de Alexandrina se hizo más acentuada y acepté que no se detendría hasta que yo le dijera algo, lo cual haría después de unos minutos. Centré la atención en el vientre que asomaba por mi camiseta de pijama y lo acaricié.

A los dos —o a las dos— nos esperaba un día demasiado largo.

Caminé descalza por el dormitorio mientras recapitulaba en los sucesos acontecidos durante la última semana. Había atiborrado la bandeja de entrada de Nathaniel de mensajes de voz hasta el punto donde me avergoncé de mí misma y dejé de hacerlo. Llevaba sin leer sus textos desde hacía más de cuatro semanas, es decir, prácticamente el tiempo en el que estuve de viaje en Houston. El innombrable —no era Voldemort— intentó contactar conmigo, pero bloqueé su contacto en la mensajería y en las llamadas. No era la mejor de mis decisiones, pero hasta que no pasara mi cumpleaños dejaría los problemas fuera de mi pequeño mundo. Había llorado demasiado, y supe que comerme la cabeza con las palabras de Dimitri empeorarían mi estado de cara a ese día. Patrick era el único miembro de la familia que estaba al corriente de la discusión, y

desvelarles a mis padres lo mismo que le confesé a mi hermano no entraba en mis planes.

Por un lado, mi padre amenazaría con acudir a la casa de Dimitri (aun desconociendo la dirección) para reprocharle su actitud, y mamá me contaría alguna anécdota de su juventud para que aprendiera de ella. No solo no quería preocuparlos más de lo que ya estaban, sino que deseaba lidiar con mis asuntos yo sola. Lo consideraba más maduro, una muestra de que estaba preparada para afrontar lo que se avecinaba.

—¡Todos te deseamos un...! —Alexia continuaba gritando, la escuchaba en la distancia gracias al manos libres—. ¡... cumpleaños feliz! —terminó el tercer intento.

—Enhorabuena. Este año te has superado. —Me apresuré a comentar. Si me embobaba con las prendas que tenía mi armario, Alexia entendería mi silencio como una indirecta para cantarla una cuarta vez. Había tenido suficiente «feliz cumpleaños» por ahora.

—Lo sé. Estoy segura de que te he despertado de la mejor forma posible.

—Podrías haberlo hecho mejor —bromeé y eché a reír—. ¿Cuándo pasarás por mi casa? Dios mío, tengo tantas cosas que hacer y que preparar. Necesito tu ayuda si no quiero volverme loca, Alexia. Puedo escuchar a mis padres preguntándose cuántas personas... bueno, cuántos de nuestros amigos universitarios pasarán por aquí —informé.

—Ya estoy de camino, ¿acaso no escuchas el motor del coche?

—¡No conduzcas mientras hablas! —grité.

—Me lleva mi padre, tonta. —Comenzó a reír—. Nos vemos en breve.

Colgó, proporcionándome unos valiosos minutos en los que me hundí en mis penas.

«Problemas del primer mundo», habría dicho Patrick de estar conmigo en ese instante, y yo hubiera asentido mientras contemplaba las prendas dobladas dentro del armario. No me sentía cómoda en casi ninguna, y desconocía la causa. Tenía por seguro que no se trataba de mi vientre, pues tenía un tamaño pequeño para las semanas que habían transcurrido. Simplemente no me agradaba nada de lo que apreciaba en mi armario. Mi intención era aparentar la supuesta madurez que había mencionado; la gente que acudiría a la celebración desconocía mi embarazo y, puestos a ser sinceros, me daba pánico presentarme como si nada. No conservaba a ningún amigo del instituto, a excepción de mi querida Alexia. A ella la consideraba más que una simple compañera de clase. Temía perder las escasas amistades que había creado.

Mi lema era que «cantidad no equivalía a calidad» en casi todos los ámbitos y, pese a ello, me aterrorizaba la idea de quedarme a solas en los siguientes años de carrera.

Consciente de que estaba perdiendo el tiempo frente a la ropa, tomé unos pantalones de chándal grises y una camiseta de tirantes. Encontraría el vestido idóneo con ayuda de Alexia. Primero me concentraría en saludar a mi familia, en desayunar y en aprovecharme de los mimos que me dieran.

Me apresuré a tomar un baño y a desenredar mi cabello. Luego, ordené mi dormitorio.

Cuando terminé, abandoné el cuarto como si fuera un día corriente, atravesando el pasillo con paso lento y despreocupado.

Patrick no compartía mi opinión. Apenas yo alcanzaba el final del pasillo, sus brazos se anudaron a mi cuerpo por la espalda. Emití un

pequeño alarido, producto del susto, y permití que besara mis mejillas hasta el punto donde su barba de varios días me hizo cosquillas.

—¡Patrick! —espeté entre risas.

—Tan solo te estoy felicitando a mi manera.

—Me estás asfixiando. —Lo golpeé en las manos que anudaba sobre mi estómago.

Conseguí zafarme de su agarre y caí en las felicitaciones de mis padres. Supuse que casi todas las familias actuaban de misma forma, pero me fascinaba la capacidad de mi madre para romper en llanto sin ningún motivo. Esperaba que, después del nacimiento, y conforme pasasen los años, no me convirtiera en otra llorona. Puede que las lágrimas fuesen el motivo por el que detestaba las felicitaciones de cumpleaños. Papá me escoltó a la cocina y me acomodó en la silla que nunca usábamos porque quedaba más lejos de las demás. Me sirvió el desayuno e, incluso, colocó un pañuelo alrededor de mi cuello, como si el caramelo de las tortitas fuese a terminar en mis prendas en vez de en mi estómago.

Eso sí, me emocionó que las tortitas tuvieran dibujos realizados con nata montada y, por primera vez en mucho tiempo, no tuve que fingir que estaba feliz.

Tras saciar mi apetito matutino, me senté en el sillón más cercano a la entrada, esperando que la cabeza rubia de mi amiga apareciera pronto.

Y lo hizo.

—¡Catherine! —Me llamó al abrir la puerta y alzó unas bolsas cuyo nombre señalaba una tienda de ropa—, ¡Vamos a celebrar tu decimoctavo cumpleaños por todo lo alto! Vas a quedar enamorada con lo que he adquirido de camino a tu casa. —Guiñó un ojo.

—Pero si ya me invitaste a...

—No todos los días se cumplen dieciocho años, monada —
interrumpió.

Puse los ojos en blanco y la invité a pasar.

No celebraríamos la fiesta hasta bien entrada la tarde, pero nuestra tradición era pasar los días de nuestros respectivos cumpleaños en mutua compañía. Por ello, mi amiga comió en casa y también se acomodó en el sillón con los pies apoyados en lo más alto y la cabeza colgando por el extremo contrario, como si estuviera en la suya. Posteriormente, iniciamos la preparación de la fiesta. O, al menos, ellos lo hicieron ya que a mí me prohibieron la entrada tanto al salón como al jardín comunitario del edificio, es decir, el lugar en el que celebraríamos el cumpleaños. Alexia me contó lo que había hecho durante toda la semana que pasó en una playa cercana a Manhattan. No quiso desvelarme ningún detalle acerca de con quién había ido e insistió en que debía conocer a su pareja. Le prometí que lo haría la próxima semana porque ya disponía de tiempo.

Cambié el pantalón de chándal y la camiseta de tirantes por un vestido de color marfil, con encaje en la espalda y un escote no demasiado pronunciado en forma de corazón. Alexia había adquirido la talla que me sentaba como un guante, y se lo agradecí al asegurarle de que, para su próximo cumpleaños, también la sorprendería.

Ya podía percibir las voces de los primeros invitados traspasar la entrada, mis latidos se aceleraron con el pensamiento de que Dimitri podría presentarse pese a mi prohibición. Tenía la mala costumbre de desobedecerme, aunque mis sospechas de que aceptó mis palabras al pie de la letra fueron suficientes para aplacar mi pánico.

Dimitri no aparecería.

—¿Preparada? —Alexia puso las manos sobre mis hombros.

—No. —Me reí con histeria.

Me aseguré de que ella también se veía increíble con su mono azulado y me obligué a mostrar una amplia sonrisa. Con inquietud, plasmé las manos en mi vientre. La mayoría desconocía la existencia del embarazo, pues tan pronto como lo descubrí, estaba terminando el primer año de universidad y no era tan pronunciado como en estos momentos. Tarde o temprano lo hubieran descubierto, los rumores volaban... más cuando eran ciertos.

Patrick me esperaba al final de las escaleras del exterior con el móvil entre sus manos. Su ceño fruncido mostraba una concentración puesta en aquel mensaje. Quise asomarme sobre su hombro para ojear lo que escribía —y a quién estaba dirigido—, pero al percatarse de mi presencia, bloqueó la pantalla y lo escondió tras él.

—Tu fiesta te espera —señaló a la gente amontonada en el jardín.

Resignada, permití que cubriera mis ojos con sus manos. A pesar de que ya conocía que la fiesta se celebraría con mis compañeros de universidad, no tenía ni la más remota idea de la decoración. Quizás ese era el motivo por el que se estaban tomando tantas molestias para evitar que yo lo viese con rapidez. Tropecé una vez, aunque no llegué a caerme. Por fortuna. Apoyé las manos en donde supuse que estaba el marco de la puerta que daba al jardín y Patrick retiró las suyas, descubriendo mi mirada.

—¡Sorpresa! —gritaron todos al unísono.

Caray. La parte trasera del edificio había sido remodelada en un espacio espectacular. Vi globos, banderillas, purpurina, papelillos y una impresionante tarta de tres chocolates que hizo que mi boca se hiciera agua al instante. Las miradas se clavaron en mí tan pronto

como aparecí y el motivo no fue mi cumpleaños, sino el embarazo. Fingí que nada pasaba y, al parecer, mis amigos optaron por hacer lo mismo. Reconocí el rostro de cada uno de ellos conforme se acercaban para darme las felicidades. Aproveché cada respiro entre felicitación para admirar el trabajo. Estaba segura de que Alexia había puesto su toque de arena en cada decoración. Nunca había celebrado mi cumpleaños, sin embargo, al ser el decimoctavo, quería hacer algo para recordarlo.

—¿Emocionada por cumplir los dieciocho? —comentó Lauren.

Ella era una de mis compañeras de clase.

—Mucho, de hecho. —Crucé los brazos, sin perder la sonrisa—. Aunque espero que la diferencia no se note tanto como todos dicen. Es decir, tan solo es una cifra más.

—Siempre tan optimista. —Mantuvo la mirada implacable. Supe lo que se avecinaba—. Te voy a hacer una pregunta un poco tonta porque es evidente, pero... —Se sonrojó porque no pretendía entrometerse en mis asuntos— ¿acaso estás...? Ya sabes.

—Sí. —Icé el mentón, orgullosa—. Estoy de cinco meses, más o menos.

—Enhorabuena. —Volvió a abrazarme, gesto que no esperaba.

Me sentí tonta conmigo misma. Siempre había supuesto lo peor de mis compañeros, creyendo que nadie aceptaría el hecho de que estaba embarazada. Sin embargo, ahí me encontraba yo, siendo el centro de atención que, lentamente, se desplazaba hacia la tarta y se olvidaba del bebé. Mis amigos y conocidos estaban aquí por celebrar este día conmigo y no para cotillear acerca del supuesto padre. ¡Qué malpensada que había sido!

Cuando la conversación con Lauren pasó a ser monótona y aburrida —acerca de estudios, notas, y cosas de ese estilo—, opté

por hablar con más invitados. Todos me hicieron las mismas preguntas, cierto, aunque las respondí de igual forma: olvidando la vergüenza.

Cuando llegó la hora de soplar las velas, se agruparon en torno a mí y a la mesa. Había dieciocho velas esparcidas por la capa de chocolate blanco, cada una de un color diferente. Identifiqué una fotografía impresa mía de cuando tenía siete años en el centro, y mis ganas por hincarle el diente a la tarta incrementaron considerablemente.

Comenzaron a cantar y yo acompañé al coro. Soplé las velas tras pedir un deseo en mi fuero interno y estallamos en aplausos y carcajadas. Estaba segura de que el vecindario nos escucharía a lo largo de la avenida, puesto que el jardín no tenía una carpa de cristal ni de tela que ahogara el ruido que causábamos. Repartimos el pastel y, tras comerlo, bailamos y conversamos otro poco más en familia.

El tiempo pasó volando, parecía que acababan de llegar cuando se marchaban.

—Me ha encantado hablar contigo. Resulta que no eres una chica tan tímida fuera de clase. Deberías quedar con nosotros cuando tengas tiempo, ¡y no te olvides de llamarnos cuando el bebé nazca! Nos gustaría comprar algo para él... o para ella —comentó el chico de segundo año llamado Chris. Era un conocido de Lauren y de otra chica.

—Seguro que es una niña —apostilló Amanda, la rubia situada a su lado.

—Tengo seis hermanas, tanto mayores como menores —manifestó él, dolido.

—¿Qué más da? Nunca hay suficientes mujeres en el mundo — intervino Lauren.

—Creo que concuerdo con ella. —Me atreví a comentar, perdiendo mi miedo a decir algo insensato—. Aunque tampoco me molestaría si fuera un niño —agregué.

Los vi abandonar el patio debatiendo sobre si Lauren tenía razón o si, por casualidad, era Chris quien acertaba con el sexo del bebé. Despedí a cada invitado personalmente, agradeciéndoles que hubieran dedicado parte de su valioso tiempo en asistir. Tampoco me resultó un problema darles las gracias por los maravillosos regalos: Alexia, además del vestido (que ya lo consideraba suficiente) había adquirido prendas de bebé con colores *beiges* y verdes. La vecina del primer piso se decantó por ropa de embarazada, y un familiar lejano de mi padre trajo consigo un equipo de música de aspecto caro. Si todo lo anterior no era suficiente, mis padres me desvelaron que para su regalo tendría que esperar un poquito, pues no estaba preparado y no querían arruinarme la sorpresa.

En cuanto todos se marcharon —incluyendo Alexia— deseé deshacerme del vestido y de los tacones. Pasé por el pasillo y me despedí de mis padres, y de Patrick, quienes se disponían a elegir una película. Eran casi las once y media de la noche, pero después de más de cinco horas de fiesta lo que me apetecía era tumbarme en mi cama y continuar con los capítulos de una serie que estaba viendo. Era una versión de *Drácula*, en la cual el atractivo vampiro (oculto bajo el pseudónimo de Alexander Grayson) despertaba del letargo que le impusieron para vengarse de aquellos que asesinaron a su esposa hacía... cientos de años. El actor que lo interpretaba

era guapísimo —Jonathan Rhys Meyers— y, aunque fuera unos veinte años más adulto que yo, no podía negar su atractivo.

Me dispuse a regresar a mi habitación cuando unos nudillos llamaron a la puerta y, de inmediato, tuve la corazonada de que mi deseo se había hecho realidad.

Cerciorándome de que mis padres no se levantarían para acompañarme, me convencí de que podría tratarse de cualquier invitado que había olvidado una de sus pertenencias en el jardín. Una chaqueta, el bolso o una bufanda (era improbable, sí, porque estábamos en junio y no hacía mucho frío). Quité el seguro y giré el pomo, perdiendo la respiración por momentos cuando lo vislumbré. Lo primero en lo que me fijé fue en la rosa que sostenía entre sus manos y, posteriormente, en su afeitado. Curvó los labios en una sonrisa dulce, tierna y adelantó un paso, acortando la distancia.

—No he podido resistirme. —Dimitri me tendió la rosa. El tallo estaba envuelto en una cinta del mismo color que los pétalos, de un rojo pasión—. Felices dieciocho, Cathy.

—Gracias —musité al recuperar la voz—, te dije que...

—Sí, me dijiste que no estaba invitado y que no aceptarías ningún regalo —terminó la frase por mí—. Pero ya me conoces: siempre tiendo a hacer lo que me apetezca.

No reconocí el orgullo en su voz, sino un sutil intento por sonsacarme una sonrisa.

Descansé mi antebrazo izquierdo en el marco de la puerta con el fin de tener algo en lo que sostenerme y alterné la vista entre la rosa que reposaba en mis dedos (sin espinas que pudiera provocarme diminutas heridas) y su rostro. Me moría de ganas por hablarle de nuevo, por disfrutar, aunque fuera, de unos minutos en su compañía. No obstante, supe que no debería hacerlo... que mi

hermano me mataría si lo hacía. Ya estaba demasiado herida como para añadir otra desilusión a mi prolongada lista.

—¿Podemos hablar? Por favor, necesito hacerlo. Los dos lo necesitamos.

—No hay nada que discutir. —Apreté la mandíbula—. Lo dejaste perfectamente claro la semana pasada, no hace falta que pasemos por otro mal trago. Además, es tarde y...

—Tus excusas siguen siendo penosas, señorita Miller. Te esperaré aquí mismo. —Señaló al rellano, como si no fuera obvio—. Vamos, avisa a tus padres de que estarás conmigo durante una hora, más o menos. Será suficiente para hablar de... lo nuestro.

Quise resistirme a su oferta. Realmente lo intenté, reviviendo la expresión que mostró esa mañana en el parque o las frases tan desconsideradas que salieron por su boca.

—Está bien —accedí—, tardaré unos minutos.

—Gracias, Catherine.

«No me lo agradezcas todavía», pronuncié en mis pensamientos.

No pensaba cambiarme de ropa para una simple hora. Conociéndome, me escondería en mi habitación hasta que Dimitri se cansara de esperarme y decidiera irse. Bueno, sonaba muy convincente por lo que dudé si sería capaz de entrar en casa para tomarme en brazos y sacarme por su cuenta. Eso sería bastante gracioso de ver...

—Mamá, papá, me marcho —dije, asomándome por el salón—. Alexia me ha convencido para pasar un rato con ella. Volveré antes de las dos, prometido —mentí.

—¿Ahora? Pero si has dicho... —Mamá comenzó a replicar.

—No te preocupes, estaré bien.

«O eso espero», añadí interiormente.

Tomé las llaves del recibidor y cerré la puerta con suavidad. En más de una ocasión Patrick había recibido quejas de los vecinos debido a los portazos que daba al salir y, a causa de ello, mantenía una estrecha enemistad con el anciano del segundo piso.

Dimitri continuaba en el mismo sitio de hacía unos minutos. Literalmente. No había desplazado ni el brazo que estaba apoyado en el marco de la puerta. Me tendió una mano con libertad y acepté entrelazar nuestros dedos, pues la calle del barrio estaba desierta y no corríamos peligro alguno de estar al aire libre. La incomodidad era palpable en el ambiente, y no tenía ni idea de cómo romper ese intenso silencio. Dimitri jugó con el dobladillo de su camisa. Me pregunté qué pasaba por su cabeza en estos instantes.

—La competición de silencio ha terminado —anuncié—, ¿de qué quieres hablar?

—De lo preciosa que estás esta noche. La última vez que te aprecié en un vestido fue el día de la no-boda —murmuró y posó la vista en mí—. Lo digo en serio, no como un intento de conseguir que me sonrías. Estás espléndida. Deberías utilizarlo más veces.

—Lo haré... siempre y cuando no estés conmigo —me jacté.

Dimitri frotó su barbilla y arqueó una ceja.

—¿Te apetece ir a casa? Es más cómodo hablar allí que en mitad de la nada. Svetlana no ha ido en varios días, y he cambiado la cerradura para que no pueda utilizar la copia de mi llave. Luego te traeré aquí, te lo prometo —ofreció de manera apresurada.

Era mucho más adorable cuando estaba nervioso, y me reconfortaba saber que estaba así por mí. No quise oponer resistencia a algo que deseaba desde hacía días, así que acepté.

Su coche estaba aparcado frente a mi casa, tuvimos que deshacer el corto recorrido para alcanzarlo. El trayecto a su residencia

transcurrió demasiado rápido. Las luces del porche continuaban encendidas, como si hubieran estado esperando nuestro regreso. Me resultaba curioso que el tiempo no se ralentizara cuando más lo necesitabas, y viceversa.

Una vez en el interior, él cerró la puerta con los mecanismos instalados en la pared de la derecha y se cercioró de que las ventanas de esa planta estuvieran bajadas.

De nuevo, la calidez de su hogar me embriagó, y recorrí el pasillo mientras contemplaba esos minúsculos detalles de los que no me percaté las primeras veces. Una parte de mí deseaba preguntarle sobre su relación con mi supuesta amiga, pero me entró el pánico por si la respuesta no era la que yo tenía en mente. Aunque, teniendo en cuenta las medidas que había tomado, parece que iba por el camino que yo pensaba.

—Ponte cómoda —señaló al sillón.

Sacudí la cabeza, negándome rotundamente.

—No prolonguemos esto durante más tiempo, por favor —supliqué.

—Catherine...

—Me niego a creer que vamos a hablar como dos personas normales. Conociéndonos, no tardaremos en chillarnos a la cara. — Me detuve frente a la chimenea y delineé la decoración blanca que recorría la repisa—. Estoy muy molesta contigo, y no iré con rodeos: el otro día confesé lo que sentía por ti y desechaste todo lo que dije.

—De eso pretendo hablarte, Catherine. Realmente no quería insinuar que...

—No me lo puedo creer. —Me giré para encararlo—. Tus palabras textuales fueron que «habías infundado unos sentimientos erróneos» y me miraste como si estuvieras... apenado de mí. ¿Cómo se supone que debía tomarme eso? —Me crucé de brazos.

Dimitri me miraba con tanta intensidad que podría atravesar mi cuerpo—. Después de prometer, repito, prometer, que mantendríamos una amistad por el bien de nuestro bebé...

—Me encanta cuando hablas del bebé como algo «nuestro» — interrumpió.

—¡Ese no es mi punto, Dimitri! —Mi reclamo le hizo perder su último intento de conservar la serenidad y el buen rollo—. Me besaste aquella noche en el club de boxeo. Me hiciste olvidar lo que yo me había impuesto y me asusté al caer en la cuenta de que, no importan cuántas promesas nos hagamos: después de la despedida de soltero, en la que solo bastó un beso tuyo para arrastrarme a la cama, me tendrías siempre ante ti.

La mandíbula de Dimitri se desencajó. Pero también endureció sus facciones y apretó las manos hasta convertirlas en dos puños de nudillos blanquecinos. Íbamos por mal camino, lo sabía. Pero, por causas que desconocía, tenía la osadía para confesarle aquello que había retenido en mi interior durante semanas. ¡Meses! Me acerqué un paso más.

—No pude olvidarte después de ese campamento, Dimitri. Aunque me había convencido de que sí, en cuanto me crucé contigo cada recuerdo regresó a mí como si no hubiera perdido intensidad. —Me estaba ruborizando. Era complicado abrirte a esa persona que tanto querías, me entraban ganas de llorar y de gritar a partes iguales—. Cuando conocí a Svetlana y me desveló que te casabas con ella, me sentí... molesta. No pienses que estoy confesándote esto porque es mi obligación, puesto que no es así. Siempre he sido muy independiente a nivel emocional y me trastoca que, contigo, no sea lo mismo.

»Y sé que no exagero porque, después de tu declaración respecto a ese incidente, lo que una persona medianamente cuerda hubiera hecho habría sido salir de esa estancia y suplicarle a alguien que la sacara de allí. Yo no lo hice porque supe que, en ese momento, necesitabas que alguien aliviara tu dolor. También me quedé porque pensé, y lo sigo pensando, que eres inocente. —Dejé caer los brazos a los lados de mi cuerpo—. Sí, lo sé: tengo la misma culpa que tú porque podría haber detenido esto desde un principio y no quise hacerlo. ¿Conoces la razón por la que me enfadé tanto contigo? ¿Has pensado siquiera en por qué te repetí hasta la saciedad que no quería irme de Houston?

»Ya no podría tenerte a mi lado. No sentiría tus abrazos o tu respiración en mi nuca al dormir. Tampoco podría besarte o caminar contigo de la mano. Según lo que dijiste en ese parque, nada de eso tuvo importancia para ti. Me mata que poco a poco me esté enamorando de ti, mientras tú te acercas al día de la boda; ese día en el que te perderé por completo. Así que llámame tonta, pero es lo que siento y no puedo cambiarlo.

Tomé una bocanada de aire. Dios mío, me estaba ahogando con mi propia ansiedad.

—¡Ahora no te calles ni pongas excusas porque estoy al borde de ataque de ansiedad, demonios! —continué gritando hasta el punto en el que mi voz se apagó.

Sin lugar a dudas, la reacción de Dimitri no fue la esperada. En un vano intento por retener los impulsos, se desplazó a la pared y le asestó un golpe. Sí, con el puño, sus nudillos se clavaron en el yeso y dejaron una marca tras de sí. Si se hizo daño, no lo mostró, pues me contempló de pies a cabeza con una clara rabia en su mirada. Se aproximó a mí y se detuvo a tan solo unos centímetros.

Respiraba airado, como yo. Deseaba intimidarme, al igual que había hecho con anterioridad, pero no lo consiguió.

No me desplazé ni aparté mi mirada de la suya.

—¿Crees que yo sí pude olvidarme de ti después de lo que sucedió ese verano? —musitó, aferrando mi mentón para que nuestras miradas permanecieran unidas—. Dime, ¿realmente piensas que te he besado, acariciado y hecho el amor, por nada? Joder, Catherine Marie Miller, no tienes ni idea de lo que siento por ti y me enfurece que yo sea el culpable de esta situación. —Noté que su pulso temblaba al sostenerme.

—¿Qué situación? —Me sorprendí cuando hablé. Me creía incapaz de hacerlo con tanta seguridad.

—No me considero digno de ti. Intenté alejarte de mi lado en cuanto supe con certeza que me querías pese a las locuras que he cometido en el pasado. Me aterroriza herirte más de lo que ya he hecho, Catherine. La única vida que depende de mí en la actualidad es la de mi madre, y ni siquiera lo hace en realidad. Yo solo extendo el cheque, y los médicos se encargan de administrarle los tratamientos. Tengo muchos problemas en mi vida. Mi padre me obliga a permanecer dentro de este compromiso, y Svetlana me chantajea. Y si pudiera liberarme de ellos, ¿cuánto tiempo tardaría en hacerte mía? ¿En exclamar a los cuatro vientos lo que estoy sintiendo en este momento? Voy a casarme con la persona que más detesto mientras la mujer que tengo delante es aquella que me hace sentir, al mismo tiempo, vivo y muerto de... miedo. Porque sí, Catherine, nunca he estado enamorado hasta que llegaste tú.

Supuse que era el momento en el que se echaba a reír y señalaba hacia la cámara oculta que inmortalizaba el momento. Pero no lo

hizo. Con las manos en mi rostro, utilizó sus pulgares para acariciar mis mejillas, sus ojos estaban centrados en mí.

—Lo siento mucho, Catherine. Me disculpo por la estupidez que te dije ese día y por la actitud tan borde o distante que haya podido mostrar. Esta semana ha sido un completo desastre sin ti —terminó con unas facciones cansadas, arrepentidas.

Incluso retiró las manos de mi cara al temer que mi reacción fuera negativa. Mis piernas comenzaron a temblar mientras que mi respiración se agitaba. Hacía tan solo unas horas que había soplado mis velas de cumpleaños y mi deseo ya se estaba cumpliendo. Tragué saliva y me armé de valor para decir:

—Todavía es mi cumpleaños. Por tres minutos —pronuncié tras mirar de reojo al reloj de cuco situado sobre la chimenea—. Quiero pedirte algo, que me des una cosa.

—¿En serio? —expulsó una carcajada nerviosa—. Desde que te conocí llevas repitiendo que no quieres mis regalos, y ahora que no te he comprado nada...

—Este es fácil de cumplir —mi voz tembló.

—¿Qué es lo que quieres?

Aspiré profundamente por la nariz y me olvidé de todos mis miedos:

—Bésame.

SEMANA 21



Dimitri

El sonido que emitió el reloj nos hizo saber que eran las doce. Oficialmente, Catherine había alcanzado la mayoría de edad y poseía ciertas libertades nuevas. Yo la miraba como si fuera a desvanecerse al igual que la madera calcinada de la chimenea. Estaba a unos centímetros de mí, tan próxima que casi saboreaba su boca. Supe que esperaba la respuesta a su petición, específicamente con actos. Por supuesto que me moría por besarla, pero recordaba las condiciones que impusimos en nuestro retorno de Houston, la norma esencial de que no debíamos sobrepasar, de nuevo, la línea de la amistad. Diantres, ¿a quién pretendía engañar con esas estupideces? Acabábamos de declararnos. Lo que yo sentía se correspondía con lo de ella. Catherine me quería, y no como lo hacía Svetlana (esa perra solo buscaba el dinero de mi bolsillo). Había aceptado mis errores y estaba dispuesta a ayudarme a superarlos. Mi admiración por ella se intensificó hasta el punto en el que me abrumó cuánto la necesitaba a mi lado, en mi vida.

—Sé en lo que estás pensando y, por favor, olvídalo —suplicó—. Estoy convencida de que esta noche será la última en la que podamos estar juntos. Solo pido que pretendas por unos instantes

que, lo que te dije en ese coche, no existe. No hagas esta despedida más ardua de lo que ya es —añadió en susurros, desviando sutilmente la mirada.

—¿Qué te hace pensar que es una despedida?

—Celebrarás la fiesta de compromiso la semana que viene, Dimitri. Te he perdido.

—No. Quien me ha perdido es Svetlana. Siempre fuiste tú quien me tuviste —insistí.

Catherine me miró de nuevo, más asombrada y conmovida que nunca.

Al cuerno con la empresa y con las exigencias de mi padre. Estaba enamorado de ella, y de nada me serviría pretender lo contrario. Le había dicho «hacer el amor» con tanta naturalidad que me costaba creer que esas palabras hubieran emanado de mi boca. Pensé una vez más en la amenaza que se cernía sobre mí y en el miedo irracional de involucrarla en mi familia más de lo que ya estaba. Me imaginé decenas de escenarios, todos ellos desoladores, para convencerme de que Catherine estaba por encima de mí. Si resultaba herida por mi culpa, yo nunca sería capaz de perdonármelo.

La escuché suspirar, cansada y cuestionándose si lo que había pronunciado era la verdad. Fui un imbécil el día en el que negué sus sentimientos para impedir que salieran a reducir los míos.

Tenía la certeza de que no volvería a cometer las mismas equivocaciones.

—Maldición. —Sacudí la cabeza y desterré mis preocupaciones—. Ven aquí, Cathy.

No le di tiempo para reaccionar o articular una palabra.

Deslicé una mano por la piel tan tersa y tórrida de su cuello y alcé su rostro para que mi boca se encontrara con la suya. Catherine me recibió con unos labios que me recordaban a la dulzura del chocolate, una que me encargué de reclamar como mía. Noté que los dedos de ella se posaban en mi costado y me rodeaban el cuerpo hasta que no quedó ninguna separación entre nosotros. Tenía la respiración agitada, y temía que no era porque el beso se había intensificado, hasta el extremo donde nos devoramos mutuamente. Mi mano izquierda la aferró por el vestido inconscientemente y ella abrió más la boca para mí mientras recorría mi pelo e impedía que me distanciara y que rompiera la unión.

Nos desplazamos hasta la chimenea y su cuerpo se apoyó en los ladrillos pardos que conformaban la estructura, de la cual emanaba más calor. Catherine se distanció de mis labios por unos segundos y tomó una bocanada de aire. Fue en ese preciso momento, con la mitad de su rostro alumbrado por la tonalidad naranja de las llamas, cuando caí en la cuenta de que tenía los ojos anegados en lágrimas y que se esforzaba en contenerlas.

—¿Qué te parece si nos acomodamos en el sillón y te traigo algo para...?

—No, no lo hagas, por favor. —Recorrió mi pecho por encima de la camisa hasta toparse con mi corbata. Sentí el nudo aflojándose y, mientras ella la retiraba, limpié el rastro de la única lágrima que había escapado de su control—. Te necesito, Dimitri.

—¿Considerarás eso como otro regalo atrasado de tu cumpleaños?

—Ahora te estás burlando de mí —susurró con una sonrisa ladina, sincera.

—No, te estoy diciendo que te deseo tanto que cumpliré todo lo que me pidas.

—Bien, porque ahora mismo solo quiero que me desnudes.

Sus brazos se distanciaron de mi cuerpo, abriéndome el camino hacia el suyo. Tomé mi tiempo para admirar cada centímetro de su piel antes de desabrocharle la cremallera del vestido, situada en su costado izquierdo. Sostuve la tela con las manos y di pequeños tirones para que abandonara sus acentuadas caderas, deslizándose cual serpiente al mudar de piel. Contuve la respiración al contemplarla en ropa interior. Portaba un sujetador transparente de encaje conjuntado con unas bragas blanquecinas, también con los trazos de encaje rodeándole la cintura y la ingle. Me centré en sus abultados pechos, más hinchados de lo que recordaba a causa del embarazo. Sí, la primera vez había consumido alcohol, pero eso no quitaba el hecho de que no la hubiera admirado desnuda.

El ambiente que estábamos formando se diferenciaba del de Houston. Allí, Catherine, sin ningún reparo, se había pasado los días en bikini o con un vestido que transparentaba no solo su tez morena, sino también lo que portaba bajo el mismo. Sí, la había deseado tanto como la ansiaba en ese instante, pero no. No era lo mismo.

Repartí una serie de besos por el escote que mostraba el sujetador, deteniéndome entre sus senos con la intención de tranquilizar su nerviosismo. Catherine descansó la cabeza en la repisa y la escuché suspirar mientras buscaba mi cabello. Mordisqueé cada centímetro de piel, sin detenerme hasta que crucé sus clavículas y cuello, alcanzando mi nuevo objetivo.

Intenté mantenerme a la misma altura que ella, que era de menor estatura; Catherine aprovechó mi repentino ensimismamiento para

desabrocharme la camisa. Soltó los botones de uno en uno, disfrutando del proceso tanto como yo. La sostuve por la muñeca para transmitirle confianza en cuanto me percaté de que estaba temblando, y la mirada que me dedicó acalló mis propias preocupaciones.

Sus manos se posaron sobre la musculatura de mi pecho y lo acariciaron. Besó los tatuajes que en tantas ocasiones había observado. Tuvo que separarse de la pared para alcanzarlos, por lo que tomé ventaja para desabrocharle el sujetador. Catherine me permitió quitarlo, primero deslizándolo por sus brazos y posteriormente arrojándolo al suelo. Se sonrojó. Mucho.

Yo mantuve la mirada alejada de su desnudez para no incomodarla más.

—La primera vez ninguno disfrutó de esto como se suponía —susurré mientras apartaba los mechones de su cabello, ubicándolos detrás de sus orejas—. Planeo que ambos recordemos esta noche, *mon amour*. —Usé ese acento francés que tanto le gustaba.

Quitó mi cinturón con relativa sencillez y lo arrojó sobre el resto de las prendas. Si mis pantalones ya marcaban mi erección, en cuanto estos cayeron a mis tobillos ella pudo atisbar, sin impedimentos, el estado tan tenso de mi entrepierna. Si de mí dependiera, habría alargado el momento hasta que me suplicara que diera el paso. Pero Catherine continuaba insegura y yo no le haría padecer más vergüenza de la necesaria. Consciente de que la habitación quedaba muy lejos de nuestra posición, en la planta de arriba, la idea de usar el sillón se me antojó como una novedosa pero cómoda posibilidad. Tomé a Catherine entre mis brazos, instándola a que me rodeara con las piernas. Ella me miró con mucha ternura.

—Gracias por ser tan comprensivo. —Acarició mi cuello.

—Es lo mínimo que puedo hacer, nena.

La tumbé en el sofá más ancho, aquel que casi podría considerarse como una cama. Catherine no apartaba su vista de mis movimientos, capturando cada uno para inmortalizarlo en su memoria. Yo tampoco olvidaría la imagen que ella transmitía enfrente de mí.

Terminé de desnudarme por mi cuenta y me coloqué sobre ella, buscando la postura más cómoda. La curva de su vientre era más pronunciada que la última vez; así que empleé los antebrazos para no aplastarla por accidente. Catherine leyó mis pensamientos — desconocía cómo diantres lo hacía; siempre adivinaba lo que pensaba— y rodeó mi cadera con la pierna derecha, acomodando las manos en mis omóplatos.

—Estoy preparada. —Movié los dedos por mi nuca, provocándome escalofríos.

—Nunca imaginé que estaríamos de este modo —desvelé. Quería que ella se concentrara en otra cosa que no fuera en el posible —y leve— dolor.

—Yo tampoco, pero me alegra que seas tú. —Cuando tomó una bocanada de aire, sentí sus pechos presionándose contra mis pectorales—. Por si alguna vez lo has pensado, me gustaría decirte que no me arrepiento de haber perdido la virginidad contigo. —Su rostro se tornó incluso más rojo que hacía algunos segundos.

—Siempre es bueno saber que no te hice daño en nuestro estado de embriaguez.

—Si pensamos en la parte positiva, no tendremos que usar más condón.

—No de momento. —afirmé; me acerqué a su boca y añadí en susurros—. Pero después sí.

La besé con más intensidad y uní nuestros cuerpos con suma lentitud, seguro de que Catherine notaría malestar. Su repentino ceño fruncido y su mandíbula apretada confirmaron mis sospechas. Esperé a que se acostumbrara a mí y, tan pronto como me informó que ya no sentía dolor, comenzamos con esos movimientos que nos conducirían a la locura durante los siguientes minutos u horas.

Dejé de pensar al instante, pues preferí hacerle el amor y recordar ese momento como nuestra auténtica primera vez.

Catherine

Todavía no había amanecido del todo, pero la idea de levantarme no se manifestó en mis pensamientos. A través de las puertas de cristal que daban al balcón del dormitorio de Dimitri, atisé los prematuros rayos de sol que reemplazaban a la noche. Me había despertado a causa de mi urgencia de orinar, muy habitual por la presión que ejercía el bebé en mi vejiga. Sin embargo, retirar las sábanas de mi cuerpo y apartarme de la persona que me abrazaba por la espalda no entraba en mis planes. Me costaba mantener el parpadeo constante para no caer dormida de nuevo, así que me concentré en la calidez, en lo cómoda que estaba con el cuerpo desnudo de Dimitri pegado al mío.

La noche anterior había sido tan... mágica. Había supuesto que los libros de romance que devoraba cada semana (era verano, mi tiempo libre me permitía leer incluso dos novelas en la misma semana) exageraban esas escenas, que dos personas no podían ser tan cómplices en el mismo acto sin estar inseguras o molestas. Me equivocaba. Dimitri no me apresuró ni me obligó a hacer nada que yo no quisiera. Me besó con una dulzura que no imaginé que poseía y disfruté del acto tanto como él. Dios mío. ¡Me estaba

sonrojando porque me había acostado con Dimitri, de nuevo! Mi corazón se desbocó, provocando que mi respiración también se viera afectada. ¿Cómo me mantendría tranquila al despertar él, si los recuerdos de sus besos y de su masculinidad al desnudo se repetían constantemente? Me mordí el labio para reprimir una sonrisa de niña boba y enamorada.

Conseguí girarme en su abrazo, y me topé con su rostro dormido a unos centímetros del mío. Se lo veía tan relajado que no me atrevía a despertarlo. Sin embargo, mi vejiga no opinaba lo mismo y me instaba a acudir al baño antes de que ocurriera un incidente.

—Dimitri... —llamé en susurros—, tengo que levantarme urgentemente.

Al escuchar mi voz, él movió la cabeza en sueños. Estuve segura de que no había escuchado mis palabras porque solo desplazó el brazo más abajo de mi cintura, con los dedos rozándome los glúteos. No me quedó más remedio que apartarlo con un impulso hasta obtener un amplio espacio para incorporarme. Mientras entraba al baño me vino a la memoria el momento exacto en el que me tomó en brazos y me trasladó a la habitación. No recordaba las palabras que dijo porque yo estaba prácticamente dormida en el sillón, pero sí rememoraba lo suficiente como para tener una idea del tema.

Él había argumentado que la chimenea estaba apagada y que, por tanto, pasaríamos frío sin las mantas ni nada que nos cubriera. Estaba convencida de que me tomó en brazos sin encender ninguna luz y que me trasladó a la habitación, donde posteriormente se acomodó y en donde lo he encontrado al despertar. Dimitri podía resultar realmente dulce cuando se lo proponía.

Una vez que sacié mis necesidades, me dispuse a salir del cuarto de baño. Me detuve por un instante frente al espejo y contemplé mi cuerpo desnudo: por primera vez en mucho tiempo me sentí... bonita. Tal vez se debía al rubor de mis pómulos, a mi cabello despeinado o a los labios un poco inflamados por los besos. Sin embargo, la sensación que me recorría la boca del estómago era indescriptible. Me sentí deseada.

Las probabilidades de que eso ocurriera tendrían que ser inferiores al impacto de un meteorito. Le puse los ojos en blanco a mi reflejo y busqué alguna prenda que me sirviera para ocultar mi desnudez. Sé que sonará estúpido después de mantener relaciones, pero no estaba acostumbrada a deambular como Dios me trajo al mundo enfrente de... nadie. Hallé toallas en un armario, pero lo consideraba ridículo. Regresaría al dormitorio y me deslizaría bajo las sábanas, aprovechando que Dimitri continuaba dormido.

Abrí la puerta del baño para abandonarlo cuando lo vi sentarse en la cama.

—¿Catherine? —llamó con su voz adormilada y preocupada.

Tenía las sábanas arrugadas en su cintura y los brazos apoyados en las rodillas. Eché a andar con pasos rápidos hacia las sábanas y me cubrí con ellas.

A Dimitri le costó comprender lo que hacía, hasta que se espabiló lo suficiente como para arrastrarme hacia sus brazos. Quedé sentada enfrente de él, con unos pómulos enrojecidos por la vergüenza al tomar la repentina decisión de ocultarme solo de cintura para abajo. Dimitri no contemplaba nada que no hubiera visto ya.

—Por un momento creí que te habías ido —susurró. Todavía le costaba mantener los párpados abiertos y la boca cerrada, por los

bostezos—. Me alegra que no sea así. —Alargó una mano con la que acarició mi pómulo izquierdo para retirar un mechón de pelo.

—Estaba en el baño. —Descansé una mano en mi vientre—. Mi necesidad urinaria se ha visto incrementada desde que tengo una sandía en miniatura en mi útero —bromeé.

Se echó a reír durante unos segundos y ubicó ambas manos en mi barriga.

—No es una sandía —murmuró y dudé seriamente de que estuviera despierto.

—Por supuesto que no, bobo. —Posé la vista en sus dedos y fue en ese instante cuando me percaté de las heridas ensangrentadas que poblaban sus nudillos—. Madre mía, ¿qué te ha pasado, Dimitri? ¿Cómo te has hecho esto? —La pregunta emanó de mi garganta al mismo tiempo en el que el recuerdo de su puño incrustándose en la pared vino a mí.

—Me había olvidado completamente del dolor.

—¿Y me has cargado desde el salón hasta el dormitorio teniendo así la mano?

Atisbó la preocupación en mi rostro e intentó frenarme cuando me levanté.

—No es tan grave, Catherine. —Tomó asiento en el lateral de la cama y siguió el rumbo que tomaba con la mirada. Desaparecí temporalmente para ponerme una camisa suya y para tomar el botiquín de emergencia que guardaba en el baño—. ¿Cómo te atreves a ocultar la belleza de tu cuerpo con una de mis camisas? No digo que no me guste, porque sé que la prenda olerá a ti en cuanto te la quites, pero prefería la otra alternativa.

—Pues, te fastidias. —Me acomodé a su lado—. Extiéndeme la mano.

Dimitri había recuperado la faceta picarona, seductora y atrevida que arrebatava suspiros incluso a las mujeres casadas. Mostraba una sonrisa torcida en la que solo la comisura izquierda se alzaba. Maldita sea, qué condenadamente guapo que era.

Finalmente, accedió a mi petición y ubicó las heridas sobre mi regazo, permitiéndome limpiarlas con alcohol desinfectante. Hizo alguna que otra mueca ante el roce del algodón, sin embargo, mantuvo la concentración puesta en mi forma delicada para curarlo.

—Dime que no te arrepientes de lo que hicimos anoche — pronunció de repente.

—¿Qué? En absoluto, Dimitri. —Busqué su mirada. Con tan solo escuchar sus palabras mis pulsaciones volvieron a acelerarse—. Sé que la primera vez que hicimos... esto, fue un error inmenso. Pero anoche... anoche ambos ansiábamos estar juntos. No me acosté contigo porque sí, Dimitri. Lo hice porque te quiero, te lo repetí hasta la saciedad. Debería sentirme culpable porque continuas comprometido, pero espero que hagas honor a lo que me dijiste y que abandones ese matrimonio antes de que comience —desvelé.

No me contestó con palabras, sino que me tomó del mentón para besarme. Tuvo especial cuidado con la mano recién vendada — había improvisado el vendaje con un grupo de gasas limpias — cuando la aplastó en mi espalda. Anudé los brazos en torno a su cuello para que no se distanciara y me puse ahorcadas sobre su regazo. Dimitri gruñó sobre mis labios, excitado por el repentino cambio, pero separó su boca de la mía para articular lo siguiente:

—Ya sabes que no puedo abandonar a Svetlana. No todavía.

Humedecí mis labios, que tenían su sabor, y perdí la felicidad en mi rostro.

—Estás haciendo esto por los simples papeles de la empresa. Pero me has repetido en decenas de ocasiones que detestas ese lugar y lo que representa. Tienes un trabajo en la universidad, una posición estable y respetable como profesor. ¡No nos olvidemos de la herencia multimillonaria! —Mi intención no era alzar tanto la voz, pero el hecho de que, de nuevo, volviera a dejarme como un segundo plato, me sacó de quicio.

—Ya te lo he explicado, Cathy —añadió con voz cansada—. Mi padre guarda demasiados secretos, algunos excesivamente oscuros. Me mantiene en este compromiso por un motivo, me chantajea con hacer pública la equivocación que cometí si lo desobedezco, y solo podré examinar sus cuentas y carpetas privadas si tengo acceso al puesto más... elevado, es decir, el CEO de la industria. Actualmente no tengo ningún poder.

Hice un amago de poner los pies en el suelo, pero me detuvo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Quiso saber.

—No he avisado a mis padres de mi paradero. Creen que sigo con Alexia, o eso espero. Estarán locos por tener noticias sobre mí. Acabo de cumplir los dieciocho y lo primero que hago es desaparecer de casa durante toda la noche —resoplé, intentando quitar el firme agarre de sus manos de mi cintura—. Además, ¿qué ocurre si la persona que ambos tememos aparece en cualquier momento? Nos sorprendería en la cama.

—Ella no vendrá hoy. He cambiado la cerradura e, incluso, las alarmas. En el hipotético caso de que decida visitarme, no podrá entrar de ninguna manera. Vamos, cálmate, Catherine. —Me estrechó contra su cuerpo y apoyó su barbilla en mi hombro. De verdad que quise abrazarlo con la misma intensidad que él a mí,

pero no cesaba de pensar en lo que había dicho—. Estamos seguros, ¿de acuerdo?

Asentí, pese a no estar conforme con sus palabras.

Si tan preocupado estaba por ese asunto, ¿por qué no insistía en buscar otra opción? Yo lo había hecho por él. Era cierto que no contaba con sus amenazas, pero, desde que descubrí mi estado y hasta este preciso instante había aplazado y acostumbrado mi vida en torno a la suya para que no le fallase si me necesitaba. No era justo, no para mí. Él se ocultaba detrás de esas excusas para quedarse de brazos cruzados, aguardando a que algún milagro lo salvara de sus problemas. Exhalé el aire que contenía y me incorporé.

—¿Qué te apetece para desayunar? —Dijo mientras se ponía ropa interior.

—Tengo que irme —repliqué y me dispuse a salir del dormitorio.

No me encontraba en condiciones para pensar. Mucho menos para pretender que me agradaba la idea de continuar ocultando la identidad del padre del bebé a todos durante el tiempo en el que él tardase en tener los papeles. Podrían pasar semanas, ¡meses!

—Catherine, Catherine, espera —escuché pronunciar tras de mí.

Me deslicé por las escaleras con pasos apresurados y esquivé su fallido intento por aferrarme en el último escalón. Usé el mismo vestido que la noche anterior y me calcé los zapatos de tacón. El espejo de la entrada me sirvió para peinarme, al menos, para adecentarme.

Pero Dimitri me acorraló entre su cuerpo y el espejo, impidiendo que alcanzara la puerta. Recorrí su pecho desnudo con la mirada y suspiré. No, no quería marcharme. Deseaba quedarme ahí y recuperar el tiempo perdido.

Pero a la próxima semana era la fiesta de compromiso y, mientras él continuara actuando de esta forma tan cobarde, yo no quería ser la única que diera su brazo a torcer.

—¿Qué he dicho para que quieras irte? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tengo que regresar a casa. —Evadí su pregunta pues no le gustaría mi respuesta.

—Catherine —insistió y trasladó las manos de la pared a mis brazos—, por favor.

Tomé una bocanada de aire y lo miré con el arrepentimiento en mi rostro.

—Sabes bien que te quiero y que estaría dispuesta a hacer todo aquello que me pidieras. Pero no voy a quedarme en casa, ocultándome, mientras te veo con otra mujer. De veras que lamento que sea así y comprendo los motivos del compromiso. Pero si realmente quisieras liberarte, con los contactos que posees y el dinero del que dispones... lo hubieras hecho hace mucho. —El breve silencio que siguió a mis palabras causó que me estremeciera—. Me marchó a mi casa. Es lo mejor para los dos o, al menos, para mí.

—No, Catherine, no. Por favor, no me dejes ahora, no después del gran paso que hemos dado. —Incrementó el agarre en mis antebrazos. Llegó a hacerme un poco de daño, pero era uno de esos apretones inconscientes, para impedir que me marchara.

—Dimitri, no estoy dejándote. De hecho, nunca hemos estado juntos como una pareja, por lo que, en teoría, no podría hacer eso. —Dejé escapar una risa histérica y desvié la vista a la puerta—. Búscame cuando puedas... o cuando seas libre del todo. Mientras

tanto, no puedo aguantar el dolor que supone verte y no poder tocarte —finalicé.

Quiso replicar, pero lo silencié con un beso breve y significativo.

Él retiró los dedos de mis brazos con lentitud, acariciándome la piel a su paso, y me separé. Asentí más para mí que para él y apoyé la mano en el pomo de la puerta. Después de la calidez que desprendía su cuerpo, la gelidez del hierro me hizo regresar a la realidad, a la decisión que había tomado.

Dispuesta a marcharme, lo miré una última vez.

—No tardes demasiado —hablé en susurros—. Hasta el más fuerte se cansa de luchar.

SEMANA 22



Catherine

Seguí en todo momento el trayecto que Alexia realizaba por mi cabello, bien peinándolo con los dedos o utilizando el peine que reposaba junto a mi mano derecha. Me había mostrado imágenes que se aproximaban al peinado que pretendía realizar y, como yo no tenía ánimos de discutirsele, accedí sin reproches.

Supe que Alexia me hablaba, aunque no llegué a identificar el tema de la conversación. Estaba demasiado absorta en lo que ocurriría en menos de una hora. Había llegado el día que más temía: aquel en el que Dimitri le demostraría al mundo —en especial a los periodistas y a la prensa rosa— que su relación con Svetlana estaba lejos de desmoronarse. Pensar en cómo ella estaría pegada a Dimitri durante las horas que durase la celebración incrementaba mis náuseas y mis ánimos por esconderme bajo las sábanas de mi cama. Lo cierto era que no quería asistir al «baile de cóctel» (ese era el nombre que figuraba en mi invitación personalizada) y, si me encontraba sentada en un taburete frente al espejo de mi habitación, con mi amiga intentando elaborar el peinado más complicado de la historia, se debía a Svetlana.

Después de varios meses sin conversar con ella, la noche anterior había recibido un mensaje en el que me suplicaba que apareciera por allí, que estaba atemorizada por la magnitud del evento y que agradecería contar con un rostro amigable. Tal vez fueron los remordimientos o la culpabilidad por lo que hice con Dimitri lo que me impidieron rechazar su invitación. La renovación del compromiso tendría lugar en una de las muchas mansiones de los Ivanov, en las afueras de Manhattan. Desconocía el nombre, pero figuraba en la tarjeta que guardaba en el cajón del escritorio.

Yo había escogido un vestido de color lavanda para la ocasión: el escote en forma de barco dejaba mis hombros al descubierto y las mangas se ceñían a mis brazos hasta terminar en mis muñecas en forma de pico. El escote era pronunciado, aunque no tanto como para ponerme un chal —¿sonaba tan ridículo como temía?—. Bajo el pecho se situaba el corte del vestido, y desde ahí caía hasta cubrirme los tobillos. La tela era suave y con unos diminutos destellos que se acentuaban con la luz. Destacaría, sí, pero desgraciadamente era el único vestido no ceñido que me gustó en la tienda.

Cambié de postura cuando Alexia me lo pidió y mi atención se centró en el ramillete de rosas que había introducido en un jarrón con agua. Una sonrisa quiso manifestarse, pero la reprimí para no hacerme más ilusiones de las necesarias. A lo largo de la última semana había estado recibiendo una rosa por día. El repartidor de una de las floristerías más célebres de Manhattan se presentaba cada mañana y preguntaba por mí para entregármela en persona. A pesar de que no figuraba ningún nombre, sabía que eran de Dimitri. Si mi memoria no me fallaba, la boda se celebraría en cuestión de tres días a partir de ese.

«Tres días».

Mi corazón se encogió en un puño por lo rápido, por lo fugaz que había sido el tiempo, y agaché el rostro en respuesta a mis pensamientos.

—¿No te gusta? —La voz de Alexia me hizo poner los pies en la tierra—. Siempre estoy a tiempo de cambiar el peinado. Como puedes apreciar, yo no necesito prepararme.

Arqueé una ceja y contemplé su pantalón de chándal y el moño mal elaborado. El mechón de mayor tamaño resbalaba por su frente, entorpeciéndole la vista y forzándola a introducirlo en una de las muchas horquillas que sujetaban el resto de cabello. Me sonrió para que no me sintiera apenada y enderezó mi cabeza para culminar su obra.

—Lamento que no te haya invitado —murmuré al mismo tiempo en el que acomodaba el anillo de plata—. Me parece extraño que Svetlana hubiera recurrido a mí en lugar de, bueno, de consultarte a ti. De nosotras dos, quien realmente merece disfrutar de la noche eres tú. Yo, por el contrario, no sé si seré capaz de soportarlo...

—Aunque yo no me encuentre ahí, piensa que siempre estaré a una llamada telefónica de distancia. Iré a recogerte si es necesario, ¿de acuerdo? —ofreció.

—Gracias, de verdad lo aprecio.

No añadió nada sobre el asunto, pues no había más por decir. Svetlana conocería la existencia de mi embarazo esa misma noche. Mantendría la identidad del padre en secreto.

No era capaz de creerme ni mis propios pensamientos.

Tras unos minutos, mi amiga me permitió incorporarme para admirar el peinado desde varios puntos de vista: una trenza quedaba adherida a mi cuero cabelludo mediante horquillas,

colocadas para que no se apreciaran. Pero la trenza era solo una minúscula parte de mi pelo: el resto resbalaba por mis hombros hasta terminar en el centro de mi espalda, con continuas ondulaciones. La felicité por su impresionante trabajo —de verdad, estaba asombrada— y Alexia le restó importancia pese a estar muy orgullosa de los cuarenta minutos invertidos.

Llevaba puesto un albornoz de color grisáceo, como si me encontrara en una película de Hollywood y me estuviera preparando para una actuación. En cierto sentido, así era. Sonreiría y fingiría que me sentía bien cuando lo único que necesitaba era huir durante una larga temporada. Esa opción todavía estaba en mente, pues no olvidaba la propuesta de mi hermano. No habíamos hablado más sobre ese tema, pero supe que, en el caso de que yo lo pidiera, Patrick me llevaría consigo a California.

Gracias a Alexia, me enfundé en el vestido sin destrozar los tirabuzones y, cuando me contemplé en el espejo, no reconocí a la mujer que me devolvía la mirada, con claro escepticismo.

Me sentía adulta, y esa sensación no me agradó en lo más mínimo. —Dimitri abandonará a Svetlana ahí mismo en cuanto te vea. —Se burló y deambuló a mi alrededor en busca de cualquier mínimo fallo—. Después de lo que ha pasado entre vosotros, especialmente en esta última semana, no me cabe duda. —Me guiñó un ojo.

—He dejado de hacerme ilusiones, Alexia. —Sacudí la cabeza con suavidad y apoyé las palmas de las manos sobre la mesa del escritorio—. Le di a elegir, aunque no fuera lo más idóneo, y optó por la opción incorrecta: él mismo. Siempre se ha escogido y quizás ese es uno de los motivos por los que puede acabar solo.

—No puedes decir eso —reprochó.

Me encogí de hombros con una actitud escalofriante.

Recordar el verano en el que nuestra, ¿relación?, dio pie me hizo perder el hilo de la conversación por segunda vez: nuestra clase estaba preparada para disfrutar de las mejores vacaciones de sus vidas. El campamento Royal Young había sido fundado por una persona de género desconocido, la cual alegó en una entrevista anónima que no sabía qué hacer con su dinero que por eso había optado por invertirlo en un campamento repleto de enseñanzas y de actividades para los jóvenes más adinerados. Puesto que estábamos en el penúltimo curso (todavía no me habían adelantado a la universidad), nuestro instituto intentó conseguir una plaza para el mes de junio, sin éxito, debido al costo excesivo de la reserva. Ese problema perduró hasta que un benefactor decidió costear los precios de cada alumno. Éramos unos cincuenta entre ambas clases, más o menos.

El sol brillaba con tanta intensidad que se hacía imposible alzar la mirada sin llevar gafas de sol. La primera impresión nos dejó boquiabiertos: un rótulo de madera pendía entre dos árboles, mostraba el nombre del campamento escrito con letras cursivas muy elegantes. Conforme el autobús se adentraba, el camino de barro quedó reemplazado por un césped recién cortado y fresco, demasiado verde como para ser real —lo más interesante del asunto es que sí era auténtico—. Los *bungalows* de madera no eran muy grandes, pero sí lo suficiente para albergar a dos alumnos con sus respectivas camas y armarios individuales. También contaban con un aseo y con ventanas herméticas. Si la descripción de los *bungalows* no era suficiente, en el centro del campamento estaban las actividades más relevantes: la hoguera, con troncos barnizados que posteriormente utilizaríamos como bancos; una pista para deslizarse hasta culminar en un lago de agua cristalina, limpia y

fresca; un comedor inmenso en el que comeríamos y también realizaríamos manualidades... Hasta a mí me costó convencerme de que no era un sueño.

—¡No puedo creer que estemos aquí! —gritaba Alexia, emocionada—. Quiero decir, sé que hemos visto esta imagen en cientos de revistas, y ahora somos nosotras las que pasaremos las siguientes tres semanas disfrutando de sus lujos —recordó. Otra vez.

—Creo que me desmayaré en cualquier momento —dije irónicamente.

Nos dieron unos minutos para acomodarnos en los *bungalows* y nos hicieron atravesar el sendero de piedra para recibir al misterioso benefactor. Hasta ese momento, creí que no me arrepentiría de acudir al campamento, pero tan pronto como atisbé el Porsche amarillo estacionando en la entrada, tuve la corazonada de que me equivocaba. El primero en unirse a la directora del campamento fue el Diablo en persona, mejor conocido como Bart Ivanov. Al cabo de unos segundos, la visión de un seductor hombre dio lugar a que mis compañeras perdieran la concentración. También lo hice yo. Dimitri se mostraba, cuanto menos, molesto. Portaba un polo blanco con unas bermudas. Sus brazos cubiertos de tinta oscura, la mandíbula apretada y su actitud molesta sembraron el caos en cada una de nosotras. Por ese entonces, yo no tenía ni idea de quién era. El mundo de Dimitri y el mío eran tan opuestos como distantes y, aunque existía una mínima posibilidad de conocernos en otro lugar o por otras circunstancias, nuestros caminos permanecieron separados. Pensándolo bien, y aunque sonara estúpido, no se trató de una simple coincidencia reencontrarnos tiempo después.

—Catherine, vas a llegar tarde. —Alexia me sacó de mis pensamientos.

Asentí repetidas veces y me apresuré a calzarme los zapatos.

—Me marcho ya —anunció mientras recogía los utensilios que ha empleado para peinarme y maquillarme—. Estaré en casa toda la noche por si me necesitas. ¡Y mantenme informada de cada movimiento, señorita! —agregó, cerrando su mochila.

—Sí, sí, lo haré. —Puse los ojos en blanco—. No te preocupes más.

Me sopló un beso y desapareció tras el umbral de la puerta. Me pareció oír cómo se despedía de mis padres y de mi hermano antes de marcharse. Impedí que mis inquietudes volvieran a dominarme, concentrándome en repasar la lista de lo que llevaría en mi bolso de mano: un paquete de pañuelos, el pintalabios —supuse que bebería algo que no llevase alcohol— y mi teléfono. El resto sería innecesario teniendo en cuenta el lugar al que me marchaba. Me dispuse a llamar a un taxi cuando, de repente, otro nombre saltó en la pantalla de mi teléfono; impidiendo que tecleara a la compañía de transporte.

Tardé más de lo previsto en contestar. Me había pillado desprevenida.

—Hola, Catherine. —El sonido de su voz provocó que tomara asiento en el taburete.

—Nathaniel... Hola. —Exhalé el aire que estaba conteniendo sin darme cuenta.

—¿Tienes un minuto? Me gustaría proponerte algo un tanto... alocado.

—¿Despareces durante más de dos meses, y ahora quieres proponerme algo? —Intenté no desquitarme con él. Nathaniel no era el culpable de mi situación con Dimitri.

—Estoy aparcado delante de tu casa —desveló— y, por motivos que todavía desconozco, ha caído en mis manos una de las muchas invitaciones repartidas para esa fiesta compromiso. Sé que acudirás, que no tienes un acompañante... Dios, esto está resultando más complicado de lo que había supuesto. —Empezó a reírse, muy nervioso—. Quiero que vengas conmigo. O sea, quiero acompañarte. Si me lo permites, claro.

Me pellizqué el antebrazo para cerciorarme de que no estaba imaginándolo.

—Eso es... quiero decir... —balbuceé—. No sé qué decirte, Nathaniel.

—Aceptando mi invitación aliviarías muchísimo mi malestar. Piensa en la parte positiva: tendrás un cochero maravilloso que te lleve gratis y una compañía espléndida que te mantenga entretenida durante el tiempo que estés allí —dijo con tanta gracia que la risa escapó de mi garganta—. Te he hecho reír. Eso debe contar como un punto a mi favor —hablaba con celeridad, ya fuera por su nerviosismo o por mi tardanza.

Comprobé la hora una última vez, descubriendo que llegaría tarde si esperaba al taxi y si encontrábamos demasiado tráfico. Una parte de mí sospechaba de su repentino interés por mí, de su aparición tan extraña en un día como hoy. Pero la otra parte me pedía no afrontarme a Dimitri a solas, instándome a que renunciara a mis dudas. No tenía que ser tan desconfiada. Pudiera ser que sus explicaciones disiparan mis sospechas.

—Por supuesto, estaré ahí en cinco segundos.

Colgué e introduje el móvil en mi bolso de mano. Me despedí de mi familia y utilicé el ascensor para ir más deprisa. En cuanto abandoné el edificio, el ambiente húmedo y pegajoso del exterior se adhirió a

mí como una segunda piel, dando lugar a que sopesara la opción de regresar al interior, donde el aire acondicionado me esperaba. Abaniqué mi rostro con la mano libre, porque no quería que mi sudor emborrionase el maquillaje, y me detuve al divisar un coche de color azul oscuro aparcado en el arcén. Nathaniel se presentó enfundado en un elegante esmoquin, esbozando una de sus mejores sonrisas.

Mi corazón respondió, como era de esperar, acelerándose.

Había olvidado lo atractivo que era.

—Dios mío, Catherine. —Silbó y me tomó de la mano—. Estás impresionante.

—Gracias. Puedo decir lo mismo de ti. —Correspondí a su sonrisa con sinceridad.

—Siento mucho haber estado ausente durante las últimas semanas. Desconecté cualquier medio para llegar a mí y no he vuelto a encender mi teléfono hasta ayer. He estado viajando por Estados Unidos para esclarecer algunos problemas familiares, mis padres no están pasando una buena racha y necesitaba alejarme —confesó, pero pronto su mirada se centró en mi vientre—. Me enteré de lo tuyo a través de Alexia.

—¿La conoces? —pregunté y él contuvo el aliento—, ¿cómo? Ella no me ha comentado nada.

—Porque le pedí que no lo hiciera.

Me abrió la puerta del copiloto y me senté, acomodando la falda para no pillarla con la puerta. Nathaniel se apresuró a tomar asiento en su respectivo sitio, adentrándose en la carretera y retomando nuestra conversación en cuanto se puso el cinturón.

—Fui a visitarte al campus después de terminar tus exámenes y me encontré con ella. Fue hace tres semanas, de hecho. Me sentí tonto, pues pensé que continuabas arreglando el traslado tras

finalizar las clases. Al llamar a la puerta, Alexia me recibió con el ceño fruncido y una actitud de lo más intrigante. Me informó que estabas de viaje con tu familia y me dio tu dirección por si quería hacerte una visita —agregó.

Tenía sentido: hacía tres semanas yo estaba en Houston, con Dimitri.

—No pienses que este embarazo será un obstáculo para nuestra amistad —pronunció la palabra con énfasis—. Tampoco te avasallaré a preguntas ni te cuestionaré. No quiero que te sientas incómoda en mi presencia. He regresado para quedarme, y para ayudarte en todo lo que esté en mis manos. —Desvió la atención de la carretera momentáneamente para posarla en mí—. Espero que no sea demasiado tarde. Prometo que mi intención...

—Está bien —interrumpí—, nunca es tarde para conceder segundas oportunidades.

El hombre del que estoy enamorada me rechaza, pero al que menos espero está dispuesto a convertirse en mi príncipe azul. Me alegré de que alguien como él estuviera... interesado en mí, desde el punto de vista de la amistad. Como mencioné, rara vez una persona permanece junto a una mujer embarazada de otro hombre; más cuando guardaba tantos secretos. Nathaniel había escapado de su familia temporalmente, y me sentí parcialmente identificada con la decisión que tomó. Había regresado con la misma vitalidad y alegría que de costumbre.

Llegamos a la mansión de Bart Ivanov en minutos.

Su conducción no se asemejaba a la del taxi, pero no me preocupé por ello. Estaba acostumbrada al exceso de velocidad por culpa de Dimitri. Maldije el haberlo evocado de nuevo y procuré centrarme en el hombre que estaba a mi lado.

Un cochero se situaba en la larga fila de vehículos y, cuando llegó nuestro turno, tomó las llaves y trasladó el vehículo a los aparcamientos mientras que Nathaniel me arrastraba al interior. Sus dedos se mantuvieron entrelazados con los míos con bastante fuerza, y lo agradecía. Mis piernas temblaban, temía perder el equilibrio.

El interior de la mansión me recordó a un palacio de cristal: el mármol blanquecino contrastaba con las tonalidades *beige* de las paredes. Los espejos de marcos dorados aumentaban el tamaño de una sala inmensa y los invitados se amontonaban alrededor de las mesas dispuestas con extraños dulces. Los camareros no estaban quietos a la espera de recibir órdenes, sino que deambulaban con las bandejas alzadas y perfectamente equilibradas sobre las palmas de sus manos. Envidié su tranquilidad.

Ojalá yo pudiera aparentar esa misma calma y sosiego. La necesitaba.

—Aquí estamos —murmuró Nathaniel, alzando la vista hacia la lámpara de araña desde la cual pendían cientos de diminutos cristales en forma de lágrimas—. ¿Te sientes preparada? Nunca me han gustado estos eventos. Para mi gusto, solo los niños ricos encajarían en este ambiente. —Extendió su invitación hacia el hombre de seguridad.

—No, no lo estoy —contesté tras imitar sus actos—, pero me acostumbraré.

Nate asintió y deslizó un brazo por mi cintura mientras nos adentrábamos. Al principio nos costó hacernos paso, pues la multitud se desplazaba de un lado a otro, sin establecerse en un sitio en específico. Las mesas estaban ocupadas, así que él me

llevó a la barra en donde los camareros realizaban malabares con las botellas y prendían fuego a los cócteles.

—Te serviría una copa, pero me temo que no es buena idea. — Sonrió de manera pícara mientras ordenaba un Martini—. Prometo que esta será la única en toda la noche. No pretendo abandonarla por unas simples gotas de alcohol, señorita Miller.

—Usted se preocupa demasiado por mí, señor Dickens. —Seguí su juego, ensanchando mi sonrisa—. Bebe cuanto quieras, no creo que permanezca mucho en la fiesta.

Él tomó un pequeño sorbo y humedeció su labio inferior. Mientras tanto, me entretuve paseando la mirada por el lugar, analizando el rostro de los asistentes más cercanos. Una señora de cabello grisáceo portaba un collar de diamantes que la obligaba a no agachar la cabeza por temor a precipitarse al suelo; entablaba conversación con un hombre que se me antojaba familiar, uno que habría visto en las noticias, ya que exhibía una banda con un título. No divisé a Dimitri, pero reconocí a Svetlana codeándose con otros, disfrutando de los cumplidos hacia su atuendo. Llevaba un vestido de lentejuelas negras que dejaba un brazo al descubierto y que se ceñía a su esbelta silueta. Bart también se hallaba en ese pequeño círculo, riéndose alegremente por los comentarios que escuchaba.

Me pregunté si Dimitri le habría hablado a su padre sobre mí.

—¿Te apetece bailar? —Nate colocó su copa en la barra y me tendió una mano.

—No sé si es buena idea. Apenas puedo caminar en línea recta con este calzado.

Mi excusa no sirvió para nada. Nathaniel continuó con su mano extendida.

—De acuerdo, está bien. Bailemos si tanto te apetece —accedí, sin mucha resistencia.

Permití que me arrastrara a la pista de baile. Él deslizó un brazo alrededor de mi cintura mientras que recorría la longitud de mi brazo con la otra mano, culminando en mis dedos. Pegó nuestros cuerpos hasta que no quedó ningún resquicio, y contuve la respiración por segunda vez en lo que llevaba de noche. Una minúscula parte de mí se puso, ¿contenta?, de que Nathaniel se mostrara tan cariñoso y atento conmigo. Los invitados pensarían que el bebé sería suyo y mantendrían los planes de Dimitri en secreto, evitando que Svetlana me ahogase en la fuente de chocolate. Descansé la barbilla sobre su hombro mientras me balanceaba con suavidad. Entonces, la mirada de ella se centró en mí, atravesando mi cabeza. Oh, maldición. ¿Por qué había tenido que pensar en ella?

Svetlana se disculpó de sus conocidos para acercarse hasta mí; pisoteé a Nathaniel a propósito.

—No lo puedo creer, ¡eres tú! ¡Catherine! —No me separé de Nathaniel, intentando no mostrar lo evidente—. Pensaba que te habían secuestrado o algo similar. No me devuelves las llamadas ni te molestas en visitarme. La única que todavía mantiene el contacto conmigo, ocasionalmente, es Alexia —reprochó con evidente malestar.

—Lo siento, he estado muy... ocupada.

Pellizqué con suavidad el hombro de mi acompañante, y di varios pasos hacia atrás. Era el momento, no podía perder esta oportunidad de transmitirle la noticia. Apoyé una mano sobre mi vientre al mismo tiempo que Svetlana centraba la vista en este. Se atragantó con el vodka que acababa de llevar hacia sus labios y agrandó la mirada.

—¿Estás embarazada? ¿Y el padre es...? —Alternó la mirada entre Nathaniel y yo.

—Sí —se adelantó él.

«¿Qué?».

—Soy Nathaniel Dickens, pero llámame Nate. Es un honor conocer a la futura novia. Me gusta mucho cómo has decorado esto. —
Extendió una mano hacia Svetlana, la cual la aceptó con incredulidad.

—Lo mismo digo —pronunció segundos antes a recomponerse. Se dirigió a mí y añadió—. Entonces permíteme felicitarte, Catherine. Y gracias por estar aquí conmigo esta noche. Significa mucho para mí contar con una amiga en este evento. ¡Estoy tan emocionada! Dimitri dice que ha preparado una sorpresa. ¿Te lo puedes creer? Será el marido perfecto. Tengo muchas ganas de que llegue a la fiesta, para achucharlo.

Hiné las uñas en las palmas de mis manos, obligándome a mantener mi boca curvada en una sonrisa. Asentí como si realmente me alegraran sus palabras; reprimí cada ápice de mí que me incitaba a tomarla del cabello para estamparla en la mesa más próxima. Actuaba como si Dimitri le importara, en lugar de admitir el desagrado que despertaba en ella. Ojalá su máscara de hipocresía se derrumbara esa misma noche.

—Eres muy afortunada, Svetlana. Espero que consigas todo lo que te propongas.

—¡Oh, ven aquí!

Dejó la copa de vodka en la mano de Nate, que a duras penas consiguió cogerla sin que las gotas salpicaran su esmoquin, y lo obligó a separarse cuando me rodeó con sus brazos. Le devolví el abrazo con mucha incomodidad. Por una parte, padecía la

culpabilidad de mentirle de forma tan descarada, sin embargo, me repetí la conversación que mantuve con Dimitri durante las vacaciones en Houston, y esta sensación desaparecía. Le había hecho daño indirecto al acostarme con su prometido, pero ella había realizado algo mucho peor al amenazarlo, al forzarlo a hacer algo en contra de su voluntad.

Recuperó su copa en cuanto me liberó del apretón y desapareció entre la multitud.

—¿Estás bien? —Nate acarició mi espalda con suavidad—. Espero no haberte molestado con mis palabras. Creí que era lo mejor para alejar las preguntas del embarazo.

—Gracias —Sentí que respiraba con dificultad—. Creo que necesito un poco de aire.

—Te acompaño.

Me sentía perdida en la mansión. Demasiado. Supuse que nos encontrábamos en la estancia principal debido a su inmensidad y a la decoración, pero Nate me arrastró a través de pasillos que parecía conocer muy bien. Algo no cuadró, pero tampoco lo pronuncié en voz alta. Si aquí era donde Dimitri se crio de pequeño, rodeado de tanto lujo, no me extrañaba su comportamiento actual, tan vanidoso. Recordé el rostro cordial de Mary y sonreí para mis adentros. Me parecía más a ella de lo que pensaba.

Llegamos a una estancia que derivaba al jardín exterior. A decir verdad, el balcón era precioso. Las plantas plagadas de decenas de colores y el aroma que desprendía rodeaban el mármol de la barandilla. Un pequeño banco de madera acolchado coronaba el centro.

Descansé el peso de mi cuerpo en el banco y oculté temporalmente mi cara entre las manos, tranquilizándome.

«Tonta, tonta, tonta».

No he tenido que hablarle con tanta simpatía, no cuando Dimitri le desvelaría —tarde o temprano— que sería padre.

Nate echó un rápido vistazo al pasillo, cerciorándose de que no nos había seguido nadie (algunas salas de la mansión estaban restringidas para los invitados) y tomó asiento a mi lado.

—¿Qué problema tienes con Svetlana? —Se interesó.

—¿Tan evidente ha sido?

—Prácticamente hemos huido del salón en cuanto se ha marchado, así que... sí.

Lo miré de soslayo, buscando tiempo para inventar una contestación. No podía desvelarle los motivos por los que evadía a Svetlana, pero tampoco quería mentir más de lo que ya había hecho. Necesitaba comentar con alguien, que no fuera Alexia o Patrick, los problemas, la preocupación que cargaba conmigo. Supe que era arriesgado admitir la verdad al completo, sin embargo, ¿qué pasaría si solo pronunciaba solo una parte? Era evidente lo mucho que él se esforzaba para ganarse mi confianza, o mi perdón.

—Ella desconoce el motivo por el que quiero evitarla —desvelé, aplanando la arruga que se había formado en el vestido, sobre mi vientre—. En realidad, está relacionado con su prometido, Dimitri. ¿Lo conoces? ¿Has oído hablar de él en los periódicos?

—Por supuesto. Todo Estados Unidos sabe quién es, Catherine. ¿Qué ocurre con él?

El nudo en mi garganta se intensificó, e intenté no sonar abatida cuando respondí:

—Antes de nada, quiero agradecerte lo que has hecho por mí ahí dentro. —Extendí una mano para tomar la suya y la estreché con

cariño—. Te aseguro que, sin tu intervención, en estos momentos ninguno de los dos estaría aquí, hablando con tranquilidad.

—Sabes por qué lo he hecho, y estoy empezando a preocuparme más.

Dirigí una mirada al pasillo, desierto. La música procedente del salón ahogaría mis palabras, nadie escucharía el secreto que estaba a punto de pronunciar...

—Dimitri es el padre, Nate. No éramos plenamente conscientes de lo que hicimos hasta que se presentó la consecuencia. Mantengo una relación distante con él. Hablamos solo cuando es necesario o para atender las consultas médicas —mentí—. Por ese motivo me siento tan incómoda con Svetlana. Me aterra que descubra lo que hice a sus espaldas, la traición que cometí. Las amigas no se hacen esto —murmuré.

Los ojos de mi amigo se agrandaron hasta el punto en el que creí que se saldrían de sus órbitas. Dirigió momentáneamente la vista hacia mi vientre, lugar en el que mantenía una mano, y luego la trasladó a mi rostro; intentaba descifrar si le había tomado el pelo o si había pronunciado la verdad. Al principio, no insistí en obtener una respuesta. Él estaba digiriendo que el mismísimo Dimitri Ivanov fuera el padre del niño, o niña. Y no lo culpaba. A mí también me costó asimilar que estaba embarazada. Sin embargo, al transcurrir más minutos y continuar en un incómodo silencio, me incorporé y lo encaré desde la barandilla. De hecho, la empleé para apoyarme. Volvía a temblar de pánico.

—Por favor, Nate. Di algo, me estás asustando —admití.

—No encuentro las palabras adecuadas para expresar lo que siento.

—Lo siento mucho. He tenido que quedarme callada. Esto siempre complica...

—Me esperaba a cualquier otro hombre —interrumpió, decidido a expresarse—. No soy quién para juzgarte, Catherine. También he cometido muchas tonterías, ninguna ha sido tan grande como convertirme en padre por accidente, pero comprendo mejor de lo que me gustaría la sensación de remordimiento. Gracias por contármelo.

—Tienes que guardar el secreto, al menos, hasta que se haga público.

—Lo haré, te lo prometo. —Se levantó para acercarse a mí—. Yo también quería confesarte algo. Quizá no es el momento idóneo para hacerlo, pero me has dado ánimos.

Descansó una mano cerca de la mía, llegando a acariciar mis dedos. Parecía inquieto; tanto, que llegó a ajustarse la corbata hasta en cuatro ocasiones en el mismo minuto.

Una vocecilla en mi cabeza me advertía de que no iban a gustarme sus palabras; que, tras pronunciarlas, los términos de amistad establecidos se emborronarían.

Al principio, Nate evadió mi mirada, pero cedió a la presión para centrar sus profundos ojos en los míos.

—Me gustas mucho. —Tomó una pausa tras pronunciar esas tres palabras—. La primera vez que te vi en ese taxi me resultaste atractiva, pero después de conocerte, me he dado cuenta de que me encantas. Llegué a aprenderme Prehistoria solo para tener una excusa que me permitiera verte más a menudo. —Se estaba sonrojando—. No pienses que el embarazo me hará esconderme en mi habitación ni mucho menos. Te admiro más por ello: pese a tu edad, estás dispuesta a tener un niño, a terminar tus estudios, y no

permites que toda la mierda de tu alrededor te influya —agregó, más nervioso.

«Oh. Cualquier cosa menos esta».

Sería egoísta de mi parte alegar que soy desafortunada porque, en cierto sentido, estaba lejos de serlo. Sin embargo, mis sentimientos no correspondían a los suyos. Sí, la atracción era innegable, pero el motivo era evidente: Nathaniel era un chico maravilloso, además de presumir de un físico envidiable. Incluso Alexia admitiría su atractivo. Si me mostraba tan segura de que no podría gustarme como él hacía conmigo, se debía a que nunca le dedicaría las mismas palabras que le dije a Dimitri hacía una semana.

—Ahora eres tú quién me está asustando —admitió.

¿Cómo respondía a eso? No quería herir sus sentimientos, pero tampoco fingiría lo que no sentía. Preparé un discurso en mi mente. Le diría de la manera más amable que no podríamos ser pareja, por motivos más que justificables.

Pero el discurso no llegó a salir de mis labios, pues estuvieron ocupados besando los suyos en cuestión de segundos. Me sostuvo del mentón con suavidad, como si en cualquier momento fuese a resquebrajarme. Su boca se movía sobre la mía, pero yo le propiné un empujón.

—No vuelvas a hacer eso —advertí y retrocedí.

—No puedes negar que también te gusto, Catherine. Los dos estamos libres para...

—Te he dicho que no —repetí y adopté una pose más defensiva.

—Simplemente ha sido un beso. Un inocente beso.

Nathaniel hizo el amago de llegar hasta mí de nuevo, pero se detuvo.

Y no fue por voluntad propia. Un par de manos se posaron en sus hombros y lo retiraron de mi camino con semejante brutalidad que se tropezó con sus zapatos hasta precipitarse al suelo. Nathaniel tardó una fracción de segundo en percatarse de lo que sucedía, pero a mí me costó más asimilar lo que estaba presenciando: Dimitri se había manifestado desde la nada, arrastrándolo del cuello de la camisa hasta arrojarlo al suelo. Y eso no comportó el final del problema. Dimitri se subió sobre él para darle un puñetazo en el rostro, seguido de otros cuantos que resonaron como si estuviera atizando un saco.

—¡Te ha dicho que no, imbécil! —gritó, preso de la ira.

Sus palabras vinieron acompañadas de otro puñetazo, de otro estremecedor crujido.

—Detente, Dimitri. ¡Vas a matarlo, por el amor de Dios! —exclamé. No sabía qué hacer, mi cuerpo se había paralizado—. Nathaniel no se merece esto, ¡Dimitri, para!

La sangre salpicó las paredes y una parte de mi vestido. Dimitri se incorporó mientras Nate se retorció en el suelo, intentando detener la hemorragia de su nariz. Le sangraba mucho, emanaba como un torrente de agua hacia su camisa. Con toda seguridad Dimitri le había fracturado el tabique. Pero lo peor estaba por llegar. La orquesta que actuaba en directo dejó de tocar, y los invitados empezaron a cotillear. No tardé en distinguir la voz de Svetlana en la distancia.

—¿Cómo te ha llamado? ¿Nathaniel? —repitió con incredulidad—. Hijo de puta, ¡has jugado con ella! —Aferró a Nate por el cuello de la camisa, alzándolo del suelo como si fuera una pluma—. Nos has mentado: a mí, ¡a Catherine! —Lo apresó contra la pared, con pose amenazante—. Escúchame bien, estúpido. Como te atrevas a

besarla de nuevo, te partiré la cara hasta el punto en el que ni tu propia madre será capaz de reconocerla.

—Tranquilízate, Dimitri. —Nate se las apañó para sonreír—. Tú eres el culpable de que esto haya sucedido. No has aprendido a mantener la bragueta cerrada cuando deberías.

—¿Qué está ocurriendo? —Svetlana se aproximó con pasos acelerados.

Bart caminaba tras ella, y cubrió su rostro durante unos instantes.

—Quien debería aprender a cerrar la boca eres tú —agregó Dimitri, como si no hubiera más espectadores a nuestro alrededor—. ¿Crees que tus consejos son los adecuados, Jacob? ¿Piensas que no cometes equivocaciones? Eres un puto mentiroso. Vamos, ¡díselo! Atrévete a confesarlo aquí, delante de todos, hermano —susurró con malicia.

Mi malestar hacia Dimitri se aplacó en cuanto escuché lo que decía.

Nathaniel... Jacob, me había estado mintiendo desde el primer día que lo conocí. La pregunta de por qué lo hizo estaba preparada para ser formulada, sin embargo, me mantuve en silencio. Me costó asimilar que, hacía tan solo unos instantes, estábamos uno enfrente del otro, compartiendo nuestros... ¿Qué, exactamente? La decepción, la tristeza, todo ello vino acompañado de un profundo sentimiento de rabia. Confiaba en él. Hasta le había desvelado la identidad de... Dios mío, eso también lo sabía. Desde siempre. Si lo había preguntado era para cerciorarse de que yo no le mentía. Pero...

¿Qué lo había llevado a inventarse una nueva identidad, pretender ser mi amigo y ayudarme incluso en situaciones que no dependían de él? La pregunta se resolvió sola. No apareció en mi vida hasta

que Dimitri descubrió mi embarazo. Encontrarlo «por casualidad» en el centro médico el mismo día que yo, sus insistencias para quedarse en la residencia por más tiempo. El hecho de que hubiera desaparecido durante meses sin ninguna explicación. Solo entró en mi vida para controlarme. De nuevo, ¿con qué propósito?

—Pensaba decírtelo, ahora. —Jacob apartó a Dimitri y me buscó—. Te mentí para que no pensaras que tenía relación alguna con este hijo de puta —escupió. Literalmente.

—Sigue provocándome. —Dimitri volvió a aproximarse a él.

—¿Qué me harás en ese caso? —respondió el aludido en contraposición—. Me has partido la nariz. Muy bien por ti. Pero ¿qué hay de mis piernas? ¿O de mis labios? Puede que de esa forma no vuelva a besar aquello que tú no puedes. ¿O estás pensando con la intención de matarme? Vamos, ambos sabemos que no sería tu primera vez.

—¡Suficiente! —bramó Bart.

El grito se propagó a través del pasillo, acallando a los invitados.

—Dimitri, suelta a tu hermano. No te acerques de nuevo a él. Y tú, Jacob. —Le dedicó la mirada más gélida que he presenciado—. Sube a los dormitorios. Haré que alguien te lleve al hospital en cuanto resuelva esto. Sin reproches —agregó con autoridad.

Jacob golpeó el pecho de Dimitri cuando se deslizó por su izquierda, taponándose la nariz con el cuello de la camisa. Svetlana lo siguió con la mirada, tan estupefacta como yo. O, al menos, lo estuvo hasta que enlazó los últimos cabos sueltos. Intercambió una mirada entre la posición protectora de Dimitri y mi vientre, y la forma en la que apretó los dientes y parpadeó me dio a entender que había cavado mi propia tumba.

—Dime que Catherine... dime que no es lo que creo... con un... — balbuceó ella.

—Lo es —respondió Dimitri de manera tajante—. Sí, Svetlana. Nos acostamos el día de la despedida y me encantó. Quise hacerlo. — Me ocultó tras su espalda, protegiéndome no solo de la mirada asesina de Svetlana, sino también de las posibles fotos—. Intenté por todos los medios olvidarme de ella, pero resultó imposible. Te besaba a ti y su imagen venía a mi cabeza. Me enteré de su embarazo y no dudé ni por un segundo en prestarle mi ayuda. Estoy cuidando de ellos porque quiero, porque los quiero. Sí, lo has escuchado bien: me he enamorado de alguien que no eres tú. — Viró el rostro hacia Bart—. Espero que comprendas que, sí, he sentido la cabeza de una puta vez. Me importa una mierda si heredo tu empresa o si la pierdo, porque no pienso permanecer ligado a Svetlana por más tiempo. Todo lo que representáis me da asco. Forzaste a tu propio hijo a permanecer en un matrimonio solo porque... ni siquiera yo lo comprendo —disminuyó su voz y expulsó el aire que retenía—. Hasta aquí ha llegado mi paciencia. Se acabó.

La reacción de Bart me resultó inesperada. Imaginé que estallaría en cólera, que gritaría a Dimitri por su desobediencia y que lo ridiculizaría frente a los testigos. Ocurrió todo lo contrario: no le reprochó ni incrementó su malestar. Tan solo relajó el ceño fruncido y restó la tensión de sus hombros. No pude decir lo mismo sobre Svetlana. Intentó cruzar la barrera que conformaba el cuerpo de Dimitri para llegar hasta mí, pero él la aferró por el antebrazo con tanta fuerza que de sus labios emanó un alarido.

—Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando. —La liberó al instante, apartándola.

Dimitri se quitó la chaqueta y se volvió hacia mí. En su mirada reconocí su arrepentimiento por haberme involucrado en la disputa, pero no pronunció las disculpas en voz alta. No era que yo quisiera escucharlas, continuaba en estado de shock y me costaba aceptar el caos que se había desatado en cuestión de segundos. Él ocultó mi rostro con la chaqueta y deslizó un brazo sobre mis hombros, escoltándome a través de la multitud. Los murmullos y las preguntas se alzaron a mi alrededor, se cuestionaban quién era yo —mi nombre solo se había pronunciado en una ocasión, al parecer no lo habían escuchado—, pero Dimitri se mantuvo firme en su decisión de distanciarme del barullo.

La salida principal estaba atestada de individuos, era imposible salir por allí. Dimitri me trasladó hacia las escaleras —custodiadas por la seguridad— y me indicó dónde estaban los escalones, pese a verlos con total claridad.

Una vez que el peligro desapareció, retiró la chaqueta de mi cabello, pero no detuvo la caminata. Recorrimos, en silencio, el corredor que me recordó a un pasillo de hotel —con las paredes blancas, lámparas entre cada puerta y plantas verdes— y usamos otras escaleras para llegar a los aparcamientos.

—Un coche privado te llevará a casa. Usaréis las carreteras secundarias para evitar al séquito de periodistas que nos estarán esperando, en la entrada —explicó.

—Sé por qué estamos escapando. Pero, Dimitri, tenemos que...

—Ahora no. —Hizo una señal hacia el vehículo que se aproximaba, indicándole que no encendiera las luces, no de momento. Volvió a mirarme a los ojos—. Tengo que esclarecer lo sucedido. Cancelar el compromiso, los preparativos para la boda, mi renuncia de la industria. No te mencionaré en ninguno de mis comentarios, te

mantendré en secreto hasta que decidas lo contrario. Siento muchísimo lo que Jacob te ha hecho. De haber...

—No, Dimitri. No tenías ninguna forma de saber cuáles eran sus intenciones.

—Deja de disculparme por lo que hago. Mi familia es un completo desastre.

—Lo cual no te incluye. Tú no has elegido esto. No me apartes de tu vida, por favor.

El coche se detuvo enfrente de nosotros, a la espera de que yo tomara asiento.

—Solo un loco te apartaría de su vida, Catherine. Yo no haré eso, te lo prometo —aseguró él.

Plasmó un beso en mi frente y abrió la puerta trasera del coche para mí. Apenas me acomodaba el cinturón cuando Dimitri la cerró y le ordenó al conductor que me sacara de allí. Los cristales teñidos de negro dificultaban la visión, pero la corazonada de que, a partir de esta noche, Dimitri no sería el mismo me acompañó a lo largo del trayecto.

SEMANA 23



Catherine

El periódico yacía entre mis manos como si estuviera hecho con plomo. Las noticias se habían revolucionado desde el último acontecimiento y los medios de comunicación daban lo que fuera para conseguir una entrevista con el «nuevo dueño» de las industrias. Sí, a mí me había costado asimilarlo tanto como al resto de economistas y a otros entendidos en el tema. Dimitri había sido nombrado presidente ejecutivo de la empresa, con efecto retardado (no accedería al puesto hasta pasadas unas semanas), pero en los papeles ya figuraba su nombre como el CEO de su legado familiar. Al menos, esa era la información que Bartholomew Ivanov había dado a los periodistas en su última rueda de prensa. Releí el artículo una vez más, memorizando las líneas más importantes. No había ni una sola palabra perteneciente a Dimitri respecto a su toma del poder, lo cual me hizo sospechar de las intenciones de su padre. Puede que estuviera exagerando, que no hubiera motivos ocultos y que, en realidad, Bart sí había legado la empresa a su hijo.

Me recliné en la silla y contemplé la única fotografía situada al pie de página. Todavía recordaba las palabras que Dimitri había pronunciado la noche del desastre, frente al séquito de periodistas

que esperaban a esclarecer el problema. Él hizo pública la cancelación del compromiso, anulando la boda prevista para dentro de tres días, y repitió hasta la saciedad que no obtendrían nada sobre mí. Justo esa misma mañana, desde la Industria Ivanov, su padre anunciaba las grandes noticias. Me habría encantado conversar con Dimitri, estar a su lado para preguntarle qué había pasado en esta semana de... absoluto distanciamiento. Por muchos mensajes que dejaba en su teléfono y por muchos intentos por aproximarme a su casa, siempre surgían impedimentos que lo complicaban.

Desde ese acto público, era como si Dimitri hubiera desaparecido del planeta.

—Catherine, te estoy hablando. —Mamá me sacó de mis pensamientos.

La observé tomar el último sorbo de su taza de té y suspiré profundamente. Nos encontrábamos en la cocina, después de comer. Ella había insistido en que probase la tarta de chocolate que había elaborado por la mañana, no obstante, mi apetito había quedado saciado con un simple plato de sopa de pescado. El molesto nudo en el estómago se negaba a marcharse hasta que comprobara, por mí misma, que Dimitri estaba bien.

—Perdona, andaba distraída —respondí.

—Te preguntaba qué planes tienes para hoy. —Tuvo la amabilidad de repetírmelo.

—Ninguno. Alexia se ha marchado de la ciudad con su familia, por unos días. Alquilaron una casa en la playa y han aprovechado el cierre por vacaciones de su negocio... Bueno, harán lo que hacen todos durante el verano. —Me encogí de hombros—. Respecto a Patrick, no quiero agobiarlo más de lo que ya está. Aunque todavía

falte un mes, está ocupado con los traslados de mobiliario a California. Y luego me queda...

—¿Quién, cariño? —Mamá a apoyó una mano sobre la mía—. Lo siento. Siento mucho lo que sucedió en esa fiesta de compromiso. Sé que llevo repitiéndolo bastante, pero no puedo evitarlo. Aprecio a la mujer tan... independiente, osada y decidida en la que te has convertido, y es como si no me necesitaras más.

—No pienses eso, mamá. —Evité mirarla a los ojos—. El embarazo me ha cambiado, me ha obligado a madurar con más rapidez que otros adolescentes. Pero sigo siendo la misma chica de hormonas revolucionadas que comete muchos, muchos errores.

—Tú nunca hubieras afrontado los problemas con esta calma —me recordó.

—No sé si tomarme tus palabras como un cumplido o como un insulto.

Se echó a reír con evidente tristeza, aunque intentó ocultarla con una sonrisa. Mamá estaba en lo correcto: yo había cambiado. No era la Catherine de hacía un año, tampoco la misma persona de hacía un mes. En realidad, cada día teníamos la oportunidad de ser alguien nuevo, dependiendo de los acontecimientos del día previo. Una mera despedida, conocer a un chico, encontrar un trabajo. Estábamos sometidos a una constante variabilidad de nosotros mismos, y ser consciente de ello aterrorizaba a cualquiera.

Estuve a punto de abrir la boca cuando la voz de mi padre apareció por la cocina.

—Hay alguien que quiere verte —informó, tamborileando los dedos sobre el marco de la puerta—. Se encuentra en el salón y parece estar bastante nervioso por hablarte.

—¿Qué?

Me incorporé de un brinco. No esperé a que me diera más datos, pues mi corazón ya hablaba por sí solo. Mis pulsaciones se aceleraron y las mariposas revolotearon dentro de mi estómago; incrementando mi nerviosismo conforme me aproximaba al salón. No podía estar segura, pero albergaba la esperanza de encontrar a Dimitri en el sillón. Mis ansias por anudar mis brazos en torno a su cuello y achucharlo me hicieron sonreír con auténtica felicidad, una que se desvaneció en cuanto reconocí a quién me esperaba.

—¿Qué estás haciendo? —No oculté mi tono repulsivo—. Fuera de aquí. Ya causaste el daño suficiente a tu familia como para venir a atormentar a la mía. Lárgate —exigí.

—Catherine, por favor. —Jacob respondió con rapidez.

—Me niego a escuchar más de tus mentiras.

Papá me había seguido desde la cocina y se mostró muy confundido por mi comportamiento. Quiso intervenir, involucrándose en asuntos que no le concernían, y le reproché con la mirada que no lo hiciera. Comprendía que los padres se preocupasen mucho por sus hijos; yo también lo hacía por el mío, el cual no había nacido todavía. Pero ansiaba que me mirasen como alguien capaz de defenderse sin necesidad de un portavoz, de hablar como si no fuera a desmoronarme. Estaba embarazada, lo sabía. Pero no consideraba mi estado como algo que me debilitara moral o inteligentemente. No precisaba de nadie para hablar por mí, incluso si esa persona era mi propio padre.

Lo tomé del antebrazo y lo hice retroceder unos centímetros.

—Yo me encargo, papá —aseguré—. Este asunto nos corresponde a nosotros.

—¿Segura? —Me miró por encima del hombro. Por primera vez, me fijé en la cantidad de canas que habían poblado su barba y su

cabello. Había estado tan ensimismada en arreglar lo correspondiente a mi embarazo que no me había percatado del transcurso del tiempo—. Puedo echarlo si es lo que quieres. Nadie va a amenazar a mi niña.

—No pretendo... —Jacob quiso hablar, pero no se lo permití.

—Estaré bien. Ve con mamá. —Sonreí para transmitirle confianza.

Tras sopesarlo, se encaminó a la cocina, aunque dejó ambas puertas abiertas.

No me molestó que lo hiciera. Mi familia estaba al tanto de casi todo lo ocurrido, por lo que escuchando —parcialmente— nuestra conversación, me ahorrarían el repetirlo más tarde.

Supuse que Jacob pretendía disculparse por las mentiras, o que me daría las explicaciones que no pudo esa noche, por temor a ser asesinado a manos de su hermano. Verlo con el vendaje en el puente de la nariz me recordó al vestido, afortunadamente salvado de las motas de sangre que lo mancharon. Alexia lo había llevado a la tintorería por mí, poniendo como excusa que le había bajado la «monstruación» —término que empleaba de manera cómica para referirse al periodo— y que por eso tenía la falda manchada. Yo no podía utilizar dicha excusa por evidentes motivos.

En cuanto me consideré dispuesta, me crucé de brazos y lo insté a que hablara.

—Catherine, lo siento muchísimo. Te prometo que mi intención no era la de mentirte, pero me vi obligado a hacerlo en cuanto descubrí la relación que mantenías con Dimitri. Supe de antemano que nunca hubieras buscado mi amistad del otro modo.

—¿Cómo diantres llegaste a esa conclusión sin consultarme?

—Era evidente por la forma en la que tratabas a mi hermano.

—No entiendo la necesidad que tienen los de tu familia para mentir —mascullé—. Hasta la noche del compromiso no te hablé de Dimitri ni de mi embarazo, por ende, era imposible que supieras cómo estaba mi relación con él. Si estás aquí para mentirme más, no me hagas perder el tiempo y sal de mi vida —pronuncié esas palabras con dolor.

Jacob desvió la vista hacia la pared y pasó una mano por su cabello, peinándolo.

—No te gustará la respuesta —desveló, dejando caer los brazos.

—Eso depende de mí. Cuéntame por qué fingiste interés por mí, por qué te preocupaste tanto y me ayudaste en situaciones que nadie habría accedido —exigí, tomando asiento en el extremo del sillón, opuesto al suyo—. Si realmente quieres mi perdón, entonces, sé sincero, porque estoy harta de esconderme y de pretender cosas que no son.

Dudó unos instantes, pero terminó acomodándose en el hueco del sofá que ocupaba.

Tomó una bocanada de aire y se dio ánimos para contarme lo que ocultaba.

—Mi hermano habló con mi padre tan pronto como supo que estabas embarazada. Le pidió consejo, puesto que no tenía ni la más remota idea qué hacer con un niño... Yo no hubiera acudido a Bart —agregó su opinión, que no me interesó.

Recordé el momento exacto en el que Dimitri me aseguró que el secreto permanecería entre nosotros, que no lo comentaría con nadie más de su entorno, incluyendo la familia. Imaginar una conversación en donde Bartholomew le hablaba con esa dureza, reprochándole por sus indiscreciones, no sonaba propio de Dimitri. Jamás buscaría a su padre después del daño que le hizo, ¿cierto?

La duda se deslizó en mi mente, pero intenté silenciarla. No podía estar segura de que Jacob pronunciase la verdad. Si me engañó en relación con su identidad, ¿cómo podía estar segura de que no recurría a más mentiras?

—Mi padre le ordenó que se hiciera cargo del bebé, que te cuidara tanto como pudiera porque temía perder el control sobre ti. —Jacob no titubeó en ningún momento—. Bart quería que Dimitri te manipulase en el hipotético caso de que tú averiguases cualquiera de las informaciones que transcurren en la empresa, manteniéndote controlada.

Sentí que mis piernas se convertían en gelatina después de esas palabras.

—Dimitri intentó ser la mejor persona del mundo mientras estaba contigo. Bart sopesó la opción de contratar un detective privado que siguiera tus movimientos. Él es muy desconfiado, nunca comenta nada ni a su propia familia —murmuró—. Terminó por descartar la idea al encontrar un mejor candidato, uno que podría involucrarse en tu vida y averiguar desde dentro lo que podrías estar tramando en contra de Dimitri.

Yo no pude terminar la frase por él, pese a conocer lo que venía a continuación.

—Por eso me introduje en tu vida, para asegurarle a mi padre que eras una chica normal, sin intenciones... —explicó él.

—Dime que tu hermano no me ha mentado. —Había dejado de prestar atención a lo que pronunciaba, demasiado asustada por la primera confesión—. Dimitri me ha repetido en un centenar de ocasiones lo mucho que me quiere. ¿Estaba fingiendo? —Quise saber.

Jacob se percató de que estaba a punto de echarme a llorar, por ello se desplazó a mi izquierda y me apretó la mano que descansaba sobre el sillón. Me vi tentada a apartarla para taparme la boca y contener el llanto, lo cual no hice. Parecía realmente preocupado, más si teníamos en cuenta mi estado. Jacob sacudió la cabeza con rapidez.

—No, Catherine. Por supuesto que no. Llegué a escuchar esta conversación la misma mañana en la que me marchaba a Texas, por unos asuntos de mi madre. Estaban discutiendo en el despacho de la industria. Incluso los oí pelear a través de la puerta cerrada. Sé que no es político detenerse a escuchar conversaciones ajenas, pero lo hice.

Procedió a detallarme con todo lujo de detalles qué escuchó y cómo terminó involucrándose en un problema que no le concernía.

Dimitri había acudido a Bart para buscar un consejo que lo ayudara a comportarse como un buen padre, y para informarle del cambio que eso comportaría en su vida y en el compromiso con Svetlana. Al parecer, Bartholomew no soportó lo que su hijo expulsaba por la boca y se incorporó con violencia, exigiéndole que debía convencerme a mí para abortar al bebé.

En cuanto Jacob dijo aquello, trasladé una mano hacia mi vientre, acunándolo. Prosiguió con la réplica de Dimitri, el cual no cedió a los comentarios de su padre y argumentó que la decisión dependía de mí. La conversación terminó con la amenaza de Bart hacia Dimitri, recordándole sus peores temores.

—Posteriormente mantuvieron una segunda charla —añadió Jacob.

Y procedió a narrarme lo que presencié de ese encuentro. Cerré los ojos e imaginé la escena en mi mente:

Dimitri se paseaba de un lado a otro con nerviosismo mientras escuchaba las insensateces, las nuevas exigencias que el padre le dictaba. Poseía problemas con la ira, unos que habría superado satisfactoriamente de no ser por Bart.

Cuando Jacob hizo el amago de adentrarse en el despacho para detener la estúpida discusión, se obligó a no hacerlo para escuchar lo que Dimitri estaba echándole en cara al padre, sin miedo.

—Adelante, amenázame de nuevo porque no he hecho caso a ninguna de tus gilipolleces. No tengo intención de controlar a Catherine, no me da la gana y es una tontería. Ella no es como Svetlana, no utilizará mi pasado para chantajearme. —Dimitri aplastó la mano derecha en el escritorio, impidiendo que Bart se incorporase—. Solo porque esa... zorra haya descubierto lo que supuestamente tú ocultaste, no significa que cada individuo que se adentre en mi vida tenga el mismo propósito. Catherine es distinta, especial y me gusta demasiado como para pretender lo contrario. No me darás más órdenes.

—¿Debo recordarte que hay otro hombre que quiere tu puesto? —replicó Bart.

El rostro de Jacob se crispó al instante en el exterior del recinto, era consciente de que Bart se estaba refiriendo a él, que buscaba generar otra injusta pelea entre hermanos, algo que el menor no necesitaba. De hecho, su relación estaba así de rota por culpa del padre, que se encargaba de provocar las disputas, de ponerlos el uno en contra del otro para evitar que actúen en su contra.

—¿Quieres saber mi opinión al respecto, papá? Que te den, a ti y a la empresa. Si el puesto que deseo me convierte en algo como tú, entonces, quédatelo todo —escupió Dimitri.

—Cállate. —Se incorporó Bart.

—¿Qué me harás, de lo contrario? —desafió el hijo, demasiado confiado en su triunfo.

—Sabes muy bien lo que tengo en mi poder. Pero hemos llegado demasiado lejos, y estoy seguro de que no pretendías renunciar al puesto que te da el sustento para costear el precio de la doctora privada y los caprichos que tienes en mente para el bebé.

—No me retendrás aquí eternamente. Tarde o temprano, me liberaré de ti.

—No te atreves ni a desafiarme en público. —Se jactó Bart.

Dimitri tensó tanto su cuerpo que, desde su posición en el pasillo, Jacob apreció cómo la musculatura de su espalda se apretaba en la tela de la camisa. El menor sabía que tenía que marcharse antes de que alguno de los dos lo pillaran con las manos en la masa, no obstante, esperó hasta que escuchó las últimas palabras de su hermano.

—Lo haré, y será esta misma noche en el club donde comenzó todo. Pienso pelear y sin ninguna máscara que me oculte de los presentes. —Se distanció del escritorio e izó el mentón—. Te prometo que intentaré ser el mejor padre para ese bebé, pero no porque pueda beneficiarme, sino porque es lo que yo quiero y lo que Catherine merece.

Abrí los ojos cuando Jacob terminó el relato y entrelazó las manos en su regazo, con el rostro agachado levemente.

Precisé de unos minutos para encontrar las palabras, mi cabeza estaba asimilando la información que él me había dado. Mis dudas se disiparon y me permitieron ver más allá de lo que había estado repitiéndome a lo largo de esta semana. La última discusión que Dimitri mantuvo con su padre fue el mismo día de la pelea en el

club, donde me besó, y no porque estuviera condicionado por Bart. Lo hizo porque quiso. Me resultó insultante cómo una persona puede retorcer unos hechos en su mente hasta el extremo de convertirlos en algo que no se asemeja a la realidad, puesto que eso había hecho yo: obsesionarme con alternativas del futuro a raíz de un simple silencio. Nuestra relación había estado llena de problemas externos a nosotros, pero dichos inconvenientes se... se habían terminado.

El compromiso estaba roto, Dimitri había asumido el poder que antes manipulaba su padre, y podíamos hacer público el embarazo. La normalidad, la ausencia de problemas. Todo ello regresaba a nuestra vida de una vez.

—De nuevo, lo siento. —Jacob se disculpó—. No tenía intención de causarte más molestias; tan solo necesitaba explicar lo ocurrido y verte por última vez.

—¿Te vas? —No supe de dónde extraje fuerzas para formular aquello.

—Sí. —Se incorporó y recogió la cartera y sus llaves, las cuales había depositado sobre la mesita de café—. Mi vuelo parte en unas horas: regreso a Texas para pasar allí las últimas semanas de verano. Creo que es mejor que desaparezca durante una temporada. Como he dicho, me acerqué a ti con intención de contentar a mi padre. Pero, tan pronto como descubrí la maravillosa mujer que eras, rompí ese estúpido e infantil trato.

Asintió, como si tratara de convencerse más a sí mismo que a mí. Se dispuso a marcharse, atravesando el umbral del salón, cuando lo aferré de la muñeca e impedí que se acercara más a la puerta. Tenía una última duda por pronunciar, algo para él.

—Gracias por tu honestidad, es lo que más aprecio. ¿Te veré de nuevo?

Jacob esbozó una sonrisa conciliadora. Giró el picaporte con la mano derecha, permitiendo así que los primeros rayos de sol se colaran en el interior del rellano.

—Siempre me tendrás aquí, Catherine. Para todo lo que necesites.

Entonces, lo liberé y él se apresuró a abandonar mi hogar, cerrando la puerta tras de sí con suavidad. Descansé la espalda contra la pared más cercana y me miré en el espejo.

Estaba decidido.

Ya sabía qué hacer.

SEMANA 24



Catherine

La casa de Dimitri continuaba exactamente como la recordaba: bonita, acogedora y elegante. Pagué la tasa correspondiente al taxista y me apresuré a refugiarme del abrasador sol bajo el porche. De camino a la entrada, vislumbré un vehículo negro a mi derecha, estacionado en el aparcamiento privado de Dimitri, al cual solo se accedía si tenías la llave que abría la puerta metálica. No pude discernir si tenía un conductor a causa de los cristales ahumados, pero tampoco hice el amago de aproximarme. Dudaba que los periodistas hubieran burlado la valla de seguridad hasta llegar a la propiedad, y que Dimitri permaneciera de brazos cruzados mientras ellos se acomodaban. Mi ímpetu por reencontrarme con él antes de que decidiera llamarme superó a su promesa de que no me abandonaría. Me había dado un baño y puesto un vestido cuyo estampado me recordaba a un campo de amapolas, acompañando el atuendo con un pequeño bolso de mano en el que llevaba el teléfono y el dinero para costear otro taxi. Me había arreglado para que Dimitri se sorprendiera incluso más al verme en la puerta de su casa.

Acomodé el cabello detrás de mis hombros desnudos y llamé a la puerta en dos ocasiones, esperando con impaciencia para admirar el rostro de Dimitri. Había tenido las dos semanas más horribles de mi existencia a causa de su ausencia y de su silencio, actitud que tenía no solo hacia mí. Los periodistas escribían en la sección de cotilleos que el nuevo presidente de las industrias no abandonaba su casa desde que su padre le otorgó ese puesto. Dimitri nunca se escondía de la prensa ni se callaba cuando el artículo resaltaba un hecho que no era cierto.

Esperé durante dos minutos, pero nadie acudía para recibirme. Era extraño. Abandoné el timbre y decidí aporrear la puerta con los nudillos, creyendo que eso daría a entender que no me marcharía hasta verle el rostro.

Palidecí cuando la puerta cedió con el primer golpe, sin el menor esfuerzo. El cerrojo no estaba echado, tampoco la llave. Crucé al interior del recibidor, manteniendo la puerta abierta tras de mí para alumbrar la casa. Las persianas estaban subidas, pero las cortinas tapaban los rayos de sol que intentaban iluminar las distintas estancias. No escuché nada que indicara presencia humana.

—¿Hola? —pronuncié con un poco de temor.

Me tomé la libertad para cerrar la puerta con los seguros, evitando que el dueño del vehículo aprovechara la repentina e insólita soledad para robar. Apreté la mandíbula mientras avanzaba con pasos lentos y cautelosos. Conforme me aproximaba a las escaleras, me iba encontrado con objetos rotos esparcidos por el suelo. Mi cuerpo se estremeció por las decenas de ideas que cruzaron por mi mente. Tuve que abrazarme, envolverme el torso ante la mala sensación que me invadía. La cocina no mostraba señales de haber sido saqueada, tampoco el salón. El desastre

procedía de la planta superior, por lo que ascendí las escaleras con celeridad, topándome con las macetas resquebrajadas. La tierra había humedecido la alfombra, llenándola de círculos de suciedad, y las flores marchitas indicaban que llevaban así varios días, no horas.

Contuve la respiración al percatarme de que el cuadro en el que Dimitri aparecía de pequeño con Mary también se había hecho añicos; los cristales indicaban que el motivo de su rotura se debía al impacto de la frágil película de vidrio contra los escalones.

Ascendí el último escalón: la única fuente de luz procedía de la habitación de Dimitri, así que di por hecho que estaba allí. La puerta entornada me impedía ver con antelación lo que sucedía, pero me imaginé a un Dimitri agobiado por la presión de la empresa enfrente del ordenador.

No podía haber estado más equivocada.

Su habitación era la peor estancia. El portátil había sido lanzado por los suelos, al igual que los cojines. Las sábanas de la cama tampoco estaban sobre el colchón. Los cuadros estaban destrozados; las cortinas, echadas para que no entrara la luz. Solo la lámpara de la mesilla emitía leves destellos. Dimitri, sentado en el lateral derecho de la cama, llevaba hacia sus labios lo que parecía ser una botella de vodka. La barba le había crecido varios centímetros, poblado parte de su cuello. Portaba una camisa blanquecina manchada y con los botones desabrochados hasta el vientre. Pareció no percatarse de mi presencia. Si lo hizo, no se inmutó. Continuó bebiendo sin descanso. Al echar la cabeza hacia atrás, atisbé las pronunciadas ojeras bajo sus ojos y la palidez de su piel.

¿Qué diantres le había sucedido? Tenía la certeza de que yo no había provocado ese estado.

—Dimitri. —Mi voz hizo eco en la estancia—. ¿Qué estás haciendo?

Dio semejante brinco en el colchón que la botella estuvo a punto de resbalarse de su mano. Tardó unos segundos en desplazar la vista desde el suelo —desconocía qué miraba con tanto ensimismamiento— hasta mí, y reconocí de inmediato el dolor reflejado en sus ojos. Después le siguió el asombro, la fascinación por encontrarme allí, con él.

—El alcohol me está provocando alucinaciones —habló sin trabarse con las palabras y con el propósito de convencerse de que yo no era real. Agachó la botella para ubicarla entre sus muslos, sosteniéndola como pudo, y agregó—: Solo veo lo que me apetece ver.

—Por primera vez en la historia, el señor Ivanov está equivocado —musité.

A Dimitri no le agradó la manera en la que me había dirigido a él. Abandonó su posición, tambaleándose por culpa de la excesiva cantidad de alcohol presente en sus venas, y fue en ese entonces cuando me percaté de las lágrimas anegadas en sus ojos. Los tenía enrojecidos, como si llevase llorando desde hacía varias horas. Esa era, y sería con toda seguridad, la única ocasión en la que lo vería llorar. Dimitri se mostraba mentalmente destrozado, y no comprendía qué motivo lo había llevado a este extremo.

—Dimitri, me estás asustando. —Permanecí inmóvil.

No estaba segura de si él querría tenerme cerca.

—Me he quedado solo. —Su voz indicaba lo cansado que estaba, como si esa fuera la enésima vez que repetía las palabras—. Ya no

tengo a nadie más, Catherine. Sé que debería sentirme bien por ser el elegido de mi padre, por... por tener la empresa en mi nombre, pero... siento que en cualquier momento cometeré una locura que...

—Un momento. —Alcé las manos en el aire—. Si te refieres a lo sucedido en la fiesta, no debes culparte ni pedir disculpas. Tú no sabías nada acerca de Nathaniel o Jacob. Él había efectuado la elección de seguirme y de vigilarme, no tú. Sí que me molesté, pero porque me había engañado durante mucho tiempo y... no pienses que te detesto.

—No... no lo comprendes. —Volvió a tomar la botella por el cuello, agitando el escaso líquido que restaba en su interior—. Te dejé marchar el día en el que me diste a elegir... entre las industrias y tú. Lo hice, nunca te he tenido. De nuevo, he efectuado una elección incorrecta y me percaté del error cuando es demasiado tarde. Yo... Catherine, me he disculpado en decenas de ocasiones, pero... lo siento. Por favor. —Contuvo la siguiente oleada de lágrimas—. Dime que me perdonas. Necesito escucharlo por última vez.

—¿Cómo que por última vez? —Creí que me desmayaría. Mis rodillas temblaban tanto que parecían estar hechas de gelatina—. ¿Te marchas? ¿Ese es el motivo por el que estás así? Sabía que asumir el cargo comportaría nuevas responsabilidades, pero...

Él sacudió la cabeza antes de que pudiera terminar la frase. Los gritos, el escándalo y la incapacidad para pronunciar las palabras con normalidad no eran propios de él. Jamás se había comportado así conmigo, ni siquiera cuando lo encontré borracho el día de la pelea. Era distinto. Hice el amago de aferrarle el brazo, pero se giró con rapidez.

—¡No tengo nada aquí! —vociferó—. El mero hecho de saber que estoy en Manhattan, a unos kilómetros de ti, y que probablemente te

sientas... ignorada o apartada debido a mis malas decisiones, ¡me está matando! Si tan solo supieras el verdadero motivo...

—¡Pues, dilo ya, maldita sea! —grité en respuesta, alterada—. ¡Estás sacando las cosas de quicio! No hemos hablado después de lo ocurrido, así que no tienes derecho a reprocharme esto. —No me detuve, demasiado enfurecida—. ¡No sabes lo que pienso!

—¡Mi madre ha muerto!

Lanzó la botella contra la pared hasta hacerla añicos. Los cristales oscuros cayeron al suelo como si se tratasen de minúsculas estrellas fugaces mientras el líquido quedaba esparcido por la estancia. Dimitri volvió a sollozar, como si le costara respirar, y lo observé limpiar las lágrimas con violencia, creyendo que el simple hecho de estar llorando era un pecado. Sus palabras tardaron unos segundos más en hacer eco en mi cabeza.

No pude asimilarlas. La situación era tan inesperada que no podía aceptarlo.

—¿Qué? —musité.

La imagen de Mary acudió a mi mente. Su sonrisa gentil, sus cariñosas palabras, lo cómoda que me hizo sentir en su hogar y la bienvenida tan cálida que me brindó. Mis labios se abrieron de nuevo, pero ningún sonido salió de ellos. Era incapaz de articular una palabra, la misma Mary que yo recordaba había fallecido. Desconocía en qué pensaba Dimitri, pero, a juzgar por la manera en la que me observaba, supe que no tardaría en desprenderse de esa coraza que lo aislaba del resto. Antes de percatarme, me encontré envuelta entre sus brazos, con mi cuerpo cubierto por sus pectorales desnudos y los sollozos resonando en mi oído. Ya no tenía el pecho igual de cálido que de costumbre, sino gélido, inestable. Liberé mis manos de su vientre —habían quedado

atrapadas entre nosotros por el repentino abrazo— y las deslicé lentamente por sus costados, por debajo de la camisa, hasta anudarlas en el centro de su espalda. Dimitri correspondió a mi tacto con un apretón más fuerte en mi cintura, uno que me hizo contener el aliento.

—No lo soporto, Catherine —continuó, a pesar de mis nulas palabras—. No aguanto las continuas decepciones y pesadillas en las que me veo envuelto. Todo a mi alrededor se marcha o se desmorona. Mi madre, tú, incluso mi padre me ha dado la espalda de nuevo, en el momento que más lo necesito. ¿Qué he hecho para merecer esto?

Su llanto terminó por despertar al mío y descansé la frente en su hombro. Le permití que llorase y que se desahogara durante los siguientes minutos. Necesitaba hacerlo. Dimitri se percató de que yo también estaba derramando lágrimas, pero le supliqué que se despreocupara de ello. Lloraba principalmente por Mary, por las promesas compartidas para presentarle al bebé, por los momentos que no compartiría con su nieto o nieta. Me emocioné por el dolor de Dimitri, por su soledad e incomprensión. Permanecí en silencio hasta que recuperé una voz más o menos estable, y le dije con mucho cariño:

—Te he dicho que no eres el culpable de nada. —Lo besé en el cuello—. No te culpes por problemas que no están en tu control, por favor. Tu madre estaba muy enferma y, si hubiera sido por ti, incluso, los tratamientos más novedosos habrían estado a disposición de Mary. La noche en la que te forcé a decantarte por una de las opciones estaba... no, solo pensaba en lo que era importante para mí. Lo siento tanto, Dimitri.

—¿Qué hago ahora? —Lo escuché decir.

Esperaba que mi voz conservara la misma fuerza de hacía unos instantes.

—Quédate conmigo. Por favor, por favor, no te vayas —supliqué, como hice la noche de mi cumpleaños. No volvería a cometer los mismos errores, ya no más—. Dimitri, no estás solo. Te quiero muchísimo, me niego a perderte otra vez —confesé al fin.

—No te merezco. —Se apartó con lentitud, aunque no retiró los brazos de mis caderas.

—¿Crees que soy una especie de trofeo? —Esbocé una sonrisa ladina—. Los dos somos egoístas en muchísimos sentidos. Ambos hemos pensado más en nosotros mismos que en el otro. Pero, cuando lo he necesitado, tú has estado ahí. Y creo que yo también he hecho lo mismo. —Acaricé su mejilla con delicadeza para limpiar otra lágrima—. Te quiero, Dimitri. Entiende que nunca me arrepentiré de sentir esto. Es mi elección.

Me sostuvo la mirada en busca de la mentira, pero no había ninguna.

Dije todo aquello que temía en voz alta, para él. Se lo merecía.

—¿Cuándo ha ocurrido? —Me atreví a formular.

—Ayer —respondió, apoyando su frente sobre la mía—. No quise decírtelo con anterioridad, creyendo que únicamente vendrías a verme por pena u obligada.

—¿Qué más tengo que decirte para que me creas? —susurré y me acerqué a sus labios a pesar de la pestilencia a alcohol que emanaba de ellos.

—No eres tú, soy yo. —Cuando recurrió a esa frase, sonrió. Pero no duró mucho, pues, en cuanto continuó hablando, regresó a la faceta decaída—. He perdido a tanta gente en los últimos años que

no me sorprendería perderte a ti también —resopló—. El coche me está esperando abajo. Me he olvidado de él por completo. Maldición.

Eso resolvía el misterio del coche negro.

—El funeral es en dos horas —añadió al no obtener respuesta.

—Date una ducha con agua fría para despejarte la cabeza. Iré a hacerte un café, eso bajará la borrachera. Además, deberías comer. Tengo la impresión de que, en las últimas veinticuatro horas, no has hecho más que... —Señalé la botella destrozada—. Hablaremos de lo nuestro cuando sea el momento idóneo. Ahora tienes cosas más importantes de las que preocuparte. —Traté de convencerlo, sin mucho éxito.

Hice el amago de liberarme de su agarre, con la intención de ir a la cocina y prepararle un café. Pero Dimitri me aferró de la muñeca con más ímpetu, negando de nuevo. Percibí el miedo en su mirada, el temor a que no regresara, y me impulsó hacia él.

—No, no, Catherine. No quiero que te marches —balbuceó con rapidez.

—Tienes que asistir al funeral. Además, voy a estar en la planta de abajo. Te prepararé algo para comer, prometo que no me iré sin despedirme personalmente.

—Quédate conmigo. No hay que hablar de nada más. De la única cosa que estoy seguro eres tú. Catherine, estoy enamorado de ti. Te necesito en mi vida más que cualquier otra cosa. Sin duda alguna... no puedo ir solo a este funeral. Me derrumbaré de nuevo; ya me es difícil mantener el control frente a ti. —Colocó sus manos en mis mejillas—. Por favor, olvidémonos de todo. Me amas como yo a ti. ¿Qué más necesitamos?

—Tan solo no quería presionarte a hablar ahora —respondí.

—Y no lo haces. —Negó con rapidez—. Nunca lo has hecho. Eres mía, este bebé es mío. Podemos estar juntos ahora; ya no hay compromiso de por medio. ¿Tengo que pedirte de manera formal que seas mi novia? ¿Con un ramo de flores y un bonito colgante?

Sonreí. Él también. No veía bien que estuviera tan centrado en mí en esos momentos; no cuando el funeral requeriría de su completa atención. Pero, como bien había mencionado, era el momento de actuar siguiendo mis sentimientos y no ese estúpido ideal de futuro que había planeado. Además, esa pequeña distracción le ha servido para detener el llanto y la bebida. No quería imaginar las náuseas y mareos que aparecerían en cuanto el alcohol comenzara a desvanecerse de su organismo.

—No es necesario que me regales cosas. No las aceptaré —respondí.

Y me alcé en puntillas para besar sus labios. Cerré los ojos mientras Dimitri me besaba con la misma necesidad que yo, procurando no apretarme demasiado, preocupado por mi bienestar. Continuaba tan tembloroso que sus dedos no podían aferrarme de las caderas con la misma firmeza que de costumbre. Acomodé los rizos de su cabello que empezaban a taparle la frente. Comprendía a Dimitri, el sentimiento de pérdida. Esperaba que yo —que nuestra relación en general— fuese suficiente para sanarlo con el tiempo.

—Le diré que estarás en unos minutos —susurré, refiriéndome al coche.

—Tú vienes conmigo. Al funeral, mi madre... mereces estar ahí.

—Tendría que pasar primero por casa, a coger alguna prenda negra. Es de mala educación presentarse con esto —señalé el vestido con estampado de amapolas.

—De acuerdo —asintió levemente y, creyendo que me dejaría marchar, me arrastró hacia el cuarto de baño. Fruncí el ceño, confundida—. Llama a Patrick, y que tome alguno de tus vestidos. Dile mi dirección, si es que no la sabe ya. Mientras tanto...

Al bajar la vista, distinguí cómo sus manos temblaban.

—Sé que es una petición bastante extraña y que sonará mal para otros. —Usó el mueble del lavabo como soporte—. Pero necesito ayuda para mantenerme en pie. Acompáñame en la ducha. Te prometo que no tocaré nada que no deba —agregó con seriedad.

Esbocé una suave sonrisa para darle a entender que no suponía molestia, y acepté a permanecer junto a él todo el tiempo que necesitase. Me quitó la ropa con lentitud y se peleó con el broche del sujetador hasta que logró arrojarlo al suelo. Quedé desnuda frente a él..., pero no me contempló como hubiera hecho en otras circunstancias. Entró primero en la ducha y permitió que el agua fría cayera sobre su nuca. Una vez que la cambió a templada, extendió una mano hacia mí. Sus dedos húmedos recorrieron mi brazo desnudo hasta alcanzar mi espalda. Respiraba con dificultad, con tanta que se vio obligado a apoyar la espalda y la cabeza en los azulejos.

El agua sobre su rostro no le molestó, o eso supuse cuando no se apartó.

Me acerqué a su cuerpo y acaricié su pecho y hombros para tranquilizarlo.

—No tienes que fingir conmigo —susurré, notando las gotas resbalar por mi frente.

—Lo sé.

Y me volvió a abrazar.

S

El cementerio de Trinity Church estaba prácticamente vacío, a pesar de la hora punta en la que las calles de Nueva York se abarrotaban tanto de locales como de turistas. Ese cementerio era uno de los más antiguos de la ciudad. Se emplazaba frente a una iglesia de estilo neogótico; era un rincón de paz en mitad del bullicio. Mary había expresado en el testamento que deseaba ser enterrada aquí, no en Houston, y no comprendí el motivo hasta atisbar las tumbas de los abuelos maternos de Dimitri. Nos situábamos a unos metros de la escultura de John Watts, sobre la hierba verde. Mi rostro quedaba parcialmente oculto por una pámela negra, pero no la llevaba porque sí. Dimitri había insistido en camuflar mi identidad a los periodistas que, con todo su descaro, aguardaban a que abandonásemos el entierro para fotografiar a los invitados. Jamás entenderé su necesidad de importunar a las personas en un momento como ese.

Patrick me había hecho el favor de traerme un vestido sin estampado, negro.

Los tirantes eran más gruesos de lo habitual, y el largo de la falda me cubría hasta la rodilla, comportando un aspecto adecuado para un cementerio. A mi izquierda, reconocí a alguna que otra persona que asistió a la fiesta de compromiso y, a mi derecha, Dimitri procuraba no fragmentarse de nuevo. Portaba una indumentaria oscura, se había negado a escoger una camisa blanca para contrarrestar el tono negro de los pantalones, la chaqueta e, incluso, la corbata. Consciente de lo difícil que era para él, deslicé un brazo por su cintura y me recosté en su costado. Dimitri no tardó en corresponder, imitando mi movimiento al ubicar su brazo sobre mis

hombros. No prestábamos atención a las palabras del cura, principalmente porque estaba demasiado lejos y los pensamientos en nuestras cabezas gritaban más que él. Dimitri se negaba a acercarse, y sentenció que no se movería hacia la tumba hasta que estuviera sellada y solitaria.

El principal —y único— motivo residía en la presencia de Bartholomew Ivanov. Contra todo pronóstico, había ocupado una de las sillas más cercanas al féretro. Me había visto en la obligación de sostener a Dimitri, de recordarle que no era momento para enfrentamientos familiares. Desconocía cuáles eran las pretensiones de Bart, pero no me agradaban en lo más mínimo. Después del daño que le había ocasionado a Mary (si se pensaba con la cabeza fría, él había provocado su muerte), esperaba que tuviera la decencia de no asistir, de permitir que su hijo llorase la pérdida de su madre.

Tan pronto como echaron la tierra sobre el ataúd y sellaron la tumba, Bart puso una rosa con pétalos blancos sobre la lápida, plasmando la mano en la superficie segundos posteriores. ¿Cómo se atrevía a hacer semejante acto, después de haberla abandonado, engañado con otra mujer y repudiado por su enfermedad? Ese hombre no tenía escrúpulos ni los conocía. Seguramente era un vano intento de hacer las paces con su hijo. Me puse tensa al descubrir que se encaminaba hacia nosotros. Dimitri me dio una suave palmada en la espalda y me susurró que estaba en condiciones de hablar con su padre. Asentí para darle ánimos, pero no me desplazé de su lado.

—Dimitri, Catherine —nos nombró con su voz autoritaria, carente de sentimientos. Se acomodó la corbata antes de pronunciar—: Lamento muchísimo la pérdida.

—Gracias —contestó Dimitri en el mismo tono.

—Es un honor conocerte en persona, Catherine —se dirigió a mí, descolocándose.

—Lo mismo digo —respondí por educación, estrechando la mano que me ofrecía.

Me abrumó la delicadeza con la que apretó mis dedos, soltándolos a los diez segundos. Nos miró en una última ocasión y se distanció hacia el cúmulo de hombres que, al parecer, esperaban conversar con él. ¿Qué diantres había sido eso? Se trataba del mismo Bart que amenazó a Dimitri diariamente, del que quiso obligarme a perder el bebé y el que utilizó a uno de sus hijos para controlarme. No me gustaba en lo más mínimo. Dimitri se percató de mi expresión tan severa y me instó a caminar hacia la lápida, alejándome de la atenta mirada de su padre. Por puro instinto, me protegí el vientre.

Tardamos más de diez minutos —sin exagerar— en cruzar los metros que existían entre la tumba y el cerezo bajo el que estábamos antes. Dimitri pretendió que escuchaba las condolencias repetitivas y sin emoción tanto de hombres como de mujeres, asintiendo cuando correspondía o estrechando manos cuando las tendían. Yo centré la vista en mis zapatos de charol negro y en los lazos desiguales en cada uno.

Él logró deshacerse del resto de personas y alcanzamos la tumba. Dimitri tensó el apretón en mis hombros, noté que sus dedos temblaban sobre mi brazo. Lo hacía cada vez que las lágrimas amenazaban con abordarlo. Seguramente se caía de sueño y estaba mareado. Era lógico. Yo no conocía a Mary tan bien como me hubiera gustado, sin embargo, durante las dos semanas que estuve en Seabrook, se convirtió en una figura maternal cercana.

—No sé qué hubiera hecho hoy sin ti —me susurró Dimitri en el oído mientras rebuscaba en el interior de su bolsillo. Extrajo algo que no me había mostrado—. Ha sido un milagro que hubieras decidido aparecer hoy por casa. ¿Qué ibas a decirme?

Se acuclilló frente a la tierra recién echada y utilizó un lazo sobre el resto de las flores para que el viento no lo arrastrara.

—Solo quería hablar sobre lo ocurrido —omití algunas partes—. ¿Qué es eso?

—El día en el que nací, según lo que me contó ella, lo primero que hizo fue atar esa cinta azul en torno a mi muñeca, por si acaso las enfermeras me... perdían. —Sonrió tras decir aquellas palabras—. No me permitió quitármela ni siquiera en el colegio. Ahora que yo la he perdido, quiero que ella tenga esta cinta. Así sabré dónde encontrarla.

Asentí sin decir nada más. No existían palabras adecuadas para esos casos.

Nos alejamos de la multitud y eché un rápido vistazo en dirección a Bart, quien subía a uno de los vehículos estacionados al otro lado de la calle. Estaba acompañado por una mujer, su nueva esposa. Al menos ella sí había tenido la decencia de no aparecer. Dimitri percibió mi preocupación, por lo que acarició mis brazos y me besó la frente.

—No hará nada en contra nuestro —susurró—. No lo dejaré. Pero estoy asustado.

—¿Por tu padre? ¿O por Svetlana? —Me apresuré a preguntar.

—Por ti. Ahora que te tengo, es mayor mi miedo a perderte. No sabes el tiempo que he esperado para que estoy me sucediera. Convertirme en padre, en un hombre responsable con una hermosa mujer a mi lado. Tengo miedo, Catherine. —Me miró a los ojos.

—Es toda una suerte que estemos juntos, ¿no?

Dejó escapar una triste carcajada y caminamos hacia su coche. Pero, antes de subir, me dio uno de esos besos que quitan el aire. Tuve que apoyarme en el vehículo para no abalanzarme sobre él — de manera accidental, obviamente—, y me llevó a casa tras repetirme hasta la saciedad de que estaría bien, que le vendrían bien unas horas a solas para pensar y para organizar los asuntos relacionados con la empresa y con su padre.

Yo le respondí que estaría en su casa a primera hora de la mañana. Luego, observé el coche alejarse y me abracé para paliar el repentino frío.

—Venga, entra —escuché la voz de Patrick tras mi espalda.

Lo miré por encima del hombro y estudié sus facciones: un rostro relajado, una sonrisa amable y una postura desahogada. Permití que me abrazara, nos adentramos en el rellano y dejé que mi mente viajara hasta Dimitri una vez más.

SEMANA 25



Catherine

Soplé al mechón de pelo que resbalaba por mi frente, al antisistema que logró abandonar el recogido que había atado con dos gomas para el pelo. Todo aquel que me viera con el desaliñado moño y la camisola de tirantes creería que me había transformado en una anciana de noventa años. Mantuve la pierna izquierda doblada y la derecha extendida sobre la mesita de café, donde el souvenir de pintaúñas se extendía de un extremo a otro. Alexia había rebuscado en lo más inhóspito de su armario —tenía una habitación tan grande que podrían dormir seis personas en ella— para encontrar el estuche de cuero en el que guardó los pintaúñas, semanas atrás.

Había pasado la noche en su casa; sus padres tuvieron la amabilidad de invitarme a comer hasta que los míos regresaran de su inesperado viaje. Al parecer, cumplían quince años de casados y por ello planificaron una escapada de un día y una noche a Nueva Jersey. Fueron lo suficientemente precavidos para impedir que mi hermano o yo nos enterásemos de sus planes, provocando que el primero fingiera que no le importaba perderse el festival de música que se celebraba esa misma noche. Yo me alegré por ellos. Siempre

estaban trabajando, no disponían de ningún descanso más que una o dos semanas libres al año, por vacaciones. Mi propósito inicial era el de pasar la noche en casa de Dimitri, sin embargo, mis padres se preocuparían por mí y arruinarían su velada. Les convencí de que estaría con Alexia e, incluso, les mandé una foto para que estuvieran tranquilos. Supuse que todavía no confiaban en Dimitri porque no lo había presentado a la familia.

Intenté alcanzar el dedo pulgar con la brocha humedecida en el pintaúñas violeta, de verdad que quise hacerlo. Pero mi vientre me impedía estirarme como yo requería.

—Tendrías que dejarte los batidos de chocolate a las tres de la madrugada. —Alexia se llevó a la boca una palomita recubierta con mantequilla. La tomó del cuenco de porcelana que descansaba entre nosotras—. De verdad, estás engordando en exceso. Pensarán que estás embarazada —bromeó, tomando otro puñado de palomitas con la mano.

—Hoy te has levantado más graciosa de lo habitual —ironicé.

—Mi humor es igual de fabuloso que de costumbre. —Se acomodó entre las almohadas de pelo, reclinándose al igual que una reina en su trono—. ¿Qué diantres está haciendo? ¡Se suponía que Elena quiere a Stefan! —gritó a la televisión con evidente enfado.

—La protagonista es inteligente y ha sabido rectificar en el momento idóneo.

—¿Cómo dices? ¡El otro vampiro es un psicópata! Esta serie es para adolescentes.

—No he sido yo quien se ha visto prácticamente cuatro temporadas en una semana.

Alexia estaba adicta a las series, principalmente a las que emitían en Netflix. Anotó en una libreta el nombre de la serie que acababa

de terminar junto a una puntuación que, posteriormente, publicaría en un blog que acababa de abrir. Decía que el mundo se dejaba llevar demasiado por las modas, que las últimas series estaban dirigidas para un público que no deseaba pensar demasiado. Yo respondí que para eso existían, para que las personas se olvidaran de sus problemas y no estuvieran preocupadas mientras las veían.

—He de admitir que Damon besa bastante bien —pronunció a continuación.

—Sí. Hay mucha fogosidad en sus movimientos. —Esbocé una pícara sonrisa.

—¿Cómo que movimientos? Espera, ¿ella va a acostarse con Damon ahora?

—Yo diría que es evidente. —Señalé a la escena en cuestión—. Te asombrará el final. No me refiero a esta temporada, que es alucinante y a mí me encantó, sino el de la serie en sí. No puede compararse con Perdidos, pero sigue un estilo similar —premié.

—Eso ya lo veremos. De momento, *Crónicas vampíricas* tiene un siete en mi lista.

—Eso es un notable.

—Un notable bajo —corrigió ella.

—Pero ha superado tu estricta barrera del seis. —Contraataqué.

Alexia no respondió a mi última acusación, consciente de que yo había ganado. Me centré nuevamente en las uñas de mis pies, en los dedos que no alcanzaba. Al contrario de lo que muchos pensaban, mi vientre tenía un tamaño inferior a lo habitual. La doctora me tranquilizó y me dijo que era normal que unas embarazadas ganaran peso sin control mientras que otras lograban no duplicarlo. Puestos a ser sinceros, tener un peso superior o inferior me daba igual. La publicidad en mi Instagram me mostraba

las imágenes de embarazadas que practicaban deporte, convirtiendo su vientre en algo que fácilmente podría causarle problemas al bebé. En algunos casos, a los casi nueve meses aparentaban estar de dos o de tres. Deslicé la punta de la brocha en mi uña y mantuve los huesos de la columna flexionados hacia delante hasta que me cansé, mucho.

—De acuerdo, capítulo siete de la temporada cuatro terminado. —Anotó algo con rapidez en la libreta de su derecha y pausó el siguiente capítulo, que empezaba a reproducirse por cuenta propia—. Temo que el bebé te romperá la columna si te sigues esforzando tanto. Dímelo con mucha amabilidad y estaré encantada de ayudarte.

—Esto no es *Crepúsculo*. —La miré por el rabillo del ojo—. Puedo sola. Gracias.

—«Mírame, soy una embarazada joven e independiente» —quiso imitar mi tono de voz.

Me eché a reír por sus tonterías, pero terminé por fruncir el ceño. El humor de Alexia era algo que padecía desde hacía dos años, y solo en ocasiones especiales estaba tan bromista y charlatana como en esos momentos. Desistí —temporalmente— en mi idea de terminar el pintado de uñas e introduje la brocha en el recipiente de cristal que le correspondía.

—Desembucha —ordené, plasmando las manos en mi vientre.

—¿Qué quieres que te cuente? Has estado conmigo en las últimas veinticuatro horas.

—Ambas sabemos muy bien que te pones nerviosa al mentir, soltando chistes y bromas para no aparentarlo. —Desplacé una mano hacia el lado en el que el bebé acababa de patear, descansándola allí—. ¿Qué estás ocultando, Alexia? No es

necesario que te repita que puedes confiar en mí —pronuncié esa última frase con malicia, consciente de que Alexia tendría que honrar nuestro importantísimo código de amistad—. ¿Alexandrina?

—Prométeme que no se lo contarás a nadie.

—¿A quién diantres voy a decírselo, Alexia?

—Dimitri. No quiero que él se entere de los asuntos entre amigas.

—Nunca le cuento ningún secreto tuyo. Me ofende que, a estas alturas, me preguntes esto. De lo único que hablamos mi novio y yo.

—Tuve que hacer una pausa tras utilizar el término, demasiado fascinada con este—. Es del bebé y de nuestros propios asuntos.

Supe que había convencido a Alexia con la primera frase, pero se hizo de rogar. Fuera cual fuera su secreto, tendría que ser muy importante para que no me lo hubiera contado de inmediato. Aunque nos hubiéramos distanciado un poco desde que terminó nuestra estancia en la residencia de la universidad, nuestra amistad era de esas que durarían más allá de diez años. O eso esperaba. Quería mucho a Alexia, detestaría perderla.

—Es muy probable que este fin de semana me vaya a Texas —admitió. Aprecié que se sonrojaba con apenas esa frase—. El motivo no es otro que mi novio. Me ha invitado a través de una carta. Sí, escrita a mano, con papel y bolígrafo. Iré a su residencia. Como es de esperar, no le he dicho nada a mis padres y no tengo intención de hacerlo. Inventaré cualquier excusa y me escaparé en un taxi que ya tengo contratado —terminó.

—Eso... eso es... —No encontraba las palabras exactas para expresarme.

—Ya sé lo que vas a decir. Soy imprudente y demasiado impulsiva.

—Sí —coincidí, tornando mi expresión a una más seria.

—Solo vivimos una vez, Catherine, y lo cierto es que lo quiero mucho. Sé que sonará rápido, tal vez no creas que pueda querer a una persona a tan poco tiempo de conocerla, pero me cuida mucho. He tenido varias parejas a lo largo de mi vida, unas seis, pero ninguna me ha tratado del modo que me trata él. —Centró la atención en su regazo.

Me arrepentí de haber reaccionado de esa forma, en lugar de alegrarme.

Sin embargo, desconocía quién era ese chico, su nombre, su dirección. Yo no era quien para juzgarla, principalmente porque estaba embarazada de cinco meses y medio, y mi relación con Dimitri se había saltado muchos pasos que las otras parejas realizaban. El mundo era retorcido, probablemente no todo, pero sí una parte importante. Los secuestros y violaciones se producían diariamente, de los individuos que menos se esperaba. Mi instinto maternal me advertía de algo.

—Muéstrame una foto suya —pedí, aparentando normalidad.

—He estado esperando este momento desde hace semanas —dijo con dramatismo.

Tomó su teléfono, que estaba en la mesita de café, y lo desbloqueó para mostrarme la fotografía. En cuanto la imagen quedó frente a mis ojos, reconocí ese cabello castaño y los ojos azules con trazas verdosas. Le arrebaté el móvil de las manos, gesto que interpretó como una buena señal cuando, en realidad, significaba lo contrario. El chico que deslizaba un brazo por la cintura de Alexia y que sonreía para la cámara, era Nathaniel. Es decir, Jacob. La misma persona que había fingido ser alguien que no era, aquel que entró en mi vida solo porque se sintió obligado a ello. Perdí la capacidad para reaccionar, para articular las palabras. No podía ser una mera

casualidad, dejé de creer en ellas tras los últimos acontecimientos. Intenté recomponerme antes de que ella hablase otra vez.

No lo conseguí.

—Sé que es muy atractivo, pero lo considero de mi propiedad. Le tatuaría la inicial de mi nombre en la nalga derecha, pero no quiero apresurarme —bromeó, siempre sonriente. Deslizó la foto por otra, topándome con ambos en una atracción del parque acuático y con Alexia besándole en la mejilla—. Como te he comentado, es un chico muy simpático. Lo conocí en el momento menos esperado y se ha convertido en una persona muy importante para mí —desveló, perdiendo la mirada en algún punto de la habitación.

—¿Cómo se llama? —Mi tono de voz no compartía el mismo júbilo que ella.

—Jacob. He conocido a su madre por Skype, era bastante mona y de aspecto lujoso, pero no hay señales de su padre. —Esperó a que hiciera otra pregunta; una que no llegó a la velocidad que ella requería—. De acuerdo, picaré en el anzuelo: ¿qué te pasa? No has visto a ningún fantasma —replicó, arrebatándome su móvil para meterlo en su bolsillo.

—Tengo algo muy importante que decirte, Alexia.

—No empieces con uno de tus sermones, Catherine.

—Este chico de aquí te está mintiendo. —Me irritaba que se dirigiera a mí con cansancio, como si yo no tuviera nada interesante por contar—. Se trata del hermano de Dimitri, el mismo que se hizo pasar por Nathaniel. El que me besó en la fiesta. Pensaba que se trataba de una simple coincidencia, pero Jacob se marchó a Texas hace dos semanas porque no toleraba más el ambiente tan nocivo que hay en su familia. Con su padre.

La expresión de Alexia se ensombreció y se levantó, sacudiendo la cabeza.

—No puede ser. Jacob nunca me mentiría —musitó.

—No te ha dicho su apellido por un motivo —acerté mientras me incorporaba—. No tengo fotos con él porque nunca ha surgido la oportunidad de tomarnos una. Pero hay una persona que podría confirmarte mis sospechas: Dimitri. —Quise tomarla del antebrazo, pero Alexia se deslizó entre mis dedos—. ¿Qué motivos tendría yo para mentirte?

—Ninguno. No tienes ninguno.

—¿Quieres que llame a Dimitri y le pregunte si puede pasarse por tu casa?

Alexia no respondió con palabras, sino con gestos. Supe que quería echarse a llorar, y que no lo haría para salvaguardar su orgullo. Tan pronto como se encerró en el cuarto de baño, marqué el número de Dimitri y le supliqué que acudiera a casa de mi amiga. Debido a mi llamada tan inesperada, creyó que me pasaba algo, pero lo tranquilicé y conseguí indicarle la dirección sin perder mucho tiempo. Una parte de mí quería continuar con esa segunda oportunidad que le di a Jacob; me negaba a creer que también conoció y enamoró a Alexia porque... En realidad, no tenía ningún motivo. No me quité el camisón ni me peiné cuando Dimitri me avisó de que estaba en la puerta. Descalza, ignoré mi reflejo en el espejo y abrí la puerta con las mariposas recorriendo mi estómago.

Él llevaba una camisa azulada de manga corta que dejaba a la vista su musculatura. Se quitó las gafas de sol y recorrió mi cuerpo con una mueca divertida. Había visto mi faceta dormida, borracha, desnuda y asustada. La despeinada y la acomodada. Y, en ese instante, la que se despreocupaba de cómo lucía se manifestaba

por primera vez para él. Sonaba... estúpido, sí. Pero me agradó que descansara las manos en mi vientre y que me besara.

—Me gusta mucho tu aspecto desenfadado —apremió, sonriendo sobre mi boca.

—Gracias. —Le acomodé uno de los botones de la camisa—. Pero no te he llamado para que me elogiaras y me besaras como lo haces ahora. —Apoyé las manos en sus pectorales e hice una mueca con los labios—. Se trata de Alexia. Necesitamos tu ayuda.

—Haré todo lo que esté en mis manos.

Lo invité a entrar porque los padres de Alexia no estaban en casa en ese momento, y se entretuvo mirando los adornos que mi amiga había comprado en su último viaje por África: las máscaras hechas con madera y hueso, las diminutas figuras talladas y, en sí, la estantería al completo, atrajo su atención de un modo que no creía posible. Lo empujé para que subiera las escaleras y lo detuve en la puerta del dormitorio, advirtiéndole:

—Te pido que, por favor, no te enfades con lo que voy a decir.

—Antes no estaba muy preocupado, pero ahora sí. —Entrecerró los ojos.

—Está relacionado con tu hermano. —La mano que Dimitri mantenía en mi espalda, se tensó; noté cómo cernía los dedos en la prenda del camisón—. Y también con Alexia.

—¿Te ha vuelto a contactar de algún modo? Si te está molestando de nuevo...

—No, nada de eso. Tranquilo, ¿de acuerdo? Te lo explicaré en la habitación.

En cuanto abrí la puerta, me encontré con Alexia caminando de un lado a otro, con el pañuelo arrugado y húmedo en un puño y sus ojos enrojecidos. Lo que antes me parecía un espacio amplio —con

televisión, estantería, escritorio y cama— se me antojó de repente como si las paredes hubieran empequeñecido. Dimitri era alto y, aunque no alcanzara el techo —había unos tres metros de distancia desde el suelo—, daba la sensación de ocupar más espacio. Le indiqué que se pusiera cómodo y cerré la puerta tras de mí.

—Vayamos directamente a lo que nos interesa. —Cruzándose de brazos, Dimitri adoptó la pose autoritaria y seria que lo caracterizaba—. Acorde a las palabras de Catherine, Jacob te ha hecho algo. Teniendo en cuenta el listado de mentiras que ha ido rellenando en los últimos meses, me espero cualquier cosa que se aleje de lo positivo —explicó.

Alexia se demoró unos minutos en informarle de lo que acababa de descubrir, puesto que tenía la voz tan temblorosa que debía repetir algunas palabras. No desveló cómo lo conoció ni cómo empezaron su actual relación. Se limitó a enumerar lo que ella había tomado como verdadero, mencionando así su procedencia de Texas por parte de su madre, la existencia de un hermano con el que no hablaba, la mala relación con su padre y su profesión. Dimitri prestó mucha atención a lo que decía, conservando la faceta seria pero consternada. Alexia tomó asiento en un taburete tan pronto como terminó de hablar, y se llevó las rodillas al cuerpo; estrechándolas al igual que un peluche.

—Puedo decirte que no. Jacob no te ha mentado en vuestra relación. Krystal, su madre, ha tenido varias discusiones con nuestro padre, al menos desde lo acontecido en la fiesta de compromiso. Ellos viven en Texas porque Krystal es natural de allí. —Descansé la cabeza en su brazo después de percatarme de su expresión al mencionar cierta palabra—. Pero sí te ha engañado en todo lo

demás: ha mantenido oculta su identidad y el tiempo que pasaba con Catherine. Yo no puedo decirte nada más, Alexia. Lo siento.

—Está bien. Solo necesitaba escucharlo de ti. —Vi que apoyaba el mentón sobre su rodilla—. Tengo la sensación de que estoy en una pesadilla y que despertaré en breve.

—Por desgracia, es la realidad. —Dimitri pasó un brazo por mis hombros y alternó la mirada entre mi rostro y el de mi amiga.

—¿Qué harás con su invitación? ¿Te presentarás en su casa? —Quiso saber él.

—Sí. —Alexia pronunció con determinación—. No pienso romper una relación que tiene la oportunidad de salvarse. Independientemente de lo que haya hecho, sigo queriéndolo. Le preguntaré, sin tapujos, todo lo que deseo saber y, si no vuelve a mentirme...

—Lo está diciendo en serio. —Me dirigí a Dimitri—. Piensa irse a Texas.

—Agradezco que hayas abandonado tus labores para atenderme, señor Ivanov. —Como un rayo, Alexia se repuso de su malestar y se levantó—. Necesito tiempo para organizar las maletas y poner por escrito lo que me has dicho, para no olvidarlo. Catherine, siento haber sido tan borde o brusca hace unos minutos. Por primera vez tenía algo bonito en mi vida, y no quería que nadie me lo arrebatara de las manos —admitió.

—No te preocupes. Yo también habría reaccionado igual. —Sonreí para ella.

Sonaba extraño, pero Alexia abandonó su dormitorio para darme privacidad. Ella no lo diría en voz alta, sin embargo, reconocía las señales que daba cuando quería que uno de sus invitados se marchara. No la culpaba. Ansiaba conocer las respuestas que

Jacob, y solo Jacob, podría darle. Dimitri también me sugirió que me esperaría en el coche, ante lo cual reaccioné poniendo los ojos en blanco y repitiéndole que no me daba vergüenza vestirme delante de él.

Tan pronto como los pantalones se ajustaron a mi cuerpo y una camisa holgada de círculos azules reemplazó el camisón, guardé en mi mochila todo lo que había llevado y se la entregué a Dimitri, por obligación.

Nos despedimos de Alexia con la mano porque ella estaba llamando por teléfono, no podía hablar.

Me acomodé en el asiento del copiloto, me puse el cinturón y miré a Dimitri de inmediato.

—Yo tampoco tengo palabras —contestó él sin haber preguntado yo primero.

—Me parece surrealista que Alexia se haya visto envuelta en esta situación. —El coche se puso en marcha y se deslizó sobre la carretera sin hacer el menor ruido—. Oye, olvídate de mi casa. Mis padres no llegarán hasta dentro de unas horas, Patrick me llamará a la hora de la comida y me apetece pasar algo de tiempo contigo —dije, alborozada.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Desplazó una mano hacia la mía y me estrechó los dedos en el trayecto que restaba. Estacionó el coche en el garaje de su hogar y me condujo, en silencio, hacia la estancia que ocupábamos cada vez que estábamos juntos. No, no era su dormitorio, sino el sofá del salón. Siempre nos tumbábamos uno junto al otro y pasábamos las horas hablando o mirando lo que emitían por televisión. Ninguno necesitaba nada más, resultaba extraño. Siempre consideré aburrido pasar varias horas sin hacer nada, pulsando en un botón

de la televisión hasta encontrar algo que te mantuviera entretenido. Con Dimitri era diferente, me gustaba demasiado estar con él sin importar qué estuviéramos haciendo.

Noté que él me rodeaba con los brazos desde atrás, cobijándome en su pecho. Estaba sentado, pero yo quería estirar las piernas y olvidarme del dolor de espalda. Dimitri me besó en la coronilla y me tendió el mando como si fuera la corona de una reina.

—Nada de televisión: solo me apetece tú —ronroneé y me acurruqué más.

—Hoy estás excesivamente cariñosa.

—¿Supone una molestia para ti, profesor Ivanov?

—En lo más mínimo. —Se quitó los zapatos; lo supe porque escuché cómo caían sobre el entarimado de madera. Las persianas estaban prácticamente bajadas, las cortinas tornaban la luz a una más cálida y la tranquilidad que teníamos me hizo cerrar los ojos, sin dormirme—. Catherine, si alguna vez hago algo que te incomoda, o si te ocurren problemas que no puedas resolver a solas, quiero que sepas que siempre estaré ahí para ti.

—Lo sé, bobo. —Parpadeé solo para mirarlo—. ¿Es por Jacob? ¿Te preocupa algo?

—Solo me doy cuenta de lo frágiles que somos, en el sentido metafórico. Hemos pasado por muchos inconvenientes en los últimos... cinco meses, y quiero asegurarme de que nosotros no terminamos igual que... bueno, que Alexia y mi hermano. No te preocupes por ello. —Cernió los brazos con más brío a mi alrededor y suspiró—. Ahora mismo importamos nosotros dos, y el bebé que vendrá en cuestión de cuatro meses.

Asentí, de acuerdo con sus palabras. Cada vez faltaba menos tiempo para tenerle en nuestros brazos, para contemplar su rostro y

convencerme de que no podía ser más real de lo que ya era. Mi intención no era la de dormir de nuevo, pero la comodidad y la protección que sentía me hicieron olvidarme de mis obligaciones y soñar un poquito más.

SEMANA 26



Catherine

Mamá sacudió la manopla enfrente del horno para ahuyentar el humo que empañaba el cristal de unas gafas que casi nunca utilizaba. Quería asegurarse de que el pollo asado y las patatas no se chamuscasen antes de que el invitado estelar llegase a casa. Esa escena de mamá corriendo de un lado a otro mientras le daba órdenes a papá, y la indiferencia que mi hermano mostraba desde el marco de la puerta, me recordó a la tradicional cena de Navidad que celebrábamos con unos compañeros de papá. La diferencia se encontraba en que, esa noche, la persona que se sentaría con nosotros en la mesa no se dedicaría a hablar como un viejo conocido, ¡todo lo opuesto! Las familias se reunían la noche de Navidad o por Acción de Gracias, aunque eso no sucedía en la mía. No tenía abuelos con vida, mi padre era hijo único y mamá no se hablaba con su hermana. Nunca había conocido a mi tía, tampoco a mis primos ni a nadie perteneciente a su rama.

Cuando era pequeña solía entristecerme y envidiaba a mis amigos del colegio. Ellos presumían de sus extensas familias, de los regalos que recibían por sus cumpleaños. Con los años, comenzó a darme igual. Había aprendido que las familias no estaban compuestas solo

por aquellos que comparten tu sangre, sino también de los que llegan para quedarse. Alexandrina, por ejemplo, y Dimitri. Pensar en él me hizo trasladar mi vista desde el horno hasta mi vestido, aplanándolo de nuevo. Había escogido un estampado de girasoles de manga codo, acompañado de unos mocasines blancos. Eran bastante cómodos por la ausencia de tacón y no me cansaría tan rápido. Divisé a tiempo suficiente cómo Patrick ponía los ojos en blanco, cansado de verme tan nerviosa. Mi hermano, como era de esperar, se había negado a cenar con nosotros. Pero mi padre, tan astuto y prediciendo su respuesta, lo amenazó con detener la paga en California. Patrick no podía confesar que contaba con suficientes ahorros para no depender del sueldo que ellos enviaban, por lo que asintió y se presentó en la cocina de mala gana. Me habría gustado preguntarle por qué no intentaba arreglar sus diferencias con Dimitri, pero decidí posponerlo para una ocasión más adecuada.

Los girasoles del vestido no eran amarillos, como uno esperaría, sino rojos. Me gustaba que la tela se ciñera a mis pechos y que se cerrase bajo estos, pues estilizaba mi figura e impedía que mi vientre se marcara demasiado. Era una pequeña prueba para ver si el profesor Ivanov podía comportarse como el caballero que insinuaba ser, todo ello originado por una divertida disputa que mantuvimos unos días antes.

Puse los pies en la tierra y le eché una mano a mamá con los cubiertos y la ensalada mientras impedía que mi padre arrojara al suelo los vasos de cristal. Dimitri estaría allí en cualquier momento, todo debía salir a la perfección.

Patrick tomó asiento a la mesa y, cuando intentó pinchar un trozo de tomate, mi madre lo golpeó con una cuchara de palo en el dorso de la mano.

—Podrías ayudar un poco —reprendí entre dientes cuando pasé por su lado.

Mi hermano no movería un dedo para agradar a Dimitri, y me lo hizo saber repantigándose en el asiento. Su actitud me hizo regresar a mis preocupaciones, unas que se repetían en mi cabeza durante la última semana: ¿conseguiría Dimitri agradar a mis padres, después de todo lo que habíamos pasado? ¿Aceptarían nuestra relación, no pondrían ninguna pega a lo que estábamos formando?

Alguien golpeó la puerta, de inmediato dirigí mi atención a esta. Antes de ser capaz de abandonar la cocina para recibirlo, mi padre apareció cual fantasma desde las escaleras y se me adelantó.

«¡Demonios, no!».

Caminé detrás de sus pasos con rapidez, mientras él abría la puerta para Dimitri. Intenté mirar al exterior por encima de su hombro, no obstante, y debido a que yo era muy baja y mi padre muy alto, no logré divisar nada más allá de sus hombros.

—Usted debe ser el célebre Dimitri Ivanov. —Mi padre utilizó su tono de voz gélido y grave, uno que me provocaba escalofríos—. Mi nombre es Dante Miller, sin embargo, y debido a que es la primera vez que hablamos cara a cara, trátame de señor Miller.

Mi expresión debió de asemejarse al cuadro de *El grito*, porque Dimitri se encontró con mi mirada temporalmente y apreció que contenía la risa. Aceptó la mano que Dante le extendía —Dios mío, nadie lo llamaba así porque era demasiado formal— y no necesité asomarme de nuevo para ser consciente de cuánto apretaba su mano. Papa había perdido la tonalidad morena en los nudillos, tornándose blanca por la fuerza. Era consciente de que no había confianza entre Dimitri y mi familia, y sabía que hubieran rechazado la propuesta si supieran lo que sucedió en el club de lucha. Pese a

ello, me habría gustado recibirlo de otro modo o, al menos, con la presencia de papá a cien metros de distancia.

—Es un placer conocerlo al fin, señor Miller. —Dimitri le sonrió con amabilidad.

—Me gustaría decirle lo mismo, pero no miento a mis invitados —respondió él.

—Vale, de acuerdo. Por favor, papá. —Me interpuse entre ellos.

Dimitri humedeció sus labios antes de agachar su rostro hacia mi posición. Recorrió con la mirada el modelito que llevaba puesto y reprimió una sonrisa que habría delatado nuestro secreto. Yo también tuve que contener la risa para regresar al pequeño pero infantil acuerdo al que habíamos llegado hacía unos días, en el dormitorio de su casa.

El recuerdo regresó a mí.

Terminaba de secar mi cabello con una toalla antes de adentrarme en la habitación, con los pies descalzos. La casa de Dimitri había regresado a la normalidad gracias al mobiliario recién adquirido, uno que yo ayudé a elegir cuando lo acompañé al centro comercial. Había sido un día bastante diferente y divertido porque muchas personas no dejaban de mirarnos, creyendo conocernos, aunque sin atreverse a aproximarse. Observé a Dimitri trabajar desde la silla de su escritorio, pasando a limpio unas anotaciones que él realizó a mano. Me aproximé a él y coloqué las manos sobre sus hombros. Recorrí el contorno de estos con la yema de los dedos, deslizándolos hasta sus pectorales y terminé abrazándolo por la espalda.

—No me distraigas —murmuró él al sentir mi tacto—. Tengo que terminar este documento para mañana si quiero asistir a la cena con tu familia, Catherine.

—Vamos, llevas todo el día frente a la pantalla. —Aproximé mis labios a su cuello.

Comencé a recorrer su garganta con mi boca, dejando pequeños besos hasta la oreja. En respuesta, Dimitri no hizo más que exhalar un pesado suspiro antes de dedicarme una mirada poco amigable. Al menos mantuvo la sonrisa de satisfacción. Tamborileó los dedos sobre la cantidad de números que poblaban el folio, y dijo:

—Desearía que el informe se terminase solo, pero me necesita. — A pesar de sus palabras, se las apañó para deslizar la mano libre bajo la suave tela de mi pijama.

Recorrió mis caderas y glúteos con las manos antes de sentarme sobre su regazo. Creyendo que podría besarle de una vez, me apartó hacia un lado con suavidad y quitó sus manos de mi cuerpo al mismo tiempo. Dimitri extendió los brazos para seguir tecleando. Fruncí el ceño, frustrada. No buscaba sexo, nada de eso. Tan solo necesitaba un poco de sus mimos, de sus caricias. Era lo único que quería en esos momentos.

Descansé mi cabeza sobre su hombro. Noté su mandíbula tensa y uno de sus brazos se deslizó en torno mi cintura para impedir que me deslizará hacia el suelo. Inspiré su aroma hasta que él me alzó entre sus brazos.

—¡Cuidado, Dimitri! —exclamé entre risas—. Ya no estás cargando el mismo peso. He engordado casi dos kilos en las últimas dos semanas, ¡a este ritmo no podré caminar!

—¿A quién le importa? Sigues igual de preciosa. —Bajó sus labios hacia los míos.

Respondí a su beso con la misma pasión que la suya. Anudé mis brazos en su cuello, sus besos sabían a caramelo, independientemente de si había tomado algo distinto, y me gustaba

que me mordiera el labio inferior cada vez que se separaba para respirar. Me mantuvo alzada durante tanto tiempo que no comprendí cómo no se agotaba. Antes de percatarme de lo siguiente, mi espalda rozaba las sábanas de la cama. Mi cabeza se ahuecó en las almohadas rellenas de plumas y descubrí que Dimitri no había abrochado los botones de su camisa después de salir de su ducha. Lo sentí al descansar mis manos sobre su vientre para impedir que me atrapara entre el colchón y su cuerpo.

—Tu capacidad para distraerme es asombrosa, Cathy —pronunció sobre mis labios.

—¿Crees que eres el único al que le pasa? —Acaricié su pecho desnudo—. Deberíamos ponernos limitaciones, no podemos pasar las veinticuatro horas del día en la cama.

—¡Ja! Serías incapaz de resistirte a mis encantos durante más de veinte minutos.

Indignada, lo empujé para que se quitara de encima y me senté. De acuerdo, admitía que mis hormonas estaban un poquito alteradas y que mis deseos hacia él incrementaban considerablemente. Además, estábamos dando nuestros primeros pasos en la relación. Los rumores de que la atracción hacia tu pareja era irresistible durante los primeros meses eran ciertos. Sin embargo, y dispuesta a mantener mi orgullo por encima del egocentrismo que él mostraba, decidí contratacar y pretendí que se equivocaba.

—Creo que ese término sería más aplicable a tu caso que al mío.

—Te equivocas, *mon chéri*. —Con un ligero movimiento, consiguió quitarme el tirante del hombro derecho—. Si tan confiadas estás, entonces ¿qué te parece si hacemos un... inocente trato? —Él hizo una pausa, esperando a que yo accediera, lo cual hice—. El primero que consiga desnudar al otro gana el premio, lo cual no es solo

demostrar lo equivocado que estaba uno de nosotros. —Le propiné un rápido puñetazo en el hombro, y Dimitri aprovechó eso para tomarme de la mano antes de añadir—: El perdedor hará lo que el vencedor desee.

—¿Todo? —recalqué.

—Todo, durante un día.

Fingí pensármelo unos segundos. Aparté la mirada de la suya para centrarla en la chimenea apagada. Ya hacía suficiente calor entre nosotros como para encenderla en pleno verano. Dimitri supo que había aceptado mucho antes de que emitiera uno de mis dramáticos suspiros, y extendiera una mano en su dirección.

—Trato hecho, señor Ivanov.

Tras recordar esa escena, aclaré mi garganta para romper la tensión formada entre mi novio, mi padre y yo. Terminé de abrir la puerta para dejarle paso a Dimitri.

Mi madre —mucho más educada que papá— fue la única que se olvidó de los errores cometidos y le dio una cálida bienvenida a nuestro invitado. Interiormente me sentí fatal: apenas había pasado un escaso mes desde el fallecimiento de su propia madre y Dimitri tendría esa pérdida presente durante la velada. Me hubiera gustado decirle que mi familia era la suya, sin embargo, me contuve. No solo porque mis padres estaban delante, sino porque suscitaría preguntas.

—Catherine. —Dimitri besó la comisura de mis labios y me apretujó contra su figura, procurando posar la mano en mi espalda. En cuanto retrocedí y apreció mi vestido, él dibujó una irónica sonrisa —. Estás... fantástica para la cena.

—Gracias.

Patrick también se vio forzado a levantarse para saludar. Le estrechó la mano con claro rencor en la mirada y regresó a su sitio. Dimitri tomó asiento junto a mí y lo miré de reojo, un tanto nerviosa. Él también parecía tenso e incómodo. Mi madre extrajo del horno el asado y lo depositó en el centro de la mesa. Mi padre fue el primero en extender una mano para repartir la comida a su plato, por supuesto. También lo hizo con el de mi madre, el de mi hermano y el mío, olvidándose de nuestro invitado. Dimitri me miró con una sonrisa que denotaba diversión y se remangó la camisa a la altura de ambos codos. Deseé que una brecha se abriera debajo de mi asiento y me tragase. La vista de papá se centró en los tatuajes de Dimitri y supe que los juzgaría erróneamente.

—Dimitri, ¿a qué te dedicas exactamente? —preguntó mi padre, entrelazando las manos sobre el hueco libre, junto a su plato—. Catherine me ha dicho que has aceptado el puesto como presidente ejecutivo de la empresa, y que tienes otro en su universidad.

—Eso es cierto —respondió él mientras llenaba su plato—. Llevo trabajando para mi padre desde hace diez años aproximadamente. En cuanto a la universidad, eso comenzó hace apenas unos... dos o tres años. Tenía que hacer algo con mi título, no quería pasar los días encerrado entre tanto número y ordenador, así que compré mi plaza.

—He visto el periódico, ¿sabes? —Papá pinchó un trozo de patata humeante y la llevó a su boca. Fruncí el ceño: eso tendría que haberle quemado hasta los órganos—. Bueno, al menos, he leído todo lo que han publicado sobre ti los periodistas —especificó.

El aludido imitó el gesto de mi padre: partió la carne y comió como si estuviera en su propia casa. Mi hermano me propinó una pequeña patada bajo la mesa, encogiéndose de hombros e insistiendo en que

yo también probase la cena. A causa de la tensión presente entre mi padre y novio, me había olvidado de alimentarme.

—No haga caso a la mayoría de esas estupideces. Son farsas para mantener a la población ocupada, e inmersa en falsos rumores, mientras intentan distraerlos de las noticias más importantes, como la política y los temas de salud, por ejemplo —dijo Dimitri.

—No estamos hablando de política.

—Entonces, ¿qué le gustaría saber de mí, señor Miller?

Dimitri le sostuvo la mirada por unos instantes y mi padre acabó apartando la suya para echar un vistazo a mi madre, cuyo rostro denotaba lo mucho que se divertía con la actitud de papá. Tras conversar unos minutos más, el ambiente pareció relajarse hasta el punto en el que comencé a nadar en vez de ahogarme. Mi hermano hasta gastó alguna que otra broma. Quizá, después de nuestras prolongadas conversaciones a las tres de la mañana, se había dado cuenta de lo mucho que Dimitri significaba para mí.

Después de la cena ayudé a mi madre y a mi hermano a retirar los platos de la mesa. No tardé en sentir las cálidas manos de Dimitri obligándome a tomar asiento de nuevo, como si el mero hecho de dejar un plato de porcelana sobre la encimera fuera a provocarme un aborto. Comprendía la fuente de su preocupación (en las primeras semanas, y debido a mi inexperiencia en temas de embarazo, tuvo que llevarme al hospital por urgencias, temiendo que estuviera padeciendo de un desprendimiento de placenta, cuando en realidad se trataba de un problema de estómago), pero no lo necesitaba encima de mí en cada movimiento que realizaba. No vivíamos juntos, por lo que desconocía todas esas ocasiones en las que yo limpiaba mi dormitorio sin ayuda, trasladando libros o usando el taburete de madera para alcanzar los estantes más

elevados. Por supuesto, mi intención de confesárselo era inexistente. Ya estaba bastante preocupado por mí.

—Te lo dije antes, cariño —susurró, próximo a mi oído—. Eres muy joven y necesitas más descansos que otras embarazadas. Yo quitaré esto. Además, tampoco quiero quedarme de brazos cruzados toda la noche. Al menos, no ahora que parezco agradecerle a papá.

Expulsé una carcajada al escuchar la forma en la que se había dirigido a mi padre y, sabiendo que mi madre querría hablar con él a solas, me marché al salón. Encontré a la vagancia personificada ocupando el espacio más amplio del sofá, con las piernas extendidas hasta acomodarlas sobre de la mesilla de café. Patrick estaba decepcionado puesto que Dimitri había superado una de las pruebas de Dante. Habría preferido que nuestro padre lo echara de casa y le prohibiera las visitas, aun sabiendo que yo no obedecería dicha orden. Le exigí a mi hermano que se comportara como un ser civilizado y, al no obtener una respuesta, corrí el mueble hasta que sus tobillos golpearon el suelo con fuerza.

—Dimitri se está comportando de la mejor manera —susurré.

—Él no es mi novio, no tengo por qué adularlo.

—Tan solo te pido que muestres un poco de amabilidad y de respeto. —Crucé los brazos y desvié la atención hacia el pasillo—. Nunca he traído un chico aquí y espero no hacerlo de nuevo, porque estoy enamorada de Dimitri y estamos en proceso de tener un bebé. Échame una mano, Patrick. Nadie excepto nosotros tres, y Alexia, sabe lo que sucedió esa noche, en el club de lucha. —Esperé a que me obedeciera.

Lo cual no hizo.

—De acuerdo. Le comentaré a papá el increíble sueldo que tienes escondido en California. Estoy segura de que le encantará descubrir que su adorado hijo guarda...

—Tendrás una estatura pequeña, pero concentras demasiado veneno —interrumpió él.

—Gracias, Patrick. Eres el mejor hermano que una persona podría tener.

Volvimos a la normalidad instantes anteriores a que mi padre regresara de la calle luego de tirar la basura; como no había utilizado el ascensor para llegar hasta aquí, tenía la respiración agitada.

Antes de que se produjera la intervención de mamá y de Dimitri, quienes charlaban como si se conocieran de siempre. Le indiqué a mi novio dónde tomar asiento, a mi lado, y el programa televisivo se trasladó a un segundo plano al instante.

—Le estaba preguntando a Dimitri qué planeabais hacer tras el nacimiento. —Mamá se acomodó al lado de mi padre, y vi que pellizcaba el muslo de este con disimulo.

Si papá quería comentar algo inapropiado, ella lo acallaría antes de pronunciarlo.

—Lo dejo en manos de Catherine. —Dimitri unió nuestras manos—. Haré lo que pida.

—No hemos hablado exactamente de nuestros planes a futuro —comenté, notando el timbre de mi voz demasiado extraño—. Todavía disponemos de unos meses para tomar, ya sabes, una decisión. Ni siquiera conocemos si esperamos un niño o una niña.

—A mí me gustaría trasladarme fuera de Manhattan antes de eso —desveló Dimitri.

—¿Cómo? —respondimos Patrick, mi padre y yo al unísono.

—Quería esperar para hablarlo contigo en privado, pero no puedo esperar más. —Esbozó una de esas sonrisas que quitaban el aire—. Marchémonos de esta ciudad, Catherine. Disponemos de los medios necesarios para hacerlo, y regresaremos cuando queramos. El bebé tendrá todas las comodidades existentes, pero eso no es una novedad.

Me quedé estupefacta ante la proposición.

Crucé las piernas y enderecé la espalda; clavé la mirada en su rostro en un fallido intento de encontrar la trampa. Él era atrevido, arrogante y egocéntrico. Sin embargo, desde que estábamos juntos había abandonado esa faceta. Me sorprendió bastante que se hubiera atrevido a proponer algo como aquello delante de toda la familia. No quería insinuar que fuera a rechazar su ofrecimiento, porque en realidad me encantaba. Comprar un hogar en el que criar a nuestro pequeño o pequeña, abandonar la ciudad que no solo albergaba nuestros mejores recuerdos, sino también los más dañinos.

—Mi hija no saldrá del estado, pese a ser mayor de edad. No permitiré que se marche cuando acabáis de comenzar una relación que ni Dios sabe cómo terminará —exclamó papá.

—No pretendía ofenderlo, señor Miller, pero Catherine va a ser madre, está pagando su universidad gracias a trabajos que ha realizado en las vacaciones y quiere terminar los estudios tras el embarazo. Ha rechazado mi ayuda económica y, ¿acaso no la ves? Ya no es una niña. —La manera en la que Dimitri habló me provocó mareos, en el buen sentido—. Así que ella está en su derecho de elegir si quiere marcharse conmigo, o no.

—Gracias —musité.

—Sé que no hemos comenzado con buen pie, Dimitri. —Mi padre aclaró su garganta—. Ya sabes, al principio me costó mucho aceptar que mi hija se convertiría en madre con tan poca edad. Lo peor es que estaba siguiendo mis pasos. —Señaló a Patrick—. Él nació cuando su madre y yo teníamos dieciocho años, y no me arrepiento de ello. No obstante, el tiempo en el que ahora vivís es tan distinto al nuestro que me preocupa mi hija.

Intercambié una mirada entre mi familia y Dimitri.

—Pero si demuestras que realmente la quieres... —suspiró luego, resignado.

—¿Por qué crees que estoy aquí esta noche? —respondió Dimitri.

Transcurrieron dos horas más antes de que se marchara; ciento veinte minutos repletos de anécdotas que nos arrebataron lágrimas de felicidad. Dimitri no perdió la compostura, aunque sí me mantuvo rodeada con ambos brazos mientras conversábamos con el resto. Nuestros planes iniciales incluían ver una película, pero a petición de mi padre y hermano, acabamos echando una partida a las cartas. Acompañé a Dimitri a la entrada, con las llaves en mis manos, y cerré con fuerza para hacerles saber que no quería ser molestada. Dimitri me tomó del costado antes de que tocara el suelo, y me hizo girar levemente en el aire antes de colocarme en la hierba.

—Esta noche ha sido perfecta. Aunque no lo parezca, te has ganado un poco de confianza de mi padre, ¿sabes? No creo que olvide el discurso que has dado sobre mí. Me enamoraría más de ti si eso fuera posible. —Reí entre dientes, mirándolo a los ojos.

—Solo he sido sincero. Quiero que te mudes conmigo, Catherine.

—Pensaremos en ello cuando llegue el momento. Te lo prometo.

Le di un rápido y tierno beso en los labios; entrelacé nuestras manos mientras caminábamos hacia su coche, aparcado a unos

metros de mi edificio. Dimitri estaba contento, lo notaba entre nosotros y en la forma que sonreía. Nos detuvimos al alcanzar el vehículo. Allí, transformó su boca en un dulce puchero, de esos a los que recurría cuando quería algo de mí. No necesité preguntárselo para saber en qué estaba pensando.

—No sé qué dirán mis padres, porque llevo durmiendo contigo en las últimas...

—A mí me da igual lo que puedan decir, te quiero solo para mí hoy y el resto de los días.

—Les preguntaré, aunque seguro que mamá accede en nombre de mi padre —me burlé, recordando la expresión fastidiada que papá mostró en el salón.

Por un instante, creí que él echaría a perder la velada con su actitud de padre sobreprotector.

—Por cierto, tengo que llevarte a un sitio que he adquirido —confesó.

—¿Qué tipo de establecimiento? —Escruté sus expresiones.

—Te sorprenderá gratamente cuando lo descubras. —Me soltó las manos y, en esa ocasión, él me escoltó hasta el edificio—. Vamos a pedirle permiso a mis suegros.

—¿Vamos? ¿Te enfrentarás por segunda vez a las fauces del león?

Dimitri asintió, convenciéndome de que llevaba todas las de ganar.

—Llegado a este extremo, no hay nada que no haría por ti.

Junto con esa inusual pero bonita promesa, subimos las escaleras hasta alcanzar la puerta de la casa. Permití que fuera él quien se ocupara de la ira de papá.

SEMANA 27



Alexia

El Estado de Texas me recibió con sus treinta y siete grados de temperatura, aunque eso no supuso ninguna molestia para mi reluciente estado de humor. Mi vuelo fue puntual y mi maleta, sin pérdidas; la falta de inconvenientes me brindó suficiente ánimo como para no desmoronarme con mis propios pensamientos.

Texas era distinta a las descripciones de los libros y a lo que había visto en películas. Por ejemplo, ningún hombre de pecho desnudo —pero parcialmente oculto por un chaleco de cuero marrón— y montado en un caballo con un sombrero estaba en el aeropuerto para recibirme. Tampoco encontré las características nubes del desierto¹ y el aire estaba limpio de granos de arena.

En sí, Texas tenía vegetación verde, con aire que circulaba frío en los inviernos y abundante humanidad que se desplazaba constantemente de un lugar a otro. Lo cierto era que me decepcionó un poquito que en nada se pareciera a lo que yo esperaba. Los *sheriffs*, los pistoleros y los hombres atractivos que te llevaban a su morada sobre su caballo eran un mero recurso de la ficción para engatusar a las jóvenes. En realidad, Texas era uno de los cincuenta estados de Estados Unidos cuya capital —Austin— me recibiría tan

pronto como el taxista atravesara el atasco en el que estábamos atrapados.

El vehículo contaba con un grupo de folletos para informar a los turistas, y no dudé en tomar uno de ellos para entretenerme. Contaba datos históricos, como, por ejemplo, que un explorador español llamado Álvaro Núñez Cabeza de Vaca —en serio, no me lo estaba inventando— fue el primero en pisar el territorio, en 1528. También había información demográfica y moderna. En la actualidad, Texas contaba con veintiocho millones de habitantes, y Austin albergaba casi el millón.

Me había trasladado desde Manhattan hasta allí con el propósito de esclarecer cada una de mis dudas; para impedir que mi relación con Jacob se fuera al traste. Sí, muchas personas me tomarían por loca y otras habrían intentado convencerme de que rompiera con él, pero, pese a ello, mis amigos sabían que yo haría lo que a mí me viniese en gana. No quería sonar arisca o prepotente, sin embargo, la diferencia entre Catherine y yo era que ella se demoraba pensando en las diferentes posibilidades, en cómo manejar su vida sin arriesgarse. Yo me lanzaba al vacío, sin paracaídas ni ninguna colchoneta que pudiera frenar mi caída. Albergaba la esperanza de que fuera bien recibida por Jacob, de lo contrario, me haría famosa tras aparecer en los típicos programas de crímenes que se emitían por televisión.

Al llegar a mi destino, pagué la tasa correspondiente y me apeé del vehículo. Me despedí del conductor con la mano y me apresuré a arrastrar la maleta sobre el terreno de grava que me distanciaba de las puertas de roble. La dirección que Jacob me envió por un correo electrónico encajaba a la perfección con lo que apreciaba.

La mansión estaba revestida en madera, oculta por un grupo de cipreses que se extendían desde el más pequeño hasta los más grandes. Él me estaría esperando, por supuesto, aunque con pánico. Antes de tomar mi vuelo, le había mandado un mensaje de texto en el que le pedía que no fuera a recogerme, y que se olvidara de las mentiras que me había ocultado en los últimos meses. Jacob se mantuvo en silencio durante más de media hora en el chat, sin teclear una contestación ni abandonar la conversación. Aquello me dejó en claro que no tenía planes de confesar lo que había hecho.

Me detuve enfrente de las impresionantes puertas con adornos tallados en la madera y tomé una profunda bocanada de aire antes de llamar con brío.

Me imaginé las distintas expresiones con las que Jacob podría recibirme, no obstante, ninguna de ellas encajó con la que entreví una vez que lo vi. Era una mezcla entre el miedo, el enfado y la tristeza. Todo ello reflejado en su mirada. Inevitablemente, recordé el día en el que nos conocimos, el segundo en el que nuestros caminos se cruzaron:

Era la despedida de soltero de Dimitri. Me parecía difícil de creer que tanto mi vida como la de mi mejor amiga habían cambiado después de esa noche.

Con la bandeja repleta de copas de Martini —y el traje excesivamente ajustado— abría paso entre los invitados. Ninguno me prestaba demasiada atención, y me alegraba de ello. No deseaba tener la mirada atontada de un grupo de hombres puesta en mi trasero. Divisé a Catherine en la lejanía, mi amiga andaba de un lado a otro, igual de ajetreada que yo; sin más, coloqué la bandeja sobre la mesa más próxima y sostuve las copas con las

manos, dispuesta a entregarlas en persona. Así beberían más, tendrían más sed, y acabarían...

Pues eso, más borrachos.

Alguien mencionó el nombre de Dimitri desde el escenario, por lo que me apresuré a darme la vuelta para ver el espectáculo. Sin percatarme de los acontecimientos, acabé con las copas de Martini esparcidas sobre la camisa de uno de los invitados; con los trozos de cristal dispersos por el suelo. Llevé las manos a mi boca para cubrirla antes de aferrar varias servilletas y pasarlas sin descaro alguno por su pecho.

—¡Lo siento, lo siento! —Me apresuré a decir mientras restregaba su camisa.

—Eh, no es nada —contestó el chico en un tono más alto para que fuera capaz de escucharlo por encima del elevado volumen de la música—. Debería agradeceréte.

—¿Y eso? —respondí, sin apartar la mirada de la grande mancha.

—Hace demasiado calor como para pasearse sin una camisa húmeda que desprenda olor a Martini. —Chasqueó la lengua con un aire de diversión—. De paso, aprovecho para hablar con la guapa camarera que me ha llamado la atención. Mi nombre es Jacob.

Estudié su rostro durante breves segundos, sin borrar la sonrisa. Era joven, atractivo y no parecía haber consumido mucho alcohol ya que, a excepción de las copas que yo había arrojado, no había ninguna otra. Además, sus ojos permanecían en los míos... no aprovechaba mi distracción para babear sobre mi escote, como otros habían hecho.

—Si quieres saber mi nombre, gánatelo. —Le guiñé un ojo y, tras recoger los pedazos de cristal, los puse de nuevo en la bandeja y regresé a la parte trasera del local.

Recargué las bebidas mientras pensaba en Catherine.

Su historia con el prometido de nuestra amiga era intensa, a pesar de que entre ellos no había sucedido más que un beso. ¡Un simple beso! Le había preguntado hasta la saciedad si ella estaría cómoda esta noche. Testaruda e irritable, me había dicho que la atracción por el empresario había desaparecido tan pronto como abandonó el campamento. No me creí ni una de sus palabras.

Las horas transcurrieron y la fiesta se animó más, si cabía la posibilidad. El sudor resbalaba por mi frente debido a que iba de un lado para otro y, entonces, divisé lo que estaba teniendo lugar: en una de las barras, varios individuos se aglutinaban en torno a la figura de mi amiga, la cual había vaciado media botella de vodka en diminutos vasos de chupito. Olvidándome de mi trabajo, me aproximé a ella.

—¡Otro, otro, otro! —exclamaba el coro.

Cathy levantó el vaso de chupito de la barra de mármol y lo llevó hasta sus labios. Sin vacilar, se tragó el alcohol y frunció el ceño antes de echarse a reír.

¿Cuándo y cómo había llegado hasta tal extremo? Yo la había animado a beber un poquito para acomodarse en el ambiente, para que eliminara ese ceño fruncido que la hacía parecer estreñida.

¡Pero Catherine se estaba pasando!

—¡Caramba! ¡Menudo aguante! —Palmeé su hombro—. Catherine, me enorgullece que tu hígado y tu estómago sean capaces de continuar trabajando pese a todo lo que tu cuerpo contiene, pero deberías parar ya. —Intenté esbozar media sonrisa.

—Fu... fuiste tú qui... quien me... me animó. —Quiso articular las sílabas de una sentada, sin embargo, se trabó en cada una de ellas

—. Me... siento estu... estupendamente. ¡Puedo co... comerme... el mun... mundo! —gritó a la vez que alzaba los brazos.

—A este ritmo terminarás en el hospital, Catherine. Lo digo en serio.

Conseguí arrastrarla a los camerinos en donde nos habíamos preparado. La obligué a tomar un vaso de café y otro de agua (no recordaba en qué orden). Posteriormente, le entregué el dinero necesario para el traslado a la residencia y me resigné a no acompañarla, obedeciendo a regañadientes sus órdenes de disfrutar lo que restaba de fiesta.

«La confianza es un asco», o eso solían repetir los personajes de una célebre serie. Catherine me conocía demasiado bien, y supo que no podía perder esta oportunidad.

De camino a la zona de reservas —era más bien una cámara frigorífica para mantener el alcohol fresco— me tuve que hacer a un lado para permitirle el paso a Dimitri. Prácticamente, había echado a correr desde el salón hasta el exterior, persiguiendo a mi amiga. Arqueé las cejas y esboqué una sonrisa ladina cuando me imaginé lo que podría suceder entre esos dos.

Abrí la puerta de la cámara y me quedé estática al divisar una amplia espalda rebuscando en los estantes. Al principio, se limitaba a apartar las cajas, retirando del hueco la botella que quería consumir, pero al cabo de unos segundos empezó a arrojarlas al suelo, causando que algunos vasos estallaran a sus pies y se esparcieran hasta mí.

—¡Oye! No puedes estar aquí —grité mientras me aproximaba.

Sin miedo a recibir una respuesta violenta, lo tomé del codo y lo empujé.

—Fuera, o llamaré a seguridad para que te echen de una manera menos agradable.

—Me importa una mierda lo que una camarera me diga. —Se asió de mi agarre—. Necesito alcohol del bueno. Lo que queda en el salón se ha calentado, sabe a meados.

—Pues pídele a un camarero que te sirva una copa nueva.

—Están todos ocupados. En serio, vete por ahí y déjame tranquilo.

Encontró un *whisky* escocés escondido detrás de varias botellas de ron y silbó para hacerme saber que había hallado oro entre tanto cobre. Si le permitía salir de ahí y presumía frente al encargado lo que había extraído de la cámara, me echarían de la fiesta con el contrato roto en dos y el dinero en su bolsillo. Había aprendido que los borrachos eran peligrosos, probablemente violentos. Sabía que no todos actuaban de la misma forma, pero este en particular encajaba bastante bien con mi descripción.

—De acuerdo, tú te lo has buscado. —Salí de la cámara y cerré la puerta tras de mí.

Eché los seguros antes de que me alcanzara, apartándome con tanta brusquedad que me tropecé con un taburete desplazado de su respectivo tocador. Caí sobre este, mi corazón latía con tanta rapidez que me faltaba el aliento. Durante una fracción de segundo, sus dedos me habían aferrado del lazo de mi trenza; intentando detenerme. Sus gritos resonaron desde el otro lado de la cámara, desestabilizándome. Daba miedo pensar en lo que ciertos hombres hacían a las mujeres, sin importar el motivo en el que ellos se refugiaban. Muchas de mis antiguas amigas temían salir a la calle a solas, pensaban que no llegarían a casa al anochecer, que algo malo las apartaría de su hogar. No las culpaba. El desconocido que había atrapado en la cámara frigorífica me recordaba a esos

dementes que aparecían en los noticieros o en las portadas del periódico.

Intenté recomponerme, me repetí que no me había puesto ningún dedo encima y me apresuré a llamar a uno de los muchos hombres de seguridad. Le comenté, inquieta, lo que había hecho y él, con mucha amabilidad, me escoltó hasta la cámara. No solo el guardia me echó una mano, sino también ese tal... Jacob con el que había hablado hacía unos instantes. Al parecer, estaba cerca del guardia cuando le había informado de mi percance y abandonó el grupo de amigos con el que hablaba para acudir a mi rescate.

—¿Qué ha pasado exactamente? —Me tomó delicadamente del codo.

—Alguien que buscaba alcohol y se ha puesto un poquito violento. —Señalé a la puerta desde la cual se escuchaban los golpes e insultos, a partes iguales—. No sabía qué hacer para que no se escapase. Quiero decir, llevaba un *whisky* de no sé qué año y...

—No se preocupe. —Intervino el guardia, arrimándose a la puerta—. Señor, voy a quitar los seguros, por lo que quiero que se aparte unos centímetros y alce las manos, sin ninguna botella entre ellas, ¿de acuerdo? ¿Puede confirmarme si me ha entendido?

—¡Sí! —exclamó con voz airada pero temblorosa—. ¡Abre de una puta vez!

El guardia no pareció satisfecho con la contestación, ninguno de nosotros lo estuvo.

Jacob tomó posición enfrente de mí, protegiéndome del posible arrebató del desconocido. Siempre me he defendido yo sola, no me gustaba pedir ayuda, mucho menos a desconocidos. Sin embargo, sentaba bien comprobar que había alguien dispuesto a actuar como ese príncipe azul que toda niña soñaba con tener algún día (no se

aplicaba a mi yo de seis años, pues a esa edad estaba determinada a alcanzar la presidencia de los Estados Unidos. No imaginaba a ningún hombre a mi lado).

Por precaución, el guardia se armó con lo que parecía una pequeña pistola —era la primera vez que veía un arma y me preocupó el hecho de que hubiera otros veinte individuos uniformados con pistolas en el salón— y permitió que el individuo saliera.

Suspiré, aliviada, al comprobar que había obedecido.

—Discúlpese con la señorita y lo escoltaré al exterior —pidió el guardia.

—¿Cómo dices? ¡Ha sido ella la que me ha encerrado! —Me señaló.

—Haga lo que le digo o afróntese a las consecuencias. Es su decisión.

Me fulminó con la mirada, una que me hubiera derretido al instante.

—Lo siento, camarera —pronunció con asco—, no volveré a hacer algo así.

—Disculpas insuficientes aceptadas —contraataqué, con mucha ironía.

Tan pronto como ambos desaparecieron y me quedé a solas con Jacob, ocupé la silla más próxima a mí y pasé una mano por mi cabello, apartando los mechones que resbalaban por mi frente.

Jacob cerró la puerta que daba al exterior y tomó asiento enfrente de mí, esperando a que me sintiera preparada para hablarle. No estaba traumatizada, ni mucho menos. Solamente un poco asombrada por lo que podría haber ocurrido.

—¿Quieres un vaso de agua? ¿Un chicle? Lo que necesites —ofreció.

—No, muchas gracias. Estoy perfectamente.

—El anfitrión de esta fiesta debería vigilar mejor a sus invitados. Yo habría destinado una parte de mi dinero para investigar bien a los que acudirán a mi fiesta —confesó, y lo vi estirar una mano para alcanzar la mía. Me pellizcó levemente los dedos y los retiró a la misma rapidez con la que los había tocado—. ¿Todavía tienes que trabajar?

—No. Mi turno terminaba a las doce. —Enderecé la espalda—. Alexia Carter.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Mi nombre es Alexia. Antes te he dicho que tendrías que hacer algo para ganártelo, enhorabuena: lo has conseguido. —Me puse en pie y empecé a recoger mis pertenencias, deseando regresar a mi hogar (no a la residencia) para ducharme y dormir.

—De acuerdo, Alexia Carter. —Jacob extrajo unas llaves del pantalón—. Tu galante caballero, es decir, yo, se ofrece voluntario para llevarte a tu hogar. Si lo deseas, tienes mi vehículo a tu disposición —esclareció, esbozando una amable sonrisa, carente de malicia.

Puede que ese fuera el motivo por el que acepté su propuesta. Puestos a ser sinceros, no me arrepentía de ello.

El trayecto no se hizo incómodo ni pesado, sino entretenido y repleto de conversaciones que nunca creí que compartiría con otra persona.

Jacob aparcó delante de mi casa, a unos metros de la entrada, y esperó a que me despidiera antes de regresar a la carretera. La próxima vez que coincidimos fue en un supermercado, y decidimos intercambiar nuestros números de teléfono. «El destino», así lo llamaba yo.

Regresé al presente en cuanto Jacob me llamó, atrayendo mi atención.

—Por fin has venido —articuló en un tono cargado de asombro—. Es decir, no me malinterpretes, porque me alegro muchísimo de verte, pero pensaba que yo sería el último con quien querías estar después de descubrir lo que hice —agregó, cohibido.

—Soy así de impredecible, ¿eh? —No pude ocultar mi nerviosismo. Él me sostuvo la mirada, dubitativo. E, incapaz de soportar por más tiempo la distancia, me impulsó hacia él. Me abrazó con tanto ímpetu que me resultó complicado respirar. Aun así, no quise separarme. Apoyé el mentón sobre su hombro y deslicé los brazos en torno a su cintura, devolviéndole el apretón. Supe que estaba haciendo mal, que me quitaría credibilidad cuando me pusiera seria y molesta. Pese a ello, me olvidé de todo lo que debía decirle y cerré los ojos, disfrutando de ese nuevo acercamiento.

—Lo siento muchísimo, Alexia —susurró, descansando su mejilla en mi sien.

—Sé que lo sientes. Motivo por el que no he dudado en venir aquí.

—No quise hacerte daño. En un principio, tenía que conseguir la amistad de Catherine. No planeaba besarla, pero surgió y te prometo que tu amiga no tiene culpa. Ella me apartó en cuanto me abalancé, me ordenó que no lo repitiera. Créeme, no era mi intención hacerlo de nuevo. Quiero explicarte tantas cosas, pero no sé por dónde empezar.

—Tranquilo. —Acaricié su espalda—. Tenemos tiempo.

—¿No estás de paso? —Al apartarse, apreció que fruncía el ceño.

—¡Venga ya! ¿Crees que he viajado desde Manhattan hasta Texas solo para saludarte y luego marcharme? El próximo avión sale en tres días. El plan que me propusiste, ese en el que pasaríamos el fin

de semana juntos, se mantiene el pie. Necesitaba arreglar el problema, aclarar nuestra relación, o me volvería loca de tanto pensar.

Se separó de mí y cerró la puerta una vez que pasé.

Jacob cargó mis maletas hasta el salón, donde las dejó junto al marco de la puerta. Estudié la habitación: contaba con dos sillones, una televisión y una chimenea sobre la que distinguí unas fotografías enmarcadas. Nada más. No había cuadros en las paredes, tampoco los característicos adornos que se adquirirían en los viajes. Las cortinas filtraban la luz del exterior e incidían en el entarimado de madera y en el papel de pared marrón. La decoración era extraña. Parcialmente texana. Lo que más me sorprendió fue el hecho de que tuviera una foto con Dimitri expuesta; yo estaba al tanto de su relación tan tóxica.

¿Quién hubiera dicho que Catherine y yo terminaríamos coladas por dos Ivanov?

—Siéntate, por favor —invitó él.

—Llevo en el avión demasiadas horas. Me duele el trasero. —Chasqueé la lengua—. Me quedaré de pie. —Hice una pequeña pausa—. Empieza a hablar cuando quieras.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. ¿Realmente te gustaba Catherine cuando pretendías ser Nathaniel Dickens y mientras nosotros iniciábamos nuestra relación? ¿O también fingiste lo último? Sé que, desgraciadamente, tu relación con Dimitri es una mierda. Entonces, ¿qué te hizo aceptar la oferta de tu padre? Básicamente te exigió que te entrometieras en la vida privada y amorosa del hermano al que no puedes ver. Háblame de todo, y te escucharé con toda mi atención, sin juzgarte —prometí. Luego, me crucé de brazos y suspiré.

Jacob asintió, más para sí mismo que para mí.

Entonces, empezó a hablar.

Después de los primeros veinte minutos, me vi obligada a sentarme. Comenzó con el motivo por el que él y Dimitri no se llevaban bien: su padre. Bart los obligó a separarse cuando ambos eran pequeños. Jacob era un año menor que Dimitri, por lo que procuró mantenerlos alejados al uno del otro, alegando que era mejor no mantener relación al proceder de diferentes estados y familias. Después, empezó a prometerle a ambos que heredarían la empresa, convenciéndolos de que, gracias a la industria familiar, alcanzarían semejante fama que el dinero llovería del cielo. Si su relación era distante desde pequeños, la brecha se incrementó por la competitividad.

Como era de esperar, Dimitri se adelantó a Jacob al estudiar Economía avanzada y contratando a sus propios inversores para apreciar cómo trabajaban. Y, por si no fuera suficiente, Dimitri impidió que Jacob accediera a una beca universitaria del mismo grado, eliminando a la competencia. Al final, fue Dimitri el elegido. A partir de ese entonces, su relación estaba tan corrompida por los celos y por intentar agradar a Bart que los dos se detestaban. Pusieron un punto final a su escaso contacto.

Tras enterarme de que Dimitri asesinó a una persona en el club de lucha, comprendí por qué Catherine había estado tan preocupada por él. Las recaídas siempre eran las peores, así que mi amiga temía que su novio pudiera volver a luchar y perderse en ello. La función de Jacob fue informar a Bart de los movimientos de Catherine y de Dimitri.

Me aseguró —una y otra vez— que él no se esperaba enamorarse de mí. Solo estaba en Manhattan de paso cuando me conoció. Ese

día, en el supermercado, le dio la osadía necesaria para pedirme el teléfono e invitarme a un café al día siguiente.

—Besé a Catherine porque esperaba que me confesara algo como: «Estoy enamorada de Dimitri, por favor, no lo intentes». —Entrelazó las manos en su regazo—. Eso confirmaría que ambos habían tenido encuentros secretos, y yo tendría que informárselo a mi padre. Te juro que no sé el motivo por el que Bart está tan obsesionado con Dimitri y Svetlana. Creo que él oculta algo y me gustaría ayudar a mi hermano a descubrirlo... aunque dudo que Dimitri desee hablar conmigo después de que besara a su novia.

Permanecí en silencio, asimilando la información.

—Alexia, cuando dije que te quería, no lo decía por cumplir mi papel. —Acortó la distancia en el sillón y, dubitativo, aferró mi mano derecha—. Mi padre desconoce que estamos juntos y no tengo ninguna intención de contárselo. De confesárselo, vaya uno a saber qué querría hacer conmigo... con nosotros. Bart es de esas personas que están acostumbradas a tener a su familia controlada, nos enseñó que todo hogar se rige por la voluntad de un varón. De la suya. Así que, por favor, te pido que me perdones. Si no quieres estar conmigo, lo entenderé. Te he mentado; del modo menos esperado, te medio-engañé con tu amiga. De nuevo, lo siento.

—Jacob, yo no...

Me callé de nuevo, para preguntarme interiormente qué es lo que realmente quería. Sí. Él mintió. Pero, tras escuchar su explicación, y tras conocer lo que su padre había hecho con mi amiga y con Dimitri, supe que él no mentía. Aparté la mirada y la centré en las fotos situadas sobre la chimenea. La voz de la razón no lograba ganar la batalla contra aquella que me suplicaba lo contrario, no podía hacer lo que todos esperan.

«Maldita sea», pensé. «No quiero dejarlo, no puedo hacerlo».

—¿Sigues trabajando para tu padre? —formulé.

—No, ni hablar. Ya dejé atrás ese dichoso juego tras lo ocurrido en la celebración del compromiso —bufó—. Ahora estoy más dispuesto que nunca en averiguar lo mismo que mi hermano se empeña en encontrar. Como te he dicho, me gustaría ayudarlo con mis conocimientos, pero sé que no contestará ninguna de mis llamadas.

—Yo podría ayudarte. —Ladeé el rostro hacia él.

—Ellos no querrán hablar conmigo. —Se recostó en el sofá.

—Si se los pido yo, por supuesto que aceptarán. Al fin de cuentas, somos conscientes de que el culpable es vuestro padre. —Me aproximé a él y, sin pensármelo, me subí a su regazo—. Escúchame: Dimitri y Catherine están jodidos por un secreto, así que tú también lo estás. Y eso me involucra a mí, puesto que soy tu pareja. Tenemos que ayudarnos mutuamente, ¿entendido? Los cuatro somos adultos y es hora de dejar atrás las diferencias provocadas por un individuo al que le encanta mantenernos enfrentados.

Jacob colocó sus manos en mis caderas, atrayéndome más hacia él.

—¿No quieres... romper? —Dudó en pronunciar la última palabra.

—Por supuesto que no, idiota. Te quiero, a pesar de todo. Me da igual lo que has hecho, porque te arrepientes y me has pedido disculpas, que es lo importante. Estoy dispuesta a olvidarme del pasado si los dos colaboramos en conseguir un mejor futuro.

—¿Qué hacemos entonces? —Acomodó los brazos en torno a mis caderas—. Podría regresar a Manhattan contigo e idear algún plan. Esto puede funcionar.

—Lo sé. Podrías quedarte en mi casa... Mis padres se van fuera.

Esbozó una de esas sonrisas que tanto me gustaban y plasmó sus labios en los míos. Cerré los ojos mientras me dejaba llevar por el cúmulo de sentimientos que se arremolinaban en mi interior. Anudé mis brazos en su cuello, apretujándome más a él.

—Te quiero, Alexia Carter, y vamos a salir de esta. Juntos — prometió.

Asentí y, en cuestión de unos minutos, nuestras prendas quedaron esparcidas por la estancia.

¹ Nombre que reciben las plantas que viven en zonas esteparias o eriales.

SEMANA 28



Catherine

—¿Que ha hecho qué? —Alexia no ocultó su asombro.

Nos encontrábamos en mi dormitorio, con la puerta cerrada y la música puesta en el fondo. Servía como una tapadera para que nuestras voces no atravesaran las paredes, y llegaran hasta los oídos de los otros individuos de mi casa. Alexia había regresado de Texas la noche anterior, y lo primero que le pedí al despertar fue que me visitara de inmediato. Desgraciadamente, los motivos diferían demasiado de los que ella imaginaba. Anduve de un lado a otro, procurando no chocar con el mobiliario situado a mi derecha, y mordisqueé mi labio inferior para contener mi tembleque.

Dimitri y yo habíamos discutido. Al principio fue algo sin importancia, un comentario relacionado con el mensaje que recibió la misma noche que cenó con mi familia. Él argumentó que era un simple aviso procedente de la industria, lo cual creí porque sabía que su padre lo molestaba en los momentos menos oportunos. Pero nuestra disputa se agravó por la actitud distante que comenzó a mostrar pasada una semana. Habían transcurrido dos días y medio desde la última vez que conversamos, la inquietud que sentía no

hacía más que incrementar, y desconocía qué más hacer para... para que Dimitri se abriera a mí.

Alexia me persiguió con la mirada, manteniendo cada uno de sus comentarios en silencio. Le había informado de lo bien que lo pasamos durante la cena sobre y cómo, a raíz de ese misterioso mensaje, su actitud se transformó en otra. Mis pulsaciones incrementaron por las exageradas ideas que cruzaban por mi mente.

Decidí detener mi nerviosa caminata enfrente de Alexia, quien estaba sobre mi cama.

—Esto no es propio de Dimitri. No después de lo que hemos vivido —susurré.

—Parece que el destino no quiere que estéis juntos.

—¡Eso no me sirve de ayuda, Alexia! —recriminé, atónita por su confesión.

—Lo siento, intentaba calmar tus nervios. Estás demasiado alterada, y sabes bien que tu ansiedad tiende a aparecer en estos momentos. —Palmeó el hueco libre a su izquierda, uno que contemplé como si la sábana fuera a cobrar vida—. La única manera para acceder a ese mensaje es tomando su teléfono cuando esté distraído y...

—No violaré su privacidad —interrumpí—, él respeta la mía.

Pasé las manos por mi cara y me acomodé donde ella había indicado, afligida. Desconocía qué más hacer para que Dimitri me hablara de ese repentino problema. Apenas dormía como era debido, pensaba que su maldito lado sobreprotector era aquel que se ocupaba de mantenerme el secreto. No era la primera vez que ocultaba sus problemas para que yo no me preocupara en exceso ni

me agobiara buscando una solución. ¡Y en realidad estaba generando el efecto opuesto!

Tenía la corazonada de que eso no era un problema nuevo, aislado de los que habíamos experimentado en los últimos meses. Mi suposición cobraba fuerza cuando pensaba en lo sencillo que había resultado ocupar el puesto de la empresa, al que Bart renunció después de lo acontecido en la fiesta. Eso no era todo: Svetlana se retiró de un compromiso por el que había peleado con garras y dientes. Sin conceder una entrevista que aclarase su situación, sin exigir dinero, nada.

Me sentía molesta porque yo quería ser tan partícipe como él en los problemas. La relación se componía de dos personas, no de su obstinación y sobreprotección hacia mí. Sonaba estúpido pero lógico al mismo tiempo, porque de estar yo en su lugar, tal vez habría actuado del mismo modo para impedir que él resultara herido.

Empecé con un rápido golpeteo de mi talón en el suelo, presa de mis nervios. Estábamos en agosto, lo cual significaba que apenas restaban un par de meses para el nacimiento. La doctora estimaba que se produciría en el mes de noviembre, y no teníamos nada preparado.

Ni siquiera éramos una familia como tal.

—No me corresponde a mí decir esto, porque cierto individuo planeaba hablarlo contigo y Dimitri cuanto se presentara la oportunidad. Pero, después de lo que has dicho, y lejos de parecer unos metomentodos, creo haber encontrado a la persona indicada para ayudarte. —Alexia me miró directamente a los ojos. No se trataba de una broma suya.

—Oye, no me parece una buena idea involucrar a Jacob en todo esto —adiviné.

—Opino lo contrario. Hemos hablado largo y tendido durante el fin de semana. Parecerá de locos, lo sé, pero le perdoné por lo que me hizo. Por lo que nos hizo —rectificó—. Gracias a Jacob he descubierto que Satanás, porque me gusta llamar así a su padre, está utilizando las cuentas de la empresa de Dimitri para mandar exorbitantes sumas de dinero a una persona desconocida. Y, ¿sabes qué más? La primera transacción coincide con la noche en la que Dimitri rompió el compromiso con Svetlana. —Sonaba tan segura de sus palabras que no me atreví a ponerlas en tela de juicio—. Queremos ayudarte.

—La relación entre Jacob y Dimitri está destrozada —susurré.

—Eso déjaselo a ellos. En este instante, lo que más importa es averiguar qué diantres existe entre Bartholomew Ivanov y una chica de Queens. Puede que Dimitri no te haya dicho nada por temor a estropear sus planes. —Hurgó en el bolsillo trasero del pantalón y marcó un número de teléfono en la pantalla—. Pondré el altavoz para que nos escuches.

Presionó en el botón de llamada y el de altavoz. Los primeros tonos indicaron que el teléfono de Jacob estaba activo, hundí los dedos en mi propio cabello mientras esperaba con impaciencia a que nos respondiera. Recurrir al menor de los Ivanov no entraba en mis opciones principales, consciente de lo mucho que molestaría a Dimitri. Pero él había indagado a escondidas de su padre hasta encontrar el primer indicio de que ese apresurado compromiso se produjo por un motivo oculto.

Lo cierto era que yo echaba mucho de menos a Jacob, al chico que me acompañaba durante las tardes de estudio y que me explicaba cálculos matemáticos utilizando ositos de gominola. O al mismo que, durante una tarde en Central Park, casi me obligó a meterme en el

estanque de los patos para sacar del agua un pañuelo que había volado de su mano. Extrañaba a mi amigo. Y sí, durante unos prolongados meses había sido una de mis amistades más cercanas.

De repente, los tonos dejaron de escucharse y se reemplazaron por la voz de Jacob.

—¿Ha ocurrido algo? —sonó desconcertado—. Hemos hablado hace una hora.

—No conmigo, sino con Catherine. Le he hablado de tu descubrimiento en la cuenta bancaria y ella ha accedido a hablar contigo para que le informes de lo demás. —Centró cada ápice de atención en su pintaúñas para evadir mi mirada—. Dimitri no está informado..., pero si todo marcha bien, es posible que logremos alcanzarlo... si es lo que quieres.

—Por supuesto. Te prometí que dejaría atrás las diferencias con mi hermano.

—Bien. Estoy en casa de Catherine, no tardes mucho en venir, ¿de acuerdo?

Se despidieron con un tímido «te quiero», y Alexia ocultó el móvil entre sus manos, restando la tensión de sus hombros. Esa breve conversación me había recordado a Dimitri, a cuánto necesitaba que me hablara sobre este nuevo inconveniente.

Mi amiga me alborotó el pelo levemente, en un intento de lograr que mi expresión fuera menos adusta, y le sonreí a malas penas. Dimitri creía que era el único que podría salvar nuestra relación de algo que yo todavía desconocía. Pero se olvidaba de que también podía hacerlo yo.

S

Mi habitación se había convertido en un extraño cuartel de reuniones inesperadas. Y hago hincapié en lo inesperado, porque teníamos un cuarto miembro presente en nuestro pequeño encuentro. Jacob había llegado acompañado de un hombre uniformado, de aspecto pulcro y expresión sombría. Aunque dicha persona no entró a mi dormitorio ni se acomodó en el sillón del salón, permaneció en el interior de un coche aparcado enfrente de mi hogar. Jacob nos explicó que había contratado a un abogado del mejor bufete de Nueva York, en caso de que sus actividades en las cuentas de la industria quedaran expuestas a ojos indeseados. Solo nos lo presentó por si alguna vez necesitaba hacernos preguntas, a lo cual accedimos con mucho recelo. Jamás había estado envuelta en asuntos legales, y esperaba no involucrarme más de lo necesario.

Jacob se acomodó en la silla de escritorio, esforzándose por ocultar su incomodidad. A los dos nos resultaba un poquito extraño estar en la misma habitación tras nuestra última conversación. Él se las apañó para mostrarme una sonrisa conciliadora, se quitó la chaqueta negra (nunca comprendería cómo soportaba el calor con tantas prendas) y, sin más distracciones, procedió a contarme con pelos y señales lo que Alexia me había desvelado en una simple frase. Comenzó explicándome que, desde hacía un tiempo, su padre mostraba actitudes sospechosas. Duplicaba su seguridad personal, utilizaba códigos a los que solo él tenía acceso para ciertas cuentas y se reunía con la mismísima Svetlana una vez al mes. Jacob no le dio mucha importancia: puede que ella estuviera exigiéndole dinero por el compromiso o por la boda que nunca tendría.

Sin embargo, lo que llamó su atención fue una brecha de seguridad en el sistema del ordenador central de la industria. Gracias a ella, Jacob pudo acceder a una de las dieciséis tarjetas falsas que su padre empleaba para el envío de dinero. Si a ello le sumáramos que Dimitri se comprometió con Svetlana exclusivamente porque Bartholomew lo quiso, y que la brecha de seguridad se produjo la misma noche en la que Dimitri recibió el misterioso mensaje, podríamos estar en el centro de un secreto que comenzaba a resurgir.

Después de eso, Jacob procedió a detallarme qué había planeado y, aunque intenté captarlo todo a la primera, me resultó imposible no repetirlo después un breve resumen, cerciorándome de que no cometería errores cuando le explicara a Dimitri esto, en persona.

—Entonces, haremos lo siguiente: si Dimitri accede, le propondrás a Bart que deje el mandato de la empresa en tus manos. Puesto que desconoce tu relación con Alexia, nos aprovecharemos para manipular al manipulador. En realidad, colaborarás con Dimitri y emplearás tus conocimientos informáticos para acceder al sistema de seguridad —repetí.

—Vas por buen camino, así es.

—Esperamos encontrar algún tipo de, ¿chantaje?, que Svetlana esté causando, el cual no solo afecta a Bart, sino también a Dimitri. Os recuerdo que ella amenazó con publicar unas misteriosas pruebas que poseía en contra de Dimitri —continué—. Mientras tanto, y para que tu padre no sospeche de tus intenciones, Dimitri y yo pretenderemos que hemos terminado nuestra relación cuando, de hecho, abandonaremos Manhattan.

—Lo tenemos claro. —Jacob dio una rápida palmada—. Solo nos queda lo peor.

Supe que se refería a informar a Dimitri del plan.

—Me encargaré de llamar a mi hermano y de comunicarle nuestro plan. No resultará sencillo, pero intentaré que me informe de lo que lo mantiene alejado de ti. —Me dedicó una fugaz mirada—. Además, no quiero que te involucres más de lo que ya estás, Catherine. Sonaré como si mi mentalidad procediera del siglo dieciséis, y lo lamento. Pero, y aunque me insistas en lo contrario, estamos lidiando con personas sin escrúpulos.

—No necesito que me digas qué hacer, Jacob.

—Tan solo quiero que comprendas en dónde estamos metidos. Presiento que estamos pagando por los errores del egoísta de mi padre, de una persona que arrasaría a su propia familia con tal de salvarse a sí mismo. Él y Svetlana harían una buena pareja.

—Me provocarás arcadas y pesadillas —mascullé, interponiéndome entre él y la salida de mi habitación—. Dimitri es mi novio, por tanto, si alguien ha de hablar con él sobre sus problemas, esa persona seré yo. Entiendo muy bien que vuestra familia alberga muchos secretos oscuros, tantos que nadie se haría a la idea de su magnitud. Mary murió porque su propio marido le negó un tratamiento digno para el cáncer. Dimitri asesinó accidentalmente a un hombre porque su padre extrajo lo peor de él. —Cerré las manos a ambos lados de mi cuerpo—. Lo siento, Jacob. Pero no me alejarás de esto.

No esperé a que me diera su consentimiento, porque no lo necesitaba para nada.

Los escolté hacia el exterior de mi casa y les aseguré por enésima vez que sabría cuidarme. Lo primero que hice al entrar fue acudir a la habitación de Patrick, quien me sorprendió sentado de brazos cruzados en la pared que daba a mi dormitorio. Con música o sin

ella, había escuchado gran parte de mi conversación con Alexia y con Jacob. No me exigió explicaciones: directamente tomó las llaves de su coche y me informó de que me llevaría a casa de Dimitri. Me habría negado, pero lo prefería antes que llamar a un taxi.

Durante el trayecto, los dos lo pasamos en silencio. Yo estaba absorta en el brusco giro que habían tomado los acontecimientos, él pensaba en lo que había escuchado. Una parte de mí necesitaba ver a Dimitri para besarlo, abrazarlo, achucharlo y repetirle que daba igual lo que se interpusiera en nuestro camino, que lo superaríamos. Y, al mismo tiempo, me apetecía propinarle un puñetazo por mantenerme a la sombra, por los secretos.

—Me quedaré aquí, esperándote —comunicó Patrick en cuanto estacionó. Me dispuse a abandonar el vehículo, pero sus ágiles dedos me aferraron de la muñeca—. Sonará inoportuno, sin embargo, quiero que entiendas que desconocía los problemas que tu suegro le está provocando a Dimitri. Eso explicaría muchos de sus comportamientos.

—Gracias, Patrick. Intentaré no demorarme mucho, pero no prometo nada.

Crucé la solitaria calle de cipreses hasta situarme en el camino de piedra que llevaba a su casa. Apenas me restaban unos pocos metros para alcanzar la puerta cuando atisbé un vehículo que acababa de apagar el motor. Mi primera reacción fue la de detenerme y utilizar el semimuro de ladrillo para esconderme, creyendo que era Bart. Pero deseé que hubiera sido su padre en lugar de la persona que salió por la puerta. Svetlana llevaba un vestido de color azul oscuro que se ceñía a sus impresionantes curvas y contoneaba las caderas mientras caminaba hacia la entrada. No se molestó en cerrar la puerta del coche, esperó a que

un hombre lo hiciera por ella. Llevaba el cabello castaño recogido en una coleta alta y lisa que le rozaba el cuello desnudo al caminar, y apenas su calzado de ocho centímetros ascendía las escalinatas de piedra, Dimitri salió para recibirla. Identifiqué en la mano de mi novio una copa de vino, y en su rostro se dibujó esa sonrisa que utilizaba para sus antiguas conquistas. Para mí. Su visita no lo pillaba desprevenido porque él la había invitado. Dimitri había llamado a Svetlana.

Contuve la respiración al comprobar que, sí. Dimitri se apartó lo suficiente para que ella se deslizara al interior, no sin posar una mano en su inmaculada camisa blanca. No podía ser cierto, me negaba a creerlo. Lo estaba imaginando, porque él nunca me engañaría.

«Pero sí engañó a Svetlana contigo», pronunció esa inoportuna vocecilla de la razón, causando que el temblor en mis rodillas se agravara. A pesar de que la rabia me gritara que los interrumpiera en el acto para exigir explicaciones, abandoné el semimuro y me apresuré a regresar al vehículo. Aunque estuviera caminando y sintiera mis pies aplastándose en el interior del zapato con cada pisada, en realidad mi mente se trasladaba a un lugar cada vez más distante. El mensaje de texto, nuestras discusiones. ¿Dimitri estaba cansándose de mí y prefería regresar a su otro juguete favorito?

Patrick se vio forzado a abrirme la puerta desde dentro, pues mis dedos no atinaban la manilla.

—¿Cómo es que has vuelto con tanta rapidez? —Quiso saber mientras me sentaba.

—Volvamos a casa —supliqué, hundiendo el rostro entre mis manos—. Por favor.

—No arrancaré el coche hasta que me expliques qué te ha pasado.

Me mantuve en silencio, consciente de que, si abría la boca para hablar, el llanto reemplazaría mis palabras y asustaría tanto a mi hermano que no arrancaría nunca. Él intentó no apartar demasiado la vista de la carretera, pero sentí que sus ojos se desplazaban a mí cada pocos segundos, preguntándose qué había provocado mi cambio de actitud.

—Catherine —llamó con insistencia, sacudiéndome por un hombro.

Tardé un poco en reaccionar, lo suficiente para exterminar la paciencia de Patrick.

—Si te ha puesto una mano encima, te juro que vuelvo a su casa ahora mismo.

—Ni siquiera he podido hablar con él —contesté con un hilo de voz. Miré por mi ventana, reconociendo los edificios presentes en mi calle—, creo que me está engañando.

—Dicho verbo tiene dos significados muy importantes y dispares. —Torció el volante, y el morro del coche se introdujo en el único aparcamiento libre presente en el exterior. Quitó las llaves del contacto después de poner el freno de manos y me miró—. Te agradecería enormemente que me hablastes con sinceridad. ¿Qué tipo de engaño dices?

—Svetlana estaba allí.

—No puedes deducir que te está poniendo los cuernos por una simple visita.

—La esperaba con una copa en la mano, esbozando la misma sonrisa que me dedica a mí. Y si tan atento has estado a una conversación que no te concernía, tendrías que saber lo mucho que Dimitri ha luchado para librarse de ese compromiso. No tiene sentido.

Una gota de agua cayó en la luna del coche, seguida de otras miles.

—Tenía un plan. Yo siempre he acudido a él cuando lo he necesitado, no he guardado secretos en su contra —continué, soltando lo que sentía con la persona equívoca—. Jacob y Alexia se han jugado muchísimo al indagar por nosotros para ayudarnos en... en algo, en lo que sea que su familia está tramando. Si Svetlana estaba allí, tan acicalada, solo puede significar una cosa. —La primera lágrima escapó de mi control—. Duele.

—Lo siento muchísimo, Catherine. No sé qué otra cosa decir.

La tormenta se desató y provocó que los transeúntes echaran a correr hacia las tiendas más próximas o a sus coches. Patrick buscó mi mano izquierda y la tomó entre las suyas, acariciándome el dorso. No pude apartar la mirada de la ventana. No me sentía capaz de mirarlo a los ojos sin derrumbarme.

—Podrías hablar con él, esclarecer la situación antes de tomar una decisión —sugirió.

—He intentado comunicarme con Dimitri a lo largo de esta semana. He ido a su casa, lo he llamado por teléfono. Por el amor de Dios, ¿qué más quieres que haga? Lo quiero y este sentimiento me está matando, porque parece que soy la única que lucha por la relación. —Retiré mi mano de la suya y me crucé de brazos—. No me arrastraré más.

—Catherine...

—No. Me niego a escuchar lo que sea que quieres decirme. Yo he demostrado que lo necesito en mi vida, que quiero que esté en ella. Es momento de que Dimitri se esfuerce y sea él quien tenga la voluntad de venir a mí, no por obligación o pena, sino porque desea

hacerlo. Amarlo no significa que deba machacarme por él — sentencié.

Ignorando el diluvio que acababa de desatarse, me quité el cinturón y me bajé. Patrick soltó un insulto hacia mí porque no me detenía y, antes de que alcanzara mi edificio, escuché sus pasos detrás de mí. Él introdujo las llaves en la cerradura y empujó la puerta para que yo pasara en primera instancia. No me había empapado demasiado, apenas tenía el cabello húmedo y los hombros. Patrick me bloqueó el paso al ascensor, impidiendo también que tomara las escaleras, ubicadas al lado opuesto de dicho ascensor.

—Sigo pensando que te estás precipitando —insistió, para mi sorpresa.

—¿Qué golpe te has dado en la cabeza? Nunca has defendido a Dimitri.

—Recuerda cómo se enfrentó a papá durante la cena. Se tiró al foso de los leones por ti. Dudo muchísimo que Dimitri te esté engañando con Svetlana. —Se apartó de las puertas cuanto estas abrieron, y aproveché para colarme en su interior. No quería hablar en el rellano, donde los vecinos nos escucharían discutir—. Date un tiempo para pensar.

—Ya he tenido la última semana de espera —repliqué, mucho más dolorida que antes.

—Entonces, si te niegas a conversar con él, ¿te esconderás en tu habitación hasta que se produzca el nacimiento, donde tendrás que verlo por obligación? —insinuó.

Hurgó en sus bolsillos para extraer las llaves de casa, pero no me las tendió.

—Pensabas irte conmigo a California —adivinó mis pensamientos, estupefacto. Cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro,

asintiendo. Fue él quien me dijo de viajar en el hipotético caso de que mi vida en Manhattan estuviera desmoronándose—. Catherine, no puedes huir de los problemas en cuanto estos se pongan un poquito más difíciles.

—No estás en mi piel para ver el mundo a través de mis ojos.

—Sí, en eso te doy la razón. —Patrick rascó su frente—. Vale, hagamos lo siguiente: mi vuelo se producirá el lunes de la semana siguiente, a las once de la mañana. Si para ese entonces Dimitri no ha contactado contigo, no te ha dado explicaciones de lo que viste ni nada por ese estilo, volarás conmigo a California. Tan solo te pido una semana antes de que tomes una decisión que cambiará tu vida —especificó.

—Gracias —musité, conteniendo el aliento de nuevo para no romper en llanto.

Patrick se las apañó para evadir las interrogaciones de mis padres, y me llevó tomada del codo hacia su habitación, con la excusa de que iba a ayudarlo con los preparativos para su próximo traslado. Lo que ocurrió distaba mucho de la mentira: mis ánimos decaídos se entremezclaron con la decepción y con mis ganas de llorar. Mi hermano estuvo conmigo mientras me desahogaba, tendiéndome los pañuelos cuando los necesitaba o distrayéndome cuando el llanto se detenía; impidiendo que comenzara de nuevo. Decidí tumbarme en su cama y taparme con su manta de pelo, apagando mi teléfono.

No hablaría con nadie hasta que estuviera en California, si es que para ese entonces no había arrojado el teléfono y mi antigua vida por la ventanilla del avión.

SEMANA 29



Dimitri

Tamborileé los dedos sobre el escritorio de mi despacho, sin desplazar la vista del teléfono móvil, en cuya pantalla advertía mi reflejo. Jacob me había llamado media hora antes para comunicarme que se encontraba con nuestro padre, preparado para ejecutar la última firma que efectuaría el traspaso de la empresa a sus manos. La silla de escritorio de cuero negro dejaría de ser de mi propiedad en cuanto recibiera su confirmación de que Bartholomew había caído en nuestro engaño.

Su plan despertó mi inseguridad al escucharlo, pero, tan pronto como descubrí que Catherine había sido partícipe, mi desconfianza desapareció y accedí a apartar mis diferencias con Jacob para trabajar. Eso no eliminó la preocupación que sentía hacia Catherine, por supuesto. Jacob y Alexia me repitieron hasta la saciedad que ella acudió a mi casa para comunicarme lo que habían ideado. Sin embargo, ella nunca llegó a visitarme ese dichoso día. Tal vez continuaba molesta conmigo, y no la culpaba, porque en las últimas dos semanas había estado tan distanciado de nuestra relación y de ella que hasta yo me había enfadado. Por mucho que la llamara o llenara su teléfono de mensajes, Catherine lo mantenía apagado e

ignoraba por completo mis intentos de informarle sobre los últimos acontecimientos.

La propia Alexia se había presentado en su casa con la intención de descubrir si ella estaría dispuesta a reunirse conmigo. No conseguí verla tampoco, porque Patrick repitió hasta la saciedad que su hermana menor se negaba a recibir visitas. En cuanto estuviera libre de compromisos —es decir, después de que Jacob me diera buenas noticias—, abandonaría esa mierda de empresa familiar e iría a buscarla, ya sin más ataduras.

Dos días antes me había reunido con mi hermano en el salón de mi casa, dispuesto a solventar nuestros problemas antes de pasar a la acción. Gracias a su abogado, perfeccionamos el borrador en el que yo renunciaba formalmente a un puesto que ya no deseaba y nombraba como mi sucesor legal a mi hermano pequeño. Por supuesto, era necesario el consentimiento expreso de nuestro padre para que se llevase a cabo. Bart no era tonto, incluso en una cláusula de mi contrato especificaba que él continuaría poseyendo el 49 % de acciones, diferenciándose de mí por un simple 1 %. Jacob me explicó los motivos por los que necesitaba los permisos que yo poseía, creyendo que no me convencería con sus promesas de ayudarme. Como muestra de confianza hacia él, le confesé los motivos por los que intentaba mantener a Catherine distanciada de mí.

El mensaje que había recibido a mi número de teléfono no era un simple texto, sino que eran fotos mías... y de Catherine. Alguien nos estaba siguiendo y yo sabía que no tenía buenas intenciones.

Jacob examinó con detenimiento las nueve imágenes que le pasé, incapaz de ocultar su reacción de pánico. Había duplicado la seguridad que normalmente mantenía alejada de casa, la distribuí

de tal modo que protegieran más los alrededores de Catherine que los míos. Y, por si no fuera suficiente, había puesto patas arriba mi propio hogar, asegurándome de que no habían instalado cámaras mientras yo estaba fuera. Mi mente regresó al presente al notar la primera vibración de mi móvil, y acepté la llamada sin pensarlo.

—Lo he conseguido —anunció Jacob, sin contener la emoción en su tono de voz.

—¿Eres el presidente? ¿Has revisado los papeles que firmé? —pregunté de nuevo.

Nunca estaba de más cerciorarse de que todo iba como tú querías.

—Así es. Bart me ha nombrado presidente ejecutivo, con el 90 % de acciones. Ha dicho enfrente de los asesores y accionistas que confía en mis instintos más que en ti; él parecía contento de tenerme dentro de la empresa. Será arriesgado exponer a la prensa, sin motivo aparente, este repentino cambio, pero la masa de periodistas se calmará tras entretenerse con otro cotilleo que se produzca en la ciudad —parloteó, inquieto.

—Esto es magnífico. —Esbocé una amplia sonrisa y me recliné en el asiento—. Catherine se pondrá contenta al escuchar esto... siempre y cuando me permita acercarme a un radio de diez metros de su hogar. Ha contratado a Patrick como su protector.

—Compréndela: no has hablado con ella desde que descubriste que os están siguiendo. Explícale que has renunciado no solo para que yo acceda a las cuentas fantasmas y a la montaña de secretos que Bart acumula, sino también para impedir que el acosador continúe acechándola. —Disminuyó el tono de voz. Yo correspondí enderezándome en la silla, con temor a que sus siguientes palabras no me gustasen—. Papá tiene algo preparado para ti, pero no ha querido decirme el qué. Solo espero que no sea algo demasiado

grave y que pueda ayudarte a salir. —Se aventuró—. Buena suerte, Dimitri. Tengo que colgar para atender a mis nuevos clientes —informó, adentrándose en una multitud.

—Adiós, Jacob. Gracias por cubrirme en esto.

Guardé mi móvil de inmediato y me acomodé la corbata, a la espera de mi padre. Fui yo quien preparó el documento ante notario, cierto, pero él desconocía ese dato. Habría sido demasiado sospechoso que aceptara mi propia renuncia sin rechistar, por tanto, mi hermano pretendió que ese documento había nacido de un complot de los accionistas y convenció a mi padre de que yo no tenía ni la menor idea de ello. Muchas empresas de familia se desvanecían por el tiempo, bien porque la producción decaía hasta la ruina o porque los accionistas superaban en número las inversiones de la propia familia. Jacob fue inteligente en suponer que mi padre aceptaría la opción número dos.

No sospechaba que yo recuperaría el control en cuanto tuviera la oportunidad.

«Nadie me quita lo que es mío».

Unos nudillos golpearon la puerta de mi despacho con violencia. Adopté la pose de cada día: adusta y concentrada en mi trabajo. Encendí la pantalla del ordenador, abrí el último documento en el que había estado investigando y pretendí que tecleaba, ignorando parcialmente el semblante cargado de júbilo de mi padre.

—Tenemos que hablar urgentemente —informó.

—Por supuesto —respondí con indiferencia.

Tomó asiento frente a mí, y entrelacé las manos sobre el escritorio.

—Ayer por la tarde recibí una petición de los asesores en la que se exigía tu inmediato abandono de esta empresa. Debido a la numerosa participación, y a mi intervención, hemos tomado la mejor

decisión para nuestra industria familiar. —La sonrisa que retorció sus labios hizo que contuviera la mía. No podía mostrarme satisfecho, tampoco alegre, sino anonadado por lo que estaba oyendo—. Jacob te sustituirá. Siempre tuve la corazonada de que sería mejor para esta empresa, sin tus estúpidos escándalos. No es necesario que lo llames para convencerlo de lo contrario: Jacob ha accedido al acuerdo.

Me obligué a apretar las manos hasta el punto donde mis nudillos se tornaron blancos, transmitiendo a través de ese simple gesto lo que no haría con simples palabras.

—Tomaré acciones legales en vuestra contra —amenacé, sin sentirlo en realidad.

—Lo siento, Dimitri. Pero dentro del protocolo se incluye la cláusula que aceptaste y que ahora se ha vuelto en tu contra. Seguiré en esta empresa para ayudar a tu hermano, todavía es joven y no conoce los negocios tan bien como nosotros. Al menos, sé que él es de confiar, pues no intentará matar a nadie cuando tenga un arrebatado ni andará acostándose con cualquier niña que encuentre. —Se encogió de hombros—. Después de acordar el legado de Jacob, me gustaría discutir el tuyo. He tenido un sueño que me ha inspirado. —Se recostó en su asiento y me miró con ese toque de maldad propio de él.

—Esto será digno de inmortalizar. —Apreté el puente de mi nariz.

—Jacob ha heredado la empresa familiar, así que te dejaré el resto de mis posesiones: mis propiedades en la costa y en el interior de Estados Unidos, mi colección privada de vehículos y la cuantiosa cantidad de dinero que descansa en mi banco. No te preocupes porque no me estoy muriendo. No cantes victoria tan pronto. —Se

echó unas risas que no acompañé—. No te privaré los derechos que te pertenecen por descendencia.

Lo escruté con detenimiento, incapaz de esconder mi asombro. Bartholomew estaba regalándome, sin exigencias, unas propiedades que prometió destruir antes de su muerte y, aunque no pareciera real, mi padre se excusó prometiéndonos que solo quienes trabajaran durante varias décadas disfrutarían de las recompensas que vendrían después. Él no estaba bromeando. La manera en la que devolvía mi mirada inquisidora afirmó mis sospechas de que mi padre estaba dispuesto a dejarme en paz de una vez. Me habría encantado responderle, pero su tono de voz tan severo me hizo callar.

—Sé feliz con aquella joven, Dimitri. Mary querría verte así y, aunque sé que no me he comportado como el mejor padre en estos últimos meses, espero hacerlo a partir de ahora. No pretendo ofenderte, pero este despacho ya no te pertenece. —Se levantó, exhalando un latoso suspiro, y añadió—: Tienes hasta las dos para recoger tus pertenencias.

Lo observé con los ojos como platos: ¿eso era todo? ¿No pondría más pegatas? ¿Ningún contrato que firmar para mantenerme controlado por más tiempo? ¿No me obligaría a marcharme del país, por poner un ejemplo de lo que estaba dispuesto a hacer? No me percaté de que tenía las uñas clavadas en la palma de mi mano hasta que la abrí. El tono blanquecido en mis nudillos desapareció paulatinamente y aclaré mi garganta, sin apartar la atención del rumbo que su cuerpo tomaba hacia la puerta, hasta desaparecer. Mi padre no echó un último vistazo ni me deleitó con uno de sus inesperados elogios. Simplemente salió de la estancia cerrando la puerta a su paso.

Utilicé el impulso de mis talones para dar un giro en la silla y encarar la ventana. No terminaba de creer lo que había ocurrido y, para convencerme de ello, informé a Jacob del éxito de nuestro plan.

Lo habíamos conseguido. No solo Jacob, mi querida Catherine también había triunfado con creces. Una sonrisa boba curvó mi boca al imaginar cómo reaccionaría ella al saber que yo no tenía más responsabilidad con la empresa; que Jacob descubriría quién nos estaba siguiendo y qué relación mantenía mi padre con Svetlana, poniéndole fin a nuestros problemas.

Hablando de esta última...

Hacía una semana —más o menos— la había invitado a casa con el pretexto de solucionar todas nuestras diferencias. Cuando me vio aparecer en la puerta con aquella copa de vino, las pupilas de Svetlana se dilataron al suponer que no la había engañado. Maldición, ¡tuve que haber preparado una cámara oculta para inmortalizar su reacción! Al mismo tiempo en el que ella me preguntaba por otra copa, el abogado de Jacob y mi asesor se manifestaron desde el salón para mostrarle una orden de alejamiento. Dudaba de quién de todos los sospechosos era el responsable de las fotografías, por tanto, comencé con una persona que encabezaba mi lista. No podría acercarse a mí o a Catherine, de lo contrario, se enfrentaría a una multa metálica y también física, en prisión.

Me puse en pie para tomar mi chaqueta, dispuesto a hablar con mi novia de todo lo sucedido.

—Dimitri, tienes que ayudarme. —Una inesperada voz femenina me sobresaltó.

La puerta de mi despacho volvía a estar abierta, con Alexia al frente. Tenía las mejillas azoradas y una mano apoyada en el marco. ¿Cómo me había encontrado?

Mejor dicho: ¿qué demonios estaba haciendo aquí?

—¿Ocurre algo? —pregunté al instante, estudiándola de pies a cabeza.

—Es Catherine, ¿qué diantres has hecho? —Alzó la voz mientras me señalaba.

—¿Cómo que qué he hecho? He estado toda la semana con Jacob, abogados y asesores. No he encontrado tiempo para verla, no he podido ni hablar con ella por teléfono. —Mis manos comenzaron a temblar ante la expectativa de que le hubiera sucedido algo—. ¿Se trata del bebé? Dime que no le ha pasado nada, a ninguno de los dos.

—No lo sabes —musitó, con la expresión horrorizada.

¿No sabía el qué?

—Alexia, dime que se encuentran bien, joder. —Instintivamente, me aproximé a ella.

—Catherine se marcha de Manhattan. Te vio con Svetlana —anunció.

—¿Qué?

—Creyó que la estabas engañando con ella, y ha esperado a lo largo de esta semana a que le dieras una respuesta. Ante tu silencio... Oh. Jacob no me ha informado de si habéis tenido éxito o no... Desconocía que eso formaba parte de vuestro plan. ¡Dios mío! Catherine... —Se cubrió la boca—. Su madre me ha dicho que está en el aeropuerto JFK, junto con Patrick. Su vuelo partirá en una hora o treinta minutos, no lo tengo claro.

No le respondí.

La esquivé tan veloz como un rayo y descendí por las escaleras, sabiendo que el ascensor tardaría más que mis piernas. Salté algunos escalones y empujé a varias personas que habían encontrado las escaleras el lugar idóneo para mantener su conversación. Llegué a la primera planta y crucé las puertas de cristal hasta plasmar la mano en un taxi a punto de ser ocupado por otra persona. Subí al asiento del copiloto y extendí un billete de cien dólares al conductor, quien me miró con incredulidad.

—¿Adónde, señor? —preguntó.

—Al aeropuerto JFK, ¡ahora mismo!

Catherine

—La espalda me está matando —mascullé y me retorcí en el asiento.

Patrick correspondió como en las últimas nueve veces: ignorándome.

Se refugió con sus auriculares de los ruidos causados por la humanidad. Las maletas eran transportadas en cintas, las personas se despedían entre lágrimas, los niños que se agarraban a los pies de sus padres mientras gritaban de aburrimiento. De entre los medios de transporte existentes, solo los aeropuertos presenciaban día tras día la felicidad y la tristeza a partes iguales. Muchas personas se marchaban para no regresar en una... amplia temporada de tiempo, como yo. Algunas familias contemplaban con pena cómo sus hijos partían de sus hogares y emprendían sus nuevas vidas, lejos de ellos. Me costaba hacerme a la idea de que iba a marcharme, que los billetes de avión estuvieran en el bolsillo de mi chaqueta, preparados para distanciarme de esta vida y de Dimitri.

—Llevamos aquí casi cincuenta minutos. Me aburro. —Le propiné un codazo a mi hermano.

—Habla con alguien.

—Tengo el teléfono apagado. Si decido encenderlo, es probable que vuelva a apagarse por la cantidad de mensajes y llamadas perdidas. —Apoyé la cabeza en su hombro, las escasas horas de sueño de la anterior noche me estaban pasando factura y necesitaba llegar al asiento del avión para dormir—. Te recuerdo que soy una fugitiva adolescente.

—Y embarazada —agregó mi hermano, echándose a reír.

Sacudí levemente la cabeza e intenté distraerme con la música que emanaba de sus auriculares, sin éxito. Nunca podría agradecerle con actos o palabras lo mucho que eso significaba para mí. A pesar de nuestras tontas diferencias, Patrick me había tendido su mano cuando más la necesitaba, y me iba a acoger en su hogar de California, dispuesto a reformar una de las muchas habitaciones para el bebé y para mí. Las maletas habían pasado el control sin inconvenientes, tan solo esperábamos la llamada que anunciara la apertura del avión para abandonar los incómodos asientos y adentrarnos a nuestra terminal.

Le di vueltas al anillo de plata en mi dedo, exhalando un suspiro a la vez.

En cuestión de minutos, la voz robótica de una mujer anunció por megafonía que nuestro vuelo, el número 815, estaba a punto de despegar. Mi cuerpo correspondió alterándose, mi respiración se sosegó hasta el punto en el que me costaba tomar bocanadas de aire y mis pulsaciones se marcaban en mis muñecas y cuello. Patrick me tomó de la mano, al verme tan nerviosa, y pasamos hacia una sala en común con el resto de los pasajeros.

—Perdonen la interrupción. —Un hombre pronunció a través de los altavoces ubicados en las esquinas de la estancia. Dicha habitación era un paso intermedio entre el avión y el aeropuerto, de tamaño amplio, aunque limitada para quienes viajarían—. Tenemos un comunicado de extrema urgencia. Me encuentro con un... —No pudo acabar la frase.

Otra voz masculina reemplazó la suya.

—¿Catherine? Sé que me estás escuchando, tienes que hacerlo —suplicó Dimitri, más para sí mismo que para el resto—. He tenido que recurrir a esto porque el dichoso aeropuerto es tan grande que sería incapaz de encontrarte. Entenderé si en estos momentos no deseas verme, pero permíteme explicarme. Debo hacerlo y tú tienes que oírlo.

Los individuos a mi alrededor detuvieron sus conversaciones para observarse unos a otros, buscando a la célebre Catherine. A mí. Éramos unas doscientas personas, quizá menos, pero los susurros preguntándose si era una broma llegaron a mis oídos sin problema. Me aferré al antebrazo de mi hermano con brío para no desfallecer enfrente del público; mis rodillas temblaban tanto que me recordaban a dos pedazos de gelatina.

—Ella no estuvo en casa por la razón que tú crees, ni nos hemos distanciado por esos motivos que tienes en mente. Mi hermano me llamó mientras tú ibas de camino a casa. Me explicó el plan mucho antes de que pudieras hablar conmigo. Lo tenía todo ideado, solucioné otro inconveniente que surgió durante la noche que cenamos, del cual te hablaré en privado, si me lo permites, y le impuse una orden de alejamiento. Ya no puede hacer nada contra nosotros y mi padre tampoco: ya no soy el dueño de la industria.

No pude controlarme, por mucho que intentara contener mi conmoción.

—Sí, Catherine. Durante las primeras semanas de nuestra relación me sentía aterrorizado ante la expectativa de presentarte al mundo como mi novia. Usaba excusas, consciente de que involucrarte conmigo en ese aspecto te arrebataría la privacidad y que podría destrozar lo que habíamos formado. Ahora sé que eran mis inseguridades y mis miedos los que me hacían creer esas estupideces. —Hizo una pequeña pausa—. ¿Quieres saber por qué estoy tan nervioso? Por ti. Tú eres la razón por la que ya no tengo control sobre mí y sobre lo que siento. Enamorarme de ti me ha cambiado, Catherine Marie Miller.

Mis ojos se anegaron en lágrimas con unas simples palabras. ¡Palabras, no pruebas! Atisbé que algunas personas extraían sus cámaras para grabar lo que sucedía, me enfocaban sin reparo para inmortalizar el momento. Yo no recurrí a mi hermano, no lo utilicé como un escudo humano para protegerme de los vídeos. Patrick se mostraba igual o incluso más asombrado que yo. Había dado por sentado que mis suposiciones sí eran ciertas, reavivando en su interior la intolerancia hacia Dimitri. Ojalá tuviéramos alguna silla en la que sentarnos, un lugar en el que recuperar la movilidad de mi cuerpo.

Dios Santo, ¿estaba ocurriendo eso en realidad o era una macabra invención mía?

—Me cansé de ocultarte secretos, de intentar protegerte mediante la ignorancia. Hasta ahora, ninguna vida había dependido de mí, y desconocía el mejor modo para impedir que salieras perjudicada. Lo siento muchísimo, Catherine. Por culpa de mi miedo... he estado a punto de perderte en varias ocasiones. Ahora quiero que todos

sepan que la señorita de cabello castaño es mía —escuché unas risillas a mi alrededor, no como burla sino de ternura—. Nuestra historia comenzó en el campamento. Aunque ninguno lo sospechaba por ese entonces, nuestro origen se sitúa allí. Nunca olvidé lo que ocurrió entre los dos, y pondría mi mano sobre el fuego apostando a que tú, tampoco.

No le podía llevar la contraria, porque estaba en lo correcto. Me permití cerrar los ojos y recordar lo que sus palabras evocaban:

Nos encontrábamos en la cuarta noche del campamento, terminábamos de cenar. En mi mesa estaban Alexia y otras chicas cuyos nombres no recordaba. Ellas conversaban sobre las actividades realizadas durante el día y las que los monitores habían preparado para la mañana siguiente. Lo cierto era que a mí no me apetecía repetir tareas que se parecieran a las previas, principalmente por la persona encargada de guiarnos durante la pequeña excursión.

Dimitri Ivanov había acaparado la atención tanto de hombres como de mujeres, y lo que al principio era una carrera a nado en el lago, se convirtió en una competición en la que nuestro monitor exhibía sus pectorales y ganaba con creces al resto de los participantes. No compartí los gritos de júbilo de mis compañeras ni me quedé allí el tiempo suficiente para apreciar cómo se secaba las gotitas de agua con una toalla. Me marché al *bungalow* y permanecí allí hasta que llegó la hora de comer, en el pabellón.

Se suponía que después de la cena tocaba contar historias de terror en la hoguera. El simple hecho de que Dimitri fuera —otra vez— quien tomase asiento en el tronco principal y entonase una narración con dramatismo para llamar la atención de las chicas, fue motivación suficiente para suplicarle a las cocineras que me

permitieran ayudarlas. Me daba igual qué tarea me asignaran: retirar los platos de las mesas, trasladarlos en carritos hacia la cocina para lavarlos o pasar la escoba y la fregona por el suelo. A cambio, y además de librarme de una noche pedante y aburrida, a la mañana siguiente podría tomar más cantidad de comida que la habitual. Alexia estaba al corriente de mi decisión y, aunque no estuviera de acuerdo, no me obligó a cambiar de opinión.

Tan pronto como los alumnos terminaron de comer, evacuaron el pabellón para tomar el mejor asiento enfrente de la hoguera, conscientes de que el calor del fuego los mantendría atentos a la historia.

—Asegúrate de que el suelo quede brillante —pidió una de las trabajadoras.

—Lo será tanto que podrás reflejarte en él —ironicé, aceptando la fregona.

—Eres una chica extraña, Catherine —reprendió ella mientras tomaba los platos de la primera mesa para ponerlos en el carrito—. Cualquiera desearía pasar unos minutos con Dimitri. Su padre nos permite trabajar durante el verano, con un generoso salario —admitió.

—Me da igual el dinero que él tenga. —Hundí la fregona en el cubo y escurrí el agua—. Soy incapaz de tolerar cómo actúa delante de todas. Sí, en femenino. Nadie se concentra en las actividades planeadas, sino en él y en todo lo que pueda decir o hacer. —Llevé la fregona en el aire hasta el extremo más cercano a la puerta. Si empezaba a limpiar la zona que más se frecuentaba, menos probabilidades tenía de que la pisaran en húmedo.

Las trabajadoras me hicieron compañía durante los primeros treinta minutos, pero la soledad me invadió en cuanto ellas se retiraron a

las cocinas para limpiar los cubiertos. Todavía me restaba una parte por fregar, además de pasar un paño humedecido en cada mesa para eliminar los posibles restos de comida que hubieran quedado. Me centré en la parte positiva mientras lo hacía. Al terminar estaría exhausta, tendría la excusa perfecta para ir directamente a mi cama y permanecer allí hasta que el sueño me invadiera.

O no.

Una de las puertas se abrió tras de mí, sonoros pasos se adentraron en el pabellón. Supuse que se trataba del gerente o de cualquier otra persona. Desconocía qué hacían los demás monitores mientras nosotros estábamos ocupados en alguna actividad. Pese a que mis suposiciones parecían cuerdas, en realidad estaba equivocada. Alguien tiró del paño que tenía anudado en mi cintura y lo ubicó sobre su hombro, paseándose como si fuera el dueño de un local. Desvié mi atención desde la mesa hasta el rostro de Dimitri, manteniéndome callada y estática.

—¿Qué más necesitas hacer? —preguntó y me miró directo a los ojos.

—No entiendo bien a qué te refieres. —Enderecé la espalda y me crucé de brazos.

—Te has perdido las historias a propósito. Lo menos que puedo hacer es ayudarte.

Hizo hincapié en el hecho de que yo elegí no asistir a la maldita hoguera.

—Gracias por tu inusual e insólito ofrecimiento, pero solo me queda fregar una parte del pabellón para terminar. —Di la vuelta a la mesa para impedir quedar cara a cara.

Asumí que Dimitri entendería mi arisca actitud como una invitación... y no precisamente para quedarse. Me paseé alrededor

de cada mesa y asiento, revisando que no hubiera rastros de aceite o de ketchup en la superficie, y respiré con tranquilidad al ver que así era. Caminé con los ojos puestos en mi delantal de corazones hacia la esquina en la que había dejado el cubo y la fregona, sin hallarla. De inmediato, percibí el sonoro silbido de Dimitri en el otro extremo de la estancia, fregando con indiferencia.

—Dios mío, dame paciencia —susurré, pasando una mano por mi sudorosa frente.

Me olvidé de avisar a las trabajadoras de que había terminado para acudir a él.

—¿Qué parte de «no necesito tu ayuda» no has entendido? —reproché.

—No te recomiendo caminar por ahí, está recién fregado y te vas a...

Su advertencia llegó demasiado tarde. La resbaladiza suela de mis zapatos patinó en la excesiva cantidad de agua que Dimitri había repartido por el suelo, provocándome la caída de la cual me arrepentiría durante varias semanas. E incluso meses. Mi trasero se llevó la peor parte, golpeándose no solo en el suelo... sino también en la esquina de un taburete. Una sonora exclamación escapó de mi boca por ello y, aunque intenté no quejarme mediante mis características maldiciones, me resultó imposible callarme.

—¡Eres un completo cabezota e imbécil! —grité, buscando algo para levantarme.

Dimitri pisó con cuidado a mi alrededor hasta alcanzarme.

—Lo siento, he intentado avisarte de que estaba resbaladizo. —Sin consultar mi permiso, me tomó de los antebrazos para incorporarme. Sus dedos se deslizaron por mi piel y se posaron con delicadeza en mis hombros, irguiéndome—. Perdóname, *Katie*.

—¿Cómo me has llamado? —Lo contemplé con incredulidad.

—Tu nombre se asemejaba a algo de eso. ¿Katerina? ¿Katherine? No, ¿Cathy?

—Catherine —aclaré, elevando el mentón—. Soy Catherine Miller, monitor.

Él asintió, sin liberarme por muchas indirectas que le diera con algunos gestos.

—Me gustaría saber qué he hecho para que me encuentres tan indeseable —pidió.

—¿Piensas que te considero indeseable? —repetí, expulsando una carcajada—. Dimitri, eres insoportable. Por el amor de Dios, ¡estamos olvidando la programación porque tú prefieres ser constantemente el centro de atención! Ayer no realizamos ninguna de las ideas de Isobel —mencioné a otra de las monitoras— porque a ti no te dio la gana. En vez de estar en un campamento, ¡parece que nos hemos apuntado a una excursión en tu vida!

Dimitri se mantuvo en silencio, observándome con una expresión cargada de culpabilidad. Yo también me sentí un poco arrepentida por lo que acababa de pronunciar.

—Me he excedido un poco, lamento mi tono tan exigente. Pero me acabo de caer, me duelen el trasero y la espalda y mañana tendré que soportar otro día como el de hoy.

—Entiendo el origen de tu molestia y te prometo que no volverá a serlo.

—Ahora estás actuando para que empieces a gustarme. No lo harás.

—Simplemente estoy mostrando un poco de amabilidad, *Cathy*.

—¡Te he dicho que me llamo Catherine! —grité, cada vez más airada.

Él reprimió una sonrisa que hubiera delatado su seriedad, sacudiendo la cabeza.

—Olvidémonos de esta conversación y prosigamos con nuestros caminos —sugirió.

—Bien.

—Bien —repitió y se humedeció los labios.

Pero lo que pasó a continuación terminó por unirnos.

Desconocía la causa que lo impulsó a hacerlo o por qué yo no le propiné un rodillazo en su pene. Hubiera sido efectivo, incluso, nos habría ahorrado muchos problemas.

Dimitri me sostuvo del mentón y plasmó su boca sobre la mía, apresándome entre su cuerpo y la mesa. El único sitio que tenía a mi alcance para descansar las manos era su pecho y, gracias a ese movimiento, logré apartarlo antes de que su lengua se adentrara en mi boca.

—No vuelvas a hacer eso —ordené, aunque mi cuerpo insinuaba lo contrario.

—Prometo que eres la primera chica a la que he besado en este campamento.

—No te lo repetiré de nuevo. —Ignoré ese inesperado comentario—. Buenas noches.

—Buenas noches... *Cathy*.

Lo fulminé con la mirada mientras me alejaba, insultándolo en voz muy baja.

Ese fue el primero de nuestros muchos encuentros, y no me refería a besos, sino a conversaciones y al intercambio de opiniones sobre multitud de temas. Dimitri me buscaba en sus descansos, me acompañaba durante las comidas y se aseguraba de que el horario de actividades se cumpliera. Se disculpó por haberme besado y

procuró no rozarme ni por accidente mientras estábamos juntos. Se ganó parte de mi confianza y, en los últimos días, llegué a disfrutar bastante de su compañía.

Mi mente regresó hacia el presente, como si nunca se hubiera marchado. Noté a los individuos con sus móviles, la firme sujeción de mi hermano en mi hombro y la voz de Dimitri. Desde su última palabra hasta las siguientes frases habían transcurrido unos meros segundos, no obstante, a mí se me antojaron minutos por el trayecto realizado al mundo de los recuerdos.

—Fuiste la primera persona en mirarme como a un hombre corriente, no como al chico rico que todos anhelaban. Después de lo que ambos sabemos, actuamos como dos adolescentes cuya atracción era palpable: dos personas que se buscaban con la mirada o que se presentaban ante el otro en el momento menos esperado. —Lo escuché suspirar—. El último día de campamento te dejé un diminuto, aunque significativo, regalo: el anillo, el mismo de plata que llevas cada día y al que recurres cuando estás nerviosa.

Como si no estuviera bastante asombrada, miré a mis manos.

No podía creérmelo.

—Esta es la verdad. —No podía verlo, pero adiviné que estaría encogiéndose de hombros—. El célebre Dimitri Ivanov está perdida y absolutamente enamorado de ti. Ojalá hubiera sabido con tiempo suficiente que te marchabas, lo habría impedido mucho antes de que salieras de casa. Por favor, Catherine, quédate conmigo. Olvídate de ese avión. Tu vida no está en la otra punta de Estados Unidos, sino aquí. —Terminó la frase en susurros.

La conexión cesó y los gritos de estupefacción resonaron a mi alrededor. Aunque mi hermano procuraba mantener una expresión serena, interiormente peleaba contra el impulso de arrastrarme

hacia el avión detenido en la pista. Descansé la mano sobre mi vientre, conteniendo el aliento mientras buscaba con la mirada a Dimitri. Había abandonado la sala donde estaba megafonía para acudir a mí, ¿cierto? Si no era así, enloquecería. Patrick se distanció tan pronto como lo distinguió: mi novio cruzaba el pasillo que habíamos tomado para llegar a esta sala intermedia con mi hermano. Yo no pude moverme o hablar.

No solo no encontraba las palabras necesarias para expresarme, sino que él tomó mi rostro entre sus manos y lo acunó hasta que nuestras bocas se encontraron. Me besó, y el dulce sabor a caramelo que poseía se trasladó a mí, incitándome a profundizar la unión. Descansé las manos sobre su camisa y, pese a que mi deseo de hundir los dedos en ella y arrimarlo a mí se manifestó, me contuve por culpa de los espectadores. Él rozó con el labio inferior mi boca antes de separarse y me miró a los ojos con una emoción que, contra todo pronóstico, podría derivar en un llanto.

Dios mío, iba a desmayarme.

—Esto sonará precipitado, tal vez lo consideres inadecuado. Sin embargo, quiero que te cases conmigo, Catherine. —Limpió las lágrimas de mis mejillas con los pulgares, creí que mi llanto tardaría un poquito más en aparecer—. Sé cuál es tu opinión respecto a los matrimonios y que no desees apresurarte, y si te pido esto es para hacerte una promesa. Te doy mi palabra de que no volveré a cuestionarte, mucho menos a ignorarte. Mediante, nada más ni nada menos, que un anillo que llevo guardando desde hace unos meses, te daría todo lo que mereces. —Se alejó unos centímetros y clavó la rodilla en el suelo.

Llevé las manos a mi boca al ver que sí portaba consigo el anillo.

—Catherine Marie Miller, ¿me harías el honor de convertirte en mi prometida?

Abrió un estuche de terciopelo negro y mostró un anillo engarzado de diminutos diamantes rosados. Estos rodeaban el anillo en su totalidad, lo cual me gustó, puesto que no tenía ningún pedrusco en el centro ni nada que lo convirtiera en ostentoso. El anillo era sencillo y elegante; con destellos rosados cuando la luz incidía en él.

—Pertenece a mi madre, y a mi abuela antes que ella. Me da igual si nos casamos en un mes, dentro de un año o de quince: solo sé que quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Le temblaban la garganta y el labio inferior, los nervios lo dominaban.

—Por supuesto que sí, bobo —sollocé.

Dimitri extrajo el anillo y lo deslizó por mi dedo anular. La gente no se contuvo por más tiempo: empezaron a aplaudir, aunque algunos siguieron grabando el momento. Dudaba el tiempo que restaba para que el vídeo se encontrara en internet, pero no me preocupó. Solo tenía ojos para Dimitri.

Él se puso en pie y me tomó de la cintura para construir esa sólida cúpula de privacidad que nos separaba de todos.

—Volvamos a casa —musitó.

Y supe que por fin había encontrado mi lugar.

SEMANA 30



Catherine

Ascendí por las escaleras sin zapatillas y mientras mordisqueaba una barrita de chocolate con nueces. Aunque todavía faltase una hora completa para el desayuno, mi apetito matutino se abrió antes de lo previsto y me obligó a abandonar la cama. Atravesé a tientas el sombrío pasillo y me detuve en el marco de la puerta que daba al dormitorio. Dimitri continuaba dormido, tumbado bocabajo y con el rostro vuelto hacia la almohada que yo ocupaba. Sonreí para mis adentros al verlo tan tranquilo, sin pesadillas que lo despertaran en mitad de la noche, y descansé mi hombro contra el marco de madera. El reloj ubicado encima del escritorio indicaba que eran pasadas las siete y media de la mañana. No me había despertado exclusivamente para buscar la barrita de chocolate, sino porque el bebé me estaba provocando unas terribles ansias de ir al baño.

Ese día tenía cita con la doctora Keller, una de las más importantes. Había transcurrido más de un mes desde la última vez que estuve en su consulta, motivo por el que haríamos una revisión más profunda y nos cercioraríamos de que iba bien de camino al parto; también conoceríamos el sexo del bebé. Me sentía preparada para descubrirlo.

Abandoné mi posición en cuanto terminé comer. Arrojé el envoltorio a la papelera del cuarto de baño, cuya puerta estaba entreabierta, y tomé asiento sobre la cama. Deslicé la yema de los dedos por los omóplatos tatuados de Dimitri y él se removió al sentir mi tacto, aunque no se levantó ni tampoco apartó la sábana que lo cubría hasta la cintura. Enseñó una arrebatadora sonrisa que comenzaba a formarse en su rostro conforme se espabilaba y parpadeó lentamente para adecuarse a la tenue luz presente en la habitación.

Jamás me cansaría de contemplar a Dimitri durmiendo, era muy dulce.

—Buenos días —susurré y él apoyó la mejilla sobre la palma de mi mano.

De esa manera, podía contemplarlo desde otro ángulo.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —preguntó con voz somnolienta.

—No tenía más sueño —resumí mis ansias de ir al baño en una simple frase.

—Has amanecido muy sonriente hoy.

—¿Te has olvidado de nuestros planes, profesor Ivanov?

Dimitri sacudió la cabeza, provocando que su cabello quedase más alborotado. Estiró los brazos por encima de su cabeza para desperezarse y recurrió a los codos para impulsarse hasta descansar la espalda contra el cabezal de la cama. Los pantalones de pijama, de cuadros escarlata, se remangaron en sus muslos, pero a él pareció no importarle pues lo primero que hizo fue abrir los brazos, invitándome para que me acomodase en ellos. Me eché a reír de nuevo y me tumbé para que mi cabeza descansara sobre sus pectorales, estirando las piernas de manera perpendicular en la cama. Mi espalda me lo agradeció.

Él jugueteó con los botones de la camisa que yo llevaba puesta — que le pertenecía, pero ya que dormía en la misma cama que él desde hacía cinco días, pensaba que prendas como esas me harían sentir más cómoda en su casa— y arqueó ambas cejas. La pregunta había llegado hasta su cerebro con efecto retardado, o extraje esa conclusión una vez que resopló. Era imposible que hubiera olvidado la cita del médico, así que esperé impacientemente a que me sorprendiera con una de sus ingeniosas respuestas.

—Hoy me proclamaré vencedor de nuestra segunda apuesta — contestó—. Tiene toda la pinta de que será una niña. Por ende, puedo empezar a festejar mi victoria. Y duele que me hayas acusado de haber olvidado una fecha tan importante, Catherine Miller.

—Estás resentido. —Le propiné un puñetazo juguetón en el hombro izquierdo—. Perdiste la primera apuesta. Eres incapaz de resistirte a mis encantos durante más de dos días seguidos. — Intenté imitar su tono de voz, pero lo único que conseguí fue echarme a reír.

—Oh, vamos. Nuestro beso en el aeropuerto no debería contar.

—¡Por supuesto que...! Espera, ¡Dimitri! —chillé mientras caía de espaldas a la cama.

Dimitri se abalanzó sobre mí, apoyando los codos a los lados de mi cuerpo para evitar que yo cargara con su peso. Me crucé de brazos entre el diminuto espacio que separaba mi cuerpo del suyo y resoplé. ¡No era justo que siempre acabara así!

No era una auténtica molestia quedar presa durante unos minutos, pero el orgullo de Dimitri era igual de insistente que esos diminutos granos que aparecían en la cara. Se negaba a aceptar que perdió. Si me molestaba tanto era porque él tenía más fuerza que yo. No

podría liberarme de su agarre ni aun usando explosivos —sé que he exagerado—.

Él enroscó un mechón de mi pelo en torno a su dedo y ensanchó la sonrisa.

—¿Qué? —suspiré.

—Va a ser una niña —repitió con convicción.

—Estás equivocado. —Quise empujarlo—. Será un insufrible mini tú.

Dimitri aproximó sus labios a los míos para arrebatarme un beso. Luego, apartó las sábanas de su cuerpo para incorporarse. Contemplé su cuerpo desnudo y centré mi vista con descaro en sus glúteos bien formados, los cuales desaparecieron por el pasillo.

¡Pero si hacía un minuto llevaba puestos pantalones de pijama!

Los busqué con la mirada hasta encontrarlos arrugados al pie de la cama. Intenté reprimir el rubor que asomaba por mis mejillas. No comprendía el motivo por el que me sonrojaba si tenía en cuenta las numerosas ocasiones en las que Dimitri paseaba su cuerpo tal y como Dios lo trajo al mundo. Quizá se debía a que todavía no me había hecho a la idea de que ese hombre era mi novio, y que prácticamente me había pedido que viviera con él; que hiciera las maletas formalmente y me mudase.

Mencionar esa palabra en mi mente sonó tan extraña como si la hubiera pronunciado en voz alta. Él dijo que sería capaz de esperar varios años antes de dar un paso que superase el término de compromiso. Yo no quería apresurar los acontecimientos más de lo que ya estaban, por lo que confiaba en que respetaría su decisión.

Miré al reloj desde mi posición y, aferrando mi vientre, tomé asiento sobre la cama. La doctora nos estaría esperando en su consulta en

cuestión de una hora, y yo continuaba en pijama... si es que se podía llamar así a la camisa de Dimitri.

Me deshice de su prenda y rebusqué por la maleta algo decente. Mis pertenencias estaban ahí desde que mis padres dieron por hecho que pasaría más tiempo con Dimitri que en casa, con ellos. No había colocado las prendas en el armario porque nos encontrábamos en proceso de mudanza. Esta casa nos recordaba a Svetlana, a su padre y a las malas experiencias del pasado, uno que ansiábamos olvidar. Decidimos mudarnos tan pronto como pudiéramos, aunque todavía no habíamos resuelto adónde.

Escogí una camiseta de tirantes junto a unos pantalones cortos que mostraban el escaso bronceado ganado durante el verano. No era que me preocupase, porque era la primera persona que detestaba tomar el sol. Pero, si comparaba el tono de mi piel pálido con la tez morena de Dimitri, yo parecía un cartón de leche andante.

Tras tomar una pausada y relajante ducha, me asexé hasta considerarme más o menos presentable y regresé al dormitorio. Tanto la toalla como las prendas sucias que cargaba entre los brazos se precipitaron a mis pies al atisbar una bandeja repleta de comida junto a mi novio desnudo sobre la cama, imitando la pose de un Adonis derrumbándose en su lecho.

—¿Me harías el favor de vestirme? —pedí, entrecerrando los ojos.

Dimitri cogió una tostada que poseía una capa de mermelada de fresa y la mordió.

—No. —Relamió sus labios—. Sé que te gusta verme así.

—Es cierto, no voy a negarlo. Pero nos tenemos que marchar porque la doctora estará esperándonos en su consulta y, además, ¿qué ocurriría si se presentara una visita inesperada? —Le lancé uno de los cojines que había esparcidos por el suelo—. Por favor.

—Desayuna primero, aliméntate. No sería la primera vez que te desmayas porque no comes. —Se incorporó, usando la almohada para cubrir esa *zona* en particular—. Cuando pierdas la apuesta, la cual perderás, desearás no abandonar la cama durante días.

Deslizó la yema de sus dedos por la piel desnuda de mi nuca, antes de escoger alguna de sus prendas y encerrarse en el baño. Exhalé el aire que estaba conteniendo y llevé la bandeja de comida hasta el escritorio. Devoré mi desayuno en cuestión de pocos minutos; en la cocina no le ganaba nadie.

Dimitri regresó a la habitación con una camiseta de manga corta y unos vaqueros oscuros. Marcó un número de teléfono, con el cual habló a través de rápidos monosílabos, y pronunció tras colgar:

—En breves estarán aquí para ordenar la habitación. —Guardó el móvil en un bolsillo y apartó la bandeja de mi lado—. Nosotros vamos a estar demasiado ocupados como para limpiar la casa. Además, eres tan cabezota que me ayudarías incluso sin pedirlo.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero?

—No lo suficiente.

Desde mi posición, conseguí besarlo. Fue un beso corto, pero dulce. Me aferré a su camisa y lo atraje hacia mi cuerpo mientras me deleitaba con las emociones que se arremolinaban en mi pecho. Amor, emoción, felicidad. Regresé al suelo cuando consideré que ya era hora de marcharnos y entrelacé mis dedos con los suyos. Tan pronto como pusimos los pies en el exterior, el pequeño grupo de periodistas que había estado acampando durante la última semana preparó sus cámaras y los *flashes* nos rodearon.

Dimitri me cubrió con su cuerpo y deslizó su brazo sobre mis hombros.

—Vaya, ¿es siempre igual? —pregunté.

—Oh, Cathy. —Emitió un pesado suspiro—. Esto no es nada comparado con lo que nos aguarda en la dichosa ciudad —masculló, claramente fastidiado por los invasores.

Subimos al coche, Dimitri arrancó el motor y abandonamos la casa a toda velocidad. Acaricié el dorso de su mano mientras conducía y miré al frente. En ese momento me percaté de lo nerviosa que estaba. Mucho, en realidad. Conocería la fecha exacta del parto y qué estaba esperando. Me hubiera gustado reír y llorar al mismo tiempo, cosa que no hice para no asustar al conductor.

Al llegar, la clínica nos permitió usar su garaje privado —únicamente podían acceder a él los médicos y las enfermeras—, para evitar que los periodistas nos siguieran hasta la entrada.

Nada más mirar a Dimitri, supe en qué estaba pensando.

—No me digas que te vas a desmayar. —Me burlé.

—Sabes muy bien que estas situaciones me inquietan. —Acomodó el tirante de mi camiseta, el cual había resbalado por mi hombro izquierdo.

—Todo estará bien. Yo me encuentro bien y el bebé está igual de enérgico que siempre. ¿Qué crees que pasará? Mírame. —Puse las manos en sus mejillas y lo obligué a girar su rostro—. Si algo malo ocurriera, ¿no crees que ya hubiera comenzado a sangrar o a tener dolores? Has estado conmigo en los últimos cinco días. Hemos hecho el amor y visitado el cine. También hemos cenado bajo las estrellas y realizado cosas tan bonitas que no me creo que sea verdad. Confía en mí —prometí con mucha convicción.

—Solo... Dirás que es una estupidez. —Rascó su nuca—. Pero ahora que he encontrado mi camino, ahora que estás conmigo, tengo más miedo que nunca a perderte.

Ablandecí mi expresión a causa de sus palabras. Dimitri me informó con mucho detalle los acontecimientos que derivaron en nuestra separación temporal. Nunca hubiera esperado que alguien nos estuviera siguiendo o tomando fotografías para mantenernos controlados. Dimitri pretendió manejar el problema desde las sombras, alejándome del foco de atención de la persona encargada de espiarnos. Por eso no había querido verme en persona ni entablar mucha conversación conmigo. Quería hacerle creer al desconocido las mentiras que Jacob había planeado cuando estuvimos hablando; también desveló que Svetlana estuvo en su casa porque él quiso imponerle una orden de alejamiento. Desde ese día, cada cuenta bancaria que Bartholomew utilizaba para el traspaso de dinero se congeló, y la que una vez había sido una amiga cercana desapareció al igual que un fantasma.

Logré suavizar la inquietud de mi prometido—caray, no me acostumbraba a esa palabra— y entramos al interior de la clínica. Nos aproximamos al mostrador en donde encontramos a la auxiliar que, después de que solicitara mi nombre y documentación necesaria, nos dijo:

—La doctora llegará en breve. Tomen asiento mientras tanto, por favor.

Asentí. Éramos los primeros del día —lo cual me extrañaba—, por lo que la doctora no había llegado aún a la clínica. Nos sentamos en el conjunto de sillas azuladas situadas en frente de su consulta; me gustaba ese sitio por los carteles informativos que me entretenían durante las esperas. Entrelacé las manos sobre mi vientre. Dimitri me miró a través del rabillo del ojo, examinándome con el mismo detenimiento que de costumbre y, antes de que pudiera plasmar una mano sobre la mía, tuvo que atender una llamada.

—Jacob —pronunció su nombre con un poquito de frialdad, adoptando la pose seria.

Ambos habían progresado mucho en su relación, hasta el punto en el que se reunían a diario para compartir lo que Jacob realizaba en la industria. Dimitri buscó mi mano, la sostuvo en la suya mientras conversaba con su hermano. Fruncía el ceño de vez en cuando y tensaba la mandíbula por algo que le estaba contando Jacob. Quizás él estuviera en problemas por culpa de su inexperiencia en temas económicos.

—Bart sabe cómo hacerlo, estará encantado de colaborar y de ganarse algo de crédito.

—¡No quiero arrastrarme nuevamente hacia él! —La alterada voz de Jacob alcanzó mis oídos, sobrepasando el altavoz del móvil, que lo mantenía desactivado por privacidad.

Al parecer, el asunto le molestaba más de lo esperado.

Dimitri le aconsejó cómo llevar a cabo unos procedimientos, siempre y cuando él no se viera demasiado involucrado. Acarició el dorso de mi mano con el pulgar al mismo tiempo en el que conversaban y descansé mi cabeza sobre su hombro. No quería decir nada pues, quizá, Jacob terminaría la conversación al escuchar mi voz.

Desde mi posición, entreví a la doctora pasar a la consulta. Llevaba en la mano algunos papeles, la enfermera la seguía con rapidez. Supuse que estarían preparando la sala para mí. Solo nosotros nos encontrábamos esperándola. De todas formas, la clínica acababa de abrir. Dimitri consiguió la primera cita para evitar ciertos comentarios. Cuando eres novia de un Ivanov, tu vida se vuelve un poquito más sencilla. Aunque, pensándolo detenidamente, no deseaba depender de su dinero de cara a mi futuro. Estaba

determinada a terminar mis estudios, a conseguir un trabajo a y sacar nuestra familia adelante. Juntos.

—Jacob, tengo que dejarte. Hablamos más tarde —dijo al fin.

«¡Aleluya!».

Me puse de pie y estiré ambas manos hacia él.

—Te quiero —dijo Dimitri al mismo tiempo que se incorporaba.

—Lo sé. —Sonreí sobre sus labios antes de besarlos.

Pasamos a la consulta tras ser nombrados.

Seguí el camino que la doctora señaló al lateral derecho, donde me aguardaba la camilla de siempre. Estiré las piernas y remangué mi blusa a la altura de mi pecho, mostrando mi vientre. La curva no era en forma picuda, sino circular, hasta desaparecer en el interior del pantalón. Muchos me decían que era un niño, porque el vientre adoptaba un aspecto diferente en el caso de las niñas.

De un modo u otro, estábamos a punto de descubrirlo.

—Hola de nuevo, Catherine —saludó mientras dejaba los documentos en el escritorio.

Introdujo los dedos en unos guantes de látex blancos y se acercó a nosotros.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Has tenido alguna complicación en el último mes? —consultó.

—En absoluto, no he percibido nada extraño.

Dimitri descansó una mano en tela que protegía la camilla. Aunque intentara disimularlo, era evidente lo nervioso que estaba.

—Después de algunas discusiones sin importancia, nos hemos decidido: queremos saber el sexo del bebé y, si es posible, también la fecha más cercana al día del nacimiento —añadí.

—Por supuesto. Vamos a ello.

Los procedimientos de siempre se me hicieron eternos. La doctora nos comentaba el estado en general de mi embarazo, cómo había progresado y nos informaba del progreso que había experimentado el bebé desde la última vez que estuvimos en la consulta. A mí me interesaba, eso era evidente, pero mi inquietud por la otra cuestión me quitaba el aire. Dimitri no apartaba la mirada de la pantalla, compartiendo mi expectación.

—Tu gestión actual es de treinta semanas, lo que equivale a casi los siete meses. Mis estimaciones en relación con el parto se sitúan entre los días 12 y 14 de noviembre. Pero se podría adelantar, puesto que el bebé no siempre permanece hasta llegar al término.

—No se preocupe, doctora Keller —respondió Dimitri—. Yo estaré con ella.

Compartimos una mirada cargada de advertencia y su atención regresó al bebé.

—Puedo verlo con mucha claridad, jóvenes. ¿Estáis listos? —preguntó.

Miré a Dimitri. Él me miró a mí. Y asentimos.

S

La doctora limpió la crema de mi vientre, y se retiró a la sala contigua para otorgarnos un poco de privacidad. Mis piernas colgaron por la camilla cuando me senté, aunque no dispuse de tiempo para posar los pies en el suelo. No fue porque yo no quisiera, sino porque Dimitri se hizo paso entre mis piernas, apartando mis rodillas, y me sostuvo de las mejillas para mirarme a los ojos. Me besó hasta quitarme el aliento.

—Te lo dije —balbuceó sobre mis labios.

—No puedo creérmelo —musité, al borde del llanto.

—Estamos esperando una niña. Dios mío, ¿cómo me las apañaré para lidiar con otra Catherine en mi vida? —Rio él.

La primera lágrima resbalaba por mi mejilla. Jamás habría imaginado que una simple noticia como esta me emocionaría tanto.

Dimitri dirigió sus manos hacia mis muslos, ascendiendo lenta y tortuosamente hasta llegar a mis caderas. Repitió las caricias hasta que decidió limpiar mis lágrimas que no cesaban de caer sobre mi blusa al tener el rostro agachado. Había soñado con tener una niña en diversas ocasiones, sí, pero debido a los constantes comentarios de mi madre y de la propia Alexia, me convencí de que se trataba de un niño. Fue a causa de ese pensamiento que recordé que no había abierto el célebre regalo de Mary, que seguía en el interior del armario de mi habitación. No lo traía conmigo.

—Catherine Marie Miller, e Ivanova, en un futuro —Él pronunció mi nombre con seriedad, aunque me arrebató unas carcajadas por ese apellido añadido—. Te prometo que os haré sentir orgullosas de mí. Nunca he cuidado de un bebé, puesto que no he tenido la oportunidad para hacerlo. Pero seré el mejor padre y marido que exista en el mundo; te juro que en ningún momento seguiré los pasos de mi padre, no te trataré como él.

—Nunca has sido como Bart —respondí al instante, leyendo la inquietud en su rostro.

Él reposó su frente sobre la mía con suavidad y respiró con dificultad.

—Tienes el mismo corazón que tu madre, Dimitri. Sé que te has castigado mucho, no solo por lo que cometiste hace tanto tiempo, sino por los sucesos en nuestra relación. Y, aunque estés cansado de oírme, me siento orgullosa de los cambios que has hecho desde

que nos reunimos por segunda vez. —Busqué sus manos y las estreché con brío—. No te sientas obligado a cambiar, porque te quiero tal y como eres ahora —susurré.

—Maldición, te necesito. —Su cuerpo se tensó entre mis piernas y su voz se tornó ronca—. Si no fuera por tu delicado estado y porque estamos en una consulta de hospital, te desnudaría aquí mismo y haría realidad las travesuras que están pasando por mi cabeza en este instante... sobre ese escritorio de allí. —Lo señaló, sonriendo con picardía.

—¿Cuánto café has consumido esta mañana? —susurré, imaginándome la escena.

Sin responder, me ayudó a volver al suelo y acomodó tanto mis pantalones como mi blusa. Inspiró mi perfume y se separó de mí cuando regresamos a la estancia donde la doctora se encontraba. Intenté que mi ajetreada imaginación no me afectara demasiado, pero debido a los colores de mis mejillas, supuse que pensar en otro asunto no daría resultado.

La doctora nos deseó buena suerte y me informó que nos veríamos unas semanas anteriores al día del parto. También me advirtió, y en esto no escatimó en detalles, que al ser tan joven tendría que ser mucho más cuidadosa en las últimas semanas. Y no solo hablaba de acciones. Las emociones fuertes podrían ocasionar falsas contracciones que derivarían en un parto prematuro. Algo así podría afectar considerablemente al desarrollo del bebé.

Tan pronto como llegamos al coche, Dimitri logró distraer mi mente.

Comenzó a repartir pequeños besos a la altura de mi mandíbula, bajando los labios a mi cuello para proseguir con su trayecto hasta la clavícula. Esbocé una tímida sonrisa y descansé mi cuerpo en el asiento del copiloto mientras él me observaba. Embarazada o no,

Dimitri lograba que me sintiera bonita y deseada, era una sensación agradable.

—He ganado la apuesta —Me recordó. Otra vez.

—Lo sé, cariño. —Me acomodé para ser capaz de abrochar el cinturón.

—Vamos a tener una hija, Catherine. —Introdujo las llaves para arrancar el motor, retumbando en la soledad de los aparcamientos de la clínica—. Nos hemos olvidado de lo que necesitará: el mobiliario para cuando encontremos una nueva vivienda, seleccionar los mejores nombres para ella; ya sabes, uno que posea un significado importante, y... Me siento como si tuviera diecisiete años de nuevo. —Sacudió la cabeza.

—Primero tenemos que hacer otra cosa —murmuré, jugando con el anillo de plata. Sí, portaba el anillo de compromiso en el dedo anular, pero no tenía intención de quitarme aquel que me había regalado en secreto, el mismo que me había acompañado desde las últimas horas del campamento y hasta el presente—. Echaré muchísimo de menos a mi... a mi hermano. Apuesto a que inundaré el aeropuerto con mi llanto —murmuré.

Dimitri asintió, comprendiendo mis palabras.

Durante el trayecto a mi casa, él no mencionó nada acerca de lo que ocurriría en cuestión de unas horas. Yo intenté hacerme a la idea de que Patrick se marchaba a vivir a California y que no regresaría hasta Navidad... siempre y cuando su trabajo le permitiera viajar. Mientras tanto, podría llegar a estar hasta once meses sin verlo. A pesar de los problemas a los que Patrick y yo habíamos tenido, sabía de antemano que, sin él, no hubiera sobrevivido a los primeros meses de mi embarazo.

Dimitri entrelazó nuestros dedos al ver mi expresión. Quizá su relación con Jacob había mejorado desde que el plan de derrocar a su padre y de adivinar los secretos de Svetlana comenzó a dar sus frutos, pero no llegaría a entender este sentimiento fraternal. Aparcó en la cochera de casa y bajamos del vehículo. Mis padres habían salido para comprar lo que Patrick se había negado a adquirir para el viaje, por lo que solo seríamos nosotros tres.

Esperaba aprovechar la situación para que mi novio y mi hermano, arreglasen sus problemas. Detestaba la idea de que ambos se odiaran mutuamente e intentaría solucionarlo antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Segura de que quieres hacer esto? —susurró él y deslizó un brazo en torno mi cintura. Estábamos en la puerta—. Quizás él prefiere dejar las cosas tal y como están.

—Necesito que pongáis vuestros asuntos en orden. Después de la pelea y de la cena familiar, no os habéis dirigido la palabra. Recuerdo que, en su entonces, fuisteis amigos. No os pido que, de repente, os convirtáis en, yo que sé «mejores amigos para siempre» —dije, con tono de burla—. Pero quiero que él se sienta libre de visitarnos cuando pueda, sin tener la preocupación de que os enzarzaréis en una nueva discusión.

Dimitri asintió y nos dimos un último beso antes de pasar al interior de casa.

No me adentré directamente al dormitorio, donde supuse que estaría Patrick. Escolté a Dimitri hasta la cocina y le recordé dónde encontraría los tentempiés en el hipotético caso de que tuviera hambre. También le tendí el periódico de la mañana y, una vez que me cercioré de que no me seguiría hasta la habitación, me marché. Atravesé el pasillo hasta detenerme frente a la puerta para

golpearla. Al no obtener una respuesta, me atreví a pasar. Encontré a Patrick sentado en la cama, con la maleta abierta delante de él.

Apenas había guardado un par de camisetas y pantalones.

—¿Estás esperando a que cobre vida? —pregunté con una amable sonrisa.

—Sí. De esa forma no tendría que prepararla yo —respondió.

—¿Te echo una mano?

Alzó la vista y asintió. Después de unos costosos movimientos, logré sentarme en el suelo y doblé las piernas hasta quedar a unos centímetros de la montaña de ropa y de la maleta. Hacía bastante tiempo que mi hermano y yo no estábamos así de tranquilos, silenciosos. No intercambiamos palabra, al menos, no en los primeros minutos.

—¿Qué te ha dicho la doctora? —Tomó asiento a mi lado y me arrebató una camisa.

—Estoy esperando una niña. ¡Me he equivocado completamente! Desde un principio supuse que sería un varón tan apuesto como su padre —bromeé—. En cuestión de, más o menos, tres meses, te convertirás en tío de otra Catherine. Me temo que tus súplicas no han funcionado como esperabas —reproché, siguiendo en todo momento su mirada.

—¡Otra más como tú en esta familia! —Patrick cubrió su rostro con la camisa y se tiró hacia un lateral, fingiendo que se había desmayado ante tan desesperanzada noticia.

—Oh. Esto es una gran ofensa en mi contra. —Le propiné un golpe en la pierna.

—Ya sabes que estoy bromeando, tonta. En realidad, me alegro mucho de que se trate de una niña. —Se incorporó solo para desenmarañarme el pelo—. Apuesto a que has atendido la cita

médica en compañía del impronunciable, y que no has tomado un taxi para darme la noticia. —tamborileó los dedos en el suelo—. Él está aquí también, ¿cierto?

—Sí, y esperaba que pudieras hablar con Dimitri. No es Voldemort.

Patrick no correspondió a mi broma con un Avada Kedavra, como hubiera hecho en otra situación. Los dos éramos fieles seguidores de Harry Potter y bromeábamos constantemente sobre los hechizos de las películas. El hecho de que continuase en silencio, doblando un par de pantalones mientras evadía mi mirada, indicó que no le hacía demasiada ilusión conversar con Dimitri.

Aguardé impacientemente a terminar la maleta. Tuve especial cuidado con las prendas de tela más delicada, e incluso maniobré para que los zapatos no comportasen un problema a la hora de cerrarla. Patrick me tendió las manos y me ayudó a levantarme, consciente de que no lo conseguiría por mí misma.

—Este será el último favor que te pediré, Patrick —insistí—. Te lo suplico.

Me dedicó una mirada de agotamiento, como un niño que está harto de los deberes.

—De acuerdo —accedió—, pero no prometo que mantendré la compostura.

—No sé qué significa eso y no me gusta tu tono —reproché mientras lo seguía por el pasillo. Dimitri había encendido la radio, una antigua que mi padre utilizaba para escuchar los deportes—. Yo me quedaré de intermediadora.

—Ni hablar.

—Lo siento, pero en ningún momento he preguntado por tu permiso.

—He dicho que no.

—¡He dicho que sí! —grité, adelantándome a sus amplias zancadas para interponerme entre la entrada a la cocina y su posición. Dimitri escuchó mi reclamo y apagó la radio antes de sentir el peso de su mano cayendo sobre mi hombro—. Acordamos no discutir, no en asuntos que ya solucionamos. Pensaba que aceptabas lo mío con Dimitri.

Mi hermano me dedicó una mirada de pocos amigos.

—El problema no reside en tu relación con tu prometido —dijo con desdén—, sino en el simple hecho de que quieras actuar como una extraña árbitra en asuntos que no te conciernen. Quieres que solucionemos nuestras diferencias, lo entiendo, pero sé que Dimitri no se sincerará por completo si tú estás delante —atacó indirectamente, a través de mí—. Si prometes que contestará a mis preguntas con honestidad, puedes quedarte.

—No es necesario que me ignores —intervino él—. Por supuesto que accedo.

La tensión era tan palpable que podría tomar un cuchillo de la cocina y cortarla.

Me aseguré de que ambos no comenzarían a echarse cosas en cara, indicándoles que el lugar más cómodo para hablar sería el salón. Mis padres continuaban de compras, y no quería entretenerme demasiado en el hipotético caso de que regresaran antes de lo pensado. A Dimitri le habría encantado consultarle a mi padre, en primera instancia, si aceptaba que yo me convirtiera en un futuro no muy lejano en su esposa. Los apresurados acontecimientos, acompañados de la tensión a la que habíamos estado sometidos en las últimas semanas, dieron lugar a que mis padres se enterasen del compromiso por culpa de internet. También lo leyeron en los periódicos y en la prensa rosa. Por mucho que lo

intentaron —le pusieron mucho empeño— la desilusión en su mirada me afectó como un guantazo.

Me había quedado embarazada en el mismo año de mi compromiso. Esperaban que no tomara la decisión de unirme a otra persona con tanta rapidez, mucho menos bajo la influencia de un embarazo. Les aseguré que el motivo no se encontraba en el bebé. No era de aquellas chicas que pensaban que un matrimonio arreglaría una relación: casarse y formar parte de una familia distinta a la tuya comportaba un gran sacrificio, algo que no debía tomarse a la ligera. Les dije que acepté el anillo de compromiso porque Dimitri realizó una promesa. Además, también desvelé que no celebraríamos ninguna boda, no hasta dentro de varios años. Primero teníamos otros asuntos de los que ocuparnos...

Bueno, en realidad solo teníamos uno: la niña.

Mi emoción por comunicarle a mis padres de que serían abuelos de una pequeña no desapareció ni siquiera después de presenciar las miradas de resentimiento que los dos hombres más importantes de mi vida compartían. Dimitri tomó asiento en el sillón y le hice compañía a la derecha, contemplando el paseo nervioso de mi hermano a la vez.

—Adelante. —Dimitri abrió la conversación—. Di todo aquello que desees.

—En realidad, solo hay un asunto que merece ser tratado. —Patrick se apoyó contra la pared—. Me carcome por dentro saber que, de entre todos los tíos que existen en Manhattan, Catherine decidió acostarse contigo. Tenemos diferencias imposibles de cambiar, porque estas proceden del pasado. —Patrick se cruzó de brazos—. Pero sí que podemos desahogarnos con los problemas actuales. No me gustas para mi hermana —expresó.

Y mi respuesta se hizo más que evidente, encogiéndome en el asiento.

—Lleváis juntos apenas unos meses y ella ha sufrido más que en toda su vida —dijo.

—Todos cometemos errores. —Se defendió Dimitri—. Y he pedido perdón por ellos.

—¿Qué me dices de la noche del combate? Pudiste hacerme mucho daño.

—Lo sé. Pero Catherine estaba allí y lo último que buscaba era herirla de ese modo.

—¿Y si ella no llegaba a aparecer? —insinuó Patrick—. ¿Qué habrías hecho?

Dimitri apretó la mano que descansaba en mi regazo, pensando que su respuesta sería la que menos quería oír. Me echó un rápido vistazo y asintió levemente.

—No soy el mismo hombre de hace unos meses —manifestó, alto y claro.

—Me habrías dado la paliza de mi vida —completó Patrick por él.

La actitud de mi hermano era comprensiva hasta cierto punto, y temía que había superado ese límite hacía mucho. Detestaba la faceta sobreprotectora, la ansiedad de salir en defensa de alguien que no la necesita. Durante prolongados años, mi hermano había sido mi segundo padre: me había llevado al colegio por las mañanas y recogido durante la tarde; me ayudaba con los deberes e, incluso, impedía que las típicas estúpidas del instituto me persiguieran a la puerta de casa. Me aterró, y alegró a partes iguales, saber que ya no lo necesitaba de esa forma. No era la misma Catherine de hacía un año, tampoco era la chica de hacía un mes. Todos cambiábamos cada día, algunos más que otros.

Podré haber tenido mis caídas. Todos las sufrimos.

Podré haber recurrido a su ayuda. Era mi hermano, confiaba en él.

Pero no tenía ningún derecho a hacerme sentir como si mis decisiones no eran las acertadas. Patrick tenía razón en algo: Dimitri me había hecho daño guardando y elaborando nuevos secretos. Y ahí estábamos, juntos, porque habíamos tenido una conversación larga y tendida sobre aquello, prometiéndonos no más mentiras.

—No involucremos más a Catherine en nuestras diferencias. — Dimitri me dio un rápido apretón en la rodilla—. Sé que arruiné nuestra amistad cuando empecé a alejarme del grupo de amigos que teníamos por ese entonces, reemplazando nuestras salidas por las reuniones en la empresa de mi padre. Pero mi relación con Catherine es algo mío. Amo a tu hermana más que a nada en este mundo. Haré lo que haga falta para demostrarte... para que estés seguro de que nunca le haré daño. —Tomó una bocanada de aire—. Te invito a una copa en un bar cerca de aquí, para hablar como dos viejos conocidos. —Su mirada se dirigió a la mía—. Si es posible, me gustaría que te quedaras en tu casa. El ambiente de un bar está cargado de humo y de pestilencia a alcohol. ¿Me harías el favor, por vuestra seguridad?

—¿Es que tienen algún problema que no me habéis comentado?

—Se interesó Patrick.

Su enfado había desaparecido, sustituyéndose por la preocupación.

—No. Tanto la salud de Catherine como la de mi hija son perfectas —afirmó Dimitri.

—En ese caso, no tengo más opción que aceptar tu oferta, Ivanov —sentenció él.

S

La terminal del aeropuerto internacional John F. Kennedy estaba desierta para ser las once y media de la noche. No había muchos coches estacionados en los aparcamientos, la facturación para las maletas estaba prácticamente vacía, a excepción de una pareja de ancianos que discutían en voz baja sobre un tema que no me concernía. Miré, angustiada, cómo mi hermano se preparaba para adentrarse al espacio destinado a los pasajeros. Él y Dimitri habían vuelto a casa sin rasguños ni moretones en el rostro. De hecho, identifiqué sus voces desde el rellano, conversando tranquilamente sobre fútbol americano.

Patrick no puso rumbo de inmediato hacia la facturación, sino que me dio un último abrazo. Hundí la cabeza en su pecho y permití que me estrechara durante varios minutos, consciente de que pasarían muchos meses antes de que pudiera abrazarlo otra vez. Me balanceó tiernamente de izquierda a derecha, lo cual incentivó mi llanto. Dimitri se había quedado rezagado en una esquina, observando la escena en silencio. Ya daba por hecho, durante el trayecto al aeropuerto, que me echaría a llorar en la despedida.

—Cuídate mucho, Cat —susurró y besó mi cabeza.

—Lo haré.

—Y no llores por mí, porque nos veremos en cuestión de unos meses.

—Son las hormonas las que me han emocionado.

Mi hermano se echó a reír e, inevitablemente, se separó. Me pellizcó la mejilla antes de tomar las asas de sus dos maletas y caminar hacia las líneas divisorias. Dimitri continuó separado hasta que Patrick se marchó, no sin saludarnos de nuevo. En unos

instantes, noté que mi prometido me acariciaba los brazos desde atrás. No nos quedamos en el aeropuerto mucho más tiempo. Les comuniqué a mis padres que me pasaría por casa a la mañana siguiente y caminé lentamente hacia el vehículo de Dimitri.

Él no interrumpió mi llanto de camino a su casa, me desahogué entre balbuceos y sollozos sobre lo mucho que echaría de menos a mi hermano.

—Puedo ponerme el pijama sin ayuda —reproché una vez en el dormitorio.

Dimitri ignoró mis palabras y me desnudó con maestría, acariciando los puntos más sensibles de mi cuerpo para tranquilizarme. Mis pantalones y blusa cayeron a mis pies, aunque no lo hizo mi ropa interior. De hecho, solo me puse aquello para dormir. Dimitri me trasladó a la cama y me arropó entre sus sábanas y su cuerpo, abrazándome desde atrás. Mi respiración seguía alterada por mis soponcios, aunque me fui adormeciendo conforme las caricias de Dimitri ascendían desde mi vientre hasta mis clavículas.

—Duérmete. Mañana te despertaré yo —susurró con dulzura.

—Gracias por todo —contesté con voz adormilada, cerrando los ojos.

—No tienes que agradecérmelo, Cathy. —Besó mi hombro desnudo antes de cubrirme.

La inquietud experimentada por descubrir el sexo del bebé y por la conversación de mi hermano con Dimitri quedó relegada a un segundo o tercer plano en cuanto el cansancio arribó y arrastró a su paso cualquier atisbo de preocupación.

SEMANA 31



Catherine

Descansé las manos en el volante y lo torcí a la derecha. Miré al vehículo ubicado a un metro del mío y recurrí al espejo retrovisor para cerciorarme de que no me chocaría con el coche aparcado detrás de mí. A pesar de mis insistencias por aparcar en los estacionamientos de enfrente —amplios y desprovistos de otros vehículos—, el profesor que me acompañaba insistía en que empezara por lo más complicado; sin pensar o, mejor dicho, sin temer que su adorado coche terminase arañado o con una hendidura. Mordisqueé mi labio inferior en un intento de concentrarme más de lo que ya estaba, el vehículo no iba a aparcarse solo en ese momento, y tampoco lo haría durante mi examen —que sería en cuestión de tres días y medio—. Dimitri observaba cada uno de mis movimientos y anotaba en una pequeña libreta palabras que no me permitía leer. Supo que aumentaría mi pánico a equivocarme, lo que derivaba en mi esfuerzo por sorprenderlo. Obtener mi *carne*t de conducir me proporcionaría independencia de taxis o chóferes privados.

Lo cierto era que Dimitri no estaba convencido de si ponerme delante de un volante, embarazada de siete meses y con la única

experiencia que Patrick me instruyó hacía un año más o menos, era una buena idea. Tuvimos que hacer algunas prácticas en la carretera que circundaba su casa, demostrándole que me manejaba bastante bien y que no precisaría de clases particulares con un tutor. Incluso le dejé boquiabierto por mis habilidades. El único inconveniente se presentaba a la hora de aparcar.

No sabía hacerlo.

—Gira un poco más a la izquierda y retrocede. ¿Estás viendo el coche que hay delante de ti? Chocarás con él si sigues así. — Deslizó una mano por mi muslo y lo pellizcó. Luego, descansó allí los dedos—. Lo estás haciendo muy bien. Tú puedes. —Me animó.

—Lo único que estás consiguiendo es distraerme —siseé entre dientes.

Retiró la mano al instante y se cruzó de brazos, adoptando la pose de un niño que no recibía los caprichos que exigía. Puse los ojos en blanco y, reprimiendo una sonrisa, lo tomé de la muñeca y atraje nuevamente su mano hacia mi muslo, satisfecha.

—He dicho que me distraes, cierto —recordé mientras pisaba el freno con suavidad—, eso no significa que quiera que la quites. —Lo miré de soslayo y aparqué.

Exclamé un grito de felicidad al mismo tiempo que elevaba los brazos tanto como el techo me lo permitía. Habíamos adaptado el asiento para que mi vientre no se aplastara con el volante, así que disponía de más espacio para moverme. Dimitri se asomó por la ventanilla para comprobar si realmente el coche no había rozado ninguno de los otros, y también para confirmarme si nos habíamos subido al bordillo. Tras echar ese vistazo, regresó a su asiento con la espalda enderezada y me sonrió con orgullo.

—Has aprobado con matrícula de honor, señorita Miller —apremió.

—¡Gracias! Oh. Pronto podré conducir con una licencia oficial.

—No cantes victoria tan rápido: regresa a la carretera y volvamos a casa.

—¿Qué? ¡He estado más de treinta minutos para aparcar el maldito coche! —bufé.

La felicidad me abandonó igual de rápido que su llegada.

—Únicamente con mucha práctica se logra aprender —contestó, tomando ventaja para arrancar el motor de nuevo—. Nosotros lo sabemos mejor que nadie, ¿cierto?

—Muy gracioso.

Le saqué la lengua porque comprendí al instante la indirecta en sus palabras: sexo, por supuesto. Tan pronto como puse mi concentración en salir de ese minúsculo espacio, el aire circuló con más tranquilidad por mi boca y metí las marchas correspondientes. Me adentré en la carretera principal en cuestión de unos minutos. Conducir con la ventanilla bajada, con la brisa templada del verano tardío acariciándome el rostro y con la persona que más amaba a mi lado, era la sensación más agradable del mundo. Encendí la radio, reemplazando el silencio por una canción que nos sorprendió porque ambos la conocíamos.

Dimitri no tardó en unirse a la voz de Bon Jovi, cantando los coros.

—*It's my life, it's now or never. I ain't gonna live forever!* —exclamó.

—*I just want to live while I am alive* —continué yo.

—*It's my life!* —gritamos al unísono.

Cualquiera que nos viera hubiera llegado a la conclusión de que estábamos locos. Pero ahí residía el secreto de nuestra relación.

La mansión se hizo perceptible poco antes de tomar el desvío de la carretera, y giré en la rotonda para adentrarme en ella. Apoyé la espalda en el asiento y esperé a que la verja de seguridad se

abriera del todo para pasar. Dimitri me había advertido en un millón de ocasiones sobre qué me ocurriría en el caso de que rayara este coche.

La sonrisa que apareció en mi cara habló por sí sola. Me deshice del cinturón y apagué el motor, apeándome del vehículo y suspirando después de estirar las piernas. Había estado demasiado tiempo sentada, mi cuerpo me exigía un intenso masaje de unos minutos. No obstante, Dimitri tenía otros planes.

—No te marches todavía. Jacob puede esperar unos minutos más —supliqué.

Me deshice de los zapatos en el rellano de casa, encarándolo con pena.

—Ya te he dicho que es importante, Catherine. Mi hermano ha conseguido acceder al cúmulo de cuentas privadas que tanto ansiábamos ver. ¿Sabes lo que eso significa? Ver de una vez lo que mi padre nos oculta y lo que lo vincula a Svetlana. Desaparecerán de nuestras vidas si hacemos esto bien y con cuidado. —Ajustó su corbata—. Adiós a las preocupaciones por las posibles exigencias que puedan llegar de su parte.

—Lo sé, pero la reunión es a las ocho y todavía son las seis. Sé que la empresa queda lejos de casa, pero por favor, no me dejes sola todo este tiempo. —Lo aferré de la camisa y lo impulsé hacia a mí a través del pasillo, deteniéndome en la entrada al salón.

Repartí una serie de besos por su mandíbula, consciente de que eso lo provocaría de una manera que lo haría rendirse ante mis súplicas. Me agarré a su cintura para no perder el equilibrio y no tardé en presenciar sus manos viajando hacia mis piernas. Consiguió alzarme entre sus brazos, no sin realizar un esfuerzo que

quedó reflejado en él —yo aumentaba de peso cada varios días— y me miró con resignación.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan caprichosa y retorcida?

—¿Yo? —Parpadeé repetidas veces y anudé los brazos en torno a su cuello—. No sé de qué me estás hablando, profesor Ivanov. Solo estoy pidiendo unos minutos más junto a mi futuro esposo. Creo que eso no me convierte en un ser tan malvado.

Dimitri se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Conoces mis puntos débiles y no dudas en explotarlos. Ese truco lo has aprendido de mí. No solo eres mi novia, prometida, familia y el amor de mi vida. También te has convertido en mi perdición. —Me depositó en el suelo, al lado del sillón, y me besó en la boca—. Me marchó. No me esperes despierta. Puede que tarde mucho en regresar.

—Vamos, quédate. Treinta minutos —insistí, jugando con los botones de su camisa.

—No.

A pesar de la seriedad en sus palabras, no ocultó la sonrisa de satisfacción cuando la tela cedió y me permitió introducir las manos en su interior para acariciar su pecho.

—No... ¿qué? —formulé con un tono seductor.

—Catherine, Catherine... Mi hermano me está esperando —repetió, pero supe que estaba ganando la batalla cuando no me había aferrado por las muñecas para detenerme—. Me matará si llego tarde. Comprende que, por mucho que lo desee, no puedo continuar escondiéndome del mundo entre tus piernas. —Un destello travieso surcó su mirada.

—Nadie morirá por treinta minutos. —Aproveché la distracción para besar sus labios.

Recorrí su boca mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo.

Estábamos a finales de agosto y el temporal tan cálido había comenzado a desaparecer. En su lugar, había sido reemplazado por varias tormentas pasajeras y cielos cubiertos. De vez en cuando, repentinas ráfagas de aire frío asolaban Manhattan. Era el primer año en muchos que sucedía algo parecido. Pero me gustaba.

El frío era otra buena excusa para abrazarlo y para estar cerca de él.

Conseguí desabrochar su camisa por completo y acariciar su pecho desnudo. Había contemplado sus tatuajes en tantas ocasiones que aprendí a memorizar cada uno de sus detalles, recreándolos en mis horas de aburrimiento en un bloc de dibujo. Dimitri había visto mis secretas obras de arte, elogiándome por mi precisión para calcarlo. Al principio, me costó entregarle el bloc porque yo solo dibujaba durante los veranos, el resto del tiempo mi habilidad desaparecía para centrarse en los estudios.

Los besos que repartió en mi rostro y en mi vientre hicieron desaparecer mi inseguridad. Dimitri gruñó tras sentir cómo las mangas de la camisa resbalaban por sus codos y se separó para recuperar el aliento.

—Está bien, está bien. Treinta minutos, señorita Miller.

—Treinta minutos —accedí.

Y ambos caímos al sofá entre risas.

S

Silbé mientras desenredaba mi cabello, procurando no ser demasiado brusca con los nudos. Las gotitas de agua resbalaban por el puente de mi nariz y empapaban el cuello de la camiseta de

manga codo que había elegido para estar en casa. El estampado tenía lunares negros que contrastaban con el rosa pálido de la tela. Era mi prenda favorita. A pesar de haber superado el término de los siete meses, el volumen de mi vientre apenas alcanzaba los treinta y nueve centímetros, aunque eso no eliminaría los casi ocho kilos que había engordado a lo largo del embarazo. Emití un suspiro al mismo tiempo que dejaba el peine sobre el lavabo. Deseaba dar a luz para tener a la niña en mis brazos.

Dimitri se había comportado como un príncipe de cuento de hadas, hasta el punto en el que tuve que recordarle que yo también tenía piernas y manos para servirme. Alegó que estaba practicando para cuando el bebé estuviera con nosotros.

Fuimos de compras con Alexia, quien nos ayudó a seleccionar las mejores prendas para ella..., pero todavía nos quedaba la cuestión de dónde instalarnos. La mayor parte del mobiliario había sido adquirido con relativa facilidad, vaciando una mansión que hasta hacía tres semanas estaba repleta de objetos. Solo contábamos con los dos sillones del salón, la cocina y nuestro dormitorio. El resto de las dependencias de la casa eran simples salas vacías.

Después de ordenar el cuarto de baño —y tras secarme el cabello— regresé a la cama. Dimitri se había marchado hacía tres horas. Yo había cocinado un poco de pasta para cenar y no tenía mucho más por hacer. Me tumbé sobre un costado y rebusqué el teléfono, que debería estar escondido entre las almohadas. Siempre lo colocaba allí.

—¿Cómo va todo, señorita *Ivanova*? —Alexia dijo nada más descolgar.

—Perfectamente. —Me reí, mirando al techo—. Jacob ha llamado a Dimitri para hablar, ambos están compartiendo la misma habitación

desde unas horas y todavía no he recibido un aviso policial alertándome de que se están matando. —En esa ocasión fue Alexia la que exclamó unas sonoras risotadas—. Parece que los dos congenian mejor de lo que todos esperábamos. Eso no quita el hecho de que me sienta nerviosa —mascullé.

—No te preocupes. Nuestros hombres saben lo que están haciendo.

Me senté en la esquina de la cama y coloqué la mano libre sobre mi vientre.

—He estado pensando en mirar casas. No podemos esperar a que el bebé nazca; para ese entonces, debemos tener un hogar estable. ¿Te apetecería acompañarme? Hace bastante que no tenemos una salida de chicas. Un momento. —Hice una pausa e intenté centrar la vista en el calendario del escritorio—. ¿Cuándo empieza la universidad?

—El 12 de septiembre —dijo con claro fastidio—. ¿Sabes? Quizá me quede embarazada para no soportar otro tortuoso y eterno curso universitario de exámenes y prácticas.

Si la tuviera en frente, le hubiera propinado un puñetazo en el hombro.

—Pero me parece bien esa salida. Mándame un mensaje con el día que prefieras —añadió.

—Mañana mismo —señalé—. Mis padres insisten en que estoy cometiendo un error, lo más gracioso es que ellos estuvieron en mi posición hace treinta años. Sé que soy muy, muy joven para casarme y no tengo intención de hacerlo hasta dentro de varios años. Eso demostraría lo sólida que es mi relación con Dimitri, acallaría los rumores de...

Me callé. El teléfono fijo de casa estaba sonando.

—Un momento, Alexia. Me llaman por la otra línea.

—Oh. La señorita es tan importante que tiene dos teléfonos — escuché que decía.

Lo cierto era que ese teléfono lo usábamos bastante poco, casi nunca. Olvidé mi móvil sobre la colcha de la cama y atravesé descalza el pasillo, descendiendo las escaleras con cuidado de no tropezarme. Conseguí aceptar la llamada a tiempo, y apreté el chisme electrónico de plástico en mi oído mientras recuperaba mi aliento.

—¿Diga?

—Catherine, soy Jacob. —Su voz sonaba pausada y estaba acompañada de un incesante ruido en el fondo. Utilicé el respaldo del sillón para apoyar las pantorrillas—. ¿Estás en casa?

—Sí, sí. No me he movido de aquí. ¿Qué sucede?

—Se trata de Dimitri. Ha tenido un accidente.

S

El taxi se detuvo en la entrada de urgencias y se deslizó algunos centímetros debido a la resbaladiza carretera a causa de la lluvia. No consideré la opción de conducir uno de los vehículos de Dimitri por mi estado tan alterado, no quería provocar un accidente de coche con mis temblores y ojos llorosos. El conductor me había intentado tranquilizar, preguntándome sobre lo acontecido y prometiéndome que mi prometido estaría bien. No ayudó en lo más mínimo, aunque se lo agradecí. Incapaz de extraer el dinero exacto que me pedía, tomé los billetes y los coloqué en la palma de su mano. No supe cuánta propina le di a ese hombre, pero tampoco me importó.

Al descender, divisé la inquieta figura de Jacob, que deambulaba en el exterior con un cigarrillo apagado entre los labios y el torrencial de lluvia cayéndole sobre los hombros.

«Dios mío».

El Lower Manhattan Hospital estaba a rebosar de ambulancias que llegaban a cada minuto y que se adentraban con celeridad en el interior del edificio. Ignoré unas visiones que me causarían pesadillas —si lograba conciliar el sueño— y corrí hacia Jacob.

—¿Qué diantres ha ocurrido? ¿Dónde está Dimitri? —pregunté.

—Primero pasemos dentro. Debes resguardarte de la lluvia.

—¡Me importa una mierda la lluvia! ¿Qué ha pasado? —exigí.

—Se encuentra bien. No tiene heridas graves y estoy seguro de que le darán el alta mañana. Has colgado tan rápido que no he dispuesto de tiempo para darte explicaciones. Por favor, pasemos dentro, te acomodas y te diré lo que ha sucedido.

Posicionó una mano en la parte alta de mi espalda y me instó a caminar. No fue necesario comunicarle al guardia de seguridad, emplazado en la entrada, que visitábamos a un paciente. Reconoció el rostro de Jacob y se apartó para que pudiéramos acceder a la amplia sala, la cual contaba con tres mostradores centrales, sillas de espera y los ascensores ubicados a la derecha. Jacob me condujo a través de las escaleras para evitar ascensor, que estaba abarrotado de médicos, enfermeras e incluso camillas, y me ayudó a ascender sin que las suelas de mis zapatos patinasen. Pese a ser las once y media de la noche, el hospital estaba repleto de individuos, algunos al borde la muerte.

Ese pensamiento incrementó el nudo en mi estómago y el temblor en mis manos. Si Dimitri estaba más grave de lo que Jacob había insinuado, me desmayaría ahí mismo.

—Lo han trasladado a la planta VIP —informó mi acompañante, sin apartar la mirada de mi rostro.

—Querrás decir que lo han ingresado —corregí y me aparté de su lado.

Ahí sí tomamos un ascensor hacia la cuarta y última planta.

—¿Cuál de todas es su habitación? —pregunté mientras miraba las puertas cerradas.

—Hace dos minutos estaba en compañía de los médicos. No podemos verlo todavía y no intentes entrar a la fuerza, porque los guardias te echarán de aquí. —Jacob colocó las manos sobre mis hombros y me obligó a encararlo—. Respira hondo, Catherine. Suelta el aire. Tomaremos asiento en la sala de espera, y una vez que estés relajada, te contaré...

—¿Qué parte de «Dimitri ha tenido un accidente de coche» no comprendes? —repliqué. Fue en ese momento cuando abrí las palmas de las manos: había estado con las uñas en mi carne durante varios minutos, sin percatarme—. En un abrir y cerrar de ojos, Dimitri podría haber muerto. No puedo calmarme, no hasta que lo vea y me asegure de que no tiene huesos rotos o un estado crítico. Así que, habla ahora o déjame buscarlo.

Mi discurso atrajo la atención de las enfermeras que transcurrían por el pasillo.

—Enfadándote no harás ningún bien. Por favor, Catherine —suplicó él.

Me sostuvo del codo y me apartó del centro para llevarme hacia dicha sala. Me señaló la puerta que correspondía a la habitación de Dimitri y, durante los pocos segundos que tardamos en acomodarnos en el sillón azulado, centré mi atención en ella, con el deseo de que desapareciera de allí. Padecía de una ansiedad

horrible que me oprimía el pecho y la pequeña se mostraba tanto o incluso más inquieta que yo.

Jacob intentó no descargar todo su peso sobre el hombro derecho, emitiendo un latoso suspiro.

—Nos encontrábamos en mi despacho, conversando sobre los últimos hallazgos. Nos acercábamos cada vez más a las cuentas privadas y al autor de las fotografías, cuando recibimos una llamada por parte de un empleado. Decía que el servicio urgente de correos tenía a su disposición un paquete a nuestro nombre; uno que yo había encargado a través de una dirección de IP distinta para evitar ser rastreado. —Se crujió los nudillos—. Ciertos servicios de mensajería permanecen abiertos hasta las nueve de la noche. Otros incluso hasta las diez. Por ello, no nos resultó extraño que nos llamaran.

—Continúa —dije nada más acabar la frase.

—Nos subimos a su coche y pusimos rumbo a la oficina. Tan pronto como el vehículo dio esquinazo en las cocheras privadas de la industria, otro coche apareció a nuestra izquierda y arremetió con violencia en el lado del conductor —desveló en susurros.

—Si tú también estabas en el coche, significa que...

—Me encuentro bien —interrumpió—. He salido ileso.

Omití su perezosa afirmación para examinarlo, tomándolo con cuidado del cuello. Si mentir fuera una profesión, estaba segura de que hacía unos meses Jacob habría ganado el tributo al mejor empleado. Pero ya no. Tenía unos moretones en el hombro que indicaban que se había golpeado por la repentina colisión de vehículos. Por eso se apoyaba más en un lado que en otro, porque le dolía.

Mis manos cayeron sobre mi regazo, abatida.

—Lo siento muchísimo, Jacob. No me he dado cuenta —balbuceé.

—Como te he dicho, los médicos se han despreocupado de los golpes. No tengo huesos rotos, músculos desgarrados ni contusiones en el cráneo. En cuanto a mi hermano, él se ha llevado la peor parte por situarse en el lado del conductor. Sin embargo, eso no significa que esté mal. —Me tomó de las manos—. Tiene un corte en la frente y un hombro dislocado. Algún que otro arañazo en las mejillas y en el labio inferior, pero eso es todo.

—Bien —asentí, intentando convencerme de ello—. Está bien.

—Sí. Los médicos quieren que permanezca aquí esta noche solo para cerciorarse de que no padezca un traumatismo craneoencefálico. —Acarició el dorso de mi mano derecha con su pulgar—. Alguien nos sacó de la carretera, Catherine. La llamada, el paquete que supuestamente nos esperaba... Alguien estaba preparado para darnos un susto. No quería matarnos. De ser esa su intención, habría aprovechado el impacto para hacerlo.

Jacob pasó las manos por su pelo, todavía húmedo por la lluvia. El mío también goteaba un poquito, no obstante, no me molestaba que quedase adherido a mis mejillas ni a mi nuca. La misma persona que nos había estado siguiendo durante algunas semanas, la misma a la que Bartholomew le mandaba dinero. Ese individuo —mujer u hombre— y algún contacto interno de la industria sabía lo que Dimitri y Jacob planeaban. La pregunta estaba preparada para ser formulada, pero quedó atascada en mi garganta: los dos doctores de cabello castaño abandonaban el dormitorio de Dimitri y se dirigieron a la sala de espera. Me levanté, olvidándome del problema por unos minutos.

—Asumo que usted es la prometida del señor Ivanov —dijo uno de ellos.

—Jacob nos ha comentado que iba a buscarla a la entrada agregó el segundo.

—Sí. Me llamo Catherine. —Me crucé de brazos—. ¿Cómo está Dimitri?

—Fuerte como un roble: se ha negado a que le administrásemos la dosis necesaria de anestesia para suturar el corte en su frente. Se ha conformado con un relajante. Respecto al hombro, lo hemos recolocado y vendado para impedir que realice esfuerzos. Tendrá que pasar la noche ingresado para estudiar su evolución —informó el primero.

—Gracias a Dios —musité—. Quiero verlo, ¿es posible?

—Por supuesto —accedió el otro—, y procure estar tranquila, Catherine. Por su embarazo.

No contesté a su recomendación porque no lo consideré necesario. Me tranquilizaría en apenas unos instantes. Tampoco esperé a Jacob. Al comprobar que no me seguía, di por supuesto que se quedaría en la sala de espera para darnos un poco de privacidad.

Mis mejillas se bañaron en lágrimas tan pronto como lo vi: Dimitri estaba sentado en la cama, con la mano izquierda extendida sobre su regazo mientras probaba a mover los dedos. Una especie de tirita blanca le rodeaba parcialmente la frente, más próxima a la sien. Centró la vista en mí cuando escuchó mis pasos. Él se habría incorporado de no ser porque crucé los escasos centímetros que nos separaban prácticamente corriendo.

Dimitri me recibió con el brazo derecho abierto para estrecharme con brío; apoyó la cabeza en mi hombro y se relajó. Mis lágrimas humedecieron su bata de hospital, pero Dimitri continuó acariciándome el cabello con la mano libre, esperando a que me desahogara con el llanto.

—¿Cómo estás? —Logré pronunciar al apartarme.

Lo sostuve con mucho cuidado de las mejillas y parpadeé para alejar las lágrimas.

—Bien. Dentro de lo que cabe, estoy bien. —Ladeó parcialmente el rostro hacia el dorso de mi mano y abandonó allí uno de sus besos pequeños y dulces. Suspiró.

—Me has dado un susto de muerte. Cuando he escuchado la palabra «accidente», me he imaginado lo peor. —Limpié otra de mis muchas lágrimas, cohibida por la intensidad con la que él me contemplaba. De repente, en sus labios se asomó una amplia sonrisa. No correspondí como a él le hubiera gustado, evidentemente—. No sé de qué te ríes.

—No lo estoy haciendo. —Sacudió la cabeza con lentitud.

—Tampoco es momento para sonreír. Jacob me ha dicho que el accidente estaba planeado. —Dimitri aprovechó que estaba centrada en los moretones de su rostro para acercarme a él y deslizar el brazo sano por mi cintura—. Hay alguien dentro de la industria que sabe lo que estáis haciendo, y no me gusta. Parad todo —supliqué.

—Ya estamos involucrados, Catherine.

Quise reprochar, pero me silenció al acariciarme el labio inferior.

—No hemos encontrado nada de valor. Las direcciones nos llevaban a otras direcciones, y así sucesivamente. Quien nos ha intentado sacar de la carretera lo tenía planeado desde hace mucho. Cambiamos los turnos de los empleados cada mes, lo mismo con la seguridad. Él o ella sabía nuestros horarios para el mes de septiembre, los cuales Jacob entregó hace dos semanas. — Lentamente se fue recostando en la almohada—. Creo que el

médico sí me ha suministrado más tranquilizantes de los esperados —musitó.

Lo ayudé a tumbarse, acomodando la almohada que descansaba bajo su cuello. Dimitri emitió varios quejidos cuando tuvo que mover el hombro izquierdo y aproximé el sillón de la esquina hacia la camilla. Las habitaciones VIP se diferenciaban de las normales solo porque no eran compartidas, y porque contaban con equipos de mayor calidad. Utilizaría el sillón plegable para pasar la noche a su lado, ¡qué demonios! Aunque esta habitación no tuviera un lugar para mí, me quedaría igualmente de pie durante el tiempo que fuera necesario. Sostuve mi vientre antes de tomar asiento porque estaba cansada.

Dimitri también se percató de ello, la expresión de culpabilidad contrajo su rostro.

—No pienso marcharme a casa, si es lo que estás pensando —me adelanté.

—Estarás más cómoda en una cama que en un sillón.

—Me quedaré donde estás tú —sentencié y me incliné hacia delante—. Te conozco, y sé que nunca confirmarías nada sin tener pruebas físicas. ¿Cómo estás seguro de que la persona del accidente tuvo acceso a los horarios? ¿Sospechas de alguien? —pregunté.

—Sí, hay alguien que ronda por mis pensamientos desde hace unas horas: mi padre.

La temperatura de la habitación pareció descender. Me enderecé.

—Sé que Bartholomew ha cometido actos crueles, pero ¿esto? —susurré, estupefacta.

—En realidad, tiene lógica: mi padre me detesta desde el día en el que nací. Eres afortunada, tienes la suerte de contar con una familia

que te ha querido desde pequeña, y sé que nunca has conocido a nadie que haya estado en una situación como la mía. Pero no todas las familias son como la tuya. Hay madres que abandonan a sus hijos, padres que envían a sus pequeños a un internado para no verlos o monstruos que los maltratan porque sí.

—Estamos hablando de intentar asesinarte, Dimitri. Un delito más grave que...

Él extendió una mano para tomar las mías y las acarició mientras hablaba.

—Siempre me he preguntado por qué mi padre insistió tanto en mi casamiento con..., bueno, con Svetlana. Desde esa noche de hace una década, su actitud hacia mí se endureció más de lo habitual. Mi padre mató indirectamente a mi madre, solo porque estaba harto de un matrimonio que le estorbaba. Yo me incluyo en dichos estorbos. Se ha burlado de mí en público, me ha ridiculizado en medios de televisión. Me ha pegado y un sinfín de suplicios más, durante mis casi veintisiete años. —Entrecerró los ojos—. Él tiene algo que yo estoy a punto de descubrir y hará lo que sea necesario para que no lo haga. Me ha mantenido coaccionado bajo amenazas, y no se separaba de mí en la empresa... por algún motivo. Me tiene miedo, Catherine. Las personas reaccionan de manera muy diversa ante ese sentimiento: la gran mayoría huye o se afronta a su pánico. La minoría opta por eliminarlo. —Su mirada regresó a mí—. No pienso achantarme. Ya no más. Mary no querría verme bajo su control para el resto de mi vida. Joder, no quiero verte a ti en esta situación. Nunca. Antes preferiría alejarte de mí. —No estaba bromeando.

—Estamos comprometidos, en lo bueno y en lo malo.

—Ahora sí que quiero reírme, y no precisamente porque me divierta.

Me incorporé del sillón y me acerqué a su boca para besarle con mucho cuidado. El corte en su labio superior era enano, un simple arañazo si lo comparaba con lo demás, y pese a mis esfuerzos para no causarle daño, Dimitri se empeñó en besarme más.

—Gracias por cuidar de mí, *mon amour*. —Su voz estaba más adormilada que antes.

—No tienes que agradecerme. Tú llevas cuidándome desde siempre.

Mantuvo una mano extendida hacia mí a lo largo de la noche. Después de dormirse, Jacob entró al dormitorio para preguntarme qué tal estaba. Solo tras prometerle que me encargaría de llamarlo por la mañana, él salió del hospital y se marchó a casa. Imaginé la reacción de Alexia al enterarse del accidente —no colgué después de recibir la llamada— y me estremecí por ello. Una enfermera entró solo para informarme de que estaría durante toda la noche despierta, por si la necesitaba. Le agradecí su preocupación y, tan pronto como me quedé en silencio, también me dormí.

Lo divertido vino al despertar, porque Dimitri no podía vestirse ni desnudarse por sí solo. Llevaba la ropa interior puesta, sí, pero los pectorales al desnudo y sus quejas por sentirse como un niño pequeño me alegraron la mañana.

Los médicos le realizaron una última prueba —un simple TAC craneal— para asegurarse de que era seguro darle el alta, y en cuanto los papeles estuvieron firmados y Dimitri listo para marcharse, llamamos a un taxi. Durante el camino a casa, me desveló que procuraría tener el próximo encuentro con Jacob en pleno día. Si algo ocurría, habría testigos. A pesar de mis insistencias en que permaneciera en casa hasta que su hombro estuviera del todo recuperado, Dimitri alegó que debía solucionar los

problemas con su padre lo antes posible. No pronunció su auténtica preocupación en voz alta: quería arreglarlo antes del nacimiento.

—Puedo caminar por mi cuenta —aseguró una vez en la entrada.

Ignoré su comentario y le indiqué que pasara un brazo por mis hombros para ascender los escalones de piedra muy despacio. Mientras él pasaba a la cocina y se desprendía de la chaqueta que reposaba sobre sus hombros, padecí la extraña sensación de que alguien me observaba. En realidad, la calle estaba desierta, sin vehículos estacionados o individuos paseando por la acera.

Deseché la idea. Probablemente había sido por culpa de mi ajetreada imaginación.

SEMANA 32



Catherine

Dimitri tiró de mi muñeca mientras paseábamos por Central Park. El helado de chocolate resbaló de mis dedos e, inevitablemente, cayó a mis pies. La brillante capa de charol de mi calzado no quedó ensuciada, sin embargo, mi apetito me gruñó por haber perdido la tan codiciada comida.

Dimitri tenía una reunión con Jacob, pero antes de ir a su apartamento del Upper East Side, me pidió que diéramos un tranquilo paseo. La tonalidad caramelo que bañaba el horizonte encajaba con la tranquilidad del agua del estanque. Esa tarde no soplaba viento y los árboles estaban todavía teñidos de color verde manzana. Central Park estaba apacible y solitario, para ser las seis y media de la tarde de un día de verano.

Tan pronto como Dimitri se marchara, la charlatana de mi amiga aparecería por The Mouse —una nueva cafetería—, y pasaríamos juntas el resto de la noche hasta que Dimitri me avisara de que había terminado y fuera a casa de Alexia a buscarme.

Regresé al presente en cuanto sentí que Dimitri extraía de su bolsillo un billete y se preparaba para acercarse al puesto de helados otra vez.

—Ah. No, ahora no quiero otro —repliqué, todavía a unos centímetros de su rostro.

Supuse que había tirado de mí para que los ciclistas no me arrollaran.

—Apuesto a que Alexia cocinará un manjar, y me alimentará como un cerdo que está seleccionado para el matadero. —Aquella comparación me entristeció. Últimamente, lloraba demasiado por cualquier nimiedad, ya fuera una noticia en televisión o un párrafo emotivo entre las páginas de un libro—. Gracias por acompañarme, profesor Ivanov.

—Pasarán años y continuarás llamándome de ese modo. —Me sonrió.

Me alcé sobre mis puntillas para besar sus labios, los cuales sabían a vainilla.

Dimitri envolvió mi cintura con los brazos y me apretó tanto como le fue posible; estábamos en mitad del camino que daba al estanque de los patos. Una risilla escapó de mi control al mismo instante en el que él mordió un poquito mi labio inferior antes de separarse. No lo mencionó, pero supe que había llegado la hora de encontrarse con Jacob.

A pesar del consejo del médico, que le había recomendado que no realizara ningún tipo de esfuerzo, mi pertinaz prometido se había cansado del vendaje e ignoraba las restantes punzadas de dolor.

—Te llamaré nada más terminar —recordó y me acarició la punta de la nariz.

—Lo sé.

—Procura que Alexia no cocine con picante.

—No comeré nada que no sea natural —insistí y ladeé el rostro a la derecha.

La doctora Keller nos había mandado por correo electrónico una lista de alimentos y ejercicios que podría realizar para no incrementar demasiado de peso y para reducir el riesgo de padecer enfermedades provocadas por la mala alimentación. La había memorizado de las veces en las que la leía al cabo del día. Dimitri, también.

Lo acompañé en silencio hacia su coche, con mi brazo anudado al suyo, y me dio otro beso al alcanzarlo. Si no fuera porque estábamos a solas, Dimitri no habría puesto la mano sobre mi trasero.

—Tened muchísimo cuidado —supliqué, mirándolo a los ojos—. No salgáis a ningún sitio, y no aceptéis ninguna llamada desconocida. Mantenme informada de todo puesto que tendré mi teléfono activo durante toda la noche. —Dejé que me besara los nudillos.

—No me he olvidado de tus requisitos, *mon amour*. Nos vemos luego.

Una vez que su vehículo desapareció junto a la multitud de coches, me dirigí a The Mouse con paso acelerado. De camino, le envié un mensaje a Alexia para pedirle que no llegara tarde porque la cafetería tendía a llenarse. The Mouse había ganado fama en las últimas semanas gracias a sus pastelillos de frambuesa y chocolate, acompañados de la fabulosa cocinera que preparaba cenas desde las siete de la tarde y hasta las diez de la noche. De todos sus platos, mi favorito era la carne de ternero acompañada de zanahoria. Había sido mi hermano quien me informó de que una amiga de su infancia llamada Samantha trabajaba con su familia en The Mouse, y prácticamente me ordenó que probase la comida por él.

—Una mesa para dos —indiqué a la camarera de ojos claros y cabello castaño cuando llegué a mi destino.

—Por supuesto, Catherine —contestó Samantha—. Ya tienes tu sitio reservado.

—Qué extraño. Alexia todavía no ha respondido a mi mensaje.

—No ha sido necesario: sé que os gusta sentaros al lado de la ventana, aquella que da a la pequeña plaza. —Si algo caracterizaba a Samantha, era su espléndida memoria. Solo habíamos estado ahí tres veces y ella ya había memorizado nuestros pasteles preferidos y el sabor de los batidos que solíamos pedir—. Por cierto, ¿cómo está tu hermano?

—Sumido en la ajetreada vida de un californiano —me burlé—. Te manda saludos.

—Lo suponía. —Samantha me guio a través del pasillo adornado de guirnaldas.

The Mouse contaba con cuatro dependencias, cada una era de distintos colores. Aquella situada al lado de una plaza con rosas era la de tonalidad lila pastel, que se veía como una habitación más púrpura. Tomé asiento en el asiento acolchado y le pedí uno de sus célebres batidos de chocolate con nata montada. Alexia tardaría en llegar y mi estómago rugía lo suficiente como para ser algo vergonzoso. La noche anterior, mi amiga se había puesto en contacto conmigo para preguntarme si me apetecía tener una noche de chicas. No se molestó en adornar el mensaje con sus característicos emoticonos, pero sí me resultó... graciosa, la manera en la que se refirió a la última película de *Los piratas del Caribe*.

—Lo tendrás en cinco minutos. —Samantha me informó y se marchó, sonriente.

Dispuse de tiempo para tomarme tranquilamente el batido y para contestar a los últimos mensajes que mis padres me habían mandado. Alexia estaba desconectada desde hacía más de una hora, lo cual me resultaba inusual. Removí la cucharilla de metal, con el codo derecho apoyado sobre la mesa y el móvil a unos centímetros de mis ojos. ¿Sería Alexia capaz de plantarme sin darme un aviso? Mi dedo pulgar se paseó encima del símbolo de llamada, dudando sobre qué hacer. Tampoco pude tomar una decisión, porque su número apareció en mi pantalla a los dos segundos y me sobresalté.

—¿Acaso estabas leyéndome el pensamiento? —me burlé, recostándome en la silla.

—Buenas tardes, señorita Miller. Leer sus pensamientos no entra en mis capacidades.

Una voz masculina inundó mi oído, causando que soltara el bolígrafo. No, no portaba conmigo una libreta o un estuche. Perteneecía a Samantha, lo había olvidado aquí.

—¿Quién eres? —pregunté con voz trémula, clavando la vista en mi mano.

—Las preguntas serán resueltas con posteridad.

—Tienes el móvil de Alexia. Si me está gastando una broma, dile que no tiene gracia.

—Su amiga no está conmigo, afortunadamente. —Su voz era profunda pero rota—. Alexia Carter perdió su teléfono hace un día, mientras practicaba deporte en este parque... Tan sumida estaba en sus pensamientos y en la música de su MP4 rosa chillón que no se percató del momento en el que su móvil se desprendió de su mochila —explicaba los acontecimientos con demasiados detalles, como si hubiera estado allí—. En realidad, no se precipitó al suelo

por accidente. Dio la casualidad de que necesitaba que su amiga la citara aquí, y tenía que hacerme con su teléfono con mucha urgencia —añadió.

Mi primer instinto me obligó a recorrer la estancia en la que me encontraba, creyendo que hallaría a ese desconocido observándome desde la ventana de la plaza. Tuve la urgencia de incorporarme y echar a correr hacia la estancia contigua, donde el ruido, las voces y las carcajadas de otras personas ahogarían parcialmente mi preocupación.

Pero, una vez más, me quedé anclada en el asiento por las palabras del hombre:

—La estoy mirando desde un punto en el que usted no puede verme. Lleva una camisa blanca con volantes en los hombros, y su pelo trenzado me permite observar los tres lunares situados en su nuca, concretamente, a la izquierda. —Mis dedos se trasladaron al instante hacia ese punto, hundiéndose en mi piel—. Oh. No se asuste de mí, Catherine.

Conocía mi nombre, mi localización y la ruta que Alexia usaba cada mañana.

—Le prometo que, si coopera conmigo, no habrá nada de lo que lamentarse —agregó.

—Estoy en una cafetería repleta de personas. Pienso llamar a la policía.

—Me temo que estaría cometiendo una gran equivocación — escuché cómo se separaba del móvil y tecleaba algo para mí, puesto que noté la vibración de un mensaje. Sentí que se echaba a reír, probablemente me veía agazapada en el asiento, temblando—. Avisar a los medios de seguridad de esta llamada le costaría un

inmenso precio. Revise las imágenes que acabo de mandarle, por favor. Verá que no estoy hablando en vano.

Por muy tentadora que fuera la oferta de colgarle, mantuve la llamada activa durante los minutos que tardé en entrar a la aplicación de mensajería y examinar las fotografías. Contuve la respiración al reconocer el vehículo de Dimitri, estacionando frente al apartamento de Jacob, seguida de otra imagen en la que mi prometido se encontraba con su hermano en la puerta del edificio. Dimitri llevaba la misma ropa de hacía una hora. El desconocido de la llamada era la persona que nos había estado siguiendo.

—La noto demasiado callada, Catherine —bromeó.

—¿Qué es lo que quieres? —Me negaba a tratarlo de usted; aquello supondría mostrarle un respeto que no sentía—. Nos acosas desde hace meses; sin importar dónde o con quién nos encontramos. Si estás buscando dinero, lo único que encontrarás es...

—Catherine, no necesito el dinero manchado de sangre de tu prometido. Lo que exijo que hagas es recoger tus pertenencias de la mesa y levantarte. Despídete de la simpática camarera y págale el dinero correspondiente. No le pondrás fin a esta llamada ni alertarás a nadie de lo que está ocurriendo. De lo contrario, es posible que Dimitri termine la noche en una camilla de la morgue. —La seriedad y la maldad con la que pronunció esa última frase me obligaron a enderezar la espalda—. Obedéceme, Catherine.

Mi mente actuó con celeridad. Sostuve el bolígrafo de nuevo, ignorando el tembleque que dominaba mis muñecas. Utilicé una servilleta limpia para anotar una pequeña pero importante nota, consciente de que ese hombre no lo vería. Había descrito mi indumentaria desde atrás, lo que indicaba que no se daría cuenta de

ello. Escondí la totalidad de la servilleta bajo la palma de mi mano izquierda y la arrastré hasta que la sentí en mi regazo. Coloqué temporalmente el móvil sobre la mesa y extraje el dinero.

—Así me gusta —apremió cuando reubiqué el teléfono sobre mi oído.

«Mantén la calma, Catherine», me ordené mentalmente mientras caminaba.

La calidez presente en la estancia principal me abrumó, las carcajadas de las parejas o el sonido procedente de las máquinas situadas detrás del mostrador agravaron mi ansiedad; me tuve que apoyar en el mostrador de mármol. Samantha iba y venía con las prisas típicas de una camarera que debía atender a diez clientes en menos de un minuto a cada uno. Sin embargo, no confiaba en otra persona de The Mouse para darle a Dimitri la nota de mi servilleta. Ignoré el intento de otra camarera por atenderme y aguardé con demasiada impaciencia a que Samantha se acercara a mí, con la frente sudorosa.

—¿Qué ocurre con Alexia? —preguntó, aceptando mi dinero.

—Le ha surgido un inconveniente de última hora. No podrá asistir.

—Ella se lo pierde. —Le restó importancia con un gesto.

Me recordé que el desconocido estaba escuchando la conversación; me repetí que si metía la pata al suplicarle que se pusiera en contacto con Dimitri, este acabaría mal.

—Por cierto, antes de marcharme, quería darte una propina por todas las veces en las que me has colado a The Mouse, incluso cuando había mesas reservadas —mentí. Nunca había hecho eso, pero lo usé como pretexto para entregarle la servilleta—. Te agradecería enormemente que aceptaras mi dinero. Por favor —

supliqué en el mismo instante en el que ella leía, horrorizada, mis palabras—. Muchas gracias, Sam. Hasta mañana.

Avancé a través del gentío hacia el exterior, ignorando sus intentos por detenerme.

Empujé las puertas de cristal con un brazo, tomé una profunda bocanada de aire impregnándome del aire gélido que poco a poco dominaba Manhattan y analicé el rostro de quienes paseaban con celeridad de un lado a otro. Un anciano que paseaba a su golden retriever, un grupo de mujeres charlaban sobre las compras realizadas...

—Avanza hacia el vehículo gris de matrícula BRS 4581 —ordenó a continuación.

—No entiendo por qué me estás obligando a hacer esto —musité.

El coche estaba aparcado al otro lado de la carretera, tenía que cruzarla.

—Estoy embarazada de siete meses. —Utilicé la baza del bebé, creyendo que aquello le ablandaría el corazón—. Por favor, no me separes de mi prometido a tan poco tiempo de que el pequeño venga al mundo. Sea cual sea el problema, estoy segura de que se puede dialogar en persona, sin necesidad de... de recurrir a las amenazas —insistí.

—Si vuelves a contradecirme, te juro que tu hermano también sale perjudicado.

El semáforo para peatones se tornó verde después de su frase, y mis pies se pusieron en movimiento sin que yo fuera consciente de ello. Pese a no sentir más debajo de mis rodillas, la ansiedad por pensar que Patrick también estaba siendo vigilado me sirvió de valor para alcanzar la manilla negra del coche. No necesité preguntar para saber que la puerta estaba abierta. Esperé a que los taxis

avanzaran antes de abrirla y deslizarme en su interior, tomando asiento en un lugar adaptado para mi embarazo. Mi vientre no se aplastó en el volante, ni mis pies se quedaron en el aire, sin alcanzar los pedales.

—Ya puedes colgar. —La voz sonó desde los asientos traseros.

Ahugué un grito y me cubrí la boca con la mano. Mis ojos se trasladaron al espejo retrovisor, aunque no identifiqué su rostro por culpa de la ausencia de luz.

—Dame el teléfono —exigió, quitándomelo de las manos antes de reaccionar.

—Si estás aquí para hacerme algo, te suplico que lo pienses detenidamente.

—Tranquilízate, Catherine —escuché un extraño sonido y, cuando quise darme cuenta, la pantalla de mi móvil se había hecho trizas. Aprecié cómo el extraño le quitaba la batería, sacaba la tarjeta SIM y bajaba la ventanilla para arrojar las piezas a una maceta—. Estoy aquí únicamente para cerciorarme de que no te dirigirás a una estación de policía o a la casa de tu cuñado. Los planes siempre terminan bien cuando te ocupas de ellos en persona.

Se acomodó en el asiento central trasero y se abrochó el cinturón.

—La seguridad es lo primero. —Dio un leve tirón a mi cinturón y me apresuré a atarlo. Posteriormente descansé las manos en el volante, consciente de lo que vendría a continuación—. Sé que aprobaste el *carnet* de conducir hace dos días, por ende, tienes licencia. Seguirás mis indicaciones al pie de la letra, ¿entendido? —inquirió.

—Sí.

—Entonces, arranca y gira a la izquierda en la primera calle.

Cumplí a la perfección con su primera exigencia, adentrándome en los vehículos del carril más cercano. El desconocido no apartó la

mirada de mis movimientos; vigilaba y controlaba que no me desviara de las calles que él mencionaba: Madison Avenue hasta alcanzar el puente que conectaba con Melrose, seguida por Third Avenue y tomando el desvío a la derecha por Forest Houses. Pasamos por Charlotte Gardens, y mi información sobre las siguientes calles era tan escasa que en breves me sentí perdida.

El hombre se mantenía en silencio, y mi ansiedad por echarme a llorar acrecentaba. La calle por la que íbamos continuaba en línea recta, pero él me ordenó torcer tantas veces que las viviendas de varias plantas se vieron reemplazadas por tramos de descampados. Nos alejábamos de Manhattan, el centro de la ciudad quedaba atrás y el vehículo se vio engullido por la oscuridad.

La noche cayó, era cerrada y solo las luces que proyectaba el coche iluminaban la carretera. El número de gasolina empezaba a descender. Había conducido durante... ¿cuánto exactamente? ¿Una hora y media? Mis párpados pesaban y los dedos de mis manos se agarraban al volante con tanta firmeza que parecían de plástico.

—Necesito descansar —musité, haciendo una mueca con los labios.

—Después. Aún nos queda una hora más de trayecto y no podemos entretenernos.

Esas fueron las últimas palabras que escuché de él. Intenté distraerme con el paisaje, cada vez más verde, pero mi mente regresaba constantemente a la nota de la servilleta:

No leas esto en voz alta.

Dile a Dimitri que estoy en serios problemas.

Alguien me está forzando a irme. Nos vigila.

Este es su número.

C.

No disponía de mucho tiempo para desarrollar con detalles el origen de la llamada y lo que ese tío me estaba diciendo. La expresión de Samantha había reflejado un pánico que llevaba sintiendo desde hacía... Dios mío, más de tres horas. Los dolores en múltiples puntos de mi cuerpo me hicieron disminuir la velocidad, y me alegré después de no obtener una reprimenda. Él tenía su propio teléfono y compartía diversos mensajes con alguien desde hacía quince minutos. Supuse que estábamos cerca, aunque... ¿de dónde, exactamente? La carretera asfaltada quedó atrás, viéndose reemplazada por una calzada de barro y piedras, y noté cómo ese desconocido se acercaba a mi oído.

—Detente aquí. —Su tono de voz era divertido, como si acabara de contar un chiste.

Si no fuera porque estaba embarazada, habría provocado un accidente.

Saqué los intermitentes —inútiles, porque no había ningún otro coche— y solté el acelerador para aplastar la suela del zapato en el freno. Cuando retiré las manos del volante, mis dedos correspondieron estirándose por sí solos y posándose sobre mi vientre.

—Has sido una buena chica, Catherine. —De nuevo, empleó la burla, imitando al dueño de un animal que elogiaba a un perro que se había comportado con excelencia.

—Si tardo mucho en regresar a casa, mi desaparición empeorará tus problemas.

—¿Quién ha dicho que ibas a volver esta noche? —insinuó.

Se apeó del vehículo y se apoyó contra mi puerta, impidiendo que saliera. Aproveché la escasa privacidad para hundir el rostro entre mis manos y respirar con rapidez. Me había sacado de la ciudad por un propósito, uno que duraría varios días o semanas. Él me conocía, nos conocía, hasta el punto donde sabía nuestras actividades diarias.

La bocina de un nuevo vehículo sonó desde el otro extremo del camino, deteniéndose a un lateral. Enderecé mi espalda para apreciar a la persona que se encontraba en ese coche. Las cientos de noticias sobre chicas desaparecidas y violadas vinieron a mi cabeza.

—No es posible —susurré al reconocer el rostro de la otra participante.

La puerta se abrió de repente y noté cómo el extraño cernía sus dedos en mi antebrazo; forzándome a retirar el cinturón si no quería hacerme daño. También me bajé del coche, continuamente sujeta por el desconocido, pero mi atención no se centró en su rostro porque las luces del vehículo de ella incidían directamente en sus facciones varoniles. Me centré en las botas de tacón de la última persona que esperaba ver en un momento como ese.

—No nos ha seguido nadie —informó él—. Estamos seguros.

—Bien. Súbela a mi coche y pondremos rumbo a la casa —indicó Svetlana.

Nuestras miradas se encontraron, y las chispas saltaron como fuegos artificiales.

—No me mires así, Catherine. —El reproche no compartía el tono del hombre. Si acaso delataba la intranquilidad e inseguridad que sentía por dentro—, eres mi última baza.

—¿Para qué? —Me atreví a preguntar, luchando contra la mano del chico.

—Para todo —sentenció.

Y lo último que aprecié fue una venda sobre mis ojos.

SEMANA 33



Catherine

Nunca habría imaginado que algo así me ocurriría.

En líneas generales, los malos acontecimientos —como un accidente de coche, el diagnóstico de una enfermedad, el asesinato de una celebridad o el secuestro de ciertos viajeros— solo sucedían en la pantalla de televisión que tenía en casa; con esas personas que acudían a los platós televisivos y noticieros para solicitar dinero destinado a la investigación de una enfermedad poco conocida. Jamás me consideré dentro o, mejor dicho, partícipe del mundo horrendo que aparecía en las noticias día tras día. Yo no era la única que pensaba de ese modo, en realidad, todos albergaban la esperanza de que sus familiares no fueran diagnosticados con una enfermedad terminal, que la velocidad de otro coche en la carretera no les arrebatara la vida o que los adolescentes que tenían en sus casas llegaran de una pieza a altas horas de la noche, y no después de haber sido violados o dado por desaparecidos. Había estado pensando en lo ignorante y descuidada que había sido desde que me adentré en mi nuevo dormitorio, repitiéndome de manera cansina que me había confiado demasiado en mis tontas ideas. Pensaba que no saldría perjudicada por lo que fuera que Dimitri

hiciera, porque suponía que no era un asunto de vida o muerte; simplemente un revés que solucionaríamos juntos.

La realidad me había atizado con fiereza, recordándome que yo vivía en el mismo cruel y dolorido mundo que el resto de los individuos. Lentamente fui cerrando la tapadera del libro que me había mantenido ocupada en la última hora y descansé la cabeza contra la pared de mi izquierda. El marco metálico de la ventana quedaba a unos centímetros del colchón, y también de la punta de mi nariz, invitándome a abrirla para disfrutar del frío que lentamente se estaba apoderando de las temperaturas.

No lo hice.

La manta de pelo me cubría hasta la altura de mi vientre, protegiendo aquello que me daba fuerza de voluntad para soportar los prolongados días de soledad y de distanciamiento. Si mis cálculos no eran erróneos, habían transcurrido diez días desde que abandoné Manhattan, con las esperanzas depositadas en una mera servilleta con manchas de bolígrafo. Estaba segura de que Dimitri me buscaba; también mis padres y mi hermano. Ellos estarían preocupados por mí, y mi ansiedad se duplicaba al saber que no podría aliviarlos.

Habíamos realizado dos traslados desde la primera localización, siempre vendada y oculta en los asientos traseros para impedir que memorizara las rutas que tomaban. La estancia más extensa se producía en esta extraña casa de campo, aislada de la población y de cualquier ruido de vehículos. Svetlana pasaba la mayor parte del tiempo conmigo, y se aseguraba de que dispusiera de casi todas las comodidades que podría necesitar. Mis prendas estaban en el armario –literalmente, eran mías– y el dormitorio tenía un cuarto de baño que podía utilizar siempre que quisiera. Por supuesto, su

mobiliario era escaso: una bañera y un inodoro, nada más. Habían retirado el espejo, el lavabo y las anillas metálicas de las que tendría que pender el papel higiénico. También, las que correspondían a las toallas. Solo tenía una alfombra en la que posar los pies descalzos.

Respecto a la habitación en sí, delante de la puerta se encontraba la cama, con varias cubiertas que impedían que la gelidez de la noche me helara el cuerpo. El armario y la estantería constituían los otros dos muebles de la pequeña estancia. Supuse que, gracias a los conocimientos de Svetlana sobre mis gustos, los estantes estaban colmados y a punto de doblarse por títulos de sagas que adoraba. Quería pensar que no me equivocaba, porque la otra alternativa sería que ambos me habían estado espiando durante los últimos meses. Reubiqué la almohada debajo de mis talones y estiré las piernas, notando mis pies levemente inflamados. El ejemplar de *La historia interminable* de Michael Ende resbaló por mis muslos hasta la colcha, reposando con la carátula a la vista. Tenía que encontrar una manera de salir de allí cuanto antes, pero desconocía cómo empezar.

—Mamá está contigo —susurré a mi vientre, acariciándolo con las dos manos.

Mis ataques de ansiedad regresaban durante las noches, es decir, a la misma hora en la que mis secuestradores —porque eso eran— se encontraban juntos en el salón.

En los últimos diez días, había aprendido más sobre Svetlana y sobre Jeremy —así se llamaba el chico— que en el año de amistad que compartí con ella. Ambos eran hermanos y, aunque me sorprendió al principio, después me repetí que era lógico que Svetlana recurriera a alguien de su familia para una tarea como esa. Aún desconocía por qué y con qué propósito me habían arrebatado

de los brazos de Dimitri y de mi hogar. Las preguntas no funcionaban con Svetlana, mucho menos con Jeremy.

El ruido de los pasos acercándose por el pasillo me obligaron a enderezar la espalda y a cernir los dedos en el bordillo de la manta. La manera en la que Jeremy me contemplaba despertaba las náuseas y el pánico, era evidente lo que pasaba por sus pensamientos y también el motivo por el que no lo llevaba a cabo: el embarazo. Mis oídos prestaron atención al tintineo que emitían las llaves mientras Jeremy abría la puerta. Por si mi confinamiento en una casa de campo en mitad de la nada no fuera suficiente, la puerta de madera de la habitación tenía la cerradura de hierro más ostentosa y complicada que había visto jamás. Fabuloso.

—La comida —anunció mientras desplegaba la mesa de plástico y la acercaba a la cama.

Siempre imitaba el mismo procedimiento y colocaba la bandeja en la superficie, que no era plana ni estable. Jeremy no me dejaba en paz durante los desayunos y comidas (a él le correspondía ese horario, a Svetlana las meriendas y cenas), sino que se apoyaba en el marco de la puerta y esperaba con una paciencia envidiable a que terminara mi comida. La bandeja de ese día llevaba un simple puré de patatas, trozos de zanahoria y las sobras de carne de la noche anterior. Miré con recelo el cuchillo y el tenedor, ambos de plástico para anular mis intentos de usarlos como defensa. Mientras masticaba con lentitud el alimento, sopesé la posibilidad de sacar algún tema de conversación que incitara a Jeremy. No podía quedarme ahí por más tiempo, la doctora Keller nos advirtió de los riesgos que habría en la etapa final del embarazo, ya que el parto podría adelantarse.

Jeremy desapareció unos tres segundos de mi vista y regresó con un periódico.

—Diría que esta no es tu foto más favorecedora —comentó, mostrándome la imagen.

Me reconocí en la portada de The New York Times: la foto era de este verano, precisamente de la última fiesta de cumpleaños que celebré en el patio comunitario de casa. Llevaba puesto el vestido de color marfil, aunque la imagen estaba en blanco y negro.

—Las conexiones de tu prometido me siguen sorprendiendo —masculló.

Era la primera vez que Jeremy hablaba de Dimitri, o de un tema en general.

—Te advertí de que estabas cometiendo una equivocación —dejé el cubierto en el plato, consciente de que había perdido el apetito y que este no regresaría—. Me buscan.

—Y lo seguirán haciendo hasta que me dé la gana —replicó.

—No pienses que estaré eternamente escondida a los ojos de los vecinos. Me vendáis en el vehículo, cierto, pero eso no impide que otros coches os vean el rostro, capten las matrículas de los coches que utilizáis o alerten a la policía —reprimí una sonrisa.

—Hablas como si Dimitri supiera que nosotros hemos sido los causantes.

—No has leído el artículo. —Las palabras salieron de mis labios antes de lo previsto.

En los tres primeros renglones del párrafo situado debajo de mi foto, confirmaban la identidad de los principales sospechosos. Sus nombres, mecanografiados e impresos en el papel, quedaban a la vista de los miles de usuarios que adquirirían el periódico. Además, estaba segura de que en la página web habrían ampliado la

información, incorporando una fotografía de ellos. La expresión de Jeremy cambió a la misma velocidad en la que yo pensaba en mi pequeño pero significativo triunfo y, antes de parpadear, todos los elementos situados sobre la mesa quedaron desparramados en el suelo. Los platos y el vaso de cristal se precipitaron a unos metros de mis pies, haciéndose añicos. El estruendo hubiera advertido a Svetlana de lo ocurrido, si estuviera con nosotros.

—Esto no cambia nada. —Agitó el periódico y lo arrojó sobre los restos de comida. Mi silencio no fue interpretado como un signo de sumisión, sino de burla—. En los últimos días me has preguntado hasta la saciedad por qué hago esto. Supuse que no contártelo y mantener la tapadera del misterio me ayudaría. Por lo visto, me he equivocado. —Entró a la habitación de enfrente y regresó con una carpeta de plástico—. He visto el contenido de esta carpeta en tantas ocasiones que he memorizado el número de documentos y las decenas de anotaciones situadas en los márgenes. —Utilizó el escritorio como soporte, se ocupó de retirar las cuerdas elásticas para extraer unos folios—. Adelante, Catherine.

Pronunció mi nombre con desdén y me tendió las hojas. Dudé en un principio, estábamos a solas en una habitación pequeña y sin nadie en los alrededores. Pero mi curiosidad por descubrir las respuestas a mis interrogantes me alentó a incorporarme.

—Son archivos policiales —musité, reconociendo el símbolo de una estación.

—Son copias de archivos policiales —corrigió—. Las originales están perdidas.

Leí rápidamente los nombres que mencionaba el documento. Identifiqué al diablo (el padre de Dimitri) y los nombres de Svetlana y de Jeremy en el siguiente párrafo.

—Alguien se ocupó de eliminar las pruebas días posteriores a que yo obtuviera estas copias. No pensaron que habría personas interesadas en ese caso en particular, el cual lleva olvidado durante algunos años. —Entrelazó las manos tras su espalda—. He planeado y saboreado mentalmente este momento desde el 13 de enero de 2009. He esperado con muchísima paciencia a que mi hermana se sintiera lista. Estábamos haciendo muchos progresos... hasta que apareciste tú. —Su gélida mirada se posó en mis ojos.

—No sé de qué estás hablando y de cómo me vinculo a la muerte de un tal Sebas...

—No te atrevas a pronunciar su nombre —interrumpió con tono de advertencia.

Jeremy estaba airado. Muy airado. La vena de su frente se marcaba más de lo que se veía habitualmente y realizaba notorios esfuerzos para no gritarme. Tomé aire.

—El 12 de enero de 2009 recibí una llamada a la una y media de la madrugada. Mis dieciséis años me hacían responsable de mi hermana menor, de trece, durante las horas en las que nuestro tutor legal estaba fuera de casa. Un oficial de policía me preguntó la dirección de mi hogar y me ordenó que lo esperase en casa. No pude negarme. —Jeremy empezó a caminar desde una pared a otra—. Cuando se presentó en la puerta, desperté a mi hermana y nos marchamos con él hacia el NYPD²¹. Como comprenderás, no supe la causa por la que un desconocido me sacaba de mi hogar a esas horas de la madrugada. No tardé en descubrirlo. —Se humedeció los labios—. Sebastian Rogers, es decir, el tutor de nuestra familia, mi hermano mayor, había sufrido un accidente en un club de lucha. Y dicho accidente lo había trasladado directamente a la morgue —desveló, sin piedad.

Un clic resonó en el interior de mi cabeza y mis facciones se crisparon.

—No me cuestioné cómo demonios fuimos trasladados a casas de acogida distanciadas en menos de veinticuatro horas. Tampoco indagué en la identidad del asesino. Solo podía pensar en que mi hermano la había palmado y que no volvería a ver a mi hermana pequeña por culpa de nuestras nuevas localizaciones. —Jeremy arrastró la silla que se encontraba delante del escritorio hasta mí, y me indicó que tomara asiento. No lo dudé, mi trasero se topó con la madera en un santiamén—. Me destinaron con una puta inscrita a alcohólicos anónimos a la que le pagaban por cuidarme, cosa que no hizo. La casa apestaba a tabaco barato y encontraba condones usados por las escaleras. Y, por si eso no fuera suficiente, a veces no podía asistir a las clases del instituto porque la zorra olvidadiza se dejaba el gas abierto muchas mañanas. Mi hermana tuvo un poco... de suerte, si podemos llamarla de ese modo. Durante los siguientes cinco años, Svetlana estuvo internada en un colegio católico. Una institución de monjas —esclareció.

Mis pensamientos intentaban trabajar a una velocidad más rápida de lo habitual. No quería olvidar ningún detalle, pero era demasiado para asimilar en unos segundos.

—Nos reencontramos cuando ella alcanzó la mayoría de edad. Habíamos cambiado y teníamos claro nuestras intenciones: buscar las respuestas a lo que pasó esa noche. Fue una tarea muy complicada, mucho más de lo que imaginas. Solo éramos dos huérfanos sin un techo en el que resguardarse y sin dinero para comer. Svetlana comenzó a trabajar en una cafetería, yo en un taller de coches. En nuestras horas libres, investigábamos y recopilábamos los escasos datos que habían quedado.

Misteriosamente —hizo el signo de las comillas con los dedos—, los periódicos que hablaban sobre un asesinato cometido en una pelea ilegal, los policías que se ocuparon de arrestar al culpable y, en sí, todo lo que nos podía ayudar, había desaparecido. Era como si ese crimen no existiera.

»Sé que eres una chica inteligente, Catherine, así que iré directo al grano: el célebre, el gran Bartholomew Ivanov, se había encargado de toda persona involucrada. Silenció los rumores, eliminó las pruebas, utilizó sus contactos internos en la policía para que... nadie, absolutamente nadie, pudiera revivir esa pesadilla. Afortunadamente, Bart también era humano y, como el resto, cometió un error. —Jeremy se detuvo—. Un policía que se retiró de su profesión hacía unos meses conservaba en su desván una serie de carpetas destinadas a una trituradora. Con mucha amabilidad, me permitió echarles un vistazo y fotocopiar lo que yo necesitaba. A la mañana siguiente, ese anciano de cachetes y cuerpo rollizo apareció muerto. —Un estremecimiento me surcó el cuerpo—. Tengo en mi poder la única prueba que me permitirá acreditar que Sebastian no murió en el combate, sino que fue destinado a una prisión inmediata, sin pasar por un proceso judicial, en donde otro preso lo acuchilló seis veces en el costado. Bartholomew borró el problema de la lista de pecados de su hijo, nos destinó a mi hermana y a mí a estados muy alejados para impedir que nos reencontrásemos en un futuro. Pero ha fracasado.

Jeremy le dio una patada a un fragmento del plato y exhaló un angustiado suspiro.

—Svetlana consiguió involucrarse en la familia de los Ivanov después de amenazarlos con hacer públicas las pruebas. Conoció a Dimitri en cuanto su padre le desveló cuáles eran sus gustos,

logrando que el empresario sintiera interés por ella. No se enamoró del espécimen, sino que se comprometió con él para que el acuerdo matrimonial incluyera el traspaso del mandato de las industrias Ivanov. El objetivo de Svetlana era hundirlos, cerrar las industrias, llevarlos a la bancarrota. Nos pareció sensato y gratificante que su familia sintiera lo mismo que nosotros padecemos hace años. —Se encogió de hombros y tamborileó los dedos en un estante—. Bart se vería obligado a vender sus propiedades y su colección de vehículos para pagar las deudas. Caería en la ruina, en manos de todos los enemigos que ha conseguido a lo largo de su vida. Nosotros habríamos triunfado.

—Pero no fue así —susurré, entendiendo cada una de sus palabras.

Incluso aquellas que todavía no había pronunciado.

—Dimitri empezó a distanciarse de Svetlana, a plantearse por qué iba a continuar con un matrimonio que no deseaba. Mi hermana le ofreció un hijo, creyendo que lo tuyo se solucionaría con facilidad. Pero ese hijo de puta no cayó en la trampa. —Negó con la cabeza—. Lograste separar a Dimitri de Svetlana y de nuestros planes. No tenías ni la menor idea de lo que tus actos provocarían y en ese aspecto me das lástima. Estás involucrada en un problema que no te concierne, solo por amor —bisbiseó.

—Pudisteis acudir directamente a la policía. Denunciar a Bart, al único culpable.

—Por supuesto, ¿cómo no lo he pensado antes? —Se volvió hacia mí—. No sabemos en quién confiar. Hay policías corruptos. Si entregamos estas pruebas a la persona errónea nuestros cuerpos serían encontrados a la mañana siguiente, sin vida, en una zanja. Esto nos impulsó al segundo plan, en el que ahora estamos. —Me

apuntó—. Tu prometido hará cualquier cosa con tal de recuperarte. No le pediremos dinero ya que Bart se ha ocupado en los últimos meses de aprovisionarnos —explicó así lo de las cuentas bancarias que la industria tenía escondidas—. Los delitos tienen un plazo antes de prescribir. Hay varios factores que dependen en su longevidad, pero este en particular tiene diez años. Dentro de unos meses el caso se dará por archivado, habremos perdido la oportunidad de vengar a mi hermano. Estás aquí para que Dimitri se entregue públicamente, Catherine. Si tu prometido cae, será cuestión de días antes de que Bart le siga, y junto a él todos esos contactos corruptos. Secuestrarte era el medio para llegar al fin, la motivación.

—Estás loco —ahogué un jadeo.

—Estoy desesperado. Aunque ambos términos se acercan peligrosamente.

Jeremy se encogió de hombros y procedió a recoger los fragmentos de cristal. Mientras él los apilaba en una montaña, sobre la bandeja, me moví de la silla hacia la pared. La puerta entreabierta me daba la oportunidad de atisbar más allá del mueble caoba, no obstante, mi mente incidía constantemente a las palabras de Jeremy. Entendí por qué el compromiso se realizó con tanta prisa, por qué Svetlana insistió tanto en continuar a su lado incluso cuando no eran felices. Todo ese tiempo, de manera paralela a mi vida y sin percatarnos de ello, los hermanos Rogers habían fraguado una manera de triunfar, y lo estaban consiguiendo. Me tenían a mí. Y al bebé, indirectamente. Dimitri haría... lo que ellos le pidieran sin rechistar si eso suponía sacarme de ahí. Daba igual si Bartholomew era el auténtico causante de los problemas, el que falsificó un fallecimiento y metió en prisión a un hombre moribundo e inocente.

La rabia que ellos sentían hacia la familia Ivanov los había corrompido por dentro, dándoles un único propósito.

—Disfruta de tus libros —dijo Jeremy al salir del dormitorio.

—¿Realmente crees que tu hermano se sentiría orgulloso de ti? — pregunté.

Y la manera en la que me miró, por encima de su hombro, me hizo palidecer.

Cerró la puerta con brusquedad y echó los seguros habituales antes de desaparecer por el pasillo. Yo no hice mucho. Continuaba con la espalda pegada al papel de pared, con las manos entrelazadas en mi vientre y la vista centrada en el periódico.

«No puedo hacer... absolutamente nada», me dije.

La carpeta con las únicas evidencias que encerrarían a la cabecilla de los Ivanov había desaparecido con Jeremy. ¡Santo Dios! Dimitri había vivido engañado y sometido a la voluntad de su padre solo porque este usaba lo ocurrido en el club de lucha como amenaza. Y era mentira. Dimitri tenía las manos limpias en el pecado que tanto le había atormentado, y yo podía aliviar de una vez su dolor.

Me trasladé a la cama al cabo de unos minutos, tumbándome sobre un costado. Pensé en las mínimas posibilidades que tenía ahí dentro y, cuando las lágrimas me anegaron los ojos, me repetí que aún no había llegado el momento de darme por vencida.

S

El sonido de una bota de tacón caminando por la habitación me trajo de vuelta.

Desconocía a qué hora me había dormido, pero aprecié a través de los barrotes de la ventana que el manto oscuro caía sobre el campo

y que lo sumía en las penumbras. Froté hasta la saciedad mi rostro en un intento por ahuyentar el sueño. Me demoré un poco en espabilarme por completo y, cuando lo hice, Svetlana me esperaba de brazos cruzados.

—No vengo a molestarte —pronunció, prácticamente en susurros.

—No tengo hambre —contesté en el mismo tono.

Apenas distinguía su rostro, la lámpara del escritorio estaba apagada.

—Tampoco traigo tu cena porque son las siete. —Acomodó su reloj de pulsera y desvió la atención hacia la puerta cerrada—. He escuchado una parte de vuestra conversación y, aunque Jeremy no vaya a comentarlo, no. Sabemos que nuestro hermano no se enorgullecería de lo que estamos haciendo. —Entrelazó sus manos, pálidas, sobre su regazo.

Hice el amago de hablar, pero las palabras de Svetlana me silenciaron.

—Es tarde para nosotros, Catherine. La policía nos está buscando. Al parecer, una tal camarera de The Mouse apreció cómo te subías al coche y apuntó la matrícula. Jeremy... Mi hermano piensa que es una simple coincidencia, pero te conozco y sé que no lo es.

—Os encontrarán.

—Lo sé. Hemos decidido que el próximo domingo se terminará todo: Dimitri recibirá nuestra advertencia, se expondrá a los medios de comunicación y, al amanecer, los titulares, la televisión, cada individuo sabrá lo ocurrido. Mi hermano y yo usaremos el dinero, el que Bart nos ha ido entregando, para salir del país horas antes. Ya está hecho.

—No. —Me senté y sacudí la cabeza—. Todavía no habéis hecho nada.

—Siempre he envidiado tu inocencia y tu amabilidad —confesó, aunque su tono era triste—. Aún albergas la esperanza de que Dimitri te encuentre antes de tiempo. Te traeré la cena en una hora. Después, prepara la maleta porque nos marchamos —anunció.

—¿Otra vez? —Mi estómago se revolvió ante la expectativa de viajar.

No me gustaba tener los ojos vendados, con el cuerpo de Svetlana en el asiento de la derecha, impidiendo que me precipitara del vehículo en marcha (tampoco tenía plan de llevarlo a cabo). Me mareaba mucho; hasta el punto donde creía que vomitaría.

—Al menos dime dónde será —exigí—. Si es el final, no importará que lo conozca.

—Jeremy quiere que nuestra última localización sea un lugar nostálgico.

—¿Qué lugar nostálgico? —insistí.

Svetlana posó los dedos en el marco de la puerta y centró la mirada en sus pies.

—El club de lucha donde empezó todo. Se abandonó después del incidente, lo encontraremos vacío y sin viviendas a su alrededor. Jeremy se marchará unos días antes para acomodarlo. Aunque no lo creas, se preocupa que te pongas de parto. —Emitió un suspiro—. Nos vemos dentro de una hora. Hasta ese momento, espero que te diviertas. Y, por favor, no te olvides de introducir tus prendas en la maleta. Nos ahorrarías tiempo.

Y después de pronunciar esas palabras, Svetlana se marchó de la habitación.

¹² En inglés, *New York Police Department* (Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York).

SEMANA 34



Dimitri

Mis manos se desplazaban sobre el cuero del volante, sin dirigirlo a ningún punto en específico. Estaba en mi coche, con el Departamento de Policía de Nueva York al lado y los pensamientos centrados en la conversación que acababa de mantener con su jefe; una inservible, en realidad, porque no se había realizado ningún progreso. La búsqueda de Catherine comenzó a las veinticuatro horas de desaparecer y, hasta ese momento, no había recibido ningún informe que me confirmara nuevas pistas. Utilicé el volante para descansar la frente y cerré los ojos, ahogando los mundanales sonidos de mi alrededor. Independientemente al nulo trabajo de los policías, Jacob, Alexia e incluso Patrick, nos habíamos ocupado de preguntar por Catherine en distintos locales. Enseñábamos fotos, describíamos su avanzado estado de embarazo y también pedíamos que colgaran las fotos en un lugar visible. La tristeza se acentuaba al no recibir ninguna noticia. Catherine estaba padeciendo las consecuencias de mis actos. Había sido descuidado, la promesa de mantenerla distanciada de mis problemas resultó ser un fracaso.

Enderecé el cuello y la espalda al recordar el momento exacto en el que recibí la noticia. Sentí cómo la rabia y la impotencia me inundaban. Me vi obligado a retirar las manos del volante, consciente de que terminaría por golpearlo hasta desgarrar el cuero, y busqué las llaves en el maletín que descansaba sobre el asiento del copiloto.

Recordé la tarde de la noticia.

Me encontraba con Jacob en la entrada de su apartamento, ambos dispuestos a cesar nuestras primeras investigaciones para iniciar las nuevas. Mi faceta ilusionada no duró más que unos segundos puesto que, tan pronto como me adentré en el comedor, la cabellera rubia de Alexia apareció por la puerta. Lo primero que supuse era que estaba preparándose para ir al encuentro de Catherine, no obstante, el miedo se apoderó de mí en cuanto desveló que le habían robado el teléfono mientras practicaba deporte; que no le había mandado ningún mensaje a mi prometida para pasar un tiempo juntas.

—Tiene que ser un error del teléfono —aseguró Alexia—, se habrá caído al lago. Ya sabes cómo reaccionan los móviles cuando entran en contacto con el agua. Es probable que uno de nuestros antiguos mensajes se haya reenviado por accidente —especificó.

—Mencionaba a The Mouse —mascullé—. Hoy. Sobre las siete de la tarde.

—Es imposible —repitió, aunque su expresión angustiada indicaba lo contrario—, porque si aceptamos tu teoría, significa que alguien me tiró al suelo a propósito con la intención de robarme el móvil para que Catherine se reuniera con él. Sí, antes de que lo preguntes, era un hombre y no le vi el rostro porque pasó demasiado rápido.

—Nuestro accidente fue provocado. —Miré a Jacob—. Esto no es una simple casualidad.

Mi hermano no lo pronunció en voz alta, pero supe que sus pensamientos coincidían con los míos. Procedí a salir del salón cuando mi teléfono empezó a vibrar en el bolsillo. Mis pulsaciones se aceleraron ante la expectativa de escuchar la voz de Catherine; una que tranquilizara mis preocupaciones. Sin embargo, el número era desconocido.

—¿Quién es? —pregunté con tono hosco, preparándome para atacar.

—Supongo que eres Dimitri Ivanov, ¿cierto? —La voz femenina sonó tímida, cohibida, y también extremadamente asustada—. Me llamo Samantha Higgins. Sonará extraño, lo sé, sin embargo, Catherine me ha suplicado que te llamara porque algo le ha ocurrido.

No pude contestar, no en los primeros segundos.

El bebé. Tendría que ser el bebé.

—No ha dicho mucho —continuó Samantha—. Ha escrito en una servilleta un mensaje que me dejó bastante preocupada. Creo que la estaban vigilando. O siguiendo. No lo sé porque no he podido hablar con ella —escuché que tomaba bastante aire.

—¿Qué más, Samantha? —insistí.

—Prácticamente ha echado a correr, con el móvil pegado al oído. Y, como parecía en serios problemas, también la he seguido. No era mi intención fisgonear, lo prometo. Yo solo pretendía echarle una mano con lo que fuera —balbuceó—. Se subió a un coche. No estaba sola en el interior. Tampoco aprecié el rostro del individuo que la acompañaba y esto se debe a que él estaba en los asientos traeros. Sé que era un hombre porque... tiró un móvil por la

ventana, con la pantalla rota y la batería separada del resto. Después de eso, Catherine puso en marcha el vehículo y se marchó. Sin más —terminó en susurros.

Sentí que me derrumbaba en cada sentido existente. Se habían llevado a Catherine.

Por motivos que desconocía, la habían seleccionado a ella y no a mí. A ella. Aunque yo no había participado en la conversación, Jacob entendió por mi expresión que, efectivamente, mi teoría no estaba mal encaminada. Le robaron el teléfono a Alexia porque necesitaban contactar con Catherine sin que ella sospechara. Sin que yo sospechara. La persona que nos había estado fotografiando, la misma que nos sacó de la carretera... Todo tenía relación. Era él, un hombre, un completo desconocido, el que tenía a mi familia.

—He... he anotado la matrícula del coche —añadió ella ante mi prolongado silencio.

—Voy hacia The Mouse —contesté con rapidez, haciendo una señal a Jacob.

—Sé que no es de mi incumbencia y lamento si esto te molesta, pero quiero ayudar.

—Aprecio la información que me has dado, sin embargo...

—Conozco a Patrick —interrumpió—, estudiamos juntos en el instituto. Aunque no hayamos estado mucho en contacto, conocí a Catherine hace unos años. No te pido que me cuentes con pelos y señales lo que está pasando, sino que me dejes colaborar.

Cerní la mano en el pomo de la puerta, apretando la mandíbula. Me costaba actuar y pensar como una persona normal. ¡Se habían llevado a Catherine, la desconocida me pedía participar y no sabía qué hacer! Jacob me alcanzó con rapidez, y detuvo el avance de Alexia al ver que no giraba el pomo y abría la puerta.

—Quiero que avises a Patrick de lo sucedido —indiqué a la extraña—. Ahora nos vemos.

—Espera, yo no... —No pudo terminar la frase. Le colgué.

Después de esa conversación, mi vida se torció por completo.

Llegamos al restaurante, en el que Samantha me entregó el móvil hecho añicos y la servilleta en la que Catherine había escrito unas breves pero significativas frases. Tuve que separarme temporalmente de ellos, hundiendo el rostro entre mis manos para ahuyentar el llanto que amenazaba con derrumbarme delante de los desconocidos. Llamé a la policía y concerté una cita privada con el jefe, quien me atendió de inmediato. Comunicarle a la familia de Catherine lo que había sucedido, recibir a Patrick en el aeropuerto...

Ningún dolor se equiparaba al que sentía ante su ausencia.

Me recuperé de inmediato, recordándome que aún me quedaban muchos lugares por los que buscar.

Jacob había partido a Texas para contactar con un detective privado. La mitad del cuerpo de policías del Departamento de Nueva York tenía trapos sucios, y las nóminas que recibían al mes tenían un extra añadido por mi padre. A Bart le encantaba tener informantes en cada estación de policía, ya fuera para evitar el pago de una multa o para tapar un problema que podría meterlo entre rejas.

Alejé lo ocurrido de mi cabeza y arranqué el coche. Conduje sin detenerme durante tres horas seguidas. No necesité parar en una gasolinera para descansar o para llenar el depósito de gasolina porque me dije que Patrick estaría en la puerta de casa, esperándome. El hermano de Catherine se había comprometido a ayudarme, le daba igual lo arriesgado que podría resultar. Apartó de

una vez nuestros problemas y se volcó de lleno en la investigación que Jacob y yo teníamos entre manos.

La policía se había negado a compartir conmigo quién era el dueño de la matrícula que Sam, la camarera de The Mouse, había anotado en la misma servilleta de Catherine. La confidencialidad que mantenían en esa estación me resultó agobiante e innecesaria, por lo que indagué por cuenta propia en los sistemas policiales y judiciales. No me gustaba el método que tenía mi padre para acceder a la información, pero tuve que sobornar a uno de los empleados para que me dejara echar un vistazo. Gracias a que mi hermano me acompañaba esa mañana, no estampé el puñetazo en el immaculado cuadro que reposaba en la pared de la derecha. La matrícula pertenecía a Jeremy Rogers. Había conocido al hermano de Svetlana después de nuestra primera cita, por accidente. En su entonces, no entendí por qué Svetlana se asustó tanto por ese inesperado encuentro. Yo me encargué de mandar a la prensa la información necesaria para que anunciaran los verdaderos culpables de la desaparición de mi prometida; trasladando el problema a nivel estatal.

Al Departamento de Nueva York no le gustó en lo más mínimo, no obstante, sus reproches llegaron demasiado tarde. Desde hacía una semana, los rostros de los hermanos Rogers circulaban en páginas web y en periódicos físicos, también en hospitales y en centros con reconocimiento facial. Aunque sonara como un progreso, en realidad, guardaba una pregunta que necesitaba ser resuelta: ¿qué los ha llevado a hacer esto?

Habíamos confirmado que mi padre enviaba dinero a Jeremy desde hacía más de tres meses. Sabíamos que Bartholomew contrató a un hombre para incendiar unos archivos policiales. Pero

¿cómo se vinculaban los actos de mi padre con los hermanos Rogers y mi prometida?

Ignoré a los periodistas que acampaban en frente de casa —tanto revistas como periódicos buscaban aprovecharse de mí para escribir una exclusiva—, y me quité la corbata de camino a la entrada, sintiéndome más y más agobiado. Alexia me forzó, y no estaba exagerando, a consultar a un médico después de que padeciera unos ataques. Taquicardias, mareos, pérdida repentina de la respiración. Me recetaron pastillas destinadas a tranquilizarme, y las tomaba exclusivamente antes de dormir.

Cerré la puerta a mi paso e identifiqué la voz de Patrick que llegaba desde el salón. Le había dado la misma llave que Catherine usaba a modo de invitación, para que se sintiera libre de venir.

—No tengo ninguna novedad —informé tan pronto como colgó al teléfono.

—Yo tampoco.

—Hay dos detectives que están soplándole a mi padre lo que yo le cuento al jefe. Ese condenado está metiendo las narices donde no debería —mascullé, arrojando la chaqueta al respaldo del sillón—. Te prometo que un día mataré a mi propio padre.

—Entonces, también tendríamos que ocuparnos de otro problema.

—No lo entiendo, Patrick. —Recurrí a la licorera, prácticamente desprovista de alcohol. Había consumido tanto en la última semana que en las venas tenía más ron que sangre. Contemplé las botellas vacías y agaché la cabeza—. ¿Qué es lo que pretenden? Han pasado dieciséis días de silencio. No han llamado para solicitar un rescate, no han enviado una prueba para demostrarnos que Catherine está bien. Saben que estamos tras ellos y que es cuestión de tiempo antes de localizarlos. Nada tiene sentido para mí.

Patrick me quitó la botella antes de que pudiera servirme la copa.

—No más alcohol. Los médicos te prohibieron mezclarlo con la medicación.

—A la mierda las pastillas. Necesito a Catherine.

—Yo también. Pero, como puedes apreciar, estoy manteniendo la calma.

—No sé cómo lo consigues. —Arrastré una silla de madera y tomé asiento—. Tengo que hacer algo más. La desesperación está ganando la batalla. Aprecio muchísimo lo que... bueno, lo que Samantha y tú estáis haciendo por mí. Pero me siento inútil.

Samantha había retomado el contacto con Patrick y con Alexia. Los tres transcurrían la mayor parte del tiempo bajo mi techo, me brindaban compañía para que yo no estuviera a solas. En general, se limitaban a hablar de sus problemas y a hacerme partícipe de ellos a través de preguntas que no me apetecía contestar. Lo peor venía al anochecer. La casa se sumía en un silencio aterrador, incluso me percataba de la vibración que emitían los electrodomésticos en la cocina. La cama estaba vacía. Yo me sentía vacío sin la sonrisa de Catherine al despertar, sin el sonido de su voz.

Patrick deambuló por el comedor, apoyó las manos en la repisa de la chimenea y tomó uno de los muchos cuadros.

—Mi hermana está bien —anunció, aunque no supe si para tranquilizarse él o a mí.

—Lo creeré solo cuando lo haya escuchado por su boca.

—Tenemos a Jacob trabajando con ese nuevo detective, ¿no? Démosle una oportunidad. —Patrick colocó el cuadro en su respectiva posición—. Últimamente paso más tiempo aquí que en mi casa. Esto sonará egoísta, sé que lo es, sin embargo, no puedo

escuchar más el llanto de mi madre. Entiendo que esté dolida, que se preocupe por la seguridad de mi hermana y por la de su nieta, pero a mí me inquieta verla así.

—Prefieres cuidar de un borracho antes que de una madre que te necesita —ironicé.

—Solo actúo de niñera temporal. —Me siguió la broma—. Sylvia tiene a mi padre. Ambos constituyen un pilar bastante consistente. Por el contrario, lo único que te mantenía estable era Catherine, y ahora que no está te he visto hacer más combinaciones con alcohol y pastillas que en nuestros tiempos del instituto. —Puso los ojos en blanco.

Me sorprendió que se acordara de aquello.

Habían pasado once años desde el último curso que compartimos (después de aquel, mi padre me cambió de instituto) y las borracheras que pillábamos nos provocaban una resaca que duraba varios días. Teníamos la mala costumbre de escaquearnos cuando se producían los cambios de clases, pues los profesores estaban distraídos recogiendo los utensilios y los alumnos se aglutinaban en los pasillos para ir a su aula correspondiente. Éramos dos buenos amigos, y me arrepentía de cómo terminamos de separados.

—Menudos tiempos eran aquellos —susurré.

—Nuestras únicas preocupaciones se reducían a impedir que los profesores nos vieran fumando en los baños, y a aprobar unas asignaturas inservibles en la actualidad.

—Deberías estar con tu madre. Yo lo haría si la mía siguiera aquí —aconsejé.

—Lo sé —exhaló un profundo suspiro y recogió su chaqueta—. Volveré en unas horas.

—Lo más probable es que Alexia se pase por aquí en unos minutos. Se ha empeñado, incansablemente, a cocinarme una receta distinta cada noche. Piensa que aquello me... subirá el ánimo. —Me incorporé para acompañarlo hasta la puerta, con las manos hundidas en mis bolsillos—. No sé si estoy siendo claro, pero intento convencerte para que...

—Volveré. Eres mi cuñado, padre de mi sobrina. Estás forzado a caerme bien.

En esa ocasión fui yo quien puso los ojos en blanco.

—Además, tengo otra tarea en mente —desveló mientras bajaba los escalones.

—No estoy seguro de que quiera saberla.

—Debo recordarte de que continúas siendo Dimitri Ivanov, el chico que suscitaba los suspiros tanto de alumnas como de profesoras; aquel cuya radiante sonrisa cautivaba al director e impedía que fuera expulsado por quemarle la mochila a un alumno de quinto año. Sigues siendo el mismo que conseguía todo lo que se proponía —sentenció.

Como había previsto, la noche regresó con su agonizante silencio luego de la partida de los demás.

Alexia se marchó y, junto con ella, se desvanecieron mis ánimos. Mi hermano me había mandado una serie de correos que contenían los informes elaborados por su detective, y no volvió a hablar con él hasta que le di mi confirmación. El cansancio provocado por mis pastillas quería arrastrarme directamente a la cama, así que me quité los zapatos y subí al lado que yo solía ocupar. Me caía de sueño, mis músculos pesaban más de la cuenta y, aunque la luz del pasillo continuase encendida, no me veía con fuerza para levantarme. Mi respiración se sosegó hasta ser imperceptible, e

instantes anteriores a que notara mi consciencia desvaneciéndose, un nuevo mensaje iluminó la pantalla de mi móvil.

«Ella está bien».

Y junto a esa simple frase, descubrí una imagen de Catherine dormida.

SEMANA 35



Catherine

Irvington era una villa ubicada en el condado de Westchester, en Nueva York. Apenas contaba con casi siete mil habitantes, convirtiéndola en un espacio donde los atascos y la contaminación, brillaban por su ausencia. Nuestro traslado al nuevo destino se había demorado a petición de Jeremy, quien desaconsejaba salir a tan poco tiempo de descubrir que ellos protagonizaban los titulares de los periódicos.

Permanecimos en la casita de campo otra eterna y agonizante semana más, soportando nuestra presencia mutua en silencio. Habíamos abandonado el sitio apenas algunas horas atrás y, gracias a mi habilidad para fingir que iba a vomitar en los asientos traseros, conseguí que Svetlana me quitara la tela negra de la vista. El vehículo atravesó una carretera prolongada; una que con toda probabilidad cruzaba la villa al completo. Jeremy se aseguró de sustituir el coche por otro... además de ponerse un bigote que le sentaba mejor de lo que me gustaría admitir. Nadie lo había reconocido cuando nos paramos en los semáforos. Los transeúntes cruzaban delante del vehículo, ignorando al conductor y a la persona que llevaba dentro. ¡A mí!

Intenté soltarme el cinturón, la presión que ejercía en mi garganta complicaba que la respiración emanara con naturalidad. Sin embargo, Svetlana me sujetó nuevamente por ambas manos y me mantuvo estática hasta que Jeremy estacionó. En tan solo unos segundos, el coche había abandonado la carretera principal para adentrarse en la secundaria que conectaba con un grupo de viviendas abandonadas. Siguió conduciendo, aceleraba de vez en cuando para adentrarse en otro sendero de tierra. Los árboles verdes, la ausencia de señalización, e incluso de asfalto, indicaban que el club de lucha se ubicaba en las afueras de Irvington, en una zona no frecuentada. Maldije mi suerte y eliminé la idea de pedir auxilio a gritos.

Jeremy bajó primero, llevando consigo la llave. Desconocía cómo la había conseguido y tampoco me molesté en preguntárselo. Tenía la certeza de que había recurrido a medios poco convencionales para ello.

—Con cuidado —Me indicó Jeremy después de regresar al vehículo para abrir la puerta y tomarme de las muñecas—. Ha llovido recientemente y el suelo se ha convertido en charcos de barro. No hundas los pies en uno de ellos o te quedarás sin zapatos.

—Qué considerable —farfullé, cumpliendo con lo que pedía.

La primera impresión que recibí del club abandonado fue pésima: la fachada blanca, la puerta de hierro y las ventanas destrozadas, me recordaron a un centro penitenciario. El letrero del club estaba hecho añicos, por lo que resultaba imposible leer su nombre. Además, no había restos de basura esparcida por los alrededores. En cualquier otra circunstancia habría sido un elemento positivo. No era el caso, porque significaba que, en la noche, nadie frecuentaba

este lugar para emborracharse. Estaba abandonado en cada sentido posible.

Jeremy me asió del codo y me obligó a acelerar el paso, olvidándose del tiempo que había pasado encerrada en una habitación, sin dar ni una mísera caminata.

Las luces se encendieron a nuestro paso y la iluminación me permitió contemplar... todo. La disposición del club era idéntica a un coliseo romano, con los asientos emplazados alrededor de un ring circular, y escalonados. El suelo no era de cemento, tampoco de metal, sino de madera. Las paredes conservaban la pintura escarlata y las molduras blancas que me recordaban a un salón de una vivienda. Svetlana cerró la puerta a nuestro paso, utilizando más medios de seguridad que en la casa de campo, y reutilizó unos tablones de madera apilados a la derecha para tapiar las ventanas. Jeremy me indicó en qué sitio pasaría los siguientes días: era una habitación menos amueblada, una que...

—Dios mío —musité, acercándome a la estantería que una vez fue licorera.

—Lo has reconocido, ¿eh? —Jeremy se reclinó sobre el marco de la puerta.

Tomé una fotografía que mostraba a Dimitri entrenando junto a un hombre. Su cara, e incluso su cuerpo, indicaba que tenía no más de diecisiete años. Las lágrimas se anegaron en mis ojos, y me mordí el labio inferior para no romper a llorar delante de Jeremy.

—La encontré escondida bajo el mueble. Me pareció gracioso mostrártela —confesó.

—Pues yo no sé dónde ves la gracia.

—No pasaremos aquí otra semana, Catherine. Estamos a domingo 13 de octubre. Sí, el tiempo ha volado desde que nos reunimos

como una pequeña familia. —Empezó a reír mientras que se adentraba a la habitación. Solo con su presencia las paredes empequeñecían, y no en el buen sentido—. Esta noche, a las doce en punto, Dimitri Ivanov recibirá nuestras instrucciones. Sucederá tan rápido que, en un simple parpadeo, regresarás al hogar de tus padres y Dimitri ingresará en una pri...

Jeremy no pudo acabar la frase, porque el estruendo que hizo temblar las paredes le arrebató la atención. Yo no me quedé en el dormitorio, sino que seguí con cautela a Jeremy, alcanzando la amplia sala del ring. Svetlana se había caído, tirando al suelo unas cajas que trasladaba del coche. Su hermano se apresuró a echarle una mano, no sin gritarle lo descuidada que había sido. Al parecer, el contenido de la caja se resumía a unas latas de comida y... El nudo en mi estómago regresó, obligándome a retroceder.

—¿Qué has hecho? —espetó Svetlana, igual de pálida que la fachada del club.

—Tan solo me he provisionado con lo necesario —se defendió él.

—¿Un arma es necesaria?

—Si Dimitri no colabora, tendremos que recurrir a otras medidas más drásticas.

Jeremy quedaba de espaldas a mí, pero la mirada de Svetlana cruzó la estancia hasta encontrarse con la mía. Nuestro contacto visual apenas duró dos segundos, lo suficiente para saber que esas medidas implicaban hacerme daño. Una vez más, traté de proteger mi vientre con las manos, convenciéndome de que Svetlana no permitiría llegar a ese extremo. Mis esperanzas quedaron aplastadas tan pronto como Jeremy la apartó de su camino, tirándola hacia las gradas, y con la pistola parcialmente guardada

dentro de sus pantalones, se dirigió a mí. Nunca había sentido tanto miedo.

—Alguien debería enseñarte a no escuchar conversaciones ajenas —reprochó.

Y sus dedos se cernieron en torno a mi garganta, empujándome por el pasillo.

Dimitri

—Eso no es lo que yo he preguntado —siseé.

La señora de aspecto alarmado procedió a tranquilizarme, lo cual no pudo hacer. Me levanté de la silla de plástico y la arrojé al suelo por la intensidad con la que retrocedí antes de marcharme con zancadas amplias del complejo. Había llamado a más de quince... malditas... compañías telefónicas, intentando localizar el origen del mensaje. Pero, por motivos legales y confidenciales, nadie accedía a proporcionarme la información. Bajé los escalones de dos en dos, frotando la barba que no había afeitado en más de dos semanas. Los métodos de Jacob tampoco podían rastrear la procedencia del mensaje, había sido enviado por un número privado cuya señal no se encontraba en ningún punto cercano. Patrick me esperaba en el interior de su coche, aparcado delante del edificio y, tan pronto como tomé asiento en el lado del copiloto, este exhaló un suspiro.

—Ya te dije que sería una estupidez —me recordó, arrancando el coche.

—Ni la propia directora de la compañía sirve para lo que quiero.

—Le estás pidiendo violar las leyes. Por supuesto que no lo hará.

Emití un gruñido y centré la vista en la carretera.

La fotografía de Catherine me había vuelto más loco, si es que era posible. Me repetía que no era culpa de nadie que todavía no

tuviéramos resultados, que los medios que tenía a mi disposición trabajaban día y noche —eso incluía a los equipos de búsqueda policiales y al detective privado que contrató Jacob—.

Había estacionado mi vehículo en los aparcamientos comunitarios de la casa de los Miller, no se me permitía mover ningún dedo sin tener a un vigilante en todo momento. Nadie me daba un voto de confianza en este estado, y lo cierto es que no se equivocaban. Sylvia, la adorable madre de Catherine, me recibió con una liviana sonrisa y me invitó a cenar, lo cual rechacé amablemente. Dante no soportaba mi presencia, pues para él yo tenía la culpa de que su hija menor estuviera desaparecida.

Yo pensaba lo mismo.

—Dimitri, todos estamos pasando por un momento complicado. Mi marido lo muestra de este modo. Estoy segura de que no es lo que siente en realidad —se disculpó.

—Lo sé —pretendí estar de acuerdo con ella—, pero no quiero ser una molestia.

Me despedí con las manos en el interior de los bolsillos, y me marché.

La carretera me recibió con gusto, permitiéndome pisar el acelerador en los caminos más solitarios. Llegué a casa en unos diez minutos y, mientras introducía la llave en la cerradura, mi teléfono volvió a sonar. A lo largo del día solía recibir unas veinte llamadas de distintos individuos: el jefe del Departamento, los fundadores de algunos periódicos que suplicaban por una entrevista, el hermano de Catherine e, incluso, de mi padre. La reaparición de este último individuo me pilló desprevenido. Creía que estaba demasiado ocupado con su extraordinaria vida como para preocuparse de su hijo. Como era de esperar, el único motivo

que le impulsó a llamarme fue para preguntarme por el último procedimiento que realicé en la empresa, antes de abandonar mi puesto. No saludó, tampoco preguntó cómo me encontraba. En cuanto obtuvo su respuesta, colgó.

Cerré la puerta tras de mí y cogí el móvil, sin reconocer el número. La exasperación se apoderó de mí al recordar que, los trabajadores de la revista People no utilizaban los mismos códigos de seguridad que el resto. Exhalando un suspiro, acepté la llamada.

—Es la quinta vez que me llamáis hoy. No quiero realizar ninguna entrevista para...

—Dimitri, necesito tu ayuda. —La voz de Svetlana cortó mis palabras. Y también mi equilibrio, porque las paredes a mi alrededor parecieron dar vueltas—. Entiendo que yo sea la última persona con la que esperas hablar, pero no dispongo de mucho tiempo —agregó, tomando una bocanada de aire—. He cometido un error descomunal, no he hecho bien en... en hacer esto. Por favor, necesito que vengas.

—Catherine. —Fue el único nombre que tuvo sentido en mis pensamientos.

—Está conmigo. No en la misma habitación, pero sí en el mismo sitio.

—Tengo que hablar con ella. Svetlana, déjame hablar con ella —exigí.

—Lo harás en persona —contestó con rapidez—, esta misma noche.

El cúmulo de emociones se arremolinó en mi interior. Sentí una explosión de felicidad acompañada de un destello de rabia. Al otro lado de la línea se situaba la causante, la culpable, de muchos de mis problemas. Intenté mantenerme en calma, hundí las llaves más

en la palma de mi mano para distraerme con esas diminutas punzadas.

—¿Qué ha pasado para que me avises ahora de dónde está? —susurré—. No me importa en lo más mínimo que seas una mujer, porque si le has hecho daño a Catherine, estarás muerta en cuestión de unos segundos —agregué, endureciendo mis facciones.

—Esa es la cuestión, Dimitri. No he sido yo quien le está haciendo daño.

—¿Qué?

—Te prometo que esta no era mi intención, pero mi hermano se ha vuelto loco, y me da miedo. Para mí, Catherine solo era una moneda de cambio. Nunca hubiera recurrido a algo tan arriesgado de no ser porque... porque creía que hacía lo correcto —musitó.

Svetlana me desveló por qué apareció en mi vida, con qué motivo se comprometió y fingió estar enamorada de mí. Me habló rápidamente de la investigación que realizó, la verdad emanaba de su boca como un torrente de agua, sin freno. Conforme llegaba a la última parte de la historia, aquella que conectaba con la actualidad, di por hecho que la mandíbula se desprendería de mi cara y se precipitaría a mis pies.

—Catherine comentó una cosa que me ha hecho reflexionar. No quiero hacer esto en nombre de mi hermano. No... no deseo tener un dinero de un hombre que ha asesinado y vendido a su propio hijo. No quiero retener a una joven embarazada porque... sí. Me he dejado consumir por la venganza, Dimitri. —Intentó contener los sollozos, en vano.

—¿Qué le ha hecho Jeremy? —formulé la pregunta casi sin pensarlo.

—Todavía nada, pero tiene un arma y no dudará en utilizarla. —Se aclaró la garganta—. Nos encontramos en Royale, el antiguo club de lucha. Junto con Catherine te entregaré los documentos que te exorarán de un crimen que nunca has cometido. Allí tienes todo lo que necesitas para que Bart transcurra el resto de su vida en una prisión —prometió.

—Voy ahora mismo.

—¡No! Jeremy no se marchará hasta las once y media. No puedes acercarte hasta que mi hermano se haya ido. Solo en ese entonces, tendré la libertad para sacar a Catherine y entregártela. Por favor, Dimitri. Entiendo que no tengas ningún motivo para darme tu confianza, pero es la vida de tu prometida e hija lo que está en juego —advirtió.

—¿Cómo sabes que será una niña? Ni siquiera se lo he dicho a mi hermano.

—La escuché hablar con el bebé. La llamó mi pequeña. —El silencio que vino a continuación se acentuó por mi parte, demasiado dolido para hablar—. A las once y media, te esperaré en el Royale. Ni un minuto antes. Ven solo, no avises a la policía.

—Ni se te ocurra col...

Pero lo hizo. Los pitidos me advirtieron de que había terminado la llamada.

—Mierda, ¡mierda! —grité y lancé mi móvil a las escaleras.

Subí los escalones de dos en dos hasta alcanzar mi dormitorio en unos segundos. Busqué en los cajones de mi mesilla, arrojando al suelo la ropa interior que allí guardaba y solo me detuve después de encontrar mis antiguas vendas. De entre todas las pertenencias que poseía por ese entonces, solo conservé las vendas que utilizaba para proteger mis nudillos. Los golpes contra la piel de un enemigo

o en el propio saco de boxeo se acentuaban hasta el extremo en el que parecía estar pegando a un bloque de hormigón.

Catherine conocía la existencia de esas vendas, pero nunca me había pedido —o exigido— que me deshiciera de ellas. Y yo pensaba darles un buen uso. Las enrollé mientras bajaba por las escaleras, despreocupándome por el estado de mi teléfono. Sentí los nudillos apesados bajo la recia tela, la cual se cernía a mí como una segunda piel. Utilicé esa sensación a modo de distracción, durante el corto trayecto a mi nuevo destino.

Al llegar, las luces de las farolas estaban encendidas, tornando de verde los alrededores (estaban elaboradas en un metal de ese color). No necesité identificarme en la entrada, los guardas me permitieron el acceso con tan solo atisbarme a través de la ventanilla del coche.

—¿Qué le trae por casa de su padre, señor? —preguntó uno de ellos.

—Simplemente es una visita de cortesía. Hace tiempo que no hablamos.

—Comprendo que su situación es muy delicada en este momento.

—Entrelazó las manos tras su espalda y persiguió mis movimientos con la mirada—. Hoy está de suerte, porque el señor Ivanov ha cancelado su noche de póker por un dolor de cabeza. Apuesto a que le alegrará verlo por casa. —Esbozó una sonrisa que denotaba amabilidad.

—Sí —contesté, cerrando la puerta del coche—. Estoy seguro de ello.

Conocía la distribución de los guardias tan bien como el cuerpo de Catherine.

Dentro de la vivienda no se encontraba ninguno, principalmente porque las paredes, las ventanas y, en sí, la estructura de la mansión, estaban preparadas para soportar hasta un tiroteo. La puerta contaba con una cámara de reconocimiento facial y de huella dactilar que impedían que sus muchos enemigos empresariales se aproximaran. Supuse que no habría ningún inconveniente en situarme delante de la cámara; que mi padre no habría eliminado mis facciones del sistema de seguridad.

«Bingo».

La puerta se abrió a la vez que el guardia se despedía con un saludo, y me adentré con mucho sigilo.

La mansión no había cambiado desde la desastrosa fiesta de compromiso. Mi padre, con mucho orgullo que derrochar, se había instalado temporalmente en esta casa, consciente de la cercanía a la industria y de los beneficios que podría obtener de ella. Sentí la adrenalina apoderándose de mí, y ascendí los escalones ajustándome las vendas. Las luces estaban apagadas, y el pasillo que se prolongaba frente a mí quedaba tenuemente iluminado por las farolas del exterior. Bart estaría en su despacho, tumbado en el sillón con una botella de *whisky* escocés.

Cerré los ojos antes de abrir la puerta, adentrándome con paso determinado. Mi padre alcanzó a izar la mirada del ordenador hasta mi rostro, encontrándose con el impacto de mi puño en su nariz aguileña.

—Lo sabías —mascullé, sujetándole del cuello de la camisa—. El paradero de Catherine, la verdad sobre lo sucedido esa noche, en el club. Siempre lo has sabido.

—Dimitri... —intentó balbucear, pero no se lo permití.

Le propiné un nuevo golpe en el estómago, obligándolo a que se reclinara.

—Puedo intentar comprender por qué algunos padres no quieren a sus hijos. Pero ¿lo tuyo? Dios mío, me has forzado a vivir una puta mentira durante los últimos diez años de mi vida. Me da igual el porqué. No quiero saberlo, porque seguramente mentirás.

—Entonces... no sé qué... qué haces... aquí.

—Quería mirarte a los ojos mientras te digo esto. —Lo agarré por la mandíbula, inmovilizándolo—. Estás hundido. Se acabaron tus trapicheos, mentiras y traiciones. Te detesto porque mamá pagó por tus infidelidades y errores. Porque yo padecí las consecuencias. Sé dónde está Catherine. Sé por qué incendiaste una casa con un agente de policía dentro. Sé qué contienen los archivos que intentaste eliminar hace tanto tiempo y pienso... pienso utilizarlo en tu contra. Ya no soy el chico que te buscaba porque te consideraba, de un modo que no comprendo, un ejemplo a seguir. —Lo solté, y se precipitó sobre la montaña de folios que se derrumbaron sobre el escritorio—. Yo nunca me convertiré en ti.

Arranqué los cordones de las cortinas y me acerqué a él. Mi padre intentó pulsar en el botón rojizo que descansaba debajo del escritorio, ansioso por alertar a su seguridad. Pero lo agarré por las muñecas y las até tras su espalda, apretando la soga tanto como su tirantez me permitía. Lo empujé hasta el extremo opuesto del salón y empleé la segunda cuerda para anudar los tobillos al pie del sillón, imposibilitando que se levantara.

—Dimitri... espera, espera. Puedo explicarlo. —Sentí su mirada puesta en mí.

—Ahórrate tus insensateces para un tribunal. Te serán más necesarias allí.

—¿Realmente me dejarás aquí, a la espera de que alguien se encargue de mí? Te crié para que lidiaras de tus problemas como un hombre. Me tienes indefenso, mi arma se encuentra escondida detrás del cuadro de la manzana partida. Ponle fin a esto.

—Una vez me dijiste que nadie se escapa de su pasado. Seguimos hacia delante, muchos lo hacen conciliados con sus actos, y otros... no precisamente. ¿Cómo se siente al saber que toda la mierda que creíste enterrada te está cayendo ahora sobre la cara? No, sé que no es bonito desde tu punto de vista, pero desde el mío... —Humedecí mis labios para ahuyentar la ansiedad—. Adiós, Bartholomew. Nos veremos en el juzgado, durante el tiempo que sea necesario, hasta que lo último que sepa de ti sea el costo de tu ataúd.

—Dimitri, te arrepentirás de esto. Dimitri, escúchame. ¡Dimitri!

Lo amordacé para silenciarlo; estudié el despacho para cerciorarme de que no le dejaba ningún elemento de utilidad a su alcance y, solo tras eso, cerré la puerta con llave. De camino al exterior, usé el teléfono fijo para avisar a la policía de que los necesitaba, comunicándome directamente con el móvil personal del jefe. Me quité las vendas, empapadas en sangre, y las arrojé a la trituradora de la cocina. Vi cómo desaparecían.

Me dispuse a salir para decirle al guardia que mi padre se había retirado a la cama, con la esperanza de que no entrara él mismo a comprobarlo, cuando Jacob me sorprendió.

—¿Qué haces aquí? —reprochó, con los ojos abiertos como platos. Colocó el maletín de cuero marrón en el taburete y frunció el ceño.

—Puedo preguntarte lo mismo —respondí.

—Las cuentas de la empresa. Le traigo el informe a papá.

—Bien, pues papá está indispuerto ahora mismo. Y mañana también lo estará.

Jacob centró la mirada en mi frente sudorosa y respiración agitada.

—¿Qué has hecho? —formuló con cautela, acercándose con las manos libres.

—Le he pegado un puñetazo y lo he atado al sillón de su despacho.

—Estás delirando. Definitivamente, la soledad está terminando con tu lucidez.

—Te pondré al día de camino, si decides venir conmigo.

—Dimitri, ¿qué locura estás pensando cometer ahora?

Plasmé las manos sobre la isla que se interponía entre nosotros, y le susurré:

—Voy a rescatar a mi chica.

SEMANA 36



Catherine

—Catherine —llamó alguien, sacudiéndome del brazo—. Catherine, despierta.

Estreché los ojos con más fuerza y hundí la punta de la nariz entre las almohadas que me protegían de la pared. Alguien había abierto la puerta de la habitación, causando que las corrientes de aire gélido interrumpieran mi descanso. Unos dedos tan fríos y temblorosos como mi cuerpo se ciñeron en mi hombro y me obligaron a girarme. La tela delgada y agujereada resbaló por mis piernas ante mi brusco movimiento, acabando en los pies de la cama y enrollada en el poste de forja que sostenía el colchón. Tardé unos minutos en adecuarme a la oscuridad que reinaba en mi dormitorio y, desconcertada, lo primero que intenté hacer fue alcanzar la lámpara que descansaba en la mesilla.

—No. —La persona que me despertó me agarró de la muñeca—. Tenemos que marcharnos de inmediato.

—Svetlana —articulé su nombre con pesadez, pues notaba mi boca pastosa y seca. No solo eso: la piel en mi garganta continuaba dolorida e inflamada—. Déjame en paz.

—Tan solo estoy tratando de ayudarte. Por favor, Catherine. Levántate y sígueme.

No moví ni un solo músculo. Desconocía de dónde provenía su repentina necesidad o inquietud por ayudarme. Posé las manos en mi tráquea, donde el recuerdo de los dedos de Jeremy continuaba latente, y apreté los dientes hasta que los músculos de mi rostro se contrajeron. No precisaba estar delante de un espejo para que mi mente se convenciera de la existencia de los moretones. Los sentía al tragar saliva o con el simple movimiento de tomar aire. Había clavado las uñas en mi cuello, imposibilitando que opusiera resistencia, solo para arrastrarme de regreso a la habitación, con el mismo desprecio que Jeremy mostraba a casi todo el mundo. Durante unos segundos que se me hicieron eternos, temí seriamente por el bienestar del bebé. Jeremy mantenía la pistola parcialmente oculta en la parte trasera de sus pantalones, de tal forma que no pudiéramos acceder a ella, pero que actuaba como un recordatorio de lo que él haría.

Svetlana no esperó a que le diera una contestación.

Me sostuvo de los tobillos para que mi cuerpo girase sobre la cama, sin dejarme otra opción más que tomar asiento en el lateral. Retiré el cabello de mi rostro, notándolo no solo sucio, sino también enredado por los constantes movimientos que hacía al dormir. Svetlana hurgó entre mis pertenencias, desesperada por encontrar mis zapatos, pero no los halló porque Jeremy me los había quitado nada más registrar mi maleta. Temía que escapara de algún modo, por lo que solo me dejó con la ropa que portaba: un *jersey* de lana deshilachado y unos pantalones de chándal grisáceos. Agradecí la idea de no haberme desprendido de mis calcetines antes del

traslado. Gracias a ellos, la gelidez que transmitía el suelo no se quedaba durante mucho tiempo en mis plantas.

—¿Qué está pasando? —Quise saber, aclarándome la garganta por cuarta vez.

—Nos vamos. Bueno, te vas.

—Si piensas que me montaré en un coche con el psicópata de tu hermano...

—Jeremy se ha marchado al centro de Irvington. No regresará hasta dentro de treinta minutos, lo cual supone un corto margen de tiempo para alejarte de aquí. —La manera en la que se desplazaba, acompañada de la ausencia de sarcasmo, me confirmó que estaba hablando en serio—. Catherine, no lo repetiré de nuevo: vámonos ahora mismo.

En esa ocasión, no dudé en obedecer.

Me incorporé tan veloz como mi cuerpo de embarazada de ocho meses me permitía, y perseguí a Svetlana a través del pasillo. No identifiqué ninguna mochila preparada ni ningún vehículo con el motor arrancado en el exterior. De hecho, escuchaba el murmullo que provocaba el viento al adentrarse entre las ramas de los árboles, incrementando mi pánico hacia lo que estaba a punto de suceder. Svetlana abrió la puerta metálica con ambas manos, demasiado inestable para introducir la llave con una, y me miró.

—Tienes que seguir el camino en todo momento. Encontrarás diversas bifurcaciones, sin embargo, ignóralas porque solo te desorientarán más. —Svetlana tomó una bocanada de aire—. Esto no es cómo lo había planeado, y a la vez es mejor que nada —susurró.

Mi atención se trasladó hacia el exterior, hacia la libertad. Pensé en que no tenía zapatos ni chaqueta con la que resguardarme del frío,

que la luna quedaba escondida tras los nubarrones y que cualquier cosa podría sucederme de camino a un lugar seguro. Al mismo tiempo, supe que no podía quedarme ahí, no después de que Jeremy estuviera a punto de estrangularme con una sola mano.

Por motivos que desconocía, Svetlana se había arriesgado para concederme la oportunidad de escapar, de regresar con Dimitri.

No lo pensé más veces. Estaba decidida a marcharme.

—Tienes que entregarle esto a la policía. —Svetlana me tendió una carpeta de plástico, la misma que Jeremy utilizó para mostrarme las evidencias recopiladas—. Lamento que te hayas visto envuelta en esto. Espero que algún día puedas perdonarme —dijo.

—Svetlana...

—Buena suerte, Catherine. Sé que vas a necesitarla.

Noté las piedras clavándose en la planta de mis pies; mi vello se erizó en cuanto entré en contacto con el viento, y Svetlana cerró la puerta tras de mí. Estaba afuera. Nada de paredes a mi alrededor, nada de amenazas procedentes de Jeremy. Ahogué el llanto y utilicé cada ápice de voluntad para caminar con rapidez por el sendero, alejándome y despidiéndome mentalmente de ese sitio. Tenía miedo. Estaba muy asustada. Las plantas se ondeaban y emitían sonidos extraños, lo mismo podía decir de las ramas. Me recordaron a un animal gruñéndome, preparado para abalanzarse sobre su presa. La Catherine de dieciséis años se habría sentado en el suelo, con las piernas encogidas contra su pecho y las lágrimas bañando sus mejillas a la espera de que alguien le ayudara.

Y, aunque tuviera ganas de hacer eso, me repetí que el bebé dependía de mí.

Apenas me había alejado unos cincuenta metros cuando el motor de un coche logró sonsacarme de mis pensamientos. Contuve el

aliento. Me apoyé en el árbol de la derecha, a la espera de que el vehículo se aproximara más para pedirle ayuda...

—Dios mío. No, no, no, no —susurré, escondiéndome detrás del árbol.

Reconocería esa matrícula incluso con el tacto. Perteneecía a Jeremy. Cubrí mi boca, consciente de que los sollozos se harían paso al exterior y lo alertarían de mi presencia. No obstante, la velocidad con la que atravesó el camino impidió que se centrara en mis brazos, que sobresalían parcialmente por los laterales del árbol. Tiritando, esperé a que las luces rojizas del coche desaparecieran en la distancia, y solo en ese caso recuperé el trayecto hacia lo que yo consideraba mi libertad. Santo Dios, había dado por hecho que la llamada telefónica que me apartó de mi familia era lo más espeluznante, pero la sensación de ser perseguida y observada constantemente la superaba con creces.

Las luces de la ciudad no quedaban lejos; por ese motivo Svetlana me había dejado partir a solas y en una noche cerrada. Pese a ello, me demoraría más de la cuenta por mi temblor.

De repente, el motor de otro vehículo sonó tras de mí.

O, mejor dicho, el mismo coche resurgió por el camino de piedra y barro, resquebrajando la oscuridad con las luces. La idea de ocultarme, como había hecho hacía tan solo unos minutos, quedó en el olvido al percatarme de que me encontraba en el centro de la carretera, en la mitad de su trayecto. Jeremy iba a matarme. Le daría igual que estuviera embarazada: me golpearía, como hizo en el dormitorio, y no tendría piedad. Mi pensamiento se derivó rápidamente hacia Svetlana, y una mínima parte de mí se sintió angustiada por lo que Jeremy le haría. Ella me había permitido escapar junto a la carpeta, con la única documentación que les daba

credibilidad. Aunque mi batalla ya estuviera perdida, seguí caminando con mayor velocidad, ignorando la bocina del coche. Imaginé a Jeremy golpeando el volante con las manos, exigiéndome que me detuviera.

Entonces, la puerta se abrió y alguien bajó del coche. Los pasos corrieron hacia mí y, por mucha ansiedad que yo tuviera, continué caminando. De todas maneras, Jeremy no me permitiría siquiera girarme para mirarlo.

En eso, un brazo se cernió en torno a mi cuerpo y me inmovilizó para apresarme contra una camisa. Mi primer instinto fue gritar, pedir la ayuda que en su momento no pude. Sin embargo, esa persona me cubrió la boca, y me acunó de tal manera que... Ahogué un jadeo al reconocer el perfume a vainilla que él solía utilizar cada mañana, después de ducharse. Mis ojos se trasladaron hacia la mano, la cual me rodeaba parte del cuerpo y descansaba sobre mi vientre. Dimitri desplazó la boca hacia mi oído y me susurró que me tranquilizara, que dejara de oponerme.

—Catherine —repitió, retirando lentamente los dedos de mis labios—, ¿Catherine?

Las lágrimas brotaron mucho antes que mis palabras.

Me giré para contemplar su rostro, la barba que no se había afeitado y los ojos llorosos. Era él. Los sollozos que había retenido en las últimas semanas se abrieron paso al exterior en cuanto noté sus dedos acariciándome las mejillas y el labio inferior; me miraba como si tampoco fuera capaz de convencerse de que estuviéramos juntos. Dimitri me impulsó hacia su cuerpo y me estrechó con brío, envolviéndome con sus brazos y sujetándose a mí del mismo modo en el que yo me aferraba a él. No era posible.

—Ya estás a salvo —susurró mientras hundía su cara en mi cabello —, ¿me oyes? Amor, estás conmigo. Estamos juntos, estás bien — repitió, aunque supe que intentaba convencerse a él. Su respiración se volvió más violenta, indicativo de que había comenzado a llorar —. Maldición. Estás temblando, pequeña. —Se separó para quitarse la chaqueta y colocarla sobre mis hombros y pecho para resguardarme del viento—. Dime algo, Cathy.

—Eres real. —Lo miré a los ojos, aún bajo el control de mis soponcios—. ¿Cierto?

—Por supuesto que lo soy. Joder, Catherine, ven aquí.

Dimitri me tomó entre sus brazos al verme descalza y temblando y, por primera vez en los últimos veintiún días, pude respirar con tranquilidad. Ya no obligué a mi cuerpo a que tomase una bocanada de aire, sino que lo hizo por sí mismo, repitiéndome que ya no habría nada que nos hiciera daño. Dimitri posó un brazo en mis corvas y otro sobre en mi espalda, manteniéndome tan pegada a él como le era posible. Empezó a caminar hacia el coche, pero sus ojos no dejaban de escrutarme. Así que hice lo que necesitaba. Lo impulsé para que me besara, para que nuestros labios se tocaran. Su cuerpo se tensó y no supe si fue por el beso tan repentino o por la gelidez de mi rostro. Igualmente, los dedos que descansaban en mi costado izquierdo surcaron mi cuerpo hasta prácticamente mis pechos, enderezándome para besarnos mejor. Fue gracias a ese gesto que terminé de convencerme de que estaba con Dimitri, que el frío no me había adormecido.

—Pensaba que iba a morir sin ti —musitó él sobre mis labios, cerrando los ojos—. Casi he movido el cielo y el propio infierno con mis manos para encontrarte. He sobornado, he interrogado, e incluso he cometido actos que no consideraba posibles, para dar

contigo. Y ha parecido la pena. Cada esfuerzo, cada segundo, porque vuelves a estar conmigo.

—Gracias —correspondí, retirando las lágrimas que habían humedecido sus mejillas.

—Venga ya —expulsó una carcajada que iluminó su rostro—. No me agradezcas que te haya rescatado de un problema en el que yo te puse. Te amo, Catherine.

—Tanto como yo te amo a ti.

Me sentía en el interior de una burbuja que, desgraciadamente, era de jabón. Dimitri recuperó la faceta adusta y me cargó hasta el vehículo, donde abrió la puerta del asiento trasero para ubicarme en su interior. Grazné por el cambio de temperatura —el aire se expulsaba directamente hacia mis piernas y pies, sustituyendo al viento—, y me acomodé sobre el regazo de Dimitri, el cual se negaba a separarse de mí. Mientras sus manos se posaban ahora en mi vientre, mi mirada se dirigió hacia el conductor, hacia...

—Jacob —llamé, y el escozor en mi garganta volvió—. Sigues aquí.

—¿Dónde si no? Tenía que ayudar al temerario de mi hermano, y a mi cuñada.

—¿Qué es esto?

La pregunta de Dimitri me impidió responder.

Pensé que se refería a la carpeta que descansaba en el otro asiento, pero a juzgar por la rapidez con la que me tomó del mentón y me hizo girar el rostro, confirmé... lo que más temía. Dimitri palpó con muchísima delicadeza las recientes marcas en mis clavículas, tráquea y cuello, acariciándolas levemente, como si temiera agravarlas.

—Ha sido Jeremy. Él te ha hecho esto —afirmó, apretando la mandíbula.

—Sí, pero no merece la pena enfadarse por...

—Jacob, da media vuelta —exigió, ignorándome—. De inmediato.

—No —repliqué—. Dimitri, lo que haya pasado no tiene importancia. Tengo la carpeta, una que presentarás ante la policía para que ella se encargue de todo. Volvamos a casa.

—La policía ya está presente. Quiero verle la cara a ese hijo de puta.

—¿Cuándo ha llegado? No he visto ningún vehículo en esta carretera.

Me agarré a la camisa de Dimitri cuando Jacob utilizó uno de los caminos para girar y conducir en dirección al club de lucha. Dimitri me tomó de las manos y besó mis nudillos, amoratados por el frío. No iba a gustarme su respuesta. Siempre que me miraba y me besaba de esa manera, era porque estaba a punto de hacer algo poco correcto.

Ignorando algunos detalles que me hubiera encantado conocer, me contó que Svetlana le había desvelado dónde encontrarme y en qué momento sería oportuno hacerlo. Estuvo entretenido alertando a la policía de lo que iba a ocurrir... después de golpear a Bart y atarlo en su despacho para impedir que recurriera a la ayuda de sus guardias.

—Por el amor de Dios, Dimitri. ¡Podría denunciarte solo por eso! —reproché.

—Mi padre tiene todas las de perder. Como le dije, él mismo se ha hundido.

Miré rápidamente a la ventanilla, por donde las luces azules y rojas penetraban.

—Quiero que te quedes en el coche, ¿de acuerdo? No me seguirás porque aquí estás, en cierto modo, mucho más segura. Catherine — insistió al ver que iba a quejarme—. Has pasado por un infierno. Sola, separada de tu familia, de mí, y embarazada de ocho meses. Te suplico que permanezcas aquí por nuestro bien, y por el de nuestra pequeña.

—Si te ocurre algo...

—No me pasará nada —se apresuró a decir—. Prométeme que no bajarás del coche.

—Lo haré, siempre y cuando regreses en menos de cinco minutos.

—¿Acaso no he vuelto siempre a ti, señorita Miller?

Dimitri se apresuró a apearse del vehículo apenas aparcamos, cerrando la puerta a su paso. Mis dientes seguían castañeteando y, por mucho que la chaqueta y la calefacción intentasen calentarme, tenía el frío metido en los huesos. Jacob me comentó algo que no escuché porque estaba demasiado absorta en la amplia espalda de Dimitri acercándose a los coches policiales. Habían bloqueado los dos caminos, incluso discerní una ambulancia, y sus correspondientes auxiliares con expresión nerviosa. La bebé me propinó una intensa patada que me obligó a rodearme el vientre, gesto que no pasó desapercibido.

—Debería llevarte a la ambulancia —comentó Jacob, mirándome—. No estás bien.

—Tan solo ha sido una patada —mentí.

—Tienes la frente sudorosa y la tez pálida, Catherine. Es evidente que no estás bien.

—No me moveré de este coche sin Dimitri —sentencié, ofuscada en ello.

En los dos segundos que tardé en centrar la mirada de nuevo en el grupo de policías, me percaté de que Dimitri había desaparecido. No reconocía la camisa blanca entre los presentes. Plasmé una mano en el asiento contiguo para inclinarme sobre la ventanilla y lo identifiqué atravesando el cordón policial para adentrarse en el club de lucha.

—¿Qué diantres está haciendo? —Quise saber.

—Lo que más temía —masculló Jacob, quitándose el cinturón.

Jacob tomó algo del asiento del copiloto y, cuando se dispuso a salir, lo agarré por el hombro. No me dejaría en el interior de un coche, no con cientos de dudas.

—El Royale tiene una salida trasera que da al bosque. Ningún coche policial es capaz de atravesar los árboles que han crecido en un antiguo camino, por lo que Jeremy tiene la oportunidad de escabullirse sin que nadie se percate. —Posó una mano sobre la mía y me dio un apretón—. Dimitri me avisó de que él se ocuparía de Jeremy personalmente. Me hizo prometer que no te diría nada, para evitar que te preocuparas —confesó al fin.

—Pero... Jeremy... él tiene un arma. ¡Lo va a matar, Jacob! —chillé.

—Tendremos que confiar en lo que sea que tiene en mente.

—Dimitri está cegado por la ira en este momento. Me ve a mí, a las heridas, al estado tan precario en el que me ha encontrado... No me quedaré de brazos cruzados mientras él se adentra a la boca del lobo. Me niego a perderlo a tan solo unos minutos de recu...

Mi voz quedó ahogada tras el intenso sonido de una explosión.

Los cristales de algunos vehículos estallaron y se precipitaron al suelo, asemejándose a confetis plateados iluminados por un intenso naranja. Conseguí cubrir mi cabeza y agacharme a tiempo para

impedir que los fragmentos —que parecían proceder de la luna — arañaran mi rostro. Lo primero que escuché fue el silencio; un estremecedor y profundo silencio que dio paso a las exclamaciones y al ruido del fuego. Mis movimientos fueron lentos, mis manos soltaron mi cabello y resbalaron hasta posarse en el asiento. No hablé, tampoco imité los gritos de los policías ni me apresuré a abandonar el coche, como Jacob.

Simplemente me quedé sentada, viendo cómo el club de lucha ardía en llamas.

SEMANA 37



Catherine

Desperté envuelta en sudor, como cada noche desde ese acontecimiento. Las pesadillas se habían apoderado de mí y me habían arrebatado la capacidad de dormir a pierna suelta a lo largo de la noche. Tomé asiento con lentitud y llevé las manos a mi cabeza para apartar el pelo, humedecido por las gotas de sudor. Nunca olvidaría lo que ocurrió después del estallido ni las angustiosas horas que precedieron a las exclamaciones de la policía.

Volví a cerrar los ojos. La escena se dibujó en mi mente tan clara como si se encontrara todavía frente a mí.

El portazo que Jacob dio al salir del coche había logrado sonsacarme de mi ensimismamiento, me obligó a reaccionar, a ponerme en movimiento. Aunque mis rodillas y brazos volvieran a temblar al igual que un objeto situado sobre una lavadora en marcha y mi vista estuviera emborronándose, alcancé el tirador de la puerta y la abrí, reencontrándome con el frío. Lo primero que mi cuerpo hizo esa noche fue defenderse del humo, cubrir mi boca y mi nariz con las manos en un acto reflejo. La madera que Svetlana había ubicado sobre las ventanas había salido volando y se situaba en

esos momentos a unos metros del primer coche; las diminutas chispas de fuego empezaban a chamuscarlas y a tornarlas de negro.

Me aproximé. Nadie se percató de mi presencia. O, si lo hicieron, estaban demasiado ocupados con el fuego para lidiar conmigo.

—¡Avisad a los bomberos! —bramaba uno de los oficiales mientras agitaba el brazo derecho en el aire.

Las lenguas de fuego emanaban de las inexistentes ventanas y se extendían por los matorrales que rodeaban el edificio y por la propia fachada. Varios de los presentes se apresuraron a acortar el fuego, a impedir que se extendiera hacia las copas de los árboles más cercanos y empeoraran el desastre. Por mi cabeza pasaban muchos pensamientos, y cada uno de ellos se hundía en mí como un puñal.

«Dimitri continúa dentro del club», me recordé. Él había entrado solo para que la policía no perdiera la oportunidad de detener a Jeremy y a su hermana, para cerciorarse de que no se convertirían en una nueva amenaza para nosotros. Para mí.

La pequeña pateó de nuevo, avisándome de que ella padecía las consecuencias de mi descontrol. Me sentía de pie y, al mismo tiempo, como si el mundo a mi alrededor estuviera girando constantemente. No podía perder a Dimitri. Lo nuestro no terminaría esa noche, por culpa de un incendio que, con toda certeza, había sido provocado por ese monstruo. No aceptaría la idea de que no escucharía el sonido de su voz otra vez, que no sentiría la calidez de su abrazo o de sus besos, que él no conocería el rostro de su hija. Simplemente no sucedería así.

—Tiene que alejarse de aquí. —Alguien me sujetó del antebrazo—. ¡Harry! Llévala a la ambulancia. Es la embarazada que desapareció.

Ha respirado bastante humo, asegúrate de que la trasladen al hospital de inmediato —ordenó al policía de rostro más joven.

—No me moveré de aquí. —Mi voz no sonó firme ni audible.

De hecho, mi voz fue producto de un sollozo que se hacía paso al exterior.

—Vamos, que no se quede por más tiempo —insistió con expresión severa el hombre.

Yo no quería moverme.

Intenté hundir los talones en el suelo, opuse resistencia a los constantes tirones por parte del policía. Lloraba por el escozor del humo y porque una parte de mí comenzaba a hacerse a la idea de que Dimitri no volvería, complicando mi decisión de mantenerme tan próxima al cordón policial como me fuera posible. Yo sabía que ese policía cumplía con la orden de su superior, intentaba repetírmelo mientras sopesaba toda opción posible para librarme de él. Pensé en propinarle un rodillazo en la entrepierna o clavar el codo en su pecho, obligándolo a soltarme.

Finalmente, no hice nada de eso.

—¡Dos hombres están saliendo! —gritó una oficial, reavivando la tensión.

El policía y yo dejamos de caminar para centrarnos en las figuras que casi echaban a correr hacia el exterior.

«Dios mío».

Con un brazo, Jacob rodeaba la cintura de su hermano; con el otro, lo mantenía lo suficientemente erguido para que caminase. Y por si verlos a ambos de pie, tosiendo y poniéndose a salvo, no fuera bastante, lo primero que hizo Dimitri en cuanto su hermano se apartó fue aproximarse a mí. Noté la calidez que transmitía su camisa apresándose en la mía; no había centímetro en él que no

oliera a chamuscado, lo cual me hizo arrugar la nariz, aunque sin apartarme.

—Te he dicho que te quedaras en el coche —reprochó con voz sofocada.

—Agradece que no te esté dando una paliza ahora mismo, idiota.

—No te costaría mucho reducirme en este estado —bromeó, en vano, porque no tenía ánimos para reír ante ninguna de sus tonterías. Dimitri me permitió ayudarlo y acercarlo al lugar donde la ambulancia estaba aparcada; gracias a mi posición, atisé las múltiples heridas y las manchas de sangre que empapaban su camisa y parte de su rostro—. Estoy bien.

—Casi me pongo de parto por tu culpa —mascullé, echándome a llorar de nuevo.

—Atiendan primero a mi prometida. Lo necesita más que yo —pidió él.

La escena no terminaba allí, pero el tacto de unas manos suaves y tórridas me sonsacaron de mis recuerdos al posarse sobre mis hombros desnudos. Los dedos se hundieron en las zonas más tensas. Suspiré cuando Dimitri dejó un tierno beso en mi cuello. El colchón emitió un chirrido, indicando que él estaba sentándose a mis espaldas. Abrí los ojos y lo miré sobre mi hombro.

—Lo siento. Te he vuelto a despertar. —Me disculpé entre susurros.

—No eres ninguna molestia para mí, pequeña. —Apartó un mechón de pelo de mi cara y lo escondió detrás de mi oreja derecha—. Vamos, te ayudaré a relajarte.

—El lunes tenemos un largo día por delante. Ya me dormiré.

—Insisto. —Me tendió sus manos con una sonrisa, esperando a que aceptara.

Emití una pequeña carcajada cuando Dimitri tiró de mi cuerpo hacia el suyo, tumbándome a su lado. Me acomodé de tal manera que mi espalda quedara cerca de su pecho, pero no tanto como para que pudiera abrazarme desde atrás. Desconocía dónde o cómo lo había aprendido, pero Dimitri realizaba unos masajes que eliminaban temporalmente casi todo el dolor causado por el embarazo. Un gemido de placer escapó de mi garganta tan pronto como comenzó a acariciarme la parte baja de la espalda y la cintura.

—Gracias —dije, hundiéndome en la almohada—. No sé qué haría sin ti.

—Podrías contratar a un masajista profesional.

—Nunca. No me gustaría que otro hombre me toque ahí —indiqué, cuando sus manos se deslizaron hacia delante y rozaron mis ingles, presionando mi piel a su paso—. Y repito, si quieres dormir, hazlo. Yo me haré un té, esperaré a que el sueño venga de nuevo.

—Eres la chica más testaruda que he conocido —ronroneó en mi oído.

—Y tú, el hombre más servicial.

—No soy yo quien tiene un bebé a punto de abrirse paso por mis partes íntimas. Y no necesito ninguna excusa para darle un masaje a mi futura esposa. —Se defendió.

Su tono molesto me provocó nuevas carcajadas, que resonaron en el dormitorio. Las manos maestras de mi prometido se entretuvieron durante largos minutos en mí. Eliminaron cada punto tenso que tenía en la espalda y descansaron sobre mis muslos, dentro de los pantalones de pijama que rara vez usaba. Dimitri mantenía la calefacción encendida durante toda la noche y, como me abrazaba, me parecía inútil usar ropa. Solo llevaba un sujetador elástico bastante cómodo, que amortiguaba el dolor en mis pechos.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó, refiriéndose a mis pesadillas.

—Lo mismo de cada noche. Los sucesos de la semana pasada me persiguen.

—Ya no hay nadie que vaya a separarte de tu hogar, de mí. —Desplazó una mano hacia mi voluminoso vientre de treinta y siete semanas y lo acarició—. Se está moviendo..., por el amor de Dios, parece que tienes perros corriendo en vez de una niña —musitó.

—Lo sé. La siento. —Trasladé su mano hacia la parte inferior de mi vientre—. Ahí.

—No has padecido ninguna contracción, ¿cierto? Tampoco has sangrado, ni...

—Dimitri. —Viré el rostro en su dirección—. Me lo preguntas cada día y mi respuesta es la misma. No tengo contracciones, tan solo me duele la espalda porque cargo mucho... peso. La doctora Keller nos pidió precaución solo por si el parto se adelantaba. Lo único que me molesta son los pechos, que también han crecido y duelen. —Me quejé.

La atención de Dimitri se trasladó de mis ojos a mis senos.

—También podría hacer un masaje allí, para intentar apaciguar tu dolor —sugirió.

—Eres un perverso. —La risa regresó a mí con más intensidad que antes.

—Soy servicial. —Utilizó mi halago con mucho orgullo y ensanchó la sonrisa.

—Ahora te interesa serlo porque no hemos mantenido relaciones desde hace meses.

—Y no las necesito hasta que tú lo decidas. —La seriedad en su voz me advirtió de que me había adentrado en un territorio muy

peligroso—. Lo último en lo que pienso en este momento es en satisfacerme, y no porque no me sienta atraído hacia ti, porque lo estoy a cada minuto del día. Aún veo los moretones en tu garganta y clavículas. Sé que duele estar embarazada, porque caminas y te mueves con más lentitud. No te desnudaré, ni te acariciaré del otro modo hasta que tú me lo pidas. —Me acarició el rostro con el pulgar.

—¿Y si lo pido ahora?

El cuerpo de Dimitri se tensó con tan solo escuchar mi pregunta.

—Probablemente te arrepentirás al despertar, porque estás cansada y...

—El sexo me tranquilizará del todo, me hará conciliar el sueño de una vez. Además, también te ayudará a olvidarte de las molestias del hombro —musité.

Dimitri había abandonado el incendio con serias heridas, las cuales fueron tratadas dentro de la ambulancia. Al contrario de lo esperado, Jeremy le había disparado en un hombro, la bala había quedado incrustada en la clavícula y la sangre emanaba a chorros. No vomité ni perdí el conocimiento durante los minutos que tardamos en llegar al hospital, creyendo que Dimitri se escaparía de entre mis dedos y, en esta ocasión, para siempre. La doctora que nos atendió fue muy amable y sincera. Mientras mi prometido estuvo dentro de quirófano, ella me realizó una ecografía para cerciorarse de que el bebé no había padecido ningún daño, tranquilizándome parcialmente al confirmar que mi pequeña estaba bien. Dimitri estuvo un par de horas en recuperación y, solo cuando lo trasladaron a su dormitorio privado, pude escuchar lo que había ocurrido en el club.

Él había impedido que Jeremy echase a correr por el bosque; se enfrentaron físicamente y la bala quedó incrustada en su clavícula por culpa de la cercanía. El fuego se prendió, y no por los motivos

que había imaginado: Svetlana había abierto el gas para cegar a su hermano, el cual se preparaba para asestar otro golpe. Desgraciadamente, el fuego de la chimenea improvisada que ella había creado en el centro del *ring* causó la explosión; las personas que había en su interior quedaron atrapadas, sepultadas por los tabiques y la madera corrompida que conformaba las vigas del techo. Si Dimitri sobrevivió, fue gracias a Jacob y a su rápida intervención. De lo contrario, se habría convertido en cenizas. Nuestra estancia en el hospital se prolongó durante tres días, en los cuales me reencontré con mi familia y con Alexia; evadimos a los periodistas que con tanta avidez nos buscaban. No queríamos inmiscuirnos con la prensa, no cuando Dimitri seguía en camilla.

Respecto a Bartholomew, las pruebas de la carpeta derivaron en su detención. Jacob nos confirmó que había pasado a disposición judicial, a la espera de una sentencia. Las repercusiones no se limitaron al padre de Dimitri, sino también a Svetlana. Desconocía si padeció de quemaduras graves o si se escabulló instantes antes al derrumbe, no obstante, también estaría presente en el juicio de Bart, como la segunda culpable. Una parte de mí se apenaba por su futuro y, aunque la otra me repitiera que ella había colaborado con los monstruos para manipular y arruinar la vida de Dimitri, comprendí que Svetlana era una víctima más de esa venganza. La última buena noticia —quizás era erróneo denominarla de ese modo— llegó el mismo día en el que Dimitri recibió los papeles del alta. Jeremy había fallecido en el incendio, quemado vivo. Recuperaron sus restos de los escombros y nos presentaron el informe que lo demostraba. Yo me negué a mirar las imágenes de la autopsia. De haberlo hecho, mis pesadillas habrían sido peores.

Mis ojos se trasladaron hacia el presente una vez más. Para ser más precisos, se centraron en el vendaje blanquecino que ocultaba el hombro izquierdo de Dimitri. Él me observaba, expectante, por mi repentina petición. No se había tomado la pastilla para el dolor porque el principal efecto secundario era el cansancio, así que toleraba las punzadas como si no fueran importantes. Además, y por muy extraño que sonase, le gustaba sentir mis dedos sobre la herida al curársela cada mañana. Decía que yo era la mejor enfermera.

—No tienes que hacer nada ahora solo porque yo lo haya sugerido —respondió al fin.

—La cuestión es que quiero. —Recorrí sus pectorales con la yema de los dedos, despertando sus estremecimientos y su mirada seductora—. Aún me cuesta aceptar que he vuelto. Muchas veces me despierto solo para asegurarme de que esto no sea un sueño. Todo ha pasado tan rápido, Dimitri.

Él tomó mi rostro entre sus manos y lo acunó.

—En una sola noche desaparecí y en otra he regresado a casa. Sé que apenas ha pasado una semana y media, que me costará olvidarlo, pero... —añadí y luego me detuve cuando él comenzó a besarme.

Dimitri plasmó su boca sobre la mía con excesiva ternura. Me rodeó la espalda y me arrimó a su cuerpo como si me fuera a precipitar por un lado de la cama. Devolví el beso con la misma necesidad, hundiendo los dedos en las ondulaciones de su pelo, y deslicé la mano libre por la amplitud de su espalda hasta alcanzar la goma elástica de su pantalón. Dimitri volvió a posar los dedos en los puntos más dolorosos de mi cuerpo, y los masajéó para que me relajara y para que disfrutara del encuentro. La última vez que

hicimos el amor había sido hacía dos meses. ¡Dos meses! En cierto sentido, me sonrojé y reí porque mi cuerpo desnudo —y terriblemente embarazado— quedaría expuesto a sus atentos ojos.

—Mañana no habrá nadie que me mueva de esta cama —dijo mientras se quitaba el pantalón.

—Pues a las nueve nos estarán esperando en el despacho —recordé.

Teníamos una reunión con el abogado para preparar el juicio del lunes.

—Yo soy quien les está pagando, por ende, ellos nos esperarán a nosotros, no al contrario. —Dimitri me arrebató otro beso, y otro más, mientras me desnudaba. El sujetador cedió por sus constantes tirones, obligándome a alzarlo por encima de mi cabeza. Suspiré por la liberación que conllevaba, aunque mis labios se vieron atacados por los suyos antes de que pudiera terminar—. He estado a punto de decir una locura —dijo.

Noté sus manos en mis glúteos, bajando mis bragas con mucha lentitud.

—Iba a decirte que no teníamos condones en casa —desveló y se echó a reír.

—Tu sugerencia llega ocho meses tarde, cariño.

Dimitri sacudió la cabeza, se acomodó entre mis piernas y me miró a los ojos.

—Seré cuidadoso.

—Sé que siempre lo eres —musité y uní nuestras frentes.

—También rápido, porque las horas de sueño no se recuperarán solas.

—En eso, amor mío, no hay nada que puedas hacer —sentenció y lo besé.

SEMANA 38



Catherine

Dimitri mantenía nuestras manos entrelazadas. De vez en cuando, me estrechaba los dedos con más brío, recordándome la situación tan compleja y delicada en la que estábamos. No, no había olvidado la seriedad del asunto, pero mi silencio y mi expresión lo preocupaban. Nos encontrábamos en una de las dos mesas situadas en la fila delantera, acompañados por nuestro asesor jurídico y por el abogado. Los hombres uniformados no hablaban más que para lo necesario y, cuando intervenían, lograban silenciar los intentos de defensa del abogado de Bartholomew. Este último se encontraba en la otra mesa y, pese a la distancia, sentía la maldad de su mirada puesta en mí. Svetlana también me miraba, aunque no identifiqué deseos de estrangularme en ella. Su rostro tenía magulladuras y cojeaba levemente al caminar; su brazo izquierdo quedaba oculto por una venda. Alexia me había informado, antes de entrar, de que la gravedad de la quemadura de ella había imposibilitado a los médicos hacer una reconstrucción de la piel.

Mis familiares se encontraban en los asientos traseros, en el público. También estaban Alexia y Jacob; incluso Samantha se había presentado para brindarme ánimos.

Una punzada de ansiedad me obligó a cambiarme de postura, alertando más a Dimitri. No solo me inquietaba la presencia de los medios de comunicación, sino también la prolongada lista de crímenes que el juez leía en voz alta: asesinato, extorsión, manipulación de bienes, secuestro. Trasladé una mano hacia mi vientre para intentar distraerme. De nada me serviría padecer un ataque de ansiedad en mitad del juicio, puesto que este se pospondría y la pesadilla se extendería unos días más. Tanto mi prometido como yo necesitábamos cerrar el capítulo de ese libro para iniciar uno nuevo, alejados de ahí.

—Catherine Marie Miller. —Mi nombre me hizo dar un respingo—. Su turno.

El estrado que correspondía a los testigos quedaba a solo tres metros y, a pesar de la cercanía, sentí que mis piernas no aguantarían lo suficiente para moverme de un asiento a otro. Dimitri tuvo que soltarme los dedos y continuar sentado. No le estaba permitido incorporarse o intervenir sin el permiso del juez. Le dediqué una sonrisa y caminé rápidamente hacia el sitio que me correspondía. Allí, me acomodé en la silla acolchada.

Me vi en la obligación de repetir, con pelos y señales, cada acontecimiento sucedido desde el día en el que desaparecí. Rememorar nuevamente la llamada telefónica, cómo era la casa de campo en la que me retuvieron, el estallido de ira de mi secuestrador y el incendio. Eso despertó el efecto contrario al que yo esperaba. Las preguntas del juez lograron disuadir parcialmente mi ansiedad, concentrándome más en los recuerdos que en la incapacidad para tomar una bocanada de aire. Al terminar con todo el asunto, cerní los dedos en el dobladillo del vestido mientras el juez comentaba con sus compañeros la sentencia que se debería

impartir ante este caso. Ni el mejor de los abogados sería capaz de reducir los años de condena. Bartholomew se pudriría en el interior de una prisión, pero...

—Puede regresar a su asiento. Gracias —indicó, y me apresuré a levantarme.

Dimitri ignoró las advertencias del abogado y acudió a mi auxilio, tendiéndome una mano. Posó la otra en mi espalda y me ayudó a tomar asiento porque me notaba inestable. La sesión prosiguió durante unos minutos más. Los jueces debatieron en silencio porque el micrófono estaba apagado. Intenté relajarme, respirar hondo.

—Lo has hecho muy bien —susurró Dimitri en mi oído, y me besó en la mejilla.

—Tan solo quiero salir de aquí —respondí en el mismo tono.

Guardé silencio al percatarme de que la sentencia iba a ser revelada.

—Después de juzgar las evidencias expuestas, sentencio a Bartholomew Alik Ivanov a una condena de setenta años de prisión por el asesinato de Sebastian Rogers, por la participación en el secuestro de Catherine Marie Miller, por el lavado de capitales y por el soborno realizado a distintos agentes del Departamento de Nueva York. No hay reducción de pena. —El juez unió sus manos arrugadas sobre la mesa de madera—. En cuanto a Svetlana Rogers, por ser cómplice de los crímenes cometidos, se someterá a diez años, y diez meses de prisión, más servicios a la comunidad fuera de Estados Unidos.

Tan pronto como la sentencia se hizo oficial, Svetlana rompió a llorar.

Aunque la prensa nos estuviera esperando en la entrada de los juzgados, preparados y armados con preguntas que ansiaban ser

respondidas, Dimitri me indicó que le siguiera por unos enrevesados pasillos con paredes de mármol. Supe que mi familia quería, o más bien necesitaba, cerciorarse de que me encontraba bien. Pero solo podía pensar en la privacidad y en la seguridad que me proporcionarían el interior de un vehículo. Además, si todo marchaba como planeábamos, los veríamos en dos horas.

El chófer estaba parado, a la espera de abrirnos la puerta trasera del coche. Y, tan pronto como la película oscura separó los asientos traseros del conductor, yo también me eché a llorar. Dimitri dejó al instante su móvil y se apresuró a atenderme porque creía que me sucedía algo grave.

—No es nada —balbuceé entre sollozos, limpiándome las lágrimas.

—Sí que lo es. Desahógate cuanto necesites, Catherine.

—Ese es el problema. —Evadí su mirada, consciente de que lloraría más—. No importa lo mucho que me repita que somos libres. Me cuesta creer que esta pesadilla haya acabado. Estos últimos ocho meses han sido demasiado intensos. —Tomé aire—. Quiero llorar porque me siento feliz de estar contigo, de haber sobrevivido. Pero también porque hemos estado a punto de perdernos mutuamente en el proceso —susurré.

Me armé de valor y lo miré a los ojos. Craso error.

—Sh, tranquila. —Me envolvió en sus brazos, así que escondí el rostro en su camisa—. Como has dicho, ahora estamos juntos. Nadie volverá a importunarnos. Has estado muy tensa durante el juicio, no te culpes por llorar, *mon amour*. —Me acarició la espalda.

—A veces me canso de estar siempre llorando.

—No sonará precisamente bien, sin embargo, antes de que escondas para ti tus preocupaciones, prefiero que me las cuentes

entre lágrimas, para ver si puedo ayudar. —Tensó los brazos que me rodeaban la cintura y descansó el mentón sobre mi cabeza.

Dimitri tenía mucha razón. Había experimentado lo que era acallar las inquietudes e ignorarlas como si fueran a desvanecerse por sí solas. Dimitri me escuchaba, me aconsejaba y me calmaba, las tres cosas al mismo tiempo. Dios mío, la fortuna me había sonreído al haberlo puesto en mi camino.

Mi llanto se suavizó durante el trayecto, dejándome en un estado somnoliento. Necesitaba dormir, pero no disponía de tiempo para hacerlo.

El principal motivo residía en nuestra mudanza. Después de todo, un hombre se había interesado por la casa de Dimitri —era lo suficientemente amplia como para albergar a sus cuatro hijos— y, sin importarle el precio de venta, la adquirió. Nos había concedido unas semanas para preparar la mudanza, pero nuestras maletas ya estaban preparadas y el viaje hacia nuestro nuevo destino, también.

El chófer detuvo el vehículo en la entrada trasera y le abrió la puerta a Dimitri, quien se separó de mí para darle las gracias. Por si no fuera suficiente, mi prometido también sugirió cargarme en brazos.

—Recuerda que todavía no estás recuperado del hombro.

—Puedo contigo. —Se defendió y me tomó de la mano.

—Oh. Lamento haber ofendido tu masculinidad —bromeé y le sonreí.

—Esa faceta tuya me gusta mucho más. —Me guiñó un ojo y pasamos al interior.

Los sillones del salón estaban ocultos bajo sábanas blancas que los protegerían del polvo. Los cuadros de Dimitri acompañado de

Mary habían sido retirados, y guardados en sus correspondientes cajas. En sí, nuestro papel en esa casa estaba finalizado.

Ascendí los escalones, agarrándome a la barandilla, y recorrí el pasillo hasta que alcancé el dormitorio. Nuestras maletas descansaban delante del armario vacío. Dimitri me pellizcó el hombro con cariño y se adelantó rumbo al escritorio.

—Echaré de menos este sitio —anuncié, apoyada contra el marco de la puerta—. Aunque mi hermano regrese a California, Alexia y Jacob seguirán viviendo aquí. Y mis padres... a ellos les desagrada la idea de que nos vayamos tan lejos —susurré. No esperaba una contestación de Dimitri, ya sabía lo que él pensaba—. Me estoy volviendo nostálgica. Han pasado muchas cosas en Manhattan, en especial en esta vivienda.

—Haremos nuevos recuerdos. Y siempre podemos regresar a Manhattan.

—Lo sé. Pero, con el nacimiento en apenas dos semanas, y con los demás preparativos, desconozco los meses que transcurrirán antes de que eso ocurra —acaricié mi barriga, pensativa porque sabía que la fecha podría adelantarse.

—¿Intentas decirme algo? —Dimitri entrecerró los ojos.

—No. Quiero irme contigo. Es algo que siempre he deseado.

Le arrebaté una de sus sonrisas más pícaras y él se aproximó a mí.

—Te quiero, Cathy. Aquí, en Seabrook o en la luna. —Rio—. Lo eres todo para mí.

Me alcé sobre las puntillas para besarlo en los labios, y agradecí estar apoyada sobre el marco de la puerta puesto que, de lo contrario, me habría caído de espaldas. Él aceptó de buen grado mi beso, el cual le daba una respuesta a sus palabras tan cariñosas.

—Asumo que te encuentras mejor, ¿cierto? —Me acomodó el cabello tras las orejas.

—Sí. Voy a darme una ducha. —Relamí mis labios, saboreándolo a él.

—Dirás que vamos a darnos la última ducha en esta casa. —Se quitó la chaqueta y la corbata, tirándolos al suelo—. Hay que despedirnos a lo grande, cariño.

—Llevamos despidiéndonos de esta casa durante las últimas cuatro noches. —Me sonrojé y permití que Dimitri me arrastrara hacia el baño—. De acuerdo: accedo a compartir la bañera con usted, profesor Ivanov, si promete que no nos entretendremos con nada que no sea el jabón o la esponja. —Me crucé de brazos.

—Trato hecho, señorita Miller —musitó a la vez que desabrochaba mi sujetador.

S

El aeropuerto estaba a rebosar de individuos. Era la primera vez que lo veía así. Debido al comienzo de las clases, muchos jóvenes abandonaban Manhattan para dirigirse a nuevas universidades. Hallé a mis padres conversando con mi hermano y con Alexia, los cuales parecían discutir sobre algún asunto. Yo guardé silencio mientras intentaba sosegar, sin éxito, al llanto que quería resurgir por enésima vez. Me disgustaban las despedidas, en especial cuando se prolongaban.

Jacob desvió la atención de los presentes y la centró en Dimitri para poner así punto final al conflicto. Ambos hermanos se apresuraron a estrecharse las manos, y Alexia tiró de mí para aproximarme.

Mi madre lloraba, y era evidente que lo hacía por mí. Mi padre me abrazó y me besó en la frente, manteniéndome presa entre sus brazos durante varios minutos. Si a la mayoría de los adolescentes les molestaban esas muestras de cariño en público, para mí era lo contrario. Mis padres lo habían pasado bastante mal por mi ausencia, quería recompensarlos de algún modo. Por ello les prometí que los mantendría informados del nacimiento y que serían los primeros en conocer a su nieta —después de su padre, claro—.

—Catherine, sigo pensando que deberías quedarte hasta el parto —insistió mamá.

—Cuento con el permiso de la doctora para viajar. Mi estado de salud es perfecto.

—Pero ya sabes lo que dicen: montarse en un avión en el último trimestre es malo.

—La doctora Keller me aseguró que no me pasará nada. Si tomamos el tren... nos demoraríamos un día y medio en llegar. Y en coche supone muchísimo más si tenemos en cuenta las paradas obligatorias para que el conductor descanse. —Hice un gesto con la cabeza hacia Dimitri, quien estaba absorto en una conversación con Patrick—. Además, tomaremos un vuelo privado y sin más pasajeros. Te llamaré cuando aterricemos —prometí.

—No me separaré de mi móvil —contestó.

Y supe que mamá no lo decía en broma.

Después de recibir un abrazo de oso por parte de Patrick, y de escuchar con paciencia una lista de precauciones a tomar con el bebé —por muy sorprendente que fuera, mi hermano se había leído un libro al completo para cuidar recién nacidos— regresé al lado de Alexia para asegurarme de que ella estaría bien. Fue Jacob quien

me contó cómo mi amiga colaboró con él para encontrarme, sin descansar ni un solo día.

—Esto es un adiós. —Me tomó de ambas manos y las balanceó con suavidad.

—Temporal. Es un adiós temporal —recalqué.

—La próxima vez que te vea, estarás rodeada de vómito de bebé y de pañales.

—Puede que te contrate como niñera.

Alexia me propinó un puñetazo en el hombro, y lo siguiente que sentí de ella fue su fuerte abrazo.

—Cuídate mucho, ¿de acuerdo? Los estudios, las fiestas... No estaré ahí para sujetarte el pelo cuando vomites —bromeé.

—Contrataré a alguien que actúe como tú para socorrerme. —Alexia me liberó a los pocos segundos, conteniendo el llanto.

—Catherine. —Dimitri acercó sus labios a mi oído—. ¿Recuerdas lo de Jacob?

—¡Oh! —Me sequé una lágrima con rapidez y asentí—. Casi lo olvido.

Noté los ojos de mis familiares puestos en mí, ansiosos por saber lo que iba a decir.

—Este momento hubiera sido muy diferente de no ser por la valentía de Jacob. Entró al edificio en llamas para rescatar a su hermano. Dimitri sobrevivió porque él lo ayudó, y es por ese motivo que hemos decidido llamar a la pequeña Natalie —aclaré mi garganta, la emoción me estaba cortando la voz—, en honor a Nathaniel Dickens, el atractivo y misterioso chico que me ayudó desde esa mañana en el hospital. —Jacob empezó a reír.

—Estáis bromeando, ¿no? —El menor de los Ivanov no podía creérselo.

—No. Mi primogénita se llamará Natalie Marie Ivanova —esclareció Dimitri.

La conjunción de esos nombres me parecía perfecta. Honraríamos a dos de las personas más importantes en nuestras vidas.

El tiempo se agotó antes de lo esperado y nos obligaron a separarnos de nuestros seres queridos para pasar por las pruebas —detector de metales, registro de maletas y demás— antes de acceder al jet privado.

Dimitri envolvió su brazo en torno a mi cintura y seguimos a una de las azafatas que nos acompañarían en el vuelo. Él no miró atrás. Yo sí, aunque no pude divisar a nadie. Mi prometido pasaría el resto de las semanas acompañado de Jacob, en las distintas sedes de la industria. En lugar de recuperar su puesto de la empresa, lo dividió en dos para distribuir de manera equitativa el poder entre su hermano y él. Tendrían los mismos derechos, incluso estarían en el mismo despacho para discutir los problemas. Me parecía lo correcto.

Los asientos me recibieron con los brazos abiertos, mi dolorida espalda descansó después de la tensión acumulada a lo largo de la mañana. La doctora se había trasladado a nuestra petición a una clínica de Houston; la queríamos presente en el parto, ella también deseaba estar ahí.

Dimitri se sentó a mi izquierda y plasmó su mano en la mía, envolviéndola en su palma. De inmediato, sentí cómo acariciaba el anillo que me había regalado en el campamento —el de compromiso estaba en mi mano derecha, respetando la tradición de portarlo en el anular— y una sonrisa egocéntrica se dibujó en su boca.

—Ya sé en qué estás pensando. —Me adelanté y puse los ojos en blanco.

—Tienes una gran ventaja porque no es complicado de adivinar.

Dimitri me soltó solo para abrocharme el cinturón, procurando no apretarlo. Tenía el vientre enorme, y la mayor parte estaba compuesta por líquido amniótico. Natalie —aún no me acostumbraba a llamarla así— tenía un tamaño pequeño, lo que supuestamente se convertiría en una ventaja de cara al parto. Dimitri también se abrochó el suyo, el avión iba a despegar de un momento a otro, pero antes de ello, resolvió su propia afirmación:

—Siempre estoy pensando en ti, Catherine. Solo en ti.

S

La brisa marina me incitó a deshacerme de la trenza que había realizado durante el vuelo. El trayecto se había hasta las cuatro horas, por lo que el sol se ponía en el horizonte cuando Dimitri estacionó el vehículo delante de la casa. Los recuerdos regresaron a mí de inmediato, transportándome a un intenso déjà vu al esperar que Mary bajara los escalones para recibirnos, con su cabello corto adornado por una cinta y la sonrisa que transmitía todo su cariño. Desgraciadamente, no fue así. La fachada de la casa y el paisaje continuaban tal y como lo recordaba: los tablones de madera blanca, el marco de las ventanas del mismo color, el tintineo que emitía la campana de viento...

—Ni se te ocurra poner los pies en el interior —advirtió Dimitri cuando nos detuvimos en la entrada.

Abrió la puerta y la empujó para que el viento no la cerrara de nuevo. Luego, se volvió hacia mí y me tomó entre sus brazos,

arrebatándome un alarido.

—Por el amor de Dios, ¡empeorarás tu hombro! —reproché.

—Calla, calla. Tengo que hacer los honores y darte la bienvenida que mereces.

—Todavía no estamos casados.

—No necesito un título para tomar a mi prometida en brazos y llevarla a casa.

No rebatí sus últimas palabras, y no porque estuviera de acuerdo con él.

Perdí el habla tan pronto como nos adentramos. Identifiqué los muebles, las decoraciones, cada minúsculo detalle inalterado. A la izquierda de la entrada estaba la cocina, sumida en una luz anaranjada que se filtraba por la ventana. Unos metros más adelante situé las escaleras y, al lado, el dormitorio que Mary utilizó en los últimos meses. El espacio se ensanchó para dar paso al salón, con los sillones beige y los cojines con estampados de múltiples colores rosados. Las puertas de cristal mostraban la arena y el romper de las olas al alcanzar la orilla. Lentamente regresé al suelo, aunque Dimitri no quiso soltarme por completo. Él estaba mucho más serio y estupefacto que yo.

—No ha cambiado nada —dijo—, es como si mamá continuara aquí.

—Siempre lo estará. Ninguno de los dos vamos a olvidarla.

Dimitri asintió y descorrió las cortinas para que la luz del atardecer bañase de oro y de naranja nuestro alrededor. Esboqué una pequeña sonrisa. No echaba de menos la casa de Manhattan, no tanto como hubiera creído.

La primera vez que visité ese paraíso en Houston no era más que la chica embarazada que intentaba descubrir su lugar en... en el

mundo. Pero en ese momento era distinto. Deslicé la yema de los dedos sobre uno de los muebles y descubrí la limpieza tan inmaculada de la casa. Dimitri había contratado a un equipo para que la adecuara, ahorrándonos varios días de limpieza intensa. Quienes se ocuparon de ello se aseguraron de no desplazar ni un solo centímetro los elementos de su sitio. Lo supe porque las fotografías de la infancia de Dimitri continuaban sobre la repisa de la chimenea.

Detuve mi caminata justo a tiempo para advertir la manera en la que Dimitri me contemplaba. Era como si estuviera admirando algo que había perdido y que acababa de recuperar.

—¿Qué ocurre? —pregunté, un tanto cohibida.

Sorteó los muebles que se interponían en nuestro camino y me tomó del rostro. Movié los pulgares por mis mejillas y se inclinó para que nuestras frentes se rozaran. Respiramos el aire del otro, pero, en lugar de tranquilizarme, su silencio me inquietó más.

—Dimitri —llamé de nuevo, deslizando mis manos por encima de su camisa.

—Solo... —Humedeció sus labios y sonrió—. Solo me preguntaba si también te sentías...

—Como si estuviera en casa —completé por él—. Lo hago. Desde el primer día que me trajiste aquí. Siento que pertenezco a este lugar. Aunque me he dado cuenta de algo. —Su mirada me escrutó el rostro—. Un hogar no es un sitio fijo. En mi caso, mi hogar eres tú.

SEMANA 39



Catherine

Descansé una mano en el carrito de la compra mientras Dimitri tiraba de él. Los pasillos repletos de utensilios para bebés cautivaban mi atención y la de mi prometido, de manera que la lista elaborada en casa quedó rápidamente olvidada. A nuestro alrededor se extendía un mundo que estábamos a punto de conocer, porque al día siguiente —lunes, once de noviembre— se cumpliría la semana cuarenta de embarazo. A Dimitri le sorprendía y asustaba a partes iguales mi capacidad de mantenerme en pie y caminar sin darme de bruces contra el suelo. Lo cierto era que yo tampoco lo entendía.

La voz robótica sonó a través de megafonía, sonsacándome de mis pensamientos al recordarme que la sección navideña estaba preparada en el pasillo quince de la segunda planta. La Navidad se adelantaba conforme pasaban los años; a este ritmo, no me causaría ninguna impresión ver los escaparates de las distintas tiendas adornadas con árboles o falsos copos de nieve en agosto.

Tensé el agarre de mis dedos en la varilla de metal que conformaba el carrito, cuando una intensa pero fugaz punzada de dolor cruzó mi columna. Incluso fruncí la boca y estreché los ojos, agradeciendo que Dimitri estuviera demasiado ocupado admirando el peluche que

habíamos escogido para Natalie. Desde hacía casi dos días padecía de una extraña sensación en mi cuerpo, como si quisiera orinar constantemente, también mi vientre se endurecía con las molestias. Dimitri no tenía ni la menor idea de esto, puesto que me haría permanecer postrada en una cama durante horas, ¡o días! Comprendía las preocupaciones de mi prometido, pero me encontraba en perfecto estado para caminar y realizar los distintos quehaceres (dentro o fuera de casa, el dolor era el mismo).

Si estábamos en el centro comercial era para comprar los últimos elementos que necesitábamos para el dormitorio de la pequeña. Le había dicho a Dimitri que buscara prendas de colores más variados, que no se centrara exclusivamente en el rosa...

—Sé que lo que me has dicho. —Se defendió él con una sonrisa—. Pero te recuerdo que el noventa por ciento de la ropa que hay aquí la has escogido tú. Los vestidos, la chaqueta e incluso has metido pañales de color rosa. —Dio un pequeño tirón a la bolsa de plástico.

—Intento no hacerlo, pero son tan preciosos... Además, fíjate en el tamaño. No parecen confeccionados para una persona real, sino para un muñeco. —Me separé del carro y me alcé sobre las puntillas para tomar un paquete de biberones—. ¿Qué más nos queda?

—Un momento.

Le miré por encima del hombro, apreciando cómo desplegaba la nota de papel.

—Tenemos el mobiliario básico en la casa, y en el carrito llevamos la ropa, chupetes, pañales, y un montón de peluches. Ahí tienes los biberones y... —Se rascó la sien—. Faltan las toallas de algodón. Creo que las he visto en el otro pasillo. —Volvió a introducir la nota en la chaqueta.

En cuanto dimos por finalizadas nuestras compras, trasladamos las bolsas al maletero del coche. Aún nos quedaba una parada antes de ir a casa: el supermercado. La despedida en el aeropuerto de la semana anterior había durado bastante poco, porque Jacob, Alexia y Patrick estaban en nuestra casa. Los motivos de su visita no eran importantes. Jacob trabajaría en la sede de Dimitri en Houston mientras su hermano se ocupaba de mí y de Natalie. Dimitri se negaba a perder los primeros y valiosos días del bebé, así que Jacob se ofreció —con mucha amabilidad— a encargarse él de la industria. En cuanto a mi amiga, no quiso desaprovechar la oportunidad de viajar con Jacob, y no precisamente para verme. Alexia deseaba apreciar mi nueva residencia más que a mí.

El caso de mi hermano era el más extraño porque, en lugar de tomar un vuelo directo a California, hizo escala en Houston para pasar un día conmigo. Esta noche celebraríamos una cena a modo de despedida. Mi hermano regresaría al aeropuerto mientras que Alexia y Jacob irían a su correspondiente apartamento, situado a treinta minutos de la playa.

—Quédate en el coche. Solo necesitamos una botella de vino —dijo Dimitri cuando aparcaba.

—Natalie y yo te lo agradecemos enormemente. Aunque esta noche cocinaré yo.

—Ah. Me prometiste que no te esforzarías demasiado, ¿recuerdas?

—No, te prometí que ayudaría en todo lo que me fuera posible.

—Tú misma lo has dicho —comentó al abrir la puerta—, en todo lo que sea posible.

Le puse los ojos en blanco y me entretuve con mi móvil mientras esperaba por su regreso.

Desde que nos trasladamos a Houston, el estado de humor de Dimitri había retornado al mismo del que tanto me enamoré. Lo pillaba sonriéndome a escondidas, íbamos a pasear a la orilla del mar durante largos minutos y me contaba anécdotas de cuando era pequeño. Yo también me sentía más desahogada, cómoda y como en casa. Conocía cada rincón de la Petite Montagne Blanche —así se llamó a la construcción cuando fue edificada— y habíamos instalado el cuarto del bebé en frente del nuestro, para las noches en las que tendríamos que levantarnos cada dos horas.

Dimitri volvió en apenas dos minutos y condujo con una mano posada en mi vientre —la retiraba solo cuando era necesario—. El trayecto se hizo muy ameno, arribamos a casa en cuestión de quince minutos.

Mi hermano y Jacob se apresuraron a ayudar a Dimitri con las bolsas, me apartaron del maletero cuando intenté hacerlo yo. El lado protector de mi prometido estaba más alterado que de costumbre, fruto de los sucesos de hacía unas semanas. Yo jamás le reprochaba que me ayudase en cada mínima tarea, todo lo opuesto. Él daba lo mejor de sí además de soportar mis constantes cambios de humor, que lo hacían reír.

Alexia me arrastró hacia el dormitorio de Natalie, con las bolsas repletas de su ropa.

Y estábamos colocándolas en el interior de los armarios cuando ahogué un jadeo.

—Necesito sentarme —musité con un hilo de voz, acomodándome en el balancín.

Envolví mi vientre con los brazos y me incliné hacia delante, mareada.

—Dios mío, ¿quieres que llame a Dimitri? ¿O a una ambulancia?
¿La CIA?

—No, no —repuse—, no alertes a nadie, por favor. De lo contrario, Dimitri cancelará la cena de esta noche y me trasladará a un hospital, donde obligará a que nuestra doctora me realice pruebas innecesarias. No deseo pasar los próximos días ingresada.

—Pero sientes dolor, tonta —masculló, olvidándose de la camiseta que sostenía.

—Prácticamente estoy de nueve meses, Alexia. Saldré de cuentas la semana que viene y la doctora me advirtió de que el parto podría adelantarse. Sin embargo —interrumpí su intento de cambiar mi opinión—, no he roto aguas, y estoy segurísima de que tampoco he dilatado ni un mísero centímetro. En serio, me encuentro bien. Confía en mí.

Alexia no pareció conforme con mi explicación, pero tampoco quiso interferir más.

Me recuperé rápidamente y pude continuar doblando las diminutas piezas de ropa.

Pasado un rato, la voz de Jacob llegó desde la planta inferior y nos hizo dejar nuestra tarea a la mitad para acudir a su encuentro. La comida estaba preparada. Él también había tomado las molestias de buscar una comedia para ver después de cenar.

En sí, la tarde transcurrió en absoluta paz y armonía, disfrutando de la compañía mutua sin más problemas. Dimitri, al contrario de lo esperado, fue el primero en marcharse directo al dormitorio de la pequeña. Le quedaba un mueble por montar y, a pesar de mis intentos para convencerlo de que esperase a mañana, insistió en terminarlo en ese momento. Lo alcancé pasados treinta minutos. Lo

encontré arrodillado delante de una mesilla de noche casi terminada.

Se había remangado la camisa a la altura de los codos, lo que me permitió admirar los tatuajes que en tantas ocasiones había acariciado y besado. No importaba el tiempo ni las ocasiones en las que ambos nos contemplábamos sin ropa. La atracción hacia mi futuro marido —esa realidad estaba cada vez más próxima— no se desvanecería nunca.

—¿Quieres que te eche una mano? —pregunté cuando lo vi fruncir el ceño.

—Creo que le falta un tornillo. —Alzó una pequeña bolsa de plástico.

—No sé si estás hablando de Alexia o de mi hermano —bromeé y me acerqué a él.

Dimitri tuvo la modestia de reírse por mi ironía, y le pellizqué los hombros.

—Debemos preparar la cena, cariño. Son casi las ocho —me incliné hacia un lado.

—Mm.

Se incorporó, sacudió las manos en sus pantalones y las ubicó en mis mejillas. Atrajo mis labios hacia los suyos y me besó con fervor, sonsacándome una sonrisa traviesa. Desde que teníamos invitados, nos resultaba complicado besarnos o abrazarnos. Mi hermano no se separaba de mí y Jacob pasaba por casa muy a menudo.

Dimitri me besó una última vez antes de separarse y tomarme de la mano para arrastrarme mientras me repetía que no me mantuviera de pie durante mucho tiempo. Bobadas. Mis piernas, aunque dolieran a veces, podían resistir unos minutos más mientras cocinaba.

Mis facciones se endurecieron nuevamente mientras bajaba las escaleras, las punzadas cruzaron mi columna como si hubiera recibido una descarga eléctrica y agradecí que Alexia interviniera justo a tiempo, imposibilitando que Dimitri apreciara mi dolor.

Maldición. Me recliné en el cuarto de baño de la primera planta y humedecí mi nuca con un poco de agua helada. De acuerdo, sí. Me preocupaban un poco las molestias y, al mismo tiempo, lo consideraba algo corriente. Me aproximaba a la fecha del nacimiento y, si algo había aprendido de los libros de embarazo, era que el bebé se preparaba de cara para el parto —o algo de eso—, por lo que el dolor podría derivar de allí.

Alexia trató de acorralarme para preguntarme cómo me encontraba, sin embargo, le dije con una simple palmada en la espalda que estaba bien. Como de costumbre. Genial.

—Prueba esto. —Dimitri me tendió una cuchara que llevaba salsa humeante.

La soplé antes de introducirla en mi boca, y relamí mis labios por su dulce sabor.

—¿Qué estás cocinando? —Me interesé—. Creía que haríamos salsa de tomate.

—Mamá solía echarle dos cucharadas de azúcar al tomate mientras se fríe. Así reduce su acidez y le da este toque dulzón. — Me guiñó un ojo y tomó una pala de madera. Dimitri me recordaba a esos cocineros que salían en los programas de televisión, con un delantal alrededor de su cintura y la camisa de estampado azul—. ¿Te encuentras bien para ayudar?

—Claro que sí —respondí con demasiada rapidez—. Yo me encargaré de la carne.

Los dolores permanecieron alejados a lo largo de la velada.

Presentamos unos platos dignos de concurso, con la carne asada acompañada de tres salsas —tomate, mayonesa y barbacoa—, una ensalada con zanahoria y maíz, y un bol que contenía patatas naturales cortadas en rodajas y fritas en aceite. Dimitri se sentó al lado de mi hermano y de mí, actuando como el anfitrión y como mi niño.

—¿Qué estás haciendo? —espeté cuando él retiró la barbacoa de mi plato.

—¿Cuántas veces he de decirte que no puedes comer nada de picante?

—Pero es salsa barbacoa. Seguro que hasta los niños la comen. — Intenté alcanzarla, de verdad que lo hice. Pero Patrick colaboró y la ubicó en la esquina opuesta—. Oh, querido hermano, no pienso olvidar ni perdonar esta traición. Puedo comer lo que me plazca, incluso picante, sin ponerme de parto esta misma noche — manifesté, molesta.

—No te lo crees ni tú —comentó Alexia con aire distraído.

Aquello derivó en una mirada cargada de dudas de Dimitri. Por fortuna, mi hermano logró disuadir sus pretensiones de interrogar a Alexia hablando de lo que haría en California. Durante varios años, Patrick había perseguido el sueño de convertirse en uno de esos célebres compositores de música electrónica, sin embargo, y por motivos que no quiso —o no pudo— desvelar, decidió cambiarlo por estudios universitarios. Patrick Miller, el chico que siempre odió estudiar, retomaba la carrera que había abandonado hacía cinco o seis años. Me costó convencerme de ello, pero mi hermano nunca bromeaba sobre esos temas, así que lo felicité por esa sabia decisión. Yo haría lo mismo el año siguiente. La primera etapa de vida de Natalie dependería de sus padres, más de mí a causa de

que la amamantaría. Continuaría mi carrera en cuanto ella tuviera un año.

Alexia tenía algunos días libres en la universidad, pero, en cuanto las clases iniciaran de nuevo, regresaría a Manhattan y no nos veríamos hasta dentro de mucho tiempo. Me prometió que la distancia no haría mella en nuestra amistad, que seguiríamos hablando por llamada telefónica o webcam, y que nos veríamos en persona por Navidad. Intenté sonreírle, pero me costó demasiado. Pronto, Alexia tendría los exámenes o prácticas, lo que la obligaría a no abandonar Manhattan hasta, probablemente, verano. Y, por mi parte, tendría a una recién nacida que no montaría en aviones. A pesar de ello, Alexia siempre seguiría siendo la hermana que nunca tuve, y que siempre quise tener.

Los comentarios sobre la Industria Ivanov me hicieron sonreír. Desde que se produjo la limpieza de personal —en la que despidieron a quienes solían trabajar directamente para Bartholomew— y la contratación de nuevos empleados jóvenes y con ansias de progresar, la empresa había aumentado en un ciento diez por ciento sus acciones. Todo iba bien. Mi familia estaba sana y con muchísimos proyectos por delante.

Observar a mi familia de ese modo me hizo querer llorar de felicidad.

—Dios mío, ¿son las once ya? —exclamó Alexia, interrumpiendo la conversación.

Nos habíamos retirado al salón después de ordenar —más o menos— la cocina.

—Yo no tengo un avión privado que me lleve a California. —Patrick miró de reojo a la cara sonriente de Dimitri, quien captó la indirecta al instante—. Hermanita, me marchó.

—Podrías retrasar el vuelo hasta mañana por la tarde —supliqué al levantarme.

—Las clases empiezan mañana. Por eso me voy ahora —recordó él.

—Te echaré muchísimo de menos —susurré en su oído mientras lo abrazaba.

—Cuida a la enana en mi ausencia y avísame en cuanto nazca —pidió Patrick.

—Lo haremos —prometí.

La casa quedó vacía en menos de cinco minutos. Jacob y Alexia también partieron a su apartamento con la promesa de que nos visitarían de nuevo... cuando pudieran. Yo me quedé de pie en la entrada, con un pañuelo sobre los hombros, mientras observaba las luces de los vehículos alejándose por el camino. Tras emitir uno de mis dramáticos pero necesarios suspiros, regresé al interior y cerré la puerta con llave. Pude darme una prolongada ducha de agua cálida, me enfundé en mi pijama de pelo y me acosté junto a Dimitri quien, pese al frío, todavía dormía sin camiseta. Y, si no fuera por mis insistencias, dormiría exclusivamente con la sábana de franela sobre su cuerpo.

Dimitri me abrazó por la espalda y sentí su respiración en mi nuca.

—Espero que los días que siguen sean igual de buenos que este.
—Mordió superficialmente mi hombro, provocando que mi piel se pusiera de gallina—. Y, por si no te has dado cuenta, tu hermano ha perdido los ánimos por asesinarme. Es un gran progreso.

—Qué bobo eres. —Me acurruqué en sus brazos—. Descansa, pronto no podremos estar como ahora. —Intenté sofocar las carcajadas en la almohada que tenía a la derecha.

—Es un bebé, Catherine. Nos dejará dormir cada tres horas — prosiguió con la broma.

—Dios mío, tres horas. —Fingí que estaba asombrada por esa revelación—. Creo que no sería correcto de nuestra parte desaprovechar tanto tiempo. Nos turnaremos. Cuando la pequeña necesite cambiarse los pañales, su adorable padre se ocupará de ello.

Dimitri también se echó a reír y me retorcí en la cama para mirarle a los ojos.

—Buenas noches, Cathy. —Colocó un mechón tras mi oreja.

—Sueña conmigo. —Descansé una mano en su costado—. Sé que te gusta hacerlo.

Me arrebató un pequeño beso y me acomodé contra su hombro con los ojos ya cerrados. Cubrí mi cuerpo con la sábana de pelo, refugiándome del escaso frío que penetraba en la casa. De inmediato, perdí la consciencia y dejé que el sueño me venciera.

S

Desperté en mitad de la madrugada, con la urgencia de ir al cuarto de baño. Gruñí en voz baja y maldije mi necesidad de orinar a las cinco de la mañana. Desde hacía un mes me levantaba —más o menos— a la misma hora para atender una necesidad que antes no padecía. La doctora dijo que era común porque el bebé hacía presión a la vejiga, dando lugar a que un simple chiste gracioso casi me hiciera orinarme encima. Retiré la sábana de mi cuerpo, procurando no destapar a Dimitri a mi paso. Pero, en cuanto me senté con las piernas extendidas hacia el suelo, él se removió tras de mí, sobresaltado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, incorporándose hasta quedar sentado.

—Nada. Simplemente voy al baño —susurré y lo obligué a tumbarse de nuevo.

—¿Qué hora es? —Volvió a formular, ignorándome.

—Es demasiado pronto para estar despierto. Duérmete. —Lo impulsé hacia atrás.

No supe si llegó a escuchar mi última frase, porque su pesada respiración me indicó que había vuelto a caer en ese profundo sueño.

Caminé con una mano en las lumbares, notando nuevas molestias, y me encerré en el cuarto de baño. Apenas me demoré cinco minutos, lo suficiente para no alertarlo de nuevo. Apagué las luces procurando no realizar ningún ruido y, cuando me dispuse a volver a la cama, sentí agua empapando mis pantalones. No podía estar orinándome encima. Una nueva punzada me hizo aferrar el marco de la puerta y ahogar un grito que habría despertado a los vecinos.

—No. No puede ser —musité, haciendo fuerza para no saciar mi necesidad de...

«Oh, Dios mío». Acababa de romper aguas.

—¡Dimitri! —grité, olvidando por completo el susto que le provocaría—. ¡Mierda!

Mi prometido se incorporó con más celeridad que hacía unos instantes, deslizando la mano izquierda por la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Aunque continuase adormilado, logró despertarse al atisbar el charco que se formaba a mis pies. Dimitri se contuvo de una manera admirable, sin perder los estribos o precipitarse de la cama. No le importó estar descalzo, se acercó a mí lo suficiente para sostenerme de los brazos.

—Natalie... casi está aquí —anuncié.

SEMANA 40



Catherine

La imagen de Dimitri se convirtió en una mancha borrosa que se movía con rapidez por el dormitorio. Abrió las puertas del armario para extraer la primera camisa que encontró y unos pantalones que se apresuró a deslizar por sus piernas. Se olvidó de los calcetines, directamente introdujo los pies descalzos en los zapatos. En mi caso, era incapaz de moverme. Mis dedos seguían aferrados al marco de la puerta, la otra mano se aplastaba contra mi vientre, cuya piel estaba excesivamente tirante, tensa. Contaba en la mente los minutos que transcurrían entre cada contracción, asustándome más al percatarme de que apenas eran cuatro minutos con quince segundos. No era posible. Bueno, teóricamente sí podría ser el caso si tenía en cuenta los dolores que padecía desde hacía dos días. Por el amor de Dios, ¿estaba dilatando sin darme cuenta? ¿Cómo llegaríamos a un hospital si apenas podía caminar hacia la cama, situada a medio metro de mí?

Consciente de que mis nervios estaban empeorando mi condición, presté atención al sonido que emitían las manecillas de un reloj, intentando disminuir mi respiración. Los manuales de embarazadas lo aconsejaban, pero ¡la persona que lo escribió no tenía un bebé

del tamaño de una sandía abriéndose paso por sus genitales! Mi propósito de ralentizar las contracciones se fue al traste en cuanto sentí otra que provocó que chillase para liberar algo de tensión. La pequeña no se movía. No daba patadas, tampoco la notaba desplazarse. Simplemente estaba preparada para nacer, esperando al momento exacto para venir al mundo, es decir, en ese instante, ¡ya!

—Catherine. —La voz de Dimitri me sonsacó de mis pensamientos —. camina.

—No puedo.

—Yo te ayudaré. —Me tendió sus manos, las cuales aferré sin dudar—. Vamos.

Moví los pies con exagerada lentitud porque creía que de ese modo no agravaría el torrente de agua que fluía entre mis piernas. Los gemelos de Dimitri casi rozaban los pies de la cama, las sábanas cubrían el suelo. Pero el dolor... ¡el maldito dolor me arrancó otro grito de desesperación que me obligó a encorvarme!

—Lo siento, no puedo —repetí—. No vamos a llegar al hospital, Dimitri.

—Tenemos que hacerlo. Has roto aguas y la niña nacerá en cuestión de... de minutos. Si no alcanzamos la clínica ahora, tendrás que dar a luz en este dormitorio, sin asistencia médica, sin la epidural que tanto querías. —Deslizó un brazo por mi cintura, y no con el propósito de tumbarme en la cama—. La puerta está a tan solo dos metros, si...

—¡Me duele mucho! —exclamé, luchando contra mi impulso de tirarme al suelo.

Dimitri atisbó el dolor reflejado en mi rostro, la liviana capa de sudor que empezaba a formarse en mi frente, y presencié cómo mi tez se

enrojecía por el esfuerzo que realizaba. Estiró mis brazos para que yo alcanzara los postes de madera que adornaban la cama y, después de asegurarse de que no me tambalearía hacia los lados, echó a correr, sin exagerar, hacia la mesilla de noche. Desde la distancia vi cómo intentaba marcar en la pantalla un número, demorándose a causa del tembleque en sus manos.

—Estoy llamando al hospital —explicó, sin haberle preguntado. De todas maneras, no me consideraba capaz de articular una palabra sin chillar—. Sé que queda a treinta... minutos de casa, pero quizás la doctora Keller está haciendo el turno de noche y...

—Dimitri. —Me mordí los labios y contuve un sollozo.

—Hola —ignoró mi súplica en cuanto alguien contestó a su llamada.

Informó con exactitud lo que había sucedido y, gracias a que activó el altavoz, escuché las instrucciones que el enfermero le daba a Dimitri. En resumen, le aconsejaba —más bien, le ordenaba — que nos trasladásemos al hospital de inmediato. Sin embargo, y en el hipotético caso de que alcanzara el asiento del coche, tenía la certeza de que nos detendríamos en mitad de la carretera y terminaría de dar a luz ahí mismo.

Era más seguro permanecer en casa, en un lugar cómodo y limpio.

—La doctora Keller está allí, Catherine. —Dimitri silenció la llamada con el enfermero—. Si nos marchamos ahora, conduciré más rápido para alcanzarla y te atende...

—¡No pienso moverme de esta casa! —manifesté, mirándolo a los ojos—. Nuestra hija, el bebé, estará aquí en cualquier momento y me niego a dar a luz en mitad de la carretera a las seis de la mañana. ¡Maldición, por qué duelen tanto! —Me desvié del tema debido a la contracción, mucho más intensa que las anteriores.

Dimitri quiso ayudarme, sin embargo, mis siguientes palabras lo hicieron permanecer junto a la mesilla—. Dile... dile a la doctora Keller que acuda a casa. Sí, sí. Claro. Es la mejor opción —musité.

—¿Qué? —Dimitri palideció más, si es que era posible.

—Por favor, ambos sabemos que no resistiré por más tiempo. Y si nosotros no acudimos a la doctora, entonces ella tendrá que venir a nosotros —sentenció.

Durante unos instantes, mi prometido me miró con incertidumbre, buscando la broma. Pero no había tal cosa. Pretendía dar a luz en este dormitorio, con su ayuda.

—Siempre supe que serías mi perdición —farfulló, enfrascándose en la conversación.

En otra circunstancia me habría echado a reír por su bonita ocurrencia.

Lo que pasó a continuación se hizo, al mismo tiempo, rápido y eterno. Dimitri habló con la doctora Keller a través del teléfono. Desde el hospital, nos indicó los procedimientos a seguir antes de que ella llegase aquí en la ambulancia. Mientras me acomodaba en la cama, con los almohadones aplastados en mi espalda para mantenerme erguida, presté tanta atención como me era posible a las sugerencias de la doctora. Dimitri tendría que ocuparse, siempre en primera instancia, de la niña. Natalie debía llorar. Era obligatorio que fuera lo primero que ambos escuchásemos, pues, de lo contrario, significaría que el bebé padecía de una obstrucción respiratoria y requeriría de intervención médica inmediata.

—Las contracciones son cada tres minutos —explicó Dimitri, rodeando la cama.

No precisaba escuchar la conversación para saber por qué lo preguntaba. No siempre funcionaba de esa manera —porque cada

cuerpo femenino era distinto—, pero cuando la contracción se reducía a los tres minutos, indicaba que había dilatado lo suficiente para que el bebé se deslizara por el canal del parto. Él asintió a lo que fuera que ella decía y desapareció temporalmente por la puerta del cuarto de baño para hurgar en los armarios.

Fui yo quien palideció más al ver lo que portaba en los brazos: toallas limpias y una navaja para afeitar que todavía no había utilizado (continuaba en el embalaje). Arrastró la mesilla a mi lado, despreocupándose por la lámpara, y colocó allí los utensilios.

—Vuelvo en treinta segundos —comunicó antes de desaparecer por el pasillo.

Y cumplió con el tiempo estimado. Regresó con una botella de alcohol sin empezar, di por hecho que la utilizaría para desinfectar la navaja antes de cortar el cordón umbilical. Estudiar historia y los hábitos de épocas pasadas sí servía de ayuda para algo. Mi concentración se posó otra vez en las contracciones; agarré las sábanas de franela y me esforcé para no abrirme de piernas y empujar. Si no había dilatado diez centímetros, no solo padecería el bebé, sino que yo también correría el riesgo de un desgarramiento.

—Cariño —llamó él mientras se remangaba la camisa—. ¿Catherine?

—Sí —contesté a los segundos, recuperando el aliento—. Sigo consciente.

—La doctora Keller está de camino. Me ha dicho cómo actuar, ¿confías en mí?

—He dejado en tus manos mi vida y la de nuestra hija, ¡por supuesto que lo hago!

Me ayudó a quitarme los pantalones de pijama y la ropa interior, que arrojó al suelo.

Posteriormente, llenó un cuenco de madera que había traído de la cocina con alcohol e introdujo las manos en este, para limpiarse hasta los antebrazos. Hizo lo mismo con la navaja, humedeciéndola y colocándola sobre la montaña de toallas. Yo solo podía rezar por un parto natural, uno que no precisase de ingresos hospitalarios. Si las mujeres desde la Prehistoria habían sido capaces de dar a luz hasta ocho niños sin un médico que las asistiera, entonces yo también lo haría.

Dimitri tomó una de las toallas y la deslizó por mi frente y nuca para retirar el sudor. Él se moría de preocupación.

—Necesito... tengo que empujar —advertí, mirándolo a los ojos.

Dimitri asintió, situándose en la posición que le correspondía.

—Tengo miedo —confesé en susurros, al borde del llanto.

—Yo no, porque sé que puedes con esto. —Me separó las rodillas con suma lentitud.

—Recuerda que... que debe venir de cabeza... o no seguiré empujando.

—Lo sé, *mon amour*. Lo tengo controlado. —Me apretó la pierna con cariño.

La siguiente contracción me sirvió de impulso para empujar. Con la manta arrugada, el rostro bañado en sudor y la voz de mi prometido guiándome en el proceso, entregué cada ápice de fuerza que poseía en mi cuerpo para expulsar al bebé. Lo hice sin pensar ni por un segundo en la tirantez que sentía en los músculos de mi cuerpo. Las gotas de sudor empaparon mi nuca y la parte trasera de mi pijama, incitándome a que lo quitase, lo cual no hice. Eché la cabeza hacia atrás, sintiéndome exhausta por el esfuerzo. Dimitri, al contrario, me informaba del progreso, indicándome de que la cabeza estaba fuera.

—No... no puedo más —susurré, echándome a llorar.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas, mezclándose con el sudor.

—Cariño, mírame. —Dimitri se acercó a mí, quedando a la altura de mi rostro.

—No tengo fuerzas —balbuceé, estremeciéndome por su contacto en mi mejilla.

—Tienes que hacer esto por mí, por la pequeña, pero, especialmente, por ti.

—Duele demasiado. —Pasé una mano por mi rostro, agobiada.

—Lo sé, y me destroza ver que no puedo ayudarte en nada más. —Me besó en la frente y apartó el cabello de mi rostro, echándolo por encima de la almohada—. Vamos, Cathy. Has sobrevivido a mil cosas. ¿Me estás diciendo que no podrás terminar de dar a luz?

—Exagerado —mascullé.

—La niña está prácticamente fuera. Un último empujón y se habrá terminado.

Retomó su posición inicial y exhalé un profundo suspiro, preparándome.

—A la de tres. Una... dos... ahora, Catherine —ordenó él.

Canalicé la fuerza en mi cuerpo y empujé hasta que creí que me desmayaría.

De repente, la presión y las molestias cesaron. La sensación de alivio me invadió, me obligó a recostarme sobre las almohadas para recuperar el aliento y me privó de los movimientos de cintura para abajo. Mis oídos se agudizaron, meforcé a erguirme unos centímetros solo para atisbar el diminuto cuerpo de bebé bañado en sangre y en restos de placenta. Rompí en llanto cuando Natalie lo hizo. La niña agitó los puños en el aire, demostrando lo poco que le gustaba haber sido expulsada de mi vientre. Dimitri miró a nuestra

hija con tanta admiración y amor en la mirada que me tranquilizó, consciente de que, de haber surgido algún inconveniente, no estaría sonriendo así.

—Tranquila, pequeña. Estás con papá. —Le susurró, trasladándola a la manta.

La envolvió con mucha delicadeza y aprovechó para limpiar los diminutos cabellos ennegrecidos antes de posarla en mis brazos. Dimitri tomó asiento a mi lado, ubicando un brazo alrededor de mi espalda para mantenerme erguida. Dios mío, era preciosa. No me importó que aún estuviera cubierta con un poco de sangre o un poco amoratada.

—Hola —saludé y le acaricié el rostro—, bienvenida, Natalie.

Sentí que Dimitri me besaba en la cabeza y me apretujaba contra su cuerpo para evitar que me tambaleara. Me preguntó en el oído si me sentía mal —en el sentido de si iba a desmayarme o si los dolores en mis partes femeninas habían incrementado—, no obstante, lo tranquilicé al prometerle que no podía estar más consciente y sana.

El ruido de la sirena de la ambulancia me sobresaltó, y Dimitri echó un último vistazo a Natalie antes de incorporarse. Aún no le había cortado el cordón umbilical que la unía a la placenta, temeroso de cometer algún error. Miré su camisa manchada de sangre. También había ensuciado sus manos y sus brazos, lo que indicaba trabajo que había realizado para mí.

—Gracias —dije, mirándolo a los ojos—. Sin ti no habría sido posible.

—El esfuerzo ha sido todo tuyo, preciosa. —Se inclinó para besarme en los labios en lugar de correr inmediatamente para atender a la doctora, quien golpeaba la puerta. Miró a Natalie una

vez más, contemplando cómo sosegaba su llanto—. ¿Por qué me da miedo que le pueda pasar algo a tan solo tres minutos de haber nacido? —preguntó.

—Bienvenido al terrorífico mundo de ser padres —bromeé y empecé a reír.

S

Le canté una nana mientras palmeaba suavemente su espalda.

Acababa de amamantar a Natalie y quería que eructase antes de tumbarla en la cuna. Después de casi cinco días en los que apenas me desplazaba de la cama, me sentía con ánimos para pasear por el salón de casa con Natalie. Aún seguía un poco dolorida, pero esas molestias eran nulas en comparación con las contracciones.

La doctora Keller nos trató de inmediato en la madrugada del parto, ocupándose en primera instancia de la niña. Le cortó el cordón umbilical y la examinó con algunos instrumentos que no atisbé porque su ayudante —otra matrona— se encargó de mí. Extrajeron la placenta restante, comprobaron que no había padecido de desgarros y me alegré más de lo previsto cuando dijeron que no precisaría de puntos.

Me recuperaría con mucho reposo y tiempo.

La doctora consideró innecesario trasladarme al hospital. Mi parto había sido natural, sin complicaciones, y la niña estaba perfecta. Tendría que acudir a las revisiones, pero, además de eso, lo único que me deseó fue buena suerte. Respecto a mi vientre, tenía pensado ir a un gimnasio de tres o cuatro meses en el futuro para recuperar mi figura. Aún parecía estar embarazada, con una curvatura que se asemejaría a un vientre de cuatro meses.

Natalie eructó y la cambié de posición, acunándola entre mis brazos.

—No quieres dormir, ¿cierto? —pregunté con una sonrisa boba en mi rostro.

—Es idéntica a su madre —escuché a Dimitri decir desde la cocina.

Su voz se fue acercando al salón, y no tardé en notar la calidez de sus brazos traspasar la camiseta que yo llevaba puesta. Usé su pecho como respaldo y ensanché la sonrisa.

—Tan risueña como su madre y tan atractiva como yo. Una perfecta combinación.

—Es imposible que un bebé de cinco días sea atractivo. —Me eché a reír—. Es pequeña, no sabremos a quién de los dos se parece más hasta que tenga un mes, como mínimo... Aunque tienes razón en lo primero: detesta dormir. ¿Qué haremos nosotros ahora? Nos tenemos que levantar cada cuatro horas, sí, pero cuando crezca y nos requiera más...

—Nos turnaremos. —Dimitri me besó en el cuello—. ¿Cómo te encuentras?

Emití un suspiro, al mismo tiempo en el que me deleitaba con las lentas caricias que mi prometido repartía en mi cintura. Intentaba mantenerme distraída, lo conocía demasiado bien, y el motivo se encontraba en las visitas que recibiríamos al día siguiente. Lo cierto era que mis padres estaban muy molestos conmigo porque les oculté durante tres días que había dado a luz. Sonaba egoísta para ellos, aunque no para mí. Necesitaba tiempo para recuperarme del parto, no quería sentirme atosigada por ninguna visita. Por ello, y antes de que los rumores se esparcieran, decidí comunicarle a mi familia las noticias.

Alexia y Jacob también estaban informados. Patrick, más de lo mismo.

—Bien. Estoy bastante bien —respondí al cabo de un minuto—. Los dolores han remitido casi por completo y puedo caminar sin la necesidad de tenerte detrás de mí cada cinco segundos. Un momento —agregué al instante—, ¿a qué huele ese aroma?

—¿Qué aroma? —Dimitri frunció el ceño.

Con cuidado, me alcé en puntillas y alcancé sus labios. Dimitri me devolvió el beso, sujetándome del costado al temer por la seguridad de Natalie. Siempre hacía lo mismo. Ni siquiera confiaba en él cuando la sostenía, creía que la dejaría caer por accidente. Y, no: Dimitri tenía una firmeza envidiable, incluso me superaba a mí. Casi empecé a reír de nuevo, recordando las ocasiones en las que me suplicaba, por favor, que le entregara a Natalie durante unos minutos. Ella estaba tan blandita, caliente y olía tan bien, que me resultaba imposible separarme de ella. Supuse que se debía al vínculo de madre.

—Salsa boloñesa —asentí con convicción—, tus labios saben a salsa boloñesa.

—Alguien tiene que cocinar, necesitas comer tanto como yo. — Puso los ojos en blanco y me robó otro beso antes de regresar a la cocina, dejando la puerta entornada.

Durante los siguientes diez minutos, me centré en dormir a Natalie. La noche anterior había estado despierta hasta las dos de la mañana y su llanto me alertó de que estaba hambrienta alrededor de las cinco. Le realicé caricias en el rostro y en la espalda, sin apartar mis ojos de los suyos. Los tenía muy claros, y esperaba que se mantuvieran así. Cuando se calmó, la coloqué en la cuna y la cubrí con dos mantas de pelo, cerciorándome de que no pasaría

frío. No lo consideraba posible si tenía en cuenta que la calefacción estaba encendida durante todo el día.

Me dispuse a ayudar a Dimitri cuando atisbé las dos cajas que habíamos recibido de Manhattan. La primera de ella contenía fotografías, había hurgado en ella ya. Pero, sorprendentemente, la segunda continuaba sellada con la cinta aislante. Empecé a retirar las camisetas de lana y los pantalones vaqueros hasta alcanzar una pequeña caja que tenía un dibujo de flores en la tapadera de madera. La utilizaba como joyero, desconocía por qué la introduje en la caja para Houston cuando yo no... Oh. No era posible.

—Cariño, la lasaña está en el... —Dimitri se detuvo al reconocer la carta.

—Mary me la dio el día que regresamos a Manhattan —expliqué, aunque no dudaba de que Dimitri recordara cuándo ocurrió. Me aproximé a él, acariciando el sello que la mantenía cerrada—. Supuestamente, debía abrirla antes de conocer el sexo del bebé. No me acordaba de ella. Después de todo lo que hemos pasado, lo olvidé —admití.

La expresión de Dimitri se oscureció, y no porque estuviera molesto conmigo. Mary estaba presente en cada rincón de esta vivienda, desde las guirnaldas rosáceas hasta los jarrones pintados a mano por ella. Dimitri la extrañaba mucho, a ambos nos habría encantado que conociera a su nieta. Su pérdida fue tan inesperada que, en un principio, me costó asimilar que fuera real.

Dimitri se cruzó de brazos y clavó la vista en mí.

—Si te incomoda, puedo guardarla y esperar a leerla —ofrecí.

—No. Mamá te la dedicó a ti, así que quiero que la leas ahora.

—¿Seguro? —Ladeé el rostro hacia la derecha, escrutándole.

—Por supuesto, y te agradecería que lo hicieras en voz alta.

Lo observé con detenimiento y procedí a retirar el sello y a desdoblarse el contenido:

Querida Catherine,

Antes de adentrarme en el mensaje que quiero transmitirte, quiero darte las gracias por lo que has hecho, y continúas haciendo, por mi hijo. Me parecía una buena manera de comenzar mi carta, expresando mi gratitud hacia ti. En este instante estás dormida, en el dormitorio de Dimitri, mientras yo me encuentro delante del escritorio de mi habitación, intentando plasmar en este folio lo que no podré decirte en algunos meses.

Es triste, lo sé. Sin embargo, me marché estando en paz con mis decisiones. Mi vida no ha sido un camino de rosas, Catherine, y no pretendo aburrirte describiéndote todos los infortunios con los que me he topado en mis cincuenta y dos años. Entiendo por qué te preocupas por Dimitri, y me gustaría tranquilizarte desvelándote lo siguiente: nosotras nos conocimos durante el verano del año anterior, en el célebre campamento en el que mi testarudo y bruto hijo puso los ojos en ti. Es probable que no me recuerdes, y no guardo rencor por ello. Acudí al campamento (solo) para entregarle a mi exmarido el papel que rompería de una vez nuestro matrimonio. Legalmente recuperaría mi nombre de Mary Serphine, no tendría más motivos para estar en presencia de ese... individuo. Debido a mis constantes recaídas (mi cáncer estuvo curado en una ocasión, pero regresó en el momento más inoportuno), Dimitri me suplicó que permaneciera la noche en el campamento para descansar del largo trayecto. Acepté, y jamás me arrepentiré de esa decisión puesto que, gracias a ella, supe que estabais destinados.

Ya te imagino riéndote por mis palabras, pero atisbé de inmediato cómo Dimitri intentaba conseguir tu atención de cualquier manera.

Tengo la certeza de que, ahora, en la actualidad, Dimitri está enamorado de ti porque te considera no solo una chica muy inteligente y valiente, sino también alguien que no se deja influenciar. Te dio igual que Dimitri fuera hijo del hombre que os invitó al campamento. Ignoraste sus intentos por, ¿cómo llamarlo exactamente? ¿Caer en ese infantil y tonto juego suyo?, y buscaste las mañas para evitar pasar tiempo en su compañía. Oh, Dimitri estaba intrigado. A veces los hombres necesitan una patada en el culo para actuar, así que lo animé esa noche a que te preguntase si tenías algún problema con él, uno que pudiera solucionarse. Y me alegra ver que el destino ha vuelto a uniros mediante uno de los vínculos más inquebrantables. Dimitri se enamoró de tu independencia y de tu honestidad. No eras como esa... chica, Svetlana, a la cual le interesaba el dinero que caía del bolsillo de Dimitri. Estoy hablando con seguridad porque mi hijo me ha contado esto hoy mismo... y, aunque sé que se molestará conmigo, por haberlo desvelado, apuesto a que te ha gustado leerlo.

No quiero entretenerme más. Son casi las dos de la madrugada y continúo despierta por culpa de la medicación, que incrementa mi insomnio. Ojalá hubiera tenido tiempo, mucho más tiempo, para conocerte a fondo y para ver a esa preciosa niña que nacerá en unos meses. Oh, sí. Será una niña, te acordarás de mis palabras cuando esa simpática doctora te confirme mi diagnóstico. Cuídala mucho, por favor, y no necesito suplicarte que hagas lo mismo con mi hijo porque sé que lo harás. Dile que sea fuerte. Mi marcha no supone una despedida permanente, sino temporal. Por mucho que quiera, estaría mintiendo si te prometo que vuestra relación será inalterable, porque, tarde o temprano, tendréis que afrontar problemas. Lo importante es que lo hagáis juntos.

Solo de esa manera descubriréis que os habéis estado esperando el uno al otro.

*Te quiero como a una hija, Catherine, como otra Serphine más.
Sé fuerte. Después de la tormenta siempre viene la calma.*

*Con todo su amor y cariño,
la eterna Mary Serphine.*

Mi voz se fue apagando conforme leía las últimas frases. Sostuve la carta delante de mí durante varios minutos más, intentando asimilar lo que me había transmitido. Dimitri no se separó de mí, tampoco quiso hablar. Doblé la carta y la introduje de nuevo en el sobre, percatándome de que había una fotografía en blanco y negro. La extraje y mis labios se curvaron en una sonrisa, identificando la foto conjunta en el campamento.

—Este fue el último día en el que estuvimos juntos —manifesté—. El dueño del Royale quería una fotografía nuestra para colocarla en su despacho. Pensaba que así demostraría lo bien que los alumnos estaban en su campamento, y que atraería a más instituciones.

—Mary aparece aquí. —Él la señaló, aclarándose la garganta.

—No me había dado cuenta. —Acerqué la imagen a mis ojos—. Es cierto. Está ahí.

—Creo que hay algo más en el sobre. Dámelo —pidió Dimitri.

Observé cómo extraía un objeto que reconocería en cualquier parte.

—Es una cinta rosa —exclamé cuando la elevó a la altura de su rostro.

—Lo sabía —murmuró Dimitri—. Sabía que repetiría esta tradición.

Se aproximó a la cuna en la que Natalie descansaba y alzó su diminuta muñeca para anudar, con mucha delicadeza, la cinta a su alrededor. La niña se movió por el contacto y Dimitri aprovechó para tomarla entre sus brazos y apoyarla contra su pecho. Plasmó la palma de la mano en su espalda, cubriéndola prácticamente por completo, y me miró.

—La echo muchísimo de menos, Catherine. Me habría encantado presentarle a Natalie, que la tomara entre sus brazos y que estuviera allí cuando dijera su primera palabra o diera sus primeros pasos. Pero se fue antes, mucho antes. —Apretó la mandíbula.

—Una persona solo muere cuando la olvidan. Nosotros no haremos eso. —Descansé mi cabeza en su brazo y miré a Natalie—. Ahora somos una familia y Natalie conocerá a su abuela a través de fotos, de nuestras anécdotas, incluso de esta carta —aseguré.

Dimitri asintió, centrando la atención en la pequeña.

—Catherine. —Me llamó él a los pocos segundos.

—¿Sí?

—Os quiero muchísimo. A los dos.

—Lo sé. —Emití un suspiro y cerré los ojos—. Yo también.

EPÍLOGO



Catherine

Cuatro años más tarde.

La multitud se aglutinaba en el campus de la Universidad de Houston, divididos entre los alumnos que esperaban a ser nombrados y los familiares que los admiraban desde la distancia, con el orgullo reflejado en su rostro. Aplané de nuevo las arrugas de mi vestido; notaba mi corazón martilleándome el pecho porque sabía que mi apellido sería pronunciado en unos segundos. Los birretes blancos y rojos se balanceaban con la suave brisa del verano, también las togas, las cuales no ayudaban a mitigar el calor. Alexia me había ayudado a seleccionar mi indumentaria, considerándola adulta y atractiva al mismo tiempo. En pocas palabras, llevaba un vestido de color añil con escote en forma de barco que dejaba mis hombros al aire y que se ceñía hasta mi cintura, donde se abría hasta culminar en mis rodillas. Una compañera de clase, situada a mi derecha, me propinó un gentil codazo en el costado, advirtiéndome de que era mi turno.

—Catherine Marie Miller —pronunció el director, desde la plataforma.

Me apresuré a ascender los escalones de madera de uno en uno, procurando que mis tobillos no se doblasen a causa de los tacones. La amable sonrisa del director me felicitó por mis esfuerzos y por mis extraordinarias notas mientras me entregaba el diploma antes de posar a mi lado para una fotografía. En la distancia, escuché los aplausos y los silbidos que Dimitri se molestaba en emitir. Incluso lo vi levantado de su asiento, destacando entre el resto. El momento de gloria apenas había durado tres minutos y, pese a ello, no lo repetiría más veces. Abandoné el escenario de madera por otras escaleras. Sin embargo, no dispuse de tiempo para posar los tacones en los dos últimos escalones: Dimitri había burlado el cordón de seguridad —que prohibía que los familiares se acercaran a esta zona— solo para tomarme de la cintura y alzarme entre sus brazos, girando conmigo en ellos.

—Enhorabuena, Cathy —felicitó, con una sonrisa arrebatadora.

—Gracias, profesor Ivanov —correspondí, posando las manos en sus hombros cuando me dejó en el suelo—. Mi esfuerzo ha sido recompensado. El director me ha dicho antes de que empezara la ceremonia que le propondrá a la junta de profesores mi admisión... no como profesora, porque primero tengo que completar mis estudios, pero sí como...

—Estoy muy orgulloso de ti —agregó, incluso sin haber terminado de oír la noticia.

Torcí el rostro hacia la derecha cuando escuché la voz de Natalie llamándome desde la distancia, agachándose y prácticamente arrastrándose por el suelo para saltar el cordón de terciopelo. Recibí a mi niña de casi cinco años con los brazos abiertos; la tomé, con rapidez y cubrí su cabellera rubia y ondulada de pequeños besos. Natalie crecía tan rápido que me costaba acostumbrarme a ello.

Aprendió a caminar a los nueve meses, la primera palabra que pronunció —gato— fue a los dieciséis meses. Ya era complicado tenerla entre mis brazos por mucho tiempo, principalmente porque nunca permanecía quieta. Mi hija era la viva imagen de su padre, compartían la misma tonalidad de cabello; La nariz e incluso la forma de sus labios eran similares. Había heredado mis ojos, de un azul bastante claro, y la cara en forma de corazón.

Natalie anudó los brazos en mi cuello y se giró lo suficiente para encarar a Dimitri, contemplándolo mientras yo decía:

—¿Qué te ha parecido mamá, en el escenario? —pregunté a mi pequeña.

—Papá ha llorado —decidió responder—, pero él ha dicho que era sudor.

—¿Lo dices en serio? —Alterné la vista entre ella y mi prometido, asombrada.

—¡Has roto nuestro secreto! —exclamó Dimitri, fingiendo estar realmente ofendido.

Y, por si no fuera suficiente, se acercó a nosotras con las manos en garra.

—Ya conoces el castigo que hay cuando no cumples con tu palabra. ¿O acaso lo has olvidado, pequeña diabla? —Tan pronto como esas palabras escaparon de su garganta, la pequeña emitió un grito de diversión y saltó al suelo, echando a correr al instante.

Dimitri me dio un rápido beso en los labios, repitió que estaba orgulloso y se empeñó en correr tras Natalie para atraparla. Atisbé cómo la alzaba del suelo y la colocaba sobre su hombro, como si fuera una mochila. Natalie gritó entre risas, aunque no importunaron a nadie gracias al elevado volumen de música que resonaba cerca del escenario. Puse rumbo hacia la fila que me correspondía,

consciente de que mi familia me esperaba allí. Mis padres habían asistido a mi graduación —por desgracia, el trabajo de Patrick le impidió viajar, aunque me hizo prometer que le mandaría fotos—, también Jacob —y no precisamente para verme—.

Después de largas charlas telefónicas y de numerosos mensajes, Alexia había decidido trasladarse también a Houston. Su solicitud fue aceptada en la misma universidad, así que no solo nos veíamos diariamente en el campus, sino que también continuamos con nuestra amistad como si nunca hubiéramos estado meses distanciadas tras el nacimiento.

En cuanto a los años que había pasado con Dimitri...

Lo amaba más que antes, si cabía la posibilidad. Dimitri había sido mi apoyo más importante, vital, durante los años en los que tuve que alternar las horas de clase con el cuidado de Natalie. Me ayudaba en todo y, aunque a veces discutiéramos —ocurría muy rara vez—, no nos comportábamos como adolescentes que dejaban de hablarse, sino todo lo contrario. El anillo de compromiso aún relucía en mi mano, pero ensanché la sonrisa al percatarme de que pronto pasaría a ser la señora Ivanova.

Sí, después de cinco años, habíamos decidido dar el gran paso y casarnos. Dimitri comprendió, en su momento, el motivo por el que atrasé nuestra boda: yo apenas tenía dieciocho años y estaba embarazada. Sin embargo, ya tenía veintitrés, había terminado mi carrera y... Dios mío, quería casarme con él, cumplir la única súplica — o insistencia— que Dimitri me había hecho.

Mis padres y Jacob me dieron la «enhorabuena», y tomé asiento al lado de Dimitri y de la traviesa de Natalie, esperando el turno de los estudiantes de Filología Inglesa.

—¿Estás preparada para sumergirte en el mundo de los trabajadores, que también cuidan de niñas risueñas y muy hiperactivas? —preguntó Jacob, arqueando una ceja.

—Oh, ¡venga ya! Sabes perfectamente que mi adolescencia desapareció hace mucho. Me gusto tal y como soy ahora: mucho más madura y determinada a conseguir lo que quiero. —Cruce las piernas y acomodé el vestido debajo de la toga—. Aunque, aparentemente, el objetivo número uno en mi lista se cumplió hace unos años —susurré.

Dimitri supo que estaba hablando de él puesto que, en cuanto me giré para encararlo, descubrí que me estaba mirando. Deslizó un brazo por mis hombros y con el otro mantuvo a Natalie sentada sobre su regazo; ella jugaba con una de sus muñecas. Creo que en vez de actuar como si fuera la modelo de una pasarela, había transformado cada pieza del atuendo en algo parecido a un ninja que simulaba estar defendiendo a alguien.

Adoraba estos momentos. Jamás me cansaría de estar acompañada de las personas que más quería.

De repente, el director mencionó el nombre de Alexia, y aplaudí conforme mi amiga se encaminaba hacia el centro del escenario. Ella era lo opuesto a mí: agitó la mano en el aire para saludar al público, como si estuviera en una actuación, y nos mandó besos en la distancia. Después de aceptar el diploma, Jacob se apresuró a cruzar las filas para recibirla por el mismo resquicio que Dimitri había utilizado para colarse.

Pasados veinte minutos, la ceremonia de graduación terminó y los alumnos se apresuraron a tomar sus vehículos para acudir al club donde se celebraría la fiesta. No tenía ánimos de pasar la noche en el interior de un local atiborrado de estudiantes que beberían hasta

tener más alcohol que sangre en las venas. Sin embargo, Dimitri consiguió convencerme para que aceptara. Natalie pasaría la noche con mis padres, que estaban hospedados en una de las residencias de los Ivanov, y también lo haría durante cuatro noches de la semana siguiente, por nuestra pequeña luna de miel. Podríamos haber viajado durante varias semanas, sí, pero ambos preferíamos algo breve e íntimo.

Pasamos por casa exclusivamente para guardar el diploma y para deshacerme de mi toga y birrete. Dimitri aprovechó los minutos que tardé en introducir el diploma dentro de un cajón de nuestro armario para cambiar su camisa blanca y corbata por prendas más informales. Usó una camiseta color vino oscuro, la cual le proporcionaba un aspecto más atractivo y apetitoso. Cerré las puertas del armario y me acerqué a él, deslizando las manos por sus brazos desnudos.

—Me pondré celosa si otras chicas te miran del mismo modo que yo —admití con una voz que vacilaba entre la seriedad y la ironía, arrebatándole una radiante sonrisa.

—No me separaré de tu lado en toda la noche, señorita Ivanova.

—Me gusta cómo suena. No puedo esperar a que sea oficial.

—Para mí, lo es desde que aceptaste mi anillo de compromiso —confesó.

Dimitri me besó con más fervor que en la graduación. Rodeó mi cintura con un brazo y posó la mano libre en el centro de mi espalda, arrimándome a él. Cuando nos separamos, la falda de mi vestido estaba arrugada por su apretón y nuestras respiraciones distaban mucho de ser calmadas. Le propiné un juguetón puñetazo en el hombro, indicándole que nos estábamos demorando.

Una vez que nos consideramos más o menos decentes para atender una fiesta universitaria, nos presentamos en el salón.

—Hazle caso a tus abuelos —ordené a Natalie, arrodillándome delante de ella.

—Sí, mamá.

—Si cenas verduras, te las comerás todas. Y no te quedes hasta tarde viendo los dibujos. Recuerda que mañana tienes que madrugar —acomodé su cabello, despeinado.

—Sí, mamá —repitió, pero con un tono evidentemente molesto.

—Te quiero, pequeña. Pórtate bien —añadí.

Mis padres me prometieron que estaría bien cuidada —no necesitaba que me lo dijeran, puesto que no era la primera vez que pasaban tiempo a solas con Natalie— y, cuando Dimitri terminó de despedirse de ella, salimos de casa tomados de la mano.

S

Me lamenté de acudir a la fiesta incluso antes de apearme del vehículo. No importaba que tuviera 22 años —casi 23, porque mi cumpleaños sería en un mes— y que fuera la madre más joven de mi promoción (había chicas que también tenían hijos): mi repulsión hacia los clubes cuya música sonaba hasta las seis de la mañana y cuyo olor se entremezclaba con los vómitos, el sudor y el alcohol de quienes asistían, seguía igual e incluso más intenso que hacía unos años. Esos sitios me provocaban náuseas.

Dimitri se apresuró a rodear mis hombros con un brazo para escoltarme al interior. Se había puesto las gafas de sol a pesar de que era de noche. Con esos aires de treintañero llamaba mucho la atención, me atrevería a decir que atraía más miradas que en su

juventud. Además, conservaba los rasgos maduros en su expresión, un torso tonificado y una sonrisa que quitaba el aliento. Por ese motivo —entre otros— me sentía, ¿celosa?, cuando las compañeras de universidad lo miraban. Si estuviera soltero, apostaba a que más de una intentaría llevárselo a la cama. No me agradaba nada.

—Caray —Dimitri emitió un silbido que quedó ahogado por el volumen de música. Paseamos la mirada por la zona, identificando a decenas de estudiantes aglutinados en la pista de baile y otros cuantos acaparando la barra—. ¿Ves a mi hermano o a Alexia? —preguntó.

—No —respondí, alzándome sobre las puntillas—. Estarán en las mesas de la esquina.

Entrelazó una de mis manos con la suya y me arrastró entre la multitud. Me tropecé un par de veces, pero, gracias a mi prometido, no me di de bruces contra el suelo. Identifiqué a varios de mis compañeros de clase bailando, los saludé con mucha educación e ignoré sus intentos por convencerme de que me quedara allí con ellos. Rocé muchos cuerpos al atravesar la pista, algunos terriblemente sudorosos, y suspiré con exagerado alivio al reconocer la cabellera rubia de Alexia en la mesa más distanciada del grupo.

—Hola, chicos —anuncié mientras tomaba asiento al lado de mi amiga.

—Bienvenida al rincón de los graduados más bellos de la universidad —respondió.

—Dilo con orgullo, Alexia. ¡Nos hemos graduado en la universidad! —exclamé.

—Nos lo merecemos. —Alexia tomó uno de los chupitos y lo elevó hacia el centro de la mesa. Instantes posteriores, sorbió el contenido de un solo trago—. Hemos pasado... por muchos años

encerradas... en nuestros hogares, hincando los codos para aprobar la mayoría de las asignaturas en la primera convocatoria. —Rellenó el chupito con la botella, la cual mantenía escondida a su derecha—. Hemos terminado las clases. ¡Somos libres! Te prometo que voy a tomarme un año sabático. Planeo recorrerme cada playa que hay en Europa en menos de un mes —prometió, y me tendió un chupito—. Brinda conmigo.

—Aunque el alcohol y yo no seamos buenos compañeros. —Sostuve el vaso; el líquido desprendía un aroma demasiado fuerte—. Haré una pequeña excepción. ¡Salud!

La última vez que me emborraché, acabé en la habitación de la residencia, acompañada del cuerpo de un medio desconocido encima del mío. Recordar esa noche, que había transcurrido cinco años en el pasado, me hizo sonrojar. ¿Quién me hubiera dicho que, el hombre que había sido el mayor de mis errores se iba a convertir luego en lo mejor que había pasado en mi vida? Sentado frente a mí, Dimitri charlaba alegremente con su hermano. Las sonrisas que intercambiaban y la felicidad que derrochaban me hicieron sonreír a mí también. Todo marchaba como la seda, tanto en Houston y en Manhattan como al otro lado de Estados Unidos, con mi hermano. Patrick Miller había contraído matrimonio hacía uno o dos años, más o menos. A toda la familia nos tomó desprevenidos, pues, ¿quién diría que mi hermano se enamoraría de Samantha, la simpática camarera de The Mouse?

Como decía, la vida es una ruleta que nunca para de girar.

En el club servían menús de comida, por lo que aprovechamos para cenar. El rico y delicioso aroma que desprendían las patatas fritas, las hamburguesas y las porciones de *pizza* nos mantuvieron entretenidos durante la siguiente hora hasta que mi prometido,

contra todo pronóstico, me suplicó que le concediera un par de bailes. La música cambiaba continuamente, desde electrónica y dance hasta baladas, utilizadas por los demás para avanzar en las conquistas de sus ligues.

En medio de la danza, Dimitri aprovechó la penumbra y nuestra cercanía para arrimar sus caderas a las mías, moviéndome a su ritmo. Sacudí la cabeza en un vano intento de no caer rendida ante sus besos y sus movimientos de cintura.

—¿Nerviosa? —preguntó por encima de la música, arrimando los labios a mi oído. La calidez que transmitía su mano sobre mi espalda me provocó varios estremecimientos.

—Si hablas de nuestra boda, sí. No podremos vernos el día previo, por la tradición.

—No importa: al día siguiente, te estaré esperando en el altar —ensanchó la sonrisa.

—Si no me desmayo antes, entonces, me reuniré contigo sin ningún problema.

Las carcajadas de Dimitri me tranquilizaron, aunque no durante mucho tiempo.

Cansada de bailar y mareada por las intensas luces de colores, intenté convencerlo a través de pequeños besos de marcharnos a un lugar más tranquilo y apartado, como los solitarios muelles que había cerca de casa. Finalmente, acabamos en la misma mesa y con la misma compañía: me senté en el regazo de Dimitri mientras él tomaba un sorbo de su cerveza, siendo recibida con mucha alegría. Jacob hablaba por teléfono y Alexia gritaba la letra de la canción que sonaba (no podría decir que cantaba). Varios estudiantes nos acompañaron en los siguientes minutos, compartiendo sus planes de futuro.

Recosté la cabeza sobre el hombro de Dimitri y acomodé los dichosos tirantes de mi vestido que, desgraciadamente, no dejaban de resbalar por mis brazos y hasta los codos. Con esos movimientos me percaté de que Dimitri miraba fijo a un punto de la sala: al otro extremo de la pista, específicamente al lado de la barra. Había un chico que no apartaba la vista de mí. Me sonrió cuando su mirada se encontró con la mía e hizo un gesto hacia la cerveza que sostenía, invitándome a una.

Dimitri dejó su bebida con violencia, en la mesa.

—Si hace eso de nuevo, te juro que me levanto y le rompo los dientes —gruñó.

—No le hagas caso. —Me acurruqué en su hombro.

—Lo digo en serio. Me está poniendo enfermo.

—¿Y si nos marchamos? —sugerí por segunda vez, esperanzada.

—Se avecina una tormenta, Catherine. —Su brazo se acomodó en mis caderas y miró a ese desconocido por segunda vez; apretando más la mandíbula—. Pero prefiero calarme antes que terminar la noche en prisión por intento de asesinato. Vámonos.

—¿Realmente estás celoso? —Lo tomé del mentón y torcí su rostro en mi dirección.

—Sí, por supuesto que lo estoy. Te está mirando como si quisiera... desnudarte ahora mismo. Y no es culpa tuya, ni mucho menos, sino de su asquerosa mentalidad —bufó, y regresé al suelo para que él pudiera levantarse—. Nadie, más que yo, puede hacer eso. Eres mía, señorita Ivanova. Soy egoísta y no voy a compartirme con nadie más —sentenció.

Extendió las manos hacia mi posición y las acepté, encantada. Me despedí de todos, incluyendo de mis antiguos compañeros, y

procedimos a atravesar la marabunta de personas para alcanzar los aparcamientos.

Apenas cinco minutos más tarde estábamos de nuevo en el exterior. Gracias a las carreteras secundarias habíamos llegado rápido al destino.

Una tormenta veraniega sacudía Houston, aunque, a juzgar por los cielos medio despejados, no duraría mucho. Pensé que Dimitri se refugiaría en el templete de madera y que nos quedaríamos allí hasta que nos cansásemos, sin embargo, me aferró por ambas manos y me obligó a correr a lo largo del puerto, bajo la lluvia y con tacones.

—¡Espera, espera! —grité entre risas.

Me desabroché los tacones, me los quité y los sujeté con una mano mientras corría sobre los charcos que se formaban en la madera. Las olas arremetían contra las rocas y nos salpicaban. No solo extendí más los brazos, sino que me olvidé de los zapatos y disfruté de la agradable sensación de las gotitas de lluvia refrescándome la piel. Sonreí y cerré los ojos.

—Sin lugar a dudas, ¡esto es mucho mejor que el club! —hablé prácticamente a gritos.

—La vista es preciosa, de eso sí que no hay duda —respondió él.

Parpadeé y aparté las gotitas de mi frente, confirmando mis sospechas: Dimitri estaba mirándome, de brazos cruzados. Atravesé los metros que nos separaban y salté a sus brazos; me atrapó rápidamente en vuelo y dio una suave vuelta conmigo en ellos. Nos encontrábamos solos en la tormenta, en un puerto iluminado por las farolas que rodeaban al templete. Dimitri sofocó mis carcajadas con varios besos y rodeó sus hombros con los brazos mientras nuestra burbuja de felicidad nos engullía una vez más.

S

—H-h-he dicho q-q-que n-n-no es necesario —repetí al entrar en casa.

Dimitri ignoró mis palabras, descalzándose y adentrándose a la cocina. Al tercer intento, la puerta se cerró a mi paso y procedí a quitarme la chaqueta de Dimitri, también empapada. Podía escurrir mi cabello y llenar un vaso con el agua que saliera. No esperaba que el viento se volviera tan frío porque, junto con la lluvia, nos había obligado a retirarnos del puerto y a resguardarnos en la seguridad de casa. Me temblaba el cuerpo, necesitaba el calor que la chimenea transmitía... si tan solo estuviera encendida. Olvidé las huellas que dejaba a mi paso y me encaminé al salón para encender la luz. Natalie se había marchado con mis padres a un restaurante infantil y, posteriormente, irían a la pista de patinaje del centro comercial (abierta todo el año). Desconocía si volvería al anochecer o si mis padres la llevarían a su residencia para pasar allí la noche.

—Toma —Dimitri me tendió una copa de *whisky* escocés.

—N-n-no quiero más a-a-alcohol.

—Simplemente te pido que lo bebas para que entres en calor. La chimenea tardará un buen rato. —Colocó el vaso sobre la mesilla y encendió la calefacción. Aprecié los tatuajes de su espalda gracias a su camiseta, tan empapada que la tinta traspasaba la delgada tela —. Maldición. Tengo hasta los calzones empapados —masculló por lo bajo.

—M-mi ropa interior t-t-tampoco se ha librado.

Extendí las manos hacia las primeras chispas de fuego que se propagaban por la madera con demasiada lentitud. Aunque la casa

estuviera cerrada, algunas corrientes de aire frío penetraban por los rincones y me hacían tiritar de frío. Dimitri me puso una manta sobre los hombros y se acomodó a mi lado, con otra copa en su mano. Tenía frío, pero el muy condenado se negaba a mostrarlo. Sintió que lo fulminaba con la mirada, así que aparto la vista de las lenguas anaranjadas para centrarla en mi rostro.

—Tienes los labios amoratados —comentó, entrecerrando los ojos.

—S-sí. Pero estaré b-bien.

—Ha sido mala idea. —Se desprendió de la camiseta y la arrojó al suelo.

Las gotitas de agua resbalaron por sus pectorales, alcanzando su musculoso vientre.

—Ahora s-sí necesito la c-copa de *whisky* —murmuré, llevándola a mis labios.

—En ese caso, me olvido de la otra camiseta.

—¡Te resfriarás y nos casamos la semana que viene, imbécil! —reproché y agradecí que mi tartamudeo hubiera desaparecido. De lo contrario, sonaría como una anciana, y Dimitri se habría reído de mí —. M-mierda. Esto sabe demasiado f-fuerte —mascullé.

Apenas había llenado el vaso dos centímetros, pero detestaba su sabor.

—Puedo resistir a una simple tormenta veraniega, Cathy. —Pareció más calmado cuando la calefacción se expandió por las cuatro paredes de la estancia—. ¿Qué? Es cierto.

—Vístete. Yo iré a cambiarme de ropa —anuncié.

—¿Por qué tanta prisa? Oye, oye. —Me tomó de las muñecas cuando fui a levantarme.

—No quiero que nada arruine nuestro gran momento, y mi lado maniático me suplica que me quite este vestido y me ponga

cualquier otra prenda que esté más seca.

—Dicho y hecho.

Dimitri trasladó las manos hacia mi costado y deslizó la cremallera con ligereza. La tela resbaló por mis caderas, rozó mis muslos y la noté en mis tobillos antes de reprochárselo. Tampoco era una molestia, sin embargo, a mi prometido le encantaba desnudarme en los momentos más inoportunos. El calor de la chimenea incidió directamente en mi piel desnuda y, aunque no lo admitiría en voz alta, me sentí más cómoda.

—¿Aún quieres marcharte? —preguntó Dimitri, acercándose a él.

—No exactamente. Lo cierto es que no se está tan... mal. —Me encogí de hombros.

—Eres muy orgullosa, señorita Ivanova. —Me besó en la clavícula.

—Y tú, un aprovechado. —Me senté en su regazo y me arrepentí al instante—. ¡Dimitri! ¡La alfombra es nueva, y la estás empapando con los pantalones! Te quitas la camiseta, pero no te cambias de ropa interior. ¡Has formado un charco! Dios mío. —Empecé a reír sin control—. Parece que te has hecho pis encima. —Lo miré a los ojos entre lágrimas.

—No doy crédito a lo que acabas de decir. —Él contenía las carcajadas.

—He bebido demasiado esta noche. Los chupitos, el *whisky* y dos copas de vino.

—¿Vino? —Mi prometido me miró, extrañado.

—Alexia me ha obligado a brindar con ella de un modo más formal —ironicé.

Dimitri me quitó el cabello adherido a mis mejillas y lo colocó tras mis hombros.

—No te preocupes: cuidaré de ti en lo que queda de la noche — prometió.

—¿De qué manera lo harás, eh? —susurré, encima de sus labios.

—Lo cierto es que pretendía darte un regalo de graduación que tengo escondido en el armario de nuestro dormitorio, debajo de esas camisas que no te gustan —desveló—. Iría a tomarlo para entregártelo, pero eso supondría levantarme, separarme del fuego...

—De mí.

—De ti —confirmó él.

Las mejillas de Dimitri estaban un poco sonrosadas, producto de la chimenea y de la copa de *whisky* que acababa de tomar. Era la primera noche en años que tomábamos el célebre alcohol. Por mi parte, no me gustaba porque terminaba un poquito mareada. En cuanto a Dimitri, prometió no caer de nuevo bajo su influjo; manteniéndose alejado del mismo. Había cambiado. El comportamiento tan... infantil que mostró en el pasado, el pánico hacia su padre —que continuaba encerrado en una celda—, y el secretismo... Ya no estaban. Dimitri me había abierto su corazón y su alma. Todo para mí.

—Podemos hacer otra cosa, aprovechando que estamos solos y medio desnudos.

—Creía que deseabas esperar hasta la luna de miel —susurró él, con picardía.

—Hemos aguantado dos meses sin mantener relaciones solo por nuestra boda. Y, pese a ello, siento que este momento es perfecto para... —No terminé la frase.

La boca de Dimitri envolvió la mía y sus manos terminaron de desnudarme.

S

Desperté solo porque escuché ruidos procedentes de la cocina. También eché la culpa al rayo de sol que incidía en mi rostro, provocando que me diera la vuelta hasta que mi cara quedó aplastada contra el costado de Dimitri. Su piel estaba ardiendo —no en el sentido literal—, por lo que me adherí a él como una lapa para impregnarme de su calor e intentar dormir de nuevo. Seguramente eran las cinco o seis de la mañana, mi mala costumbre de madrugar tardaría un tiempo en desaparecer.

Permanecí en silencio, adormilada, hasta que caí en la cuenta de que, si Dimitri estaba a mi lado, los ruidos no podían proceder de la cocina, porque estábamos solos. Preocupada, me erguí unos centímetros y me encontré a mi prometido con un libro entre sus manos y con los pantalones puestos.

—¿Qué hora es? —pregunté con voz gangosa, cerrando los ojos a los pocos segundos.

—Las once y media. —Apartó la vista de las páginas y me sonrió—. Buenos días.

—¿Quién está en la cocina? —Me costaba moverme, mi cabeza empezaba a doler.

—Nadie. Estoy preparando el desayuno. El almuerzo, más bien —se corrigió. Cayó en la cuenta de mis crecientes molestias y se incorporó para traerme un vaso de agua, junto a una pastilla—. Lo tengo todo preparado. No me he olvidado de las náuseas ni de jaquecas que provocan las resacas, así que... aquí tienes un analgésico. —Me lo tendió.

—Gracias —pronuncié con auténtica sinceridad.

Antes de que mi hermano se marchara a California, y cada sábado al amanecer, solía volver a casa tan borracho como una cuba, y me suplicaba que lo ayudase a traerle agua y medicinas para no vomitar en su habitación.

Utilicé la manta que descansaba al lado de mis rodillas para cubrir mi desnudez y le entregué el vaso de nuevo a mi prometido, luego de haber tomado el analgésico. Dimitri se puso de pie y lo llevó a la cocina, aprovechó para cocinar lo que fuera que tuviera en marcha. Me repetí que no volvería a consumir alcohol, nunca más y, mientras me levantaba...

—No puede ser. ¡No es posible! —grité, llevando una mano a mi cabeza.

—¿Qué ocurre? —Dimitri se apresuró a regresar al salón, corriendo.

—¡Lo he vuelto a olvidar! —exclamé y me apoyé contra la repisa de la chimenea.

—¿Qué? Catherine, ¿qué te ocurre? ¿Qué ha pasado? —Me tomó de los antebrazos.

—Anoche no usamos protección, Dimitri.

En una fracción de segundo, el pánico que mostraba mi prometido se desvaneció.

—¿Lo dices en serio? —preguntó él en esta ocasión, escrutándome el rostro.

—Sí. No usamos... ningún método anticonceptivo y no tomo medicación. ¡Lo sabes!

—¿Y qué más da? —Suavizó su expresión.

—No lo sé. He entrado en pánico porque podría estar embarazada.

—Oh, nena. —Dimitri me estrechó entre sus brazos y sostuvo la manta en mi espalda cuando me rodeó—. ¿Qué problema habría,

en el hipotético caso de que así fuera?

—Conmigo, ninguno. —Aproveché que continuaba adormecida y con la mejilla apoyada en su hombro para decir—: pero la primera vez no reaccionaste demasiado bien.

Las similitudes entre los acontecimientos de la noche anterior con lo sucedido el día 2 de febrero de 2019 me hicieron viajar al mundo de los recuerdos durante unos minutos.

Santo Dios, los dos íbamos bebidos aquella noche, después de la fiesta de soltero y, aunque nos preocupamos por utilizar protección, ¡a ninguno se le pasó por la cabeza el riesgo que aún quedaba si se rompía!

Dimitri sacudió la cabeza, entre risas. Puede que también estuviera pensando en lo mismo que yo. Acomodé la manta sobre mis pechos y me separé, mirándolo.

—Tenemos una preciosa hija, vivimos juntos desde hace años. Te has graduado en la misma universidad que te ha ofrecido un puesto de trabajo, y no hay motivos para estar preocupados por el dinero. Además, voy a casarme contigo, Catherine. —Ladeó el rostro, aún negaba lentamente con la cabeza—. Somos adultos, y responsables. Puede que anoche no lo fuésemos demasiado, pero no me supone una preocupación o un... inconveniente si... si por casualidad has quedado embarazada. En absoluto. Al revés. Nada me alegraría más que traer a este mundo a otro miembro de la familia Ivanov-Miller.

—Miller-Ivanov —corregí en un hilo de voz, conmovida.

—Me da igual el orden de los apellidos —recordó él.

—Lo sé, pero no sabía qué responder y no quería quedarme en silencio.

Dimitri me acarició los brazos varias veces, intentando tranquilizarme.

—Nos casamos en ocho días. Piensa en eso, porque yo lo hago. —
Me guiñó un ojo.

—¿Qué hay de Natalie? —pregunté—. Se supone que mis padres la traerán hoy.

—Y lo harán en unos... quince minutos. La traviesa se quedó dormida en su casa, les dio pena despertarla y pensaron que nos vendría bien una noche alejada de las responsabilidades que conllevan ser padres —explicó—. ¿Estás más calmada?

—Sí. Tanto, que se me ha abierto el apetito —admití.

—Entonces, acompáñeme a la cocina, *mon amour*, porque el almuerzo nos espera.

—¿Qué hay de mi regalo de graduación? —contraataqué, aceptando su oferta.

—Eso, Cathy, será algo por lo que merecerá la pena esperar —sentenció Dimitri.

S

Alexia aporreaba la puerta de mi dormitorio para que la abriera. Restaba el tiempo exacto para abandonar la casa y acudir al encuentro de mi prometido, quien dejaría de serlo tan pronto como la boda finalizase. Me casaba en unos minutos y continuaba sin vestir.

Tomé una profunda bocanada de aire y quité el seguro de la puerta para permitir que Alexia entrara, hecha un torbellino de reclamos y gritos. Necesitaba unos minutos a solas para tranquilizarme, pero Alexia insistía en lo contrario: si me dejaba llevar por el pánico, la

situación empeoraría. Mi amiga tiró de mis muñecas y me arrastró hasta el taburete, donde me obligó a sentarme y encararla.

—¿Qué te ocurre, Catherine? —Quiso saber, poniendo las manos en las caderas.

—Tengo un ataque de pánico. Es algo bastante habitual en mí.

—No cuando se trata de un acontecimiento que llevas esperando por años.

Se olvidó de las voces que sonaban en la planta inferior. Cerró la puerta y procuró no pisarse la falda del vestido cuando se arrodilló delante de mí. Alexia llevaba unas sandalias beige que combinaban con la tonalidad de su vestido verde. Su cabello caía estirado por sus hombros y hacía que su cara en forma de corazón se alargara un poquito más. Intenté no arruinar mi maquillaje o peinado —solo faltaba meterme en el vestido, que me esperaba sobre la cama—, y emití un sonoro suspiro.

—Vamos, desembucha. —Posó una mano sobre mi rodilla.

—En realidad, es una tontería. —Quise restarle importancia—. Debería vestirme.

—Primero habla. Ningún invitado se morirá por esperar unos minutos más.

La boda no se celebraría en el interior de una iglesia, tampoco en esos lujosos jardines que muchas parejas frecuentaban. Dimitri y yo queríamos algo íntimo, nuestro. No buscábamos una boda digna de aparecer en portadas de revistas, aunque sabíamos que, tarde o temprano, las fotografías plagarían sus titulares y páginas. En su lugar, nos decantamos por la playa como localización idónea e invitamos a nuestros amigos y familiares más cercanos. Nada de periodistas o conocidos que pasarían la velada aburridos, criticando o filtrando lo que fuera que haríamos a los medios de comunicación.

—Caaaaaatherine —llamó Alexia de nuevo, fulminándome con la mirada.

—¡Está bien, está bien! —Me incorporé—. Ayúdame a vestirme y te lo contaré.

Alexia se cruzó de brazos, frunció el ceño y entrecerró más los ojos.

—¿Qué has estado haciendo durante los últimos quince minutos? —preguntó.

—Nada. —Tomé el vestido con delicadeza.

—Has echado a correr a la habitación para... ¿qué? —inquirió.

—Ya te lo he dicho: estaba abrumada por todo. La sesión de fotos antes de la boda, la presencia de mis padres, que no han dejado de atosigarme. También por Natalie, quien, contra todo pronóstico, se ha puesto a llorar al pensar que sus padres se iban a un viaje y que no regresaríamos nunca. —Sacudí la cabeza—. Ahora eres tú la que está muy...

Al mirar por encima del hombro, me percaté de que Alexia se encontraba en el interior del baño. Y, en cuestión de diez segundos, sus gritos me hicieron soltar el vestido.

—¡Catherine Marie Miller-Ivanova! —chilló, provocando que acudiera a ella para que nadie subiera a comprobar lo que sucedía. Intenté que se callara, tapándole la boca. Sin embargo, Alexia no estaba dispuesta a colaborar—. Me niego a creer que me hayas...

—Sh. Alertarás a todo el mundo —mascullé entre dientes.

—¡Estás embarazada! —agregó, zafándose de mi agarre.

—Y no será un secreto si sigues vociferándolo a los cuatro vientos. Alexia pareció comprender lo que decía, tranquilizándose al instante.

—Dimitri no lo sabe —afirmó y me miró a los ojos.

—No, porque me he hecho el test hace apenas cinco minutos. No esperaba encontrarlo positivo. Dimitri y yo nos hemos cuidado muchísimo en los últimos años, puesto que no deseábamos más sorpresas cuando los dos estábamos tan ocupados. Pero la semana pasada, al regresar de la fiesta de graduación..., Dios mío, se alegrará muchísimo.

—Podrías haberme dicho que estabas nerviosa por esto, tonta.

—¡Intentaba asimilarlo! —repliqué, persiguiéndola de regreso al dormitorio.

—Pues no hay más que hablar: vamos a prepararte para tu boda.

Gracias a su energía y actitud, terminé de acicalarme antes de que los presentes empezaran a preguntarse si la novia se había arrepentido o alguna tontería similar. Alexia desapareció unos minutos para buscar a Natalie —ella llevaría los anillos—, y aproveché para contemplarme en el espejo. Oh. La chica que imitaba mis movimientos no parecía yo. Tenía el cabello semirrecogido a la altura de la nuca, con ciertos mechones sueltos a ambos lados de mi rostro. El maquillaje era natural —tonalidades pasteles del rosa, y las distintas variantes del marrón— y resaltaba el azul de mis ojos. En cuanto al vestido, no buscaba algo pomposo o estilo princesa (como Alexia quería). Escogí un modelo corto cuya parte trasera era más larga que la delantera, confeccionada en satén blanco.

El escote palabra de honor se ceñía firmemente a mis pechos y reafirmaba una figura que había recuperado a los meses de dar a luz a Natalie. Me sentía cómoda y bonita como... como una auténtica novia.

Natalie apareció de la mano de Alexia y avanzó hasta a mí, con la boca abierta por la sorpresa. Conocía su papel a la perfección, por

lo que no se lo recordé de nuevo. Nos limitamos a salir de la vivienda, siendo ella quien abriera paso a la caminata que me llevaría al altar, y miré a mi alrededor con asombro. Habían puesto antorchas de madera alrededor de las sillas blancas, adornadas con flores y telas que se entrelazaban, conformando un bonito patrón de colores blancos, rosas y verdes. No me molesté por la arena, adherida a mis pies descalzos, pues mi vista se encontró con él.

Dimitri estaba guapísimo, con una camisa blanca y pantalones *beige*, situado a unos metros de mí y acompañado del cura que officiaría la ceremonia. Por muy intensa que fuera mi necesidad de aproximarme a él, permanecí inmóvil al atisbar a mi padre a mi lado, tendiéndome su brazo izquierdo y sonriéndome con mucha calidez.

—Estás hermosa, mi niña. —Plasmó sus labios en mi frente y permitió que me agarrara a su antebrazo con brío—. Has crecido, y te has convertido en una mujer del que todo... todo padre estaría orgulloso de tener. No te imaginas cuánto me alegra verte así.

—No me hagas llorar, papá —supliqué, liberando una carcajada nerviosa.

Me dio un ramo de lirios, de los cuales pendían diminutos diamantes, y avanzamos.

Nuestro paso era lento pero decidido, con mis ojos buscando el rostro que tanto anhelaba contemplar y la robusta sujeción de mi padre a mi derecha. Sonreí tímidamente e impregné mis pulmones de ese aire fresco para despejar mi cabeza. El sol incidió directamente sobre mi espalda desnuda, calentándola, y causó que los brillos del maquillaje emitieran unos leves destellos que me otorgaron un aspecto casi mágico. Un momento, ¿en qué estaba pensando? Quise echarme a reír cuando mis nervios empezaban a

disiparse, pero me contuve al sentir las cálidas manos de Dimitri tomando las mías.

Tal y como dictaba la tradición, mi padre dejó de sostenerme para entregarme a Dimitri, alejándose hacia los asientos reservados para mi familia. Distinguí a Jacob, a Alexia, a mi hermano y a Samantha entre los presentes. También vi a esos compañeros de la Universidad de Columbia con los que aún mantenía el contacto.

—Catherine... —musitó Dimitri, apartándose un poco para admirarme. Me hizo dar una vuelta, olvidándose de los espectadores y del propio cura—. Jamás pensé que podrías estar más bella, pero veo que me equivocaba —agregó.

No quise hablar, pues tenía la certeza de que empezaría a derramar lágrimas.

Sin embargo, lo miré de tal modo que transmití todos mis sentimientos. El mundo a nuestro alrededor se disipó con el transcurso de las manecillas del reloj, privándome de la capacidad para reaccionar. Solo éramos Dimitri y yo. Nadie más.

El cura ofició cada parte de la boda con una amplia sonrisa. Presté atención a sus palabras, hablé y contesté cuando me indicaba y no dejé de contemplar al que en breves sería mi marido.

—¿Aceptas a Catherine Marie Miller como su futura esposa, tanto en la salud y en la enfermedad, tanto en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto. —Dimitri deslizó la alianza en su lugar correspondiente e interrumpió las siguientes palabras del cura—. Me gustaría decir mis votos; es un pequeño texto.

Lo miré entre asombrada y molesta: ambos acordamos no hacer otros votos que no fueran los tradicionales. El tembleque regresó a

mis extremidades, y Dimitri lo percibió en mis manos, las cuales estrechó con cariño antes de extraer la hoja.

—Llegaste a mi vida y la pusiste, literalmente, patas arriba. En apenas unos meses pasaste de ser una desconocida a mi familia, mi hogar, mi vida. Eres la sensatez de mis locuras, la cordura en mis decisiones. No importa si te llamo amiga o amante, pues me completas en todos los aspectos y joder, Cathy, gracias a ti soy mejor persona. No puedo prometer que no encontraremos más baches en nuestra historia, pero sí te aseguro que tendrás mi mano en cada uno de tus pasos, para que nunca estés sola. Te prometo una sonrisa cada mañana, una mirada cómplice cada atardecer y una caricia cada noche. Te prometo no tener que decir te quiero cada día, porque lo demostraré con cada uno de mis besos. A cambio de esto, no te pido nada; simplemente quédate a mi lado y nunca dejes de mirarme como lo haces hoy. —Dobló el folio y emitió un suspiro.

No pude limpiar las lágrimas a tiempo. Me enturbiaron el maquillaje y resbalaron por mis pómulos hasta caer por mi mentón. Reí como una tonta, al mismo tiempo que desviaba la mirada y el público estallaba en un mar de aplausos y silbidos. Dimitri me aferró de la barbilla, claramente orgulloso de mi reacción, y logré susurrar:

—¿Cómo supero esto, eh?

Los invitados rieron más ante mis palabras y el cura prosiguió, satisfecho.

—Catherine Marie Miller, ¿acepta a Dimitri Ivanov como su futuro esposo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí... sí —contesté, enjuagándome las lágrimas—. Por supuesto que sí.

Deslicé la alianza en su dedo corazón y, obviando las órdenes del cura, Dimitri hizo el camino hacia mis labios. No le bastó dejarme sin aliento, sino que me aprisionó entre sus brazos y me agachó levemente en dirección al suelo hasta que empecé a reír.

—Te quiero. —Besé sus labios con rapidez y nos adentramos en el pasillo de pétalos.

S

Dimitri apartó el cabello rubio y ondulado de Natalie para despejar su rostro dormido. Había acudido a nosotros cansada, después de estar bailando, gritando y parlotando con los invitados durante las últimas tres horas y media. Dimitri le permitió sentarse en su regazo, sin importar que sus piernas quedaran manchadas de arena —Natalie iba descalza—. Nuestra pequeña cayó dormida allí, donde aún continuaba.

Debido a que la boda se celebró sobre las dos de la tarde, los invitados se apresuraron a tomar su posición en las mesas distribuidas en el exterior de un restaurante en la playa. Mi marido y yo partimos la tarta nupcial (de cuatro pisos, recubierta de chocolate y adornada con cientos de flores), bailamos acompañados de nuestros familiares, reímos y conversamos hasta que el sol descendió en el horizonte, bañando de naranja la playa.

Nuestro vuelo hacia no sé dónde —Dimitri se negaba a desvelarlo— partía en cuestión de una hora, sin embargo, continuábamos sentados en la mesa central, contemplando y disfrutando a partes iguales de lo que nos rodeaba. Emití un profundo suspiro al detectar la mano de Dimitri posarse en mi espalda y ascender hasta mis hombros.

—¿Tienes ánimos de recibir un último regalo? —preguntó.

—¿Otro? Con todo lo que nos han dado, podríamos amueblar una nueva casa.

—Este es un poquito más especial. —Hurgó dentro de su bolsillo trasero, siendo cuidadoso de no despertar a Natalie en el proceso—. Feliz graduación, *mon amour*.

Sacudí la cabeza, sonrojada, y tomé el sobre. Lo cierto era que, viniendo de él, me esperaba algo relacionado con un nuevo vehículo, algo de utilidad. Pero lo que encontré en su interior me arrebató el aliento. Cuando Natalie celebró su primera Navidad, la verdad sobre el dinero que Mary me dio para el cuidado de su nieta también resurgió y sentí la necesidad de confesárselo a Dimitri. Al principio, se molestó con su madre —no, no la insultó ni nada por el estilo. Él no haría eso—, pero posteriormente miró a la cuna en la que Natalie descansaba y pareció rendirse a la voluntad de Mary. Le sugerí que... bueno, al ser una cantidad tan desorbitada, podríamos donar el 50 % para la investigación de enfermedades como el cáncer. El tema no volvió a ser mencionado.

Hasta ese momento.

—Dudaba en qué hospital sería correcto invertirlo. Después recordé a las simpáticas e inteligentes doctoras y enfermeras que cuidaron a mamá durante sus etapas de quimioterapia, y mis dudas se disiparon. —Hizo una pausa para tomar aire—. Es un centro público, una nueva fundación para los pacientes que no pueden acceder a los tratamientos... El dinero de mi madre les permitirá vivir, luchar, al menos. Y tú eres quien asistirá a la inauguración del centro que llevará tu nombre —completó, esbozando una sonrisa.

Mis ojos se anegaron de lágrimas; unas que no contuve.

Dimitri podría haberme regalado un vehículo, joyas, ropa, incluso un yate. Pero, no. Me conocía mejor que ningún otro individuo y supo que, para mí, lo más importante era aquello que no puede conseguirse con dinero. Como la boda. Las mesas, el vestido y el resto de los elementos, podían ser adquiridos por cualquiera. Sin embargo, ¿casarse con la persona que más amas, rodeada de quienes más aprecias? Eso no tiene precio.

—Gracias —musité, limpiándome las lágrimas—. Ayudaremos a muchas personas.

—Si el proyecto marcha bien, intentaré expandirlo por otros estados. Sé que mamá... desde donde sea que está, se sentirá orgullosa de esto. Al menos, eso espero.

—A ella le habría encantado que alguien le diera esta oportunidad —agregué—, así que nuestra conciencia puede estar tranquila. — Me giré en la silla para encarar a Dimitri—. Ya que estamos hablando de cargos de conciencia... tengo que confesarte algo, cariño.

Mi intención no fue la de asustarlo, pero lo conseguí igualmente.

—Esta mañana, me he retrasado por un motivo muy importante — comenté.

Dimitri no me instó a que continuara. Repentinamente, se había puesto pálido.

—Y, bueno, no quería que terminarse la boda y empezara nuestra luna de miel sin...

—¿He hecho algo malo? Sí, me he dado cuenta de que te retrasabas, pero he asumido que se debía a... no sé. Un inconveniente con el vestido, que Alexia se demoró más del tiempo previsto... —balbuceó, y esa actitud tan inquieta me hizo sonreír—. ¿Qué?

—¿Recuerdas cuando me dijiste que mi ropa ocupaba demasiado espacio?

—¿Qué tiene que ver nuestro armario con lo que sea que ha ocurrido esta mañana? Y, antes de que hables, ¿estás insinuando que te has molestado por lo que te dije? Te pedí, con mucha amabilidad, que dejaras de usar mi parte del armario para guardar los veintitantos *jersey* que antes tenías en la otra habitación. —Sonó ofendido, molesto.

—La cuestión es que, dentro de unos meses, necesitaremos más... espacio.

Tomé su mano y la aplasté sobre mi vientre, conteniendo la emoción.

—Estoy embarazada —articulé en susurros—, vamos a tener otro bebé, Dimitri.

Expulsó una risotada que, gracias a la música, no llegó a los oídos de los presentes. Mi marido tiró de mi muñeca para acercarme a él. Natalie no se despertó por milagro —es más, era sorprendente cómo había conciliado el sueño, con la música a nuestro alrededor—. Dimitri me besó con cariño y fervor; transmitiendo la misma felicidad que yo.

—Prometo... juro por mi vida que os cuidaré hasta mi último aliento —dijo y centró sus ojos avellana en los míos. Su pecho se agitaba con violencia, sus labios se curvaron hasta su máxima extensión y las risas iniciaron en su garganta, contagiándomelas—. Seré padre de nuevo. Seremos padres —repitió, intentando convencerse de que era real—. Te amo, Catherine. Os amo.

—¿Significa esto que estás dispuesto a soportar otras cuarenta semanas de tortura? —pregunté entre sonoras carcajadas,

acariciando su barba recién afeitada y limpiando las lágrimas de sus mejillas.

Santo Dios, no me esperaba que llorase delante de todos.

—¿Contigo? Hasta el fin del mundo, pequeña.

Y un nuevo capítulo de nuestra historia trazó sus primeras líneas.

ESPECIAL I



Catherine anduvo con dificultades por el pasillo repleto de juguetes, maldiciendo en voz baja el nombre de su hijo. Natalie se encontraba en la escuela, Dimitri en la industria, y ella no debía asistir a su puesto universitario porque ese día no trabajaba.

Catherine Marie Ivanova se sentía encantada con su horario: impartía las clases de Historia y Sociedad Moderna los lunes y miércoles, y los martes por la tarde acudía a las sesiones de apoyo que algunos estudiantes necesitaban. El resto de los días los pasaba en casa, cuidando del niño más astuto y escurridizo que Catherine conocía.

Procuró no aplastar los vagones del tren. Los esquivó al apoyarse contra la pared y echó un vistazo al interior de su dormitorio, donde el más absoluto silencio reinaba. Catherine contuvo el aliento, las risas habrían despertado al niño de dos años que dormía en la cama de matrimonio. La puerta estaba entreabierta, por lo que la empujó con suavidad y caminó de puntillas, en dirección a la cama. Peter Ivanov-Miller dormía abrazado a la chaqueta de Dimitri —no había momento del día en el que no añorase a su padre—, dejando pequeños círculos de baba. Catherine tomó asiento en el colchón, y acarició el cabello castaño del pequeño.

Recordaba lo angustioso que había sido el parto, como si hubiera sucedido ayer. Tanto ella como Dimitri y Natalie se encontraban en

la recepción de la boda de Alexia, la cual se celebró a los ocho meses de la suya. El segundo embarazo de Catherine fue más llevadero que el primero, consciente de a qué podría afrontarse. Además, empezó a cuidarse desde el primer día; sin engordar lo mismo que con Natalie e impidiendo que sus tobillos se hincharan tras estar de pie durante varias horas seguidas. El problema llegó a la hora del nacimiento, que se adelantó un mes y cuatro días de lo planeado. Catherine sintió extrañas molestias que le llevaron a retirarse a los cuartos de baño, creyendo que se trataba de un simple mareo o de náuseas. Sin embargo, descubrió que tanto su ropa interior como sus piernas empezaban a empaparse de sangre espesa y oscura. Durante unos segundos, Catherine temió lo peor. Había leído casos en los que se producían abortos, sin ser detectados en consultas previas, porque el bebé fallecía en el útero. Se contempló a sí misma en el amplio espejo, apreció las gotitas de sudor que se formaban en su frente y cómo un charco de sangre se formaba a sus pies. Logró contactar con Dimitri gracias a su teléfono y perdió el conocimiento tan pronto como su marido entró al baño.

Las horas en las que Catherine estuvo sumida en la inconsciencia se convirtieron en la peor pesadilla que Dimitri había experimentado. Condujo como un demente durante aproximadamente treinta minutos y estacionó en frente de urgencias, ignorando la señal que el guarda de seguridad realizaba para que se quitara de allí —solo las ambulancias tenían permiso—. Los gritos del hombre uniformado quedaron acallados al comprobar el estado de Catherine y la sangre que dejaba tras de sí.

Dimitri no pudo distanciarse de ella, tuvieron que sacarlo a la fuerza del quirófano, donde los doctores realizarían una cesárea de urgencia. El señor Ivanov contempló todo desde la amplia cristalera,

su respiración se había silenciado hasta el punto en el que le costaba tomar aire, y no pudo articular ninguna extremidad hasta que reconoció al bebé en los brazos del doctor.

El niño no lloraba. Limpiaron la inmensa cantidad de sangre que cubría su cuerpo y lo trasladaron a la superficie donde varias enfermeras se ocuparon de él. Catherine seguía anestesiada y bajo el cuidado del médico. Dimitri creyó que se desmayaría, que el bebé había nacido muerto, y se preparó para tomar asiento cuando el ensordecedor llanto inundó la sala de quirófano. La mujer de cabello castaño frotaba enérgicamente, con un utensilio, el pecho y el vientre del bebé, reavivándolo. Pasados algunos minutos, le permitieron tomarlo en brazos, acariciarle el rostro amoratado y acunarlo con delicadeza. Sin embargo, Dimitri no se sintió aliviado hasta que, en el dormitorio privado, Catherine abrió los ojos.

La joven regresó al presente cuando Peter se removió en la cama, sin despertar. Había pasado la mañana entreteniéndose con los juguetes, esparciéndolos por cada dormitorio y tumbándose en su cama preferida cuando se sintió extenuado. Catherine le besó en la frente, lo tapó hasta el cuello y activó la cámara de vigilancia antes de salir. Peter, Natalie y Dimitri eran las personas a las que más amaba en este mundo. No concebía o imaginaba otra realidad en la que ellos no estuvieran a su lado día tras día. Retiró parcialmente la red instalada en el pasillo antes de alcanzar las escaleras (no quería tomar el riesgo de que Peter o Natalie se precipitasen por los escalones) y se detuvo al atisbar la amplia espalda de Dimitri cerrando la puerta con sigilo.

«Dios mío», pensó. «Ha vuelto».

Dimitri había emprendido un pequeño viaje de negocios junto a su hermano, para abrir una nueva sede en Massachusetts. Había

partido hacía dos días y medio, y esa mañana le había asegurado que desconocía cuándo regresaría, por un inconveniente en la sucursal.

En realidad, Dimitri esperaba sorprenderla en casa, con un ramo de flores.

—Oh —musitó él al atisbar a Catherine—, me declaro culpable de los cargos.

Mostró el ramo de lirios, el cual se mantenía unido gracias a la cinta verdosa. Catherine se olvidó de las flores por unos instantes y echó a correr hacia su marido, quien se vio en la obligación de soltar el ramo para atraparla. Catherine anudó las piernas en las caderas de Dimitri y lo estrechó con tanto brío que el señor Ivanov se quedó sin respiración. Catherine lo besó en los labios, provocando que Dimitri tuviera que emplear las columnas de la entrada como apoyo. Aunque solo habían estado setenta y dos horas sin verse, ambos se echaban mucho de menos, como si hubiera transcurrido una eternidad.

—¿Cómo están mis pequeños? —preguntó Dimitri en cuanto se separaron.

—Natalie está en el colegio. El torbellino se ha dormido en nuestra cama. —Pasó las manos por los hombros de Dimitri, anudándolas en su espalda—. Gracias a Dios que ya estás aquí. Deberías de haberme dicho que estabas de camino. Te habría esperado en el aeropuerto, como mínimo —reprochó ella, mirándolo a los ojos—. Bienvenido a casa.

—Siempre es un placer volver contigo —bromeó y le arrebató otro beso.

Dimitri recogió el ramo y se lo entregó a Catherine, quien lo trasladó a su nariz para impregnarse de su aroma. Al mismo tiempo

en el que él se quitaba la corbata y la chaqueta, la dulce voz de Peter resonó desde la planta superior, llamando a su madre.

—Déjame a mí —pidió Dimitri—, apuesto a que le alegrará verme.

—Muchísimo —coincidió ella, siguiéndolo por las escaleras—. Desde que te fuiste con Jacob, no ha dejado de lloriquear tu nombre y suplicar que regresaras. Todos te hemos echado en falta —admitió ella, y añadió con una pícaro sonrisa—, aunque nos lo hemos pasado bastante bien. Natalie se ha disfrazado nuevamente de espía, obligándonos a Peter y a mí escondernos en el hueco de la escalera para pedir su ayuda. —Empezó a reír.

—¿Y quién actuó de villano? La última vez fui yo —recordó.

—Alexia.

Dimitri miró a su esposa por encima del hombro, incrédulo.

—Creo que mi amiga tiene un don para la actuación. Se maquilló como si fuera ese villano de la película que tanto te gusta. —No recordaba el nombre del antagonista, era demasiado liso y, además, estaba en ruso—. No sabe que la grabé en vídeo. Me matará si lo descubre.

—El secreto está a salvo conmigo, *mon amour*.

Encontraron a Peter sentado en el centro de la cama, con sus mofletes empapados de lágrimas y su pecho agitándose por el llanto. Tan pronto como el pequeño reconoció la faceta contenta, y emocionada de su padre, se puso de pie —con mucha dificultad, porque el pañal pesaba lo suyo— e intentó alcanzarlo en la distancia. Dimitri estrechó al niño entre sus brazos, cubriéndole la cabeza de besos y sonsacándole carcajadas.

—¡Papapapa! —Peter lo agarró de la camisa y desabrochó un botón.

—Yo también te he extrañado, campeón —dijo Dimitri, limpiándole las lágrimas.

Cuando se aproximó a ellos, Catherine apreció el nuevo tatuaje de Dimitri. Se situaba en la clavícula izquierda y se trataba de una cinta que parecía anudada en el hueso. En ella podía apreciar su nombre, acompañado de Natalie y Peter. El niño se acomodó, creyendo que Catherine lo tomaría en brazos —no quería separarse—, pero se tranquilizó al comprobar que su madre no lo llevaría al pasillo para recoger sus juguetes.

—Ha dormido unos... diez minutos en toda la mañana —informó Catherine, viendo que a Peter le costaba mantener los ojos abiertos—. Se ha encaprichado con los juguetes mientras yo preparaba la comida. —Miró al pequeño, sonriéndole—. A veces me pregunto qué habría pasado si ese día... —Se aclaró la garganta, consciente de que era un tema al que nunca recurría—. Ya sabes, después de la boda de tu hermano —esclareció.

—¿Por qué piensas en eso? —preguntó él en susurros y con seriedad.

—Sonará como una estupidez...

—Tus preocupaciones nunca lo son para mí —interrumpió él.

Dimitri acunó a Peter, posando una mano en su espalda para mantenerlo sujeto.

—Nunca nos hemos separado durante tanto tiempo. Y, bueno, he tenido algunos problemas para dormir. No es ninguna novedad, las pastillas anticonceptivas traen algunos efectos secundarios, pero la cuestión es que mi mente me ha hecho recordar... todas las veces... en las que hemos estado a punto de perdernos. —La expresión de Dimitri se ablandó—. Sé que he dicho en diversas ocasiones que los acontecimientos de hace siete años me

provocaron... duras pesadillas. Realmente temí por nuestras vidas. Sin embargo... no creí posible que un simple embarazo. —Llevó su mano hacia su vientre plano y vacío—. Que un embarazo podría convertirse en algo tan arriesgado. Veía a Peter y pensaba en lo distinto que sería nuestro presente sin él. O, en el peor de los casos, qué habría sucedido con mi familia sin...

—Tú estás aquí. Él está aquí. Ambos estáis sanos y no os iréis a ninguna parte.

—Lo sé. Pero, en ocasiones, no puedo evitar pensar en ello.

Dimitri acarició la espalda de Catherine, arrimándola más a él.

—No podemos controlar los problemas que pasan por nuestras vidas. Estos aparecen sin avisar, no dan ninguna alerta de lo que van a causar. —La besó en la frente y apartó algunos mechones—. Lo que sí está bajo nuestro control es cómo actuamos. Sufriste un parto muy complicado. Por un instante, yo también pensé que os perdería. Y créeme: no me veía, ni veo, en este mundo sin ti. —Catherine quiso reprochar, asustada—. Una vez más, esa alternativa de futuro se esfumó al mismo instante en el que sostuve a este melón entre mis brazos y luego abriste los ojos. —Meció a Peter, quien dormía de nuevo.

—¿Un melón? —repitió Catherine—. Lo podías sostener con una sola mano.

—Míralo ahora —insistió Dimitri, centrado la vista en él—. Será un hombre muy atractivo.

—Déjame adivinar... Será tan atractivo como tú —completó ella, sonriendo al fin.

—Me conoces tan bien que completas mis frases. Estamos hechos el uno para el otro.

La señorita Ivanova sacudió la cabeza entre risas y, después de que Dimitri tumbara a Peter en la cuna, ayudó a Catherine a ordenar el pasillo. Compartió con ella las fotos, vídeos e, incluso, el contrato que se firmó tras la inauguración de la nueva sede. Nunca se ocultaban secretos —estos habían estado a punto de arruinar su relación— y Catherine aprovechó para mostrarle las grabaciones de Alexia disfrazada. Después de unas horas, en las que ambos hablaron y recuperaron las horas perdidas, entre muchos besos, las ruedas de un vehículo adentrándose por la carretera anunciaron el regreso de Natalie.

Timmy era el chófer personal de Dimitri cuando estaba en la ciudad. Mientras tanto, se ocupaba de recoger a Natalie del colegio y la llevaba a casa. La niña, de siete años y cuatro meses, se adentró en su hogar con los mismos aires cansados de cada día.

Al menos, así fue hasta que reconoció a Dimitri en la cocina.

—¡Papá! —gritó. Tiró la mochila de unicornios al suelo—. ¡Estás aquí!

—Por supuesto, ¿creías que abandonaría a mi guerrera? —Él abrió los brazos.

—No. Soy demasiado importante para ser olvidada —contrató ella.

Natalie le guiñó un ojo y emitió un grito cuando Dimitri la cargó entre sus brazos.

El resto del día transcurrió en relativa tranquilidad. Dimitri ayudó a Natalie con las cuentas de matemáticas —los deberes que más detestaba— mientras Catherine conversaba por vía telefónica con la gerente de la clínica. Hasta el momento, habían ayudado a casi el 48 % de sus pacientes a superar el cáncer y otras dolencias. Para algunos, las cifras no eran alentadoras. Quienes trabajaban en ese

centro eran conscientes de que las personas que cruzaban esas puertas en estados precarios, que su enfermedad se había agravado por culpa del consumo de alcohol o de drogas. Los Ivanov se centraban en quienes recuperaban una vida cotidiana; en las mujeres, hombres, adolescentes y niños que abandonaban la quimioterapia y volvían a sonreír.

En cuanto colgó, con gran alivio porque todo marchaba bien, Catherine acudió a la llamada de Peter, y lo colocó sobre la alfombra de los juguetes, situada frente a la chimenea —que estaba cubierta por una cristalera que impedía el acceso a los niños—. Peter bostezó y miró a su hermana; atontado por el sueño y anonadado por cómo los colores se deslizaban por el folio.

Peter no veía la hora de tomar los lápices de colores y pintarrajear las paredes.

ESPECIAL II

La Navidad estaba a punto de llegar a Houston. Aunque no fuese común —rara vez ocurría una nevada como la de ese año—, el clima había tornado de blanco los techos de los hogares y cubría con una densa capa de nieve los jardines. Natalie aprovechaba las vacaciones para crear dos muñecos de nieve, ambos protegidos del frío gracias a la ropa que había tomado de su madre, sin que esta se percatara. La pequeña tenía la punta de la nariz congelada y, aunque llevase gorro, bufanda y guantes, también sentía el frío apoderándose de ella. Sin embargo, en vez de atender la llamada de su padre, la niña permaneció sentada en el porche, a la espera de atisbar cierto vehículo. Ese sería el primer año en el que Natalie tomaría asiento en la mesa de los adultos, alejándose del estropicio que su hermano provocaba al comer. Natalie gritó cuando escuchó los sonidos que emitían las ruedas del coche al deslizarse sobre la nieve y bajó los escalones de tres en tres, apoyándose en la barandilla de madera.

Patrick Miller acudió al encuentro de su sobrina. La tomó en brazos y la cargó al interior. Samantha aprovechó la postura de Natalie para saludarla con la mano antes de seguirlos a ambos con rapidez.

—¿Qué leches le habéis hecho a la casa? —exclamó Patrick.

—La hemos decorado para que Papá Noel decida quedarse —respondió Natalie.

A Patrick le asombró la cantidad de adornos que pendían de las paredes, la iluminación y el majestuoso árbol de Navidad que coronaba el salón. En California no hacían lo mismo. Samantha prefería una cena íntima, con un pequeño árbol y nada de adornos en los balcones. Ese año en particular, la familia Miller había decidido reunirse para celebrar la graduación de Patrick en la universidad y por el cumpleaños de Dimitri, que sería en cuestión de una semana y media (en enero). Era una lástima que los padres de ambos no pudieran asistir a la reunión, por cuestiones de trabajo.

Natalie saltó al suelo y echó a correr hacia las sillas, tomando la central antes de que le quitaran el sitio.

—Señor Ivanov. —Patrick extendió una mano.

—Señor Miller —correspondió el otro, esbozando una atrevida sonrisa—. Bienvenido.

—No sé a qué sitio exactamente. Parece que estamos dentro de una tienda de decoración de Navidad —manifestó, palmeando el hombro de su cuñado—. Adelante, Sam. Estoy deseando que aprecies lo que mi sobrina ha maquinado. Sé que ha sido ella.

—Apenas tiene siete años. Es lógico que esté emocionada. —Samantha se adelantó.

—¿También le romperás la ilusión a tus hijos? —inquirió Dimitri, con maldad.

—La diferencia entre nosotros es que yo no planeo ampliar mi familia. —Patrick colgó su chaqueta y la de Samantha en el perchero—. ¿Dónde está mi hermana? —quiso saber.

Catherine apareció por el hueco de la escalera arrastrando a Peter, quien se negaba a saludar a sus invitados. El niño había encontrado el rincón donde sus padres guardaban el resto de las decoraciones y se había encaprichado con un cascanueces de madera.

—Mira quién está aquí, Peter —susurró Catherine con dulzura—, es Patrick.

El niño deslizó lentamente la vista hacia su tío y se olvidó del cascanueces en cuanto distinguió a Samantha. Los hermanos Miller se abrazaron, felices por estar juntos de nuevo. Desde que Patrick se instaló en California, se veían una única vez al año, por lo que, inevitablemente, su relación se había enfriado un poquito. Por un lado, Catherine no podía abandonar su trabajo en la universidad ni el cuidado de sus hijos. Y, en el caso de Patrick, los estudios lo habían mantenido alejado de la sociedad. Gracias a que Samantha vivía con él, veía la luz del sol casi todos los días de la semana...

Entre otras cosas.

—¿Qué tal os está yendo la vida por Houston y Seabrook? —preguntó Samantha, una vez que todos se acomodaron en sus respectivos asientos y sirvieron la cena. Distinguió varios alimentos que le abrieron el apetito, como la salsa de receta secreta de Dimitri—. Como os conozco demasiado bien, sé que me vais a preguntar esto, y la respuesta es no.

—Mi hermano odiaba los niños —corroboró Catherine—, hasta que conoció a Nat.

—Y a Peter —coincidió Patrick, sirviéndose un muslo de pollo—. He de admitir que tengo los sobrinos más adorables e hiperactivos de Estados Unidos. —Eché un rápido vistazo a las trenzas rubias de Natalie y a cómo esta utilizaba los cubiertos con una elegancia que lo hacía sentir un animal—. Pero, en nuestro caso, disponemos de mucho tiempo...

—Lo sé, lo sé. —Catherine le restó importancia—. Lo has repetido mil veces.

Dimitri utilizó la servilleta para limpiarse la boca y se aclaró la garganta.

—Puede que sí haya otras personas ampliando su familia ahora — anunció.

Catherine, que en esos momentos estaba tomando un pequeño sorbo de agua, escupió el contenido sobre su propia blusa, azorada y confundida al mismo tiempo. ¿Qué había dicho Dimitri, delante de la niña, para que contemplara a su padre con interés? Catherine no estaba embarazada. De hecho, no planeaba estarlo más. Consideraba un trabajo bastante arduo el cuidar y amar a dos niños, por lo que no ansiaba más en un futuro. Su marido le tendió otra servilleta, conteniendo la risa al ver que el agua resbalaba por sus labios hasta empaparse el escote. Catherine se secó rápidamente la ropa, como pudo.

—Papá nunca quiere decirme cómo se tienen a los bebés — intervino Natalie.

—Porque es un misterio que se aprende en la escuela, cuando seas mayor. —Dimitri se ajustó la camisa—. No me refería a tu madre, Natie. —Le gustaba ese apodo para la niña.

—Tu comentario está totalmente fuera de lugar —masculló Catherine.

—Quería hacer una broma —respondió él en el mismo tono.

—No delante de Natalie y de nuestros invitados.

—Las personas adultas no discuten en la mesa —contrató la niña de nuevo, usando el porte educado que había aprendido gracias a las películas. Se acomodó una trenza y cortó con cuidado el trozo de carne, ignorando los intentos de su padre por ayudarla.

—Tienes razón. Dime, Natalie: ¿has conquistado el corazón de algún chico? —Patrick esquivó a tiempo la mirada penetrante e

inquisitiva de su cuñado, sonriéndole.

—Son ellos los que tienen que conquistarme a mí —sentenció ella.

Y, para los oídos de Dimitri, aquello sonó como música celestial.

Natalie había heredado el temperamento de sus padres y, en ocasiones, no sabía qué palabras decir sin que sonaran ofensivas para el resto. Para tener siete años, la pequeña era demasiado inteligente e intuitiva, siempre adivinaba los regalos de cumpleaños y si sus padres habían discutido por alguna nimiedad.

En cuanto la cena terminó, Natalie se separó del grupo de adultos y acudió a su dormitorio, donde encendió su *walkie-talkie*.

—Espía rosa, código número quince —susurró, escondiéndose bajo las sábanas.

A los cinco segundos exactos, la voz de otra niña contestó a su llamada.

—Espía verde escuchando —dijo ella, también en voz baja.

Daisy Connelly era la mejor y única amiga de Natalie, y viceversa. Se conocieron el primer día de escuela y, desde ese entonces, eran inseparables. Daisy vivía en la misma línea de casas que los Ivanov, por lo que los *walkie-talkie* de juguete no perdían la conexión (siempre y cuando ambos tuvieran pilas electrónicas). Generalmente, ambas se quedaban hablando hasta la madrugada sobre cualquier tema y se informaban de cada cotilleo que escuchaban, tanto fuera como dentro de la escuela. En esa ocasión, Natalie le contaría lo ocurrido durante la cena. Las niñas habían creado su código secreto para que ningún adulto pudiera descifrar el tipo de conversación que tratarían. Por ejemplo, el número quince significaba «reunión familiar especial». Natalie usó la manta de pelo y pasó un brazo por su osito de peluche para estrecharlo mientras hablaba con Daisy.

—Ojalá pudiera dormir en tu casa —finalizó Natalie— porque mi hermano llora demasiado. Según mi mamá, le están saliendo dientes nuevos y le duele la boca —agregó.

—Piensa que esta noche viene Papá Noel —respondió Daisy—. ¡Regalos nuevos!

—¡Lo había olvidado! —gritó Natalie, recuperando los ánimos.

Ninguna de las dos pudo conciliar el sueño durante demasiado tiempo. En cuanto su familia se preparó para dormir (Patrick pasaría la noche en casa, con Samantha), ambas continuaron conversando por el *walkie-talkie*, intentando no chillar cuando creían que sus padres las habían descubierto.

Al despertar al día siguiente, lo primero que Natalie hizo fue llamar a Daisy, sin saber si ella ya estaría en pie. Desconocía la hora, pero no se entretuvo con el reloj que descansaba a unos centímetros de su mano. La niña abrió la puerta, procuró no hacer ningún tipo de sonido, y avanzó en silencio por el pasillo. Catherine y Dimitri continuaban dormidos —o eso pensaba ella—, y supuso lo mismo de Peter, pues no escuchaba su llanto. Natalie se asomó por la barandilla, lentamente, creyendo que atisbaría al señor de rojo dejando los regalos. Para su sorpresa, los paquetes estaban allí.

—¡Mamá! —llamó—. ¡Papá! —agregó a los pocos segundos, bajando las escaleras.

Catherine y Dimitri se miraron al instante, conteniendo la risa.

—¡Dios mío! —La escucharon gritar desde la planta inferior—. ¡Hay muchos!

Natalie se arrodilló delante de los envoltorios y leyó los nombres anotados en cada tarjeta, buscando el suyo. Ese año había pedido unos patines y un equipo de buceo (no, no de esos que usaban los adultos para sumergirse en las profundidades). Encontró uno de los

regalos para ella, el cual ignoró porque era blando y solo podía indicar una cosa: ropa. Natalie odiaba que le comprasen ropa porque nunca acertaban con su estilo.

Dimitri fue el primero en abandonar la cama tan acogedora, con Peter entre sus brazos. Y, en cuanto reconoció el cabello rubio de Natalie moviéndose en las ramas del árbol...

—Se te caerá encima, pequeña —advirtió, colocando a Peter en el sofá para ayudarla. La tomó de la cintura y la sacó de la montaña de regalos, ofreciéndole aquel que se molestaba en abrir—. Pesa mucho, ¿qué podría ser? —inquirió él.

—Los patinetes, los patinetes, los patinetes —susurró ella, esperanzada.

Natalie despertó a cada habitante de la casa con sus gritos, que muy rara vez escuchaban. Por lo general, era una niña tranquila e independiente, pero, en un día tan importante como aquel, todos perdonaban sus ataques de hiperactividad.

—Mami, mira esto. —Natalie le entregó los patinetes a Catherine—. ¡Son negros!

—¿Significa eso que no te gustan? —respondió Catherine, preocupada.

—¡Al contrario! ¡Me encantan! —Los recuperó para abrazarlos y regresó—. Y la abuela Mary me ha dejado otro regalo. ¡Se ha acordado de mí! —dijo a continuación.

Tan pronto como pronunció ese nombre, la expresión de Dimitri cambió. Por mucho que intentara ocultar sus emociones, estas siempre salían a flote. Catherine cumplió las promesas que le hizo a Mary: cuidar a Dimitri cuando ella no estuviera y usar el dinero que le entregó para que Natalie recibiera todo tipo de ayuda; así que procuraba adquirir algo en su nombre en ocasiones especiales. Le

explicó a Natalie que Mary se encontraba en un sitio lejos de la población, uno al que solo podían acceder aquellas personas que habían cumplido todos los años posibles en su vida. Ya fuera por su cumpleaños o por Navidad, Natalie se sentía agradecida de que alguien tan importante como su abuela se acordase de comprarle algo, lo que fuera.

Natalie abrió el regalo, y se asombró mucho.

—Es muy bonito —susurró, tomando un colgante del cual pendía un corazón de plata. Descubrió que podía separarse, y una brillante idea cruzó por su mente—. ¡Daisy! Mary me ha dado este regalo para Daisy. ¡Lo compartiré con ella! —anunció.

Mientras la niña salía momentáneamente de casa e iba hacia la de Daisy, que quedaba a unos simples segundos de distancia, Catherine aprovechó la soledad para acercarse a Dimitri. Posó las manos sobre sus hombros y los acarició con ternura, mirándolo a los ojos.

—Estoy bien —contestó él—. Todos los años ocurre lo mismo.

—Es comprensible. Extrañas a tu madre, querrías que estuviera aquí. —Catherine miró rápidamente a Peter, quien introducía en su boca el biberón que contenía agua—. A Natalie le encanta que le hable de Mary. Sus regalos siempre le sorprenden —agregó.

—De mayor lo entenderá mejor. —Dimitri besó la frente de su esposa y sonrió.

Antes de que ella tuviera la oportunidad de distanciarse, Dimitri le pidió que cerrase los ojos. En un principio, Catherine no comprendió qué pretendía hacer, pero obedeció y esperó con mucha impaciencia a que Dimitri volviera de algún sitio. Cuando lo hizo, notó que le tomaba de las manos y que colocaba algo entre ellas, acunándolas.

—Papá Noel también te ha traído algo —confesó Dimitri.

—Acordamos que no aceptaría tus regalos, profesor Ivanov —respondió ella con falsa malicia porque, en realidad, estaba emocionada por ese detalle—. Tengo miedo de abrirlo. Viniendo de ti, podrían ser las llaves de mi nuevo coche o de un nuevo apartamento.

—Te conozco mejor que a nadie, Cathy. No conquisté tu corazón y tu cuerpo a base de regalos, sino de perseverancia y de muchos movimientos de caderas. —Dimitri se echó a reír cuando Catherine le propinó un ligero puñetazo en el pecho, y siguió su mirada.

Catherine se ruborizó al reconocer una ropa interior de encaje, de color morado.

—Pido disculpas por el destrozo ocasionado la última vez —musitó Dimitri.

En realidad, no mostró ningún ápice de remordimientos.

—Sé que era uno de tus modelos favoritos —agregó ante el silencio de ella.

—Voy a...

—¿Achucharme y besarme? Estás demasiado colorada, Catherine.

—La última vez que me regalaste ropa interior, no terminamos precisamente bien.

—Si por eso te refieres a lo que sucedió en la cocina y en el pasillo del salón...

Dimitri adoraba que su esposa se mostrase tan tímida, porque nunca tenía la oportunidad de contemplar ese lado. Además, tenían que aprovechar que estaban a solas para pronunciar aquello que la espabilada de Natalie Ivanova no podía escuchar.

—Agradécele a Papá Noel por este regalo —dijo ella al final, suspirando.

—Le haré llegar tus agradecimientos.

—O podría dárselos yo, llevando este modelo...

—En ese caso, me pondría demasiado celoso. —Dimitri la tomó por las caderas para atraerla hacia él.

—¡Celoso! —repitió Peter desde la alfombra, sonreía y babeaba al mismo tiempo.

Catherine besó a Dimitri en los labios, disfrutando de esa cercanía, y tomó asiento al lado de Peter, para ayudarlo con sus regalos.

Al cabo de unos minutos, la cabellera castaña de Daisy entró por la puerta principal, acompañada de Natalie. Las dos llevaban el pijama puesto, oculto por una bata de algodón. Daisy se detuvo para saludar a Catherine y a Dimitri, respectivamente. Solo en ese entonces pudieron sentarse frente al árbol, disfrutando de la que sería la primera de muchas navidades que pasarían juntas.

ESPECIAL III



Natalie Marie Ivanova abandonó la Universidad de Cambridge enfundada en su traje de tres piezas confeccionado a medida y acompañada por su bolso preferido de Louis Vuitton, con estampado marrón y cremallera dorada; sus pies, envueltos en Louboutin de charol tonalidad crema. Cruzó el extenso césped con aire apresurado, consciente de que debía regresar a su vehículo lo más pronto posible. No, Natalie no estaba siendo perseguida por un monstruo de tres cabezas, sino por un grupo mucho peor. No importaba cuán lejos viajara: los medios de comunicación la perseguían hasta en las horas lectivas de la universidad, importunando al profesorado y a los estudiantes que miraban a Natalie con recelo.

Hurgó en el interior de su bolso, extrajo la llave que abriría el Jaguar aparcado al otro extremo de la calle y tomó asiento. No se cambió los zapatos para conducir —se había acostumbrado a llevar tacones—, por lo que se alejó de manera tranquila hasta atisbar la coqueta casa en la que vivía desde hacía un tiempo. La primogénita de los Ivanov se había trasladado a Londres para completar sus estudios. A los casi veintiún años, se había graduado en la Universidad de Harvard, completando a su paso la totalidad de cursos necesarios para rellenar las veintiocho páginas de su currículum.

Lo cierto era que Natalie no compartía el interés de su padre por la industria. Consideraba los puestos de oficina demasiado aburridos, necesitaba un trabajo que conllevara adrenalina y peligro. Al contrario de lo que el mundo pensaba de Natalie, la joven se aburría en las fiestas universitarias. Consideraba a sus compañeros como meros monos de entretenimiento porque podía contentarlos con varios barriles de cerveza y música cargada de letra sexista. Natalie prefería otro tipo de celebraciones, como las celebradas en el seno de las familias nobles de Inglaterra. Era amante de la alta costura, allí tenía la oportunidad de exhibir sus colecciones y escuchar todo tipo de rumores.

Detuvo el vehículo en el interior de su minúsculo garaje (no precisaba de más espacio) y se adentró a la vivienda que pronto pondría en venta. Regresaba a Estados Unidos porque sus estudios en Inglaterra estaban a punto de terminar y no encontraba las razones suficientes para permanecer allí. Sus padres estarían contentos por su retorno, volvería al mar que la vio crecer y a los brazos de las personas —las únicas personas— a las que quería.

Natalie se quitó los tacones y se desnudó conforme avanzaba hacia su dormitorio. A pesar de ser pasadas las ocho de la tarde, se enfundó en su indumentaria de deporte, se puso los auriculares y salió de la casa a los diez minutos de haber llegado. Practicaba deporte siempre que podía, le tranquilizaba descargar adrenalina echando a correr por las prolongadas calles de Hyde Park. Recogió su cabello rubio en una coleta, activó el modo aleatorio en las canciones y emprendió su trayecto de cada día. Siempre rodeaba Hyde Park. No le gustaba entrar, principalmente porque se entretendría con el paisaje nocturno y se demoraría en regresar.

Su respiración y sus latidos se mantuvieron estables durante los primeros quince minutos. Muchos individuos viraban el rostro en su dirección; algunos incluso se atrevieron a gritarle unos cumplidos a los que no prestó atención. Alcanzó la esquina de la cafetería, aprovechó para descansar unos minutos y retomó el camino de regreso a casa.

Se disponía a atravesar Lord's Cricket Ground cuando un grupo de hombres —a los que conocía bastante bien— la acorralaron en la entrada de un callejón. Natalie tropezó, golpeándose la rodilla con un contenedor de basura, pero logró conservar el equilibrio en vez de precipitarse al húmedo y sucio suelo. Los rostros de los hermanos Mills y la rolliza cara de Brown invadieron su campo de visión en menos de quince segundos.

—¿Tan importante soy que no podéis distanciarnos de mí? —preguntó Natalie.

Su tono de voz era imperante; ocultó los indicios de miedo y se cruzó de brazos.

—Nos acaban de dar la noticia, y queríamos ser los primeros en felicitarte. —FitzWilliam Mills, el mayor de los dos, imitó la postura de Natalie—. Por lo que veo, la señorita Ivanova ha vuelto a utilizar su dinero para sobornar al director. ¿Cómo se llamará en esta ocasión? —Apoyó el codo en la tapadera metálica del contenedor, sonriente.

—Yo no he pagado nada, Fitz. Si me disculpáis, tengo un hogar que me espera.

—Van a instalar una nueva ala en la biblioteca en tu honor —comentó Brown. Los mofletes repletos de pecas se agitaron cuando habló—. No se consigue eso sin dinero.

—Puede que le haya hecho otro tipo de favor a ese viejuno — bromeó George Mills.

—¿Habéis terminado? —intervino Natalie, apretando la mandíbula.

Podría decir que el director quería formar una nueva biblioteca y nombrar una parte bajo su nombre solo porque había sido la única estudiante en sacar matrícula de honor en cada una de las asignaturas durante los años impartidos, y también la que impidió el ahogamiento de su tercer hijo durante su fiesta de cumpleaños. Pero Natalie guardó silencio.

—Buenas noches, chicos —comentó, intentando atravesar la barrera de cuerpos.

No obstante, Fitz la sostuvo por el antebrazo y la obligó a retroceder.

—Suéltame —ordenó ella, con la vista puesta en el edificio de enfrente.

—No toleramos bien a las niñas ricas, Nat. Lo sabes. Aprueban sin estudiar, llaman a sus padres cuando tienen inconvenientes y consiguen los favores de los profesores. Mi hermano iba a quedarse con la beca que tú le quitaste. ¿Y ahora la rechazas para irte al país donde nadie quiere verte? —inquirió con malicia, consciente de que la enfadaría.

—No te lo repetiré de nuevo, Fitz: suéltame ahora mismo.

—¿O qué nos harás? Somos tres contra una niñata.

—Te arrepentirás de haber dicho eso.

Tomándolo por sorpresa, Natalie le asestó un puñetazo en el rostro y lo agarró por el brazo, retorciéndolo hasta que Fitz se vio obligado a soltarla. Lo empujó para que chocara con la pared de ladrillos más cercana y esquivó el tirón de pelo que George había estado a punto de realizar. Luego, aprovechó su estupefacción para hundir la rodilla

en su estómago. George graznó, encorvándose hacia delante y, sin saberlo, ayudó a Brown a golpear a Natalie en la mejilla izquierda, desequilibrándola. En esta ocasión, la joven no pudo evitar la caída, tambaleándose por el fuerte impacto. Había asistido a numerosas clases de defensa personal, pero en ninguna de ellas la habían golpeado así.

—La señorita Ivanova tiene más secretos de lo que parece —graznó Brown.

Natalie escupió algo de sangre a su derecha, asqueada por su amargo sabor.

—Será un placer despedirnos de ella descubriendo qué más oculta bajo su ropa —añadió Fitz, quien ayudaba a George a incorporarse—. ¿Quién será el primero en...?

Un alarido escapó de los labios de Fitz, al mismo tiempo en el que George y Brown se desplomaban a unos centímetros de los pies de Natalie. Durante los primeros quince segundos, ella contempló los cuerpos inconscientes de esos imbéciles, y solo cuando abandonó su desconcierto, alzó la mirada hacia la mano que un hombre le tendía. Él no era demasiado mayor que ella. Según el juicio de Natalie, tendría unos cinco o seis años más. No tenía arrugas formadas en el rostro, tampoco canas en el pelo castaño oscuro. Sus ojos, de una tonalidad verde oliva, empequeñecieron al entrecerrarlos; preguntándose por qué la joven no reaccionaba a su amable ofrecimiento.

—¿Quién eres? —preguntó Natalie con desconfianza.

—Un amigo que acaba de ayudarte —contestó él.

—No te conozco. Y créeme: un rostro como el tuyo no es sencillo de olvidar.

—Aprecio tus palabras, Natalie. —La joven dio un respingo. Estaba acostumbrada a ser reconocida por multitud de individuos, pero nunca por un desconocido que acababa de tumbar a otros tres chicos sin ningún inconveniente—. Te lo explicaré en el coche.

—Por si no te has dado cuenta, acaban de asaltarme. —Natalie accedió a tomarlo de las manos y, con un rápido impulso, volvió a estar de pie—. Gracias por tu intervención, señor desconocido. Pero no me subiré a ningún vehículo contigo.

El muchacho suspiró, exasperado, y procedió a hurgar en su chaqueta para buscar su identificación. Fue gracias a ese movimiento que Natalie atisbó los dos modelos de las célebres Beretta 92F (unas pistolas) y un surtido de dagas adheridas a un chaleco.

—Mi nombre es Leopold Strafford y trabajo para American Shield.

—No sé qué es eso, pero suena a organización criminal. —Natalie arqueó las cejas.

—Todo lo opuesto: su... simpático padre nos contrató para protegerla. Somos una... asociación parcialmente secreta que opera en los Estados Unidos, y nuestro deber es el de proteger a quienes nos necesitan, en los momentos más oportunos. —Por primera vez, alguien le había quitado el aliento a Natalie—. Como he dicho, estaré encantado de darte todas las explicaciones que desees, en un lugar más seguro —repitió, sonriente.

—¿Qué hay de ellos? —Señaló a los cuerpos dormidos.

—Despertarán en unos minutos. U horas. Sinceramente, me da igual lo que les pase.

A Natalie no le convencieron sus palabras, no obstante, no vio otra salida que seguir la amplia espalda de Leopold. Era evidente que tenía un cuerpo muy bien trabajado, las capas de ropa que portaba

se ajustaban a su musculatura. Las cicatrices que se asomaban por el cuello de la chaqueta indicaban que estaba acostumbrado a ese tipo de trabajo.

El interior del vehículo era exactamente como Natalie imaginaba: negro, con ventanas tintadas que impedían que los transeúntes contemplaran su interior, y blindado. El desconocido golpeó el techo acolchado y, de inmediato, el vehículo se puso en marcha.

—Mi padre no me ha comentado nada de esto —reprochó, indignada.

—Es nuestro deber mantenernos en las sombras. No queremos interferir en la vida de nuestros clientes cuando no nos necesitan. — Leopold recorrió el rostro de la joven, atisbando sus intentos por pretender que no le dolía el labio—. Me asignaron tu vigilancia y protección desde el primer instante en el que abandonase el país. El señor Ivanov tiene un temperamento... particular y no queríamos ser un descontento para él —agregó.

—¿He estado vigilada durante años sin mi consentimiento?

—El simple hecho de que no lo hayas notado, indica que hemos operado muy bien.

Natalie exhaló un suspiro molesto y apretó los puños sobre su regazo.

—Nadie tiene ningún derecho a violar mi intimidad —manifestó—. No ha sido casualidad que aparecieras en el callejón. Por supuesto que no. —Sacudió la cabeza—. Mi querido padre tenía que asegurarse de que su adorable niña quedase en buenas manos mientras esta intentaba rehacer su vida en un país europeo —masculló, más molesta.

—Si te sirve de consuelo, tienes un buen gancho de muñeca.

—Gracias, Leopold —su tono fue mordaz—, lo he aprendido en defensa personal. Y no necesito que ningún hombre me diga lo que hago bien o no. Detén el coche —ordenó.

—Demasiado tarde, señorita Ivanova. Hemos llegado a nuestro destino.

Leopold se bajó del vehículo, dispuesto a abrirla la puerta y ayudarla a bajar porque el coche se distanciaba más de la cuenta del suelo, pero, al alcanzar el lado de Natalie, descubrió que la joven se acomodaba la ropa de deporte delante de él, sin problema. Llevó a la joven a través de enrevesados pasillos revestidos en metal; ignoró las preguntas —y amenazas— que expulsaba por su viperina lengua, hasta que se detuvieron en un despacho.

—Siéntate, por favor —pidió Leopold, señalando al sillón morado.

—¿Qué hacemos aquí? Y, ¿dónde es aquí, exactamente? —inquirió.

—Estamos en una de las muchas sedes de la institución —dijo él mientras tomaba el botiquín—, lo cual significa que no hay motivos para estar alerta. Tranquilízate, Natalie —repitió.

Ella se acomodó en el sillón, pero no perdió la pose recta y preparada para echar a correr. Leopold arrastró un taburete metálico hacia su posición, ubicó el botiquín encima en el escritorio (repleto de otros elementos, como un ordenador de mesa y documentos) y se entretuvo rebuscando los utensilios necesarios para limpiar la herida de Natalie. Mientras tanto, ella escrutaba con detenimiento los movimientos de Leopold y la decoración del despacho, creyendo que encontraría alguna fotografía suya, como mínimo.

—Esto escocerá un poquito. —La sujetó del mentón con suavidad y ladeó su rostro.

—No te preocupes, Leopold. No me echaré a llorar.

—No esperaba menos de alguien como tú. —Él deslizó el algodón sobre la herida.

Natalie era consciente de la actitud tan orgullosa y repelente que mostraba. Pero no se consideraba capaz de actuar con normalidad delante de Leopold. Aún tenía el miedo en su interior, el pensamiento de que podría haber terminado el día en la sala de urgencias en vez de en el despacho de ese hombre, y eso le provocaba pequeños escalofríos.

—Gracias —susurró Natalie, tomando una bocanada de aire.

—Ya me lo has agradecido en el coche. Y es mi trabajo —recordó él.

—Antes no lo decía con sinceridad —confesó como si nada—. Comprendo los motivos por los que mi padre accedió a contrataros, sin comentármelo. De haber experimentado los mismos problemas que mis padres padecieron cuando ellos eran jóvenes, es probable que también me hubiera decantado por esta opción. Pero eso no lo disculpa. —Natalie jugó con un anillo de plata que su madre le había dado antes de partir—. ¿Has terminado?

—Sí. Te quedará un moretón, aunque no supondrá un problema con el maquillaje.

—No uso maquillaje. —Natalie sonrió y, en esa ocasión, la sonrisa fue amable.

Leopold dejó el algodón sobre el escritorio y la miró directamente a los ojos.

—Mi deber es informar al señor Ivanov de lo que ha ocurrido esta noche. —Natalie iba a interrumpirlo, pero Leopold alzó una mano—. Sé que no quieres preocuparlo. Por esta ocasión, no elaboraré un informe público, sino privado, para mis archivos.

—¿Documentas todo sobre tus protegidos? ¿Sobre mí? —quiso saber Natalie.

—Solo lo que es necesario. —Él se levantó del taburete y sacudió las manos—. Te llevaré a tu hogar y ordenaré a mis compañeros que vigilen las entradas durante la noche. Desconfío en los imbéciles de antes. —Pulsó dos botones ocultos debajo del escritorio.

—Tengo alarmas instaladas. Nadie puede entrar sin que suenen. —Natalie deambuló al mismo tiempo en el que paseaba la mirada por las paredes, desnudas—. Además, esos... chicos, solo querían vengarse por algo que supuestamente he hecho. No intentarán entrar a casa, no cuando han caído inconscientes por motivos desconocidos —expresó.

—Más vale prevenir, que curar.

Leopold la escoltó de regreso al exterior, guardando la distancia. Creyó que mostraría una imagen más profesional, una que intimidaría a la joven. Comprendió que aquel había sido el primer error de muchos.

Natalie se detuvo delante de una cristalera, a través de la cual atisbó a varios hombres uniformados que entrenaban a hombres y a mujeres de igual edad que la suya. La gran mayoría tenía los trajes empapados de sudor y, pese a ello, no se quejaban ni intentaban escaquearse cuando el profesor miraba a otro lado. La sonrisa de Natalie se ensanchó, también notó que sus pulsaciones se aceleraban.

—Estáis entrenando a más agentes —comentó, asombrada.

—No es de tu incumbencia. —Leopold intentó arrastrarla.

—Habló el desconocido que me espía. —Natalie no intentó zafarse de las manos que trataban de apartarla de la cristalera, no le fue

necesario oponer resistencia—. ¿Cómo es el proceso de selección?
¿Qué criterios sigue tu superior para escoger a futuros...?

—Un momento, Audrey. Esto... esto no funciona como piensas.

—A mí me parece que sí. —Ella volvió a cruzarse de brazos—. No me llames Audrey.

—Era un apodo. —Él le restó importancia—. Y tenemos que irnos ahora mismo.

Ella lo ignoró, estaba concentrada en la imagen que se extendía ante sus ojos. Desde pequeña, le había resultado fascinante la profesión de aquellos hombres y mujeres que daban sus vidas para proteger las de otros. Admiraba la valentía, el coraje y la fuerza de voluntad que requería ponerse en peligro por otros. No podía explicar por qué, simplemente lo sentía en su interior. De un minuto a otro, Natalie había pasado de no tener motivos o ánimos, de permanecer en suelo inglés, a no querer separarse del mismo.

—Quiero hablar con tu superior —exigió, más decidida que nunca.

—Solo hay uno y no está disponible en estos momentos.

—Entonces, quiero hablar con cualquier otra persona que no seas tú.

—Las pruebas de acceso son muy duras, Natalie. Física y psicológicamente.

—Me da igual. Durante toda mi vida he sentido que no pertenezco a ningún sitio. La universidad y la industria me aburren. Las personas me tratan como si fuera una Barbie, las revistas me critican por una fama que no he pedido y no deseo pasar el resto de los años... lamentándome por algo que ahora tengo al alcance de mi mano —señaló al cristal.

Leopold rezó para que no estuviera hablando en serio.

Y se lamentó al descubrir que Natalie no podría estar más determinada a hacerlo.

—Esto no puede estar pasándome —gruñó él mientras apretaba el puente de su nariz.

—Piensa en el lado positivo: si me rechazan, no volverás a soportar mi presencia más de lo necesario. Pasarás a la clandestinidad, me mantendré distanciada de problemas e incluso podrás utilizar algún suero del olvido. Apuesto a que tu organización...

—No es mi organización —interrumpió él.

—... ha creado alguna de esas herramientas que aparecen en películas —continuó ella. Posó las manos sobre los hombros de Leopold, provocando que este se tensara por el contacto, y amplió la sonrisa—. Ahora sí que te estoy agradecida. Has mejorado mi vida.

Leopold la vio adentrarse a la habitación de entrenamientos, con el mentón elevado y con la misma actitud orgullosa que caracterizaba a los Ivanov. Puede que no existiera semejante elixir del olvido, pero Leopold sabía que le convendría inventar uno cuanto antes.

Tenía la certeza de que esa chica le daría muchos, muchos problemas.

La aventura continúa en *Cuarenta problemas*.



Nova Casa Editorial

#novacasaeditorial #leyendoaNova

Segundo libro de la serie «Los Ivanov»



MELANIA BERNAL COBARRO



Nova Casa Editorial

Cuarenta problemas

Bernal, Melania

9788418013331

456 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si le dieran una moneda por cada mentira que ha ideado, Natalie podría erigir un castillo de oro en el centro de Nueva York. A sus veintitrés años, la primogénita de un célebre magnate estadounidense parece tenerlo todo. No obstante, la vida de Natalie no es como los periódicos imaginan. Deseosa por evadirse de la realidad, y tras probar un excitante bocado del peligro, Natalie decide unirse a **American Shield**, una asociación de guardaespaldas operativa en Estados Unidos.

Sus compañeros la califican de calculadora, responsable e impecable. **¿Y el jefe que está secretamente enamorado de ella?** De impulsiva, irracional e irresistible.

Natalie se considera intocable, tanto de cuerpo como en asuntos del corazón, pero pronto descubrirá que incluso las personas como ella pueden convertirse en el objetivo de mentes más oscuras.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



TÚ, NADA MÁS

ANA COELLO

BEST
SELLER

*No contó con que su mundo de sombras
iluminaría el suyo...*



Nova Casa Editorial

Tú, nada más

Coello, Ana

9788416942848

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Marcel; indiferencia. Anel; fragilidad. Sin saberlo, viven escondidos en sus propias sombras, en sus mundos sin luz, en la soledad. Pero, de pronto, algo cambiará y después de defender a esa chiquilla flacucha en aquel salón de la universidad, se encuentra atraído por su parsimonia, tentado por su inocencia, y es por eso que la arrastra a un juego en el que desear es la parte medular, en el que sin notarlo, todo se transformará. ¿Será sencillo continuar esa gélida realidad a pesar de que, como estrellas en la noche, iluminan su oscuridad? ¿El deseo que su sola cercanía despierta, no exigirá más? ¿La posesividad es parte de la necesidad? ¿Por qué a su lado todo parece mejorar?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Esposa de mi jefe

Aguirre, Roxana

9788417142377

520 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Alexandra Carlin es una chica recién graduada en la universidad, sin éxito en el campo laboral. Un día es contratada por fin como secretaria del presidente de una revista de prestigio a nivel internacional, Oliver Anderson, un joven apuesto de veinticinco años. Oliver está a punto de perder la presidencia de la empresa por no tener una vida formal. De repente, sus vidas dan un giro cuando hace un contrato con Alex para ser su esposa durante seis meses. La historia narra el divertido matrimonio odio-amor entre Alex Carlin y su jefe, sobre todo cuando nada sale como ellos esperaban.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ATORMENTADO DESEJO

Quando la vida quite, da



ANA COELLO



Nova Casa Editorial

Atormentado deseo

Coello, Ana

9788417589561

438 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un hombre que entregó su corazón y, al hacerlo, lo perdió también. Sin darse cuenta, Cristóbal Garza se enamoró años atrás de una mujer sin escrúpulos y llena de resentimiento. Cuando aquel vil entramado quedó al descubierto, su alma se congeló y él juró que jamás volvería a confiar en sus sentimientos, pues debido a ello su hermana sufrió innombrables atrocidades y su familia acabó destruida. Ahora transita por la vida, gris, sin apegos y sin sueños. Con un emporio a su cargo, se entrega al trabajo como escape a su soledad. Nunca llegó a pensar que ahí mismo la vida le podría dar otra oportunidad y una lección que, si lo permitiera, todo lo cambiaría.

¿Logrará alguien despertarlo de ese letargo lúgubre en el que se encuentra sumergido por la culpa? ¿Que puede y se merece una segunda oportunidad de sonreír y de disfrutar? ¿Que jugar con fuego no es la mejor manera de apagar el deseo? ¿Que su corazón no es tan estúpido como él piensa?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Casado con mi secretaria

Aguirre, Roxana

9788417142391

536 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Oliver Anderson, un millonario y apuesto joven de veinticinco años, está a punto de perder la presidencia de su empresa por no llevar una vida formal. Pero de repente su vida da un giro al pedirle a su secretaria, Alexandra Carlin, que sea su esposa durante seis meses. La historia narra el divertido matrimonio odio-amor entre Oliver Anderson y su secretaria cuando las cosas no salen como ellos esperaban.

[Cómpralo y empieza a leer](#)